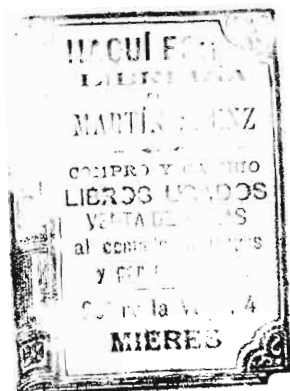


# LA SOBERANÍA NACIONAL

6

EL ÚLTIMO SUSPIRO DE UN TRONO.

—  
**TOMO PRIMERO.**  
—





LA  
SOBE-  
RANIA

NACIO-  
NAL

21 FEBRERO DE 1873

LA  
SOBERANIA NACIONAL

ó

EL ÚLTIMO SUSPIRO DE UN TRONO.

(PÁGINAS DE ÚTIL ENSEÑANZA PARA EL PUEBLO.)

Gran coleccion de cuadros históricos, de episodios interesantes, de conmovedoras escenas: Abusos de la mayor parte de los Monarcas de todos los tiempos y paises: crímenes cometidos á la sombra de la Monarquía; luchas y convulsiones políticas de gran importancia,  
VÍCTIMAS DEL DESPOTISMO DE LOS REYES Y DEL FANATISMO RELIGIOSO.  
Combates sostenidos por la idea contra la fuerza,  
dolorosos martirios de los pueblos, vicios de que siempre han adolecido las instituciones monárquicas.

POR

**JUAN BELZA Y GÓMEZ.**

CON UN JUICIO DE  
**ANTONIO ALTADILL.**

SEGUNDA EDICION.



**BARCELONA:**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE JUAN PONS,  
OLMO. 13.

---

ES PROPIEDAD DE JUAN PONS.

---

# CUATRO PALABRAS PRELIMINARES

AL LECTOR.

---

La libertad del pueblo acaba de lograr en España un triunfo decisivo aunque no sea el completo de sus aspiraciones. Nada falta á este triunfo para ser duradero y fructífero. Lo ha traído el poder de las circunstancias unido á la fuerza de las ideas, sin la menor intervencion de la fuerza de las armas.

La República Española, engendrada por la doctrina democrática que desarrolló la constante propaganda de sus apóstoles, ha nacido de la necesidad de la época, y en la conciencia del pueblo ha de hallar su sostenimiento.

Fortalecer esa conviccion, afirmar esa conciencia en los corazones con la continuacion de la propaganda de las ideas en las inteligencias: hé aquí el deber que tienen hoy los escritores que han consagrado su pluma á la libertad y á la defensa de los derechos del pueblo.

Que no adormezca la mente el placer de la victoria; que no enerven la actividad los goces de la conquista; que el entusiasmo no oscurezca la razon. La libertad se ha perdido muchas veces en España, y siempre al compás del himno de Riego se han forjado los primeros eslabones de las nuevas cadenas de esclavitud.

El pueblo debe saber cómo la libertad se conquista; mas debe saber tambien cómo la libertad se pierde.

Importa asimismo que aprenda cuanto la libertad vale; única manera de saber conservarla.

La libertad no es un fin, es un medio de lograr los fines á que el humano progreso se dirige.

El progreso se detiene y sus fines se alejan cuando falta la libertad.

Y la realizacion de los fines del progreso importa á todos los hombres, aun á los mismos que, corrompidos por los goces de sus privilegios, repugnan, porque su corazon no la siente ni quiere su razon comprenderla, una sociedad dentro de la cual *la igualdad de la justicia* sustituya la institucion de injustos privilegios, y matando el gérmen de las malas pasiones, haga que formen los hombres una gran familia en la cual no puedan caber las sangrientas guerras en que individuos y naciones se destrozan.

Este es el último fin de la libertad; y para llegar á él, es indispensable que el triunfo de hoy se afiance, sin lo cual habia de ser cuando menos muy remoto el triunfo de mañana.

Tal propósito encierra la obra de Juan Belza, en la cual con la historia en la mano, se propone fijar la atencion del pueblo de España sobre los escollos en que otras veces ha naufragado, á fin de que no vuelva á tropezar en ellos la nave que marcha con decidido rumbo al anhelado puerto de la salvacion de la patria.

Propósito noble y en extremo patriótico en un escritor que si ha sabido batirse mas de una vez al lado del pueblo en sus luchas por sus derechos, nunca ha cometido la bajeza de adularle; que si celebra con él su presente victoria, no por esto permite que se adormezca con ella y quiere mantenerle despierto á fin de que no le sea otra vez arrebatada su conquista.

De esta suerte sirve un escritor público á su patria, y no de otra manera hallan empleo digno sus facultades.

**Antonio Altadill.**

Barcelona 23 de febrero de 1873.—Año I de la República.

## EL AUTOR.

---

¡El Sol de la libertad acaba de brillar en el cielo de la justicia y de la razon, de la verdad y del derecho!

Las absurdas preocupaciones, los pretendidos derechos divinos, la tiranía y el abuso se han hundido para siempre.

La vieja Europa, antítesis á toda idea de progreso y de adelanto, en vano hizo poderosos esfuerzos para oponerse.

Desde el palacio á la cabaña, desde la mas humilde aldea hasta la gran Ciudad, se abrió paso la luz y la libertad, que es la civilizacion y el progreso, ha terminado dignamente su obra.

Y debe tenerse en cuenta que el resultado de hoy es el producto del trabajo de muchos siglos; porque los mismos monarcas, aquellos tiranos que procuraban encadenar el pensamiento y hacian de sus pueblos rebaños de esclavos de que á su antojo disponian, trabajaban ellos mismos, hasta sin apercibirse, en pró de la Santa idea.

Entre los autos de fé ordenados por el sombrío Felipe II, en lo mas infecto de los calabozos de Spiltberg y de las minas de Silesia; entre las deportaciones decretadas por el prisionero del Castillo de Ham y entre las escomuniones é intolerancias de la Côte Pontificia, resonaba sin cesar la mágica palabra de libertad, y en ella esperaban y confiaban las víctimas del segundo Felipe, los encarcelados por Federico de Prusia, los deportados del tercer Napoleon, los escomulgados, en fin, ó perseguidos por el fanatismo y la intolerancia religiosa.

Fernando VII de España, con su ridícula farsa de la purificacion, especie de crisol compuesto de la preocupacion mas ridícula, del absurdo y del mas irritante fanatismo, no hizo otra cosa que preparar la aparicion de la aurora liberal de 1834.

Porque el pensamiento podrá cohibirse durante un espacio mas ó menos largo, podrá encadenarse la voluntad en un período determi-

nado, pero así como el fuego se conserva entre ceniza, de la misma manera la libertad, entre las cadenas, entre los suplicios, víctima de las mas atroces persecuciones, consérvase siempre para renacer mas grande despues de sus momentáneas derrotas.

Porque la libertad es una idea encarnada en la humanidad.

Es una parte de la esencia del mártir del Gólgota que, al derramar su sangre, salpicó con ella las generaciones futuras legándoles tan preciado don.

Ejemplos prácticos tenemos de esta verdad, no solamente en los grandes acontecimientos de la humanidad, sino que circunscribiéndonos á nuestro pais, lo hallamos plenamente justificado.

No tenemos que remontarnos muy léjos.

*Nunca se creía mas seguro el trono secular de los borbones que cuando precisamente se hallaba mas mimado, mas próximo á derribarse.*

La fuerza imperaba por dó quiera: la prensa de oposicion habia enmudecido bajo el férreo yugo de la voluntad gubernamental; el pensamiento y la accion hallábanse encadenados.

Al ligero destello de libertad que en el bienio de 1854 á 1856, sucediera á los once años del moderantismo, siguió bien pronto el entronizamiento de las antiguas ideas, que, restableciendo una omnímoda autoridad en el trono, restringía poderosamente los derechos y franquicias populares

La union liberal, dividiendo los partidos, desorganizándolos todos, puesto que ella en sí no era otra cosa que un engendro sin carácter propio ni definido, parecia haberles quitado su negativa fuerza privándoles de sus mas importantes elementos.

Su forma de Gobierno parecia todavia poco á aquel trono en el cual se hallaban encarnadas las tradiciones autocráticas del segundo Felipe, con las vanidades é inconsecuencias de Fernando VII, y la union liberal sucumbió, despues de ahogar con fuego y sangre el grito de libertad lanzado en 1866.

Y de nuevo subieron al poder los mismos hombres que sintetizaban la tiranía y la violencia, el abuso y la inmoralidad.

Y el espíritu liberal de la España perteneciente á la segunda mitad del siglo XIX, vióse de nuevo perseguido y aherrojado.

Mientras los pueblos lanzaban gemidos de agonía, en el Alcázar régio solemnizábase con festines y banquetes el que creian postrimer suspiro de la libertad.

Mas ¡ay! que quien estaba próximo á lanzar el último suspiro era el Trono; era la caduca y viciada institucion, era la vieja idea que en vano habia tratado de oponerse al triunfo de la nueva.

Y llegó un momento en que á semejanza de aquellos edificios cuyas fachadas se revocan sin procurar robustecer los cimientos y



satisfecho el trono por los resultados obtenidos, se entregó confiadamente á sus ensueños de placer.

Y mientras Isabel de Borbon se sumergía tranquila en las benéficas aguas de la cantábrica costa, al débil soplo de un puñado de hombres desmoronóse el sólio centenario que se creía invencible porque á su lado tenia el derecho de la fuerza.

¿Y fueron aquellos hombres, verdaderamente, los que hicieron rodar por el suelo la herencia de Pelayo soberana, el trono cuyo origen algunos pretenden ser divino y la esplendente corona que orgullosa ceñia en sus sienes la heredera de Felipe V y Carlos III?

Nó, y mil veces nó: fué la mágica palabra que aquellos invocaron, fué la sublime idea que sintetizaba: idea que durante muchos siglos y apesar del hierro forjado para extinguirla habia ido lentamente minando, socabando, los cimientos del monárquico edificio.

• El rumor de los festines, los melodiosos acordes de las músicas, la voluptuosidad de los saraos, el embriagador perfume de las orgías impidieron siempre á los Reyes escuchar los destructores golpes de aquellos trabajadores de la idea, que, sin descansar un dia, ni una hora, ni un minuto, trabajaban sin cesar.

Por eso al primer ligero impulso rodó el trono por tierra, viéndose obligada á salir de España y casi como fugitiva, la hija de tantos monarcas.

Pero como muchos de los hombres que invocaron aquella palabra mágica carecían de fé en la idea que simbolizaba; como únicamente el despecho les obligó tal vez á servirse de ella; como sus anteriores hechos y antecedentes estaban en abierta contradiccion con lo que hasta entonces habian predicado y mantenido, se asustaron de su propia obra: aviniéronse mal sus bastardas aspiraciones con la pureza del símbolo proclamado y una lucha terrible dió comienzo entre la verdadera libertad y los que solo hicieron de ella el escabel de su fortuna.

Inauguróse en las esferas gubernamentales el hipócrita sistema de los términos medios y una política incolora, indefinible, dió por resultado una nueva monarquía mas incolora y mas indefinible todavía.

En los dias que precedieron á esta recomposicion de un Trono hecho pedazos y de una corona que habia servido de juguete despreciable á las masas populares, habíase empeñado la lucha entre la razon y la fuerza, entre la justicia y la violencia y las anteriores ofertas, fueron indignamente olvidadas, escarnecidas, pisoteadas; los campos y las ciudades regados quedaron con la generosa sangre de sus hijos; de los que defendiendo la libertad, sucumbian en la lucha.

Satisfechos de su obra los que de la libertad hicieron un medio para encadenarla con mayor seguridad, recompusieron del mejor

modo que les fué posible un trono que cimentaron sobre las movibles puntas de algunas espadas y que rodearon con las bayonetas asalariadas, símbolo siempre de la fuerza bruta.

Pero la libertad no se habia detenido un instante en su laboriosa tarea.

La misma sangre, por ella vertida, sirvióla de poderoso abono, y sin que fueran bastantes á dominarla los potentes y desesperados esfuerzos de sus contrarios, llegó un momento en que se impuso, no por la fuerza material de que sus contrarios abusaron á cada paso, sino por la fuerza de la razon y de la justicia.

Y el trono elevado por 191 diputados, undióse con mayor facilidad todavía que el de Isabel de Borbon.

¿Y por qué?

Por que le faltaba el apoyo de la voluntad nacional; por que en vez de apoyarse en la libertad se hallaba sostenido por el favoritismo y la ambicion.

Habian creido que la libertad estaba muerta y al aparecer de repente, sus vivísimos resplandores les cegaron y no pudieron menos de comprender el error en que habian vivido hasta entonces.

Hoy brilla esplendorosa la estrella de la libertad.

Ante su fúlgido destello te estacias, ¡oh pueblo!...

Mas no te entregues demasiado prematuramente á confianzas que fácilmente pudieran quedar mas tarde defraudadas.

Los enemigos de esa misma libertad, que acabas de conquistar, te acechan sin cesar, aguardan una nueva ocasion para herirte traídonamente.

En las páginas que hoy te ofrecemos encontrarás provechosa enseñanza, pues todos los cuadros que en ellas hemos trazado están arrancados de la historia de tantas tiranías, y esta es la verdadera escuela en que deben aprender los pueblos para no dejarse sorprender por los que, con mentidas frases, aspiran únicamente á esclavizarlos.

**Juan Belza.**

# EL LEGADO DE UN MASON.



## PRÓLOGO.

Eran las diez de la noche del día 9 de Febrero de 1873.  
Una agitacion extraordinaria reinaba en Madrid.

Habíase esparcido la noticia de que el rey Amadeo trataba de abdicar y varios grupos estacionados en la Puerta del Sol, en las inmediaciones del Congreso, Carrera de San Gerónimo y otros diversos puntos, comentaban á su antojo tan inesperado suceso dando distintas versiones al acontecimiento y apreciándolo cada cual segun sus opiniones.

En una modesta casa de la calle de S. Agustin, próxima al Palacio del Congreso y que hace esquina á la calle de Prado, vamos á introducir á nuestros lectores, si se dignan acompañarnos en la peregrinacion que tratamos de emprender.

En una habitacion tan modesta, como en el exterior de la casa y tendido sobre un lecho mas limpio y aseado que lujoso, un anciano dormitaba con ese intranquilo y desasosegado sueño de los enfermos calenturientos.

A corta distancia del lecho y sentada delante de un costurero, una jóven separaba de vez en cuando su vista de la labor en que se hallaba entretenida para fijarla en el lecho.

Si nobleza, dignidad, honradez y sufrimiento habia en el rostro del anciano; belleza, bondad, tristeza y resignacion se reflejaban igualmente en el de la jóven.

En las paredes de aquel aposento, despojadas de todo adorno, veíanse sin embargo, colocados en grandes cuadros, los cabalísticos signos masónicos.

La escuadra, el mazo y el triángulo destacábanse en primer término, llamando poderosamente la atencion y haciendo sospechar si aquel anciano que se hallaba sufriendo en el lecho del dolor, pertenecería á alguna de las lógiás masónicas de Madrid.

Rato hacia que el enfermo dormitaba y que la jóven cosía cuando la aguda vibracion de la campanilla hizo despertar al anciano y abandonar su labor á la jóven.

Momentos despues un caballero penetraba en el aposento precedido por aquella.

Aproximóse al lecho del enfermo y dijo:

—¿Cómo vá ese valor, D. Antonio? María me ha dicho que el médico le ha encontrado á V. mejor.

—El médico se engaña, repuso con voz débil el anciano; sé que para mi mal no hay remedio.

—Tiene V. esa aprension...

—No es aprension, amigo mio: bien sabe V. que me ha conocido enfermo otras muchas veces y me oyó decir siempre que viviria apesar de mis dolencias y de mis heridas. Hoy, por el contrario, le dije desde el primer momento que esta sería mi última enfermedad y puede estar seguro de que no me equivoco.

—¡Oh! padre mió! qué afán tiene V. de entristecerme, exclamó María con sollozante acento.

—Hija, para sufrir estamos en el mundo y hace tiempo que procuro preparar tu corazón para que puedas soportar este golpe terrible.

—Pero ¡que hija puede soportar tranquila la muerte de su padre!

—Tienes razón, María, replicó el caballero que había entrado momentos antes en la estancia. No sé por qué trata V. de afligirla así cuando fácilmente, á veces la naturaleza haciendo un supremo esfuerzo, vence de las enfermedades mas graves.

—Al tronco carcomido basta para derribarlo el débil esfuerzo de un niño!... Yo soy ese tronco: las infinitas persecuciones que he sufrido, las numerosas heridas recibidas en esa constante batalla que por la libertad sostuve, han llegado á debilitarme, amigo don Juan. Había concentrado todo el espíritu vital que me restaba en el postrer esfuerzo que hice el año de 1868, para ayudar á los que la libertad nos ofrecieron. ¡Ay! el desengaño que desde entonces he recibido es la causa de mi muerte. No sabe V. lo horrible que es concentrar todo el postrer esfuerzo de la vida, cuando se ha llegado á la ancianidad, en un objeto determinado y obtener por toda recompensa el mas triste de los desengaños!... es la gota de agua fria que vertida sobre la brasa, aquella es absorbida por ésta, pero casi inmediatamente el fuego se apaga y la brasa queda helada. Traté de absorber la desesperacion que me asesinaba, afectando una indiferencia que no sentia, pero el desengaño ha ido poco á poco helando la sangre de mis venas y ya siento el frio de la muerte que se aproxima al corazón.

—Pues con la noticia que le traigo, replicó don Juan, estoy seguro de que ha de sentir circular por sus venas el ardiente, el santo fuego de otro tiempo.

—Imposible!...

—No lo creo yo así.

—¿Qué hay, don Juan, que hay? preguntó María con anhelante acento; hable V. pronto, si cree que con ello ha de encontrar mi padre algun alivio.

—Y tanto como lo tendrá: ya tú ves; yo, que apenas puedo moverme, al saberlo, he brincado como un chiquillo.

—¿Qué pasa?

—Que el rey trata de abdicar.

—¿Cómo? exclamó don Antonio incorporándose sobre un brazo, abriendo desmesuradamente los ojos y fijando una mirada insistente en su amigo.

—Sucede lo que lógicamente debia suceder: hay un conflicto abocado. El rey al punto que han llegado las cosas, no es posible que pueda hacer que se entiendan los partidos que con tan ruda saña se disputan hoy el poder y los hechos incontrastables, poderosos, se imponen de una manera tal, que casi me atrevo á asegurar á V. que nuestro dorado sueño, que nuestra aspiracion de tantos años está próxima á realizarse.

—¿Qué me dice V.? exclamó el anciano profundamente afectado y conmovido.

—Sí sí, amigo mio; lo que V. oye.

—La república se aproxima y se aproxima atraida por la lógica natural de los acontecimientos.

—¿Y que hacen los conservadores de la revolucion?

—Ofrecerse al Rey para anonadar á los radicales.

—¿Y estos?

—Se aproximan á nosotros, se unen, quieren que formemos un solo partido!...

—¡Oh! ¡Señor! exclamó don Antonio alzando los ojos al cielo con indefinible espresion de alegría, dejadme al menos que en mi última hora y antes de exhalar mi último suspiro, pueda saludar la aurora de la república en mi desgraciado país.

—En este momento el Congreso, declarado en sesion permanente, se está ocupando de la manera mas acertada para salvar tan difícil situacion. Figueras y Pí y Margall, Castelar y Martos, son los héroes de cuyos labios, de cuya elocuencia, de cuya persuacion y patriotismo se halla pendiente el porvenir de la pátria en estos momentos supremos.

—¿Y qué hace la cámara que no se ha declarado ya en Convencion? en situaciones tales un instante que se pierde puede convertirse en un siglo de atraso. ¡Oh! y qué yo no pueda salir á la calle!... ¡qué no me sea posible enterarme por mí mismo y saber!...

Y el anciano trató de incorporarse en el lecho pero volvió á dejar caer su abatida cabeza sobre la almohada debilitado por el esfuerzo que acababa de hacer.

—¡No puedo!... no puedo!... murmuró, ¡qué desdichado soy!

—No se apure V. por eso, repuso D. Juan, yo le tendré al corriente de cuanto ocurra, ahora mismo vuelvo á adquirir nuevas noticias que vendré á comunicarle, si son de verdadero interés.

—¡Oh! sí, sí; creo que la proclamacion de la república seria capaz de devolverme la vida, si mi pobre existencia no estuviera ya tan trabajada.

—Vaya V., D. Juan, vaya V... dijo María con acento suplicante.

—Al momento, hija mia: al personal interés que me inspira un acontecimiento semejante únese en esta ocasion el de tu padre; ya ves si no procuraré tenerle al corriente de cuanto suceda.

Momentos despues D. Juan abandonaba la modesta estancia. Cuando María hubo cerrado la puerta y penetró de nuevo en la alcoba del enfermo, aproximóse al lecho y haciendo que aquel bebiese la medicina ordenada por el facultativo, le dijo con acento mas cariñoso:

—¿Cómo se siente V., padre?

—Por qué te lo he de ocultar, María!... ya te eduqué para que pudieras soportar con resignacion todas las desdichas, todas las borrascas de la vida. Procuré dar á tu alma un temple tal que ni los peligros, ni los infortunios, fueran bastantes á doblegarle. Me siento mal, muy mal... tú sabes que tu padre no te engañó jamás y criminal fuera si en estos momentos tratara de hacerlo.

—¡Dios mio, Dios mio!... murmuró la jóven dejando resbalar por sus mejillas un torrente de lágrimas que habia subido de su corazon á los ojos.

—No llores, amada hija mia, ¿que ha sido para mí la vida? un combate continuo, una tiránica lucha sostenida sin cesar por un pobre hombre contra pueblos enteros!... bien lo sabes, María; bien sabes que yo he sido preso en Madrid, que he sido herido en Barcelona, que en Francia fuí deportado á la Guyana, que en Italia pasé largo tiempo en los calabozos pontificios; que en Polonia me dejaron por muerto y que por donde quiera que he ido, luchando siempre por la libertad, solo recogí la persecucion, las injurias, y



la injusticia. ¿Qué puede ser la muerte para mí? el descanso eterno, la paz, la quietud!...

—¿Pero, y yo, padre mio?

—¡Ay! ¿de qué puede servir el carcomido tronco á la robusta encina? ¿qué sombra puedo ya prestarte, ni qué apoyo ofrecerte?

—No hable V. así, padre, pues me desgarrar el alma, exclamó la pobre la niña prorrumpiendo en amargos sollozos.

—Ya te he dicho que la vida no es otra cosa que un proceloso mar rodeado de escollos, en que va tropezando sin cesar el mas sábio piloto; toda nuestra ciencia, todo cuanto podemos hacer, es procurar que el buque en que navegamos, resista con mejor fortuna los contrarios vientos que sin cesar lo arrojan de uno en otro peligro. Yo he procurado robustecer tu corazon con la fé, con la energía, con el valor, con la virtud y la resignacion mas santa; he procurado abrir á tu inteligencia ancho campo para que en todo tiempo sepas conocer y apreciar los punzantes abrojos que el mundo encierra, ocultos entre flores; puse en tus manos seguro y confiado el timon de la vida y muero tranquilo y satisfecho porque sé que, bajo tu frágil cuerpo de mujer se esconde un alma recta, esforzada y varonil. Empeñarse en que yo viva es desear la prolongacion de mi martirio, pues martirizado vive sin duda alguna el que, soñando con un bien estar infinito, tropieza por do quiera con las continuas miserias de la vida; quien busca gigantes y solo encuentra pigmeos, quien ansiando la luz se ve continuamente rodeado de tinieblas.

Iba aun á replicar María, cuando un súbito campanillazo hizo á la sobresaltada jóven separarse del lecho del anciano, en tanto que el pobre paciente murmuraba:

—Si será Juan otra vez?

Corrió María á abrir la puerta pero apenas lo hubo hecho retrocedió algunos pasos sorprendida.

—¿A quién buscan VV.? exclamó.

Esta pregunta se dirigia á tres individuos que, decentemente vestidos, penetraron sin ceremonia alguna en la habitacion.

—Tranquilícese V. señorita, dijo uno de ellos desembozándose y dejando ver un rostro en el que, al fijarse las miradas de María, arrancaron de sus labios una exclamacion de sorpresa.

—¿V. aquí?

—Yo, sí señora, yo; que vengo en nombre de la ley y como representante de la autoridad á practicar un registro en su casa.

—¿Qué está V. diciendo? Qué tiene que ver la autoridad en mi casa, y en qué hemos faltado á la ley mi padre ni yo?

—Señorita, yo cumplo únicamente las órdenes que recibo.

—Mi padre está muy enfermo y me atrevo á suplicar á V. que tenga piedad de su estado.

—María, dijo el caballero en voz baja y aproximándose á la jóven, una palabra de V. es bastante para que, aun faltando al cumplimiento de mi deber, retroceda inmediatamente: dígnese V. pronunciarla y yo la prometo...

—Nunca! replicó María con acento enérgico y altivo.

—Reflexione V. que yo la amo; que mi amor puede proporcionarla todo aquello de que carece.

—Cumpla V. con su deber, repuso secamente la jóven.

En este momento se escuchó la voz del anciano que decía:

—María, María ¿quién está ahí?

—¡Oh!

—Aun es tiempo, continuó el representante de la autoridad á la jóven. Hable V.

—No puede ser.

—Por su padre de V.

—Mí padre no puede consentir en mi deshonra.

—Pero...

—Basta: Obre V. como quiera.

Y María, lanzando una mirada de supremo desprecio sobre su interlocutor, penetró en la alcoba de su padre.

—¿Qué hacemos, señor de Lopez? preguntó uno de los dos individuos de la policía que permanecían en la puerta.

—Venid conmigo.

Y Lopez, seguido de sus dependientes, lanzóse en seguimiento de la jóven.

Al ver el anciano á las tres personas que acababan de entrar en su alcoba, se incorporó vivamente, diciendo con voz muy entera y que desdecía de su estado:

—¿Qué quieren ustedes?

—Vengo en nombre de la autoridad...

—Calle V., no vé como está? dijo María en voz baja á Lopez.

—Su amor de V. es lo que yo necesito; una sola palabra, una esperanza...

—No puede ser.

—Acabemos, dijo el anciano.

—Sí, acabemos, murmuró el que parecia jefe de aquellos hombres y que desde el primer momento se habia sig-

nificado en aquella casa y en momentos tan solemnes, mas que como el hombre que cumple con un deber ineludible, como el que obedece á un interés personal, exclusivamente propio, y que aprovecha la favorable circunstancia que se le presenta. Tengo orden de registrar esta casa.

—Todavía no han concluido las persecuciones? ¿todavía se han propuesto los tiranos ni aun dejarme morir en paz?

—¡Padre!

—Calla, María; deja que mi corazón se desahogue. Cumpla V. con su deber, añadió, dirigiéndose al agente de la autoridad; cumpla V. la misión que le está encomendada. Increíble parece que estos gobiernos encuentren personas capaces de cometer semejantes atropellos.

—Tenga V. cuenta con lo que habla, pues si mucho me apura...

—Silencio, dijo María en voz baja interrumpiendo á Lopez.

—¿Con qué también me amenaza V? exclamó el anciano dirigiendo una mirada altiva y severa á su interlocutor.

—Y me veré obligado á pasar á vías de hecho, si continúa provocándome.

—¡Oh! qué infamia!..... murmuró la joven cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Vamos, señorita, menos palabras injuriosas y entrégueme todos los papeles de su señor padre.

—Búsquelos V., replicó la joven con tono despreciativo.

—¿Es decir que prefiere V. la guerra? murmuró Lopez.

—Y á muerte, tratándose de un miserable como V., repuso María en el mismo tono.

—Está bien; yo sabré doblegar esa fiereza.

—Imposible!

—Registrad la casa, dijo Lopez á sus dos satélites.

—María, dijo el anciano, dame esa medicina que recetó el médico, pues no me siento bien.

La jóven se apresuró á satisfacer el deseo manifestado por su padre.

Aproximóse al lecho con una taza que contenia la medicina indicada.

Apenas el anciano tuvo á su hija junto á sí y aprovechando el instante en que Lopez daba sus instrucciones á los agentes, la dijo rápidamente y en voz tan baja que nadie mas que ella pudiera oirlo:

—Busca en el cajon de tu cómoda un legajo de papeles atados con una cinta verde y tráemelos.

—Bien está.

—Procura esconderlos entre los colchones.

—Asi lo haré.

—Si cayesen en su poder, lo sentiria extraordinariamente.

—Descuide V. padre que no los encontrarán.

Y María se separó de la cama al mismo tiempo que Lopez se volvia hácia ella diciendo:

—Las llaves de esas mesas y de esos armarios.

—Tome V.; ya pueden registrar hasta mis vestidos, hasta la ropa blanca, hasta el lecho del pobre enfermo. Brava accion llevan VV. acabo! Honrosos serán los hechos de la historia de V. si todos son como este.

—Señorita tenga V. presente á quien está hablando.

—A un miserable, le dijo María indignada y al pasar por delante de él.

—¡Oh! Y Lopez se puso en persecucion de la jóven que se dirigió á su cuarto.

El polizonte fué á penetrar tras de ella, pero María volviéndose hácia él le dijo:

—Atrás. ¿Acaso tiene V. orden tambien para penetrar en mi estancia?

—Yo puedo entrar dónde me plazca.

—Usted entrará donde crea que existen pruebas de soñadas conspiraciones, pero nó en las habitaciones de honradas doncellas. Y á la par que esto decia, cerró de golpe la puerta dejando un tanto confuso á Lopez.

María sacó los papeles que su padre le habia encargado.

Momentos despues hallábase de nuevo en la alcoba.

Lopez al verla la dijo:

—Aun cuando V. se oponga penetraré en su cuarto. No tengo por que respetar femeniles caprichos.

—Veo que con V. es inútil pretender que conserve siquiera ciertas fórmás sociales. El móvil que le inspira es sobradamente mezquino para que pueda apreciar la grandeza y la delicadeza de ciertas cosas.

—¿Se ha propuesto V. insultarme?

—Los insultados somos nosotros, ¿puede haber mayor ultrage que el que nos hace con su presencia?

—¡Oh! VV. me han de pagar bien caro todo cuanto están diciendo.

Y fuéronse precipitados hácia el cuarto de María principiando á revolverlo todo.

Entre tanto ésta se aproximaba al lecho.

—Tome V., dijo á su padre, entregándole los papeles.

—Ahora, que busque ese hombre todo lo que quiera, repuso éste.

—Que habeis encontrado? preguntó Lopez viendo aparecer nuevamente á sus satélites con algunos papeles en la mano, donde se veian los atributos masónicos.

—Nada mas que esto; repusieron aquellos.

—Con qué tambien es V. mason? dijo el de policia con despreciativa sonrisa y dirigiéndose al anciano.

—Y qué tiene eso de extraño ¿acaso es un crimen para usted? En ese caso puede prender á su rey D. Amadeo y á todos los que hoy gobiernan, que en su mayoría pertenecen á esa asociacion.

—¿Y se atreve usted á decir semejante atrocidad?

—¿Por qué nó?

—Terminemos un debate inútil, dijo María; tanto sabe usted como nosotros que semejante hecho no constituye delito. Usted busca solamente un pretexto para obligarme y se aprovecha del primero que se le ofrece.

—¿Qué quieres decir, María? preguntó D. Antonio con trémulo acento.

—Nada, padre; son cuentas pendientes entre este caballero y yo. Inútil es que se esfuerze en justificar su atropello; ¿qué es lo que pretende usted? ¿conducirnos á la cárcel?

—¡Oh! qué horrible luz alumbra mi espíritu, exclamó D. Antonio de repente. Habla, María ¿acaso este miserable se habrá atrevido á hacerte alguna indecorosa proposicion?...

—Calle usted, gritó Lopez, cada vez mas furioso.

—No se altere usted, padre mio, no se altere usted, que harto sé cómo se debe tratar á personas de su calaña.

—¡Qué humillacion! Y aun se llaman liberales los que tales demasías consienten; los que á tales miserables protegen.

—Hará usted que me propase si así continúa faltándome.

—¡Propasarse! ¿Pues acaso puede hacer mas de lo que ya hizo?

—Sí tal.

—Tiene usted razon: personas cual usted de todo son capaces.

—Pues bien, ya que hablan ustedes así, dijo Lopez con voz ahogada por la cólera, hablarán con razon. A ver, uno de vosotros, prosiguió dirigiéndose á los que le acompañaban, que vaya á buscarme un coche.

—¿Qué va usted á hacer? preguntó temblando María.

—A llevar á su padre de usted á la cárcel.

—¡A la cárcel! en el estado que se halla!

—Sí. Todo lo que aquí pasa, todo lo que ustedes están haciendo no es mas que una farsa indigna que es menester concluya.

—¡Oh! piedad, piedad; no comprende usted que el pobre enfermo sucumbiria en estos momentos?

—Yo tambien la he rogado á V. y mis ruegos no fueron escuchados.

Y el acento del polizonte vibraba lleno de celos, de venganza y de impureza.

—¡Oh! qué inicuo es su proceder!

—Mi hora ha llegado y la aprovecho: Me parece que obro con justicia.

D. Antonio seguia con estraviados ojos esta escena.

En ellos brillaba de vez en cuando un sombrío resplandor de cólera, que la misma debilidad, el mismo estado de abatimiento en que se hallaba, hacia que desapareciera instantáneamente.

No habia comprendido bien todo lo que se encerraba de



terrible y amenazador en el propósito de Lopez, y ya impaciente, preguntó:

—¿Pero de qué se trata? ¿Qué quiere ese hombre todavía? ¿No está satisfecho aun?

—¡Oh! padre!... padre mio!... exclamó María precipitándose sobre el lecho; pretende llevárselo á V., cuando su estado no le permite ni aun moverse de la cama!...

—¿Qué quiere llevarme? ¿y á dónde?

—Donde hace tiempo deberia V. estar; á la cárcel, donde los conspiradores, los trastornadores del público sosiego encuentran su correctivo.

—¡Oh!

Y el anciano no pudo proseguir.

Sofocado por la misma emoci6n que experimentaba, no pudo al pronto proferir mas palabra; dejó caer la desfallecida cabeza sobre la almohada, quedando inm6vil.

María exhaló un grito desgarrador, un grito de angustia:

—¡Padre mio!... padre mio!... dijo; malditos sean de Dios tus asesinos!...

Lopez quedó tambien silencioso y como avergonzado.

Vió á la j6ven alzarse de repente y avanzar hácia él terrible, implacable, amenazadora.

Vió destellar de aquellos hermosos y rasgados ojos un fulgor tan sombrío, tan magnético, por decirlo así, que, á su pesar, bajó los suyos ante aquella mirada fascinadora.

María dominaba todo aquel cuadro.

De repente y cuando ya se hallaba cerca de Lopez, que maquinalmente iba retrocediendo á la par que ella avanzaba, un nuevo personaje apareció en la puerta de la habitacion.

A su vista María dió un grito de alegría.

—¡Felipe! Felipe!..... Dios sea loado..... el cielo os trae!

El recién llegado era un gallardo jóven como de unos treinta años; buen mozo y vestido con cierta elegancia.

Abarcó de una ojeada todo aquel cuadro, comprendió lo que sucedía, conoció á los personajes que allí encontraba y dirigiéndose al polizonte le dijo con cierta severidad mezclada de asombro:

—¿Qué quiere decir esto, Sr. Lopez?

El polizonte se quitó su sombrero, saludó humildemente y contestó:

—Señor, he recibido órdenes y bien á mi pesar...

—Salga V. de aquí inmediatamente y vaya al gobierno civil á esperarme.

—Pero es el caso que... se atrevió á murmurar Lopez en extremo contrariado.

—Cuando yo mando deseo ser obedecido sin réplica, sin observaciones; salga V. de aquí.

Lopez no se atrevió á insistir. Había en el acento del recién llegado tan irresistible imperio, que el polizonte y su satélite, pues ya sabemos que el otro que le acompañaba había ido en busca del carruaje, salieron de aquella estancia mohinos y cabizbajos.

Tan luego como se quedaron solos, María se dirigió al lecho donde su padre continuaba inmóvil y cogiendo un frasco con algunas esencias lo aplicó á su nariz.

—¿Pero qué ha pasado aquí? preguntó Felipe.

—Todo lo sabrá V.

Momentos despues don Antonio, merced á los ausilios que se le prodigaron, volvió en sí.



Abdicacion del Rey .

Sus estraviadas pupilas recorrieron la estancia murmurando:

—¡Infames!..... se han propuesto no dejarme morir en paz! ¡oh! los verdugos no están satisfechos todavía!...

—Ya se han marchado, padre, dijo María, y creo que para no volver.

—No lo dudes, volverán; la hiena necesita sangre todavía!

—Felizmente ya tenemos aquí quien nos defienda, murmuró tímidamente la joven.

—Nada tema V., don Antonio; si hubiese sabido el peligro que V. corria, antes hubiera venido, porque desde esta mañana estoy en Madrid, pero los acontecimientos se suceden con tal rapidez que apenas tengo tiempo para nada.

Gracias, Felipe; gracias, hijo mio!... exclamó el viejo con acento conmovido.

—Pero cómo tan humildemente ha obedecido á V. ese hombre? preguntó María.

—Debe hacerlo porque soy su gefe.

—¿Usted? exclamó María con asombro.

—Yo, sí, María: hace algun tiempo que ocupo un alto puesto, mas para poder servir á mis amigos que por hallarme identificado con el actual orden de cosas. Por esta razon he tenido que ausentarme de Madrid algunas veces, lo cual estrañaba á VV.

—Díme Felipe, hijo mio, replicó don Antonio con voz desfallecida, es cierto que nuestro triunfo está próximo?

—Sí señor; en estos momentos es cuando de mas juicio, de mas prudencia necesita nuestro partido. Don Amadeo ha comprendido perfectamente que no le es posible continuar en el trono y persiste en su abdicacion. La república se

aproxima impuesta por las circunstancias y como lógica consecuencia de los acontecimientos.

—¡Oh! Dios mio, Dios mio!... exclamó el anciano con indefinible espresion de alegría, y que no pueda yo, que tanto he luchado por ella, yo, que tanto la he amado, yo que por su triunfo he sacrificado las mas caras y mas santas afecciones, verla brillar resplandeciente y pura en el cielo de mi patria!...

—¿Otra vez tan tristes ideas?

—Sí, sí, María; mis fuerzas se agotan, comprendo que me restan muy pocos instantes de vida.

—Usted exagera, don Antonio, replicó Felipe procurando tranquilizar al anciano.

—Nó, hijo mio, nó; el que durante tantos años se acostumbra á ver tan cerca la muerte en los enfermos que ha asistido, crees que se engañará ahora?

—Y por qué nó? tambien la ciencia suele á veces equivocarse.

—Yo no me engaño, nó: tú mismo sabes que yo no he sido un médico como la generalidad. Desde que caí en el lecho he comprendido que no me levantaria mas y todos mis esfuerzos, desde entonces, han sido para que mi hija vaya poco á poco acostumbrándose á una separacion eterna.

María lloraba silenciosamente.

Felipe se encontraba visiblemente afectado.

Para dar un nuevo giro á la conversacion este preguntó:

—María, esplíqueme V. que ha venido á hacer aquí ese hombre á quien encontré á mi llegada.

La jóven le refirió todo lo que ya conocen nuestros lectores.

Durante su relato, mas de una vez se crisparon de cólera las manos del jóven y se frunciéron sus cejas.

Cuando María hubo concluido, dijo aquel:

—Está bien; yo le aseguro al miserable que caro ha de pagar su desman. Felizmente el ocaso de todas esas tiranías está cerca y próxima la aurora del imperio de la paz y de la justicia. Todos esos asquerosos reptiles, satélites indignos de la tiranía y del atropello pagarán con esceso las amarguras que hicieron sufrir á sus semejantes.

—Nó, por piedad, Felipe, exclamó el anciano con voz vibrante. El imperio de la paz y de la justicia debe ser tambien el del perdon y el del olvido. ¿En qué se diferenciaría sino la República de los demás gobiernos? Nada de venganzas, nada de represalias. Nuestro purísimo emblema no puede, no debe manchar su blanco manto con la sangre de la venganza y del rencor. Desde el momento en que se inaugure en España esa era republicana, que tanto he ambicionado, es necesario que desaparezcan todos los vicios, todos los resabios de las épocas anteriores; es necesario que así como la sangre de Cristo al ser derramada en el Gólgota, purificó los pecados de la humanidad, la República en España, purifique tambien la corrupta atmósfera en que por tan dilatado espacio hemos vivido.

—¡Oh! qué santas palabras!

—Son las de un moribundo que toda su existencia la ha sacrificado al triunfo de una idea.

—Escuchándole á V. me estaria toda la noche pero...

—Tiempo tienes ya, hijo, de que mis palabras hayan hecho mella en tu corazon, de que todas mis máximas, todos mis pensamientos se hayan grabado en tu mente y

en tu corazón. Tú has participado de todos los azares, de todos los peligros, de todos los sinsabores de mi existencia durante muchos años y confiado y tranquilo en vosotros abandono la vida porque sé que vosotros recogeréis el fruto que yo y otros como yo hemos sembrado.

—¿Y por qué no ha de verlo V. ya que tan próximo se halla el ansiado triunfo?

—Porque yo estoy en los postreros instantes de la vida y si muy pronto no proclamais esa forma por la que tanto sufriera, no podrán mis ojos contemplar la realización de tan bello ideal.

—Yo le aseguro que pronto lo veremos.

—No ha mucho tiempo que don Juan me decía lo mismo: me prometió enviarme noticias de lo que ocurriera, y veo que nadie viene, lo cual me prueba que vuestros deseos superan á la realidad.

—No lo crea V., jamás hemos estado tan próximos.

—Mucho mas lo estábamos el año 1868 y ya has visto lo que ha pasado.

—Son distintas las circunstancias. Yo voy ahora mismo á adquirir noticias al gobierno Civil y á impedir que se repitan hechos como el que felizmente pude evitar hace un momento. Está V. seguro que las nuevas que le traeré serán satisfactorias.

—Dios te oiga, hijo mio!

—María, prosiguió Felipe dirigiéndose á la jóven, ¿te hace falta alguna cosa?

—Nada: ya sabes que aun nos queda algun dinero.

—Sentiria que carecierais de algo y por orgullo ó por cortedad...

— Gracias Felipe, gracias.

—Esa palabra no se debe pronunciar entre nosotros: ¿no soy tu hermano acaso?

—Siempre, repuso la jóven con voz trémula y sintiendo llenos de lágrimas sus ojos.

Poco despues Felipe salia del aposento: cuando María oyó cerrar la puerta de la escalera, rompiendo á llorar amargamente, se dejó caer sobre el lecho de su padre murmurando:

—¡Ay, padre mio! Ya lo ha visto V.; por él me estoy muriendo de amor y él no ha tenido para mí ni una sola frase de cariño!

---



## LA ABDICACION DEL REY.

---

Antes de pasar adelante, preciso es que consagremos algunas líneas á la relacion de los gravísimos sucesos de que D. Juan y el caballero que María ha designado en el capítulo precedente con el nombre de Felipe, indicaron algo al anciano enfermo.

En ella hemos de relatar con tan rigurosa exactitud como imparcialidad los hechos, dando al mismo tiempo cabida á ciertos documentos importantes que deben pasar á la posteridad, testuales, originales, tales como se concibieron y escribieron. Muchos de ellos conocidos son de nuestros lectores: los periódicos todos los han publicado y comentado á su antojo, segun la impresion producida en el ánimo de sus redactores y el criterio en que se inspiran.

Pero nosotros no escribimos esclusivamente para el dia de hoy, lo hacemos tambien para el de mañana: tenemos la idea de que es muy posible que dentro de ciento ó doscientos años nuestro libro puede leerse por nuestros nietos, y si no por estos, por cualquier curioso que se le ocurra ojearlo en una biblioteca.

Así que, la responsabilidad del historiador empieza donde la del novelista acaba.

Hoy están grabadas en la mente de la mayor parte de los españoles hasta los detalles, las frases mas insignificantes de las principales escenas de este grandioso drama popular que ha terminado con la única solución lójica, posible, única, para salvar la patria en tan supremo instante; la proclamación de la república. Los periódicos nos tienen hoy al corriente de cuanto ocurre de notable; pero pasado algun tiempo y cuando entremos en el sosiego del estado normal, cuando á la agitación haya sucedido la calma, se borrarán aquellas escenas de la memoria, poco á poco, sin que por esto se entíe el patriótico entusiasmo que hoy nos alborozaba y enajenaba á todos.

Los periódicos que al presente buscamos con tanta avidez para devorar noticias, habrán desaparecido sin dejar ninguna huella, porque tal es la condición de cierta clase de publicaciones.

Pero el libro subsiste, el libro queda.

Un libro no se destruye tan fácilmente, y mañana puede ser consultado, de la misma manera que nosotros hoy y á cada momento nos vemos en la imprescindible necesidad de consultar obras, crónicas y otros documentos curiosos para no cometer errores, mucho mas, tratándose de hechos históricos de reconocida importancia y que pertenecen á épocas lejanas.

... ..  
 ... ..  
 Era el día 9 de Febrero de 1873, y en Madrid se notaba cierta agitación y cierto movimiento inusitado; los corrillos de gente en la puerta del Sol y carrera de San Geró-

nimo eran mas numerosos que de costumbre, y en ellos, aunque sin precisar nada positivo, circulaban rumores graves, de trascendencia suma.

Todo el mundo se preguntaba, pero eran muy pocos los que, con algun acierto y solo por congeturas, podian satisfacer la curiosidad pública.

A las seis de la tarde, segun nos dice un autorizado periódico, empezó á circular en el salon de conferencias del Congreso una noticia, que por su extraordinaria gravedad, nadie se atrevia á darla crédito.

Hablábase de cierta resolucion que quizá diera por resultado el inmediato advenimiento de la república.

La noticia corrió instantáneamente, trasmitiéndose de boca en boca hasta los mas apartados grupos, los cuales fueron haciéndose cada vez mas numerosos y compactos.

El Consejo de ministros se hallaba reunido. Pocas personas sabian mas á aquella hora y los que estaban en otros antecedentes, lo callaban prudentemente, temerosos de que el rumor no se confirmase ó el pensamiento fracasara.

Pero como no era posible que situacion tan violenta pudiera sostenerse por mucho tiempo; al cabo de algunas horas, la verdad, que tanto preocupaba los ánimos, era ya del dominio público.

El rey, fatigado por las contrariedades con que venia luchando, habia anunciado hacia dos dias su propósito de abdicar.

El dia anterior, por la mañana, lo manifestó terminantemente al presidente del gabinete, y éste intentó en vano disuadirle.

El Sr. Ruiz Zorrilla reunió el Consejo á las cinco, y á las diez volvió á reunirse.

Por consecuencia de lo tratado en él y de las indicaciones que se hacian despues de la una de la madrugada, hora en que se retiraron los ministros, se daba por seguro que al dia siguiente se suspenderian las sesiones por dos ó tres dias.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

El estado de la opinion pública en Madrid y en aquellos momentos, seria imposible describirla bien: era la duda, el temor, el mal estar que precede á los grandes acontecimientos.

Se hacian infinitos comentarios, pero en todos los ánimos se notó el levantado sentimiento del amor patrio y una gran predisposicion á la calma y en momentos tan solemnes en que la menor imprudencia pudiera ser perjudicialísima para el porvenir de la patria.

Los republicanos de ideas mas avanzadas, lejitimamente esperanzados con el giro que la política podia dar á aquel suceso, eran los primeros en aconsejarse mutuamente la prudencia y la moderacion.

Y este consejo se oia en todos los labios, en medio del estupor de que todos se hallaban dominados.

Las autoridades continuaron en sus puestos velando por el sosiego público y el gobierno, olvidando que representaba un partido, pensó únicamente en que ántes que los intereses de una agrupacion cualquiera, está el bien supremo y la salud de la patria.

Gran número de hombres importantes se presentaron tambien al gobierno ofreciéndole su apoyo.

Asegurábase tambien entre las personas que mas autorizadas se hallaban para estar enteradas de ciertos detalles, que la primera vez que D. Amadeo habló al Sr. Zorrilla de

su proyecto de abdicacion, fué á las doce del sábado 8, hora en que llamó á su cámara al presidente del Consejo y al Sr. Martos.

Decíase que el rey fundó su resolucion en que la votacion de la Cámara le ponía en la alternativa de obrar antiparlamentariamente, lo que no quería, ó de carecer de libertad constitucional para desaprobá una medida de gobierno y elegir en su consecuencia nuevos consejeros.

Tres horas emplearon, al decir de las gentes mejor enteradas, los señores ministro de Estado y presidente del Consejo para hacerle desistir de su intento.

Lo único que consiguieron fué que éste les prometiera meditarlo y darles una contestacion definitiva al dia siguiente.

Como se comprenderá, la situacion de los ministros era, no solo embarazosa, grave y preñada de grandes responsabilidades.

A las doce del dia siguiente, fué cuando definitivamente manifestó el rey al Sr. Zorrilla que se hallaba resuelto á llevar á cabo su abdicacion.

¿Qué sucedía en aquellos momentos en la Cámara popular?

Fácil es adivinarlo; ya no era un misterio para nadie lo que el dia anterior solo habia sido un enigma.

La apertura de la sesion del dia 10 tuvo lugar, aun contra la voluntad del ministerio que pedia una tregua para tomar acuerdo; tregua que se negó á conceder el presidente de la Cámara, alegando que en aquellos momentos supremos no podia permanecer inactivo el único poder legítimo.

Como decia muy bien *El Pueblo*, en su número de

aquel dia, anticipándose á lo que despues se propuso y se acordó por la Cámara, lo que procedia era el nombramiento de un gobierno provisional titulado de la república.

Nada de mistificaciones, decia, que dejen abierta la puerta á los arrepentimientos monárquicos ¡nada de adjetivos, peligrosos en estos momentos para la unidad de la patria!

La sesion fué, por lo tanto, en extremo animada: la tribuna pública, y reservadas de la prensa y del cuerpo diplomático, se veian atestadas de gente; todos con la respiración contenida, ansiosos, anhelantes, se hallaban pendientes de los labios de los oradores que iban á tomar parte en el debate.

Efectivamente, el momento era solemne: iban á decidirse dentro breves instantes los destinos de la nacion.

El Sr. Figueras preguntó si estaba dispuesto el presidente á dirigir una escitacion al gobierno para que acudiese al Congreso y de no hacerlo así, que abriese el presidente discusion sobre los sucesos que preocupaban á todo el mundo.

Cuando el Sr. Rivero contestaba á la pregunta del señor Figueras, se presentaron en el salon los Sres. Zorrilla, Mosquera y Montero Rios, que ocuparon el banco azul, y siendo nuevamente interpelados por el Sr. Figueras, el señor Zorrilla se escusó de no haber dado antes cuenta á las Córtes puesto que hasta aquel momento nada ocurría que debiera ventilarse de una manera oficial. Hizo sin embargo la relacion de los sucesos y de los incidentes todos que ya saben nuestros lectores: que el rey les habia pedido veinticuatro ó cuarenta y ocho horas para pensar lo mas oportuno y que en esto no creía hubiese nada de particular. Terminó su discurso aconsejando á todos los partidos que no alterasen

el orden público y dijo que el gobierno estaba resuelto á morir en la calle para conservarle.

Leyóse inmediatamente una proposicion del Sr. Figueras y seis diputados mas, pidiendo que el Congreso se declarase en sesion permanente.

Despues de un debate en que terciaron los Sres. Martos, Zorrilla y Castelar, y de asegurar el Sr. Figueras que la sesion permanente no significaba desconfianza hácia el gobierno, que no tenia por objeto deliberar ni resolver, sino únicamente velar por la salvacion de la patria y estar prevenidos para cualquier evento, el presidente propuso se nombrase una comision compuesta de cincuenta diputados que permaneceria en el edificio.

Así se acordó y se suspendió la sesion, ó mejor dicho la deliberacion, marchándose entonces las personas que ocupaban las tribunas y muchos diputados, saliendo unas y otros por la calle del Florin, pues por la de Jovellanos no era posible á causa de lo compacto de los grupos que invadían la calle.

Por indicacion del presidente del alto cuerpo colegislador, los señores senadores se reunieron á las cuatro y media de la tarde en el salon de conferencias del Congreso, por el cual habian sido invitados con objeto de formar un solo cuerpo, y abierta nuevamente la sesion, el presidente de la Cámara popular dijo á los señores que manifestasen á los señores senadores que el Congreso esperaba.

A los pocos momentos penetraron estos en el emiciclo y tomaron asiento.

El Sr. Rivero manifestó que se reunian para constituir las Córtes soberanas de la nacion.

Los bancos se poblaron por completo y el ministerial

fué ocupado por los ministros de Estado, Marina, Hacienda, Fomento, Gracia y Justicia y Ultramar.

El presidente declaró constituidas las Córtes soberanas, y el Sr. Martos, despues de esponer que al Sr. Zorrilla no le era posible asistir á la sesion y que el rey habia manifestado aquella misma mañana su irrevocable propósito de abdicar, juzgaba el gabinete que sus funciones habian terminado y que él y sus compañeros entregaban sus poderes á las Córtes. El mensaje de abdicacion se hallaba concebido en los siguientes términos:

«Grande fué la honra que merecí á la nacion española eligiéndome para ocupar su trono, honra tanto mas por mí apreciada, cuanto que se me ofrecia rodeada de las dificultades y peligros que lleva consigo la empresa de gobernar un pais tan hondamente perturbado.

»Alentado, sin embargo, por la resolucion propia de mi raza, que antes busca que esquivar el peligro, decidido á inspirarme únicamente en el bien del pais y á colocarme por cima de todos los partidos, resuelto á cumplir el juramento por mí prometido á las Córtes Constituyentes y pronto á hacer todo linage de sacrificios por dar á este valeroso pueblo la paz que necesita, la libertad que merece y la grandeza á que su gloriosa historia y la virtud y constancia de sus hijos le dan derecho, creí que la corta experiencia de mi vida en el arte de mandar seria suplida por la lealtad de mi carácter y que hallaria poderosa ayuda para conjurar los peligros y vencer las dificultades que no se ocultaban á mi vista, á las simpatías de todos los españoles, amantes de su patria, deseosos de poner ya término á las sangrientas y estériles luchas que hace tanto tiempo desgarran sus entrañas.



»Conozco que me engañó mi buen deseo. Dos años largos há que ciño la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día mas lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anheló. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, seria el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra, agravan y perpetuan los males de la nacion, son españoles, todos invocan el dulce nombre de la patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el confuso fragor del combate, entre el atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinion pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y mas imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.

»Lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.

»Nadie achacará á flaqueza de ánimo mi resolucion. No habria peligro que me moviera á desceñirme la corona si creia que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles: ni causó mella en mi ánimo el en que corrió la vida de mi augusta esposa, que en este solemne momento manifiesta, como yo, el vivo deseo de que en su día se indulte á los autores de aquel atentado.

»Pero tengo hoy la firme conviccion de que serian estériles mis esfuerzos é irrealizables mis propósitos.

»Estas son, señores Senadores, las razones que me mueven á devolver á la nacion, y en su nombre á vosotros la corona que me ofreció el voto nacional, haciendo de ella renuncia por mí, por mis hijos y sucesores. Estad seguros de

que al desprenderme de la corona, no me desprendo del amor á esta España como agradecido y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarla todo el bien que mi leal corazón para ella apetecía.»—Amadeo.  
—Palacio de Madrid, febrero (sin fecha).

Preguntadas las córtes soberanas si aceptaban la renuncia de D. Amadeo y acordaban se le dirigiera un mensaje de despedida, contestaron *sí*, por unanimidad: no podía esperarse otra cosa de la proverbial hidalguía castellana, de la cortesía y esquisita política de nuestros dignísimos representantes.

Nombróse una comisión para redactar el mensaje y los ministros abandonaron el banco azul para venir á tomar asiento entre los diputados.

A los quince minutos los encargados de escribir tan importante documento habían cumplido ya con su cometido: penetraron nuevamente en el salón y el Sr. Castelar que era uno de ellos y al que fundadamente se atribuye su redacción, dió lectura de él, siendo en extremo aplaudido.

El mensaje dice así:

«La Asamblea nacional á S. M. el Rey D. Amadeo I.— Señor: las Córtes soberanas de la nación española han oído con religioso respeto el elocuente mensaje de V. M., en cuyas caballerosas palabras de rectitud, de honradez, de lealtad han visto un nuevo testimonio de las altas prendas de inteligencia y de carácter que enaltecen á V. M. y del amor acendrado á esta su segunda patria, la cual, generosa y valiente, enamorada de su dignidad hasta la superstición y de su independencia hasta el heroísmo, no puede olvidar, nó, que V. M. ha sido jefe del Estado, personificación de su soberanía, autoridad primera dentro de sus leyes, y no

puede desconocer que honrando y enalteciendo á V. M., se honra y se enaltece á sí misma.

«Señor: las Córtes han sido fieles al mandato que traian de sus electores y guardadoras de la legalidad que hallaron establecida por la voluntad de la nacion y la Asamblea Constituyente. En todos sus actos, en todas sus decisiones las Córtes se contuvieron dentro del límite de sus prerrogativas y respetaron la voluntad de V. M. y los derechos que por nuestro pacto constitucional á V. M. competian.

»Proclamando esto muy alto y muy claro, para que nunca recaiga sobre su nombre la responsabilidad de este conflicto, que aceptamos con dolor, pero que resolveremos con energía, las Córtes declaran unánimemente que V. M. ha sido fiel, fidelísimo guardador de los respetos debidos á las Cámaras; fiel, fidelísimo guardador de los juramentos prestados en el instante en que aceptó V. M. de las manos del pueblo la corona de España; mérito glorioso, gloriosísimo, es, en esta época de ambiciones y de dictaduras, en que los golpes de Estado y las prerrogativas de la autoridad absoluta atraen á los mas sensibles, no ceder á sus tentaciones desde las inaccesibles alturas del trono, á que solo llegan algunos pocos privilegiados de la tierra.

»Bien puede V. M. decir, en el silencio de su retiro, en el seno de su hermosa patria, en el hogar de su familia, que si algun humano fuera capaz de alejar el curso incontrastable de los acontecimientos, V. M. con su educacion constitucional, con su respeto al derecho constituido, los hubiera completa y absolutamente atajado. Las Córtes, penetradas de tal verdad, hubieran hecho, á estar en sus manos, los mayores sacrificios para conseguir que V. M. desistiera de su resolucion y retirase su renuncia.

»Pero el conocimiento que tiene del inquebrantable carácter de V. M., la justicia que hacen á la madurez de sus ideas y á la perseverancia de sus propósitos, impiden á las córtés rogar á V. M. que vuelva sobre su acuerdo, y las deciden á notificarle que han asumido en sí el poder supremo y la soberanía de la nacion, para proveer en circunstancias tan críticas y con la honradez que aconseja lo grave del peligro, lo supremo de la situacion, á salvar la democracia, que es la base de nuestra política, la libertad, que es el alma de nuestro derecho, la nacion, que es nuestra inmortal y cariñosa madre, por la cual estamos todos decididos á sacrificar sin esfuerzo, no solo nuestras individuales ideas, sino tambien nuestro nombre y nuestra existencia.

»En circunstancias mas difíciles se encontraron nuestros padres á principios del siglo y supieron vencerlas inspirándose en estas ideas y en estos sentimientos.

»Abandonados por sus reyes, invadido el suelo patrio por extrañas huestes, amenazados de aquel génio ilustre que parecia tener en sí el secreto de la destruccion y la guerra, confinados en una isla, donde parecia que se acababa el suelo nacional, no solamente salvaron la patria y escribieron la epopeya de la independenciam, sino que crearon sobre las ruinas dispersas de las sociedades antiguas la nueva sociedad.

»Estas córtés saben que la nacion Española no ha degenerado y esperan no degenerar tampoco ellas mismas en las austeras virtudes patrias que distinguieron á los fundadores de la libertad en España. Cuando los peligros estén conjurados, cuando los obstáculos estén vencidos, cuando salgamos de las dificultades que trae consigo toda época

de transición y de crisis, el pueblo español, que mientras permanezca V. M. en su noble suelo ha de darle todas las muestras de respeto, de lealtad, de consideración, porque V. M. se lo merece, porque se lo merece su virtuosísima esposa, porque se lo merecen sus inocentes hijos, no podrá ofrecer á V. M. una corona en lo porvenir; pero le ofrecerá otra dignidad, la dignidad de ciudadano en el seno de un pueblo independiente y libre.

»Palacio de las Cortes, 11 de Febrero de 1873.»

Después de leído este mensaje se acordó el nombramiento de una comisión que lo llevara al Rey y otra para que lo acompañase hasta la frontera.

Don Amadeo había significado su propósito de salir de Madrid en un término muy breve.

Inmediatamente después se leyó una proposición rogando á las Cortes se sirviesen acordar como forma de Gobierno la República.

El señor Pi y Margall la apoyó proponiendo que por votación directa se nombrase un Poder ejecutivo que cumpliera con rapidez los acuerdos del legislativo. El señor Pi se extendió en lógicas y robustas consideraciones en pro de la idea que sustentaba, poniendo de manifiesto los inconvenientes de las monarquías y la proposición fué tomada en consideración.

En vano dos señores diputados pertenecientes á una de las fracciones de la Cámara, aunque sus nombres sean respetables y de gran valía, usaron de la palabra en contra; verdad es que con noble franqueza hicieron una salvedad y esta fué: «Que de todos modos declaraban en nombre de su partido que ayudarían á salvar el orden y la integridad fuese el que fuese el poder emanado de las Cortes.»

El señor Salmeron (don Nicolás) dijo, hablando en pró de la proposicion, que hoy no era posible otra forma de gobierno que la republicana, bajo cuya bandera cabian todos los partidos, añadiendo que para la minoría no habia republicanos de ayer, ni de hoy, sino solo españoles.

Momentos antes habia entrado en el salon el señor Zorrilla y propuso que se nombrase inmediatamente un gobierno que respondiese del órden público.

Esta proposicion fué causa de acaloradas réplicas entre el Presidente del consejo y el señor Rivero; de palabras mal interpretadas por algunos señores, de ofensas que se creyeron inferidas en el ardor de la improvisacion y que despues de esplicadas no tenian la importancia que se les supuso; susceptibilidades que no tenian razon de ser y mucho menos en aquellos momentos solemnes.

Así lo comprendió el señor Martos, pidiendo ardorosamente que en bien de la patria, suplicaba que inmediatamente se votase la proposicion del señor Pí. Añadió que era preciso que cesase el período de interinidad para entrar decididamente en la República y que al hablar así lo hacía por encargo del partido radical, pues con la misma efusion y cariño que el partido republicano les recibe, con la misma efusion se acercan á él. Dijo por fin, que los radicales iban á votar la república porque la aceptan lealmente y porque otra solucion no era compatible con las ideas democráticas, añadiendo que seria una vergüenza para cualquiera que en algo se estime, fijar su vista en la restauracion borbónica, á la que trató tan dura como merecidamente.

En contestacion á algunas observaciones en contra, de los señores Collantes y Ulloa y en que el primero se esforzaba en querer probar que la monarquía de la casa de Sa-

boya no habia sido derrumbada por las conspiraciones Alfonsinas, el señor Castelar con la elocuencia que le distingue, con esa frase que seduce y cautiva, esplicó en breves palabras que la república venia por sí sola, por haber muerto la monarquía absoluta con Fernando VII, la parlamentaria con doña Isabel II y la democrática con Amadeo I.

Procedióse, pues, á votar la proposicion del señor Pí y fué aprobada por 256 votos contra 32.

El señor Figueras propuso que se comunicase tan fausta noticia á todas las autoridades civiles y militares de España, como así se verificó, terminando con un entusiasta viva á la república, que fué repetido con la mágica celeridad de la chispa eléctrica, como un prolongado eco, desde el salon de sesiones hasta los mas apartados barrios de Madrid, cuyas calles, lo mismo que las principales, estaban cuajadas de gente, ávida y ansiosa, impaciente, anhelante por saber la resolucion de la Cámara. Suspendióse la sesion por breves momentos: era preciso que los diputados se pudiesen de acuerdo para la formacion del nuevo gobierno. Apenas trascurrida media hora volvieron á entrar en el salon y procedióse á la eleccion siendo elegidos: don Estanislao Figueras, Presidente; Ministro de Estado, don Emilio Castelar; de Gracia y Justicia, don Nicolás Salmeron; de Hacienda, don José Echegaray; de la Guerra, don Fernando Fernandez de Córdoba; de Marina, don José María de Beranger; de Gobernacion, don Francisco Pí y Margall; de Fomento, don Manuel Becerra; de Ultramar, don Francisco Salmeron.

Invitados los nuevos ministros por el presidente del Congreso para que ocuparan el banco azul, así lo hicieron, recibiendo un prolongado y atronador aplauso.

El señor Martos dió un viva á la república, al presidente y á la integridad de la patria, viva que no podia menos de hallar eco en todos los corazones y que se repitió por todos los señores diputados y senadores con igual entusiasmo que el señor Martos lo pronunció.

El señor Figueras pronunció inmediatamente un breve discurso, diciendo que el gobierno acudiría á las necesidades públicas, aplicando los principios republicanos y sobre todo que cuidaría de afianzar el órden público. Añadió que las córtes constituyentes decidirían la forma que la república debia ostentar, asegurando que en las próximas elecciones habria la mas completa libertad. El señor Echegaray en nombre de sus compañeros, hoy ministros de la república, declaró que habian aceptado un compromiso que el patriotismo les exigia; que cumplirían con su obligacion y que Dios los juzgara.

Así terminó la célebre, la memorable, la patriótica session del dia 11 de Febrero de 1873, cuyo recuerdo quedará grabado eternamente en el corazon y en la memoria de todos los españoles que sinceramente amen la patria. . .

. . . . .

Algunas horas despues, á las seis de la mañana del 12, abandonaba á Madrid con direccion á Lisboa el ex-rey, acompañado de toda su familia.

Consultados los médicos de Cámara si el delicado estado de salud de la Reina la permitiria ponerse en camino con tanta precipitacion, el señor Diaz Benito dió su opinion afirmativa y doña María Victoria se decidió á no abandonar á su esposo.

Es opinion general que esta egregia Señora es un mo-



delo de virtudes, de caridad y que posee un bellissimo corazon. Es lo cierto que sin ostentacion y sin orgullo, sin hacer alarde de su munificencia, ha derramado pródigamente sus beneficios durante su estancia en la capital de España, enjugando no pocas lágrimas.

En la satisfaccion que produce siempre el hacer bien encontrará su recompensa y nosotros faltariamos á nuestro deber de caballeros y de historiadores si aquí no lo dejásemos consignado.

Los Reyes marcharon acompañados del Gefe del cuarto militar, señor general Búrgos, de sus ayudantes los señores Portilla, Tejeiro y Villacampa, del señor Almirante, señor Pirala, señor Diaz Benito, señor Conde de Rius y otras varias personas.

Momentos antes de salir de la régia estancia, la guardia del Rey se colocó en la escalera para hacerle los honores debidos.

A las seis en punto salió de la cámara la comitiva, siendo conducida la Reina en una litera hasta el pié de la escalera principal donde aguardaban los carruajes.

Doña María Victoria estaba sumamente afectada y deramaba abundantes lágrimas.

Al bajar la escalera iban saludando cariñosamente á los guardias y servidumbre que encontraban al paso.

Cuando llegó la litera al carruaje, don Amadeo cogió en brazos á su esposa y con el mayor cuidado la colocó en el coche.

El señor Rivero dió la mano á los Reyes y estos le encargaron mucho que mirara por su desgraciada servidumbre: el señor Rivero les ofreció que así se haría.

Terminada la despedida, doña María Victoria dió la se-

nal de la partida y á los seis y diez minutos salian por la puerta del Príncipe cuatro carruajes dirigiéndose á la estacion del Norte donde les esperaba un tren especial compuesto de un coche de segunda, donde iba alguna fuerza de la guardia civil, un coche de primera donde iba colocada la cama para la Reina, en un departamento y algunos furgones.

A las seis y media, próximamente, el tren partió por el ramal del campo del Moro á tomar la linea del Mediterraneo, de donde salieron enseguida en direccion á Lisboa acompañados de la comitiva antes indicada y de la comision nombrada por las Córtes, para despedirle en la frontera del vecino reino Lusitano.

### **Viage de SS. MM. á la frontera de Portugal.**

Para que nuestros lectores no carezcan ni aun de los mas insignificantes detalles del viaje de D. Amadeo hasta que pisó la frontera portuguesa, extractaremos lo que un testigo ocular refiere; el Sr. Pirala, cronista de la córte, y que acompañó á SS. MM. hasta Elvas. Dice así:

«Trasladóse la reina en otra silla de manos al carruaje, y á poco partió el tren por la vía de circunvalación á la estacion del Mediodía, tambien desierta. Solo estaba allí Topete, ese hombre de gran corazon, y el agradecido conde de Almina; pero ni autoridades, ni guardia, ni escolta, y entre los dos citados señores y Montesinos, siempre solícito y fácil á proveer á todo, se dispuso que los ocho guardias de orden público que habia en la estacion subieran al tren para dar escolta.

»Silenciosamente, y formando marcado contraste con

la partida del rey cuando fué á visitar la costa de Levante hacia poco mas de un año, y siendo ministros algunos de los mismos que ahora lo son, partió el tren, ocupando la reina un departamento en el que fué acostada; inmediatos sus hijos y el rey, y en un coche salon los que formaban la comitiva (1).

»Nadie esperaba en las estaciones hasta Aranjuez, y aun aquí fué escasa la concurrencia, á pesar de los muchos dependientes y jornaleros del real patrimonio. Siguió el tren á Alcázar de San Juan, donde ya se habia recibido el parte del gobierno para dispensar á las reales personas los honores debidos, que los hizo el presidente de la junta revolucionaria, y preparado el almuerzo á virtud de un telégrama que se envió desde Aranjuez pues nada se habia dispuesto, hasta el punto de carecer la reina, enferma, de una taza de caldo, no obstante haberse preparado en Madrid algunas botellas de *consommé*, que quedaron muy tranquilas; — descendió el rey del carruaje, y abriéndose paso por entre la multitud silenciosa y respetuosa, ocupó la cabecera de la mesa á la que se sentaron todos sin orden ni etiqueta, pudiendo servir apenas los camareros, por estar invadido el comedor con la gente del pueblo, que contemplaba asombrada la digna tranquilidad del que acababa de ser el jefe supremo de una nacion de 16 millones de almas.

---

(1) La constituian, la comision de la Asamblea, compuesta de los señores Montesinos, marqués de Seoane, Moncasi, Rossell Ulloa (D. Augusto), que iba tambien con el carácter de administrador de la compañía del ferro-carril, el Sr. Montero Rios, generales Tassara y Gandara, hermanos Alvaredas, general Burgos, Portilla, Almirante, Villacampa, Tejeiro, Benifayó, Ogea, Benazuza, algun otro y el que suscribe. Iban tambien los representantes de Portugal e Italia. Este ultimo quedó indispuesto en Alcázar de San Juan.

»Continuó la marcha, atravesó rápido el tren los vastos y desiertos campos de la Mancha, fijóse apenas la atención en el pueblo que tuvo preso á Cervantes, que á vivir hoy, abundante cosecha hallaría de locos y simples y aun malvados, para inmortales obras; detúvose un momento en Manzanares, donde recibieron SS. MM. respetuosos saludos, y en Ciudad-Real se ofrecieron las autoridades: estaban formadas las fuerzas del ejército, que presentaron armas y batieron marcha, y todo el andén y sus inmediaciones invadido por inmenso gentío, ávidos todos de contemplar á la real familia.

»Con una pequeña detención en Puertollano y Almadén, y descendiendo por las gargantas de este venero de riqueza á Belalcázar, se dejó la Mancha, se atravesó un pequeño confin de Andalucía y se penetró en Extremadura, parando un momento en Cabeza del Buey, y comiendo en Almorchón en una ruinoso y ennegrecida pieza perfectamente ventilada: no había otro sitio.

»La noche, aunque alumbrada por espléndida luna, apenas permitía contemplar las risueñas llanuras de Villanueva de la Serena, don Benito y Medellín, patria de Hernán Cortés, y las venerandas ruinas de la hoy triste Mérida y antes opulenta colonia romana, y á las doce llegamos á Badajoz. Era la última población española que despedía á don Amadeo, y que acostumbrada á recepciones de alegría, no podía menos de pensarse en el contraste que formaba aquel séquito silencioso y triste, mas triste cuanto mas se alejaba de España, con el que presentaron las bodas allí celebradas del rey de Castilla don Juan I con la infanta de Portugal doña Beatriz, la recepción de doña Juana de Portugal para ser esposa de don Enrique IV, del solemne re-

cibimiento hecho á la infanta de Portugal doña Isabel para ser esposa del emperador Cárlos V, del no menos ostentoso dispensado á doña María de Portugal que vino á ser esposa del que fué á poco don Felipe II, hijo del que es fama que al año de haber abdicado la corona, que le abrumaba por el gran peso de su inmensa gloria, mostrábase arrepentido, y de los grandemente celebrados conciertos reales en 1729. En este siglo Cárlos IV y María Luisa se trasladaron á Badajoz en 1801 con motivo de la guerra con Portugal, para atender mas á un favorito que á los intereses nacionales, y que tan funestos resultados produjo á aquel rey;—pues siempre los favoritos han sido funestos á los reyes y á los pueblos,—y en diciembre de 1866, tambien estuvo allí la familia real de España á su paso para Lisboa á pagar atenta visita á los reyes de Portugal.

»Quedáronse en Badajoz los guardias que formaban la pequeña escolta, y siguió el tren á Portugal, cuya tierra se pisó en breve. El silencio de la noche, la melancólica luz de la luna, lo desierto de aquellos campos, la tierra extranjera, cuanto á todos rodeaba, convidaba á la reflexion, y grandes podian hacerlas cuantos el tren conducia...

»Las músicas de la guarnicion de Elvas anunciaron la llegada á su estacion, donde esperaban las autoridades de gran gala, y tropa de cazadores con músicas, que no cesaron de tocar el himno nacional portugués. No habia pueblo.

»Parado el tren frente á la pequeña y humilde aduana, apeóse don Amadeo, y en el despacho del administrador, una reducida pieza á la izquierda de la primera sala, recibió á las autoridades y se despidió de la comision de la Asamblea y de los que regresamos, aun cuando algunos llevábamos ánimo de seguir hasta Lisboa, dando á la real

familia esta prueba mas de sincera y desinteresada adhesion.

»Dispuesto allí otro tren, con un coche-salon que ostentaba las iniciales de don José Salamanca, se unió á él el carruaje en que iba la Reina y los Infantes, y á las tres partió para Lisboa, despedido con los mismos honores; regresando á Madrid la comision de la Asamblea, el general Tassara, brigadier Portilla, coronel Almirante y el autor de estas líneas.

»En todo el viaje demostró el público grande avidez por ver y contemplar á doña María Victoria, cuya merecida fama era general: todos preguntaban por esta señora, cuyo talento y caridad conocian; todos la admiraban, todos se apenaban por su desgracia, y la Reina, no muy atendida por quien mas obligacion tenia de hacerlo, iba postrada en un lecho, abismada en sus tristes pensamientos y sin otro consuelo que el de tener á su lado á su esposo que ama y á sus hijos que adora. Reciba en lejanas tierras el tributo del que siempre la ha admirado y la ha servido con veneracion profunda y respetuosa, sin haberla demandado nunca la menor merced.»

. . . . .

. . . . .

En el entretanto el entusiasmo en las masas populares en Madrid, desde el primer momento en que se hubo proclamado la república, fué indescriptible; á la intranquilidad anterior habia sucedido la mas franca y la mas expansiva alegría.

Grupos de pueblo, en actitud pacífica, y al compás de la marsellesa, discurrían por las calles precedidos de música, y banderas.

Ni en los barrios principales, ni en los mas estraviados de la capital se cometió el menor exceso, ni hubo que lamentar desgracia alguna: verdad es que desde la tarde del dia anterior habia aparecido en las esquinas el manifesto de los republicanos mas intransigentes, suscrito por cincuenta y una firmas de las mas autorizadas en el partido, recomendando á todo el mundo la calma y el órden; haciendo comprender á las masas que se estaba atravesando una de las mas graves crisis porque puede pasar un pueblo y que la mas ligera imprudencia bastaria para comprometer la suerte de la república y de la patria.

El inmenso gentío aglomerado la noche anterior y la actitud como se presentó en los primeros momentos en los alrededores del Congreso, hizo preciso adoptar algunas precauciones y hubo varias carreras, pero la alarma cesó á los pocos momentos.

A la una y media de la tarde habia formado un batallón de la milicia nacional delante del Congreso para contener, á cierta distancia del mismo, la multitud que era extraordinaria.

El Comercio y otras muchas personas de arraigo se organizaron por barrios para establecer patrullas y atender al reposo público, pero todo esto pacíficamente, como no se habia visto nunca en ninguna de las revoluciones conocidas hasta la fecha.

Mucho contribuyó á calmar los ánimos el dia diez, el que, cuando á las cinco de la tarde, los grupos que rodeaban el Congreso empezaron á agitarse y á dar vivas á la república, apareciesen en el vestibulo del mismo y arengasen á las masas los señores Figueras y Castelar, Ribero y Ocon, Carmona y Sorní, Nouvillas y Luis Blanc, los cuales con

su autorizada palabra llevaron la confianza y la tranquilidad á los mas agitados ánimos.

Bajo esta impresion y despues de la partida del Rey, proclamada la república y hecho el nombramiento de los que debian componer el poder Ejecutivo, dió principio la sesion del dia doce.

Reunidos ambos cuerpos colegisladores, se precedió al nombramiento de los tres Presidentes, Vicepresidentes y Secretarios, y despues de haber anunciado el señor Figueras que el Gobierno no tenia candidatos que proponer, puesto que la Asamblea era soberana y nadie tenia derecho para inmiscuirse en sus actos, se procedió á la votacion siendo elegido presidente por 222 votos el señor D. Cristino Martos.

Nada mas levantado y patriótico, nada mas entusiasta que el notabilísimo discurso que al ocupar el sillón presidencial, pronunció el nuevo presidente de la Asamblea.

Con la elocuencia que le distingue, con la facilidad que le es peculiar, con la esuberancia de talento con que la naturaleza le ha dotado, y en extremo conmovido por la alta honra que acababa de dispensársele, cautivó por espacio de mas de media hora la atencion de la Asamblea, siendo interrumpido varias veces por los mas entusiastas aplausos.

Empezó dando gracias á la Asamblea por el alto honor que le habia dispensado y que consideraba, dijo, como un puesto de honor y de peligro: «de peligro, por si sobreviniese para España; de peligro, por si sobreviniere para la libertad; de peligro, por si pudiese acontecer para la república, en favor de la cual, despues que por el voto libre de nuestra conciencia todos la hemos proclamado, todos tene-



mos obligacion de trabajar, y si es preciso de dar nuestra vida.»

Añadió que la situacion que se habia creado imponia á la Asamblea grandes deberes, que se resuleven en uno solo: en el de salvar la república, prestando absoluto apoyo al gobierno.

«Yo, señores, dijo, entiendo que así como la primera necesidad de las monarquías en estos tiempos es la libertad, del mismo modo el orden es la necesidad de las repúblicas. Trátase de establecer, de arraigar una forma nueva y desconocida de gobierno en España; no cerremos los ojos ante sus dificultades, que desconocer las dificultades no es el modo mejor de vencerlas; antes bien; deteniéndonos delante de ellas, consideremos que es preciso que hagamos saber, no tan solo por nuestras palabras, sino tambien por nuestros actos, que la república no es el desorden, no es el tumulto, no es la pasion, no es la ruina de los intereses; que la república puede y debe ser el orden, la libertad, la confianza, la paz pública, la proteccion segura dispensada por un gobierno liberal, pero fuerte á todos, absolutamente á todos los intereses de la nacion española, porque es singular privilegio de esta forma de gobierno que no haya en su seno gérmen de division, sino que todas las opiniones quepan en este gran molde en que vamos á dar nueva forma á la vida de la sociedad española.»

Este período fué muy aplaudido.

Declaró luego que aquella era una Asamblea soberana, y las asambleas soberanas, por lo mismo que son un gran poder, pueden ser un gran peligro para sí propias. «Y es bueno, añadió, á fin de que inspiremos confianza y respeto, que comencemos por respetarnos á nosotros mismos, y

que no entendamos que el uso escesivo del poder es el signo revelador de la fuerza.»

El nuevo presidente de la Asamblea terminó su discurso con las siguientes frases, que merecen llamar la atención.

«Si acaso las dificultades aumentan, y los peligros crecen, y las nubes que tal vez comienzan á divisarse en nuestro horizonte se cuajan y se condensan y amenazan descargar sobre la República cruda tormenta, ¡ah! entonces, señores representantes de la nacion, hemos de investir á este gobierno de todos aquellos poderes que necesitare para salvar la patria, para salvar la República; que la salud del pueblo, principio peligroso cuando nace del terror y se concede para su ejercicio la tiranía, es un principio salvador cuando nace de la serenidad de la fuerza del derecho y se concede para la realizacion de la justicia. . . . .

En tanto, el gobierno de la república no permanecia ocioso.

La responsabilidad que sobre sus hombros pesaba era inmensa y desde el primer momento se dedicaron todos sus dignos miembros, con un celo y actividad prodigiosas, á entrar en el lleno de sus funciones, atendiendo lo primero á la cuestion de órden público, aunando sus esfuerzos para precaver conflictos, para evitar excesos que mas tarde tendrían que castigar.

Afortunadamente en casi todos los pueblos de España se habia recibido con igual entusiasmo la noticia de la proclamacion, al mismo tiempo que con una mesura y circunspeccion superior á todo elogio y encarecimiento.

En los únicos puntos donde se cometieron algunos es-

cesos, pero que fueron sin embargo reprimidos inmediatamente, fué en Málaga, donde generalmente se aprovecha siempre, cierta clase de gentes, de cualquier conmocion popular, explotando el patriótico entusiasmo, para introducir el contrabando; en Montilla, Aguilar y Fuentes donde descuella desdichadamente el elemento demagógico-comunista, muy distinto por cierto de lo que exige, significa, proclama y representa la santidad de nuestra noble y generosa causa; y finalmente, en Orihuela, donde los carlistas cuentan con una gran mayoría dispuesta siempre á empuñar el trabuco en pro de la ridícula y absurda causa que con tanta pertinacia como mala fortuna vienen defendiendo hace tantos años.

El empeño que se supone en el nuevo ministro de Estado, Sr. Castelar, en el *Memorandum* que prepara para el rápido reconocimiento de la república española por todas las potencias, es demostrar al mundo que nuestras instituciones han nacido del sentimiento nacional y de la repugnancia del pueblo español á toda ingerencia estrangera en su gobierno interior. De consiguiente, la república española no tiene ningun carácter de agresion, ni directa, ni indirecta al exterior.

No ha querido el pueblo español que se mezclen en sus asuntos, ni se mezclará él tampoco en los de los demás pueblos.

Esta es la base de la política internacional del gobierno. En este sentido y como preliminar del *Memorandum* que prepara el popular ministro, en su circular á los representantes de España en el extranjero y al darles cuenta de los últimos acontecimientos les dice: «Las córtes soberanas han proclamado la república como forma definitiva

de gobierno. No ha sido resultado de una sorpresa sino de la reflexion de las córtes que han creído que, en las actuales circunstancias previstas, hace mucho tiempo, tal era el sentimiento nacional.»

Haciendo despues justicia á la lealtad y al espíritu constitucional del Rey Amadeo, dice, que no habiendo podido vencer aquel la repugnancia innata, digna y orgullosa de la nacion española, habia resuelto pacíficamente el conflicto, abdicando:

El decreto de abolicion del juramento militar es igualmente un documento notable; en su preámbulo descuella un párrafo que demuestra toda la nobleza, toda la indulgencia, toda la generosidad del partido republicano y que dice así:

«Se necesita que no haya en el ejército españoles juramentados é injuramentados. Se necesita destruir esta odiosa distincion que dividia á nuestros militares en castas. Todos deben ser soldados de la patria; y todos, obedeciendo á la república, obedecerán á la nacion de que son leales servidores y fieles hijos. Así la república, que no les pedirá cuenta de sus ideas, ni de sus compromisos, ni de su historia para emplearlos en su servicio, les exigirá en cambio, con mas derecho que el antiguo régimen, la obediencia á una autoridad que á nadie rebaja y la sujecion á leyes que á todos exaltan, y que se curan, no solamente de sus derechos, sino tambien de la virtud de su honor y de la tranquilidad de su conciencia.»

---

## LA MUERTE DEL JUSTO.

---

¿Qué habia sucedido en todo este tiempo en la casa de don Antonio?

Lo mas natural del mundo.

Lleno de vivísima ansiedad, habia estado escuchando todos los rumores que hasta su casa llegaban de la vecina plaza del Congreso.

Habia recibido, segun le ofrecieron D. Antonio y Felipe, noticias del estado en que se hallaban las cosas, la marcha de los acontecimientos que en el capítulo anterior hemos relatado y á cada satisfactoria nueva que recibia murmuraba con acento de inmensa, de indescriptible angustia.

—¡Mucho tardan!... no será posible que yo lo alcance á ver!...

En el momento en que se presentaba en el Congreso la proposicion de Pí y Margall para que definitivamente se declarase la república, único medio de salvar el pais de la ruina, D. Juan se dirigió á la casa de su amigo.

El enfermo se habia debilitado de una manera extraordinaria en el breve espacio trascurrido desde que nosotros le abandonamos.

—Albricias, amigo mio, exclamó D. Juan en el colmo

del entusiasmo y al penetrar en la alcoba del enfermo. En este momento acaba de presentarse la proposición que será aceptada indudablemente.

—¡Ay, amigo mio! replicó el anciano con desfallecido acento, difícil es que alcance á ver su resultado.

—¿Volvemos á las andadas?... vaya una manía...

—Harto sabes que no me gusta entristecer á las personas á quienes amo, pero...

—Pues entonces, qué diablo!... tenga V. ánimo y no desmaye en su esperanza...

—Imposible!... qué regularidad podrá exigirse á una máquina cuyas ruedas están ya gastadas?... He derramado tanta sangre por la santa causa, que mis venas están exaustas; de tal modo gasté mi inteligencia buscando los medios de hacer que triunfara la idea á que desde la niñez me habia consagrado, que hoy ya mi cerebro está vacío.

—Pues bien ágil y bien robusto le hemos estado á usted viendo hasta hace muy pocos dias; hasta que esa maldita pulmonía le ha postrado de una manera tal, que su espíritu lo encuentro en extremo abatido.

—¡Qué desatino! no es esa enfermedad, nó, la que me lleva al sepulcro; la pulmonía solo es el pretesto: la realidad está bien á la vista... muero de consunción, de debilidad... mis años son ya muchos y debo como todo el mundo pagar mi tributo á la naturaleza!...

—¡Padre!...

—Pero no continuemos discutiendo sobre esto, porque cosas mas graves, asuntos mas sérios reclaman nuestra particular atención... y es preciso no perder tiempo: la violencia misma que hago para hablar, agota las pocas fuerzas que me restan.

—¿Y no valiera mas que descansara V. un rato como lo ha mandado el facultativo? dijo María, estrechando entre las suyas la mano de su padre.

—Descansar!... ¡Ah! sí; dentro de poco descansaré para siempre... pero antes y cuando la razon aun existe y reflexiona, el que debe emprender tan largo viaje y deja en el mundo séres tan queridos, el que recuerda en sus postreros instantes todos los dolores que le han atormentado en su penosa agonía, esa agonía á la que dímos el nombre de existencia y á la cual asociamos esos mismos séres, si recordamos el triste legado que vamos á dejarles; si recordamos que los perdemos para siempre y que ya no hemos de volverlos á ver!...

—Padre, ¡cuánto me está V. haciendo sufrir!

—En el alma me duele, hija mia, pero llorando en traste en la vida, llorando pasaste la mayor parte de ella, y llorando tambien la abandono yo, yo, que jamás he llorado!... Resígnate como yo me resigno.

Y la voz del anciano, que cada vez iba debilitándose mas, quedó sofocada por un reprimido sollozo que tuvo la duracion de algunos segundos, y una lágrima desprendida de sus encendidos párpados resbaló lentamente por sus cadavéricas mejillas.

—Al fin conseguirá V. que vacile mi serenidad, dijo don Juan. Si piensa V. proseguir hablando de ese modo me voy otra vez, pero no vuelvo á traerle á V. mas noticias.

—¡Oh! no se vaya V...! quizá cuando volviera no me encontraria ya vivo y es muy importante lo que tengo que decirle.

—Pues prométame V. ser mas razonable.

—Lo prometo: pero como calculo por las pulsaciones y los latidos de mi corazón los cortos momentos que me restan de vida, no puedo hacerme ilusiones y no quiero desaprovecharlos. Harto le consta á V., amigo mio, como á todos nuestros hermanos de asociacion, los grandes trabajos de mi vida; no hay un momento en ella que no haya sido consagrado á la defensa de la idea que ambos sustentamos.

Mucho tiene que aprender nuestro pueblo todavía, mucho que es necesario enseñarle para que viva siempre precavido.

En mis largos viajes, en esa colosal peregrinacion que por el mundo hice, combatiendo bajo las banderas de la libertad y en pueblos diametralmente opuestos, he recogido muchos é interesantes apuntes, he leído y escuchado interesantes tradiciones de los tiempos antiguos y modernos que afanoso gravaba en mi mente para trasmitirlas al papel, presintiendo que algun dia habrian de ser útiles mis apuntes, mis memorias y mis consejos, á ese mismo pueblo por quien me sacrificaba y combatia.

El anciano se detuvo un instante al pronunciar estas palabras, porque la violencia que estaba haciendo era superior á las fuerzas que le restaban.

Don Juan, no pudo menos de decirle:

—¿Pero es tan importante lo que tiene V. que referirme? Porque si no lo es, no debe V. fatigarse de tal modo.

—Tiene razon don Juan, padre mio; ¿por qué no reposa V. algunos momentos?

—Dentro de poco reposaré para siempre.

—Pero...

—Déjeme V. acabar y déjame tú tambien, pues tu suer-



te depende en gran parte del encargo y del depósito que voy á confiar á don Juan.

—¿Un depósito?

—Sí, amigo mio: le estaba hablando de esa coleccion de episodios de la tiranía, de esas leyendas de lágrimas, de esa coleccion de cuadros históricos de todos los pueblos, de todas las épocas, desde las mas remotas hasta el dia, que en mi larga vida recogí, y al escribirlas, tuve la debilidad tambien de referir algunas escenas de mi vida en las cuales representé el principal papel. No sé si podrán ser útiles á mi partido, pero lo que sí puedo desde luego aseguraros á uno y otro, es, que en ellas va encerrado el porvenir de mi hija.

—¿Y dónde están esos papeles? preguntó don Juan.

—Aquí.

Y el anciano sacó de entre las ropas de su cama el legajo de papeles que en otro lugar hemos visto le entregara su hija, cuando el polizonte iba á comenzar el registro de la casa.

Aquellos papeles, estaban cerrados cuidadosamente bajo un sobre y sellados con los atributos masónicos.

—¿Y qué destino, debo dar á estos papeles?

—El dia en que la república triunfe en nuestro pais, el dia en que España sea un pueblo verdaderamente libre, entregue V. esos manuscritos al *venerable* de nuestra lógia.

—Y si la muerte me sorprendiese á mí, aun cuando no la espero, antes de que llegara tan suspirado dia? replicó don Juan.

—Entonces de la misma manera que hoy le confío este depósito, confíeselo V. á su mejor amigo. Esos papeles solamente deben leerse en los momentos en que el pueblo,

rompiendo las cadenas que le sugetan, sea dueño de sí mismo; porque precisamente entonces es cuando debe tener mas cordura para no volver á perder lo que á costa de tantos sacrificios logró adquirir. Es, pues, mi deseo, que se conserven hasta ese dia.

—Cumpliré sus órdenes religiosamente.

—Es mi postrera voluntad.

—Pero recuerdo, si no he oido mal, añadió don Juàn, que ha dicho V. que en estos papeles se encerraba tambien la suerte de su hija.

—Iba á hablarle sobre ese particular.

—¡Qué suerte mas desgraciada! exclamó María; qué puedo esperar, ni desear si le pierdo á V.? No se ocupen ustedes para nada de mí; no quiero otra cosa sino que no se desanime V. de ese modo, que viva para mí, y todo lo demás me importa poco.

—Noble corazon! Déjame, que de tí me ocupe, que tal es el deber que los padres tenemos sobre la tierra.

Y dirigiéndose á don Juan, continuó:

—Bajo este sobre, se encierran dos paquetes; en el uno de ellos, que es el mas voluminoso, hay un lema que dice: «Para el dia en que sea una verdad en España, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad» y en el otro, dice: «Documentos referentes á mi hija María.» De este paquete, debe usted romper el sobre, y enterado de las instrucciones que allí encontrará, obrar con arreglo á ellas.

—Preveo que es grave la mision que se me confía.

—Por esa misma razon lo hago, porque tengo ilimitada confianza en V. y la completa seguridad de que cumplirá como hombre honrado.

—¡Oh! en cuanto á eso, juro á V. que acaba de morir

en mi corazón cuanto me ha dicho, hasta el momento en que deba de obrar.

Y don Juan al pronunciar aquel juramento estendió el brazo sobre el lecho con ademán solemne.

El rostro del moribundo expresó una visible satisfacción y con su descarnada mano estrechó tiernamente la de su amigo.

—Gracias, ¡oh! gracias! dijo en extremo conmovido.

Después permaneció algunos momentos en silencio, al cabo de los cuales exclamó de pronto.

—¡María! ¡Hija mía! ¿Dónde estás?

—Aquí, contestó la jóven visiblemente afectada, porque advirtió que á pasos agigantados iba descomponiéndose el rostro de su padre.

—Ven aquí, dame tu mano!...no te separes de mi lado...

María pasó al otro lado de la cama, y no pudo menos de estremecerse al advertir que la mano de su padre estaba helada.

—¡Don Juan! ¡Amigo mio! exclamó el anciano, á V. se la encargo; vele V. por ella que también la pobre es muy desdichada.

—¡Padre mio! ¡padre mio!... exclamó María sollozando é imprimiendo un amoroso beso en la sudorosa frente del moribundo.

—¡Hija de mi corazón! ¡pobre y desdichada flor, que solo para padecer viniste al mundo! si algún sentimiento llevo á esa eternidad en que voy á penetrar, es el de no haber podido hacerte dichosa. Don Juan, mi buen amigo, ¿me promete V. ser su segundo padre?

— Con todo mi corazón, contestó don Juan con voz conmovida.

María no podía articular una frase... las lágrimas la ahogaban, un dolor inmenso desgarraba su pecho!...

La estension de su mismo dolor oprimia su garganta y solamente las lágrimas encontraban paso hasta sus ojos.

La respiracion del anciano hizose cada vez mas difícil.

Su agitacion era extraordinaria y todos los síntomas que en él se advertian, demostraban que su fin se aproximaba.

Un silencio solemne reinaba en el aposento, únicamente interrumpido por el leve rumor de la fatigosa respiracion del moribundo y los sollozos que en vano trataba de contener la jóven.

Don Juan se hallaba tan afectado que apenas podía pronunciar una palabra.

Amaba al anciano con extraordinario afecto, con entusiasta cariño.

Juntos habian hecho muchas de aquellas campañas á que se referia el infeliz y aunque de la misma edad próximamente, siempre don Juan profesó tanto respeto y veneracion á su amigo, como fraternal cariño le tenia.

Así fué, que al contemplarle en aquellos postreros momentos y próximo á espirar, sentia su corazon tan oprimido que ni una frase de consuelo pudo brotar de sus labios, ni acertó á formular una idea.

El anciano se aproximaba gradual y rápidamente á entrar en ese período que constituye el epílogo de la vida.

La agonía se hacia presentir por la agitacion nerviosa, cada vez mas creciente, y por el cristalizado brillo de sus ojos fijos en María.

En María á quien iba á dejar para siempre.

Hubo un momento en que pareció que iba á exalar el último suspiro.

Todo su sér se agitó con un marcado estremecimiento.

Cerráronse sus ojos, crispáronse sus dedos, oprimiendo mas fuertemente las manos de su hija y de su amigo, que conservaba entre las suyas.

—¡Padre! exclamó María, dando un grito y estrechando entre sus brazos la cabeza del anciano.

—Amigo mio, dijo don Juan, inclinándose sobre el lecho.

Pero en aquel momento un alarido inmenso que se alzó desde la Plaza de las Córtes y que llegó hasta los oídos del moribundo, mezclado con las exclamaciones de las dos personas que le acompañaban, le hizo incorporarse sobre un brazo preguntando con voz entera:

—¿Qué es eso? ¿qué significan esos gritos y vítores?

En el mismo instante, llamaron violentamente á la puerta.

María salió á abrir.

Felipe se precipitó en la alcoba gritando.

—Albricias, don Antonio, la república acaba de proclamarse!

—¡Oh! gracias, señor! exclamó el anciano, retratándose en su rostro una espresion de inefable alegría.

—¿Oye V.? ¿Oye V.?, con esos gritos espresa el pueblo su entusiasmo; esos vivas son la ferviente espresion de su placer... Figueras y Pí Margall, Castelar y Sorni, nuestros queridos amigos, Ocon y Luis Blanc, dirigen su voz al pueblo y lo electrizan.

Don Antonio prestó durante algunos segundos su atencion á fin de poder percibir mejor aquellas voces.

Su fisonomía parecía iluminarse, adquirir nueva vida.

Parecía que todo su sér, al mágico influjo de aquellos vivas, habíase trasfigurado cobrando nuevo vigor y extraordinaria energía.

—¡Se ha salvado! exclamó María.

¡Pero ay! ¡su mismo deseo le engañaba!

Aquello no habia sido mas que el último resplandor de la luz próxima á estinguirse.

Don Antonio dió un suspiro sonrió dulcemente y se dejó caer sobre la almohada.

Cerráronse sus ojos, tornáronse á abrir, y dirigiéndose á don Juan y á su hija, dijoles con acento apenas imperceptible.

—Los papeles... mi hija... se... los... confío... no olvidéis vuestro juramento.

Después su agitación fué aumentándose: hízose mas violenta la respiración, enturbiáronse sus pupilas, y el noble anciano entró en el período de la agonía.

Pocos momentos después habia dejado de existir.

Una música improvisada pasaba en aquel momento por la calle de San Agustín tocando la marsellesa.

**Fin del prólogo.**

# LA SOBERANIA NACIONAL

5

EL ULTIMO SUSPIRO DE UN TRONO.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

Dos palabras sobre el origen de las sociedades masónicas, sus leyes, sus estatutos, su representacion política y época en que se establecieron en España.

Para mayor inteligencia del lector y antes de pasar adelante, como quiera que muchos de ellos aunque conozcan la palabra *mason* ó *fracmason*, no tienen noticia de su origen, ni saben lo que simboliza, ni mucho menos cuál ha sido su verdadera importancia política, vamos á esplicársela, é indicar la época en que, como asociacion, fué establecida en España, segun lo relata un ilustre publicista contemporáneo, hoy ministro de la república, variaciones que en ciertas épocas sufrió por la division y particular modo de apreciar las cosas en política, por varios de los individuos que la formaban.

Pocas épocas en la historia de los pueblos prueban tanto como la de 1814 al 1820, y bajo el férreo yugo del déspota monarca Fernando VII, del que tendremos lugar de ocuparnos muy en breve, que las ideas no se encierran en los calabozos, ni se matan con las bayonetas, ni mucho menos se estinguen y anonadan bajo el hacha del verdugo:

por el contrario, se propagan y florecen al fin con la sangre de sus mismos mártires.

Es imposible, no se ha conocido nunca una dominacion mas suspicaz, mas violenta, mas rigurosa que aquella; y sin embargo las conspiraciones se sucedian ligándose unas á otras con extraordinaria rapidez.

Sobre cada víctima que se inmolaba, sobre cada una de las sentencias que firmaba impasible aquel absoluto monarca, que tantos liberales envió al patíbulo, sobre cada uno de los atropellos, vejaciones y atrocidades que en nombre suyo verificaban sus implacables sicarios, parecia que venian á cruzarse miles de brazos para ofrecer á los augustos males de tan ilustres víctimas el juramento de lidiar y morir por la misma causa.

¿Cómo no receló el tirano que no siempre habría un traidor en medio de tantas almas generosas ó que la fortuna no pudiese proteger una vez sus secretas maquinaciones? Una vez las protegió al fin y esa vez triunfaron de él.

Por aquella época y apesar de la poca suerte de Morillo, el gobierno, obstinado en su propósito de someter las Américas, preparó una grande espedicion que debia partir á las órdenes del Conde del Abisbal. Para estimular á los oficiales ofreció un grado á cuantos hiciesen parte de ella, pero este galardón anticipado solo sirvió para exagerar los peligros é indisponer á los soldados á quienes nada se ofrecía.

Se cometió además la imprudencia de concentrar en Cádiz y sus alrededores las tropas, mucho antes de que estuviesen preparados los barcos que debian trasportarlas, y los conspiradores tuvieron en la ociosidad y crecido número de aquellas, mas facilidad para promover el espíritu de insurreccion que ya las aminaba.



Ya no fueron los proyectos de conspiracion aislados á una provincia, como sucedió hasta entonces, sino generales, y obra, no de algunos individuos, sino de un número considerable unidos por ciertas formas y juramentos en sociedades secretas.

Siempre apeleron los hombres al misterio y á las sombras cuando se les vedó reunirse y comunicarse en público.

La tiranía Oriental nada pudo contra esta tendencia natural del hombre, y los conciliábulos contra los poderes existentes ó las ideas reinantes se han sucedido constantemente, pasando de los egipcios á los griegos, de estos á los romanos y de ellos á la moderna Europa.

De todas las sociedades secretas que nos legaron los tiempos antiguos, la *Francmasonería*, la mas antigua de todas es la que, ó por sus fines, ó por su organizacion se ha generalizado mas.

Los nuevos estatutos publicados últimamente en Francia, dan de ellos esta definicion: «*La orden tiene por objeto el ejercicio de la beneficencia, el estudio de la moral universal, de las ciencias, de las artes y la práctica de todas las virtudes.*» El artículo 2.º añade: «*Se compone de hombres libres, que sometidos á las leyes, se reúnen en sociedades constituidas segun los estatutos generales.*»

Su organizacion es, apesar de fines tan filantrópicos y fraternales, altamente gerárgica pues hay en ella *aprendices, compañeros y maestros*. Hay igualmente entre sí ciertas distinciones que sugetan á unos detrás de otros.

Hay *lógicas y capítulos*, ó sea pequeños círculos de asociados, dependientes de un *grande oriente*, presidido por un *gran maestro representante del grande arquitecto del univer-*

so, cuyas órdenes es preciso respetar ciegamente. Tienen además frases y términos simbólicos, como la *escuadra*, la *regla* y el *compás*; acompaña en fin á esta asociacion cierto misterio muy apropiado para ganarle prosélitos y rodearla de prestigio.

En España se introdujo á principios del siglo y á pesar de la vigilancia de las autoridades y las persecuciones de la Inquisicion, se estendió extraordinariamente. Sin duda por esto mismo tomó el color político con que entre nosotros fué siempre conocida, hasta el punto de ser el nombre de *mason*, sinónimo de liberal.

Los liberales, en efecto, encontrando en la francmasonería la organizacion que necesitaban y erigido el secreto en principio religioso, corrieron á ella como á un asilo contra el rigor y la ruina de las persecuciones y desde el cual podían combatir mejor á sus enemigos.

A esta asociacion habia estado afiliado siempre D. Antonio, el pobre anciano á quien hoy contemplamos moribundo en el lecho del dolor y al lado de aquella desconsolada jóven.

Y esta misma asociacion, representada por algunos individuos de su seno, es la que, tan luego como la abdicacion de D. Amadeo fué un hecho oficial y se proclamó la república, presentóse al nuevo poder constituido para felicitarle y ofrecerle sus servicios y cooperacion.

Tambien tuvo su época de division entre sus afiliados, por supuesto únicamente en España, y en la cual se hicieron cruda guerra por la forma de apreciar ciertas cuestiones referentes á la política palpitante. Defecto gravísimo en que el partido liberal incurrió constantemente y que le proporcionó siempre no pocas desdichas. La época á que nos refe-

rimos fué la de la segunda legislatura del año 20 al 22 cuando la exoneracion del ministerio Argüelles, y el general Riego fué separado de la capitanía general de Cataluña; época desdichadísima en que los liberales se dividieron tomando los nombres de *masones* los unos, *comuneros* los otros y *anilleros* los restantes, que se hicieron, con bien poco juicio, una guerra á muerte.

Los moderados que habia afiliados á la masonería se separaron para formar una sociedad pública con el título de *Los amigos de la Constitucion*, dando á entender que los demás no lo eran, y como entregándolos á la execracion pública. Estos, en vez de retirarse como habian imaginado aquellos, persiguieron á los disidentes con el sarcasmo y el insulto, no siendo en breve conocidos del vulgo mas que por el mote de *anilleros*, que les pusieron, ridiculizando la puerilidad del anillo que adoptaron para reconocerse.

Pero luego que se vieron solos los exaltados, se fraccionaron, así porque la *masonería* se habia hecho demasiado pública, y viciándose con los especuladores, que siempre acuden á donde quiera que el poder se halle, como porque lo indirecto del reglamento de aquella sociedad y su organizacion no satisfacian ya sus miras. La mayor parte se separó tomando el título de *Comuneros hijos de Padilla*, en memoria de aquellos infortunados defensores de nuestras antiguas libertades, que sucumbieron bajo la tiranía de la casa de Austria. Sus estatutos declaraban francamente que «la confederacion de los *comuneros* era la reunion libre y espontánea de todos los alistados en las diferentes fortalezas del territorio de la confederacion, en los términos y con las formalidades prescritas en sus leyes y reglamentos; y tenia por objeto, obtener y conservar por todos los me-

dios que estuvieren á su alcance, la libertad del género humano, sostener con todas sus fuerzas los derechos del pueblo español contra los abusos del poder arbitrario, y socorrer á los menesterosos, principalmente á los que hicieran parte de la sociedad.» Se dividia esta en *merindades*, en *comunidades*, en *torres*, *fortalezas* ó *castillos*, y era dirigida por una asamblea suprema compuesta de los siete miembros mas áncianos residentes en la capital, y los procuradores nombrados por las comunidades, tenian como todas, sus palabras simbólicas y fórmulas de admision, que nosotros espondremos aquí ligeramente por ser la única sociedad de este género que pueda considerarse de creacion nacional. Averiguado que el candidato era digno de pertenecer á las banderas de los comuneros, el que lo habia propuesto y el alcaide del castillo en que deseaba entrar, salian á su encuentro, y le advertia éste las graves obligaciones que iba á contraer, de las cuales respondia con su cabeza si faltaba á ellas, despues de prestar el juramento. Conforme en esto, se le vendaban los ojos y acercaba al castillo, cuyo centinela, al divisarlos, preguntaba:--¿Quién vive? El caballero conductor respondia: - Un ciudadano que se ha presentado en las otras avanzadas con bandera de parlamentario, á fin de ser alistado. -- Entregádmele, contestaba el centinela; yo le conduciré al cuerpo de guardia de la plaza de armas. Y al punto se oia una voz que mandaba bajar el puente levadizo y alzar el rastrillo, y un ruido como de haber practicado estas operaciones. El candidato era conducido al cuerpo de guardia, habitacion adornada con inscripciones en honor de las virtudes cívicas, armaduras y grupos de armas, algunas con manchas de sangre, en la cual se le quitaba la venda y dejaba solo

con un centinela enmascarado. Trascorrido un rato para que reflexionase su situacion, se le entregaba un papel que contenia estas preguntas:—«¿Cuáles son las obligaciones mas sagradas de un ciudadano para con su patria?—¿De qué castigo es digno el que no las llena?—¿Qué recompensa merece el que se sacrifica en su cumplimiento?»—Escritas las respuestas, el centinela las entregaba al alcaide y éste al presidente, quien las leia á la Asamblea. Hallándolas en el espiritu de la asociacion, el alcaide conducia ante ella al candidato, vendados nuevamente los ojos, y el presidente le dirigia la última exhortacion sobre las obligaciones que contraia; y si el neófito preserveraba en su propósito, le decian:—«Repetid conmigo; juro ante Dios y por mi honor guardar secreto sobre todo lo que he visto y oido, sobre lo que pueda ver en adelante y sobre cuanto me sea confiado.»—«Me comprometo igualmente á hacer cuanto se me ordene por la confederacion; y si falto á esta promesa en todo ó en parte, consiento en que me maten.»—«Si cumplís vuestros deberes como hombre de honor, añadia el presidente, la sociedad os ayudará: sino los cumplís, ella os castigará con todo el rigor de la ley.» Enseguida se le desvendaba, y el recién afiliado se encontraba en medio de los demás comuneros del castillo que habian presenciado este acto espada en mano. Luego el presidente le decia: «Ahora que estais afiliado en la sociedad, y vuestra vida nos responde de las obligaciones que habeis contraido y que vais á jurar, acercaos, estended la mano sobre el escudo de nuestro jefe Padilla, y con todo el ardor patriótico de que sois capaz, pronunciad conmigo el juramento que debe quedar grabado en vuestro corazon para que no falteis á él jamás.—«Juro ante Dios y esta Asamblea de caba-

llos *comuneros* guardar, sea solo ó con la ayuda de mis confederados, todos nuestros derechos, usos, costumbres, privilegios y cartas de seguridad, y defender eternamente los derechos, libertades y franquicias de todos los pueblos. Juro impedir, sea solo ó con ayuda de mis confederados, por todos los medios que estén á mi alcance, que ninguna corporacion ni persona ninguna, sin esceptuar el rey y los reyes que le sucedan, abusen de su autoridad ó violen las leyes: en este caso, juro tomar justa venganza con la ayuda de la confederacion para impedir el establecimiento de toda inquisicion general ó particular; para oponerme á que ninguna corporacion, ni persona ninguna, sin esceptuar al rey y los reyes que le sucedan, ofenda ó inquiete á los ciudadanos españoles en su persona ó en sus bienes, ó los despoje de su libertad, su fortuna y su propiedad; en fin, para impedir nadie sea preso ni castigado sino en la forma legal y despues de convicto ante el juez competente. Juro someterme á todas las decisiones que tome la confederacion y ejecutarlas. Juro union eterna con todos los confederados y prometo ayudarles en toda circunstancia, con todos mis medios, mis recursos y mi espada. Y si algun poderoso ó algun tirano quisiese destruir la confederacion por la fuerza ó por cualquier medio, juro defender con la ayuda de la confederacion todos nuestros derechos por las armas y á ejemplo de los ilustres *comuneros* de la batalla de Villalar, morir antes que ceder á la tiranía ó la opresion. Juro, si algun caballero comunero faltase en todo ó en parte á este juramento, matarle al punto que la confederacion lo declarase traidor. Y si yo falto en todo ó en parte á estos juramentos, me declaro á mí mismo traidor y digno de ser condenado por la confederacion á una muerte ignominiosa. Que

las puertas y los rastrillos de las torres, fortalezas y castillos me sean cerradas; y para que no quede memoria de mí despues de mi suplicio, que se me quemé y arrojen mis cenizas al viento.»

Acabado este juramento, le decia el presidente: «Sois caballero comunero, y en prueba cubríos con el escudo de nuestro gefe Padilla.» Los demás comuneros tocaban entonces el escudo con la punta de sus espadas, y el presidente volvía á decir: «Este escudo de nuestro gefe Padilla, si cumplís los juramentos solemnes que acabais de hacer, os pondrá al abrigo de todos los golpes que la maldad pueda dirigiros: al contrario, si no los cumplís, no solamente estas espadas os abandonarán, sino que os arrancarán el escudo para que quedeis descubierto y os harán tajadas para castigar tan horrible crimen.» Despues de esta ceremonia el alcaide le calzaba las espuelas y le ceñía la espada; los demás caballeros envainaban las suyas, y segun iba pasando por las filas el nuevo camarada, le alargaban y apretaban la mano. Por último, el presidente le daba la palabra de orden, la seña y contraseña, y le mandaba sentarse. En el dia una sonrisa de compasion asomará á los labios del lector recorriendo estas escenas tenebrosas, misteriosas fórmulas y terribles juramentos; pero no nos impide conocer, que, en tiempos de menos descreimiento que los presentes, de mayor inocencia y mas fé, pueden conducir eficazmente al fin que se propone la sociedad.

Por otra parte, el *carbonarismo*, mas democrático que la *masonería* y dotado así mismo de recuerdos antiguos y símbolos misteriosos, se estendió, reclutando tambien la mayor parte de sus adeptos en las antiguas lógias.

A una de estas, quizá la mas importante, pertenecía el difunto D. Antonio.

Al *venerable*, ó sea gefe de la misma, era á quien iba dirigido el manuscrito que al espirar habia depositado en manos de D. Juan, que era igualmente uno de los afiliados, exigiéndole un solemne juramento.

El pobre anciano pudo al fin ver realizado, antes de espirar, el sueño de toda su vida. La proclamacion de la república.

Los atronadores gritos de entusiasmo que se sucedian sin interrupcion en la plaza de las Córtes, fueron el canto funeral que acompañó la tranquila agonía del justo.

Su alma sublime vió elevarse al cielo en alas de los querubines, puesto que su existencia la habia sacrificado constantemente por sus semejantes, y en aras de la libertad.



## CAPITULO II.

Una lógia masónica.

Han trascurrido algunos dias despues de los sucesos relatados anteriormente.

Penetremos en una casa de la calle de las Huertas, subamos al primer piso y despues de franqueada la puerta principal y haber cruzado varias piezas nos hallaremos en el salon.

Adornan sus paredes signos cabalísticos y en el testero principal, sobre un escudo de bruñido acero, se destacan grabados con estraordinario mérito los atributos masónicos.

Debajo del escudo se encuentran el sillon y la mesa presidencial.

Sobre la mesa lucen dos magníficos candelabros y pendiente del techo brilla una lámpara de cristal esmerilado que ilumina perfectamente todo el salon.

Varias filas de sillas, formando círculo, se hallan dispuestas para la reunion que sin duda debe tener lugar pocos momentos despues.

Daban los 10 y media en todos los relojes de la capital cuando sucesivamente y poco á poco fueron llegando á la puerta de aquella misteriosa casa varios individuos que, prévias varias formalidades de seña y contraseña, se les dejaba el paso franco hasta la sala de que ya hemos hecho mérito.

Entre los individuos, por lo visto allí congregados, se hallaban dos de nuestros antiguos conocidos.

Don Juan y Felipe.

Los dos únicos que habian asistido en sus postrimeros instantes al pobre don Antonio, rindiéndole el último tributo que nos es dado consagrar á la amistad.

El anciano parecia triste y dolorosamente afectado.

El jóven pensativo y como dominado por una gran preocupacion.

Cuando sin duda habian llegado ya todos los que componian la *lógia*, se cerraron las puertas y el hermano *venerable* ocupó el puesto que le correspondia, en el sillón presidencial.

Todas las conversaciones particulares de los personajes allí reunidos cesaron inmediatamente.

El silencio era solemne y hasta tenia algo de imponente.

Al cabo de algunos segundos el *venerable* tomó la palabra y dijo:

—Hermanos, un acontecimiento grave, trascendental, de inmensa importancia para nosotros, acaba de verificarse en España.

La monarquía electiva que sustituyó á la hereditaria, ha sucumbido como sucumbió aquella, como irán sucumbiendo todas, unas despues de otras, porque la civilizacion mo-

derna, los progresos, los adelantos de todos los pueblos y la luz que se abre paso hasta las mas oscuras inteligencias rechazan abiertamente la tiranía, la fuerza, el abuso y el privilegio; bases únicas sobre las cuales descansan todos los tronos de Europa.

Saludemos alborozados esa nueva era civilizadora que brilla para España y derramemos al mismo tiempo una lágrima por los nobles mártires que por conseguirla se sacrificaron constantemente, algunos de los cuales, ó mejor dicho, la mayor parte de ellos, eran hermanos nuestros.

—Las lógicas masónicas, replicó don Juan despues que hubo terminado su discurso el venerable, me parece que no solamente deben asociarse á ese gran movimiento político, sino que tambien se hallan en el caso de ofrecer al gobierno de la república su mas decidido apoyo y cooperacion.

—Ya está hecho; sin embargo de que mi hermano comprenderá muy bien que las actuales condiciones de nuestra asociacion no la permiten figurar como institucion política.

La masonería hoy no ansía mas que al adelanto moral y material de la sociedad; aspira igualmente á la formacion de una gran familia universal, sin distincion de razas ni de especies; al lazo fraternal que une todos los pueblos como hermanos y como el sistema republicano es el que precisamente mas afinidad tiene con las ideas que sustentamos y defendemos, como es el único á cuya sombra puede nuestra propaganda hacerse mas activa, el gobierno de la república puede contar con nuestro apoyo y así se le ha hecho saber por una comision de nuestro seno, que le ha sido enviada.

—Mucho me satisface escuchar á nuestro *venerable* herma-

no expresarse en los términos que acabo de hacerlo y como quiera que la intencion mia no fué la de promover discusion ni incidente alguno, dóime por satisfecho y le suplico se sirva hacer presente á nuestros hermanos el verdadero objeto que hoy nos reúne en este sitio.

—Triste es, dijo el *venerable* despues de algunos momentos de silencio y dirigiéndose á la asamblea, el objeto que me hizo anticipar nuestra semanal reunion.

Todos estais viendo un sillón vacío en esta sala; todos habreis observado que lo cubre un fúnebre crespon.

Esta silla es la que ocupó por espacio de muchos años el que fué nuestro hermano en la lógiá; pero mas que hermano debiéramos darle el título de maestro, por su clara inteligencia, por sus raras virtudes, por su temerario valor.

Antonio Rodriguez falleció en el mismo instante en que la república se proclamaba en España, y él, que tanto habia trabajado por ella, tuvo por lo menos la satisfaccion de escuchar en su dolorosa agonía las entusiastas aclamaciones de la multitud, que saludaba alborozada la aurora de su libertad.

Nuestro hermano ha dejado una hija, ha confiado un doble manuscrito á un amigo y compañero nuestro, á don Juan, para que se dé lectura de ambos en este sitio.

Una parte, ó mejor dicho, el pliego menos voluminoso, se refiere á esa hija que ha quedado huérfana y cuyo porvenir, segun parece, depende de su lectura. La otra parte que es ya un abultado legajo, encierra á lo que entiendo, útiles y provechosas enseñanzas históricas para todos nosotros.

—Con profundo dolor, dijo uno de los hermanos y despues que hubo terminado el *venerable*, supimos la muerte

del justo, del honrado, del consecuente don Antonio y con honda pena le acompañamos á su última morada. La masonería en general y esta lógia, á la que tengo el honor de pertenecer, en particular, debia mucho, muchísimo al hermano que hoy todos lloramos. Él, con incansable celo, arrojando toda clase de peligros y en épocas en que se consideraba como un crimen el ser *mason*, tuvo valor bastante para arrostrarlo y desafiarlo todo; para salvar, aun á riesgo de vida, documentos importantísimos; para ver sobre su pecho sin palidecer y sin temblar las bayonetas con que le amenazaron mas de una vez; sin que un solo nombre, ni una sola palabra indiscreta, comprometiera ninguna de las muchas y preciosas vidas que en varias ocasiones estuvieron pendientes de sus lábios.

Muchos de vosotros hermanos míos habeis venido á la verdadera luz hace poco tiempo; la época que alcanzasteis ha sido mucho menos azorosa que la que nosotros conocimos, así que, no podeis apreciar como los que tenemos el triste privilegio de ser mas ancianos lo que aquel hombre valia. Por mi fé de hombre honrado os juro que ese humilde hermano á quien siempre conocisteis tan prudente, tan reservado y tan modesto, fué desde muchos años el alma de nuestra poderosa asociacion.

Sus méritos igualaban á sus virtudes; sin su modestia y abnegacion es muy posible que en lugar de verle con el *mallet* del hermano, lo hubiéramos visto ocupando el puesto del *Grande Oriente*.

Hoy la lógia debe demostrarse agradecida al que tanto hizo por ella durante su azorosa vida. Deber nuestro es auxiliar á los hermanos en sus aflicciones, pero en el caso presente no es ya únicamente el deber, sino la justicia la

que exige hagamos por la hija lo que jamás su padre permitió que hiciéramos por él, ni aun en las épocas de su mayor desgracia.

Un grito de unánime aprobacion acogió las sentidas frases del hermano que acababa de usar de la palabra.

Cuando se restableció el silencio, dijo el *venerable*.

—Tan conforme me hallo con los sentimientos nobilísimos que acaba de expresar nuestro hermano, que al hacerlo, parecia que iba trasmitiendo frase por frase las que mi corazon le dictaba.

No he podido conocer la época á que se refiere el hermano que acaba de hablar. Léjos de España entonces y profundamente resentido con mis hermanos por razones cuya esplicacion no es de este momento, no pude apreciar los generosos esfuerzos, los inmensos sacrificios y el heróico valor del compañero que acabamos de perder. Sin embargo, de tal manera oí encarecer sus virtudes, sus servicios, su heróico valor, que si vosotros no os hubierais anticipado á mis deseos yo me hubiera encargado de la suerte de la desdichada huérfana.

—En mi casa se encuentra, dijo don Juan, en tanto que la *lógia*, despues de escuchar la lectura del manuscrito que me fué confiado por mi amigo, acuerda lo que considere mas conveniente y justo.

—La *lógia* debe acordar desde luego encargarse de asegurar la suerte de su hermana, puesto que como tal debemos considerarla desde hoy, contestaron algunos individuos.

—Me parece, añadió otro, que lo mas prudente por el pronto es que se habra y se lea el pliego, puesto que así tambien cumplimos con la última voluntad del finado.

Despues de hecho esto, la lógia podrá resolver lo que considere mas acertado.

—Sí, sí, contestaron varios.

—Están todos conformes en que se proceda á la apertura del pliego? dijo el *venerable*.

La contestacion fué unánime y afirmativa.

La curiosidad, por otra parte, se hallaba escitada y todos ansiaban saber lo que el pliego contenia.

—Hermano don Juan, dijo el anciano presidente, podeis dar principio á la lectura de tan interesante documento.

—Permitidme que os suplique, replicó aquel, que encargueis á otro la lectura de ese pliego: en el estado en que mi ánimo se encuentra me seria imposible descifrar ni una sola línea. Mi corazon se halla aun oprimido por la irreparable pérdida del amigo, del hermano á quien tanto quise y tengo la seguridad de que, aunque mi voluntad sea mucha, el valor me faltaria.

—Comprendo y respeto vuestro dolor; mi sobrino Felipe se encargará de este trabajo.

Felipe habia permanecido silencioso, con la cabeza inclinada sobre el pecho y como en profunda meditacion.

Al oir pronunciar su nombre levantó la cabeza y enterado de lo que se le exigia, exaló un suspiro y dijo:

—Estoy dispuesto.

Felipe, segun acabamos de oir, era sobrino del *venerable*: era el mismo Felipe, el gallardo mancebo que hemos conocido en casa de don Antonio y por el cual María, segun ella misma dijo á su padre, estaba muerta de amor.

Don Juan sacó del bolsillo de su gaban el paquete sellado que le confió su amigo momentos antes de espirar,

al cual iba unido, no ya otro paquete, sino un voluminoso rollo de papeles igualmente lacrado y sellado.

Todo le fué entregado á Felipe, el cual se aproximó á la mesa del presidente y, prévia su vénia, tomó asiento próximo á uno de sus ángulos con objeto de tener mas cerca la luz.

Sobre el primer sobre aparecia escrito lo siguiente:

«Para que se abra despues de mi muerte en la lógia á que pertenezco y en presencia de todos mis hermanos.»

—Están conformes? preguntó el *venerable* á la asamblea, ¿debe abrirse?

Ábrase, contestaron todos á una voz.

—Ábrelo, pues, replicó el *venerable* dirigiéndose á su sobrino.

Felipe ejecutó lo que se le mandaba.

Rompió el sello y bajo el primer sobre aparecia otro con esta inscripcion.

«Documentos interesantes referentes al porvenir de mi hija, que de hoy en adelante dependerá de mis hermanos.»

Seguidamente Felipe leyó tambien en alta voz el lema que aparecia sobre el otro paquete, que era el mas voluminoso, y que decia así:

*«Memorias de mi vida,—impresiones de mi juventud—páginas de la tiranía de todas las épocas y paises—estudios críticos y filosóficos sobre la libertad y la emancipacion del hombre desde los tiempos primitivos—biografias de los tiranos—horrendos suplicios de sus mártires. Para que mis hermanos, si se dignan leer mi pobre manuscrito, encuentren en él provechosa enseñanza.»*

*»Se dará lectura de estas páginas, y aun imprimirlas si la sociedad á que pertenezco lo juzgase conveniente, cuando el*



*triunfo de la república en España esté completamente asegurado.*»

—¿Por cuál damos principio? preguntó Felipe.

—La voluntad de mi pobre amigo, repuso don Juan, fué que empezáramos por el que á su hija se refiere.

—Empecemos pues por él, replicó el *venerable*.

Felipe, en virtud de la orden rompió el sello del segundo sobre y sacó un cuadernito escrito con letra tan correcta como clara.

—Puedes empezar, dijo el presidente viendo que su sobrino únicamente esperaba sus órdenes.

El jóven dió principio á su lectura en estos términos:

## I.

«El año de 1848 habia comenzado de una manera alarmante para los tronos de Europa.

«Los monárquicos tradicionales empezaron á sentir sobre su rostro el poderoso aliento de las soberanías populares.

«Luis Felipe de Orleans descendió del trono de Francia dejando el paso franco á la república.

«Austria y Prusia se conmovieron; Italia hacia un supremo esfuerzo; Polonia y Ungría se agitaban y todos los pueblos oprimidos trataban de alzarse contra sus tiranos.

«La hora de la espacion habia sonado.

«El látigo de los señores se hacia pedazos entre las manos de los siervos.

«España tambien acudió á tomar su parte en aquel general movimiento, pero desgraciadamente en nuestro país no se han sabido hacer aun revoluciones.

«El plan mejor combinado fracasó; hubo traidores donde se creyó contar únicamente con leales.

«Acusaciones injustas se lanzaron contra honradísimas personas.

«Uno de los maestros de nuestras lógias españolas fué villanamente acusado de traicion ante sus hermanos.

«Circunstancias puramente especiales habíale obligado á ausentarse por aquellos dias, abandonando bien á su pesar su puesto de peligro.

«De esta ausencia tan inocente como involuntaria tomó pretesto el miserable que lo delató.

«Para cubrir su crimen, no vaciló en arrojarlo sobre la cabeza de un hombre honrado.

«Yo castigué mas tarde al criminal.

«Yo rehabilité en tiempo oportuno al *mason* indignamente calumniado.

«Porque tambien sobre mí se arrojó la infame nota de traidor.

«Sobre mí, que en aquellos tiempos de prueba salvé la vida de centenares de hermanos míos.

«Sobre mí, que pude llevar á paraje seguro papeles y documentos de gran importancia.

«Sobre mí, que en poder de los tiranos opresores de mi patria, amenazado de muerte y halagado con deslumbradoras ofertas si me decidia á ser traidor, mis labios permanecieron constantemente cerrados, sufrí con resignacion cuantos martirios les plugo imponerme á mis verdugos y cumplí dignamente con mi deber.

## II.

«El día 26 de marzo y el día 7 de mayo de 1848, son  
»dos fechas escritas con sangre en la historia de la libertad  
»en España.

«La traicion abrió el camino á los satélites del gobierno.

«El pueblo fué arrollado por las tropas y por los sicarios  
»de Narvaez.

«Fueron fusilados sin compasion los sargentos y solda-  
»dos del regimiento de España, y á los que nos hicieron  
»gracia de la vida, nos condujeron encadenados á los puer-  
»tos donde nos aguardaban los buques que debian condu-  
»cirnos al otro lado del mar.

«Yo, mas afortunado que mis compañeros, conseguí es-  
»capar.

«Como era pintor, supe desfigurarme de tal modo que  
»pude desafiar impunemente el ojo perspicaz de la policia.

«Volví á Madrid con objeto de arreglar ciertos negocios  
»pendientes que no podia dejar abandonados, pero habien-  
»do escitado nuevamente sospechas á la policia, víme obli-  
»gado á salir de la córte con direccion al extranjero.

«En aquellos momentos se combatia por la libertad en  
»Italia en Alemania, en Polonia y en la Ungría.

«Ancho era el campo que se ofrecia á mi ardiente en-  
»tusiasmo.

«Provisto de un pasaporte estendido en toda regla, bajo  
»un nombre supuesto y con un disfraz impenetrable, em-  
»prendí mi viage.

«Caminaba solo y á pié.

«Comenzaba á desconfiar de todo. ¡Había visto tanto en  
»tan poco tiempo!...

»Traté de penetrar en Francia por los Pirineos, y al  
»efecto salí de Jaca dirigiéndome á Canfranc, prestando  
»la compra de un poco de ganado mular, cuando al llegar  
»al valle de hecho, un incidente inesperado me obligó á  
«cambiar mi itinerario.

»Había hecho una jornada larga y fatigosa.

»Senteme para tomar algun reposo á la orilla de aque-  
»llos murmuradores arroyos que las vertientes del Pirineo  
»suelen á veces trasformar en rios y el fresco, el silencio,  
»la quietud y el cansancio, cerraron insensiblemente mis  
»párpados: quedeme dormido.

»De pronto me desperté sobresaltado.

»Movido violentamente abrí los ojos y quedé sorpren-  
»dido.

»Una hermosísima jóven tenia cogido mi brazo.

—Pronto, me dijo, levántese V., su vida corre peligro.

—¡Cómo! exclamé yo sin acertar á penas á formular una  
frase.

—V. sin duda debe llevar encima papeles de impor-  
tancia que le comprometen; alguno los ha visto y se ha  
apoderado de ellos; en estos momentos los carabineros  
cercan el bosque para prenderle.

»Instintivamente llevé la mano á mi bolsillo: recordé  
»entonces que al sentarme, rendido de cansancio y creyén-  
»dome completamente solo, había sacado de mi cartera para  
»repararlas algunas cartas que acreditaban mi personali-  
«dad para hacer uso de ellos bien en Francia ó en Italia,  
»bien en cualquier otro punto á donde me condujera mi  
»destino.

»Ellas eran un compendio de mis servicios á la causa de  
»la libertad.

»Me quedé sin duda dormido con alguna de aquellas  
»cartas en la mano, porque al registrar mi cartera me aper-  
»cibí de que faltaban dos.

—¡Maldito sueño! exclamé.

—Es necesario que se ponga V. inmediatamente en  
salvo, me dijo mi interlocutora.

—¿Cómo? ¿Por dónde? Desconozco completamente el  
terreno que piso...

—¡Fatalidad! murmuró la jóven en extremo agitada.

—Dígame V, señorita, por donde podré ganar la fronte-  
ra lo mas pronto posible y me alejaré de aquí llevándo  
un grato recuerdo suyo que jamás podrá borrarse de mi  
corazon.

»La jóven se quedó pensativa por algunos segundos.

»Despues, tendiéndome la mano, me dijo.

—¿La causa porque persiguen á V. es de aquellas que  
envuelven algun crimen?

—¡Oh! no señora, la contesté. Mi único delito es haber  
consagrado toda mi existencia á conseguir la libertad del  
oprimido, á amparar al débil contra el fuerte, á enjugar  
las lágrimas que otros hicieron derramar. He conspirado  
y peleado contra el gobierno despótico en Madrid y ahora  
me encamino á pelear y á sacrificarme por la libertad de  
otros pueblos.

—Entonces venga V. conmigo; yo le salvaré, me dijo  
mi celestial aparicion.

—¡Oh! no; no puedo consentir en que V. se comprometa  
por mí. Indíqueme V. únicamente alguno de estos senderos  
que conducen al otro lado del Pirineo y esto me basta.

—Imposible; los carabineros que se ocupan en su persecucion conocen perfectamente todos estos sitios y caeria usted indudablemente en su poder.

—Prefiero afrontar la muerte á causar á V. el mas pequeño disgusto.

—Sígame V., vuelvo á repetirle, y no se ocupe de mi persona; no tenemos tiempo que perder.

—Pero..., exclamé yo vacilante.

—Si no me obedece y continuamos en tan inútil polémica, positivamente que, sin salvarse V., conseguirá tambien comprometerme.

—Esa consideracion es bastante para decidirme á aceptar.

—Corramos pues.

»Y la jóven guiando y yo siguiendo sus pasos penetramos ambos por entre aquellas malezas salvando breñas y precipicios donde indudablemente, antes que nosotros, solo habian puesto su planta las fieras de que aquellos lugares se hallaban infestados.

### III.

»Tres cuartos de hora próximamente duraria aquella peligrosa expedicion:

»Mi hermoso guia caminaba con una seguridad extraordinaria, sin temer á aquellos espantosos precipicios los cuales salvaba con la ligera de una corza.

»Yo apenas me fijaba en el peligro propio, preocupado con el suyo.

»Habia momentos en que el mismo terror que esperi-

»mentaba me hacian quedar inmóvil, obligando á mi guia  
»á que volviendo el rostro me dijese:

—Ande V. mas deprisa; el peligro no ha desaparecido aun.

»De repente, y cuando mas intrincado se nos ofrecia el  
»camino que íbamos recorriendo, la jóven cambió súbita-  
»mente de direccion y penetrando por un estrecho y tor-  
»tuoso desfiladero vinimos á salir, al cabo de diez minutos,  
»á un ameno y delicioso valle en cuyo centro se alzaba un  
»caserío.

—Ya estamos en salvo, exclamó la jóven batiendo pal-  
mas.

—¿Qué casa es esa? la pregunté.

—La puerta de esa casa, me replicó con la mas encan-  
tadora sonrisa, está siempre abierta para la desgracia. Mi  
padre ha sido tambien muy desgraciado.

—¿Y puede juzgarse tal; poseyendo un ángel como V?  
me atreví á decirle arrebatado por la gratitud y el entu-  
siasmo que rebosaba que mi corazon.

La jóven no me contestó; únicamente fijó en mí una  
severa mirada y prosiguió avanzando hácia el edificio.

Los criados recibieron respetuosamente á su señorita,  
no pudiendo menos de demostrar cierta estrañeza al verla  
acompañada de un hombre para ellos completamente des-  
conocido.

—¿Está mi padre en casa? preguntó la encantadora  
niña.

—Nó, señorita, contestó uno de ellos; hace ya tiempo  
que salió con la escopeta y acompañado de Leal.

Leal era su perro de caza.

—En ese caso ya no volverá hasta la caida de la tarde.

Disponed inmediatamente una habitacion y una cama para este caballero, que necesita de quietud y descanso. Escuso preveniros que si alguien os preguntase vosotros nada sabeis, ni habeis visto á nadie.

Aquellas buenas gentes comprendieron perfectamente el encargo de la señorita, puesto que me dirigieron una expresiva y cariñosa mirada, tan compasiva como respetuosa.

—Ahora ya puede descansar tranquilo todo el tiempo que quiera, me dijo la jóven, aqui se encuentra V. perfectamente seguro.

—¡Oh! cuánto debo á V! ¡cuánto tengo que agradecerle! exclamé yo.

—A mí, nada: he cumplido con mi deber tal cual me lo ha enseñado mi padre y por nada en el mundo trocaria el placer, la satisfaccion que me produce cuando consigo ser útil á cualquiera de esos desgraciados que por sus opiniones liberales padecen persecucion de la justicia.

—Segun eso, su padre de V., señorita, es...

—Mi padre, segun le oí decir varias veces, se batió en el año de 1820 al lado de Mina y Quiroga de quienes fué íntimo amigo; mi pobre madre hubo de pasar por la vergüenza de verse envuelta en un proceso criminal por sus simpatías á la causa que mi padre sustentaba: mi madre arrostró toda clase de peligros y de humillaciones por salvar á mi padre. Ya comprenderá V. que con tales ejemplos que imitar, nada tiene de extraordinario, ni de extraño lo que acabo de hacer con V.

.....

En este momento, un suspiro muy semejante á un gemido resonó en la sala de la *logia* que hizo interrumpir á Felipe en su lectura.



Todos los individuos que componian aquella asamblea y que seguian con gran interés la dramática relacion del manuscrito, volvieron vivamente la cabeza en direccion á donde habia partido aquel gemido.

Todas las miradas se fijaron sobre el *venerable*.

Era indudablemente de su pecho de donde se habia exhalado.

Desde las primeras páginas del manuscrito habia ido agitándose progresivamente.

Pintóse primero la sorpresa en su rostro, despues una furtiva lágrima brotó de sus párpados.

Conforme iba Felipe adelantando en su lectura, nuevas y mas abundantes lágrimas siguieron á la primera, que fueron resbalando silenciosamente por sus mejillas, viniendo á esconderse entre los plateados hilos de su prolongada barba.

Llegó un momento en que no pudiéndose reprimir, escasó aquel suspiro, aquel plañidero gemido que tan poderosamente llamó la atencion de los que le rodeaban.

Con afectuosa solicitud se dirigieron varios al sillón presidencial.

—¿Qué tiene V? dijo uno de ellos, ¿se siente V. mal?

—No es nada, hermanos míos, contestó el *venerable* con trémulo acento y llevando su pañuelo á los ojos, únicamente que la lectura de ese manuscrito ha venido á evocar en mí ciertos recuerdos que yo creia ya muertos. Prosigue Felipe, continuó dirigiéndose á su sobrino, esa relacion tiene para mí mas interés del que podeis imaginaros.

El jóven que habia dejado el manuscrito sobre la mesa para volar de los primeros en auxilio de su tío, obedeciendo las órdenes de este, volvió á tomarlo y continuó su lectura desde el párrafo en que la habia interrumpido.

## IV.

»Me fué imposible contestar á las sentidas frases de la jóven.

»Mi admiracion hácia ella tenia algo de esa adoracion, »hasta supersticiosa muchas veces, que profesamos á los »séres celestiales.

»Vistiendo el caracterisco traje de las doncellas de aquel »pais estaba tan hermosa, habia tanta belleza y tanto can- »dor en aquel rostro angelical, que yo, que nunca habia »creido pudiera existir en el corazon del hombre otro sen- »timiento, ni otra adoracion que la de la libertad, conocí »por la primera vez que me habia engañado.

»Sin duda el brillo de mis ojos debió espresar con so- »brada elocuencia lo que por mi pasaba y mi corazon sen- »tia toda vez que la jóven, cuyas megillas se tiñeron con el »carmin de la amapola, volvió á lanzarme una segunda »mirada aun mas severa que la primera y sin dejarme pro- »nunciar ni una sola sílaba, me dijo secamente.

»—Lo que yo hago caballero es cumplir con un deber; »todos en este mundo los tenemos y es muy conveniente »no olvidarlos jamás.

»Despues, dirigiéndose de nuevo á uno de los criados, »prosiguió:

»—Acompaña á este caballero á su habitacion.

»—Sereis obedecida, señorita Angela.

»La jóven me hizo una ceremoniosa cortesía y desapa- »reció.

»Parecióme al pronto que habia quedado ciego; apenas »me atrevia á moverme del sitio en que me quedé como »clavado.

»Repúseme un poco al oír la voz del criado que me  
»decía:

—Cuando V. guste, señorito.

»Le seguí maquinalmente.

»Una vez posesionado de la habitación que me había  
»sido destinada, en vez de buscar el descanso, el alivio que  
»mis abatidas fuerzas reclamaban, dejéme caer sobre una  
»silla y mi pensamiento se fijó tenazmente en aquella  
»mujer, en aquella hada benéfica que de una manera tan  
»inesperada se me había presentado para salvarme la  
»vida.

»Antes de retirarse pregunté su nombre al criado. Se  
»llamaba Angela y jamás nombre alguno tuvo aplicación  
»mas perfecta.

»Se llamaba Angela y positivamente era un ángel.

»Apenas me fijé en nada de lo que me rodeaba, sino en  
»las vicisitudes de la vida política de su padre que la hija  
»acababa de referirme.

»Solamente á ella veía, su acento resonaba en mi oído  
»y no había un latido en mi corazón que á ella no fuese  
»dedicado.

»Ni me apercibí del tiempo transcurrido, ni de la lasitud  
»en que me había postrado el cansancio, debilitando por  
»completo mis fuerzas.

»Fué necesario que el criado subiera á avisarme que su  
»señor había llegado y que me esperaba para cenar.

»Procuré sobreponerme á aquel poderoso magnetismo  
»que me subyugaba y seguí al criado.

## V.

»Al penetrar en una espaciosa habitacion, en cuyo fondo descollaba una colosal chimenea, ví sentado un caballero que, al verme, se levantó cortesmente saliéndome al encuentro.

»Simpática era su fisonomía y desde el primer momento cautivó mi atencion.

»Su hija ocupaba un asiento al lado suyo.

—Caballero, me dijo, mi hija acaba de manifestarme la persecucion de que es V. objeto. Abierta está siempre mi puerta para el que por delitos políticos es perseguido; cerrada para el verdadero criminal.

»Comprendí lo que sus frases querian significar y me apresuré á contestarle, satisfaciendo su natural curiosidad.

—Mi nombre es Abelino Gutierrez; me he batido en Madrid el 26 de marzo y el 7 de mayo: se me persigue activamente, y ya que la desgracia ha hecho que tambien por esta vez sucumba la libertad en España, huyo al extranjero en busca de un pais donde aun pueda combatir por ella.

—Difícil es el paso en estos momentos por cualquier punto de la frontera: se ejerce una vigilancia muy activa.

—No importa, yo la burlaré.

—Tenga muy presente que esta casa puede servirle de seguro abrigo.

—Lo agradezco, pero no me es posible permanecer en ella mucho tiempo.

—¿Y por qué? si no es indiscreta mi pregunta.

—Porque me lo impide un juramento, y por nada del

mundo he dejado de cumplir hasta ahora ninguno de los que hice.

—Eso es muy digno.

—Juré consagrarme sin descanso á la causa de la libertad y allí donde por ella se combate, allí está mi puesto.

—Permítame V. que le diga que intentar salvar la frontera en estos momentos, es una imprudencia, aun mas que imprudencia, una locura.

—Sin embargo...

—Nada, nada, me pertenece V. desde ahora y no le permitiré marchar hasta que yo lo crea conveniente.

—Tiene razon mi padre, dijo Angela fijando en mí sus hermosos ojos.

## VI.

»Aquella armoniosa voz que tantos encantos tenia para mí, produjo en mi ánimo mas efecto que cuantas reflexiones su padre me habia hecho.

»Fijé en ella una mirada que, por mas esfuerzos que hice, no pudo ser indiferente.

—Me es muy sensible ser molesto, repliqué, y por esta razon...

—¿Quiere V. callar? repuso mi huésped, V. me ofende.

—Además, un fujitivo, un proscrito como lo soy yo, lleva consigo el peligro á donde quiera que vaya y no debo envolver á Vds. en el que yo corro en estos momentos.

—No hablemos mas de eso, volvió á decir Angela con su argentina voz que penetraba en lo mas profundo de mi corazon.

—Pero... me atreví, sin embargo, á balbucear.

—Mi hija lo manda y bien sabe V. que á las jóvenes, aunque no sea mas que por galantería, se las debe siempre ciega obediencia.

»No insistí mas.

»Por otra parte es lo cierto que yo tambien descaba  
»quedarme, cada vez me sentia mas prendado de aquella  
»encantadora criatura.

»Un criado entró á anunciar que la cena estaba servida  
»y mi huésped nos invitó á seguirle.

»Ofrecí mi brazo á la joven, pareciéndome notar un li-  
»jero temblor cuando su mano se apoyó en él.

»Una emocion desconocida embargaba mi ánimo.

»Habria deseado que el trayecto hasta el comedor se  
»hubiera prelongado indefinidamente.

»Nos sentamos á la mesa y fuí colocado frente á An-  
»gela.

»Mis miradas se encontraron mas de una vez con las  
»suyas y hasta me pareció advertir en sus mejillas, cuando  
»esto sucedia, una ligera tinta sonrosada, efecto sin duda  
»del rubor.

»Los primeros momentos fueron silenciosos.

»Semejante silencio me era tanto mas conveniente en  
»aquellos momentos cuanto que la emocion que yo experi-  
»mentaba me hubiera impedido tal vez contestar acorde, si  
»mi huésped me hubiera interpelado. Por otra parte me pro-  
»porcionaba el indecible encanto de ocupar mi vista y mi  
»pensamiento esclusivamente en aquella mujer que habia  
»conseguido subyugarme.

»De pronto, la voz de D. Eugenio, pues tal era el nom-  
»bre del padre, vino á sacarme de mi éxtasis.

—¿Cuántos años tiene V.?

—Treinta y seis, le contesté.

—Jóven es V. todavía y pocas deben ser las funciones de guerra, es decir, de la guerra que sostiene hace tiempo la libertad contra la tiranía, en que V. se halla encontrado.

—En cuatro nada mas.

—¡En cuatro!

—Sí, señor; recibí el bautismo de fuego en Barcelona el año de 1841.

—¡Ah! con que por aquella época se encontraba V. en Cataluña?

—Sí, señor. Mi padre fué uno de los compañeros de Riego y sufrió la misma suerte que él. Mi madre era catalana, y apenas quedó viuda, regresó á su pais, donde poseíamos algunos bienes: por esta razon me hallaba en Barcelona estudiando cuando ocurrió el movimiento que acabo de indicar.

—¡Bien desgraciado por cierto!

—Como que desde el principio fué mal dirigido, resultó lo que no podia menos de suceder.

—¿Y despues?

—Despues marché á Francia, regresando de nuevo á Barcelona para tomar parte en el pronunciamiento centralista de 1843.

—¿Es decir, que ha presenciado V. los dos bombardeos de la primera capital de España?

—Sí, señor; he sentido ya muchas veces las balas cruzar por mi lado y francamente, no me infunden pavor.

—¿Y su madre de V.? me preguntó Angela que al parecer tomaba vivo interés en mi relato.

—La desdichada, contesté yo exalando un suspiro, fa-

llecio del exceso de su dolor al saber que su hijo habia sido hecho prisionero y que tal vez iba á ser fusilado.

—¡Qué horror!

—¡Pobre señora! dijo D. Eugenio conmovido.

—Creo, pues, que no me queda ningun dolor que sufrir.

—Muy jóven es V. todavía.

—Sin embargo he padecido mucho.

—Cierto es; ha visto V. morir á su padre por defender una idea, y á su madre de dolor y de angustia al saber la suerte que aguardaba al hijo de sus entrañas...

—¿Y acaso le parece á V. poco?

—Nó señor, por el contrario, me parece mucho; tanto, que no he podido comprender aun, sino por una de esas bondades que debemos á la Providencia, cómo un hijo puede subsistir despues de perder á los que le dieron el sér. Pero ¡ay! amigo mio, desengáñese V., en el mundo se experimentan dolores aun mas grandes todavía.

—No sé cuales pueden ser.

—Pues los hay.

—Yo he visto morir á mi lado amigos queridos, que ni aun tuvieron tiempo para terminar la frase que me dirigian.

—Mas todavía.

—Yo he sufrido esas angustiosas horas de fiebre y de aturdimiento que preceden al que sabe que pocos momentos despues debe ser fusilado.

—Todo eso no es nada, porque el que vá á jugar su vida en un combate, debe tener por seguro que mas bien la lleva perdida que no ganada. Los que como V. se consagran á la defensa de una idea, deben tener anticipadamente hecho el sacrificio de su existencia.



—Es cierto.

—Pues bien, amigo mio, aun hay dolores mas grandes que todos esos.

—En tal caso yo no los he sufrido.

—Ni quiera el cielo que jamás lo sufra.

—Puesto que V. lo dice, debo creer que efectivamente existen esos acerbos dolores que yo no conozco, pero...

—¿Ha sido V. vendido alguna vez?

—¡Vendido!

—Si señor, vendido.

—No comprendo lo que V. quiere decirme, pues no he amado hasta hoy á ninguna muger como no haya sido á mi madre.

Y al decir esta palabras involuntariamente diriji mis ojos á Angela.

Esta se ruborizó bajando los suyos.

—No habló en este momento, continuó su padre, de la falta de fe en la mujer amada; eso afecta á una sola clase de sentimiento, pero nada mas.

—Sentimiento, sin embargo, que puede quitar la vida, repliqué yo sorprendido de que diera tan poca importancia á lo que en mi concepto era tan digno de respeto.

—Si no ha amado V., segun dice, mal puede hablar de una cosa que no conoce; además, no es á ese sentimiento al que yo me referia, sino á la traicion de los amigos.

—He tenido muy pocos.

—Procure V. continuar, siendo muy parco en esto porque son bien escasos los que merecen semejante título.

El acento de don Eugénio, al explicarse en estos términos, bivró de tal manera que no pude menos de comprender

que su corazón estaba herido por alguna de aquellas infames traiciones de que acababa de hablar.

Para mas seguridad le dije:

—¿Es decir que V. me aconseja desconfiar de ese sentimiento tan santo, tanpreciado y que en nuestras tribulaciones y desgracias siempre es un gran consuelo?

—Si señor, porque en la duda de si el amigo es ó no bueno, leal y consecuente; digno ó no de nuestro cariño, lo mas prudente es abstenerse de confianzas indiscretas, evitando de este modo graves disgustos.

—Me deja V. confuso; pero apesar de todo, no puedo, no acierto á comprender como la desilusion que pueda producir en el ánimo la traicion hecha á la amistad, supere en dolorosa amargura á la que se experimenta por la pérdida de tan queridos seres, cual lo son un padre y una madre.

—Desengáñase V., jóven, nada hay mas doloroso, mas horrible que, despues de depositar esa santa afeccion, como V. la acaba de llamar, ese profundo cariño y confianza en una persona, despues de gozar con sus alegrías, llorar con sus desdichas, verse de repente vendido por él.

—¡Efectivamente que debe ser un desengaño horrible!

—Y no solamente vendido y puesto en evidencia, sino ultrajado, vulnerado, escarnecido en lo mas santo y respetable que existe para el hombre sobre la tierra... ¡en su honra!

—¡Será posible! exclamé yo, viendo á aquel anciano que cada vez mas escitado conforme abanzaba en su explicacion, habíanse colorado sus mejillas con vivo carmin.

—Ese es el dolor de los dolores, la desgracia mas triste que un hombre puede experimentar en su vida.

— Me inspira V. tal temor...

—Créame V., añadió despues de algunos momentos de silencio y ecsalando un suspiro, V. todavía es muy jóven; puede decirse que empieza ahora á vivir, su ecsistencia puede ser preciosa á esa santa causa en aras de la cual la ha consagrado, y por el bien de la misma le aconsejo se muestre parco en contraer amistades y entregar su corazon ni su confianza á nadie, hasta tener la completa seguridad de que la persona en quien la deposita es digna de semejante honor. De lo contrario, llegará dia que una traicion, una decepcion ó una villanía de esta especie lo conduzca hasta el suicidio, hasta el crimen... le hablo á V. por experiencia.

—¿A tal extremo podria conducirme?

—Sí, jóven, y á tal extremo me hubiera conducido á mí á no haber tenido á mi lado este ángel por cuya existencia debia velar.

Y el caballero, al espresarse así, fijó una tiernísima mirada en su hija.

—¿Por qué evocar esos tristes recuerdos padre mio? exclamó Angela en extremo conmovida.

—Tienes razon; olvidemos lo que debe darse al olvido puesto que ya no tiene remedio y tanto oprime nuestro corazon.

## VII.

Desde aquel momento la conversacion giró sobre otros varios objetos, bien apesar mio, pues no me hubiera desagradado conocer el secreto de don Eugénio, porque, no cabia duda, segun su manera de espresarse, existia un secreto en aquella casa, donde positivamente no eran completamente felices.

Mis ojos aprovecharon todos los instantes que podía para dirigirlos á Angela sin que su padre lo advirtiese.

Cuando terminó la cena y nos quedamos solos, pues Angela habia salido del comedor á dar algunas disposiciones, D. Eugenio me dijo:

—Voy á hacerle á Vd. una pregunta y deseo que me conteste V. con igual franqueza.

—Jamás supe usar otro lenguaje.

—No le sorprenda á V., porque tengo poderosas razones para ello.

—V. dirá; repuse yo cada vez mas sorprendido.

—¿Es V. mason?

Debo confesar que durante algunos segundos me quedé sin saber qué decir. Tanto me extrañó aquella pregunta, que despues de algunos momentos de vacilacion y en vez de contestar directamente, como se me exigia, le dije:

—Verdaderamente caballero no me esplico...

—Me ha dado V. su palabra y espero que me conteste con sinceridad.

—Desde luego y estoy dispuesto á hacerlo así.

—Hable V.: mi exigencia no carece de razon.

—Pues bien, sí, soy mason.

—¡Fatalidad!... exclamó D. Eugenio.

Y en su acento habia algo tan extraño que me hizo estremecer apesar mio.

—¿Por qué dice V. eso le pregunté?

—Porque precisamente los individuos de esa asociacion son mis mas mortales enemigos.

—¿Qué dice V? exclamé en el colmo del mayor asombro.

—Y á los únicos á quienes me veo en la precision de cerrar mis puertas.

—Pero...

—Por lo tanto, y aun con gran sentimiento mio, me veo obligado á...

Y D. Eugenio se detuvo como si no tuviese valor para terminar la frase.

—¿Obligado á qué? le pregunté maquinalmente.

—A evitar el que por mas tiempo permanezca V. en mi casa.

—Está bien.

Al pronunciar estas palabras conocí que mi corazon se oprimia y que todas mis ilusiones rodaban por tierra, como al mas ligero soplo de un niño se deshace un castillo de naipes.

### VIII.

D. Eugenio se habia quedado silencioso y como meditando.

En su semblante se dibujaba algo de doloroso y colérico á la par, que imponia é inspiraba interés al mismo tiempo.

Despues de hacerle un respetuoso saludo me dirigí hácia la puerta del comedor.

—¿A dónde va V.? me dijo con viveza.

—A evitarle el disgusto que debe producirle mi presencia.

—Escuche V. caballero, repuso D. Eugenio con acento un tanto conmovido, no quiero que me juzgue de un modo inconveniente, creyendo que es el temor el que acaba de dictarme ciertas frases, ó que me arrepiento del servicio que acabo de prestarle.

—¡Oh! de ningun modo, le contesté; además yo respeto

como debo las razones que V. pueda tener para obrar así.

—Muy grandes son, caballero; hace un momento le dije que habia sido indignamente vendido y de esa traicion nace mi resolucion.

—Siento haberle causado tal disgusto, y si yo hubiera sabido...

—Desde luego lo esperimento viendo que la fatalidad me obliga á obrar con V. de este modo, pero de igual manera que antes me dijo V. que juramento que hacia por nada en el mundo lo quebrantaba yo debo decirle tambien que el dia en que tan villanamente fuí engañado y vendido juré á mi vez, que ni tenderia la mano á un mason, ni le prestaria mi ayuda.

—Esté V. seguro que no seré yo quien le obligue á faltar á su juramento.

Volví á saludar ceremoniosamente y dí un paso hácia la puerta.

—Espere V., me dijo D. Eugenio, viéndome decidido á partir.

—¿Y para qué?

—Esta noche permanecerá V. en mi casa.

—De ningun modo; ni un momento mas despues de lo que acabo de oir.

—V. no conoce el terreno y seria fácil que le sucediese una desgracia, lo cual para mí seria un remordimiento eterno. Mañana cuando sea de dia saldrá V. de esta casa.

—Pero...

—Por una noche bien puedo ser perjuro. Descanse V., recobre las perdidas fuerzas y parta mañana, cuando el peligro para V. no sea tan inminente.

—Obraré como V. quiera, contesté yo, dejándome con-

vencer mas fácilmente porque deseaba, como es natural, permanecer algunas horas más bajo el mismo techo que Angela.

—Por si se marcha, como es muy posible, antes de que yo me levante, dígame V. si necesita algo.

—Darle únicamente gracias por su hospitalidad.

—No las merece, máxime cuando por mi desgracia, me veo obligado á despedirle, á aparecer á sus ojos como un hombre grosero é inhumano, pero...

—Siempre conservaré un grato recuerdo de las horas que he pasado en su casa.

—¿Pero de veras no necesita V. recursos?

—No señor; todavía me queda algo de la herencia de mis padres y el administrador en quien tengo depositada mi confianza es un hombre honrado.

—Como V. quiera.

—Vuelvo de nuevo á significarle mi gratitud.

—Descanse V. y no olvide que á pesar de las razones que me obligan á proceder con V. de tal modo, sin embargo de lo que me ha oido hablar respeto á la amistad, tal es la simpatía que V. me inspira que me ofrezco por su amigo.

—Mil gracias.

En aquel momento entró uno de los criados en el comedor y D. Eugenio dirigiéndose á él le dijo:

—Conduce á este caballero á su aposento.

—Suplico á V. se sirva hacer presente mis respetos á su noble y bondadosa hija, dije á D. Eugenio al disponerme para seguir al criado.

—En su nombre los admito y se los agradezco, me dijo.

Un instante despues salí del comedor precedido del criado.

## IX.

En vano miré á todas partes por si podia ver á Angela en todo el espacio que recorrí hasta llegar á mi aposento.

El criado me dejó la luz que llevaba en la mano y se retiró.

Dejeme caer sobre un sillón y un mundo de ideas á cada cual mas estrañas é irrealizables, se presentó á mi mente.

Tuve momentos de verdadera locura durante aquella noche de agitacion y de fiebre.

Cogí la pluma una porcion de veces con ánimo de escribir una apasionada carta y dejársela á cualquiera de los criados para que la entregasen á su señorita.

Pero la pluma se caia de mis manos; no sabia como empezar.

Otras veces pensé en salir de mi cuarto, intentar un medio cualquiera de aproximarme á Angela para decirle antes de partir cuál era el estado de mi corazon.

Hubo momento en que hasta cruzó por mi mente la idea de escaparme á favor de las tinieblas, descolgándome por la ventana de mi cuarto.

Ignoro la hora en que el cansancio y la fatiga me rindieron.

Cuando desperté, los primeros albores de la mañana dejaban penetrar en mi cuarto una ténue claridad.

Como me habia acostado vestido, me hallé bien pronto en disposicion de emprender mi marcha.

Las pocas horas de reposo que habia disfrutado me proporcionaron la suficiente energía para poder volver á ser dueño de mí mismo.



Pero mi corazón se desgarraba al pensar que iba á abandonar, para siempre quizás, aquel hospitalario techo donde habia encontrado lo que hasta entonces no pude presumir siquiera existiese sobre la tierra... un sér angelical que tan repentinamente me hiciese conocer ese sentimiento tan dulce que se llama amor.

Mi deber me obligaba á partir ahogando en mi pecho aquel amor de un día, pero que por el efecto que en mí causaba, parecia contar muchos años de existencia. Al contrario que la noche anterior, solo anhelaba salir cuanto antes de la quinta, no fuera que la casualidad me hiciera encontrar á Ángela y su presencia debilitara mi resolución.

En lo que menos pensaba ya era en los peligros que iba á correr.

Salí de mi cuarto y descendí al piso bajo.

Al llegar á la cocina ví que los criados estaban ya de pié y sin duda advertidos de mi partida, pues se empeñaban en que tomase algo antes de ponerme en camino.

—Gracias, amigos míos, les dije, ni me encuentro bien, ni tengo apetito.

—Como el señor guste.

—Sin embargo, creó que una copa de ginebra y unos bizcochos no pueden hacerle mal, y V. los aceptará, según creo, si yo se lo suplico, dijo una armoniosa voz que resonó á mi espalda y que me hizo estremecer.

Volvíme vivamente y Ángela se presentó á mi vista mas hermosa que nunca.

Quedéme inmóvil y no supe al pronto qué contestar.

Sentía una mezcla estraña de alegría y de dolor.

De alegría, porque volvía á verla.

De dolor, porque la iba á abandonar quizá para siempre.

Ángela tornó á repetirme su oferta.

Yo la admití, porque era ella quien la hacia.

Cuando hube comido un bizcocho y tomado un sorbo de ginebra, me dijo:

—Marchemos.

—¡Cómo! exclamé yo sorprendido.

—Ya lo ha oido V.; marchemos.

—¿Pero dónde?

—Ya lo sabrá V.

Yo, maquinalmente, la seguí sin poder adivinar cuál era su intencion.

Cuando estuvimos fuera de la quinta, añadió:

—Supe anoche lo que habia pasado entre mi padre y V.

—Yo deploraba solamente el no poder despedirme de usted; de V., á quien tanto debía, de V. á quien...

—Si antes hubiese sabido que pertenecia V. á esa funesta asociacion, me interrumpió sin dejarme terminar lo que iba á decir, hubiera evitado que sucediera lo que ha sucedido.

—¡Ay! Ángela; valiera mas que me hubiese V. dejado ayer dormir tranquilo á la orilla del rio, aunque al despertarme me hubiese visto en poder de los soldados.

—¿Quiere V. callar? contestóme la jóven con acento ligeramente alterado.

—¡Si supiera V. lo que sufro!...

## X.

Ángela no me contestó; bajó los ojos y apresuró el paso.

Yo no me atreví á decirla mas palabra, ni á ser mas esplicito en aquellos momentos.

Así anduvimos algun tiempo.

Viendo que su silencio era tan pertinaz y que nuestro viaje se prolongaba, me aventuré á decirla:

—Dígame V. señorita, ¿podré saber dónde vamos?

—A un asilo tan seguro como impenetrable.

—Detengámonos, repuse, no quiero comprometer á usted mas; estoy decidido á jugar el todo por el todo y hoy procuraré salvar la frontera.

—¿Está V. en su juicio? lo que V. pretende es una locura, mucho mas con la vigilancia que hoy se ejerce en la frontera, de resultas de lo que sucedió ayer.

—Es que yo no puedo permanecer aquí, bien lo sabe V.

—Usted hará lo que yo disponga, repuso Ángela, haciendo un graciosísimo gesto de impaciencia.

—Pero señorita, exclamé sin poderme contener mas, ¿no comprende V. que es mártirizarme, obligándome á permanecer en estos sitios?

—¡Mártirizarle!

—Sí tal, que vivir cerca de V. y no poder verla, no poder escuchar su acento, terrible martirio ha de ser para mí.

—¡Caballero! replicó la jóven, mas bien ruborizada que ofendida.

Y Ángela inclinó la frente ante el poderoso fuego de mis miradas.

Despues, quedóse pensativa algunos momentos.

Al cabo de ellos, fijó en mí una mirada tranquila y con tono resuelto me dijo:

—No importa; sígame V.

## XI.

Yo no tuve valor para oponerme á sus deseos.

Fuí siguiéndola y poco despues llegamos á una casita escondida en el fondo de un valle.

—¡Orosia! gritó la jóven desde la puerta.

Inmediatamente apareció una muger en el interior de la casa.

—¿Qué tiene V. que mandar, señorita? preguntó adelantándose á nuestro encuentro.

—Este caballero necesita permanecer oculto algunos dias, mientras se calma algun tanto la persecucion de que es objeto.

—¡Todavía otro!... exclamó Orosia, pues dígole á V. que si el gobierno persigue de esa manera á los buenos liberales, media España vá á emigrar.

—Inútil es que te diga nada. Ya sabes que va en ello su vida.

—La guardaremos como la nuestra.

—¿Y tu marido?

—Ha ido á Canfranc.

—¿Se trata de alguna nueva introduccion?

—Que hemos de hacer, señorita, de un modo ú de otro preciso es ganarnos la vida.

—Sí; pero esponiéndola siempre.

—¡Cá! no señora; ninguno como mi Roque conoce todas las veredas y todos los pasos del Pirineo: á ojos cerrados va él por esas tierras.

—Sin embargo...

—Ya lo sabe V. por experiencia propia, que algunos

personajes han sido llevados por él á Francia, sin que jamás hayan sufrido percance alguno.

—Por esa razon acudo á tí. Es necesario que ni aun mi padre sepa que este caballero se encuentra aquí.

—Descuide V., señorita, nadie lo sabrá.

—Ya lo oye V., prosiguió Ángela volviéndose hácia mí, puede V. estar tranquilo, esperando una ocasion en que sin esponer su vida...

—Imposible, la contesté en voz baja, mi tranquilidad ha desaparecido desde el momento que la ví á V.

Ángela tornó á ruborizarse.

Despues, hizo un movimiento como si tratara de alejarse.

—¿No tiene V. nada mas que mandarme, señorita? preguntó Orosia.

—Nó: unicamente que ejerzas gran vigilancia.

—En cuanto á eso puede V. descuidar.

Iba ya á abandonarme, cuando aproximándome á ella la dije:

—¿Pero no volverá V. mas?

—¿Para qué?

—¡Oh! ¿no ve V. que me quedo sin vida?

Ángela pareció reflexionar: pasados algunos instantes y tendiéndome la mano, dijo:

—Volveré.

—¿Cuándo? ¿cuando?... repliqué yo con efusion.

—Lo ignoro.

Y hechó á correr como si tratara de alejarse cuanto antes de aquel sitio.

Roque era un paquetero ó contrabandista como la mayor parte de los vecinos de aquellos valles.

Pero tenia sobre sus compañeros la ventaja de conocer, tal vez mejor que ninguno, todos los pasos de aquellas cordilleras, ojo certero y perspicaz y una serenidad á toda prueba.

Su honradez era tan grande como su valor.

Y su valor era reconocido y respetado por todos sus vecinos.

Orosia, su esposa, era una muger digna de tal nombre.

Los dos eran la providencia de los liberales que se veian obligados á buscar en el paso de los Pirineos el medio de evadirse de las persecuciones de que eran objeto.

Penetré en la casa y Orosia me condujo á un cuartito abierto en el hueco de un peñasco, diciéndome:

—Aquí estará V. en completa seguridad. El dia en que mi Roque vuelva de Canfranc, si quiere V. que le lleve á tierra estrangera, en menos de tres horas está V. en salvo.

—¡Oh! cómo les podré pagar á Vds!., exclamé yo, con voz ahogada por la emocion.

—Muy sencillamente.

—Diga V.

—Haciendo por otros, si llega el caso, lo mismo que nosotros hacemos por V.

—¡Oh! cuánta nobleza y cuánta generosidad!...

—La señorita nos ha enseñado.

—¡Cómo!

—¡Oh! Es un ángel.

—Así me lo ha parecido desde el primer momento que la ví.

—Usted no la conoce bien, nosotros que desde niña la hemos conocido, que ha pasado largas temporadas entre nosotros, mientras su padre se hallaba por esos mundos de

Dios, peleando y esponiéndose á que lo dejaran seco de un tiro, por la causa de la libertad, somos los que verdaderamente podemos apreciarla.

—Es decir, que casi siempre ha vivido aquí?

—Desde la muerte de su madre casi siempre.

—Segun eso su señor padre...

—Don Eugénio, entre la política que le trajo siempre preocupado y las persecuciones que ha sufrido, pasó muchas temporadas léjos del país.

—¿Y cuánto tiempo hace que vino definitivamente á establecerse en él?

—Unos cuantos meses nada más; y por cierto que tan disgustado y tan triste llegó que daba pena el verle.

Esta sencilla esplicacion me hizo comprender la causa de aquella tristeza, aplicándola á lo que me habia dicho el mismo don Eugénio la noche anterior, respecto á la decepcion de que habia sido víctima.

Durante aquel dia fué ya muy poco lo que hablé con Orosia, puramente lo preciso.

Tenia demasiado en qué pensar.

Angela llenaba por completo mi pensamiento.

Llegué casi á olvidarme del amor delirante que profesaba á la libertad por el inmenso amor que habia despertado en mi alma aquella celestial mujer.

Corrian las horas con sobrada lentitud para la impaciencia devoradora que me consumia hasta volverla á ver.

Habia pasado tanto por mí y en tan breve espacio que estaba como aturdido.

En primer lugar la aparicion de Angela.

En segundo la impresion que habia causado en mi ánimo.

Despues el misterio de que parecia rodearse la existencia de su padre.

¿De qué nacia aquel ódio profundo que profesaba á los masones?

Recurriendo y comentando en mi imaginacion todas las frases que le habia escuchado la víspera, no me daban otro resultado que la seguridad de que habia sido víctima de la traicion de un amigo, que por lo visto pertenecia á la sociedad masónica.

¿Pero quién era él? ¿Cómo la logia representada por uno de sus miembros pudo obrar de una manera tan impropcedente?

¿Cómo explicarme el interés que la hija me demostraba aun despues de haber sido arrojado de su casa por el padre?

Todas estas ideas se agitaban y confundian en mi mente, produciendo una escitacion tal en todo mi sér, que olvidándome por completo de la situacion en que me encontraba, no pensaba en otra cosa que en la hija y en el padre.

## XII.

Orosia se encargó de sacarme de aquel estado.

Libre ya de aquella estraña fascinacion, las necesidades materiales de la vida se hicieron sentir, como era natural.

Hacia muchas horas que no habia tomado alimento.

Por la mañana muy temprano y por no desairar á Angela, habia llegado á mis labios una copa de ginebra y probado un vizcocho.

El disgusto que en aquel momento experimentaba, me permitió apenas gustar la primera ni concluir el segundo.

Era mas de medio dia y podia decir que aun estaba en ayunas.



Así fué, que hasta con avidez me precipité sobre los manjares que me habia preparado la buena Orosia; manjares que segun despues supe se los habia proporcionado la señorita.

Cuando concluí de comer me dirigí hácia la puerta de la cabaña.

—Cuidado señor, me dijo Orosia, no vaya V. á cometer alguna imprudencia; no tendria nada de estraño que pasara algun conocido por el valle y le chocase el ver á la puerta de mi cabaña una persona desconocida.

—Es verdad, y si por algo sentiria el verme descubierto no seria por mí seguramente.

—¡Ah! pues yo lo sentiria por V., porque en cuanto á nosotros, ni nada tememos, ni nada malo nos sucederia.

—Sin embargo, debe ser muy comprometido en estos momentos el dar asilo á un proscrito.

—Cá, no señor; ya saben los carabineros que en estos valles tenemos la buena costumbre, que todo el mundo deberia imitar, de dar franca hospitalidad á los que nos la piden.

Largo rato continué hablando con Orosia.

Empezaba á anoecer y, aventurándome, me decidí á salir á la puerta de la cabaña.

Ansiaba aspirar la perfumada brisa del valle.

De pronto quedé inmóvil: acababa de aparecer ante mi vista la encantadora figura de Angela.

Habia descendido por entre aquellas breñas con la agilidad y ligereza que tanto me sorprendieron el dia anterior, y aprovechándose de mi distraccion, presentóse repentinamente á mi vista cual si hubiese salido del centro de la tierra.

Su padre habia tenido que marchar aquella misma tarde á Jaca y ella venia á saber como me encontraba en el nuevo refugio que me habia proporcionado.

Parecióme algo mas reservada que el dia anterior, y comprendí que estaba agitada, que no se atrevia á cruzar sus miradas con las mias.

Breves momentos estuvimos hablando, y en ellos acabó de mostrarme todo el inmenso tesoro de virtudes y de nobleza que se anidaba en su corazon.

Ella, en cambio, debió comprender igualmente todo el entusiasta amor que habia producido en el mio.

Y debió comprenderlo por lo ardiente de mis miradas que la espresaron lo que mis labios no se atrevian á decir, por lo trémulo de mi acento y lo tímido de mi actitud ante ella.

Cuando se retiró quedéme triste, pensativo y conocí que ella tambien iba muy preocupada.

### XIII.

En vano la esperé al dia siguiente: sospeché si la habria ofendido y mi desesperacion era inmensa.

Comprendiendo que no podria vivir cerca de Angela sin que de mis labios salieran enamoradas frases y calculando igualmente que esto tal vez la ofenderia, resolví alejarme de unos sitios donde era tan desgraciado y podia llegar hasta ser importuno.

Tomada mi resolucion, al dia siguiente se la comuniqué á Orosia.

Aquella noche debia ponerme en camino.

La mujer de Roque se limitó á decirme:

—¿Lo sabe ya la señorita?

—Nó, ni es necesario que se entere de nada hasta que yo haya desaparecido.

Orosia no me contestó, pero cuando al cabo de tres horas estaba disponiéndome para emprender mi marcha, Angela se presentó repentinamente en la cabaña.

—¿A dónde vá V.? me dijo con voz alterada, mas bien por la emocion que por el cansancio de la carrera que acababa de dar.

—A Francia, le respondí inclinando la cabeza como avergonzado.

—Sígame V., se lo suplico, replicó con aquel acento de ángel que embargaba todos mis sentidos.

La obedecí y salimos de la cabaña andando un centenar de pasos.

Despues de haberse asegurado de que nadie podia escucharnos, detúvose ante una piedra, donde se sentó, y obligándome á que ocupara un sitio á su lado, me dijo:

—¿Por qué se aleja V.?

—Porque aquí me ahogo, señora; porque el aire que aquí se respira me asesina, porque yo no puedo continuar viviendo en este estado.

—¿Es decir, que está V. resuelto?

—Muriera aquí de desesperacion, y ya que debo morir quiero hacerlo siendo útil en algo á la causa que defiendo.

—¡Morir! es que yo no quiero que V. muera, replicó Angela con voz temblorosa y fijando en los mios sus hermosos ojos.

Lo que pasó por mí en aquel momento no me seria fácil esplicarlo.

Tenia resuelto callar y no supe cumplir mi propósito.

El entusiasmo de que mi corazón se hallaba poseído, subió hasta los labios y desbordándose hizo público cuanto en él se encerraba.

Treinta y seis años tenía y no había amado aun á otra mujer mas que á mi madre.

Por eso el amor de Angela compensó en un instante todo aquel tiempo que yo había estado ciego, mudo mi corazón y sin comprender la sublimidad de aquel noble sentimiento.

Brotó en un instante, se desarrolló en breves minutos, creció en horas y un día fué bastante para avasallarme por completo.

Angela sentía de igual manera que yo.

También el amor en ella germinó instantáneamente haciéndose dueño de su albedrío.

La confesion del mio se la hicieron mis labios.

La de su correspondencia me la hicieron sus miradas y sobre todo su fina y torneada mano que vino á posarse entre las mias y una furtiva lágrima de inefable dicha que se desprendió de sus párpados.

#### XIV.

Un mes de inmensa felicidad trascurrió bien rápidamente para mí.

Al cabo de él, una nube vino á empañar el hermoso cielo de nuestra ventura.

El padre de Angela regresaba á su quinta. Su espedicion se había prolongado mas de lo regular y volvía ansioso de abrazar á su hija.

La dicha había desaparecido para nosotros.

—¿Y qué hacemos ahora? me preguntó Angela completamente trastornada.

—Mañana lo sabrás, la contesté.

Al día siguiente hice llegar á manos de D. Eugenio una carta, en la cual le decia que amaba á su hija, que mi amor era correspondido y que le pedia su mano.

La firmé con el mismo nombre de Abelino Gutierrez, con que me habia presentado en su casa, no atreviéndome á revelarle el mio verdadero por temor á una imprudencia de cualquiera de sus criados, la cual podria muy bien comprometer la casa.

En mí no pensé, como no he pensado jamás, ni aun en los mayores momentos del peligro.

La contestacion no se hizo esperar.

Don Eugenio me decia, aunque con formas muy corteses, que si no habia podido consentir que un mason permaneciese bajo el techo de su casa, faltando hasta á las mas sagradas leyes de la hospitalidad, menos podia consentir en entregarle la mano de su hija.

De nuevo volví á suplicarle, haciéndole presente todo lo absurdo de su oposicion y de su negativa.

De nuevo tambien volvió á darme una negativa, aun mas seca que la primera.

A todo esto, Angela no habia vuelto á aparecer por casa de Orosia. Supuse que su padre lo habria impedido, nó porque sospechase que yo estuviese en la de aquella buena mujer, sino por evitar el que su hija se encontrase conmigo.

Supliqué á la mujer de Roque que fuese á casa de don Eugenio á ver si podia adquirir algunas noticias, pero no pudo ver á Angela.

Pasé otro día sin verla, y mi incertidumbre y mi desesperación iban en aumento.

El cuarto fué horrible para mí.

—¿Qué había sucedido en aquella casa?

Había ya cerrado la noche hacía tiempo.

Todos estaban recogidos en la cabaña, cuando de repente oí que llamaban á la puerta.

Mi corazón latió con violencia.

No sé porqué, me figuré que debían traerme noticias de Angela.

Orosia se vistió con precipitación y corrió á la puerta. Una exclamación de sorpresa llegó hasta mi oído.

Abandoné precipitadamente mi escondite y salí á la habitación.

Allí estaba Angela.

Mi sorpresa fué tan grande como mi alegría.

Sin embargo, al observar la tristeza que aparecía en sus ojos, al ver la palidez de su rostro, al recobrar la razón su imperio y comprender lo intempestivo de aquella hora, no pude menos de estremecerme, diciendo:

—¡Angela mía! ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué ha pasado en tu casa?

—Nada me preguntes ahora: Orosia, tú conoces todos los pasos hasta la frontera también como tu marido. Dis-  
ponte á servirnos de guía.

—¡Cómo!... exclamó sorprendida Orosia.

—Acabo de abandonar la casa de mi padre, para seguir á mi esposo.

Yo dí un grito de alegría, y abrí mis brazos para estrechar entre ellos á aquella mujer tan querida.

Pero ella me contuvo, diciéndome:

—Todavía no soy tu esposa.

## XV.

Nada quise preguntar; nada mas supe por entonces.

Orosia habia despertado á su hijo.

Ambos estuvieron dispuestos en breves momentos.

Ni la madre, ni el hijo, dijeron una palabra.

Estaban acostumbrados á obedecer las órdenes de la jó-  
ven, porque sabian que todo cuanto disponia, era digno y  
honrado.

El paso que Angela daba en aquellos momentos lo  
creían justificado, por razones que, ni la una, ni el otro, juz-  
gaban prudente preguntar.

Inmediatamente emprendimos la marcha.

Orosia conocia perfectamente el terreno que atravesá-  
bamos.

Comenzaba á amanecer, cuando habíamos pasado ya la  
frontera.

Entonces, Ángela, al despedirse de Orosia, la dijo:

—Vuelve á tu casa y te ruego que jamás sepa mi padre  
que me has acompañado y servido.

—¿Pero no volverá V. señorita?

—Mucho tardaré, si es que vuelvo.

—¿Pero qué ha sucedido? dígame yo.

—Lo que debíamos esperar, conociendo el inflexible  
carácter de mi padre: lleva su rencor á todo lo que se roce  
con la masonería á un extremo tal, que raya en exagera-  
cion. Tus cartas le irritaron y mi confesion franca y digna  
no consiguió mas que aumentar su disgusto. Traté de salir  
y se opuso; procuré convencerle con mis ruegos y solo con-  
seguí aumentar su cólera. Entonces y habiendo agotado ya

todo género de persuasiones, tomé la resolución de abandonar el paterno hogar para seguir al esposo que mi corazón ha elegido. Esto es lo que ha ocurrido; réstame decirte que la expedición que mi padre ha hecho estos días pasados, fué únicamente para ocuparse de mi matrimonio con un caballero de Zaragoza, amigo suyo, á quien apenas conozco y á quien nunca podría amar. Esta es otra de las razones que mas han influido en mi resolución.

—Bien ha hecho V., señorita, repuso Orosia; antes que ser mala esposa y sacrificarse, sacrificando tambien al hombre que se uniera á V., es preferible el paso que ha dado.

—Dentro de breves días nos casaremos, digo yo, y tu honor quedará cubierto.

Orosia y su hijo regresaron á su cabaña.

Ángela y yo nos detuvimos en la primera población francesa que encontramos y tres días despues era mi esposa.

Entonces escribimos ambos una carta á don Eugenio, enviándole copia de la certificación de nuestro enlace.

Don Eugenio no nos contestó.

Ángela me esplicó las causas del ódio que su padre sentia hácia los masones.

Y comprendí que tenia razón.

## XVI.

Desde aquel momento me ocupé con tenaz empeño en rehabilitarle ante nuestra asociación, y en procurar que esta le diera todas las satisfacciones á que tenia derecho.

Recordé muchos de los papeles que yo habia salvado de la lógia, á que pertenecia en Madrid.

Don Eugenio habia ocultado su verdadero nombre al regresar al valle.



Sus criados y sus amigos llamábanle entonces así, mas no era este su nombre verdadero.

Apenas Ángela me lo dijo, recordé que efectivamente le habia visto escrito en algunos de aquellos importantes documentos.

Arriesgando mi vida y acompañado de mi esposa volví á Madrid.

Recogí todos aquellos papeles, hice cuantas diligencias me fueron posibles y regresé de nuevo á Francia.

Mas tarde, ante el *Gran Oriente*, tomé la defensa del padre de mi esposa.

El mas feliz éxito coronó mis esfuerzos.

Don Eugenio quedó brillantemente rehabilitado.

Mas tarde, una comision de tres individuos, por mandato del *Gran Oriente*, se dirigia al caserío del valle á devolver á don Eugenio todos los honores y todas las dignidades que le habian sido arrebatadas.

D. Eugenio no supo jamás quien habia hecho tal milagro.

Ángela escribió á su padre y no tuvo contestacion.

Desde aquel momento consagróse por completo á la causa que yo defendia, al amor que me profesaba y al cuidado de la hija con que mas tarde bendijo el cielo nuestra union.

Muchos de mis hermanos de lógia, deben recordar, en Paris y en Lóndres, una mano misteriosa que les socorria durante su emigracion.

Aquella mano era la de Angela.

Y sin embargo, mi desdichada esposa llevaba la muerte en el corazon.

El despego de su padre, llevado hasta el extremo mas absurdo, la causaba un dolor horrible.

Fuí otra vez perseguido y ya mis débiles fuerzas no pudieron soportar el peso de tantos infortunios.

Conozco que Angela me llama á su lado.

Pero antes de morir, pues preveo que mi fin está muy próximo, escribo estas páginas que llegarán á ser el acta de reconocimiento de mi hija por parte de su abuelo.

Además, mis hermanos de logia deben velar por aquella que fué tantas veces su providencia.

A unos y á otros se la encomiendo.

Cuando estas líneas sean leídas, yo habré dejado ya de existir.

Su abuelo lo es D. Francisco de Rojas, nuestro *venerable*.

Mi postrera súplica es que abra sus brazos, no á la hija del hermano Antonio Martínez, que le rehabilitó ante el *Gran Oriente*, sino á la de Angela cuyas últimas palabras al espirar fueron para su padre.

Todo por ella, nada por mí.

Hermanos míos, velad por mi hija.

*Venerable* amigo, abrid los brazos á vuestra nieta.

## XIX.

Felipe dejó de leer, y vivamente impresionado depositó sobre la mesa el manuscrito.

Rato hacía que todas las miradas se hallaban fijas en el *venerable*.

Los ojos de éste llenos de lágrimas, los sollozos que de vez en cuando se exalaban de su pecho, durante la lectura del manuscrito habian revelado á todos los hermanos, aun antes de la conclusion del mismo, quien era el padre de Angela.

Cuando Felipe hubo terminado, el noble anciano con acento tembloroso, efecto de la emoción que sentía, dijo:

—Hermanos míos, en vuestra presencia debo declarar que cuanto ese manuscrito dice es exactísimo.

Yo, efectivamente, era el que habitaba en el valle de Hecho: mi hija la que abandonó el paterno hogar huyendo de él por mi incalificable obcecación. Reconozco á mi nieta y no siento más, en estos momentos que, no haber conocido á tiempo á su honrado y dignísimo padre.

—Y nosotros á nuestra vez, repuso don Juan levantándose de su asiento y en extremo conmovido, juramos amparar y proteger á la hija de nuestro hermano, si la desgracia hiciera que cual hoy ha quedado sin padre, quedára mañana sin abuelo.

Momentos despues se disolvió la reunion dándose cita para la semana siguiente, pues debía procederse á la apertura del segundo y mas voluminoso legajo, que les habia sido legado por el difunto don Antonio.

El venerable, Felipe y don Juan se dirigieron á la casa de este último, para que el primero abrazase á su nieta, quedando acordado que en la próxima reunion se daría comienzo á la lectura de las memorias.

---

## CAPITULO III.

---

Felipe. — Un recuerdo á la memoria de dos victimas de la tirania. — El Noy de la Barraqueta y Carvajal.

### I.

· Han pasado dos dias de los sucesos anteriores.

Felipe se encuentra el café de Madrid discutiendo con algunos amigos acerca de las inconveniencias de los gobiernos anteriores y de las ventajas del actual sistema.

En uno de esos momentos en que el pueblo se muestra impaciente é intranquilo, porque, naturalmente receloso por las lecciones adquiridas por la esperiencia, teme le sea arrebatado por cualquiera evolucion de la mayoria de la Asamblea, el triunfo conquistado.

Numerosos grupos pueblan la carrera de San Gerónimo á cuya calle dá una de las puertas del café de Madrid.

Acaba de ocurrir un incidente que ha desagradado á muchos, si bien á ciertos dislates y falta de juicio en escasas individualidades y en momentos dados, no debe dárseles importancia ninguna, ni mucho menos servir de pretexto para esplotárlas en contra de todo un partido.

Uno de los grupos mas numerosos y lo que es peor ar-

mados, se dirigian al congreso, promoviendo algun tumulto, á pedir al Gobierno la libertad de los presos republicanos.

El señor Figueras, presidente del poder ejecutivo, al tener noticia del propósito de aquellos, abandona el salon y corre á su encuentro en la carrera de San Gerónimo.

Los detiene, les habla con la energía y la severidad que todos reconocen en tan esclarecido repúblico; les promete lo que pedian, mas, significándoles terminantemente, que tales resoluciones eran de la incumbencia del gobierno, pero de ninguna manera de grupos armados en son de amenaza.

La mayoría de los que formaban el grupo comprendiendo la justicia de los razonamientos del presidente, aplaude y le victorea; pero unos cuantos, en número muy escaso afortunadamente, y de esa gente que, aunque con traje del pueblo, no pertenece por cierto á tan honrosa clase, sino que por el contrario, el verdadero pueblo les rechaza; unos pocos de esos individuos que vemos aparecer en todas las revoluciones, de formas soeces y traza patibularia, de esos que nadie conoce, ni nadie sabe de donde vienen ni á donde van, sin embargo de que ambas cosas son de presumir, se atrevieron, faltando á todas las consideraciones y todos los respetos que son debidos al ilustre patricio, al jefe del gobierno republicano, elevado por la vctacion de la asamblea, á mostrarle un gorro frigio, exclamando: «Que se lo ponga.»

El venerable, el pundonoroso, el patriota señor Figueras, rechazó con cierto enojo el emblema republicano que se le presentaba, lamentando sin duda en lo íntimo de su alma, aquellos excesos y aquella falta de respeto y con voz grave y entera replicó:

«No me lo pongo, ciudadanos, porque no lo necesita quien, como yo, hace treinta años que lo lleva puesto.»

Severa lección y bien aplicado correctivo para los que, faltando á todos los respetos, se permiten escederse, abusando de las circunstancias.

Este era el tema de la animada conversacion que sostenian en la mesa del café de Madrid los amigos de Felipe, entre los cuales los cuales los habia de distintas opiniones y procedencias.

Uno de ellos, que por su manera de esplicarse debia pertenecer al antiguo partido moderado, segun pretendia probar las escelencias de aquellos tiempos de *orden* y de *paz* que ya desaparecieron, y Dios quiera que para no volver jamás, se desataba en injurias y en improperios contra el actual orden de cosas, comentando á su antojo los acontecimientos de Málaga, Córdoba y Orihuela, dando proporciones de que carecian á los excesos cometidos por la turba de merodeadores que se permitieron penetrar en la Casa de Campo y en el Pardo, con objeto de matar un centenar de conejos ó llevarse algunas leñas muertas.

Empeñábase en achacar y hacer responsable de semejantes aislados desmanes á todo el partido y á los hombres que hoy regian los destinos de la nacion, sin considerar que aquellos excesos fueron instantáneamente reprimidos por los voluntarios de la república, y sus principales autores entregados á los tribunales, por esos mismos voluntarios que desde los primeros momentos de alarma se ofrecieron á velar por la tranquilidad pública y que lo mismo en Madrid, que en Barcelona, que entoda España, han cumplido tan dignamente su empeño, siendo los primeros á evitar toda perturbacion.

Felipe, indignado ya de oír tanto desatino, y no pudiendo contenerse tomó ardorosamente la defensa del partido á que pertenecía, probando que en el cambio esencialmente republicano á que ha dado lugar la abdicacion repentina de D. Amadeo, para honra nuestra y admiracion del mundo la sensatez de los primeros momentos no se ha desmentido despues por ningun esceso de carácter general y grave y que era muy estraño que su amigo, inspirado ciegamente por la pasion, se permitiera espresarse en semejantes términos, cuando hasta la prensa de todos los matices prodigaba unánimes aplausos al espíritu de prudencia y de cordura que ha presidido á la caida de la Monarquía democrática y al inesperado advenimiento de la república.

Lo que mas ofenbió á Felipe, fué oír en los labios de su amigo la apología encomiástica de la feroz dominacion de Narvaez y Gonzolez Brabo, pintándola con tan bellos colores y como la época de mas paz, mas sosiego y bienestar que hemos conocido.

No se podia lanzar al rostro de un liberal un sarcasmo mas sangriento.

Pocas épocas registra la historia de mayor opresion, de mas inauditos atropellos, de mas irritante tiranía que la del año 66, postrimerías del reinado de doña Isabel II, siendo presidente del Consejo D. Ramon María Narvaez, de infausta memoria y de la Gobernacion del reino D. Luis Gonzales Brabo, el antiguo redactor de *El Guirigay*, el transfuga del bando liberal, convertido en el azote, el látigo mas cruel de sus antiguos hermanos.

De los ocho individuos, dijo, que por aquel entonces formaban el ministerio y que firmaron el célebre decreto de 26 de julio, declarando la nacion en estado de sitio y que

pusieron en manos de la autoridad militar lo espada de la justicia, autorizando el Consejo de guerra para dictar en breves horas cualquiera sentencia, llevando el terror y la desolacion á todo el pais, seis han dejado ya de ser, ó lo que es lo mismo, pagaron ya su tributo á la tierra.

Si Dios es justo debe haberlos juzgado bien severamente.

¡Cómo usar de su infinita misericordia con hombres que hicieron derramar tantas lágrimas y tanta sangre generosa!

Gonzalez Brabo, como ministro de la Gobernacion (1), llevó la persecucion á un grado inconcebible.

Era el desafuero, el atropello y la arbitrariedad llevada á cabo con el cinismo y la mas irritante audacia.

Bastè con decir que se quiso prender hasta los *muertos*.

El gobernador de Barcelona pidió una lista de los tildados por sus opiniones políticas, ó lo que es lo mismo, de los liberales de ideas mas avanzadas y se le dijo que debía obrar en la seccion de policia del gobierno civil.

En efecto, se buscó y se halló.

Entregóse á un comisario con la orden de prender á todos los que la lista contenia.

Algunos de ellos habian fallecido; otros se hallaban avecindados en distintas provincias.

Se prendió á todos menos á los ausentes y á los muertos; pero como faltando estos la cuenta no salia, se buscó quien tuviera el mismo nombre, y por el solo delito del homónimo, se le prendió así mismo.

La lista se habia confeccionado el año cuarenta y nueve.

(1) Altadill.—Último Borbon.



En ese acto, lo estúpido corre parejas con lo brutal, y lo arbitrario con lo ridículo.

Felipe rebatió cuantos argumentos habia presentado su amigo en pró de sus ideas.

Hizo á grandes rasgos la verdadera apología de aquel gobierno sanguinario y cruel: sus atropellos, sus persecuciones, sus asesinatos y como una irrecusable prueba de lo feroces que fueron estos por aquella época, hizo alusion al de un amigo suyo, el de Vicente Martí, cuyo desastroso fin aun lloran sus amigos de toda España.

Varios de los amigos de Felipe, que rodeaban la mesa y que no conocian los verdaderos detalles de tan inaudito crimen, le suplicaron que los refiriera.

Felipe no se hizo de rogar, pero haciendo sin embargo la salvedad de que no iba á hablar por inspiracion propia, sino en vista de los antecedentes recojidos y publicados ya por su querido amigo y correligionario Altadill, que tambien se habia honrado con la amistad de aquel mártir, conocido por el Noy de la Barraqueta.

Todo el mundo le prestó religiosa atencion y Felipe dió comienzo en estos términos á tan conmovedor como dramático episodio.

. . . . .

. . . . .

. . . . .

Nacido Vicente Martí en el año 1830 y en la villa de Martorell, contaba treinta y seis años de edad cuando los sicarios del moderantismo cortaron el hilo de una vida consagrada toda á la patria.

Muy jóven aun perdió Martí á su padre, que, al morir, legó una fortuna de cincuenta mil duros.

El nombre de *Noy de la Barraqueta* se lo dió el pueblo, tomándolo del meson de su padre, que se llamaba la *Barraqueta*.

Desde sus primeros años, Martí, que estaba dotado de una constitucion física privilegiada, porque era robusto, bien formado y hermoso, se sintió inclinado á las ideas liberales, las mas en armonía con los sentimientos de un corazon tan generoso y noble, como valeroso y fuerte.

Su instinto belicoso y el amor á la idea democrática, perfectamente desarrollada en él á los diez y seis años, le llevó en 1848 á unirse á la faccion republicana mandada en las montañas de Cataluña por el generoso Baliarda, asesinado posteriormente por los mozos de la escuadra de la manera alevosa y traidora con que perpetró siempre aquel cuerpo de verdugos sus sangrientos crímenes.

Vencidas á la sazón las partidas carlistas que recorrian el antiguo Principado, sino por la pericia y el valor, por el dinero que empleó en ello el general Concha, los republicanos, no pudiendo sostenerse por sí solo, se retiraron á Francia en donde permaneció el Noy hasta 1853, regresando á favor de un indulto que le libraba de la pena de muerte pronunciada contra él por un consejo de guerra.

Desde entonces el Noy de la Barraqueta tomó una parte principalísima en cuantos trabajos y revoluciones se han hecho hasta 1866 por dar la libertad á esta España, digna de otros gobiernos y de otras instituciones, y lo hizo siempre con pérdida de sus intereses y en exposicion constante de la vida.

En 18 años que llevo de vida política, le oimos decir en una ocasion, he pasado mas de doce escondido, entre prisiones ó emigrado.

Los sucesos de Junio de 1866 abligaron al Noy, como á otras personas en ellos comprometidas, á esconderse á las iras del gobierno.

Con el advenimiento al poder de Narvaez, sustituyó al general Cotoner, unionista, el moderado Gasset, en el mando militar de Cataluña.

Gasset la quiso hechar de paisano y tolerante con los catalanes, y publicó una alocucion de la que importa transcribir algunos párrafos porque en ellos está el origen del sangriento drama que sucedió mas tarde.

«Traigo mision de paz, decia el capitan general á los catalanes, y mi deber es ser útil á mi pais, ya que la suerte me ha conducido á él; las circunstancias son difilícimas para todos, pero todos me ayudarán á vencer las que deploramos.

»Sin el órden material, base de toda sociedad culta, nada puede hacerse: desechad, nobles catalanes, las halagüeñas frases de la revolucion, ofreciendo siempre lo que jamás cumple.

»Las condiciones del ciudadano no se cambian ni se mejoran sino con el trabajo, la moralidad y el respeto á la ley. Toda propiedad adquirida por la revolucion es un crimen, y los crímenes rara vez quedan sin castigo en la tierra.

»Reasumidas en mí todas las atribuciones de la autoridad por el estado escepcional en que se encuentra el distrito, mi deber es velar por todos, enjugar lágrimas, devolver al pais la confianza que tanto necesita para mantener la tranquilidad á toda costa; que el hogar doméstico sea el refugio de la familia, lugar sagrado donde el cariño de todos hace conllevar los males que Dios en su alta sabiduria

envia á los pueblos para poner á prueba sus virtudes.

» Mis queridos compatriotas: escuchad la voz de un honrado soldado, siempre leal á su reina, que ha servido á su patria en medio de vosotros defendiendo lo que todos hemos defendido, el trono de S. M. la reina doña Isabel II y las instituciones que nos rigen.

» Acercaos á mí, no tengais reparo en ello, nunca me encontraré mejor que entre vosotros, haciéndome conocer vuestras necesidades, y feliz yo si, en nombre de S. M. y de su gobierno, pudo contribuir á reparar vuestras desgracias.

«Tened tambien entendido que pesa sobre mí la sagrada obligacion de sostener el órden material, que este se sostendrá y sin contemplacion de ningun género, única y verdadera garantía de un pais culto: esta promesa que á favor de buen español os doy, debe llevar la tranquilidad á todos y apercibir á los revolucionarios de oficio, de lo que deben esperar de mi autoridad; me sobran medios para ello, y al asegurarlo así, lo hago con toda la sinceridad de mi carácter y de los deberes que pesan sobre mí, al defender los sagrados intereses confiados por el momento á la autoridad de vuestro paisano y capitan general—MANUEL GASET.»

Una larga esperiencia habia demostrado que era locura fiar en las palabras de tolerancia y conciliacion de los moderados; pero con tal carácter de sinceridad revistió las suyas el general Gaset, que su alocucion fué recibida con general aplauso, haciendo nacer la lisongera esperanza de un período de seguridad para todos los que no perturbaran el órden material.

El Noy de la Barraqueta, que se hallaba escondido, leyó

la alocucion y creyó que podria aprovecharse de las garantías en ella ofrecidas, correspondiendo él por su parte á la conducta del general, dándole palabra de honor de no hacer cosa contraria á la situacion, mientras permaneciese en su casa de Martorell, si le permitian regresar á ella.

Con esta comision y en nombre del *Noy*, presentáronse dos amigos suyos al Capitan general.

Martí necesitaba ocuparse por algun tiempo en el arreglo de sus intereses, harto descuidados y grandemente perjudicados con el abandono de tantos años.

Estaba ya casado, por cierto con una señora modelo de esposas, ejemplo de virtudes y dechado de discrecion y prudencia; tenia hijos y hubo de pensar seriamente en sus intereses, para dejar á lo menos á su familia á cubierto de la pobreza, si los acontecimientos desgraciados le arrebatában al fin por completo á su cariño.

Los amigos del *Noy* intentaron disuadirle de su idea, no fiando en las promesas que pudiera hacer el General.

—¿Quereis privarme, les dijo Martí, del gozo de pasar unos dias al lado de mí familia y sobre todo de arreglar mis intereses? Es este, hoy, un deber sagrado para mí y á toda costa he de cumplir con él. Yo no quiero estar en mi casa mas de quince dias; con ese espacio de tiempo tengo bastante. Despues, me marcharé al estrangero; doy mi palabra de honor, de que mi permanencia en España no dará un dia mas, recelo alguno al gobierno.

—Créeme, *Noy*, replicó uno de sus amigos, vete ahora mismo al estrangero; no debes fiar en esa gente, porque te darán su palabra y te matarán como un perro.

El *Noy* insistió y no hubo mas remedio que complacerle.

El capitán general dijo á sus amigos que se tomaba breve tiempo para consultar con el gobernador civil y el comandante de mozos de la escuadra, á fin de saber hasta que punto podia comprometer el órden, conceder lo que pedía á una persona como Martí.

Volvió á los pocos dias la comision y Gaset dijo á uno de sus dos individuos, José Anselmo Clave:—Puede V. dar al Noy toda clase de seguridades de que no se le molestará en lo mas mínimo por lo pasado. Vuelva tranquilo al seno de su familia y descanse en mi palabra de honor de que como no me perturbe el órden, de hoy en adelante, nada desagradable ha de sucederle. Hágame V. el favor de transmitir estas mismas disposiciones á su hermano de V. (Antonio Clavé) á R. Targarona y demás comprendidos en los sucesos de Junio. Que vivan tranquilos que á nadie se molestará por lo pasado.

Tales fueron las palabras y la seguridad que dió el capitán general, lo que se comunicó al Noy, insistiendo todavía sus amigos en que no se fiase en la garantía y en que se marchara al extranjero.

Esto sucedió el 25 de Junio.

El Noy volvió al seno de su familia.

Pocos dias despues se encontró con uno de sus amigos en una calle de Barcelona, y al darle la mano, lo llevó el Noy á una escalerilla y allí le dijo:—Esto es insufrible!... no puedo verme libre de espías; esa gente me sigue á todas partes!...

En aquel instante pasaron por delante de la puerta dos ó tres esbirros disfrazados.

—Temo que me jueguen una mala pasada, añadió. He visto hoy á Gaset acompañado de un amigo mio, y lo que

este me ha dicho, despues no me gusta. Segun él, una simple denuncia, de un guardia ó de un polizone, bastaria para llevarme á Fernando Pó.

¿Cómo se concibe semejante modo de espresarse en el capitan general despues de lo que habia dicho y prometido en su alocucion y de lo ofrecido bajo palabra de honor?

Solo en el caso de que el Noy turbara el órden material podia haber motivo justificado para proceder contra él.

Y de la palabra del Noy, esto es, de que Gaset se espresó luego en sus términos no cabe duda.

Entre las buenas cualidades, y eran muchas, que adornaban á Martí, se hallaba la de no faltar nunca á la verdad.

Cuantos le tratamos íntimamente sabemos que descollaba esta entre sus bellas prendas morales.

El amigo halló en el presentimiento de Martí un nuevo motivo para insistir mas vivamente en que lo abandonara todo, y se sustragera cuanto antes á una celada infame de los esbirros del gobierno.

—No puede ser, replicó el Noy, me faltan ocho dias para dejar terminados los asuntos de mi casa y familia. Que me dejen este corto espacio de tiempo y me basta.

—No te dejarán.

—Pues antes no puedo abandonar mi casa.

Y el Noy volvió á Martorell.

Llegó el dia 10 de Agosto. A la caida de la tarde se presentaron en Martorell cuatro mozos de la escuadra con un cabo.

Su visita infundi6 en algunos la sospecha de una prision.

Prision en Martorell estando Martí en el pueblo, no podia ser mas que la suya. Así lo presintieron instantáneamente varios de sus amigos.

Uno de estos corrió en su busca, pues se hallaba en aquellos momentos fuera de su casa, y le avisó del peligro.

—¿A qué han de venir por mí? ¿Qué he hecho yo estos días? nada, absolutamente nada que pueda dar ni aun pretesto á mi prision.

En efecto, los que fuimos sus amigos, sabemos y afirmamos que Martí, desde que le fué concedido el permiso por el capitán general, no se ocupó en otra cosa que de los asuntos de su casa y familia.

Los mozos se dirigieron de la estación del ferro-carril á la calle donde vivía el Noy; se sentaron en el umbral de la casa cuartel de la guardia civil, situado frente por frente de la que Martí habitaba.

No podía haber duda de que se pusieron en acecho.

Apesar de esto, el Noy que se sentía sin culpa, no daba completo crédito á lo que era evidente para sus amigos.

—Pronto lo veremos, dijo: vamos á casa.

—¿Cómo? ¿te vas á esponer?...

—No me espongo. Vaya delante uno de vosotros y deje abierta la puerta de atrás: yo iré luego, entraré en mi casa por la principal y si los mozos penetran tras de mí, me evadiré por la trasera; si, viéndome, no se mueven, prueba será de que os habeis equivocado y escuso el recelo en que constantemente me tendria la incertidumbre.

Así se hizo.

Marchó delante uno de los que le acompañaban; ejecutó lo convenido y á poco se dirigió el Noy tranquilamente á su casa, acompañado de Mariano R., uno de los mas fieles y leales amigos.

Ya amanecía.

El Noy y R., penetraron en la casa y aquel se dirigió



á la puerta trasera, en aguardo y atento á lo que sucediese.

Dos minutos despues los mozos entraron en la vivienda de Martí; cogieron á R. del brazo y le preguntaron:

—¿Dónde está el Noy?

Iba R. á responder, cuando de improviso se presentó Martí diciendo:

—¿Qué quereis? Aquí está el Noy.

Su amigo quedó estupefacto.

Nadie ha podido aun explicarse, ni darse cuenta de esta imprudencia de Martí.

La salida por la puerta falsa estaba franca y por nadie vigilada, y no se comprende cómo el Noy no quiso huir y sí entregarse como lo hizo.

—Dése V. preso, profirió el cabo de los mozos.

—Preso quedo, replicó Martí con extraordinaria calma y serenidad.

—Venga V., pues, con nosotros.

—Permítame V. que tome antes algun dinero...

El Noy, con el permiso del cabo, se dirigió al comedor á donde le siguieron los cuatro mozos; tomó del cajon de una mesa veinte piezas de oro de cinco duros y siguió á los mozos á la estacion del ferro-carril.

Su amigo R. le acompañaba á poca distancia.

El tren ya habia partido.

Los mozos propusieron tomar un carruaje para ir á Barcelona. El Noy y R., movidos por el mismo súbito y natural temor, replicaron á un tiempo:

—Eso no puede ser.

—¿Por qué? dijo el cabo.

—Porque no tengo confianza para ir solo con mozos de

la escuadra, mucho menos de noche y por una carretera solitaria, contestó el Noy sin rodeos.

Los mozos no replicaron una palabra.

Los crímenes cometidos por aquella gente con los presos políticos, eran de todos bien conocidos, y autorizaban á Martí á espresarse con tan ruda franqueza.

—Entonces, dijo el cabo, pasaremos la noche en el cuartel de la Guardia civil y saldremos mañana en el primer tren.

Se destinó en su consecuencia una sala de la casa cuartel para prision del Noy, quedando con él dos mozos como centinelas de vista.

R., que no le abandonó un momento, fué á buscar la cena para su amigo.

El hermano de Martí encontró á R. y le dijo:

—Acabamos de reunirnos algunos amigos y hemos resuelto libertar al Noy.

—¿Cómo? exclamó su amigo.

—De cualquier manera y á toda costa, replicó el hermano con energía.

El hermano de Martí tenía de éste la valentía y el arrojo, y además, le quería entrañablemente. Con pocos amigos contaba para tan árdua como arriesgada empresa, porque no quiso que fuera grande el número, pero aquellos eran escojidos entre los mejores de los muchos buenos de Martorell.

R., dijo al hermano del Noy, que éste sería llevado al día siguiente á la estacion para salir en el primer tren.

—Perfectamente, respondió éste, entonces yo estaré apostado con mis amigos en una casa del tránsito, y, al pasar, le salvaremos. Comunícaselo así á mi hermano.

—¿Pero estais decididos?

—¿Y tú me lo preguntas? Decididos á todo.

R. ya no dijo una palabra mas, y se encaminó con la cena á la prision.

Difícil era, sino imposible, dar á entender nada á Martí delante de los mozos sin que estos se apercibieran.

Durante la cena fué completamente inútil el deseo de R.; los mozos no los perdian un momento de vista; solo alcanzó á significar á su amigo con una espresiva mirada que tenia absoluta necesidad de hablarle.

Poco despues de haber cenado el Noy dijo:

—¿Y cómo dormimos esta noche?

—Se puede hechar un colchon en esa alcoba, replicó R.

El cabo de mozos hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—¿Te quedas tú conmigo? preguntó el Noy sencillamente á R.

—Sí, me quedaré, respondió éste en el mismo tono.

La sala era reducida.

De la mesa donde se habia cenado y junto á la cual se habian sentado los dos mozos, á la alcoba, mediaba muy corto trecho.

Martí y R. comprendieron que los mozos no se moverian de allí en toda la noche.

El Noy, al recojerse, notando que la luz daba de lleno en la alcoba y que los mozos podrian, sino oirles, ver como hablaban en secreto, dijo á R.:

—Haz el favor de poner la luz en otro sitio, porque me incomoda para dormir.

R. trasladó el velon al otro extremo de la sala y fué á tenderse en el colchon que habian echado en el suelo.

Acercóse al Noy, y aplicando los labios á su oído, le dijo en voz casi imperceptible lo que su hermano y sus amigos intentaban.

Luego de haber hablado R. separó un poco la cabeza y quedó en disposición de oír.

El Noy hizo á su vez lo mismo que aquel, y dijo:

—Que vayan á apostarse en la casa de la esquina inmediata á la estación y cuando vean que yo me quito el sombrero pueden lanzarse. Mientras yo no haga esta señal, cuidado con que ninguno se mueva. Darás esta orden á mi hermano.

Al amanecer salió R. á desempeñar su cometido.

El Noy se levantó también y notó un malestar general en todo su cuerpo.

Sin duda la cena no le había sentado bien.

R. dijo además al hermano de Martí:

—Me ha parecido observar que, al verme salir, el cabo de mozos ha mudado de repente la conversacion que en voz baja tenía con dos de los suyos; juraría que algo sospechan y creo conveniente que se le haga saber al Noy.

El hermano de éste tuvo ocasion y medio de hacerle decir que estuviese muy prevenido y que la gente estaría dispuesta en el punto señalado.

A las ocho sacaron los mozos al preso y se encaminaron á la estación.

No es posible describir la ansiedad del hermano de Martí y de sus amigos, con él apostados. El primero se hallaba en el umbral de la casa, los demás detrás de la puerta y preparados: eran cinco que valían por veinte.

Al ver penetrar al Noy en la calle, su hermano clavó en él sus anhelantes ojos, esperando la señal convenida.

Pero Martí pasó por delante de la casa, miró tranquilamente á su hermano y ni ademán hizo de llevar la mano al sombrero.

El *Xich*, que así llaman en el pueblo al hermano de Martí, quedó como atontado.

Los mozos con el preso penetraron en la estacion.

Los amigos que se hallaban apostados preguntaron al *Xich*:

—¡Qué! ¿ha pasado?

—Sí, respondió aquel con desaliento.

—¿Y qué ha hecho?

—Nada.

—¡Oh! ¿qué quiere decir esto? exclamaron sus amigos en el colmo del mayor asombro.

—Ni lo sé, ni puedo esplicármelo. No os movais, yo voy á verle y vuelvo enseguida.

El *Xich* penetró en la estacion y fué á dar la mano y abrazar á su hermano.

Cuando lo tenia estrechado entre sus brazos, le dijo al oído con voz rápida:

—¿Por qué no has echo la señal?

—¿Cuántos sois?

—Cinco y yo seis.

No podian permanecer abrazados los dos hermanos por mayor espacio de tiempo sin despertar sospechas á los perspicaces mozos.

Al desprenderse de los brazos del Noy, el *Xich* le dijo:

—Pero qué hacemos?

El Noy le respondió en alta voz diciendo:

—Oye *Xich*, despacha á los trabajadores; diles que dejen las herramientas y se vayan, pues las cosas que no veo

y dirijo por mi mismo no tengo confianza en que salgan bien.

Traducimos literalmente del catalan sus propias palabras.

El Noy hacia á la sazón obras en una casa de su propiedad.

El hermano, aunque descontento, salió de la estación resignado á cumplir la órden y á comunicarla á sus amigos.

Pero éstos, léjos de obedecerla, se enfurecieron, manifestando que de todas suertes llevarian adelante su propósito.

Hemos dicho antes que Martí se sentia indispuesto. De cada momento su malestar se aumentaba.

Sin duda la mala disposicion física influyó en la parte moral, cortando los vuelos á su ánimo, tan fuerte siempre y arrojado, y por esto hizo desistir á sus amigos de la empresa.

Pero ellos, repetimos, no se conformaron á dejarle en manos del gobierno temiendo sériamente por su suerte.

En vano el Xich hizo esfuerzos para disuadirles.

Viendo que toda razon era inútil y que iban á ejecutar su intento, entre abandonarles en el, lo cual era imposible, y seguirles, se puso á su cabeza y puñal en mano se lanzó á la estación.

En ella habia además de los mozos, once guardias civiles armados.

El número de viajeros no era escaso y habia mucha gente en la sala de espera.

Al penetrar en ella el Xich seguido de sus cinco valientes camaradas, uno de estos disparó el trabuco al aire.

A la detonacion se apoderó de todos un pánico general indescriptible.

Los mozos se acurrucaron espantados; los civiles se eclipsaron entre las faldas de las mujeres y por debajo de los bancos.

El Noy quedó frío, helado como una estatua de mármol.

En aquellos momentos sus amigos y su hermano hubieran podido acabar sin resistencia alguna con la vida de los mozos y civiles.

No lo pensaron ni lo quisieron.

Uno de ellos se dirige al Noy y le dice:

— ¡Qué haces! ¡Huye!

Pero el Noy quiere andar y no puede.

Es empujado por uno de sus salvadores hácia la puerta que comunica con la vía, y con gran trabajo emprende la fuga por la vía misma.

Los mozos y civiles empiezan á reponerse.

El Xich y sus camaradas luchan á brazo partido con ellos.

La lucha es corta, la confusion aumenta; al volvér en sí del susto las personas allí reunidas, y á favor de esa misma confusion, escapan el Xich y sus camaradas sanos y salvos.

El Noy, en un estado deplorable, incomprensible, apesar del motivo que hemos señalado, en aquella naturaleza de hierro y en aquel corazon valiente y siempre sereno en las mas críticas situaciones, anda una media hora escasamente.

Respira acongojado, como si se ahogara, y al fin no puede dar un paso mas.

El fiel amigo que le sostiene auxiliado por otro que llega jadeante, le coge en brazos, lo sube al rivazo de la vía y lo conduce á una choza no distante.

El Noy siente abrasársele las entrañas. Pide agua y bebe ávidamente.

Acaba de beber y sus miembros se niegan á todo movimiento.

El trance es apurado, crítico por extremo, de vida ó muerte.

No tardarán, quizá ya lo están haciendo, en buscarle en todas direcciones.

Ser habido es morir sin remedio.

En vano se intenta infundirle valor, reanimar aquel cuerpo casi exánime.

La vista y la palabra son los dos únicos signos exteriores que dá de vida.

Todo lo demás está en él muerto.

Sus miradas revelan el recelo de una muerte próxima y desastrosa.

Los dos amigos, en la imposibilidad de cargar con él á cuestas, dicen que corren á buscar un vehículo.

—Es inútil, profiere el Noy con un acento desconsolador mezclado de amargura y de coraje. No tendreis tiempo de ir y volver. Pero salid, no os detengais, yo soy muerto, salvaos vosotros.

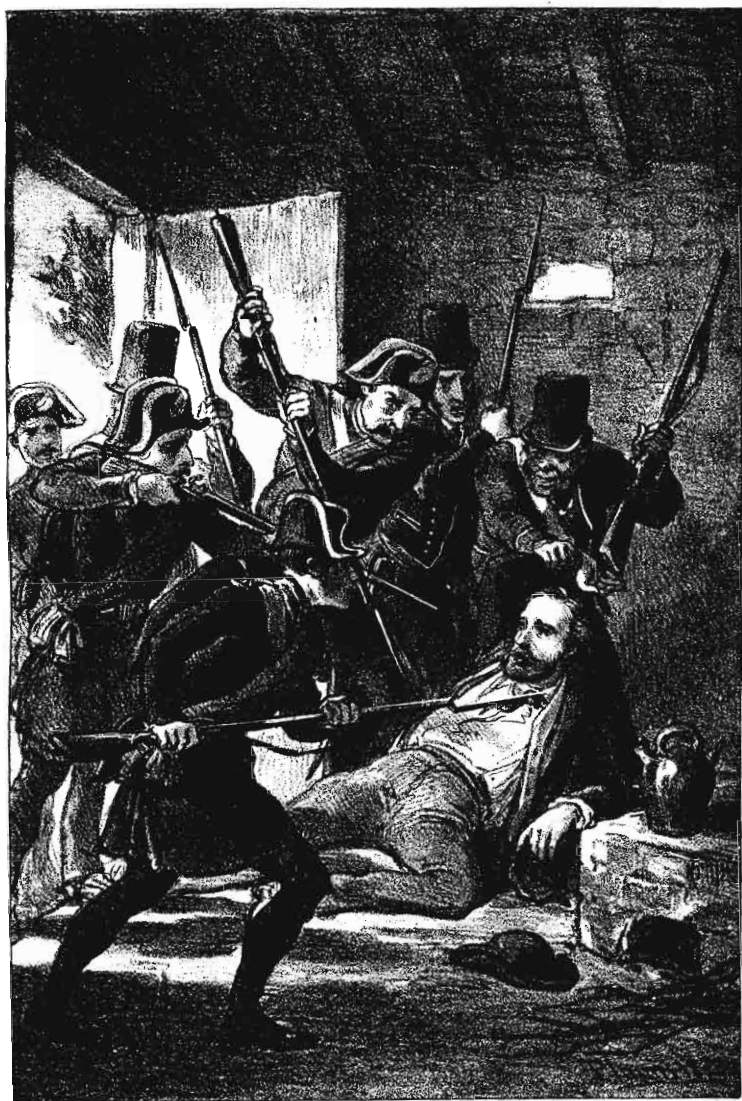
Salieron los amigos presurosos con el propósito de traer un carro ó una caballería y llevar al Noy de allí, pero ya no tuvieron tiempo.

No habian andado la distancia de doscientos metros cuando subian de la vía al ribazo los mozos y los civiles.

Un hombre infame, un guarda agujas del ferro-carril habia señalado á los esbirros el lugar donde se hallaba el fugitivo.

Llegan... miran á distancia y con recelo la entrada de





Asesinato de Vicente Martí (a) Noy de la barraqueta.

la cabaña... ven á Martí tendido en el suelo... así y todo no se atreven á entrar... cercan la choza... uno de ellos levanta una teja y por el agujero dispara cobarde y alevosamente el fusil contra Martí.

Sucede á la detonacion un grito desgarrador, mas de coraje que de dolor.

Entonces los mozos y los civiles se precipitan dentro de la choza, y allí se verifica una escena cuyo horror no alcanza á describir la pluma; disparos, bayonetazos, patadas, todo lo que la saña, la cobardía y la vileza inspiran á los asesinos, lo emplean éstos para acabar con la vida de Martí.

Este pronunció únicamente estas palabras:

—¡Ah! «lladres,» cobardes asesinos!

Y sus labios se cierran al atravesar su noble corazon el hierro vil que en él penetra.

El oficial de la guardia civil llegaba á la choza gritando:

—¡No le mateis, no le mateis!

¡Ya era tarde!

Y aunque fuera tiempo, le asesinaran aquellos tígres sedientos de su noble sangre!

Así terminó sus dias el noble, el valeroso Noy de la Barraqueta.

Así acabó una vida consagrada á la libertad y á la generosa idea del bien y de la honra de la patria.

Los periódicos de Barcelona, por orden del general Gaset, dijeron lo que siempre, que los mozos asesinaban á hombres políticos para justificar la necesidad de su muerte: que el Noy se habia resistido como una fiera.

—Ah! como un leon resistiera y se batiera contra sus infames perseguidores, á no verse privado de todo movi-

miento; pero la verdad fué lo que hemos referido; lo que el capitán general mandó decir á los periódicos, una infame mentira.

El que mas se ensañó con el Noy siendo ya éste cadáver, fué el cabo de civiles que se cansó de dar patadas y hundir la bayoneta en el cuerpo de un hombre ya muerto, llevando el alarde de su bestial ferocidad al extremo de volver luego á Martorell, profiriendo palabras atroces de la mas soez y brutal satisfaccion y mostrando como fruicion horrible las manos teñidas de sangre.

No tan inmediatamente pagó su cobarde crimen; pero no quedó impune.

Pasaron dos años, y vino la revolucion de Setiembre.

Al detenerse en la estacion de Gracia un tren de Sarriá, cuatro hombres que estaban en aguardo en la vía se acercaron á un vagon.

En él iba el cabo de civiles, que al verlos se puso pálido como un cadáver.

El cabo, que se vió harto comprometido en el vagon, saltó por el lado opuesto y echó á correr hácia la Riera.

Los hombres se lanzaron á su alcance.

Una bala de revolver hirió al fugitivo en los riñones.

Apesar de la herida continuó la fuga; pero tropezó, cayó, y efecto del tropiezo ya no pudo levantarse.

Una convulsion general se apoderó de todo su cuerpo y quedó sin movimiento en los miembros, como el Noy de la Barraqueta.

Sus perseguidores llegaron á él.

Solo los ojos del cabo daban señal de vida en su cuerpo, lanzando miradas vagas de pavor y quedando luego estúpidamente fijos en un punto.

Varias veces penetró el hierro en su cuerpo.

No profirió un grito, ni dió un suspiro.

Hasta la lengua tenia paralizada.

De esta manera acabó *sus dias el mas sañudo* de los asesinos del Noy de la Barraqueta.

Antes de concluir, dijo Felipe á sus amigos, debo hacer una observacion para cortar los vuelos á la malicia de alguno que pudiera permitirse interpretar nuestras ideas y sentimientos de torcida manera.

Si del desaliñado relato que acabo de hacer se desprende, lo que es natural en nosotros, una indignacion por la muerte del Noy, que no espreso por la del cabo de civiles, preciso es declarar que yo y conmigo todo el partido, reprobamos esta última.

Las venganzas personales son siempre negras manchas que empañan el lustre de una revolucion; el pueblo no debe nunca hacerse justicia por sus manos. Pero no hemos de ser mas severos con el pueblo que con el gobierno, ni tan poco en tanto grado con aquel como con éste. El gobierno de España, ó sus esbirros en su nombre, ó por su mandato, han asesinado siempre á sangre fria y cuando tenia en su mano los medios de hacer justicia, con arreglo á la ley. El pueblo no dispone de esos medios, y ha visto impunes, despues de una revolucion, á los asesinos, esbirros de la tiranía, cuando ha encomendado la justicia al gobierno, ó la ha esperado de los tribunales.

Mal hecho está lo hecho por el pueblo, pero al fin tiene esta disculpa. A los gobiernos que hicieron lo mismo y mayor número de veces, nada basta á disculparles. . . .

. . . . .

Calló Felipe por algunos momentos.

El amigo, origen de la cuestion, y que se habia empeñado en probar las escelencias del partido moderado, temeroso sin duda de la broma que le esperaba, habia desaparecido sin ser de nadie visto.

Positivamente su situacion era demasiado violenta en aquel círculo de amigos, en el que casi todos eran republicanos, y si alguno no llevaba este honroso título, pertenecía á esa fraccion, jóven tambien, entusiasta y liberal que solo difiere de nosotros en la manera de aplicar sus principios, pero que por afinidad y en el fondo de las ideas se dan la mano.

Uno de ellos se atrevió á invocar ciertos apellidos y ciertos hechos, para enaltecer á unos y otros, respecto á los hombres que ocuparon el poder inmediatamente despues de la revolucion de setiembre, y á los que, segun su opinion, no se podia negar la gloria de haberla iniciado y haber sido los que habian dado el primer paso, facilitando el camino, hasta entonces penosísimo y lleno de abrojos, para el advenimiento de la república en España.

¡Horrible sarcasmo!

¡Decir esto de aquellos hombres que tantos atropellos cometieron!

Sin embargo, en boca del referido jóven eran disculpadas sus palabras; llevaba un apellido muy identificado con aquella situacion y se hallaba en el imprescindible deber de defenderlo; por lo demás, hablaba de buena fé y sin acrimonia, ni pasion, condiciones de que por completo carecia el que acababa de abandonar el campo, ó lo que es lo mismo, la mesa en que se hallaban sus amigos: Felipe tomó nuevamente la palabra.

—Sentiria molestaros, dijo, pero me es muy sensible haber de callar cuando la justicia y la razon están de nuestra parte; cuando tan victoriosamente pueden combatirse errores que creo hijos de la alucinacion, ó de las simpatías, mas bien que de la mala fé.

—Habla, habla, digeron todos sus amigos demostrando gran interés.

Verdad es que Felipe tenia un especial talento como narrador y se le escuchaba siempre con gusto.

—Pues bien, hablaré; quiere decir que si al otro le hemos hecho batir en retirada, á éste, que es un buen muchacho, procuraremos convencerlo y traerlo al buen camino.

Nadie mejor que Moja y Bolivar ha hecho la verdadera apologia de aquellos *hombres de orden* y de sus *armonías revolucionarias*.

Pedir la ruina de lo existente, ha dicho, y meditar en su conservacion; atacar las instituciones y espulsar las personas; prometer economías y crear gastos; transigir con las exigencias y negarse á su cumplimiento; marchar con la opinion para oponerse luego á su marcha; coronarse de laureles y coronar con espinas; tomar el timon de la nave y estrellarla contra las rocas.... ¿En esto estriba la honra de la revolucion?

Coadyuvar á que la tiranía se vaya á paso de carga y hacerla volver por tren *express*; dar vivas á las ideas y mueras á los que las sustentan; pedir la abolicion de las injusticias para trabajar por la abolicion de los derechos; escamotear y no dar; burlarse del que pide y ametrallar al que reclama. ¡Esto es horrible!

Todos somos libres, digeron los libertadores, y el amo aherroja al esclavo.

Todos somos iguales, y el fuerte oprime al débil.

Todos marchamos unidos y un abismo separa á los de arriba de los de abajo.

Todos somos hermanos, y Caín mata á Abel.

Dar vida á la libertad para decretar su muerte; enseñar el cielo y empujar hácia el infierno; economizar la sangre espúrea para derramar la noble; contra el derecho de petición silencio; contra las ideas bayonetas; contra la mirada suplicante la despreciativa; contra las lágrimas y los lamentos risas, banquetes y toda clase de excesos.

Tal es el retrato fotografiado de aquel gobierno, que, mas que ningun otro, cometió violencias sin número, atropellos sin cuento, asesinatos y fusilamientos que no pueden olvidarse nunca.

Aquellas violencias, aquellos atropellos, no pueden tener justificación ni perdon; mucho menos en una época y en circunstancias tales que debia presumirse habia llegado para este desdichado pais una era de justicia, de moralidad, de respiro y de bienestar, principalmente para los oprimidos pechos liberales.

Derrocado el trono del último Borbon, alzada la enseña nobilísima de la *España con honra*, ocupando el poder los mismos hombres que habian sufrido toda clase de vejámenes, destierros y persecuciones, era lógico, era de presumir que habrian aprendido en la desgracia lo que pueden esperar los déspotas y los tiranos en un plazo mas ó menos breve, y abstenerse y huir de una senda tan fatal.

Era de calcular que no se derramaria mas sangre.

Debía creerse que, léjos de esto, las antiguas heridas serian cicatrizadas.

Y sin embargo ¡cuánta y cuánta se derramó por aquel

gobierno que, haciendo traición á sus antecedentes, olvidando que todo lo debía al generoso pueblo, desconociendo la alta misión que le estaba encomendada, no sólo rasgó de una plumada el título primero de la Constitución, sino que asestando las bocas de sus cañones al pecho de sus propios hermanos, derramó su sangre, barrió con la metralleta los campos y las calles de ciudades tan importantes como Cádiz y Alicante, Valencia y Andalucía, las cuales dieron el grito de rebelión contra un gobierno tan reaccionario como el anterior, y cuando ya nuestra causa se había perdido en Cataluña, que fué la primera en iniciar el movimiento de acción.

Este, para justificar semejante atentado, tan inicua violación de todos los derechos, tantas atrocidades en fin como presenciábamos, en bien corto espacio de tiempo, buscó pretexto en un delito común, aislado, parcial; el del asesinato del secretario del gobierno civil de Tarragona, cuya responsabilidad quiso arrojar el ministerio Sagasta sobre la frente del partido republicano.

Los diputados que se honraban con este título y que se hallaban por aquel entonces en Madrid, se apresuraron á protestar contra calumnia tan grosera.

El partido republicano, unánime, reprobó en todos sus clubs, en todos sus periódicos, aquel atentado contrario á sus doctrinas, y opuesto á su conducta; crimen aislado que no puede manchar la limpia historia de un partido, el cual, en todo tiempo, predicó la inviolabilidad de la vida humana, é intervino con su autoridad y su prestigio para evitar la efusión de sangre.

En la referida protesta descollaban algunos párrafos, admirablemente escritos y que hacían la verdadera apolo-



gía de aquel gobierno que tan mal correspondió á las esperanzas que de él se concibieron en un principio.

«Desde el día en que el código fundamental se promulgó, decían los diputados, tramóse contra él una conjuración en el gobierno, conjuración que comenzó por aduiterarlo acabando por destruirlo.

»Varios gobernadores, contrariando el espíritu y desconociendo la letra de la Constitución, declararon el código fundamental indiscutible.

»El ministro de la gobernación prohibió los lemas escritos en las banderas y los vivas con que, en todo tiempo, ha espresado el pueblo sus votos y revelado su conciencia.

»Una lucha continua se empeñó, entre el pueblo que se creía amparado en la manifestación pacífica de sus opiniones por la constitución, y el gobierno que legislaba y aun perseguía tales manifestaciones por medio de sus agentes.

»Impone, con audacia sin ejemplo, su autoridad administrativa sobre la nación, su policía sobre los legisladores, su capricho sobre aquellas facultades primordiales superiores á todas las leyes y que, á título de código fundamental de la naturaleza humana, habían pasado á ser, por el voto de la revolución, sancionado en las córtes, fundamento de la sociedad democrática, levantada sobre las ruinas de las instituciones monárquicas que por tanto tiempo oprimieron ó degradaron al pueblo.»

Lo que aquellos dignos representantes no pudieron creer, ni imaginar siquiera, y así lo consignaron en aquella noble protesta, fué que el gobierno llevase su demencia reaccionaria hasta el extremo de imputar al partido republicano el asesinato cometido en Búrgos y fundar sobre tan

calumniosa imputacion la méngua política que atentaba á todos los derechos de aquel.

Levantóse el pueblo en armas contra un gobierno que tan mal correspondia á los deberes que se habia impuesto un año antes.

El pronunciamiento civil de 1869, al grito de la República Democrática Federal, no tiene ejemplo en España, ni en ningun otro pais de Europa.

Grande fué, imponente, imposible al parecer de que pudiera sofocarse, y, sin embargo, el resultado fué la derrota de los republicanos y el triunfo completo del gobierno.

¿Cómo pudo suceder así?

La causa principal estuvo, segun con gran juicio indica nuestro correligionario Altadill, en la obra titulada *La monarquía sin monarca*, en la pugna del espíritu conservador y el espíritu revolucionario, dentro del mismo partido republicano.

¡Fatal division! ¡error funesto cuyas consecuencias se experimentaron muy en breve!

Las pequeñas causas producen á veces grandes efectos; quizá la conducta de un solo hombre fué como el primer eslabon de la cadena de males que sucesivamente ha venido experimentando despues todo el partido republicano.

Permitidme tributar aquí un doloroso recuerdo de cariño á una de las ilustres víctimas sacrificadas en aquella época, que aunque muchas fueron las que aquel ministerio ó sus agentes inmolaron, con inaudita barbarie, no todos alcanzaron el triste privilegio de hacerse notables y alcanzar por su heroismo, con la palma del martirio, una fama imperecedera.

Me refiero á nuestro desgraciado y malogrado amigo,

Froilan Carvajal; aquel infatigable republicano que sacrificó todos los instantes de su vida, desde que tuvo uso de razon, á la defensa de una idea por la cual habia combatido siempre.

No pienso relataros en este momento su historia, sus padecimientos, sus martirios y su desastroso fin, porque seria quitar el interés á cierta página de ciertas memorias que muchos de vosotros habeis de oir despues, como os está prometido.

Felipe, al decir esto, dirigió una mirada de inteligencia á algunos de los que le rodeaban.

Positivamente entre ellos habian muchos que pertenecian á la *lójia* masónica de que él era *hermano*, y comprendieron perfectamente que Felipe hacia alusion á las memorias del difunto don Antonio, cuya lectura estaba aplazada.

Felipe continuó:

—A Carvajal, señores, yo le amaba mas que como amigo, con el fraternal cariño de un hermano.

Verdad es que por su carácter, por su nobleza, por las relevantes prendas que le adornaban, era querido de cuantos le conocian y trataban.

Pero dejando por el momento la cuestion del malogrado Froilan, pues mas tarde tendremos ocasion de ocuparnos de él y volviendo á la de las comparaciones, podrá nadie negarme que no puede haber, que no existe en el mundo un pueblo tan noble y tan sufrido como el nuestro? ¿qué pueblo cambia de repente de instituciones tan tranquila y sosegadamente como nosotros, demostrando al mundo, como dice *El Gil Blas*, nuestra sensatez y cordura?

Criminal es por demás se nos injurie villanamente con

sospechas y con calumnias que el pueblo no ha pensado siquiera intentar.

—A propósito, dijo uno de los jóvenes que en la mesa estaba y que sin embargo de prestar atención al discurso de Felipe, no por esto dejaba de recorrer con la vista las columnas de un periódico ilustrado que tenía en la mano; permítame que te interrumpa porque viene perfectamente con lo que acabas de decir, las breves líneas de este periódico francés, al cual, mejor que á ningun otro puede aplicarse el epíteto de calumniador y de criminal. En él, señores, se nos insulta, se falta á la verdad de una manera indigna.

—A ver, á ver, dijeron todos con vivo interés.

—Lée, pues, añadió Felipe.

El jóven que tenía el periódico en la mano leyó lo que sigue.

«(1) Las noticias que, con la mayor irregularidad, continúan llegando del otro lado del Pirineo, nos pintan con los mas sombríos colores la situación del gobierno de aquel país (España). La anarquía es general, y bandas armadas recorren impunemente y sin que nadie las moleste, todas las provincias, ejerciendo todo género de excesos y atropellos. La insubordinación de las tropas ha llegado á su colmo; los soldados del ejército español se niegan á reconocer, y á obedecer á sus gefes; el efectivo del mismo, en el Norte, ha quedado reducido á casi la mitad y los carlistas van ganando cada dia mas terreno. Para combatir este creciente progreso, al gobierno de la república no se le ha ocurrido otra cosa mejor, que organizar en cuerpos francos cuarenta y cinco mil voluntarios, que no llegarán á reclutar segu-

---

(1) L' Illustration.—Samedi.—8, Mars.—1873.

ramente, pero, aunque así fuera, su presencia sobre el teatro de la insurreccion, no hará otra cosa que entorpecer los movimientos del ejército regular, acabando de desmoralizarlo por completo.

» Impotente para mantener el órden en el pais, el gobierno de la república española vé cada dia amenguarse su autoridad, puesta ya en cuestion, hasta en el seno mismo de la Asamblea nacional, ante la que acaba de proponer la disolucion de la misma.

» En la sesion del dia 4 del corriente, el señor Figueras ha leído un proyecto de ley, convocando á los electores para el primero de Abril, y fijando las elecciones para el primero de Mayo.»

. . . . .

Todos los jóvenes prorrumpieron en un grito de indignacion.

Parecia increíble que tan descaradamente se mintiera y se desfiguraran los hechos por un periódico de cierta importancia y procedente de una nacion amiga que se rige por una forma de gobierno llamado republicano!

Felipe, al ver la exaltacion de sus amigos, se sonrió y procuró calmarlos.

—Qué extraño tiene que allende el Pirineo se juzgue y se escriba en esa forma, cuando entre nosotros mismos, la pasion nos ciega á veces de tal manera, que negamos y disputamos las cosas mas evidentes? Sin ir mas léjos ¿quereis una prueba? pues aquí teneis dos periódicos llegados hoy de Barcelona; edicion de la mañana el uno, edicion de la tarde el otro.

Todos sabeis que el ilustre presidente del Poder Ejecu-

tivo, Sr. Figueras, se halla en Barcelona y que el entusiasmo recibimiento que allí se le ha hecho escede á toda ponderacion.

Pues bien; uno de estos periódicos, que por cierto no debe abrigar grandes simpatías por lo existente, y mucho menos por los hombres que han tenido la abnegacion de sacrificarse, aceptando la pesada carga del gobierno en tan críticas como espinosas circunstancias, dice en uno de sus números: que «*habiendo asistido el presidente del Poder Ejecutivo á la funcion que en el gran teatro del Liceo se dió en su obsequio la noche del tantos... contra lo que era de esperar, la concurrencia fue muy escasa.*»

Otro periódico, volviendo sin duda por los fueros de la verdad y de la justicia, hace ver á su colega la inexactitud cometida, puesto que, aunque así estaba anunciado, las graves y perentorias ocupaciones del Sr. Figueras no le permitieron asistir á la representacion de *I Puritani*, que era la ópera que se ejecutó aquella noche, lo cual no impidió que el teatro estuviese completamente lleno, por un público, que deseaba ver y aproximarse al que, por tantos títulos, es digno de consideracion y aprecio.

Los amigos de Felipe no pudieron menos de prorrumpir en una carcajada.

La leccion del uno al otro periódico no podia ser mas severa ni mas justa.

Positivamente, visto esto, y como esto tantas otras cosas de mayor importancia, nada debe estrañarnos que nuestros vecinos mientan y nos calumnien cuando nosotros mismos procuramos engañarnos y nos mentimos á cada paso.

De pronto, una confusa gritería llegó hasta la sala del café donde se encontraban Felipe y sus amigos.

Las voces provenían de la Carrera de S. Gerónimo.

Felipe y los demás jóvenes abandonaron la mesa para salir á la puerta y enterarse de lo que pasaba.

Eran alegres grupos, en ademán pacífico, con banderas y estandartes de todos colores y con inscripciones mas ó menos acentuadas, que subían de la plaza de las Cortes con dirección á la puerta del Sol.

Los gritos eran de entusiasmo, de alegría.

Todo eran vivas, pero ningún muera.

De pronto, Felipe frunció el ceño y comenzó á mirar con mayor insistencia é interés hácia uno de los grupos, donde sobresalía un individuo que era el que mas gritaba y mas gesticulaba, demostrando un frenético entusiasmo.

Llevaba cogido del brazo á un soldado, que habiendo abandonado el ros, ostentaba en su lugar el gorro frijio.

Ambos gritaban desafortadamente ¡viva la libertad!... ¡viva la república federal!... y todos los demás les hacían coro.

En los momentos en que no gritaban, el paisano hablaba al oído al militar y éste se encojía de hombros como el que está convencido á medias de lo que se le dice, se le aconseja, ó se le exige.

Al pasar el grupo por la esquina de la calle de la Victoria, Felipe, que permanecía en la puerta del café, volvió á mirar con mas detención y ya no pudo dudar.

Conocía perfectamente al mas ardiente patriota del grupo.

Pero no debería merecerle gran confianza su entusiasmo cuando dejando á sus amigos, hasta sin despedirse de ellos, dió un salto y repartiendo codazos y empujones á la apiñada multitud que le obstruía el paso, pugnaba por aproxi-

marse al grupo indicado, el cual, por efecto de aquel especie de oleage de humana carne cada vez se alejaba mas de su alcance.

—Ah! bribon, exclamaba Felipe, apretando los puños, como te llegue á pillar yo te ajustaré las cuentas: vive el cielo que ya le habia olvidado!.... Este infame se propone sin duda de este modo salvar la responsabilidad que pesa sobre él y eludir el castigo que merece, por tantos desmanes y desafueros como ha cometido en el desempeño de su odioso destino... Pero yo le juro que no se reirá de la gracia...

El lector ya habrá conocido que el patriota improvisado, no era otro que el inspector Lopez, el audaz y grosero polizonte que se permitió insultar en su lecho de muerte al anciano don Antonio, y hasta requerir de amorosísima, aflijida y honradísima hija.

El inspector Lopez, que segun luego averiguó Felipe por el mismo Gobernador, que lo era en aquellos momentos un cumplidísimo caballero, incapaz de mandar, ni aun consentir el mas mínimo atropello, habia obrado por cuenta propia, sin órdenes de nadie y únicamente por ver si consentia dobligar la noble altivez, la inmaculada honra de la pobre niña.

El señor Lopez, que desde que vió el pleito mal parado abandonó las oficinas del gobierno y las insignias de su cargo, se hizo furibundo republicano, y se dedicó con decidido empeño á seducir soldados, predicándoles la insubordinacion y la desobediencia.

En esto llevaba su plan.

Y además de llevarlo por cuenta propia, era de presumir que obraba tambien... por cuenta agena.



Era raro que desde aquella mañana se le hubiera visto gastar y triunfar en los andaluces de la calle de Sevilla y en los cafés, con una respetable cantidad de oro en los bolsillos, cuando hasta entonces, su escaso sueldo apenas le habia bastado para sus necesidades mas preciosas y sus vicios que no eran pocos.

Todas estas noticias fueron adquiridas por Felipe de uno de sus dependientes, con el cual tropezó, cuando en persecución de Lopez corria.

A éste no le pudo dar alcance, porque al llegar el grupo frente á la calle de Carretas, el antiguo inspector volvió casualmente la cabeza, por casualidad tambien, su mirada se encontró con la de Felipe y comprendiendo algo de lo que su antiguo jefe intentaba se escabulló entre el gentío sin que aquel pudiese ya dar con él.

En tanto el pueblo gritaba sin cesar ¡viva la libertad!  
¡viva la república federal!

## CAPITULO IV.

### La libertad.

¡Libertad! palabra mágica que conmueve, que seduce, que electriza, que hace fuerte al débil, valiente al cobarde, arrojado al pusilánime; capaz por sí sola de producir las mas nobles, las mas grandes, las mas generosas acciones!

Pero saben todos los que la invocan, los que la proclaman, los que de ella se valen, algunas veces por desgracia con aviesos fines, lo que significa, lo que merece á y lo que obliga?

Positivamente nó.

Escuchad como la define el ilustre Emilio Castelar; esa figura la mas simpática del partido, ese gigante de la elocuencia, ese hombre á quien la naturaleza ha dotado con el envidiable privilegio de encantar, de seducir, de arrebatarse con la palabra hasta á sus propios adversarios políticos.

En medio de este continuo oleaje de ideas, de hechos, de grandes revoluciones y reacciones que agita al siglo XIX, cuya vida parece sobradamente activa, existe un prin-

cipio, una idea que todos invocan, aun sus mas ardientes enemigos: la libertad. (1) Por ella el hombre se siente mayor, y toda la fuerza de su naturaleza moral se revela claramente á su conciencia; por ella se reconoce causa y agente en el Universo, y establece todas las relaciones de su espíritu. El hombre, al decir «siento,» afirma que existe un mundo de hechos á su alrededor; al decir «pienso,» afirma que existe un mundo de ideas sobre su frente; pero al decir «quiero,» solo afirma y solo encuentra su propia existencia.

La sensibilidad, el pensamiento, son facultades de relacion, lazos que unen al hombre con la Naturaleza, con esa patria que tiene en el tiempo y con el Cielo, con esa otra patria que tiene en la eternidad. Pero la libertad, el derecho de causar todas sus obras, todas sus acciones; la libertad, mediante la cual determina su sér á producirse; la libertad es la sustancia de su naturaleza, el alma de su alma. Todas las grandes concepciones del hombre, sin ese principio, serian mentira, sueños, nada; y toda institucion política, social y religiosa, sin ese firme asiento seria una horrible injusticia.

Borrad la libertad en el hombre, y ved si es dable comprender la justicia, el gobierno, la sociedad, la religion, el arte. Si la libertad no existiera; si el hombre fuese esclavo de la Naturaleza ó del destino, ¿en nombre de qué principio le exigiria la religion su responsabilidad moral, y la sociedad su responsabilidad ante la ley? Suprimid ese principio, y se arruinarian los templos, y arruinarian los tribunales, y la ley moral y la ley política serian vergonzosas

(1) Enciclopedia Republicana.

cadena arrastrada por un esclavo. Nada hay, pues, tan verdadero, tan fuera de duda, tan arraigado en nuestra conciencia y en nuestra naturaleza como ese principio de *libertad, que es el brillante norte de toda nuestra vida.*

Por eso, sin duda, las generaciones en sus peregrinaciones por la tierra, han buscado la libertad; por eso la historia está llena de guerras tremendas, las ciencias de aspiraciones generosas, encaminadas todas á buscar esa ley misteriosa de nuestro sér, que se llama libertad. Palabra divina, que conmueve el corazón y cautiva la inteligencia, ha poblado de artistas, de héroes, de mártires la tierra, ha inspirado generosos sacrificios; palabra que centellea en la frente de los poetas, cuando abren las alas de su imaginación; que inunda de luz el alma del filósofo cuando se arropa en contemplar la verdad; palabra que pronunciaban los que morían por la patria en las Termópilas, y los que morían por Dios en los circos romanos, y los que morían por la Humanidad en las grandes primeras guerras de nuestro siglo; palabra que está escrita al frente de nuestros Códigos, en el libro de nuestras Constituciones, que está grabada indeleblemente en nuestra conciencia; palabra por la cual se han sacrificado infinitas generaciones, y que resuena como un eco sin fin, desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia.

Así, no ha dado el hombre un paso en el progreso que no le haya conducido en la libertad, y no ha crecido su libertad sino para acercarse á Dios. Examínese toda la Historia, y se encontrará que, desde el principio de los tiempos, todos los esfuerzos del hombre, todos sus grandes movimientos y todas las revoluciones que han agitado el mundo moral, tan pasmosas como las grandes catástrofes

del mundo físico, han contribuido á exaltar al hombre á su libertad, restaurando en su conciencia la imágen perdida de Dios. Desde el hombre de los primeros tiempos históricos, anegado en la naturaleza, envuelta en el seno del panteísmo materialista, adorando sus propias sensaciones, aplastado bajo la inmensa pesadumbre de las castas que oprimían su voluntad y su conciencia, hasta el hombre de nuestros días, sujeto á la ley, libre en su pensamiento, dueño de sus acciones, interviniendo en la sociedad y en el gobierno, media un abismo que han llenado mares de sangre, infinitas generaciones de mártires. Toda la historia del mundo es la historia de los esfuerzos hechos por el hombre para alcanzar su libertad y realizarla cumplidamente en el espacio.

En la Historia moderna, desciende el cristianismo del cielo á dar al hombre la conciencia de la libertad, y vienen nuevos pueblos, nuevas tribus, nuevos hombres, en quienes se encarnó esa idea. Al lado del castillo feudal, que bosquejaba la primera imágen de la personalidad, nació el municipio, que levantaba generaciones enteras de esclavos al goce de la vida. Y todas cuantas instituciones se crearon por el progreso de los tiempos y por los esfuerzos de los hombres, todas vinieron á aumentar la personalidad humana y á añadir nuevos diamantes á la corona de sus derechos.

Llegaron los tiempos modernos; el mundo se agitó de manera, que muchos creían oír la hora del desquiciamiento universal; y sin embargo, del fondo de aquellas tempestades revolucionarias, que parecían destinadas á sacar la Tierra de su eje, salió el hombre mas fuerte y una sociedad mas libre y mas justa. ¿Quién no admite hoy la igual-

dad civil? ¿Quién no quiere la inviolabilidad del hogar doméstico? ¿Quién no suspira por la libertad política? Hasta los mismos que la denuestran la ejercen, probando con este ejercicio la libertad, como el filósofo antiguo probaba, moviéndose, la necesidad del movimiento.

Pero la verdad es, que la angustia producida por estos tiempos de sacudimientos y de esplosiones no ha concluido todavía. En todos los puntos del horizonte se hallan signos que dicen á los hombres que el cielo está cargado de tormentas, y en todo el espacio hay ruinas que les enseñan que la tierra que pisan está atormentada por el hervor de grandes volcanes. Es nuestra época, una de esas épocas tris-tisimas, angustiosas, en que el hombre y el mundo oscilan entre dos principios; época en que la duda se apodera de las inteligencias y la incertidumbre reina en los corazones. Todos los caracteres de esta época son los grandes caracté-res de una época de transicion. Lo mismo sucedia en el siglo v, cuando el mundo, empujado por las ráfagas de una tempestad desoladora, gigantesca, abandonaba las rientes riberas del paganismo; lo mismo sucedia en el siglo viii, cuando, al calor de un nuevo espíritu, surgia el feudalismo; lo mismo en el siglo xv, cuando el mundo pasaba de la Edad Media á la Edad Moderna, y del caos feudal á las monarquías de derecho divino. El mundo no encontrará su base sino cuando la libertad se encarne en todas las insti-tuciones, se muestre en todas sus fases y se desarrolle ló-gicamente, sin encontrar esos grandes obstáculos que im-piden su natural crecimiento, y que, tarde ó temprano, siendo como son causa permanente de desórden, arrojen la electricidad de nuevas tempestades en los aires.

La sociedad debe siempre estar en armonía con el hom-

bre; y como el hombre es naturalmente libre, la sociedad debe fundamentarse en la libertad. Las leyes de nuestro pensamiento son tan reales, tan verdaderas, como las leyes con que Dios ha enlazado y unido y dado su armonía á toda la Naturaleza, á todos los mundos. Así como al hombre no le es dado trastornar la Naturaleza ni sus eternas leyes, así tampoco le es dado fundar la sociedad, una sociedad durable, una sociedad justa, fuera de las leyes de la humanidad.

Por eso, mientras las naciones no se levanten en la verdadera idea, acorde con la Naturaleza humana, en la idea de su libertad, andan solicitadas por diversos movimientos, trabajadas por continuos dolores, como el cuerpo que ha sido arrancado á su centro de gravedad oscila y tiembla hasta que encaja dentro de la ley de su naturaleza. La libertad, pues, la libertad allegada á tanta costa, esa noción clarísima de nuestros principios, ese instrumento poderoso de nuestro destino, ese cincel que Dios nos ha dado para perfeccionar en nosotros su imagen; la libertad, tan fecunda en grandes bienes, puede resolver en armonías todas las oposiciones históricas que tras tanto tiempo martirizan á la sociedad y al hombre. Porque la verdad es que, cuando todas las necesidades sociales se manifiestan á la clara luz del día; cuando todas las aspiraciones encuentran un cauce por donde correr, lejos de trastornar la sociedad, le darán todo lo que en sí tengan de justas y de verdaderas y de grandes, al paso que la injusticia morirá por sí misma con solo mostrar su dolorosa fecundidad por el mal.

¡Dichosos los pueblos donde el pensamiento es libre, donde la ley es la norma á que todos se sujetan, donde el hogar doméstico está guardado como un santuario, donde

el hombre encuentra todas las esferas de la vida abiertas á su poderosa actividad, donde los derechos fundamentales, esas condiciones precisas de nuestra existencia moral, están garantidas, y son tan firmes como nuestro planeta, y se consideran tan necesarias á la vida como la atmósfera!

El mal mas grave que tiene esta nuestra edad, tan enferma, es á todas luces que, confundiendo todas las nociones, se ha dado en llamar por los partidos medios libertad á lo que es privilegio. Así los pueblos, cuando ven que esa libertad privilegiada solo les dá trastornos por un lado, y desconcierto y opresion por otro, cuando no tienen conciencia de su grandeza, suelen volver los ojos entristecidos á la dictadura ó al despotismo.

Es necesario, pues, que todos contribuyamos á realizar el gran ideal de nuestro siglo. Nuestra sociedad tiende, por leyes propias de su naturaleza, por el poderoso impulso de sus propios movimientos, á estender la libertad sobre todos los hombres, para que sea como ese azul espacio que Dios en su justicia estendió sobre todas las frentes, como el sol que todo lo fecunda y lo ilumina. La libertad, que moraliza á los individuos, tambien moraliza á los pueblos. Por eso nosotros creemos que solo son pueblos dignos de este nombre los pueblos libres.

La libertad, que inspira grandes pensamientos, que fortifica nuestro sér, que tiene tesoros inmensos, esa libertad tan fecunda en el mundo moral como la vida que circulá por la Naturaleza; la libertad, que hace del hombre el rey de todos los séres creados, puede tornar estas ráfagas que agitan y trastornan el mundo, en blandas auras que nos impulsen suavemente á la realizacion del ideal humano en la tierra.



Pero, fuerza es decirlo: la libertad no ha sido comprendida, no ha sido alcanzada, no ya como derecho ó como institucion social, como idea, hasta nuestros tiempos. Véase sino el libro de la historia, y se comprenderá que la libertad ha sido el dogal con que el fuerte, el poderoso, ha oprimido al débil, al humilde. En el oscuro fondo de las primitivas sociedades no habia libertad sino para el sacerdote. El que velaba al pié del altar de los groseros primitivos dioses, ese tenia conciencia, voluntad, razon. Los demás hombres, sometidos á su dominio, eran como las gradas de su trono, como las piedras inertes y frias de su altar. Después, el dominio de la sociedad pasó de los sacerdotes á los guerreros; el que habia forjado una espada, el que habia conseguido mas victorias, el que habia esterminado mas ejércitos, ese era hombre; los demás que le rodeaban eran sus instrumentos de muerte, eran como su lanza, como su escudo, como su caballo. Vinieron otros tiempos, amaneció otro dia en el horizonte, y así como antes lo fueron todo ciertas clases sociales, después lo fué todo el Estado.

Ante esa deidad, que vivia devorando y rumiando á sus hijos, desaparecia la conciencia, la voluntad, la razon del hombre. El Estado envenenaba á Sócrates, abria las venas á Séneca, crucificaba á Jesucristo. El Estado dominaba desde el seno de la conciencia, último refugio de la libertad, hasta el seno del hogar doméstico. Amaneció mas tarde una luz divina en el cielo, una nueva revelacion en el espíritu del hombre. La humanidad supo cuál era su destino religioso, cuál era la justicia divina. Esta justicia tenia por base la libertad del hombre, solo por ser hombre, y la libertad tenia por base la igualdad de todos ante Dios. Mas esta revelacion de la verdad no pasó de la esfera religiosa á la esfera social.

El gran cataclismo del mundo antiguo; el nacimiento de una nueva edad; la muerte de la religion de la naturaleza; la caída de tantos dioses; la ruina de tantas instituciones; la irrupcion general de pueblos bárbaros que cubrieron con sus bandas la tierra á manera de inmensa nube de langostas; el dolor intentísimo que sentia en sus entrañas la humanidad al producir un nuevo elemento social, todo esto trajo consigo la inevitable necesidad del feudalismo. Entonces solo hubo libertad para los señores y esclavitud para los demás hombres. El noble, es decir, el fuerte, el poderoso, levantaba su vivienda, como el águila, allá en el pico de las montañas; la fortalecia contra todo peligro; la poblaba de soldados; la aislaba con fosos, con muros, con rastrillos, y en su interior, apercebidos siempre, caballo y lanza á la pelea, vivia dictando leyes, recogiendo para sí los frutos del trabajo de sus siervos, dominando sobre toda la comarca con poder absoluto é incontrastable, de tal suerte, que en mas estimaba sus ganados que sus vasallos. Allí no habia mas hombre libre que el señor feudal. Es verdad que al lado del castillo se levantaba el municipio; es verdad que el municipio escribia venerandos códigos y forjaba derechos progresivos; es verdad que en esta suerte de pequeñas repúblicas se conservaba el fuego sacro de la libertad; pero esta libertad era particular, prendida á la tierra como las raíces de un árbol, encerrada dentro de los límites de un corto horizonte; libertad que hacia mas dura y mas triste y mas penosa la condicion de los siervos amarrados al pié del castillo feudal. Vino otra nueva edad: los reyes, sobreponiéndose al feudalismo y al municipio, destruyeron y enterraron la Edad Media; con una mano rasgaban los fueros de los señores, con la otra los fueros de

los pueblos; arruinaban los castillos y arruinaban también los ayuntamientos; hacían entrar todos los fueros particulares, todas las libertades fraccionadas, todos los elementos sociales, todos los derechos y todas las tiranías bajo las pesadas ruedas de su poder nivelador, de su poder absoluto, llegando así, socialmente, todos á la deshonrosa igualdad de la servidumbre. El noble fué criado del rey, el plebeyo vasallo del rey. No hubo mas que un hombre libre, el rey.

Mas cambiaron los tiempos. Aquella igualdad en la servidumbre era una gran enseñanza para los hombres, y adivinaron que, así como eran iguales en la esclavitud, podían ser iguales en la libertad. Entonces el espíritu de la revolución traído en alas de la tempestad se apoderó del hombre, y agitándole y enfureciéndole como el espíritu divino á la Pitonisa de Delfos, le inspiró el gran cántico de la libertad, el Evangelio social, la declaración de los derechos del hombre. En la gran Revolución francesa, en aquel brillante Sinaí de las modernas ideas, cuando la tempestad se desencadenaba sobre el mundo, cuando el rayo hería sobre todas las cabezas, cuando iba á caer una lluvia de sangre como nuevo bautismo de la humanidad regenerada, el espíritu humano, hablando por boca de Francia, arrojó en el mundo la santa idea de la igualdad civil, de la igualdad política, de la verdadera libertad.

Mas sucedió con la Revolución francesa lo que antes habia sucedido con el Cristianismo. Como la verdad religiosa no pasó de la esfera divina, como no pasó de la conciencia á la política, del mismo modo la Revolución francesa no pasó de los códigos civiles á los códigos políticos. Bien pronto la clase media, que se habia despertado al estruendo de la revolución, la clase media, que habia sido

la depositaria del poder en la Asamblea constituyente; la clase media, que habia acabado con las últimas sombras del feudalismo; la clase media, que habia uncido á su carro triunfal á los reyes, quiso alzarse con todo el poder, sin dar parte alguna al pueblo que la habia auxiliado en su demanda con sus ideas y con su sangre. La clase media, menos gloriosa que la antigua aristocracia, no fué menos injusta. Olvidó bien pronto que su frente habia estado tadrada con el clavo de la servidumbre; que su hogar doméstico habia sido violado por la tiranía; que sus padres habian regado de sudor y sangre la tierra para alimentar á sus voraces señores; que su cuna era la misma cuna del pueblo, el dolor y la servidumbre; y enriquecida con la desmoralizacion, con los restos de la fortuna del clero y la nobleza, y embriagada en el festin de su victoria, y orgullosa como todos los vencedores, cayó en la injusticia, y no sabiendo á qué precio vender la libertad y el derecho, los vendió vilmente por miserable oro. Sí, el privilegio continuó, la libertad se fraccionó, la libertad se perdió, la libertad no luce aun, nó, en Europa. Todos sois iguales ante la ley; pero yo, que soy gobierno, dijo la clase media, nombraré los tribunales. Todos tienen opcion al derecho; pero solo el rico puede entrar en los comicios, sentarse en las Cámaras. Todos podeis publicar libremente vuestras ideas; pero, á fin de probar la alteza de vuestra inteligencia, es necesario que me mostreis oro, mucho oro. Sin dinero que os rescate de la servidumbre, no podeis ser libres. Todos sois iguales ante el impuesto; pero yo, clase media, que doy los diputados, los ministros, los empleados, los alcaldes; yo, solamente yo, puedo votar y distribuir los impuestos. La libertad, emanacion de Dios, ciencia de la

naturaleza del hombre, alma de su alma; la libertad, por la cual se habian sacrificado tantas generaciones y habian venido á la tierra tantas tempestades; la libertad, que el Criador repartió igualmente entre todos los hombres; la libertad, que habia sido sellada con divina sangre en el altar del Calvario; la libertad fué vilmente vendida de nuevo, vilmente sacrificada, obligándola á llevar la coyunda de la grosera materia bruta, cuando ha descendido pura como el espíritu, inmortal como el hombre, y divina como su origen, de los mismos cielos.

Es necesario, pues, que la libertad sea verdad. Importa poco que el poder esté en manos de uno, ó en manos de muchos, si ese poder es tiránico é injusto. En materia de tiranía estaremos siempre por la mas sencilla, por ser la menos gravosa. Y todo poder que no se funda en la justicia es tiránico; así como toda justicia que no se funda en la igualdad es absurda y desmiente y contradice su propia naturaleza.

Nosotros creemos que las sociedades no estarán organizadas con arreglo al ideal de la verdadera justicia, hasta que no hayan consagrado todas las libertades, y que todas las libertades no pueden existir sino basadas en su idea capital, en su idea madre, en la igualdad. Por eso, no es libertad la que solo consiste en los privilegios de una aristocracia, la que públicamente comercia con el derecho, y lo tasa, aunque sea á vil precio.

Pero nosotros aun creemos mas; conceded el derecho de sufragio universal á todo un pueblo, ceñidle la corona de su soberanía, rodeadlo de todo el poder imaginable y dejad á su libre arbitrio la justicia, el derecho, y habreis constituido una tiranía aun mas temible que la tiranía de los

reyes, y habreis matado la libertad con muerte mas certera y mas dolorosa. Nó; la República no quiere ninguna tiranía, no quiere ningún despotismo, ni el despotismo de los sacerdotes, ni el de los guerreros consagrados en Oriente, ni el despotismo de la sociedad consagrada en Grecia y Roma, ni el despotismo feudal consagrado en la Edad Media, ni mucho menos el despotismo de los reyes consagrado en el Renacimiento, ni mucho menos el despotismo del pueblo, que quieren, con grave daño de la libertad, consagrar ciertas escuelas que se llaman á sí mismas liberales y progresivas.

Nuestra fórmula es sencilla, es lógica: contra el derecho no hay derecho, ni en los monarcas, ni en las Asambleas, ni en los comicios donde se reúne todo un pueblo. ¿Qué me importa que me lo arranque un tirano, ó que me lo arranque un pueblo? Hay algo superior á todo poder, mas alto que toda soberanía, mas fuerte que toda voluntad, mas respetable que toda tradicion; y es la ley de la naturaleza humana, grabada por Dios en mi conciencia con la misma fuerza con que ha grabado la ley de la gravitacion universal en los cuerpos celestes. Mi derecho es mi vida, mi derecho es mi sér; el espíritu lo que el espacio es al cuerpo. Y por eso, en una sociedad justa, todo poder, llámese como se quiera, todo poder habrá de respetar la conciencia, la voluntad, la razon del hombre encarnadas en grandes instituciones, como la prensa, el jurado, el sufragio universal. Y esta es la verdadera libertad; la libertad que no levanta una clase sobre los hombros de otra clase; la libertad que no pregunta al hombre ni por su cuna, ni por su oro, sabiendo que todo hombre es hijo de Dios, y que el asiento incontrastable del derecho es el alma; la libertad justa,

que se manifiesta á todos igualmente; que se estiende sobre todos los hombres como los arreboles del cielo, como la luz del sol.

La libertad es una é invisible: penetra toda el alma, como el aire circunda todo el cuerpo. Si esclavizais una facultad del alma, si oprimís alguna de las manifestaciones de nuestro sér, habeis esclavizado y oprimido todo el hombre. Nada importa que dejeis libre su voluntad si dejais esclava su razon; la voluntad, sin la razon que la guie, se despeñará en los abismos como nave sin brújula ó sin piloto. Pero nada importa que dejeis libre la razon si esclavizais la voluntad, porque la libertad de la razon, sin la libertad de la voluntad, será como un alma sin cuerpo, como una idea sin forma, como un principio sin consecuencias. Y no importa que liberteis la razon y la voluntad si esclavizais la conciencia; cualquiera que sea el altar donde se sacrifique, la libertad se perderá en el vacío como la nube de humo de los holocaustos paganos. Nada importa, en fin, que liberteis del yugo á una de las facultades humanas sino las libertais á todas; porque será lo mismo que si ligais un miembro del cuerpo y lo separais del movimiento de la vida y de la circulacion de la sangre; pronto vendrá á entorpecer la vida de todo el cuerpo.

Cuanto más miramos esta teoría, cuanto más la estudiamos, más verdadero nos parece, como que es la consecuencia social de toda la civilizacion presente. Mirad, si nó, el movimiento de la historia moderna, y vereis como esta misma verdad que nosotros sustentamos en política se reconoce en religion, en filosofia, en ciencias, en artes, en códigos, en toda la gran evolucion del pensamiento humano.

Los pueblos antiguos tenían cada uno su religion privilegiada, su religion particular, su Dios que amaba á su pueblo y aborrecia á los demás pueblos; que ofrecia una recompensa á los sacerdotes y otra á los guerreros; que guardaba un cielo para los libres y otro cielo distinto para los esclavos; religion de privilegio que no murió hasta que Jesucristo vino providencialmente á predicar un solo Dios para toda la humanidad, padre de todos los hombres, justo, igual para el pobre que para el rico; un Dios en cuya presencia no hay gerarquías sociales; un Dios que mira á cada uno segun sus obras y nó segun su cuna; Dios justo, eterno ideal de la civilizacion moderna. Y esta es la democracia religiosa.

Y lo que sucedió primero con la religion, sucedió mas tarde con la ciencia. Las escuelas filosóficas eran una aristocracia científica. Se creia mas venerable el principio mas antiguo. Aristóteles era un tirano que ungió con su óleo todas las conciencias, y solo la razon por él ungiada era una razon verdaderamente filosófica. La palabra del maestro pasaba de generacion en generacion, aumentada, convertida, desfigurada, y la palabra del maestro era la única autoridad de la ciencia. Para saber, lo que menos se necesitaba era pensar; lo que mas se necesitaba era aprender. La tradicion y la autoridad habian absorbido al único instrumento de la ciencia, el raciocinio. Y un dia se levantó un filósofo, y dijo:

«En la razon se encuentra la base de toda la ciencia.»

Y desde que este nuevo Sócrates apareció en la historia, todo ha cambiado de rumbo, y el pensamiento humano ha comprendido mas claramente su inmortal destino. Y esta es la democracia filosófica.



Y lo que sucedió con la filosofía, sucedió con las ciencias naturales, que, cuando un principio es verdadero, llega hasta tocar la raíz misma de la vida. Las hipótesis tradicionales se encadenaban unas con otras de generacion en generacion. Pero otro génio extraordinario, Bacon, dijo:

«Es necesario basar las ciencias físicas en el hombre, en su observacion y en su esperiencia.»

Y desde entonces, las fuerzas del hombre se han centuplicado; su mirada se ha perdido en la inmensidad de los espacios celestes y ha contado los astros; su pensamiento enlaza en armonías unos séres con otros séres; sus fuerzas domeñan todos los elementos; su poder llega hasta aproximar el rayo y esclavizar el vapor y la electricidad.

Y esto mismo, en una palabra, ha sucedido en todas las ciencias, en todas las manifestaciones sociales. La economía política se enlaza con el derecho, y en nombre del derecho pide las libertades económicas. Los códigos civiles se fundan en la igualdad, y por la igualdad esplican y abonan la justicia humana. Lo que es verdad en religion, en filosofía, en ciencias naturales, en la economía política, ¿no ha de ser tambien una gran verdad social?

Contra estas verdades no se oponen nunca objeciones capitales: el temor á la anarquía, el recelo de gravísimos desórdenes, hé aquí todo cuanto se dice en contra de nuestra teoría. Nosotros creemos que la palabra *libertad* y la palabra *orden* son los dos términos de una ecuacion, como la palabra *autoridad* y la palabra *razon*. No hay orden sin libertad, nó libertad sin orden, como no hay autoridad sin razon en que se apoye, ni hay razon que no lleve en sí vir-

tualmente la autoridad. La confusion y el desórden, nacen de la injusticia; de permitir á unos lo que se niega á otros; de basar el derecho en el oro, de establecer privilegios inícuos, de matar la libre actividad del pensamiento, de menospreciar la naturaleza humana, de violar la inviolable conciencia, de perseguir hasta en el cerebro el espíritu, de ahogar todas las voluntades bajo la voluntad de un tirano, de consentir que pesen aun sobre los hombres los últimos eslabones de la dura cadena que han roto á tanta costa, despues de tantos y de tan largos martirios; confusion y desórden que no cesará hasta que no se consagre la verdadera libertad, la única que es posible, la libertad que ordena y concierta todas las voluntades y devuelve al hombre toda la integridad de su sér.

Si esta libertad hemos sostenido siempre, hoy como ayer, esta sostendremos mañana como hoy. Nuestra política se apoya en algo mas respetable que la tradicion y la rutina y el interés estrecho de partido, en la naturaleza del hombre. Queremos levantar al oprimido, pero no convertirlo en opresor; queremos destruir el privilegio; y nó que el privilegio venga á nuestras manos; queremos justicia para los mismos que han sido injustos, para los mismos que nos tiranizan; queremos ser verdaderamente hermanos de los que han remachado nuestros hierros. La venganza no es propia de corazones generosos. El terror y la muerte todo lo agostan, todo lo aniquilan, los abrojos y las flores. Pedimos la abolicion de toda la tiranía, de toda inmoralidad política, porque no queremos ni que los mismos esclavizadores sean esclavos; pedimos la muerte de todo privilegio, porque no queremos que los privilegiados sepan cuán duro y amargo es sufrir las injusticias de los privile-

gios; queremos que caigan los cadalsos, que se acabe la guerra del hombre con el hombre, que las revoluciones se realicen allá en las esferas de la ley sin conocer la sociedad, que los pueblos se unan, que todas las inteligencias abran sus alas á la luz del día; y porque deseamos todo esto, defendemos la verdadera libertad, que es la República».

## CAPITULO V.

Dos palabras sobre los acontecimientos de Barcelona.

Nadie ignora los acontecimientos de Barcelona en los dias 21 y 22 de febrero próximo pasado; pero no todos conocen la exacta verdad y cada cual les ha dado á su antojo el carácter que mejor le ha parecido.

Lo cierto, lo exacto, lo verídico, es lo que vamos á dejar consignado aquí para ilustrar convenientemente la opinion, que sufre á veces lamentables extravíos.

Susurrábase en los círculos políticos de Barcelona desde algunos dias antes, que se estaba aguardando una conspiracion militar en favor de determinada idea política; y tales rumores tornaron mas pronto á reproducirse en la noche del 20, cuando, al mismo tiempo que llegaban á Barcelona algunas columnas de operaciones, recibian órden de salir de la misma capital los batallones de cazadores de la Habana y Cuba, los cuales estaban considerados como muy adictos á la causa republicana.

Circuladas estas noticias instantáneamente y sabiendo-

se ya que el general Gaminde, capitán general del Principado, había huido, embarcándose para Marsella, después de resignar el mando en el general Andía, segundo cabo del distrito, constituyóse la Diputación provincial en sesión permanente y una comisión de la misma se dirigió á la morada del citado general Andía, para suplicarle que diera explicaciones satisfactorias acerca de la inesperada concentración de tropas que se había verificado últimamente y cuya concentración había alarmado al pueblo de Barcelona.

Eran las primeras horas de la madrugada del 21, y se divulgó que los batallones de la Habana y Cuba se negaban á marchar en socorro de Tordera, punto donde se hallaban encerradas tres ó cuatro compañías del ejército, sitiadas por el jefe carlista Saballs.

Entonces fué cuando un señor diputado provincial, el señor Viñets, se presentó en el cuartel acompañado de algunos republicanos y conferenció con el coronel del cuerpo.

Los soldados, que estaban muy animosos, rompieron en demostraciones de entusiasmo apenas se enteraron de que los paisanos que habían entrado eran una comisión de la Diputación provincial, y el coronel y la oficialidad no tuvieron el más mínimo reparo en manifestar que se hallaban resueltos á sostener á todo trance la república, como el gobierno que legalmente se había dado á España.

Un numeroso pueblo se agolpaba en las avenidas de los cuarteles y al salir el batallón con charanga y bandera desplegada, á los gritos de «viva la república federal» paisanos y soldados se abrazaban, tirando los primeros los gorros y roses al aire y colocándoles los paisanos gorros fríos y barratinas encarnadas.

Así siguieron por la esplanada, calle de Cádiz, plaza del Angel y calle de Jaime I hasta la plaza de la Constitucion, dando los soldados, cabos, sargentos y oficiales, continuos é incesantes vivas á la república.

Al llegar á la citada plaza, se formó todo el regimiento y, desde los balcones de la Diputacion, se arengó á la tropa, que con sus aclamaciones á la república federal y al pueblo, ahogaban la voz de los oradores.

El pueblo, que estaba allí imponente victoreaba al ejército republicano.

Las tropas entraron con las culatas al aire y se posesionaron de la plaza hasta la llegada de la artillería de montaña que subia por la calle de Jaime I.

Los gritos y aclamaciones á la república de los soldados del regimiento de la Habana, dieron á conocer á la artillería que las fuerzas que tenian delante eran amigas y deseaban lo mismo que los artilleros, así pues, al entrar en la plaza fraternizaron y se abrazaron unos á otros.

A las diez y media de la mañana, varios diputados provinciales y algunos conocidos republicanos se dirigieron á sacar las tropas acuarteladas en Atarazanas y Santa Madrona, y enseguida el diputado señor Carreras, se embarcó en la puerta de la Paz, para encaminarse á la Barceloneta, donde estaban acuartelados los regimientos de Tenuan y Navarra y el batallon cazadores de Arapiles.

La adhesion allí fué mas difícil, porque los coroneles de los cuerpos se escusaban terminantemente, abroquelándose en la ordenanza, y pidiendo una órden del general, pero despues de haberles participado el señor Carreras, que el general Andía habia desaparecido de la plaza, y viéndolo ellos confirmado por mensajeros que al efecto enviaron, se

pusieron á las órdenes de la Diputacion, y á las dos de la tarde los soldados recibieron la órden de partir.

Apenas se tocó llamada estos prorumpieron en grandes demostraciones de alegría, victoreando la república federal, la Diputacion y el ejército.

Entre tanto los señores diputados Lairer y Abella, se embarcaron para que la escuadra se adhiriese, y recibidos con el mayor entusiasmo en la *Villa de Madrid*, lo lograron plenamente.

Mientras ocurrían estos gravísimos sucesos, la Diputacion habia asumido el mando militar superior de Barcelona, y habia nombrado capitán general interino al coronel mas antiguo de las fuerzas, que lo era el del regimiento de caballería de Almansa, don Félix Remigio Iriarte, y segundo cabo, tambien interino, al coronel del regimiento de infantería de Cádiz, don Mauricio de Lera y Mendia, quienes se hicieron cargo del mando.

Preparadas ya las tropas como hemos indicado, á las doce se presentó en la plaza el regimiento de Cádiz, batallón de Tarifa y sucesivamente, el regimiento de San Fernando, que fué recibido con entusiastas vítores. Saludó el coronel á la bandera republicana y apeándose, subió á las Casas Consistoriales, desde cuyos balcones arengó al pueblo y al ejército, y victoreó á la república. Despues fueron entrando en la plaza fuerzas de artillería rodada, conduciendo dos baterías de cañones Krupp; una seccion de guardias civiles, sin armas, tres baterías de artillería de montaña, una compañía de la de plaza, tres ó cuatro escuadrones de caballería, el batallón de francos de Cataluña, cuatro compañías de carabineros, otros tres ó cuatro regimientos de línea y otros tantos batallones de cazadores.

Al presentarse las fuerzas en la plaza echaban las culatas al aire, los gefes vitoreaban á la república entre los aplausos de los paisanos y los gritos de la tropa, que, con un entusiasmo indescriptible, se entregaba á los mas expansivos trasportes. El pueblo abrazaba á los soldados, se encaramaba en las baterías, levantaba en brazos á los gefes, y de todas suertes manifestaba el entusiasmo que sentia. A eso de las tres el aspecto que presentaba la plaza de la Constitucion era imponente.

La artillería habia montado los cañones junto á la entrada de la calle de la Libretería: la de Jaime I estaba ocupada por un batallon de cazadores; la de la Ciudad por la caballería; la de San Honorato por los Francos de Cataluña; en el centro de la plaza los cañones Krupp, y en los cuatro lados de la misma los regimientos de línea, cazadores, carabineros y artillería de plaza. Entre los nombres de estos cuerpos recordamos los de la Habana, San Fernando, Cádiz, Arapiles, Madrid, Tarifa, Cuba, Francos de Cataluña, Alcántara y Tetuan.

Desde los balcones de las Casas Consistoriales varios ciudadanos, diputados provinciales, gefes y soldados dirigieron la palabra al inmenso gentío apiñado en la plaza, que acogia calurosamente los vivas y apóstrofes. A eso de las tres y cuarto las cornetas hicieron la señal de marcha, y las distintas fuerzas desfilaron, abriéndose con dificultad paso entre las oleadas de la multitud. Dirigiéronse á la esplanada, formaron allí en batalla, apoyando el frente en el Jardin del General; presentóse el coronel señor Iriarte, nombrado capitan general interino, y desfilaron otra vez por la calle de Cádiz y plaza de la Constitucion, para retirarse á los cuarteles.



Más tarde, esto es, el 9 de Marzo, prodújose un nuevo conflicto que pudo tener muy serias y graves proporciones, efecto de las noticias y de los rumores que circulaban y que á todo el mundo tenían en viva zozobra y ansiedad.

La piedra de toque, la causa principal, era la noticia de que tal vez no se tomaria en consideracion por la Asamblea, ni mucho menos se aceptaria el voto particular del señor Primo de Rivera para que ésta se disolviese, combocándose en un término preciso y perentorio las nuevas Cortes Constituyentss. Voto que el gobierno apoyaba y sobre cuya aceptacion, ó nó, habia hecho cuestion de gabinete.

Como quiera que estos acontecimientos son de importancia suma, vamos á trasladar aquí la relacion de los mismos, segun las diferentes versiones de dos de los periódicos más autorizados que en la localidad se publican, declinando sobre los mismos la responsabilidad de su exactitud, sin embargo de que, por nuestra parte, les concedemos entero crédito.

*La Independencia*, en su edicion de la mañana del dia 10, se expresa en los siguientes términos:

«Las dudas que algunos de nuestros correligionarios manifestaban abrigar sobre la votacion verificada anteanoche en la Asamblea nacional, fué causa de la agitacion que cundió en nuestras filas desde las primeras horas de la madrugada de ayer. Creciendo la misma, gracias á los por demás parciales comentarios que hacian algunos ciudadanos del voto particular del Sr. Primo de Rivera, aceptado por el gobierno, y de cuyo voto todos sabíamos, por lo que nos habia comunicado el telégrafo, que era en un todo idéntico al proyecto presentado por el ministerio, menos en la parte referente á la convocacion de los comicios para la

eleccion de Constituyentes, que el voto particular retardaba de un mes, decimos, que creciendo la agitacion merced á estos errores y apasionados comentarios, llegó á su paroxismo entre once y doce de la mañana, cuando, en verdad, la situacion presentaba síntomas alarmantes. Sin embargo, la sensatez de nuestro pueblo, que nunca se pondrá ponderar lo bastante, triunfó de las escitaciones mas ó menos intencionadas de algunos pocos, y los telégramas tranquilizadores que por varios conductos se recibieron de Madrid, acabaron de restablecer la calma.

»Durante todo el dia circularon en la ciudad las mas insistentes noticias, de las cuales no nos haremos eco por ser todas ellas inexactas. Esto no obstante, debemos ocuparnos de la especie que cundió á las primeras horas de la tarde, y que por las particularidades de que se hallaba revestida tomó algunas proporciones.

»Decíase que sobre la una y media, desde los balcones de la Diputacion provincial, se habia proclamado Cataluña independiente, por algunos individuos de la corporacion provincial. Este rumor, sin embargo, estaba desprovisto de fundamento.

»Lo que sucedió fué que al llegar la manifestacion obrera que tuvo lugar ayer, á la plaza de la Ciudad, y en la cual figuraban delegados de varias importantes poblaciones de la provincia y de los centros de esta capital, subió una comision á la Diputacion, y en nombre de los manifestantes y de las asociaciones obreras á quienes representaban, pidió á dicha corporacion que proclamara la autonomia de Cataluña. En nombre de la Diputacion provincial y autorizado para ello, el diputado ciudadano Lostau dijo que les animaban los mismos deseos, y los trabajos que se

estaban practicando tendian todos á asegurar el pacífico advenimiento de la república democrática federal, única forma de gobierno que garantiza las libertades y por consiguiente las reformas sociales que la clase obrera anhelaba; pero que debiendo llegar de un momento á otro el presidente del Poder Ejecutivo, ciudadano Figueras, les suplicaba que reservaran para mas adelante la resolucion de la peticion. Añadió, que si pedia el aplazamiento, era obligado por las graves y difíciles circunstancias por que atravesaba la provincia, pero que sin embargo de ellas, la Diputacion provincial habia acordado: 1.º La disolucion inmediata del ejército que actualmente se encuentra en esta provincia; y 2.º La conversion, tambien inmediata, del mismo en ejército de voluntarios. Terminó dando vivas á la república federal, al ejército libre y á la union del pueblo.

»Usó luego de la palabra el diputado ciudadano Roig y Minguet para manifestar, que, dado por la Diputacion el decreto de disolucion, deben unirse todos los buenos republicanos para ir á combatir á los carlistas que asolan nuestras hermosas campiñas y deshonoran la España liberal, tremolando su estandarte desprestigiado en todas las naciones cultas del mundo. Añadió que no eran estos únicamente los enemigos que tiene la república; que habia otros partidos que mas hipócrita y embozadamente trabajaban para su destruccion, y estos estaban entre nosotros y con nosotros se confundian, y que era indispensable conocerlos y rechazarlos para lograr que se coloquen frente á frente y poderlos combatir con energía. Terminó dando un viva al ejército libre y otro á la igualdad.

»Seguidamente el ciudadano Brugolat en nombre de los manifestantes dijo que se felicitaba y se alegraba de la

resolución de la Diputación provincial, recomendando á los obreros el mayor orden y perseverancia y escitando á esta corporación á que siguiera por la senda revolucionaria, en la seguridad de que ha de encontrar en los obreros un firme apoyo para sostener el orden y para alentarla en la difícil empresa que seguía. Al acabar dió un viva á la revolución y otro á la república democrática federal con sus naturales consecuencias. La manifestación se disolvió luego en medio del mayor orden.

»Tal es en suma lo que dió pie ayer á los rumores que, con tanta insistencia, cundieron. Las precauciones militares que se tomaron por la mañana, colocando en varios edificios algunas fuerzas ciudadanas, no tuvieron mas objeto que evitar la consecuencia de la alarma que á causa de los sucesos de Madrid reinaba en esta.

»Los partes telegráficos que publicamos ayer dando cuenta del resultado de la votación, han devuelto la calma y la confianza á los ánimos tan sobrecitados hasta ahora. De esperar es que los que publicamos hoy y la llegada del presidente del Poder Ejecutivo, contribuirán á la calma completa en nuestra capital.»

Por su parte el periódico *La Imprenta*, en su edición de la tarde se espresaba en los siguientes términos:

«Ayer tuvieron lugar en Barcelona importantes acontecimientos. El día anterior la Diputación provincial de acuerdo con las delegaciones de las Diputaciones de las otras tres provincias catalanas había resuelto, si la Asamblea no acordaba disolverse, proclamar la República federal y constituir el Estado de Cataluña. Decíase que las Diputaciones de las Baleares, Valencia y Zaragoza estaban dispuestas á hacer lo mismo si Barcelona daba el ejemplo.

Para llevar á cabo este acuerdo, la Diputacion debia desaparecer cediendo su lugar á un directorio compuesto de dos diputados provinciales y un representante de cada una de las tres grandes agrupaciones del partido federal de esta ciudad. Así las cosas, se supo que en Madrid los radicales se proponian derribar al gobierno y solo se esperaba que les condujesen á mejor acuerdo los telégramas que las Diputaciones antes citadas habian dirigido al Presidente de la Asamblea, señor Martos, en los que le manifestaban en términos precisos que si era derrotado el gobierno, proclamarian la República federal en sus respectivas provincias ya que los radicales habian roto el pacto formado al proclamarse la República. Empero, se sabia que el señor Martos se habia reservado estos telégramas.

»En el ínterin, se iban tomando disposiciones y se formulaba el programa de lo que debia hacerse. El impulso estaba ya dado y eran muchos los que deseaban que se hiciese la proclamacion en el acto, ya que para esto bastaban tres ó cuatro músicas y una proclama. Sin embargo, en el seno de la Diputacion se hacian esfuerzos para que ésta, modificando su acuerdo, se encargase de la direccion del movimiento.

»En tal estado y agitados los ánimos, citado el meeting de la clase obrera, avisadas las fuerzas ciudadanas y agitados los cuarteles, se recibió el telégrama que decia haber sido tomado en consideracion el voto particular del señor Primo de Rivera. Aunque este hecho no resolvía la cuestion, una de las agrupaciones republicanas se dió por satisfecha y acto continuo se declaró en actitud hostil contra los que querian que el primitivo plan se llevase á cabo.

»La situacion se fué poniendo tirante por momentos,

empezó á dominar la pasion y amenazaba un sério cónflicto. Sabíase que habia elementos poderosos que seguirian el impulso que habian recibido y se temia, que, abandonados á sí mismos, fueran mas allá del punto á donde querian llegar. Algunas personas de las que habian sido designadas para formar el directorio, apoyadas por algunos amigos, republicanos federales antiguos y probados, creyeron que solo poniéndose al frente del movimiento podrian encauzarle.

»Mucho debió trabajarse durante las pocas horas que quedaban de la noche. Debieron darse noticias detalladas al gobierno, citándole nombres propios, pues al amanecer empezaron á recibir, las personas indicadas para ponerse al frente del movimiento, telégramas de los señores Figueras, Pi y Tutau, apelando á su patriotismo para que contuvieran lo que se proyectaba.

»Poco despues de amanecer se tomaron algunas precauciones; fuerzas de guardia civil y voluntarios de la República se situaron en el Banco; un piquete de fuerza ciudadana ocupó las oficinas del telégrafo, y los batallones de milicia se fueron reuniendo. Recibióse un telégrama del señor Figueras preguntando si seria conveniente su venida á Barcelona.

»A las nueve de la mañana parecia inminente la proclamacion de la República, y el salon de San Jorge parecia un campo de Agramante. Por último, tratóse de avenencia; en los primeros momentos fué imposible entenderse, pero poco á poco se estrecharon un tanto las distancias, hasta que por último se convino que no se proclamaria la República federal, ni se destituiria el Ayuntamiento, pero sí que licenciaria el ejército.

»Reunióse la Diputacion que sancionó esta transaccion y promulgó el decreto de licenciamiento del ejército, que se hizo público ante la manifestacion que habia llegado á la plaza de San Jaime, y en los cuarteles. Finalmente se anunció que el señor Figueras estaba en camino para esta.

»Tal fué el desenlace de una situacion que pronosticaba importantes acontecimientos. Sus consecuencias no pueden precisarse por ahora, pero las proclamas que han aparecido hoy en las esquinas pueden servir de indicios para conjeturarlas.»

Por su parte las diputaciones de Gerona, Lérida, Tarragona y Baleares, protestaron contra el acuerdo de la Diputacion de Barcelona en lo que hacia relacion al licenciamiento del ejército, por juzgarlo inconveniente en momentos tan graves y cuando el enemigo comun, ó sean las facciones carlistas, invadian el territorio, asediaban á los pueblos, é iban tomando proporciones tales que mas que nunca necesitaban de una activa persecucion, se habia de conseguir su esterminio.

La armada y el ejército, digno siempre, noble cuanto valeroso y patriota, no quiso aceptar tampoco la licencia ofrecida, por lo menos en tanto que hubiera facciosos á quienes combatir y elementos perturbadores dentro de la ciudad, dispuestos siempre á alterar el órden y hacernos perder las conquistas adquiridas.

Así lo consignaron, para que llegara á noticia del público, en una especie de manifiesto tan lacónico como bien escrito y mejor sentido, que se fijó en todas las esquinas de Barcelona en la tarde del dia diez.

Entretanto, vencidos ya los elementos de discordia que hasta entonces se habian agitado, restablecida la calma,

por efecto de los partes telegráficos recibidos, si bien con harto sentimiento de los que á otra cosa aspiraban y se proponian llevar á cabo, ya no se pensó mas que en el recibimiento que debia hacerse al Presidente del Poder Ejecutivo, que, segun noticias, debia llegar de un momento á otro.

Este no pudo verificarlo tan pronto como era de esperar por las interrupciones que sufrió en el camino, viéndose obligado á detenerse en diferentes poblaciones del tránsito, pero llegó por fin el dia doce, y se le hizo un recibimiento tan entusiasta como espontáneo.

Seria demasiado prolijo si hubiéramos de consignar aquí, detalladamente, todas las atenciones, todos los cariños de que fué objeto.

Su sola presencia bastó para que todos los ánimos se tranquilizaran, hasta los de las personas mas pusilánimes.

El, concilió á los que se habian desunido, poniendo en grave peligro los mas sagrados intereses.

El, hizo comprender su deber á los que de buena ó de mala fé se habian separado del buen camino.

El, restableció la disciplina en las filas.

Con su esquisita bondad y esa fuerza de conviccion que acompaña siempre á su autorizada palabra, resolvió las cuestiones mas difíciles é importantes. Cuantas comisiones se presentaron á cumplimentarle salieron encantadas de su amabilidad y cortesía.

Y no hay que decir que aquellas fueran escasas, pues, entre otras, recordamos que se apresuraron á rendir este natural homenaje de respeto y consideracion á tan ilustre patricio, la oficialidad en masa de los buques de guerra surtos en el puerto, la Junta del Banco de Barcelona, la de



Agricultura Industria y Comercio; la del Colegio de Abogados; la de la Sociedad Catalana; la del ferro-carril de Martorell; Círculo Ultramarino; España Industrial; Ayuntamientos de los pueblos; Cónsules de Suiza y la República Argentina; Vicario general Castrense; oficialidad del Batallón de Veteranos y de los Voluntarios de la República y hasta una Comision de Obreros de la Internacional de Gracia.

Sin embargo de que su salud se hallaba un tanto quebrantada y de las graves y urgentísimas ocupaciones que le asediaban, á fuerza de buen deseo, de energía y aun robando las horas al preciso descanso, el Presidente del Poder Ejecutivo dedicó las primeras horas de dos ó tres mañanas para visitar los establecimientos de Beneficencia, con objeto de enterarse de sus necesidades y acudir á ellas en la forma mas conveniente. La cárcel pública, el Hospital de beneficencia provincial, la Casa de Caridad y de Maternidad, la de Correccion, Misericordia y Hospital general fueron inspeccionadas minuciosamente por el señor Figueras.

Por cierto que merece relatarse un episodio tiernísimo ocurrido en una de estas visitas.

En la Casa de Caridad le fueron presentados dos niños de corta edad, que trabajaban en la imprenta de aquel establecimiento, los cuales le entregaron una solicitud de indulto á favor de su pobre madre, que se hallaba en Alcalá de Henares estinguendo la condena que le habia sido impuesta en virtud de los acontecimientos de Sans.

Escusado creemos decir que muy en breve aquella madre infeliz, volviendo al seno de la familia, podrá, gracias al señor Figueras, estrechar contra su corazon á los hijos de sus entrañas.

Y puesto que de indultos hablamos, debemos tambien hacer mencion del que fué concedido por el mismo ilustre Presidente del Poder Ejecutivo, al cabecilla *Mariano de la Coloma*, que se hallaba en Monjuich estinguendo la condena á que habia sido sentenciado, consiguiendo del citado cabecilla la formal promesa de renunciar para siempre y no volver á mezclarse en los asuntos carlistas.

Siempre atento á todo y previsor como nadie, convocó á una reunion de gran importancia á los comerciantes y banqueros mas acaudalados de Barcelona. Correspondiendo á ella asistieron casi todos los invitados, contándose entre los mismos, los señores don José Amell, don Juan Jover y Serra, don Manuel y don Ignacio Girona, don José A. Muntadas, don Nonito Plandolit, don Antonio Brusi, don José Ribas de Clascar, don José M. Serra, don José Canela, los señores Vidal y Cuadras, don Miguel Boada, don Antonio Lopez y Lopez, don Mariano Carsi, los señores Bacardí, Batlló, Ferrer y Vidal, Freixa y Mercader.

La conferencia duró mas de dos horas.

En ella el señor Figueras empezó por manifestar que les habia convocado para esponerles la situacion del Gobierno. Que la guerra civil ocasionaba cuantiosos gastos, que habia que atender á la movilizacion de algunos millares de voluntarios, y que el gobierno apelaba á su patriotismo para arbitrar recursos y mejorar la situacion económica del Tesoro. Todos los presentes estuvieron conformes en prestar el necesario apoyo al gobierno, para que fuese mas desembarazada su marcha, en especial, la Junta del Banco de Barcelona, que ofreció incontinenti y con un patriotismo que la honra, cuantiosas sumas. El acuerdo final fué nombrar una comision, que entendiese en llevar á cabo el

proyecto de facilitar recursos al gobierno. El señor Figueras quedó muy satisfecho del resultado de la conferencia, y los señores invitados muy complacidos del espíritu que anima al señor Presidente del Poder Ejecutivo.

Al regresar á la Córte ha debido llevar el señor Figueras, gratísimos recuerdos de la ciudad Condal, donde ha sido constantemente objeto de las demostraciones mas vivas de simpatía y de cariño, y sobre todo una gran satisfaccion en su alma, por haber dejado completamente restablecida la tranquilidad y el orden en la capital del Principado.

Grandes han sido los obstáculos que ha tenido que vencer; ímproba y difícilísima la mision de que se habia encargado; llena de abrojos y de punzantes espinas la senda que debia recorrer y, sin embargo, con su colosal talento, con las bellísimas condiciones de su carácter, con el prestigio de su valía y con su espíritu conciliador, con la autoridad de su palabra, lo ha vencido todo, lo ha allanado todo, y, como César, puede lisongearse y decir *Vini Vidi Vinci*.

---

## CAPITULO VI.

---

Triunvirato de pícaros.

Nuestros lectores no deben haber olvidado, aunque no hayan tenido mucho tiempo para conocerle, á un personaje que en las dos escelas en que ha jugado, apenas si hemos hecho otra cosa que delinearle.

Sin embargo, es un tipo digno de estudio.

Tomasito Lopez comisario de policia durante la situacion Amadeista, por cierta clase de servicios prestados anteriormente... á no sabemos quién, era lo que se llama un pícaro redomado.

Y como en la sociedad en que vivimos, por mas que sea una desgracia y una vergüenza el tener que confesarlo, los pícaros tienen mas suerte que los hombres de bien, parecia que el tal Tomasito habia nacido de pié ó caido en gracia.

Era hijo de honradísimos padres, pero como hasta en los troncos mas sanos suelen brotar ramas viciadas, Tomasito fué una de estas.

Cuando chicuelo, en vez de ir á la escuela, allá en su

pueblo, los mas de los días hacia lo que suelen llamarse *novillos*, y en compañía de otros muchachos se dedicaban á coger nidos y á robar frutas en los huertos de los vecinos.

Es verdad que estas correrías solian costarle muy buenas palizas que le arrimaba su padre, cuando se enteraba, amen de no pocos pellizcos que por via de introduccion le aplicaba su madre.

Pero poco á poco, porque á todo llega uno á acostumbrarse en este mundo, se fué nuestro muchacho haciendo á los golpes y lo mismo se le daba á él recibir una paliza que comerse un merengue.

De este modo fué Tomasito, poco á poco, perdiendo la vergüenza.

En la escuela le castigaba el maestro por su desaplicacion y su padre en casa por sus malos instintos y su holgazanería.

Viendo la ineficacia en la correccion, (el buen padre, que se habia propuesto hacer de su hijo un sabio) y que este continuaba tan zopenco como cuando empezó á estudiar, hizo, á fuerza de latigazos con el tirapié, que aprendiera el mismo oficio que él tenia.

El padre de Tomasito era zapatero.

El buen viejo sabia, como vulgarmente se dice, donde le apretaba el zapatero, pero se encontró con la horma de su idem, al tratar de enseñar á su hijo.

En vano blandia el tirapié y lo dejaba caer silvando sobre las espaldas del mancebo.

Este no llegó á saber otra cosa, durante su vida de aprendiz, que á machacar la suela.

En cambio sabia otras muchas, que su padre habia ignorado siempre.

Mostraba felicísimas disposiciones para apoderarse de los objetos de sus compañeros; sus inclinaciones eran tan perversas que gozaba en pelar las gallinas vivas, ó en atormentar con inaudita crueldad á todo perro ó gato que le venia á la mano; tenia un descaro á toda prueba para negar lo mismo que se estaba viendo; mentia con un aplomo inaudito, era hipócrita y solapado, y en resúmen, demostraba perfectamente desde su primera edad lo que podria llegar á ser.

Su pobre padre le amenazaba constantemente con que habia de conseguir el corregirle ó poco habia de poder.

Desgraciadamente sucedió esto último.

Pudo mas que él un maldito ataque cerebral que se lo llevó al otro mundo en cuatro dias, sin haber podido corregir á aquel pilluelo.

El muchacho derramó unas cuantas lágrimas, tan falsas como en él lo era todo, y despues se marchó á jugar á las naipes con los cuartos que habia encontrado en la chaqueta del difunto.

Esto demostraba ya una de las nuevas habilidades que Tomasito iba adquiriendo.

Jugaba, pero todo lo que tenia de torpe para aprender en la escuela y en el modesto taller de su padre, túvolo de diestro para cierta clase de juegos.

Tomasito ganaba siempre.

Cierto es que algunas veces solian decirle que hacia trampas, pero el pillete, que tenia unos puños como un hércules, y la fuerza de un toro, de tal manera ensangrentaba las narices de los desvergonzados maldicientes, que les obligaba á confesar en voz muy alta que se habian equivocado.

Pero es verdad tambien que despues y en voz muy bajita iban diciendo por todas partes que Tomás era un estafador y un fullero, que despues de robarles los cuartos les solfeaba de lo lindo; pero todo esto lo hablaban de manera que el hijo del zapatero no llegase á oirlo.

La viuda no tardó mucho en seguir á su marido.

El dolor que la causó la muerte de éste y los disgustos que su hijo la proporcionaba á cada paso, de tal modo acibararon su existencia que la pobre mujer no encontró otra cosa mejor que dejarse morir lo mas pronto posible, para no padecer tanto.

Héte aquí á Tomasito dueño de sus acciones á los diez y seis años, y, aindamais, con unas cuantas monedas de cien reales ahorradas á costa de muchos afanes por el pobre zapatero y su mujer; propietario igualmente de la casa que vivía y de un majuelo y una viña á poca distancia del lugar.

Personas caritativas y oficiosas trataron de aconsejarle lo que mejor podia hacer para conservar aquello que sus padres, á costa de tantos sacrificios y privaciones, le habian dejado.

Pero ¿qué falta le hacian á Tomasito consejos cuando él se creía el mas sábio de todos sus convecinos?

Decíanle que debia permanecer en el pueblo, acabarse de perfeccionar en el oficio de su padre y de este modo mantener la parroquia que aquel dejó.

¡Vaya una sarta de sandeces!

Tomasito no queria seguir un oficio, aspiraba á una carrera; no le convenia residir en el pueblo sino que se proponia brillar en la córte.

En su consecuencia, recogió bonitamente todo el dinero

que habia heredado de sus padres, encomendó el cuidado de la casa y de las tierras al señor cura y cabalgando sobre uno de los pollinos del arriero, que iba semanalmente á Madrid, encaminóse á la coronada villa del Oso y del Madroño.

Prudentes eran los consejos que le habian dado las gentes del pueblo, pero ¿qué necesidad tenia de ellos Tomasito cuando era la nata y flor de los mozos espavilados?

Y prueba de lo listo que era, que aun no habian transcurrido ocho dias de su llegada á la córte y ya los relucientes escudos, ahorrados por los que le dieron el sér, habian ido á parar á los bolsillos de las honradas gentes que se entretienen la mayor parte del dia jugando á las *chapas*, al *cané* y á la *carteta*, en las afueras de la puerta de Toledo y en otros lugares no menos importantes y conocidos.

Tomasito habia querido averiguar si los jugadores de Madrid eran tan sándios como los de su pueblo, y se encontró con que él estaba todavía en mantillas para poderse comparar con aquellos truhanes.

Entonces dió comienzo la gran educacion artística del joven lugareño.

La honrada sociedad que le habia ganado los cuartos, comprendiendo que el muchacho prometia mucho, creyó un deber de humanidad el enseñarle á ganarse la vida de una manera *decorosa y digna*.

En esta nueva fase de la vida de Tomasito sucediéronle varios percances.

Le abrieron un chirlo en la cabeza que le condujo al hospital, donde tuvo ocasion de ver cómo se trata en ciertos asilos de la humanidad doliente, á esa misma humanidad cuando se queja y no tiene un cuarto.



Otro dia, le cogieron infraganti en el momento que ponía en práctica el inocente juego de *salvar* un pañuelo y dieron con el buen Tomasito en el Saladero (cárcel de villa), donde, menester es confesarlo, completó su educacion.

Porque en España, hasta el dia, doloroso es confesarlo, las cárceles y los presidios han sido las mejores escuelas del vicio y las mas brillantes universidades del crimen.

Entre el Saladero y el Correccional de Alcalá y en el breve espacio de dos años, quedó Tomasito en disposicion de dar quince y raya al mas pintado de todos los que fueron sus compañeros en aquellos establecimientos.

Cuando volvió de nuevo á pisar las calles de Madrid sabia leer y escribir con tal perfeccion, que leía á veces lo que no estaba escrito, y tenia una habilidad asombrosa para falsificar al vuelo cuántas letras y firmas veia.

Esto era en las postrimerías del partido moderado.

Tomasito fué uno de los mejores agentes de policia que tuvo aquel gobierno que nos desgobernó á todos.

Entonces cambió por completo de apariencia.

Era todo un caballero; vestia con elegancia y frecuentaba los paseos, los teatros y las reuniones.

Desgraciadamente la revolucion del año 68 vino á dar al traste con todos los proyectos de ambicion que habia concebido nuestro héroe.

Durante los dias que se siguieron á aquel movimiento, Tomás creyó muy conveniente ir á su pueblo, á dar una vuelta y ver en qué estado se hallaban sus intereses.

El buen cura habia creido de buena fé que el muchacho, ya hombre, habia entrado en razon, que era juicioso y bueno y que seguia la honrada senda que sus padres le trazaron.

Debemos decir tambien, en obsequio de la verdad, que aquel buen sacerdote se apresuró á dar cuenta al jóven, tanto del arrendamiento de la casa, quanto de los productos de la viña y el majuelo.

Cierto es que, entre reparos, jornales, malos años y contribuciones, casi, casi, los rendimientos estaban equiparados con los gastos.

Pero Tomás, echándose las de generoso, dejó á favor del cura la pequeña cantidad que le resultaba de beneficio y pasó unos cuantos meses en el lugar viviendo de sus rentas, segun decian algunos, aun cuando si á registrar fuéramos la conciencia de la mayor parte de la gente que ocupó destinos en el ramo de policia en aquella ocasion, tal vez hubiéramos encontrado en ella algunos centenares de onzas que se echaron de menos, por aquel entonces, en una *caja*, á la cual fué Tomasito á practicar un registro en nombre del gobierno.

Cuando lo vió ya constituido y calculó que sus servicios podrian ser utilizables, dirigióse de nuevo á la córte y el gobierno provisional, satisfecho del esquisito celo que demostraba en perseguir á los pícaros republicanos, nombróle, no ya agente subalterno, sino gefe de un ramo de tanta importancia.

Cierto que sobre Tomasito habia otros varios gefes superiores, pero de cualquier manera que fuese lo cierto es que habia ascendido y al ensancharse la esfera de su accion, ensanchábase tambien el círculo de los negocios lucrativos.

Merced á su cargo, tuvo ocasion de conocer á María, y como Tomasito comenzaba ya á ser una persona de posicion, trató de completarla casándose, si le era posible, con una mujer tan honrada y tan hermosa como aquella, y

cuyo padre además tenía gran influencia en el partido republicano.

Parecerá extraño que Tomás tratase de unirse con la hija de uno de los gefes de este partido; pero precisamente era esta una de las principales razones que á ello le impulsaban.

Debe tenerse en cuenta que el tal mozo era muy previsor, y como veía el triunfo de la república mas ó menos próximo, quería estar bien con ellos, para cuando llegase el día; hábilmente combinado estaba su plan, pero para la realización del mismo vino á tropezar en una grave dificultad.

María rechazó enérgicamente el amor que aquel hombre la ofreció.

Con ese privilegiado instinto de la mujer, comprendió que en aquel corazón había algo de ediondo é innoble, que repugnaba á su honradez y á su pureza.

Vanas fueron las súplicas, los ruegos y aun las amenazas, que todos los recursos puso en juego aquel solemne bribon.

Ya hemos visto hasta qué extremo llevó su perversidad y lo oportuno que estuvo Felipe al penetrar en la casa de D. Antonio, en el momento que le dimos á conocer en el prólogo de nuestra obra.

Felipe estaba colocado en el gobierno civil y era uno de los gefes superiores del mismo.

Merced al alto destino que desempeñaba podía evitar muchas persecuciones á sus correligionarios y amigos.

Precisamente Tomás Lopez era uno de los gefes subalternos que servía bajo las órdenes de Felipe.

De aquí la importancia que tuvo su aparición en el mo-

mento en que aquel, viendo lo infructuoso de los medios empleados hasta entonces para vencer la resistencia de la jóven, se disponia á emplear otros mas eficaces.

La proclamacion de la república arrebató á nuestro polizonte el destino que disfrutaba.

Mas no en balde habia servido en la policia y conocia á muchos elevados personajes.

Arrepentido de haber servido al gobierno de D. Amadeo, volvió sus ojos al bando alfonsino, y pensando muy cuerdamente que de los arrepentidos es el reino de los cielos, cátrate aquí, que de la noche á la mañana, reaparece nuestro hombre derramando el oro á manos llenas, convertido en un socialista furibundo y aconsejando á los soldados la insubordinacion y á que reclamasen su licencia absoluta, puesto que así lo tenian ofrecido los republicanos.

Tal fué el momento en que, segun han visto nuestros lectores, Felipe tropezó con él; y de la misma manera que el sobrino del *venerable*, al verle con el soldado y al recordar su pasado, sospechó la verdadera mision que cumplia, así tambien el Sr. Lopez, ó Tomasito, como mejor queramos llamarle, al ver dirigirse hácia á él á su antiguo gefe, sospechó tambien que habia sido descubierto, y, poniendo piés en polvorosa, desapareció entre la multitud por la calle de Carretas.

Aquella misma noche, Lopez, acompañado de otros dos jóvenes, sentados alrededor de una mesa de un café en uno de los barrios mas retirados, hablaban sigilosamente.

Los dos compañeros de aquel truhan vestian con la misma elegancia que él.

Pero de la misma manera llevaban impreso en su rostro y en sus modales ese *no sé qué*, indefinible y extraño que

indica á primera vista los dudosos antecedentes y la mas dudosa aun posicion de los que lo poseen.

—Con qué dime, Manolito, preguntaba Lopez á uno de sus comensales, ¿dónde has estado hoy?

—Yo? en el cuartel del soldado; allí he *jonjabao* á unos cuantos inocentes que, con la ayuda de algunos *chulés* que les dí, van á armar una marimorena de mil diablos si me cumplen lo prometido.

—Bien, hijo, pero es necesario mucho ojo, porque si nos pescan puedes contar que nos divierten; ya que ha fracasado el plan de D. Alfonso es necesario suscitar cuantos obstáculos podamos á esta gente.

—Sin disciplina, ni subordinacion no hay ejército posible, añadió el otro compañero de Lopez, y sin ejército para hacerse respetar, á esta gente se la lleva la trampa.

—Así se los lleven los mismísimos demonios en cuerpo y en alma.

—Calculad si los debemos querer bien, cuando han venido á *limpiarnos el comedero*.

—Ya se vé, añadió Lopez sonriendo irónicamente, dicen que pueden pasarse sin policía... pero no tengas cuidado *Antojitos*, que ya les daremos nosotros tanto que hacer que á la fuerza han de venir á buscarnos.

—Lo primero que tenemos que hacer es desmoralizar el ejército; poco importa que sea una ignominia, un borron para España y aun para él mismo, cometer escesos y tener ciertas exigencias cuando la patria, peligra y los carlistas nos acosan por todas partes... ¿pero á nosotros qué nos importa eso? la cuestion es hacer nuestro negocio y que mande Juan ó Pedro debe dársenos un ardite.

—Sí, replicó el tercer compañero de Tomasito, pero es

necesario que no carguemos nosotros solos con el mochuelo... nosotros nos encargamos de Madrid, pero en otras poblaciones de importancia es necesario que tambien se trabaje.

—Eso ya está hecho, contestó Lopez; ya han salido emisarios entendidos y activos que practicarán lo mismo que nosotros, en Cataluña, Andalucía, Navarra, etc. etc.

—Se me antoja á mí, añadió el que Tomás habia designado con el apodo de *Antojitos*, que esto no ha de durar mucho.

—¡Oh! y si nosotros trabajamos con fé y en un país donde hay tanto mentecato, mucho menos.

—¿Y qué vendrá despues? preguntó Manolito.

—¡La mar, chico, la mar!...

—Pues entonces á nadar.

—Sí; á nadar, y sobre todo saber guardar la ropa; en este mundo se necesita vivir muy despierto.

—Mientras haya *parnés* iremos por donde nos guien.

—¿Y tú que has hecho, *Antojitos*?

—Creo que algo hice con los intransigentes.

—Bien, hijo, bien; no abandones ese camino que es de aquellos que mejores resultados pueden darnos; hay muchas impaciencias que conviene explotar y bueno será que las tengamos en movimiento antes de que les tapen la boca.

—Con qué?

—Qué estúpido eres, hombre; eso no se pregunta. ¿Con qué ha de ser? con alguna *yema acaramelada*...

—¿Y tú, en qué has ocupado el dia? preguntó Manolito á Lopez.

—Cállate, porque el susto aun no me ha salido del cuerpo; si me descuido me dan un mal rato.

—¿Cómo?

—Figuraos que cuando yo salía del Congreso mas entusiasmado que un Maziniano y con unos soldados medio *gills* á quienes iba *camelando*, tropiezo de manos á boca, ¿con quién direis?

—¿Con quién? contestaron los dos á un tiempo.

—Con don Felipe...!

—Con el Gefe de...

—Con el mismo.

—¡Demonio!

—Como el pícaro tiene aquel ojo tan perspicaz, apenas me vió, debió comprender algo, porque le ví dirigirse á mí disparado como una flecha.

—¿Y tú que hiciste?

—Poner piés en polvorosa... la del humo, hijos, la del humo... en un decir Jesús me escurrí y le dí el mico mas solemne que pudo llevar en su vida.

—¿Y qué se hace ahora ese?

—Oh! está perfectamente. Y á propósito voy á daros una comision.

—Dí.

—Os advierto de antemano que es servicio particular mio.

—Para qué están en el mundo los amigos sino para servirse mutuamente?

—Gracias, *Antojitos*, hecha esos cinco.

Y Lopez estrechó entre las suyas la mano de su compañero.

—Habla, ¿qué es lo que deseas de nosotros? preguntó Manolito.

—Que me averigüeis dónde ha ido á parar una mucha-

cha que vivía en la calle de San Agustín, cuyo padre murió hace unos diez y ocho días.

—¿Te interesa mucho?

—Ya lo creo; es una hembra de *mistó*.

—Vamos, y estás *chalao* por ella...?

—*Chalaito*, pero me ha jugado una partida que la juro la ha de costar cara.

—¿Te engañó?

—Por ahora no me preguntéis nada: averiguadme lo que os digo y después veremos lo que hemos de hacer.

—Pues mañana mismo lo sabrás.

—¿Qué es eso? ¿nos vamos ya? preguntó *Antojitos*, viendo que López, después de haber pagado el gasto, abandonaba su silla.

—Sí, es ya tarde y preciso es descansar; mañana cada cual á su puesto y á obrar con arreglo al plan que nos tienen trazado. Momentos después aquellos tres bribones abandonaban el café y cada uno tomó distinto camino para dirigirse á su casa.

Eran las dos de la madrugada.



## CAPITULO VII.

---

Dan comienzo las memorias de D. Antonio.—Una necrologia.—  
Froilan Carvajal.

### I.

Han pasado ocho dias desde la reunion celebrada en la lógia, á la cual asistimos, y donde se habia dado lectura del manuscrito referente á María, legado por el difunto don Antonio. De nuevo encontramos reunidos en el mismo salon á todas las personas que ya conocemos.

El *venerable*, con un semblante mas risueño, con la sonrisa en los labios, con la alegría en el corazon.

En su ancianidad ha encontrado casualmente lo que no podia esperar siquiera, la viva imágen de su querida Ángela en su nieta María, y ya no se considera solo en el mundo, puesto que tiene á su lado un ángel que le cuida, que le ame, que vele por él.

La fisonomía de don Juan tambien demuestra la satisfaccion.

Es la que produce siempre el placer de un deber cumplido.

Por su parte, Felipe, demuestra cierta tristeza que se

revela en todo su sér, pero es esa tristeza dulce, cuyo motivo no se esplica aunque, sin embargo, siempre reconozca por base algun motivo legítimo.

¿Aquella especie de preocupacion tendrá su origen en los peligros que la patria corre, ó mas bien en los que debe producir en su ánimo el amor de María, que desde la muerte de su padre está afligidísima y sin consuelo?

Quién sabe: tal vez sea una de estas cosas; quizá ambas á la vez.

Todos los *hermanos*, conforme fueron penetrando en el salon, se iban dirigiendo con cariñosa solicitud á saludar al presidente, á enterarse de su estado y del de su amada nieta.

El *venerable* aceptaba con gratitud aquellas marcadas muestras de aprecio con que la sociedad le distinguia, estrechando la mano á todos los *hermanos* y contestando con sentidas frases á todos aquellos cumplidos.

Cuando estuvieron todos y los asientos se ocuparon, el *venerable* abrió la sesion.

—Hermanos míos, dijo, hace ocho dias cumplimos en una pequeña parte la última voluntad del que fué mi yerno y hermano vuestro; leímos el manuscrito confiado á la custodia de don Juan y que hacia relacion á mi amada nieta. La felicidad que desde aquel dia experimenta mi corazón, no me seria fácil esplicarla. ¡Cuán léjos estaba yo de sospechar entonces que aquel pliego encerraba tantas tristezas y tantas alegrías como me ha proporcionado, con una revelacion inesperada!

¡Pobre hija mia! ¡pobre yerno mio!

Y el *venerable*, en estremo conmovido, enjugó una lágrima.

Ahora nos resta cumplir con el sagrado deber que nos hemos impuesto dando comienzo á la lectura de sus memorias; de este trabajo se encargará mi sobrino y como quiera que el manuscrito es en extremo voluminoso y habrá de ocuparnos muchas sesiones, lo dividiremos y clasificaremos con el título de veladas; quiere decir que todas las semanas, si bien os parece, despues del despacho ordinario, consagraremos nuestra atencion á las útiles enseñanzas que nos ofrece nuestro hermano.

—Aprobado, dijeron todos.

—En tal caso, querido sobrino, si no te molesta puedes dar principio á la lectura.

Felipe inclinó la cabeza en señal de asentimiento y rompió el sello lacrado del legajo.

Este se componia de cuadernos, cosidos separadamente.

El primero que apareció á su vista llevaba suscrito en su primera hoja el nombre de

FROILAN CARVAJAL.

El sobrino del *venerable* dió principio á su tarea en los siguientes términos:

«Empiezo por dar gracias á mis *hermanos*.

Cuando lean estas líneas ya se habrán enterado de mi anterior escrito y *cumplido mi última voluntad*.

Tengo la seguridad de que mi hija habrá encontrado en su abuelo un segundo padre y en mis hermanos la familia de que hasta ahora había carecido.

Tengo igualmente el convencimiento de que nuestro *venerable* habrá perdonado al esposo de su amada hija Ángela.

¡Gracias á todos, por ella y por mí!

Antes de empezar la estensa relacion de las desdichas

y tribulaciones de mi vida, de los trabajos que fueron el resultado de mis constantes estudios sobre las tiranías de todos los tiempos y países; de todos los mártires que se sacrificaron en defensa de la idea liberal, permitidme que os cumpla lo ofrecido; que os haga el relato de uno de los mas espantosos crímenes que registra la historia de nuestros días; de un asesinato que como indiqué en mi anterior manuscrito fué, como si dijéramos, el golpe de gracia que precipitó mi muerte, por la impresion que en mí produjo y las circunstancias que lo rodearon.

Carvajal era para mí, mas que un amigo, un hermano.

Este distinguido patricio, esta nueva víctima de un gobierno tiránico y arbitrario, este mártir de la idea republicana, fué inhumanamente fusilado en Ibi (provincia de Alicante) el 8 de Octubre de 1869.

¡Horror y vergüenza siento al tener que consignar su horrible muerte, llevada á cabo por orden del gobierno, cuando aun no se habia publicado la ley marcial en el territorio sobre el cual se levantó en armas este valeroso patricio!

Y todos debemos sentir horror, porque la sangre es siempre repugnante, porque la pena de muerte, padron de ignominia del siglo XIX, nos inspira horror; sentimos vergüenza por el gobierno, que, cubriéndose con una máscara de mentido liberalismo, arrebató la vida, el dón mas precioso de la criatura, el único patrimonio del sér humano, á un hombre honrado y leal, á un digno y consecuente patricio, cuyo solo delito consistia en ser republicano, cuyo único crimen era profesar la idea federal, y que murió con la sonrisa en los labios, con la fé en el alma, regando con su sangre el árbol santo de la república federal.

¡Sombra venerada, regocíjate! Tu memoria vivirá eternamente en el corazón de todos los buenos republicanos, de todos los hombres que aman sinceramente la libertad de su patria, de esta patria hoy hollada y escarnecida por los mismos que juraron salvarla.

¡Sombra querida, alégrate! Tu sacrificio no será estéril; tu preciosa sangre vertida no será inútil: pueden haberte quitado la vida pero tu grande idea flota en el espacio como ténue gasa; tu martirio ha privado al partido republicano de uno de sus mas valerosos soldados, de uno de sus mas fuertes adalides, pero en cambio ha impreso un estigma de maldición sobre la frente de tus verdugos y ha arrojado á nuestro campo miles de hombres que han jurado sacrificarse por nuestra causa, que sienten hervir la sangre en las venas al solo recuerdo de tu martirio.

¡Froilan Carvajal, duerme tranquilo! Descansa en paz, amigo mio, y repite á aquellos de los nuestros, que ya no existen, al inolvidable Sixto Cámara, al generoso amigo Moreno Ruiz, al malogrado niño Bohorques, al noble Ruiz Pons, á los valerosos patricios Abdon Terradas, Baliardo Ribó y Saint Just, al desgraciado Francisco Cuello, á los valientes Vicente Martí, Espiga y García, Lopez Carrafa y Dominguez, y al invicto Guillen Martinez, que su recuerdo está grabado en nuestra mente; que su sangre y la tuya ha sido el fresco y puro rocío que ha hecho brotar miles de flores en los fértiles campos de la república; díles que nosotros procuraremos inspirarnos siempre en sus acciones, en su valor y constancia; díles que el triunfo de nuestra causa es pronto y seguro: que todos los tiranos de la tierra juntos no pueden impedir la aparición del sol de la república, cuyos primeros rayos, atravesando los mares, lle-

gan de América á Europa, del nuevo al viejo mundo.

Diles tambien que el dia de nuestra redencion se acerca; que nadie es capaz de impedir la marcha del progreso; díles que el pueblo español, harto ya de sufrir, se apresta al combate, deseoso de ocupar el primer puesto, llevando alta y erguida su gloriosa enseña; esa hermosa bandera en cuyos pliegues está escrita la salvacion de Europa, que no es otra, que no puede ser otra que la *libertad*, la *igualdad*, y la *fraternidad*, bajo la forma republicana federal.

Diles, que gracias á vuestra preciosa sangre vertida y á vuestro heróico sacrificio, el partido republicano es uno de los que mas héroes y mártires puede presentar á la vista de sus conciudadanos, y que se equivocaron lastimosamente los que pensaban que solo teníamos hombres para la propaganda, la tribuna ó el club.

¡Nó, y mil veces nó!

Sixto Cámara era el tribuno del pueblo; Ruiz Pons el gran publicista; Abdon Terradas el génio organizador; Francisco Cuello el enérgico propagandista; Saint Just representaba la audacia; Lopez Carrafa, Espiga y García, y Baliardo Ribó el valor; Dominguez la idea consecuente; Guillen Martinez era uno de los mas firmes baluartes de nuestra causa; Moreno Ruiz y el niño Bohorques eran la viva imágen de la abnegacion y el sacrificio; tú, pobre amigo mio, el valor y la constancia, y como si vosotros, nobles víctimas, no fuérais bastante á probar esta verdad, recordaremos á esos detractores infames á nuestros desgraciados hermanos de Sietamo, Alicante, Cartagena, Barcelona, Madrid, Iznajar y otros cien, sacrificados por la tiranía.

¡Afuera, pues, los detractores y los tiranos!

¡Paso á los héroes y á los mártires!

¡Hermanos, una lágrima sobre la tumba de nuestros mártires y de nuestros héroes!

¡Valerosas y dignas republicanas, tejed guirnaldas de acanto y siempre vivas para adornar el sepulcro de nuestras queridas víctimas!

¡Vates del gran partido federal, empuñad las sonoras liras y dedicad vuestro melodioso canto á nuestros valientes campeones!

¡Republicanos federales, esperanza y fé; constancia y energía, que si hoy es el dia de las lágrimas, quizá mañana será el de las justicias!

. . . . .

Nació Froilan Carvajal el 5 de octubre de 1830 en Tevar (provincia de Cuenca), y era hijo de una familia acomodada.

Hizo sus primeros estudios en Tevar; pasó á cursar los años de latin á Villanueva de la Jara, demostrando una inteligencia poco comun; en 1841 se trasladó á Madrid cuando á penas contaba doce años y estudió en la Universidad central, filosofia, continuando despues sus estudios para la carrera del Notariado, hasta al año 1846, que regresó á su pueblo, deseoso de abrazar á sus queridos padres y hermanos, de quienes estaba separado hacia cinco años.

Nuevamente partió á Madrid en 1850, á practicar en casa de un notario los ejercicios de su carrera, donde permaneció hasta 1853.

España se hallaba entonces bajo la mas odiosa inmoralidad y la mas horrible tiranía; gobernaban el país los *polacos*, y todos los que por liberales se tenian, no cejaban en

el firme y honrado propósito de derrotar un gobierno que asesinaba al país política y socialmente. Froilan Carvajal no podia permanecer indiferente ante las desgracias de la patria, y aunque muy joven, solo la idea de libertad se albergaba en su generoso pecho, y no dejó de trabajar un instante en la revolucion que se anunciaba próxima á estallar.

Deseoso de unir el glorioso nombre de su país al de los libertadores de su patria, partió para Tevar en el mismo año (1853), y poniéndose de acuerdo con varios amigos, se dispuso á secundar la revolucion de 1854.

Llegaron las célebres jornadas de Julio, y Carvajal, en union de sus amigos, ayudó al glorioso alzamiento que arrojó del mando á los *polacos*, y alzó al partido progresista entre víctores y aplausos á la gobernacion del país.

Organizada la Milicia Nacional, tuvo la satisfaccion de ser nombrado teniente de la compañía de cazadores, formada en Tevar, perteneciente al batallon denominado de la Motilla del Palamar, saliendo varias veces en persecucion de malhechores y prestando otros varios é importantes servicios.

¡Pero, Carvajal no fué de los que se hicieron ilusiones! Con su clara imaginacion, con su buen talento, comprendió que aquella situacion no era mas que transitoria, que la revolucion habia degenerado, que las promesas no se habian cumplido, que el noble pueblo sufría en silencio otro despotismo, peor aun que el de los *polacos*, el imperio del *sable*: que á falta de un Sartorius, habia un O'Donnell, y con verdadero amor á la libertad, con verdadero cariño al pueblo, siguiendo sus nobles aspiraciones, y de acuerdo en un todo con las ideas que el gran demócrata Sixto Cá-



mara sostenia con valerosa energía en las columnas de *La Soberanía Nacional*, afilióse resueltamente en las filas de la democracia, de aquella jóven democracia saludada en el teatro de Oriente por el célebre Gonzalez Brabo, y que contaba entre sus filas, oradores como el jóven Emilio Castellar; políticos como Orense, y tribunos como Sixto Cámara.

De aquí puede decirse que arranca la vida política de Froilan Carvajal, cuyo único pensamiento era la salvacion moral é intelectual del pueblo; su redencion política y social, y el planteamiento del principio democrático, de ese gran principio que se condensa en tres breves palabras:

*Libertad, Igualdad y Fraternidad.*

Todo para el pueblo, porque todo es suyo.

No era preciso ser adivino para comprender que los tristes sucesos de 1856 vendrian, como vinieron, á ahogar la *libertad* por muchos años; así que, Carvajal se dispuso, en union de varios amigos de la provincia, á resistir aquel tremendo golpe: reunió sus amigos y compañeros, se proveyó de armas y municiones, recorrió varios pueblos, reunió á los tímidos, arengó á los valientes, y firme en su puesto se dispuso á jugar su vida en defensa de los sagrados derechos del pueblo tan villanamente escarnecidos, pero ¡oh fatalidad! Barcelona, la valerosa Barcelona, cayó despues de tres dias de sangrienta y horrible lucha, sostenida por un puñado de hombres contra doce mil soldados.

¡Zaragoza! la heroica Zaragoza, despues de grandes esfuerzos sucumbe al sinnúmero de sus enemigos, y con ella multitud de ciudades y pueblos importantes. ¿Qué hacer?

Froilan Carvajal con los pocos amigos que quisieron seguirle, levanta una partida *republicana*, que tiene que disolver al saber que Barcelona y Zaragoza han sido ven-

cidas; y errante y fugitivo llega á Madrid, donde permaneció oculto durante mucho tiempo, la mayor parte en casa de un íntimo amigo suyo, don Juan Moreno y Sanmillan, al que le unia un fraternal cariño.

Este puede decirse que fué su primer paso en la carrera política, costándole el abandono de su pais, de su familia, de las comodidades de su casa, que abandonó «con el firmísimo propósito de no volver, ni á las segundas, ni al primero, sino en son de guerra» y valiéndole que le formaran una causa por conspirador y republicano.

Llegado á Madrid, entró en la carrera literaria, por la cual tenia una aficion que rayaba en delirio; escribiendo sucesivamente en los periódicos literarios *El Lunes* y *El Eco de la Razon*, y como diario político, en *El Porvenir*, periódico el mas avanzado de aquella época y que dirigia Juan Belza, el cual sufrió en muy corto espacio de tiempo, siete denuncias y dos de desacato. Tambien publicó algunos artículos en *La Educación Pintoresca*, *La Batuta*, *El Eco de Cuenca* y otros varios, hasta el año 1863.

Desde su llegada á Madrid hasta 1861, qué de sufrimientos, qué de privaciones, qué de amarguras no sufrió el desgraciado Froilan para buscar el preciso sustento, en compañía de su hermano, el noble y generoso Basilio, compañero desde entonces de su desgraciado hermano hasta su muerte; siendo un modelo de abnegacion y cariño, sufriendo lo que Froilan sufría, amando lo que Froilan amaba; y pronto siempre á sacrificarse por su hermano y por la noble idea que defendía, que es la misma que él ama y defiende con todo su corazon.

Hermanos, envidad á ese modesto cuanto noble jóven la viva expresion de vuestro cariño y de vuestra admiracion

á nombre del gran partido republicano federal y de la *lógia* á que perteneceis.

Durante algunos meses, Carvajal escribió en un periódico de intereses materiales, titulado *El Faro de Castilla*, que dirigia don Saturnino Navarro de Vicente, y habiéndose ausentado éste y quedado Froilan al frente del periódico, su afición á la política le hizo publicar un notable artículo contra el gobierno que le valió ser conducido al Saladero, y no pudiendo prestar fianza, fué preciso esperar á que el señor Director viniese, é interpusiera su influencia y amigos, para alcanzar la libertad de Froilan.

Llegó al punto mas importante de su vida, á un punto de que ciertos hombres quisieron sacar partido contra nuestro amigo, y cuya miserable voz fué ahogada por un clamor general de indignacion; es el en que Froilan aceptó un destino del gobierno de la union liberal en *orden público*: el partido republicano supo que la *desgracia* obligaba á Froilan á aceptar semejante destino, pero lo que no saben todos es, que al proponérselo, lo rechazó con noble indignacion; que entonces fué á contar á varios de sus amigos la *insolencia* que habian tenido de proponerle semejante empleo, y que esos amigos le dijeron:

«Froilan, no seas niño: en primer lugar has agotado todos tus recursos y no tienes medios para continuar viviendo así; en segundo, puedes prestar grandísimos servicios á la revolucion y á nuestro partido desde ese empleo, y no es cosa de que, por un orgullo mal entendido, vayas á perder la magnífica ocasion que te se presenta de servir á los amigos, á la libertad y á la patria.»

Entonces, y solo entonces, pudo decidirse Froilan á aceptar aquel empleo que le produjo grandes amarguras,

terribles dolores, é incalculables sacrificios; llevados á cabo con la mayor abnegacion porque eran en bien de su partido, en pró de sus ideas y en servicio de su causa.

Esta página, la mas triste é importante de su vida, la ha descrito él mismo de una manera admirable, y yo quiero rendir un justo tributo á su memoria copiando íntegro el notable documento en que reseña á grandes rasgos ese período de su existencia, contestando á un comunicado que vió la luz pública en el periódico de Alicante titulado *El Comercio*.

«En cambio, yo justificaré cumplidamente, decia, que naciendo á la política el año 54, se me encausó el 56 por haber levantado una partida en sentido republicano.—*Así dice la causa*.—Que de sus resultas tuve que abandonar mi pais, mi familia y las comodidades de mi casa, con el firme propósito de no volver, ni á las segundas, ni al primero, sino en son de guerra: Que careciendo de recursos, no sabiendo estafar, y no queriendo molestar á mis amigos, ni ceder en mi propósito, despues de tres años de amargas y de privaciones infinitas, á las que no estaba habituado, y de las que podia prescindir transigiendo con mis enemigos políticos y volviéndome á mi casa, *se me ofreció por personas respetables del partido liberal de Madrid*, donde me hallaba, *un destino* de órden público—llámeselo de policia ó como guste el Sr. Jorro;—pues cuanto mas lo denigre resaltará mas mi abnegacion y mi heroismo: Que, *porque se me dijo convenia así á los intereses del partido*, me decidí á aceptarlo y lo acepté, no sin protestar solemnemente que era un sacrificio inmenso que por el bien del partido hacia tan solo: Que, aceptado, en semejantes condiciones, *segun*

*los que me lo habian impuesto* lo esperaban y segun mi deber lo exigia, favorecí en cuanto pude y mas de lo que pude acaso, lo mismo á mis amigos de Madrid, que á muchos de las provincias, sin reparar el riesgo que corria de haber ido á presidio, por lo menos, si me hubieran descubierto: Que por semejante causa, léjos de decaer en la amistad y la confianza de nadie, adquirí una cosa y otra hasta un punto ilimitado; hasta el de no haber para mí secreto alguno: Que no ha habido desde entonces conspiracion chica ni grande, donde yo no me haya hallado, ó donde yo no haya tenido una inteligencia directa é inmediata: Que como no estaba ligado al destino que ejercía y sí con cuerpo y alma á mi partido, cuando este dispuso que cada uno saliera á ocupar el puesto que le correspondia en el combate, yo salí á ocupar el mio, abandonando el destino con muchísimo placer, y abandonando á la vez, como en mi pais, mi casa y la familia que me habia creado en Madrid: Que fué mi primer salida en abril del 64, cuando se esperaban los sucesos de Valencia: mi segunda en enero del 65, cuando los iniciados por D. Juan: mi tercera, cuando los del 22 de junio del mismo año: y mi cuarta cuando los de agosto del próximo pasado (1867): Que en todas ellas he cumplido como todos cuantos han cumplido bien; pero en la última, anteponiéndome á todos, pues me cabe el justo orgullo de haber destituido entonces de sus supuestos derechos al trono de esta España tan desgraciada, bajo la presion horrible de su mas horrible tiranía, á *todos los Borbones*, sentenciándolos á muerte como criminales de lesa nacion.

Que he sufrido persecuciones infinitas, y tanto mas espuestas y temibles, cuanto que los mismos que me perse-

guian me conocian perfectamente: Que he tenido que emigrar: Que se me ha condenado á muerte: Que he venido de la emigracion, esto no obstante, á trabajar si era posible y que he trabajado á todas horas, sin tregua ni descanso alguno, y sin tener en cuenta para nada lo mucho á que me esponia: Que he salido en setiembre último (1868): Que he sostenido la bandera que llevaba á la altura que debia sostenerla: Que lo mismo para setiembre, que para agosto, que para junio, que para enero, y que para abril arriba mencionados, *no he recibido de nadie un solo céntimo*, y me he compuesto deshaciéndome de lo poco que poseia, para salir cuando llegaba el caso y para poder vivir mas tarde.

Que me he quedado hasta sin ropa (lo digo con extraordinaria vanidad) porque la guardia civil se apoderó de la que tenia en el mes de agosto, y no sé por disposicion de quién la vendieron en pública subasta: Que, á pesar de todo, *ni he pedido, ni pido, ni pediré cosa ninguna* que equivalga á recompensa; porque la mayor, la mas grande recompensa para mí, es la satisfaccion que experimento al recordar, tranquilo en mi conciencia, que he cumplido como leal y bueno, y al poder decir muy alto en todas partes: «¡Santa y bienhechora idea, libertad querida y anhelada! te he sacrificado, mi honra en la apariencia, te he consagrado mi vida y todo ha sido para tí: nada por el interés, nada por el medro personal; único móvil de muchos.»

¿Queda con esto satisfecho el Sr. Jorro? ¿Queda con esto en aptitud de echarme en la cara el acto mas meritorio de mi carrera política?

Pues bien: escribí al principio que yo probaria cumplidamente lo que acabo de esponer, y sin perjuicio de au-

mentar el número, ofrezco desde ahora para luego; en el concepto de testigos sabedores, unos de unas cosas, otros de otras y la mayor parte de todas, á Marcili, Cervera, Pino, Bartomeu y Montesinos, de esta provincia: á D. Ramon Moreno de Albacete; á D. Francisco Valero, de Villarrobledo; á D. Ramon Castellanos, D. Antonio Villava y otros mil de Cuenca; á D. Juan Pablo Soler, de Zaragoza, á la viuda de D. Pascual Ventura de la Torre, y á la madre de D. Ramon Copeiro del Villar, fusilados en Barcelona y en Palencia respectivamente; á D. Francisco y D. Ignacio Escobar, hermanos; á D. Manuel Merelo, D. Bernardo García, D. Pedro Mas, D. Juan de Dios de Mora, D. Luis Moliné, D. Telesforo Montejo, D. Manuel Lasala, D. Julio Vizcaroneto, D. Domingo Villasarte, D. Manuel del Ojo, D. Toribio Castrovido, D. Tomás Berenguer y D. Juan Santos Rodriguez de Madrid; á los representantes de casi todas las demás provincias, cuyos nombres no cito, porque llevándolos supuestos comunmente, desconozco los suyos verdaderos: á D. Domingo Moriones, hoy mariscal de campo; á D. Antonio Zapino, coronel gefe de estado mayor del general Pierrad; á este mismo general y al ilustre y respetabilísimo decano de los republicanos españoles, D. José María Orense.

¿Quiere más el Sr. Jorro? Si quiere más que lo diga, porque es tan largo el catálogo, es tan escesivo el número, que no reclamará seguramente tantos como yo pueda citarle, vivos, por fortuna aun, como los que he citado ya y que podrian desmentirme si á la verdad faltase. El polizonte, pues, que dice el Sr. Jorro, *ha servido á su partido constante y activamente*, desde que formó en sus filas hasta ahora, y por vestirse la camisa roja, no merece el dictado de *farsante*.

Díganlo, en vista de los datos anteriores, todas las personas imparciales: díganlo todas las que me han visto trabajar y sufrir y padecer con la decision y la constancia del creyente, con la fé, la abnegacion y el desinterés del mártir. . . . .

Hasta aquí lo que el pobre Carvajal decia en su comunicado.

¿Y qué diré de su vida de emigrado, ya en Orán, ya en Burdeos, ya en Marsella, que no digan sus viajes, sus marchas de un punto á otro con riesgo de la vida, sus privaciones y escaseses, su existencia intranquila y las grandes amarguras pasadas en extranjero suelo, comiendo el negro pan de emigracion, contemplando desde léjos las montañas de España, aspirando el fresco viento que viene de la patria; recordando el hogar en que nació, los hermosos campos en que corrió su infancia, los besos de su adorada madre, las caricias de sus hermanos, y verse condenado á sufrir y padecer solo, y á morir quizá en extranjero suelo, sin recibir el último beso de su anciana madre, sin tener quien cerrara sus ojos cuando la muerte se apoderase de su cuerpo!

¡Qué diré de todo esto, que no sepan y comprendan tambien como yo mis queridos hermanos!

El general Prim salió de Aranjuez el 2 de enero de 1866 al frente de los regimientos de húsares de caballería de Bailen y Calatrava, alzándose en armas al grito de libertad.

Froilan Carvajal, que venia trabajando en este movimiento hacia mucho tiempo, partió para el pueblo de *Sisante*, donde tenia preparados sus amigos y compañeros para secundar al general Prim en su empresa libertadora,



pero una carta dirigida desde Madrid por persona de toda su confianza le hizo retroceder, al saber que el general Prim, en lugar de venir sobre Madrid, se dirigia á Portugal. En silencio devoró Carvajal esta nueva amargura y tornó á Madrid, triste y desconsolado al ver perdida aquella magnífica ocasion de dar libertad á España y devolver al pueblo sus hollados derechos.

Un año pasó; año de peligros sin cuento, de tribulaciones y desengaños, y llegaron los sucesos del 67.

Carvajal, seguido de sus buenos y valerosos amigos Juan Pujol, Alfonso Lopez, Adolfo García La Mora, Ramon Izquierdo, Enrique Moreno y Fernando Valarino, respondió al compromiso contraido de secundar el movimiento revolucionario de Aragon y Cataluña, y se alzó en armas con sus dignos compañeros en el pueblo de Vara de Rey (provincia de Cuenca) al grito de ¡Viva la República! Con solo diez y siete hombres, por haber faltado los demás que se hallaban comprometidos: de allí pasó á Sisante, y anticipándose un año al resto de los españoles, destituyó del trono á los Borbones.

Recorrió los pueblos de Picayo y Teba, llegando á reunir 200 hombres; en este último punto fué cogido un paisano que hizo resistencia á los libertadores de su patria, y una mitad de la partida queria fusilarlo, mientras la otra mitad se oponia á ello; Froilan tambien se opuso, y ordenó que se le encerrase en la cárcel del pueblo para que á su debido tiempo fuera juzgado: pero los caciques del pueblo, aprovechando la ocasion de esta querrela entre la partida, comenzaron á escitar los ánimos de aquellos hombres sencillos, prometiéndoles lo que no les podian dar con tal de que abandonaran á Carvajal; no contentos aún, y aprove-

chando la hora en que la partida estaba comiendo tranquilamente, dieron la voz de alarma diciendo que la tropa estaba entrando en el pueblo, resultando de aquí la confusión y el desorden consiguiente y la huida que ellos esperaban.

Carvajal y cincuenta hombres se hicieron fuertes en el puente, abriéndose paso con las armas, hasta que recobrada un instante la calma, Carvajal encomendó la defensa del puente á Valarino, y seguido de sus valientes compañeros Pujol, Izquierdo, García, La Mora y Lopez, todos á caballo, recorrió el pueblo, retando á aquellos cobardes traidores, que huyeron ante un puñado de hombres.

En la noche del 27, en vista de las tristes noticias que llegaban de todas partes, y de que algunos pueblos importantes en quienes confiaban no secundaban el movimiento, á las doce de la noche disolvió la partida, y seguido de sus cuatro amigos, fué vagando por los campos todo el día 28, dirigiéndose en compañía de Pujol á Alicante y embarcándose despues para Marsella.

De nuevo comienza para nuestro amigo una vida de privaciones y trabajos; de nuevo la idea de libertar á su querida patria, abrasa su mente, de nuevo los viajes secretos, los peligros, las luchas de todo género, en Marsella, en Burdeos y en Orán.

Vienen los sucesos de Agosto del 68, y Carvajal, de acuerdo con su íntimo amigo el valiente Tomás Bertomeu, lanza una magnífica proclama el día 23, y llegan al punto de reunion (Villena) para levantarse en armas; pero desgraciadamente fracasa el movimiento, y Carvajal y Tomás logran salvar la vida, despues de grandes peligros, y permanecen ocultos, pero sin dejar un instante de trabajar en la obra revolucionaria; buscando amigos, armas y muni-

ciones, hasta el 13 de Setiembre, que, seguidos de algunos bravos y leales compañeros, se levantan en armas en la liberal provincia de Alicante, y recorren los pueblos de la Marina que los reciben en triunfo, ayudando en gran parte al éxito de la revolucion de setiembre.

Llega á su noticia que el heróico pueblo de Alcoy iba á ser atacado por las tropas del gobierno; Carvajal y Tomás, al frente de sus valientes corren á su defensa, y hacen prodigios de valor en aquella sangrienta lucha; Carvajal, encargado de la defensa del fuerte, demuestra una vez mas su serenidad y arrojo, despreciando la vida, que no quiere conservar si no ha de ser la de un hombre libre, en un pais igualmente libre.

Despues de cumplir como bueno, una vez terminada la revolucion, y constituido el gobierno, Froilan se retiró á Alicante, donde tenia muchos y verdaderos amigos, tomando la direccion del periódico *La Revolucion*, del que era propietario su buen amigo el consecuente republicano José Marcelli, llegando á ser, bajo su acertada direccion y su enérgica pluma, uno de los periódicos mas importantes de España.

Poco despues fué nombrado presidente del *Club de los Radicales*, compuesto de buenos y valerosos republicanos.

Pero ¡oh infamia! el viernes 12 de febrero de 1869, cuando Carvajal, tranquilo y satisfecho, se ocupaba solo de sus tareas periodísticas, se presenta á las once y media de la noche en la casa que habitaba el inspector de policía al frente de sus dependientes con objeto de prenderle, en vista de un exhorto del juez de primera instancia del partido de San Clemente (provincia de Cuenca), porque el dia 26 de agosto de 1867 se alzó en armas, secundando el movimien-

to de Aragon y Cataluña, en Vara de Rey y Sisante, el cual le valió la emigracion á Francia.

Veán nuestros lectores un párrafo de los publicados en el periódico *La Revolucion* del dia siguiente, escrito por nuestro inolvidable amigo:

«Apenas constituido el gobierno provisional, que despues de la revolucion se creara, se mandó sobreseer en todas las causas incoadas por política, sobreseyéndose las de los cinco oficiales que con nosotros venian, como así se justifica por el hecho de estar todos colocados, con sus ascensos respectivos: la de ellos y nosotros era la misma; en ella no aparece, fuera del *delito de rebellion*, ninguna circunstancia que le agrave: es que es *Política*, pura y esencialmente *Política*.

¿Y por qué cumpliendo los mandatos del gobierno no se encuentra sobreseida? ¿Y por qué se sobreseer las otras cinco y ella no? ¿Y por qué cuando el delito *es igual* y nuestros *consortes* están libres y han sido recompensados por la patria, á nosotros se nos manda encarcelar y tal vez se pretende castigarnos?

¿Es esto justo?

¡Revolucionarios españoles, compañeros nuestros, así es como se premia el patriotismo, la abnegacion y la virtud política. Abandonad vuestras familias, perded vuestros intereses, corred todos los azares de la conspiracion y de la lucha á mano armada, conquistad la libertad últimamente que á nombre de la libertad os pondrán presos, os encausarán y os fusilarán!»

Tres dias despues escribió un artículo que se titulaba: «Desde nuestra jaula, á los lectores de *La Revolucion* y al público,» el cual empezaba así:

«Salud: en nuestro primer artículo del número 88, dijimos que por la policía se nos buscaba para prendernos *Por Política*, y que á fin de evitarnos los disgustos y las vejaciones consiguientes, en vez de dejarnos poner presos, optábamos por volvernos á ocultar, exactamente lo mismo que si el célebre Gonzalez Brabo se encontrase aun rigiendo los destinos de esta nuestra pobre España.

Ocultos estamos, pues, pero ocultos nada mas que para lo arriba consignado.

Para propagar nuestras ideas, para defenderlas donde quiera que nuestra defensa lo reclame, para combatir los abusos, para denunciar las arbitrariedades, para decir la verdad y para responder de nuestros dichos, nunca.

Pero hagamos aunque sea á la ligera dos preguntas.

¿Hay dos leyes diferentes para una misma cosa?

¿Se castiga á los unos por lo mismo que á los otros se premia?

Entre otros que podríamos citar en este instante, se nos ocurre el primer nombre que en la lista de la actual revolucion figura: el del ciudadano general Juan Prim.

¿Qué hizo éste?

Sublevarse.

¿Qué hicimos nosotros?

Sublevarnos.

¿Por qué Prim se encuentra en libertad y ha recibido empleos y honores infinitos?

¿Por qué á nosotros se nos busca para llevarnos á la cárcel?

¿Porque no somos Prim?

O por eso, ó porque hay dos leyes diferentes: una para juzgar al ciudadano referido, otra para juzgarnos á nosotros.

¡Bueno es saberlo!

Carvajal continuó escribiendo y dirigiendo el periódico *La Revolucion*, bajo el nombre de Plácido Bernardo, y sufriendo toda clase de persecuciones, mientras sus amigos trabajaban en Madrid para que el gobierno abandonara el camino que habia emprendido tan injustamente, y ordenara el sobreseimiento de una causa á todas luces ridícula y arbitraria.

En el mes de julio llegó á Alicante desde Madrid, su buen amigo el ciudadano Enrique Rodriguez Solís (1), redactor entonces de *La Democracia Republicana*, y se hizo cargo por algunos dias de la direccion de *La Revolucion*, durante los cuales Froilan Carvajal pudo marchar á Madrid, donde su presencia era grandemente necesaria.

Al gobierno convenia mucho que Froilan Carvajal permaneciera, aunque injustamente, bajo la accion de los tribunales, pues conociendo su decidido amor á la libertad, y sus grandes trabajos y sacrificios por la causa de la República, comprendia, vista la situacion del pais, que la lucha entre los partidos monárquico y republicano era inminente, y que nuestro amigo era un terrible elemento contra la monarquía y los monárquicos.

El 15 de agosto de 1869 apareció el periódico *La Revolucion* con su primera plana ocupada en letra gruesa con los siguientes lemas:

«¡INJUSTICIA, ARBITRARIEDAD, ESCÁNDALO!»

Despues se llamaba la atencion de la prensa y del pais entero para saber si el delito de *sedicion y rebellion* del año

---

(1) Autor de su biografía.

67, podia ser tal delito el año 69, y terminaba pidiendo

«JUSTICIA!! JUSTICIA!! JUSTICIA!!»

El 26 de agosto recibió Carvajal una carta de su antiguo amigo Ramon Castellano, abogado y alcalde popular de la villa de Belmonte, provincia de Cuenca, participándole que «el auto inaplicable de prision contra él, habia sido alzado por el juez de San Clemente, con los pronunciamientos mas favorables para él, y que la causa seria sobreseida en igual forma, luego que se evacuasen algunas diligencias formularias que la ley exigía.»

Esto sucedia el 26, y el 28 se publicaba en el *Boletin Oficial* de la provincia el siguiente decreto:

«D. Mariano Dié y Pescetto, juez de primera instancia de esta ciudad de Alicante y su distrito.

Por el presente se cita, llama y emplaza por primer pregon y edicto á D. Froilan Carvajal y Rueda, á fin de que se presente en este juzgado en el término de nueve dias, con objeto de recibirle indagatoria en la causa que contra él mismo estoy sustanciando, por amenazas al señor gobernador civil de la provincia, en la parte del artículo de fondo, inserto en el periódico *La Revolucion* del dia 18 del actual, que empieza: «Venid aquí,» y concluye «muerto ó herido de muerte por lo menos;» apercibido de que si no lo verifica, le parará el perjuicio que haya lugar.»

Despues de insertar el edicto en el periódico, escribia nuestro amigo:

«Sin salir, pues, de una causa, se nos ha metido en otra. Si ha sido *á instancia de parte* ó si ha sido de *oficio*, lo ignoramos.

Mas *á instancia de parte* presumimos que habrá sido, y

la parte en la cuestion es el gobernador civil de la provincia, contra el cual veis que protesta diariamente la provincia en masa.

.....  
 ¿Otra causa criminal contra nosotros?

Sí, otra causa.

¿Y por qué, ó con qué motivo?

Escandalizate ó ríete á mandíbula batiente, pueblo amigo.

¡Por amenazas!

¡Por amenazas al gobernador civil de la provincia!

¡Así lo vemos escrito y nos avergüenza el verlo!

¡Nos avergüenza, porque nosotros no tenemos por costumbre amenazar á nadie, y á mujeres mucho menos!

Mal es este que pica en historia y que hay que combatir como mal crónico.

Un dia le amenazamos con romperle un *hueso* si se determinaba á entrar en nuestra casa chillando y alborotando; se nos llevó á los tribunales y se nos encausó por *desacato*!

Hoy, refiriéndonos á la prensa, refiriéndonos al terreno de la discusion, le hemos citado, diciendo: *Venid aquí, que muerto ó herido de muerte, por lo menos, habeis de quedar en el combate*, y hace que de nuevo nos encausen.

¿Es esto regular? ¿Es esto digno? ¿Es esto caballeroso señor gobernador?

Más, ¿á qué cansarnos?

Y, ¿á qué dirigirnos á V. directamente?

No merece V. tal honra, y desde aquí en adelante nunca nos dirigiremos.

Pueblo amigo, á tí, que nuestros pesares sientes con igual sinceridad que nosotros sentimos lo que tu sufres; á



tí, que por nosotros te interesas; á tí, que con imparcialidad puedes juzgar, á tí nos dirigimos solamente.

¿Es ponernos en la cárcel lo que se quiere?

¿Es no dejarnos una hora de tranquilidad y sosiego?

¿Es satisfacer una venganza?

No puede estar ya mas claro.

Deducer de aquí lo que podemos prometernos del gobernador civil de la provincia.

¿Qué podemos prometernos?

Pueblo amigo, á tí te toca decirlo.

Nosotros, sea lo que quiera, lo aceptamos desde luego á calidad de reintegro, repitiendo lo que el otro dia digimos:

«OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE.»

Son innumerables las felicitaciones, las cartas y los ofrecimientos que Froilan Carvajal recibió, no solo de los pueblos de la provincia, sino de España entera, y las columnas de *La Revolucion* publicaron multitud de estas cartas, que entrañaban el cariño mas vivo, la amistad mas desinteresada, el aprecio mas profundo, al constante defensor de la idea republicana.

Pasemos á reseñar la *última* parte de la vida de este noble mártir.

De acuerdo con varios amigos de Madrid, se dispuso á secundar el movimiento republicano-federal, que, segun confesion del entonces ministro de la Gobernacion, señor Sagasta, fué provocado por el gobierno.

Jamás Carvajal faltó á su puesto, y en esta ocasion demostró mas valor si cabe, mas abnegacion y mayor patriotismo.

No siéndole posible secundar el movimiento en la republicana ciudad de Alicante, por haberse opuesto á ello algunos que se llamaban republicanos, alegando que no tenían órdenes para ello, y atendiendo á los avisos y cartas de personas respetables del partido federal, y de buenos y leales amigos que le aconsejaban la lucha, como el único medio de responder á las insensatas provocaciones del gobierno; protestando así del desarme de las milicias de Zaragoza, Tortosa y Barcelona; de la disolucion de los ayuntamientos de las principales ciudades de España, y de la sangre de sus hermanos inhumanamente derramada en Cataluña, Aragon y Valencia; dando así una alta prueba de que el partido republicano tenia en mucho su honor, su dignidad y los derechos conquistados por la revolucion de setiembre. De acuerdo con varios amigos, buenos y consecuentes republicanos, cuyos nombres omitimos por razones què comprenderán fácilmente nuestros ilustrados lectores; despues de recibir multitud de cartas, recibió la orden de levantarse, de la cual fué portador su íntimo amigo el ciudadano E. R. S., que le acompañó en su salida, no separándose de su lado sino por orden suya, y despues de una jornada de 12 leguas, para traer á Madrid documentos importantes, los últimos que escribió, y comunicar enérgicas órdenes á algunos pueblos comprometidos, corriendo gravísimos peligros. Recibida esta orden, Carvajal dispuso el movimiento en uno de los pueblos mas importantes de la provincia, movimiento que fracasó por haber sido descubierto el secreto.

Preciso fué pensar en otro punto, y despues de correr las órdenes á todos los pueblos de la provincia, que se pusieran en armas inmediatamente, órdenes que no cumplie-

ron porque *algunos que se titulan republicanos* escribieron á los pueblos que no se les diera cumplimento, se combinó por Carvajal, de acuerdo con sus valientes amigos de las provincias de Alicante y Albacete, lanzar el grito salvador en la madrugada del día 4 al 5 de octubre.

No cito los nombres de los valerosos republicanos que acompañaron á Froilan Carvajal ni me detendré á describir otros detalles interesantes porque nada seria nuevo, pero con datos y pruebas irrecusables quiero relataros, mis queridos hermanos de *lógia* el horroroso drama de mi infortunado amigo.

Conocidos son de todo el mundo los grandes servicios que la perseverancia y fé republicanas de Froilan prestaron á la causa del pueblo en la provincia de Alicante.

Las continuas persecuciones que sufrió durante su vida, su conducta en los últimos acontecimientos y su heroica muerte serán siempre el mejor testimonio de la grandeza de su carácter, de su entusiasmo, y acendrado amor á la causa que defendía.

Pero el papel de narrador no es el único que me propongo desempeñar; el enviar un recuerdo de gratitud y de admiración á la memoria de nuestro querido amigo no es la única misión que debo cumplir. Me dirijo á vosotros, hermanos míos, para acusar á sus matadores y al gobierno por los incalificables atentados que se cometieron en la persona del jefe republicano.

Los hechos, de que muchos fuimos testigos presenciales, constituyen la mas terrible acusación que pueda lanzarse contra los asesinos de Carvajal.

Mejor que yo pudiera hacerlo, los describe de una manera admirable y conmovedora, uno de nuestros compañe-

ros de desgracia, que despues de consumado el sacrificio, escribió una carta á Basilio, hermano de nuestro querido Froilan, de cuya carta he conservado el borrador y he copiado en las memorias que os dedico.

El referido documento dice así:

«Salimos de Alicante el dia 4 por la noche, con direccion á Novelda, donde nos teníamos que reunir con C.; pero cosa de una hora antes de entrar en el pueblo, tuvimos aviso de que la columna del Sr. Arrando estaba en el pueblo, lo que nos obligó á internarnos en la sierra de Castalla, en la cual nos perdimos, viéndonos obligados á refugiarnos en la casa del Palomaret. Al dia siguiente pudimos llegar hasta el pueblo de Castalla, en el que entramos unos 26 hombres, que formamos en lá plaza.

»Al poco rato supimos que se adelantaba una columna, que habia salido de Villena á las dos de la madrugada.

»En vista de esto, salimos del pueblo con la intencion de refugiarnos en el monte; pero no pudimos conseguirlo, porque al salir á una gran llanura que rodea á Castalla, nos encontramos cercados por unos 30 caballos y 300 infantes. ¿Qué hacer? Ibamos á morir: Froilan no quiso que hiciéramos fuego, y además, se adelantó *el teniente y el Sr. Arrando, gritando: No tirar, están Vdes. indultados; lean Vdes. el bando: el cual fué leído por el noble mártir, que se acogió á él como nos acogimos todos.* Entonces nos llevaron á Ibi, encerrándonos en dos calabozos; Froilan, solo en uno, y todos los demás en el otro, donde no nos podíamos mover. Así nos pasamos hasta el otro dia, en que nos llamaron á declarar.»

Hé aquí la declaracion de Carvajal, ratificada por todos sus compañeros:

«He tomado las armas, porque habiéndonos obligado el

gobierno á jurar una Constitucion con la mayor parte de la cual no estábamos conformes, el gobierno ha sido el primero en violarla en la parte mas aceptable que tenia, esto es, en los derechos individuales.»

Digna y enérgica es la declaracion de Carvajal, y es una nueva prueba de la noble independenciam de su carácter.

«Por la tarde, Froilan, ya estaba en capilla. Al poco rato oí subir tres curas y despues el Oleo: los oidos me zumbaron, pero no quise decir nada á mis afligidos compañeros. A los pocos minutos le vimos bajar lleno de vida y de serenidad, y decirnos: «*Nobles compañeros, valor y constancia;*» y luego despedirse diciéndonos: «¡Adios, republicanos!,» y dar un grito de ¡Viva la República!...

»Basilio, no me pidas mas pormenores, porque me matarias; imposible me seria continuar.

Poco despues me trajeron un pañuelo con la inscripcion «*Carvajal á su amigo I,*» y una carta, que me quitó (no es testual la frase) el oficial de la guardia: *se la guardó y no me la devolvió.*»

De esta carta resultan claros y evidentes dos hechos: primero, que los republicanos no hicieron resistencia; y segundo, que se rindieron confiando en la solemne promesa de indulto que para todos ellos concedia el bando publicado por el capitán general; y sin embargo, al dia siguiente, hollando los compromisos contraidos con los prisioneros, y faltando á la palabra empeñada, era fusilado Carvajal.

El cura de Ibi, al cual enviamos un abrazo fraternal en nombre de todo el partido republicano, seguido de su clero, de las señoras todas de Ibi, y del pueblo en masa, se presentó al Sr. Arrando *para pedirle la suspension de la ejecucion*, obligándose ellos á *pedir el indulto á costa de su*

*peculio*; pero tan noble proceder, tan digna conducta no fué comprendida por el Sr. Arrando, que despidió bruscamente á los que iban en nombre de lo mas sagrado que hay en el *mundo*, en nombre de la *caridad*, á pedir por la vida de un hermano.

Penetré en la capilla donde Carvajal, si bien con una serenidad pasmosa, estaba resignado y conrito de una manera edificante.

La pluma se escapa de mis dedos, porque no puede estampar lo que entonces pasó: yo, lloraba, y él con la serenidad de un caballero cristiano, cuya noble arrogancia y serenidad guardó hasta su muerte, con admiracion de los que lo presenciaban.»

Momentos antes de morir, escribió, con ánimo tranquilo y sereno pulso, la siguiente carta á su hermano Basilio.

Capilla de la Cárcel de Ibi, á las dos de la tarde del dia 8 de octubre de 1869.

«Querido hermano Basilio:

»Valor y serenidad. Sin llegar á *rebelarme* caí en poder de una columna de ejército.

»Sin estar *publicada la ley marcial* se nos ha sometido á su fallo, y voy á morir dentro de breves instantes, porque me están esperando.

»Dos encargos:

»Consuelos á la familia.

»Cuidad todos de mi hijo.

»¡Hasta la eternidad!

»Tu apasionado hermano

FROILAN CARVAJAL.»

De la fé de un moribundo no hay quien pueda dudar, y esta carta es la condenacion mas terrible, el castigo

mas cruel que jamás cayó sobre la frente de gobierno alguno.

Llegado el momento fatal, Carvajal, sereno y tranquilo, se encaminó al lugar del suplicio: el pueblo en masa cubria la carrera, y abundantes lágrimas regaban el camino que el noble mártir debía recorrer.

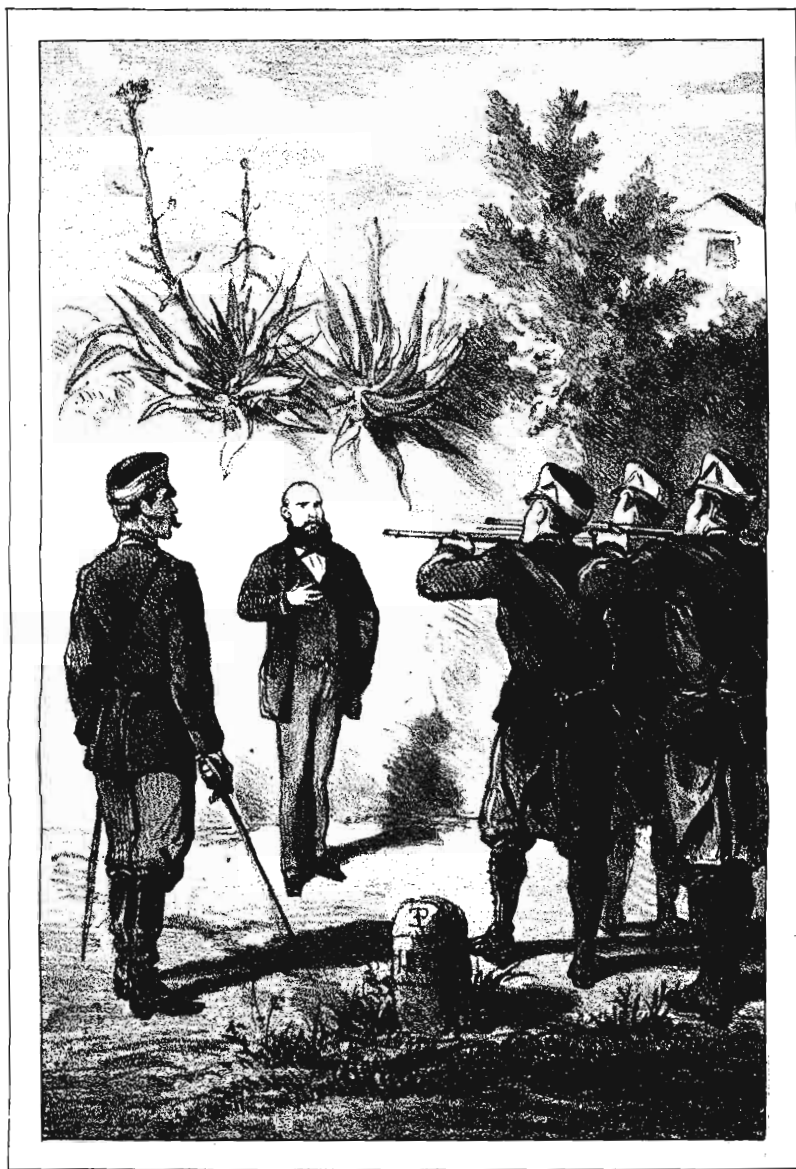
Ya en el sitio de la ejecucion, con paso firme y resuelto fué á colocarse en el puesto señalado; alzó su noble cabeza y esperó á que el plomo homicida viniera á poner fin á su existencia: un silencio sepulcral reinaba en torno suyo, el pueblo contenia hasta el aliento, y los soldados se miraban aterrados ante aquel sangriento espectáculo. Una voz resonó marcando las horribles voces de *preparen, apunten, fuego...* un ay! terrible y desgarrador salió de todos los pechos y el humo de la pólvora empañó el puro azul del cielo. Disipado por fin, todos los ojos se fijaron en el sitio fatal: Froilan tranquilo y sereno, erguia aun su noble cabeza... las balas no habian penetrado en su noble cuerpo!

Los pobres soldados no habian tenido valor para matarle. Indudablemente y no queriendo ninguno ser verdugo de tan noble mártir, habian disparado sin apuntarle.

¿Qué debió pasar en el interior de nuestro inolvidable amigo? Dios únicamente puede saberlo.

Nuevamente sonaron las mismas voces de *fuego*, y á ellas contestó nuestro malogrado compañero, nuestro inolvidable amigo, con un sonoro *¡Viva la República Federal!* que fué á resonar como un eco en el corazon de todos: las balas cruzaron el espacio, y Carvajal cayó para no levantarse mas.

. . . . .  
Ahora, pueblo amigo, á tí te toca juzgar de la vida y



Fusilamiento de Froylan Carvajal.



das por una de las mas repugnantes figuras que registra la historia entre los monarcas absolutos; la de Fernando VII, padre de Isabel y penúltimo Borbon de España.

Los sublimes mártires á que aludimos son, el inmortal *Riego* y la simpática *Mariana Pineda*; ahorcado el uno en la plaza de la Cebada de Madrid, de la manera mas infame é ignominiosa y agarrotada la otra en el Triunfo de Granada en el año de 1831.

---

de la muerte de aquel que todo lo sacrificó por tí, por tu libertad, por tus derechos: familia, amigos, carrera, amor, honra y vida, todo lo despreció por tí.

Tú eres el juez que debe sentenciar en esta causa: ¡juez imparcial pero severo!

Todo lo perdió por tí, y fué inhumanamente fusilado cuando la ley *marcial* no se habia publicado en el territorio en que se alzó en armas; no fué un castigo por lo tanto lo que se le impuso, su muerte fué... tú sabes bien lo que fué; tú, pueblo amigo lo sabes, y nosotros tambien. Cuando el momento oportuno sea llegado, tú cumplirás con tu deber, como él cumplió con el suyo; él dió su vida por tí, y tú estás en el deber de dar tu vida por él: en tanto llega ese momento, pensemos que tiene un hijo, un hijo querido, y que en su última carta nos dice:

«Cuidad todos de mi hijo.»

El mártir Froilan Carvajal ha dejado un niño, un niño que debe heredar las virtudes y el valor de su heróico padre.

Paguemos *hermanos mios* á esa tierna criatura la deuda que hemos contraido con su desgraciado padre.

Ni una palabra mas: Froilan cumplió con su deber; vosotros cumplireis con el vuestro.

Si aquel fué el dia de las lágrimas quizá mañana sea el de las justicias.»

Calló Felipe y colocó el manuscrito sobre la mesa; habia terminado la velada. Disolvióse la reunion citándose los hermanos para la semana siguiente, cuya sesion prometia ser igualmente interesante, pues, segun Felipe habia leído en el epígrafe del cuadernillo inmediato, era aquel dedicado á honrar la memoria de dos ilustres víctimas, sacrifica-

## CAPITULO VIII.

Lo que puede pasar durante ocho dias.

### I.

María se encuentra instalada hace bastantes dias en la casa de su abuelo.

Este, que tanto habia llorado á Angela, ha llegado á encontrar la compensacion del dolor que experimentara por la pérdida de su hija, con el hallazgo de su nieta.

María, por mas esfuerzos que hace, no puede dominar el dolor que la devora.

¿De qué nace esta pasion de ánimo?

¿Qué motivos tiene para sufrir tanto cuando al perder un padre ha encontrado otro, y cuando á la agitada vida que hasta entonces llevara ha sucedido una existencia tranquila, llena de comodidades y con el disfrute de todos los goces que puede proporcionarla la desahogada posicion de que su abuelo disfruta?

Necesario nos seria para comprenderlo poder registrar esos imperceptibles pliegues del corazon humano, pliegues entre los cuales escóndese casi siempre la amargura y el pesar.

Si nuestros lectores conservan en la memoria las primeras escenas de nuestro libro, deben recordar una frase exhalada por María en una esplosion de angustia y de dolor; frase, que es por decirlo así, la clave del enigma que hacia palidecer sus mejillas.

Al retirarse Felipe de casa de D. Antonio, la primera vez que nuestros lectores le vieron en ella, María, sollozando y afligida se dejó caer sobre el lecho en que agonizaba su padre, exclamando con acento desesperado:

—¡Ay! padre mio, ya lo ha visto V.; por él me estoy muriendo de amor, y él no ha tenido para mí ni una sola frase de cariño!...

Hé aquí la causa del dolor de María.

Acostumbrada desde su niñez á ver á Felipe á su lado, pues ya sabemos que, muy niño aun, se habia quedado huérfano y el padre de María se le llevó consigo, fuese ésta acostumbrando á quererle con fraternal afecto al principio, pero con un cariño muy distinto conforme adelantaron los años.

Felipe tambien amaba á María, pero como un hermano.

Imbuido en las mismas ideas de su padre, ideas avanzadas que de igual modo sustentaba el de María, educado y nutrido por decirlo así, en medio del infortunio, fué hombre antes de tiempo y todos sus esfuerzos, toda su energía, todo su sentimiento, se con centraron en aquella causa por la cual habia muerto el autor de sus dias, y que con tan delirante empeño defendia igualmente su otro padre adoptivo.

Mas tarde las exigencias de la misma causa á que se consagrara le obligaron á separarse de este último.

María quedó profundamente herida é impresionada.

Del mismo modo que Felipe habia concentrado todo su afecto en la libertad, constantemente perseguida y coibida por dó quiera, María, cuyo corazon era todo sentimiento, todo ternura, habia concentrado su afecto en los dos séres que la rodeaban, en su padre y Felipe.

Este comenzó á viajar y su corazon vagó en mas anchos espacios, las peripecias de su vida de conspirador, el cambio que en su suerte se verificó al ser reconocido por su tio, todo ello contribuyó, no para que se extinguiera el afecto que profesaba á María y á su padre, pero sí para que se debilitase algun tanto.

En la jóven sucedia todo lo contrario.

Cada dia que pasaba, se acentuaba de una manera mas potente, aquel amor inmenso que profesaba á su tio.

Involuntariamente, sus mejillas se cubrian de vivo carmin cuando su padre la daba algunas noticias respecto á Felipe.

El dia en que supo que éste habia encontrado á su tio, y que disfrutaba de la posicion que aquel tenia; que frecuentaba los mas elevados círculos de la córte, que se hallaba en camino tal vez de una gran fortuna, el dolor que experimentó su corazon adquirió mayores proporciones.

Empezó á medir la distancia que la separaba de Felipe.

Su padre no le habia revelado nunca su verdadera posicion.

No la habia dicho jamás que todavía de su patrimonio conservaba alguna parte; que su origen era digno y elevado; que su madre era hija de aquel mismo tio que Felipe habia encontrado, y que, por lo tanto, era ella la única heredera de sus riquezas.

Nada de esto sabia, y creíase muy inferior á Felipe, é

inferior tambien á todas aquellas damas á quienes éste, forzosamente, habia de conocer y tratar en su nueva posicion.

Y ansiaba poder regresar á aquella España, doblemente querida, porque en ella se hallaba el hombre, objeto de su cariño.

El movimiento insurreccional de 1868, abrió á D. Antonio las puertas de la patria.

Con delirante alegría llegó la jóven á Madrid, en compañía de su padre.

Desgraciadamente, Felipe no se hallaba á la sazón en la córte.

En las distintas ocasiones en que posteriormente pudo verle, Felipe fué solo para María el hermano tierno y afectuoso, pero nada mas.

La jóven en cambio, comprendió, con harto dolor, que amaba á Felipe con un afecto muy distinto del fraternal que éste la profesaba.

Así fué que, al penetrar en la casa de su abuelo, al habitar bajo el mismo techo que habitaba Felipe, en medio de la alegría que debia experimentar al ver al noble anciano, padre de su madre, que la estrechaba cariñosamente sobre su corazon, sintió un dolor punzante, desgarrador, al escuchar la voz de Felipe que la decia afectuosamente:

--- Si antes te queria como un hermano mayor, hoy, que respecto á tí añado á este carácter el de tío, mi afecto es doblemente estremado.

Desde aquel momento la vida de María fué un tormento continuo. Veíase obligada á ocultar toda la inmensidad de su infortunio para no afligir á aquel noble anciano que la queria y mimaba con paternal solicitud.

Mas á pesar de cuanto hacia, el dolor, mucho mas fuerte que su voluntad, se reflejaba siempre en su semblante.

En vano era que D. Eugenio tratase de interrogarla para averiguar la causa de su tristeza.

María, entonces, lo acariciaba y procuraba hacerle comprender que era completamente feliz y que su duda era hija únicamente del afecto que la profesaba, que le hacia ver lo que no existia.

Felipe á su vez estaba igualmente preocupado hacia algun tiempo.

Apenas dirigia una frase de afecto á la jóven; parecia que hasta evitaba su presencia.

María advertia tan estraña conducta y esto contribuia á aumentar su pena.

Tal era la situacion en que se hallaban nuestros personajes al cabo de los dias que habian transcurrido y en que, á consecuencia de la lectura de las memorias de D. Antonio, la huérfana habia pasado á la casa de su abuelo.

Volvemos á encontrarnos con los tres bribones, que tal calificacion podemos dar á Lopez, *Antojitos* y Antonio.

Han pasado tres dias de la escena que presenciarnos en el café de la plaza de la Cebada.

En este momento se halla nuestro célebre Triunvirato en las puertas del Congreso, aumentando el número de los curiosos, tomando parte en las discusiones mas ó menos acaloradas que tienen lugar entre los grupos, procurando escitar los ánimos y desprestigiar aquello mismo que quieren enaltecer.

—Vamos á ver ¿cómo van nuestros asuntos? preguntó Lopez dirigiéndose á sus compañeros y llevándolos aparte.

—Se me antoja que no van muy bien, que digamos; por mas esfuerzos que hacemos la mayor parte de los soldados dicen que nones y creo que si continuamos así, saldremos con las manos en la cabeza.

—Eso nunca, *Antojitos*, ó somos mozos de *pesqui* ó no; la cuestion está en apandar los *chulés* de los Alfonsinos y de los otros, que tambien nos pagan con largueza; lo demás debe importarnos un bledo.

Lo principal es nadar y guardar la ropa, ó lo que es lo mismo, conservar el número uno: con que se oigan unos cuantos gritos y mantengamos cierta agitacion é indisciplina en los cuarteles, cubrimos el espediente y Cristo con todos.

—Esa es la fija, Antonio; por ese camino llegarás á ser un mozo de provecho.

—Ya se vé que sí.

—Si por algo me gustas es por lo modesto.

—Chico, quien tiene modestia no pasa toda su vida de ser un pelele.

—Hablemos de otra cosa; dime *Antojitos* ¿hiciste mi encargo?

—¿Cuál? el de la muchacha?

—Sí.

—Pues no, que no; crees tú que yo me duermo en las pajas?

—¿Dónde para?

—¡Cá! chico si es toda una historia.

—Cuenta, cuenta...

—Figúrate que aquella moza ha tenido un fortunon soberbio.

—Ya sospechaba yo que el viejo tenia cuartos.



—¡Cá! No ha sido ese viejo el que la ha proporcionado esa suerte.

—Ya, algun tío berrugo, de esos que ya no pueden con los calzones pero que están cargados de relucientes peluconas y van buscando muchachas bonitas para hacer su suerte.

—Vamos, Antonio, tampoco das en el quid.

—Pues entonces no sé lo que es.

—*Antojitos*, acaba ya y no me fastidies mas con tus sandeces.

—Pues habeis de saber que la muchacha se ha encontrado, como si dijéramos, un tío en Indias.

—¡Hum! mala espina me dan á mí esos tios.

—¡Mal pensado! este es un abuelo, pero un abuelo real y efectivo que *avilla* mas parné que has visto en toda tu vida.

—Pues señor, ahora si que me conviene la muchacha, repuso Lopez, cuyos ojos brillaron codiciosamente.

—Me llamo á la parte, repuso Antonio.

—Calla, imbécil.

—Pues tendria que ver! Despues que uno se ocupa de tí...

—Yo os prometo que no tendreis por qué quejaros de mí... el dia en que me case.

—Presumo que eso está un poco lejano.

—Mira, hazme el favor de no venirme con siniestros augurios.

—Cuando yo lo digo, me fundo en algo.

—Pues espícate.

—En primer lugar debo decirte quién es el abuelo en cuestion.

—Acaba.

—Es el tío de D. Felipe.

—¡Ah!

—La muchacha parece que anda triste y preocupada; á D. Felipe, que por lo visto es también tío de María, le sucede lo mismo y todas estas cosas me prueban que si el amor no anda entre ellos, les falta muy poco.

Lopez se quedó pensativo durante algunos segundos: lo que acababa de escuchar habíale llamado la atención, haciéndole recordar la escena que ocurrió la noche en que se presentó en casa de D. Antonio á practicar el registro, pretesto empleado para obligar á María á que aceptase su amor.

El interés que Felipe mostró entonces, corroboraba hasta cierto punto la suposición hecha por *Antojitos*.

Así fué, que al cabo de algunos momentos repuso:

—Sabes que es grave lo que acabas de decirme?

—Irias á abandonar la plaza por semejante contra-tiempo?

—¡Cá! por el contrario, esto me hace formar mayor empeño.

—Y es natural.

—Lo único que hay es que necesitamos proceder con mayor cautela.

—Eso es cuenta tuya.

—Nó, cuenta vuestra: para que veais como yo sé apreciar á los amigos, desde este mismo momento os asocio á los beneficios que pueda producirme mi matrimonio.

—¡Hombre! ¿será verdad?

—Lo dicho; yo hago las cosas siempre así.

—Y bien mirado, qué demonio, á ayudarte vamos...

—Y mucho. Por lo visto, tú, Antojitos, cuentas con relaciones dentro de la casa, he?

—Ya lo creo; pues si hay allí una doncella que está muerta por mis pedazos.

—Pues chico, francamente, mal gusto tiene la desdichada.

—Vamos á lo que importa, dijo Lopez, cortando la frase con que Antojitos iba á responder á Antonio.

—Tú dirás.

—Antonio, es necesario que se ocupe en averiguar la vida y milagros de D. Felipe.

—¡Cáspita! pues ahí es nada la tarea que me encomiendas.

—Conviértete en su sombra, y entérate á dónde vá y en qué se ocupa.

—Corriente; te prometo que has de quedar satisfecho de mí.

—¿Y yo? preguntó Antojitos.

—A tí te permito que sigas haciéndole el amor á tu... doncella, pero á condicion de que ésta consiga apoderarse por completo de los secretos de su ama.

—Entiendo.

—Pero y tú, entonces, qué te reservas?... dijo Antonio.

—El derecho de obrar en virtud de lo que vosotros me digais.

—Y sobre todo, el papel de casado... si llega á serlo... ¿Te parece poco?

—La cuestion es de cuartos.

—Tras ellos vamos todos.

—¿Teneis dinero?

—¡Phel! alguno nos queda; pero eso no viene nunca

mal; si quieres darnos algunos millones á cuenta de la dote de tu mujer... los aceptamos.

—Si tuvieras las narices tan largas como la ambicion...

—No estaria mal, nó; te aseguro que ni Ovidio Nasone...

—En fin, tomad y seguid manteniendo la alarma y la inquietud; esparcid de cuando en cuando alguna noticia de efecto.

—¡Oh! eso ya sabemos hacerlo á las mil maravillas.

—Pues no perdais la costumbre y á trabajar.

—Es decir, que por ahora no nos necesitas.

—¡Nó! en el momento en que sepais algo de interés avisadme.

—Por mi parte estate seguro que tal vez mañana ó pasado te dé noticia exacta de lo que hace D. Felipe.

—Poco es un dia para averiguar la vida de una persona como D. Felipe; no por tu presuncion vayamos á dar un golpe en vago.

—Descuida, que no soy tan tonto.

—En cuanto á tí, espavila bien á esa doncella que puede servirnos de mucho.

—Muchas veces he tenido intencion de enviarla á paseo, pero me ha contenido el aquel de que quizás algun dia podia serme útil, y ya tú ves como no me he engañado.

—Si continúas así, llegarás á ser un buen lebrel.

—Lo malo es que con estos republicanos poco podremos medrar nosotros.

—¡Phel cuando Dios quiere con todos los aires llueve, dice el refrán, y los mozos como nosotros siempre son necesarios. ¡Eal á trabajar que yo voy á entrar en el Congreso á ver lo que pasa por allí dentro.

Los tres bribones diéronse un apretón de mano y se separaron tomando cada uno dirección opuesta.

Esta conversación había sido tenida en la acera de las casas de Santa Catalina, frente al Congreso, precisamente al lado de una reja baja, adornada con una persiana verde.

Imprudencia estraña en aquellos bribones, porque debieran calcular que detrás de aquella persiana podía haber gente que escuchara y oyera.

Efectivamente, detrás de la persiana había alguien que escuchó y oyó, porque inmediatamente que Lopez se separó de sus camaradas, tres hombres salieron del portal á que pertenecía la reja baja.

Como hacia frío iban abrigados con sus capas y con el embozo hasta las narices.

Uno de ellos, que por sus maneras é inflexión de voz parecía ejercer alguna superioridad sobre los demás, dióles en voz baja á los otros dos algunas órdenes, que inmediatamente fueron puestas en ejecución.

El uno se lanzó en seguimiento de Antojitos, el cual tomó el camino de la calle del Prado; el otro se colocó sobre la pista de Antonio, que, habiendo subido por la Carrera de San Gerónimo, se encaminaba á la de Jitanos; en tanto que el tercer embozado, ó sea el que parecía jefe ó superior, penetraba en el Congreso en seguimiento de Lopez por la puerta de la calle de Jovellanos, ó lo que es lo mismo, por la que solo es acequible á los diputados, periodistas, y á las visitas que van á robar el tiempo á unos y á otros.

Por lo visto, Tomasito tenía cierta influencia, ó era conocido de alguno de los porteros, porque la puerta de la

izquierda, que conduce á la tribuna de la prensa y á varias otras reservadas, se le abrió sin dificultad.

Lopez hizo un ligero saludo, dándose importancia, y empezó á subir la escalera.

¿A dónde se dirigia? mas tarde lo sabremos.

Pero es lo cierto, que el embozado que le seguia los pasos no debia tener menos influencia que Tomasito, cuando al llegar delante del mismo portero que acababa de cerrar la puerta de la escalera, bastó que aquel bajara un poco el embozo de su capa y descubriera á medias su rostro, para que el portero, gorra en mano y haciendo algunas genuflexiones y cortésias, se apresurase á abrir nuevamente la puerta.

Por pronto que el embozado, aun saltando de dos en dos los escalones, llegó al último tramo, ya Lopez habia desaparecido de su vista y se habia eclipsado.

¿A qué tribuna se habria dirigido? Vaya V. á adivinarlo.

¿A la de periodistas? no era lógico, porque en ella habria muchos que lo conocerian de muy antiguo y de allí lo hubieran echado á patadas.

¿A la del cuerpo diplomático? pensar esto era un absurdo.

¿A la de los ex-diputados y senadores? no era lógico que en semejante sitio tuviera Lopez cabida, ni menos relaciones de ninguna especie.

En la duda, nuestro desconocido penetró en la de periodistas, donde indudablemente tenia amigos, pues muchos al verle se apresuraron á saludarle y estrechar su mano.

Colocóse en los asientos mas altos de tercera fila y desde allí empezó á recorrer con la vista todas las tribunas de la

derecha, que son precisamente las que acabamos de indicar.

En aquellos momentos se ocupaba la Asamblea de la interesantísima discusion del proyecto de ley sobre la abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico.

Todas las facultades, todos los oidos, todos los ánimos se hallaban en aquel momento pendientes de la voz del eminente orador que usaba de la palabra.

Y nada tenia de extraño; aquel orador era Castelar, que pronunciaba uno de los mas notables discursos que han brotado de sus labios; discurso que entrañaba tan extraordinaria importancia, cuanto que á él se debió mas tarde el patriótico, el sublime espectáculo que presentó á los ojos de la Europa entera, la sesion del 22 marzo, votándose por unanimidad la abolicion de la esclavitud.

Cuando nuestro desconocido penetró en la Tribuna se hallaba Castelar en uno de los mas brillantes períodos de su discurso.

El silencio con que era escuchado era tal y tan solemne, que hubiérase oido el vuelo de una mosca.

El mismo embozado, no pudiendo resistir á la general fascinacion de aquella poderosa elocuencia y olvidándose por un momento de Tomasito, fijó toda su atencion en el ilustre Tribuno que en aquel momento exclamaba:

»Pues qué, ¿por ventura no debemos decir la verdad, toda la verdad? ¿Por ventura, la cuestion de la esclavitud es una cuestion nacional, puramente nacional en que la nacion sea dueña absoluta de su soberanía y de sus destinos? ¿Lo creis así? ¡Ah! os engañais. ¿Por qué no hemos de decir la verdad? La cuestion de la esclavitud es una cuestion internacional, no puede menos de ser una cuestion internacional.

»Prescindamos de una idea que ya he apuntado muchas veces y que sostengo ahora; la idea de que es imposible que existan ciertas instituciones y ciertos cambios en el espíritu de los pueblos, sin que estos cambios en el espíritu de los pueblos se universalice por toda la tierra.

»Pues qué, cuando no habia telégrafos, ni caminos de hierro, ni los pueblos se conocian unos á otros, ¿no coinciden con eso que se llama sincronismo histórico, no coinciden todos los grandes movimientos y todas las grandes transformaciones sociales? Es mas; hay un historiador que sostiene, con gran copia de datos, que coinciden los movimientos europeos con los movimientos asiáticos y con los movimientos americanos, aun antes de que se conociera la América, por indicios de la historia y de los monumentos, como si el espíritu humano habitara en todo el planeta. Pues qué, ¿no se conmueve á un mismo tiempo toda la Europa feudal, y á un mismo tiempo aparecen en el siglo duodécimo, poco mas ó menos, las comunidades con los gremios?

»¿No cae este feudalismo al mismo tiempo en toda Europa? Luis XI, Fernando V, Maximiliano de Austria, ¿no son á la verdad un mismo espíritu, aunque sean distintas y diferentes personificaciones de este espíritu? ¿Quién descubre á un tiempo la brújula, la imprenta, el telescopio, todos los medios de dominar la tierra? Cuando en seguida se descubre América para completar este poema del trabajo ¿no aparecen los reformadores? ¿No se fundan las monarquías absolutas? Enrique VIII, Felipe I, Carlos V, Felipe II ¿no son la misma personificación? ¿No viene el movimiento liberal de Europa, el levantarse de las clases medias, el caer de los reyes, el abolirse la orden de los jesui-



tas, el establecerse el espíritu de la enciclopedia en todas partes con Pombal, con Choisseaux, con el conde de Aranda, con Leopoldo de Toscana? ¿Qué quiere decir esto? Que las cuestiones todas difícilmente son nacionales; que hay en todos los grandes problemas humanos un lado internacional. Yo recuerdo que aquí mismo, desde este sitio, cuando yo hablaba del influjo que había de tener la Revolución de setiembre en todos los problemas europeos, se decía: «Este Castelar es poeta siempre; siempre fuera de la realidad. ¡Pues no decía que nuestro modesto puente de Alcolea, que esta nuestra Revolución, que como todas las nuestras, se reduce á un cambio de destinos, que todo va á influir en Europa y va á transformar el mundo!» Y sin embargo, señores, mirad lo que ha sucedido; mirad á aquella Revolución española; el poder temporal de los papas ha caído; el jefe de la Francia con el antiguo imperio ha caído también; la República está en la nación vecina y está en España; la unidad está en Alemania, y Europa entera se ha transformado al cañonazo que sonó en el puente de Alcolea.

»¿Y por qué, señores, por qué? Por este sincronismo histórico, por este gran sincronismo histórico, que prueba una cosa, que si yo fuera capaz de entrar en esa discusión que con tanto gusto entra mi amigo el Sr. Pidal, diría que es la derrota de los materialistas y la victoria de nosotros los espiritualistas; porque prueba la unidad, la identidad, y hasta cierto punto la divinidad bajo el cielo del espíritu humano.

»Pues bien; la cuestión de la esclavitud era una de estas cuestiones; la cuestión de la esclavitud era lo que no podía menos de ser, una cuestión internacional. ¿Por qué?

Porque el principio verdaderamente evangélico, aun que algo comentado y ampliado por la ciencia filosófica, el espíritu que separa el siglo xviii del siglo xix, es la libertad y la igualdad de derechos. Así, sucedió un día, que la Convencion francesa divulgó este gran principio, el cual estaba ya proclamado en anteriores Constituciones; y un pobre negro que habia subido desde el hondo abismo de su servidumbre y de su ignominia hasta la cima de la Convencion, se levantó y dijo: «habeis declarado la unidad de derechos humanos, la igualdad de derechos humanos, la libertad del espíritu humano; yo tengo espíritu, yo tengo ideas, yo tengo palabra como vosotros, yo siento algo aquí, en mi frente; yo soy una conciencia y una razon y no soy libre; luego son mentira todos vuestros principios.» Y entonces, en una sola sesion, movida aquella gran Asamblea, que algunas veces caia en el cieno de todos los crímenes, pero que otras veces se levantaba hasta las alturas del ideal, aquella Convencion dijo: «no nos deshonremos discutiendo esto;» y abolieron la esclavitud.

»Yo he referido muchas veces y repito ahora la escena que se siguió á esto; se abrieron las puertas como si invisible mano las moviera; entraron los negros, abrazaron á los convencionales, se arrojaron á sus piés, lloraron; y yo he dicho que aquellas lágrimas borraron para siempre las manchas de sangre que tenia en sus manos la Convencion francesa.

»Pues bien; desde este momento, desde este gran momento, no habia remedio; la abolicion de la esclavitud tenia que correr como un reguero de pólvora por toda la tierra. El hombre á quien tanto ha adulado la servil complacencia con el poderoso, que ha llegado á llamarle génio

sobrenatural, cuando no hay nada sobrenatural para salvar á los ciudadanos mas que el ejercicio de sus derechos por sí mismos, ese génio sobrenatural que ha dado en llamarse el primer coloso de la fortuna y de la guerra, quiso destruir la obra de la Convencion; restauró la esclavitud en Santo Domingo, y entonces vinieron, á resultas de esta gran apostasía del gran apóstata, del Juliano apóstata de la revolución, entonces vinieron aquellos escándalos, aquellas desgracias y aquellos crímenes que crímenes fueron, pero no menores que los que han cometido todos los pueblos desde España hasta Rusia, por su libertad y por su independencia.»

Escusado es decir, porque se comprende perfectamente, que cada párrafo, cada período; de tan magnífico discurso era aplaudido frenéticamente.

Las voces de ¡*Bravo!* ¡*bravo!* ¡*bien, bien!* se repetian sin cesar, lo mismo en los bancos de los representantes de la Asamblea, que en las Tribunas, pública y reservadas.

La satisfaccion se hallaba pintada en todos los semblantes; el entusiasmo se desbordaba de todos los pechos; la alegría se reflejaba en todos los ánimos.

Uno de los que mas gozaban en aquellos momentos era nuestro desconocido, que olvidándose sin duda del objeto principal que le habia conducido á aquel sitio, parecia vivamente impresionado.

Sin embargo, en medio de su entusiasmo, una voz, sin duda bien conocida, vino á sacarle de su éxtasis, obligándole á volver rápidamente la cabeza.

En la tribuna de los ex-diputados y senadores, aunque colocado en segundo término, Tomasito hablaba y gesticulaba acaloradamente, siendo uno de los que mas aplaudian.

A su lado y sonriéndose de una manera equívoca, había otro caballero de elegante porte y finas maneras, aunque ya entrado en años y completamente calvo.

Lucia en el ojal de su levita una condecoracion encarnada, que lo mismo podia ser la de la *Cruz de Cristo*, la de la *Espuela de Oro*, ó la de la *Legion de Honor*.

Lo cierto es que aquel individuo, que en tan cordial armonía se hallaba con el inclito ex-polizonte, era igualmente un ex-diputado tradicionalista, que se hizo célebre, en época no muy lejana, por los soporíferos cuanto insolentes discursos que pronunció en el Congreso.

*Dime con quien andas y te diré quien eres*, dice el refran, y en ninguna mejor ocasion podia aplicarse proverbio tan verídico como en la presente, al ver á Tomás tan amigote del ex-diputado carlista.

El desconocido púsose de pié, y como la distancia que media de la Tribuna de periodistas á la en que se hallaba Lopez es muy corta, éste, que habia vuelto maquinalmente la cabeza, conoció perfectamente á aquel, con tanta mayor razon, cuanto que, como comprenderán nuestros lectores, el embozo no le ocultaba ya la cara.

La sorpresa y la angustia se reflejaron en las facciones del polizonte; aquel encuentro positivamente no le habia sido nada grato.

Toda la sangre se le arrebató á la cara y deslizándose poco á poco del asiento que ocupaba, procurando ocultarse lo mejor posible, fué escurriéndose hasta la puerta, la cual abrió sin hacer ruido, y salió de la Tribuna á paso de lobo y hasta sin despedirse de su amigo.

Ya fuera, sus piernas adquirieron mayor ligereza y en dos saltos cruzó las dos ó tres habitaciones que conducen á la escalera.

Dos minutos mas y estaba en salvo.

Pero habia echado la cuenta sin la huéspedea.

El desconocido, que habia seguido todos sus movimientos, y aunque le era en extremo sensible dejar de oír la terminacion del discurso de Castelar, con igual rapidez que Lopez y casi á un tiempo llegó al peristilo de la escalera en el momento en que éste, agarrado á la barandilla, se disponia á franquearla en dos saltos.

El desconocido le sujetó fuertemente por el cuello.

—No tan deprisa, señor Lopez, no tan deprisa..... hace dias que me vá V. huyendo el cuerpo, lo cual prueba que me teme, y siendo esto así, algo me debe.

—¿Yo?... señor D. Felipe, replicó el ex-polizonte completamente trastornado y confuso.

—Sí, V. que para haber pertenecido á la policia es bastante poco precavido y aun mucho torpe.

—No comprendo lo que V. quiere decir.

—Quiero decirle, que para averiguar mi vida, que es bastante pública, no necesita valerse de ninguno de los truhanes, dignos compañeros suyos, puesto que yo mismo, si tanto interés tiene en saberla, puedo satisfacer cumplidamente su curiosidad.

—Francamente, señor D. Felipe, replicó Tomás, repeniéndose poco á poco, cada vez entiendo menos lo que V. me quiere decir.

—Voy á darle un consejo, dijo D. Felipe clavando sus ojos de águila sobre el atribulado Tomasito; cuando haya de tratar asuntos que requieran cierta reserva debe hacerlo al aire libre y léjos de puertas ó ventanas, detrás de las cuales puede muy bien escucharse.

—Como V. no se esplique mejor...

—La esplicacion es muy sencilla. He oido y me he enterado de la conversacion que hace media hora tenia V. con dos bribones en la acera de las casas de Sta. Catalina. En cuanto á lo que á mí hace referencia, ya le he dicho que puedo satisfacerle cuando guste. Pero hay otra cosa de mayor importancia y quiero prevenirle antes de que le suceda una desgracia... lo cual sentiria.

Se trata de mi sobrina María, en quien segun parece se ha atrevido V. á poner los ojos.

—Señor D. Felipe, juro á V. que yo soy incapaz...

—Déjeme V. acabar. Mi sobrina María ha despreciado á V. desde el primer momento, tanto como se merece un canalla como V.

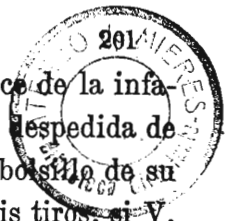
—Señor mio; V. abusa de su posicion.

—Abuso y usaré de ella como bien me pareciere; no tengo por qué, ni para qué tener consideracion alguna con un hombre cuyo paradero sé perfectamente cuál ha de ser, andando el tiempo...

Tomás Lopez sudaba la gota gorda; su fisonomía habia cambiado progresivamente de colores; del blanco mate al rojo amapola. Sentia un malhestar en todo su cuerpo que le producía una especie de temblor convulsivo. La dominacion que ejercia en él D. Felipe era bien patente.

Este, sin alterarse en lo mas mínimo y con una serenidad que contrastaba perfectamente con el deplorable estado del polizonte, continuó:

—Como he dicho, mi sobrina ha despreciado y desprecia á V. tanto como se merece. V., ya que por medios legítimos nó, por otros altamente reprobados y punibles proyecta V. yo no sé qué infamia; pero como estoy prevenido, le advierto: 1.º Que la criada á quien su satélite trata de



seducir ó ha seducido ya, para hacerla cómplice de la infamia que medita, será dentro de una hora despedida de mi casa, y 2.º, añadió llevando la mano al bolsillo de su gabán y mostrando á Lopez un revolver de seis tiros, si V. se permite, ó cualquiera de sus amigos, penetrar por las puertas de mi casa, hé aquí el instrumento con que le haré volver á la razon. Esté V. convencido de que lo mataré como á un perro, si V. me obliga á ello.

Lopez quedó como petrificado: quiso hablar y no pudo; las palabras no pasaron de su garganta....

La manera de decir de D. Felipe era tan tranquila que no dejaba lugar á la duda y era positivo que cumpliría su amenaza si Lopez se permitía el menor esceso.

La conversacion no pudo prolongarse por mas tiempo, porque, habiendo terminado la sesion, la gente salia de las tribunas agolpándose en el tramo de la escalera, donde se hallaban nuestros dos interlocutores.

Felipe, despues de hacer un movimiento como para recordar á Lopez que no olvidase lo que acababa de decirle, descendió lentamente la escalera en compañía de dos ó tres periodistas, amigos suyos, que se le reunieron, dirigiéndose con ellos hácia el café Suizo.

Por su parte, Lopez, tal era la impresion de terror que le habian causado las palabras y la terrible amenaza de su antiguo Jefe, que, tambaleándose, bajó la escalera y hubo de pedir un vaso de agua en la portería antes de salir á la calle.

¿Qué resultado obtendrian las investigaciones de los individuos que por encargo de Felipe siguieron á los otros dos bribones? Mas adelante lo sabremos; por ahora traslámonos á la calle de las Huertas para asistir á la tercera

sesion que debe celebrarse en la lógia masónica y que promete ser interesantísima: en ella debe leerse la relacion histórica de los martirios y suplicio de dos ilustres víctimas; *Riego* y *Mariana Pineda*: compañero el primero del padre del difunto D. Antonio; simpática figura la segunda y cuyo recuerdo se conserva siempre grabado en el corazon de todos los liberales.

---



## CAPITULO IX.

Fernando VII.—Ligera reseña de sus iniquidades.—Historia de dos de las mas ilustres victimas sacrificadas á su implacable saña.—Suplicio de Riego y la Pineda.

### II.

Eran las ocho de la noche.

Reunidos en su mayor parte todos los individuos de la lógia masónica, que ya conocemos, se reflejaba en sus semblantes el vivo interés con que se preparaban á escuchar la continuacion de la lectura del manuscrito, cuyo trabajo estaba encomendado á Felipe.

El difunto don Antonio era hijo, como se lo oimos decir á él mismo, de un ilustre patricio, amigo y compañero del héroe que simboliza en España el progreso y la libertad; de *Riego*, sacrificado á la implacable saña del monarca mas ingrato y veleidoso, mas cruel y mas tirano que registra la historia contemporánea.

Nadie mejor que un testigo presencial podia referir con escrupulosa exactitud los hechos que condujeron á aquel

mártir á tan terrible catástrofe, y habiendo sido el padre de don Antonio uno de los individuos que compartió con el héroe de Las Cabezas de S. Juan, sus penas, sus persecuciones y sus amarguras, nadie mejor tampoco podia dar cuenta de ellas, en términos precisos, irrecusables.

Todos los hermanos de la lógia se mostraban impacientes; así que, tan luego como Felipe tomó en sus manos el manuscrito, un profundo silencio sucedió á las conversaciones particulares que momentos antes sostenian entre sí algunos de ellos.

El *venerable* indicó á Felipe que podia dar principio á la lectura, y éste lo hizo en los siguientes términos:

«Como mi constante propósito, *hermanos* queridísimos, es demostrar, para que el pueblo aprenda en las lecciones de la historia, lo que puede esperar y debe temer de los monarcas, cualquiera que sea la denominacion con que se disfracen, Rey absoluto, Rey constitucional, porque en la esencia es lo mismo; como quiera que el reinado de Fernando VII mas próximo á nosotros, se presta mejor que otro alguno á la útil enseñanza que deseamos, pues, como ningun otro, está plagado de crímenes y violencias, de atropellos y desafueros, de villanías é iniquidades, y por su causa se ha derramado tanta sangre liberal, lo mismo en los campos de batalla que en los patíbulos, por él voy á dar comienzo, teniendo muy presente las relaciones que de esta época oí referir á mi pobre padre, que fué una de las víctimas de tantas persecuciones y tantas indignidades.

En bien pocas líneas se halla admirablemente retratado por el notable publicista Guzman de Leon, la fisonomía de aquel monarca ingrato, cruel y veleidoso; de aquel hombre

que de nadie fué querido, ni aun de aquellos á quienes prodigó sus beneficios y cuya muerte léjos de ser sentida ni mucho menos llorada, produjo un júbilo inmenso, universal en toda Europa.

Muerto el monarca, el pueblo pareció respirar con alguna mas libertad.

Fernando VII no poseia el afecto de nadie.

Absoluto é inclinado por carácter y temperamento á la ingratitud y al despotismo, así burlaba á los realistas y les castigaba cuando le convenia parecer bien á los liberales, como desterraba, ponía en duras mazmorras, ó asesinaba á los liberales cuando las circunstancias le eran propicias, para entregarse á sus instintos y echarse en brazos de los realistas.

Perjuro é inconstante con todos, nunca satisfizo á ninguno.

Hijo desnaturalizado y falto de respecto, él fué la principal causa de las tribulaciones y desdichas que experimentó, en el último tércio de su vida, su mentecato padre, y al que obligó á abdicar.

Mal esposo, no pudo hacer feliz á ninguna de las cuatro Reinas, que con él compartieron tálamo y trono.

Mal español, perjuro y traidor; porque, aparte de otras muchas razones de gran peso, basta para que el rubor de la indignacion y de la vergüenza encienda nuestro rostro, leer las miserables cartas llenas de humillaciones y bajasas, dirigidas por él á Napoleon I desde el palacio de Valenciens, donde estuvo prisionero, prodigando insultos á su propia patria, á aquel pueblo que tuvo el mal gusto y el estúpido capricho de apellidarle *El deseado*.

Los hombres exaltados de todos los partidos, de los par-

tidos entonces militantes, no podían ni aun estimarle; antes habían de aborrecerle.

Los más templados y pensadores, no podían menos de despreciarle, cuando no le miraban con horror.

Rey ignorante y bajo, hizo como por escárnio, ó para hacer alarde de la pequeñez de sus sentimientos, cerrar las universidades y mandó abrir escuelas de tauromaquia.

No tuvo inconveniente en humillarse como vil siervo á Napoleón, el cual le despreciaba igualmente, tratándole hasta con dureza, mientras el pueblo derramaba noblemente su sangre por reconquistar su independencia.

El ingrato pagó con las cadenas y el suplicio los eminentes servicios de los héroes, que, al mágico grito de independencia y libertad, levantaron la corona de España arrojada por él á los pies del sobervio emperador.

¿Qué podía esperarse de un rey que en el siglo XIX se atrevía á tratar de vasallos á sus súbditos, como señor de horca y cuchillo?

Tal era Fernando VII.

Infinitas son las víctimas sacrificadas á su crueldad y su perfidia; tantas, que sería prolijo enumerarlas; pero las que se destacan en primer término, los principales nombres de aquellos mártires, que no se borrarán jamás de la mente ni del corazón de los españoles, son: *Riego, Empeinado, Torrijos, Lacy, Porlier, Ricart, Manzanares, Millar y Mariana Pineda*, todos ellos sacrificados á las iras del tirano.

Cataluña; la noble, la valerosa, la indomable Cataluña también pagó con exceso su tributo de sangre al feroz monarca.

Un nombre existe gravado en la mente de los catalanes,

que vá íntimamente ligado al de Fernando y que pasará á la posteridad, de padres á hijos, por el hõrror que inspira, por la indignacion que produce:

Este nomb're es el del Conde de España.

Él reorganizó en Cataluña los cuerpos de voluntarios realistas y creó una policia secreta que en breve tiempo pobló las cárceles de liberales, tal vez para acallar los clamores del bando apostólico. ¡Cuántos inocentes fueron sacrificados á su cruenta saña!

Una declaracion anónima era suficiente para decretar una prision, aceptándose como legítimas las declaraciones de los mismos individuos de la policia.

No bastaba esto: los presos no tenian mas cama en su inhumano calabozo, que una mala estera; comian un rancho infame que se les hacía pagar á peso de oro y hasta se les obligaba á limpiar sus propias inmundicias.

Se les encerraba con los ladrones y asesinos, á quienes se concedia el perdon para que sirviesen de espías. Se hacian los registros de los presos esponiéndolos desnudos á la intemperie, en medio de un dia cruelísimo del invierno y los que no iban pronto al patíbulo, despues de algunos meses de prision y de martirio, marchaban á los presidios de Africa con la cabeza rapada!...

Todo esto era lo que el pueblo catalan liberal debió á su *deseado* monarca, siendo el ejecutor de tantas atrocidades el Conde de España.

Aprende, pueblo, aprende, y no olvides jamás estas tristes pero utilísimas lecciones!

Los presidios se llenaron de familias enteras en las que, la esposa purgaba el delito de no haber querido declarar contra su marido y su hijo contra su padre.

Aun no satisfecho con esto el inhumano, el sanguinario conde, hacía de vez en cuando, como él decía, sus *remesas al cadalso*.

¡Barcelona estaba aterrada!

La primera de estas remesas se verificó el 19 de setiembre del año 28, componiéndose de *trece víctimas*: otra de *once* el 26 de febrero siguiente; y otra de *nueve* el 30 de junio.

Para mayor solemnidad, un cañonazo anunciaba las ejecuciones y quedaban colgados de la horca los rígidos troncos de tantos infelices, ofrecidos á la espectacion pública.

El conde no faltaba jamás á estos espectáculos: en ellos se gozaba, se deleitaban sus instintos de hiena; sus labios se plegaban, su boca sonreía con inefable deleite.

La desesperacion de los infortunados presos llegó á tal extremo, que en pocos dias se intentaron quince suicidios, llegando algunos á consumarse; faltos de medios para llevar á cabo su desesperado propósito, el uno se traspasó la cabeza con un clavo que habia en su calabozo; el otro se abrió las venas con un hueso puntiagudo, un tercero se estranguló y otro se atravesó la garganta con un vidrio!...

Es imposible escribir ni leer semejantes infortunios sin estremecerse de indignacion y maldecir al mónstruo causante de tantos horrores.

El cielo es justo, y como no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, el feroz conde satisfizo la suya pereciendo de una manera desastrosa.

¿Pero qué significa la vida de un mónstruo semejante comparada con las de tantas víctimas inocentes sacrificadas á su feroz venganza?

Como quiera que seria una interminable tarea referir minuciosamente la historia de tantos y tantos mártires, porque, en tal caso, habríamos de ocupar muchos volúmenes, nos limitaremos á reseñar algunos episodios de los mas principales y naturalmente descuella como el primero entre todos el que se relaciona con la muerte de

#### D. RAFAEL DEL RIEGO.

Si algun nombre hay popular en España, dice con gran verdad en una de sus obras un íntimo amigo nuestro, y del cual tomamos estos apuntes (1), es sin duda el de Riego, convertido por su popularidad en símbolo y héroe de la libertad; cada vez que el pueblo sufre alguno de esos sacudimientos que cambian de faz la política del Estado, la memoria de Riego hiere la imaginacion de todos y los corazones se electrizan á la simple audicion del himno que lleva su nombre.

Y sin embargo, estamos por decir que la mayor parte de los que pronuncian aquel nombre, la inmensa generalidad de los que tararean aquel himno, el mas popular sin duda de todos los cantos populares y patrióticos de Europa, no conocen á punto fijo, ni las hazañas, ni las desdichas del hombre á quien victorean. Algunos tienen noticia de que Riego fué el alma de una revolucion constitucional y que pereció mas tarde en el cadalso, víctima de la reaccion absolutista, pero nada mas.

¿Basta esto para glorificar á un hombre ante la conciencia de los pueblos?

No basta; es menester que los ídolos tengan un pedes-

---

(1) Angelon.

tal mas sólido que la mera opinion de la generalidad; es indispensable que antes de hacer un héroe se conozcan sus hazañas; la glorificacion debe ser consecuencia de la virtud probada. Los pueblos no están dispensados de tener lógica, pero tienen derecho á que se les faciliten los medios necesarios para ser consecuentes.

Poco se ha popularizado en España la vida de Riego, y menester era que fuese referida al pueblo, si la epopeya no habia de degenerar en cuento, si la historia no habia de perder con el tiempo su carácter de verdad y adquirir el incierto color de tradicion.

Vamos, pues, á bosquejar la situacion de España y á trazar la série de acontecimientos en que tuvo participacion el general Riego, ese ejemplo vivo de la verdad de una sentencia que dice, que, en los períodos revolucionarios, el Capitolio se halla á un solo paso de la Roca Tarpeya. A pesar de lo cual, y de que esta sentencia es barto sabida de aquellos héroes que han recibido de Dios el dón, fatal muchas veces, de descollar por cima del vulgo de las gentes; únicamente en ciertos períodos críticos de las sociedades, brotan por lo comun esos héroes de la abnegacion patriótica, puntos luminosos, astros que disipan las tinieblas de un período histórico, que mancharia las crónicas de un país, si los mas grandes confesores, apóstoles y mártires de una causa no aparecieran en las épocas de mayor persecucion. ¿Acaso la tiranía de Diocleciano no fué origen de una de las mas brillantes fases del cristianismo?

Rafael del Riego, oscuro oficial del ejército español, conquistó un triunfo envidiable merced á las circunstancias políticas de la época en que vivió; el comandante, cuyo nombre jamás habia resonado produciendo emocion



alguna en el corazon de los hispanos, acabó por significar en nuestra patria lo que Guillermo Tell en Suiza; y cual si escrito estuviera que el término natural de los redentores de los pueblos habia de ser el Gólgota afrentoso, Riego, desde la cumbre de sus dignidades, descendió al mas ignominioso de los suplicios; su misma popularidad escitó la envidia y embotó la clemencia de sus jueces; y en Madrid, Jerusalem para el hombre de las cabezas de San Juan, encontró palmas y dogales, triunfos y cadalsos.

Cuando en 1820 estallaron los movimientos de la isla de Leon, se encontraba España trabajada por cuantos elementos heterogéneos pueden producir una excision general. Hacia mucho tiempo que los partidos trabajaban sordamente para aniquilarse en su dia, y el rey Fernando VII, que habia sido recibido con entusiasmo por los españoles despues de la guerra de la independendencia, el rey Fernando VII que obtuvo el epíteto de el *deseado*, timbre de gloria para un monarca; el rey Fernando VII, decimos, luchaba entre los instintos de su persona y la voluntad de su pueblo, del pueblo español que le habia guardado incólume su trono á fuerza de prodigar sin escrúpulo su generosa sangre; pero que en ausencia del monarca habia aprendido algunas nociones de libertad, mayormente despues de promulgada la Constitucion del año 12.

Y no era por cierto exigencia inconsiderada de un pueblo que regalaba un trono á un rey, solicitar de este rey un gobierno mas liberalizado; una palabra empeñada solemnemente de no volver á incurrir en los defectos y errores de otros tiempos; tiempos tristísimos y separados de los presentes por un mar de sangre, derramaba durante seis años, en una lucha que se llamó de la independendencia, y

que en pos de la victoria corrió peligro de haberse de titular la guerra del servilismo.

El pueblo queria pactar de nuevo con el soberano que de nuevo se imponia; porque, seamos francos, el trono de San Fernando dejó de existir el mismo dia en que se sentó en él José I; y en tanto que los españoles se batian denodados para recobrar su emancipacion de un rey extranjero; en tanto que en Gerona y Zaragoza, en Tarragona y en Ciudad Rodrigo perecian los españoles á millares de toda suerte de muertes horribles ¿dónde estaba el nieto de Pelayo? ¿qué brazo de príncipe borbónico se estendió hácia el trono español, huérfano de soberano? ¿Quién era rey de España despues que Bonaparte dijo: *no lo es Fernando VII*, y el pueblo español habia contestado: *no lo será tampoco José I?*

Los derechos del monarca emigrado residian en el amor de sus súbditos, á la terminacion de la guerra: verdad es que los derechos basados en el amor, tienen, para nosotros al menos, mucha mas estima que los emanados del nacimiento ó de la fuerza.

Fernando VII fué ingrato, muy ingrato con los españoles; sea cual fuere su modo de pensar, sean cuales fueran los sentimientos que le animaban respecto de su pueblo, ello es que sus mas ciegos defensores no podrán destruir dos argumentos dirigidos contra él, á saber: el monarca que restablece el absolutismo entre un pueblo que se da á sí mismo una Constitucion, mientras sacrifica por aquel monarca sus tesoros y la vida de sus mejores hijos, es un ingrato; el monarca que jura una Constitucion y quebranta luego sus juramentos; que á medida de su capricho, luchando entre sus instintos y el poder de las cir-

cunstances, se hace alternativamente liberal ó absolutista, amigo ó verdugo de este ó de aquel partido; es un perjuro.

Malos consejeros rodearon al rey, se nos dirá: es muy fácil, como lo era también que el rey hubiera oído las voces del pueblo que bien claramente manifestaba sus aspiraciones. En Fernando VII pudo haber existido quizás la idea de que toda concesión hecha á la voluntad nacional debía redundar en menoscabo de las prerogativas régias, pero al soberano de un estado no le es, cuando menos, lícito ignorar el siglo en que vive, en que reina. ¿Acaso durante su larga emigración en Francia, no oyó referir nunca la historia de los desastres de Luis XV, tan terriblemente espiados por Luis XVI?

Entre la nación, pues, y el soberano existía una lucha de principios, una contradicción de aspiraciones; mas por de pronto el absolutismo se erigió en gobierno; la venganza de algunos malos españoles se estableció en tribunal ejecutivo y las sombras de los generales Lacy, Porlier, Richard, y otras víctimas vagaban errantes pidiendo una reparación de tres sentencias pronunciadas y ejecutadas contra lo más respetable del derecho natural y del derecho social; el derecho de defensa.

Si tan triste era de una parte la situación política de España, no era mucho más agradable la económica.

El tesoro estaba exausto; emitíase inconsideradamente papel moneda, y el crédito, este último aunque poderoso recurso de los estados, era nulo, después que el gobierno había puesto de relieve la falta de buena fé con que eludía los pagos de los intereses de la deuda nacional.

La ignorancia y la imprudencia se encargaban de atesorar el absolutismo.

¿Cómo se pretende en tales casos, que toda sublevacion encaminada á derribar lo existente, no en personas sino en principios, deje de encontrar eco en los agobiados pueblos?...

Y hé aquí como una vez mas las circunstancias crearon un héroe, á Riego; que fué el alma, la representacion de una situacion nueva, creada por los desaciertos de sus propios enemigos.

Triunfó al fin y al cabo en la lucha el partido absolutista, y Riego pasó á aumentar el número de los mártires de la libertad; pero la posteridad se ha encargado de vindicarlo; la posteridad dice que la plazuela de la Cebada fué el calvario de aquel redentor de las libertades españolas.

Así, los favorecedores del despotismo, al envolver en una sangrienta mortaja el cadáver de su implacable enemigo, no vieron que en lugar de aniquilarle le eternizaban, y, por su desgracia, incurrieron en el error de olvidar que en política los bautismos de sangre borran todas las culpas, y que al ser regenerados por el martirio, los hombres mas pequeños tienen derecho á azotar el rostro de sus verdugos con una rama de la palma que orea el viento, al pasar por encima de los sepulcros de Padilla y de Juan Bravo.

Rafael del Riego nació en Oviedo en el año 1783: su padre, administrador de correos de aquella capital, le destinó á la carrera de las armas despues de haber cursado filosofía y leyes en la universidad: desde muy jóven ingresó en el cuerpo de guardias de Corps.

Licenciado este cuerpo á principios de la guerra de la Independencia, pasó Riego á servir en clase de oficial en otro de infantería, perteneciente al ejército que por aquella

época se puso á las órdenes de Acevedo, pero la suerte de las armas le fué contraria, y conducido como prisionero á Francia, no regresó á España hasta la paz de 1814.

Un hecho de aquella campaña que relata con vivos colores el notable publicista Chao, caracteriza perfectamente su condicion moral.

Despues de la derrota de Espinosa, y disperso nuestro ejército, se veia á su general caminando en un carro, malamente herido.

Los enemigos, divididos en pequeños grupos, perseguian á los fugitivos y éstos, llenos de pavor, se separaban unos de otros para mejor salvarse.

La autoridad y la desgracia del general apenas retuvieron á su lado algunos soldados, todos le abandonaron; solo Riego permaneció constantemente á su lado hasta que los franceses los atajaron: entonces, solo su espada se desenvainó tambien para defender al general moribundo.

Conducido Riego á Francia prisionero, pasó los ócios del destierro aprendiendo el francés, el inglés, el italiano é instruyéndose en varios ramos científicos, sin olvidar el arte de la guerra.

Estos conocimientos le valieron, al regresar á España por la paz general, un puesto en el cuerpo de Estado Mayor. Al ejército espedicionario habia ido en calidad de ayudante de la plana mayor, y por efecto del grado general se halló de comandante. Tenia entonces treinta y siete años.

Incorporado por aquella época al regimiento de Asturias, donde por su celo llamó la atencion de sus gefes, fué destinado á la espedicion de América con el grado de segundo comandante.

Sin embargo, de aquel cuerpo espedicionario destinado

á ir á batir en América á los pueblos que se declaraban independientes del dominio español, debia salir el primer grito de libertad, lanzado en la península en el año 1820.

Ya en 8 de julio de 1819, el mismo ejército se hallaba dispuesto á dar el mismo grito; pero su general en jefe, conde de Labisbal, que en un principio parecia favorecer y aun estar al frente del movimiento Constitucional, no solo descubrió al gobierno las tramas de sus subordinados, sino que en virtud de la autoridad que ejercia decretó la prision de varios gefes, entre ellos Arco Agüero, San Miguel, O'Daily y Quiroga. El conde de Labisbal recibió del gobierno, en premio de esta defeccion, la gran cruz de Carlos III; pero como nada hay mas débil que los juicios de los hombres, poco pudo el conde calcular, al desbaratar el pronunciamiento del año 19, que seis meses despues estallaria la revolucion, y que, el coronel Quiroga, preso en Santo Domingo de Alcalá de los Gazules, habia de ponerse al frente de un pronunciamiento, del cual, mas tarde, el mismo conde debia ser uno de los principales corifeos.

Era indudable el espíritu liberal que animaba al cuerpo expedicionario de América; sus gefes y oficiales eran tenidos por adictos á la causa Constitucional, y quizás por esto mismo se les desterraba políticamente de España, con destino á un país mortífero, ya por su clima, ya por las guerras contra la península, que á la sazón la ensangrentaban.

Nada tiene de particular por lo tanto que los gefes y oficiales partieran de mala gana, y de peor si cabe los soldados, que si en todos tiempos tienen á desgracia el pasar á las Antillas, por mayor desgracia debian conceptuarla entonces, yendo á tomar parte en una guerra sin esperanza y sin gloria.

A todo esto las sociedades secretas, ramificadas hasta lo infinito en España, alentaban poderosamente el espíritu de rebelion; y en este estado de efervescencia llegó el primer día del año 1820.

El batallon de Asturias, acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan, estaba mandado á la sazón por Riego, y colocado éste al frente de las banderas del cuerpo, proclamó el primero la Constitucion del año 12.

Acto contínuo se reunieron los oficiales superiores de diferentes cuerpos, y de aquel consejo, celebrado por un puñado de hombres entusiastas, que habian concebido el audaz proyecto de libertar á España, salió la resolucion siguiente:

El coronel Quiroga, con el mando de los batallones de España y la Corona, debia arrojarse sobre la plaza de Cádiz, en tanto que Riego, al frente de los batallones de Asturias y Sevilla, pronunciado este último en Villa Martin con su gefe D. Antonio Muñiz, debia sorprender y apoderarse del general en gefe, conde de Calderon, y demás autoridades militares y civiles. El hombre de las Cabezas de San Juan se puso en marcha inmediatamente contra el cuartel general situado en Arcos de la Frontera y aun cuando por engaño ó estravío de los guias, no pudo llegar al punto de sus operaciones en compañía del batallon de Sevilla, no por esto titubeó en su empresa. Sin dejarse arredrar por el mayor número de tropas con que podia contar el general, penetró Riego en Arcos, arrestó al conde de Calderon, á los generales Jaurnar, Salvador y Blanco, junto con las demás autoridades y tuvo la buena suerte de proclamar la Constitucion en Arcos, como la habia proclamado en las Cabezas, causando en la tropa tal entusiasmo, que, voluntaria-

mente, se le unió hasta el batallón de Guías del general en jefe.

Al frente de este cuerpo, de su batallón de Asturias, y del de Sevilla, que ya se le había reunido, pasó Riego á Bornos, asoció á su causa en este punto el batallón de Aragón, se trasladó á Jerez de la Frontera, atravesó el puerto de Santa María, llegó á la isla de Leon, depositó sus comprometidos prisioneros en el fuerte de San Pedro, y en cuantos puntos se dejó ver proclamó acto continuo la Constitución del año 12.

Quiroga, por su parte, se dirigió á la isla Gaditana, apoderóse de la importante posición del puente de Zuazo, hizo prisionero en San Fernando al general Cisneros, ministro de marina, y si no tomó á Cádiz contando como contaba con el espíritu público y los trabajos de las sociedades secretas, fué, porque sabedor de lo ocurrido el teniente rey que accidentalmente mandaba la plaza, pudo con extraordinarias medidas conjurar por de pronto aquel grave peligro.

Al reunirse Quiroga con Riego en la isla de Leon, contaban los sublevados con siete batallones, sin el de Canarias, que se pronunció en Osuna, y la artillería de la Carraca, que al tiempo de su pronunciamiento entregó á los constitucionales el punto confiado á su defensa.

Respetable era en consecuencia este cuerpo de ejército, y de él fué nombrado general en jefe el coronel Quiroga, sin que Riego manifestara celos de ninguna especie por aquella preferencia, aun cuando podia conceptuarse, no solo como el verdadero inaugurador de aquella revolución, sino asimismo quien con su valor y hábiles medidas había asegurado su éxito, destruyendo con un solo golpe de ma-



no el mayor contratiempo que pudo haber sobrevenido, y arriesgando su cabeza en el cuartel general del conde de Calderon.

Esta conducta destruye la acusacion que algunos han dirigido contra Riego, suponiendo que aspiraba al mando supremo, no solo del ejército, sino tambien de la España, proclamándose dictador.

Pero los hechos de su vida pública demostraron hasta la evidencia, que las aspiraciones de Riego se reducian á liberalizar la monarquía, haciendo entrar al soberano en la senda de la libertad Constitucional.

Este proyecto podia hacer traicion á los planes de la camarilla que rodeaba á Fernando VII, pero en tanto, no era un delito contra la nacion, en cuanto ésta fué la que, secundando unánimemente los pasos de los pronunciados, consiguió que la chispa prendida en las Cabezas de San Juan, circulara rápidamente por todas las provincias produciendo en los ánimos un verdadero entusiasmo en pro de la causa liberal.

En varias poblaciones de España se publicó solemnemente la Constitucion y en ninguna de ellas hubo que lamentar disturbios, sino es en Cádiz, cuyo pueblo pedia con mas ánsia que otro alguno el restablecimiento de una Constitucion, que en los momentos de gran peligro para la patria, habian elaborado en el seno de la antigua y esforzada Gades unos próceres á cuya valentía y nobles determinaciones nunca la nacion y la monarquía estarán bastante agradecidas.

Pedia el pueblo gaditano que fuera proclamada la Constitucion, pero la guarnicion de la ciudad no participaba de esta voluntad: era de temer un choque violento, choque

que trataron de impedir el capitán general Freire y el general del departamento de marina Villavicencio.

Pero á las exortaciones de estos contestó el pueblo victoreando á la Constitucion y dando al aire las campanas, y tan formidable se presentó la opinion pública, que hubieron de prometer las autoridades para el siguiente dia la proclamacion del suspirado código.

Llegó con efecto el dia siguiente: alegre el pueblo, porque iba á conseguir el objeto de todas sus ansias, se reunió en la plaza de San Antonio; mas cuando se prometía ver cumplida la palabra que el dia antes se le habia empeñado, resonó una descarga seguida de un continuo fuego granado, y á los cantos de alegría y á las expresiones de júbilo reemplazaron los ayes de dolor y las escenas de la mas violenta desesperacion.

Y fué el caso que el batallon de Guias, instigado segun despues se dijo por su coronel y por el general Campana, habia roto el fuego traidoramente sobre el pueblo, hiriendo y matando sin piedad, á jóvenes, ancianos, niños y mujeres, reunidos con un plausible motivo bajo la garantía de la palabra empeñada por las primeras autoridades gaditanas.

No pararon aquí tampoco los desenfrenos de la soldadesca; antes bien, profanando y saqueando los hogares de muchos pacíficos ciudadanos, llevaron á muchos de ellos la desolacion, la miseria y la muerte.

Y fué lo peor de todo que mientras el pueblo era asesinado tan vilmente, el rey habia jurado ya la Constitucion, y tanta sangre derramada no hubiera manchado los anales militares de Cádiz, si los gobernantes, que no podian ignorar el estado de agitacion en que se encontraba la pe-

nínsula, hubieran procurado apresurar todo lo posible el hacer llegar á noticia de la España entera la resolucíon del soberano.

Pero volviendo á Riego, debemos decir que, nombrado por el consejo de oficiales comandante general de la primera division del ejército constitucional, si bien no fué por cierto afortunado en sus empresas militares, sin embargo, demostró en todas ellas la mayor pericia, constancia, serenidad y arrojo, esponiéndose mas de una vez á la muerte puesto al frente de sus soldados, como le sucedió el dia 16 de Enero, al atacar infructuosamente la cortadura de Cádiz.

Rechazado por los enemigos, cayó de la muralla y recibió una fuerte contusion que le obligó á guardar cama durante algunos dias.

No bien estuvo en disposicion de emprender la marcha, cuando acometió una empresa aun mas arriesgada, como lo fué salir el 27 de enero de la isla de Leon, al frente de un cuerpo de ejército de mil quinientos hombres y escasamente cuarenta caballos, con el intento de proveer de víveres á las tropas encerradas en la isla.

Dirigióse Riego por Chiclana á Algeciras, punto de grande importancia por ser la llave de la retirada á Gibraltar, de donde fácilmente podian estraerse recursos.

El general Freire mandó entonces en persecucion de Riego al teniente general O'Donnell, quien colocándose entre la columna de Riego y el cuartel general, trató de cortarle la retirada, de lo cual, apercibiéndose el gefe de los pronunciados y convencido que no podia luchar con esperanza contra las fuerzas superiores de su enemigo, se internó en la montaña y tomó el camino de Málaga. Du-

rante esta larga y penosa travesía, colocado el cuerpo expedicionario entre el mar y la montaña, fué atacado varias veces por el general O'Donnell y perdió unos cien hombres.

Al fin y al cabo pudo penetrar Riego en Málaga, cuyo gobernador evacuó la ciudad tan pronto como los pronunciados hicieron su entrada por la calle de la Compañía. Los malagueños recibieron con grandes demostraciones de júbilo á Riego y á sus soldados; iluminaron los frentes de sus casas, repitieron el himno que varios venian cantando y que tan popular se ha hecho posteriormente en España; pero cuando al dia siguiente se presentaron en los campos de la Trinidad las tropas del general O'Donnell, y entrando por la tarde en dos columnas por la calle de la Carretería rompieron el fuego, con las tropas pronunciadas, en la calle de Alamos y Ancha de la Madre de Dios, aquel vecindario que tanto entusiasmo habia mostrado pocas horas antes por el héroe de las Cabezas permaneció indiferente espectador de aquella lucha desigual, dejando que la desconfianza del éxito helara sus fogosos instintos patrióticos. Riego tuvo que abandonar la ciudad, y seguramente llenóse su corazón de amargura viendo que un solo malagueño se habia unido voluntariamente á compartir las glorias y los peligros de aquella gigantesca empresa.

Sin embargo, no eran estas las únicas defecciones que debian atormentar á Riego durante su vida política; la pasión debia ser antes que la muerte.

O'Donnell perseguia sin trégua á aquel débil ejército, mermado á un tiempo por los combates, la fatiga, la falta de víveres y la desercion. Cuando llegan los malos dias de una causa, cuando se eclipsa el astro de un hombre, el sín-

toma mas indubitable de la desgracia es la ingratitud, la tibieza, la defeccion de los antiguos partidarios.

El dia 11 de marzo, cuarenta dias despues de su salida de la isla de Leon, Riego, cuya division se hallaba ya reducida á 300 hombres escasos, vióse obligado á fraccionar su gente en guerrillas para evitar la persecucion de que era incesante objeto. Por un momento hubo de creer que su causa habia fracasado, y es dudoso averiguar si aquel hombre entusiasta tomó la desesperada resolucion de morir sin deponer las armas, ó trasladarse á un pais extranjero, en cuyo punto aguardara impaciente á que luciese una aurora mas brillante para la causa de la libertad española.

Pero la Providencia guardaba á Riego para el cumplimiento de mas grandes designios: el héroe de las Cabezas de San Juan habia de pasar sucesivamente por el mas popular de los triunfos y por el mas ignominioso de los suplicios. . . . .

. . . . .

Felipe fué interrumpido en su lectura por la entrada de un nuevo personaje, que penetró en el salon en extremo agitado y conmovido.

Era uno de los hermanos, cuya falta no habia sido notada en un principio.

Era tan visible su agitacion, era tal el dolor de que parecia hallarse poseido, que todas las miradas volviéronse hácia él y la inquietud y la curiosidad que despertó su llegada, impidieron, tanto el que Felipe prosiguiera su lectura, cuanto que sus amigos le prestaran atencion.

--¿Qué os sucede? preguntóle el *venerable*, tratando de satisfacer con su pregunta la general impaciencia.

—Acabo de saber una noticia, repuso el interrogado, que me ha llenado de indignacion, que me ha producido un efecto tanto mas grande, cuanto que yo, hijo de la comarca á que se refiere, tengo en ella relaciones, amigos, parientes, que tal vez hayan sido víctimas de la infamia y villanía de los que se dicen defensores del *altar y del trono*.

—¡Qué! ¿ha sido alguna fechoría de los carlistas?

—Sí, por cierto; una nueva infamia, tan indigna como todas cuantas cometen esos miserables.

—Algo se susurraba cuando veníamos á la lógia.

—¡Oh! pero los detalles que se han recibido en el ministerio son verdaderamente horribles.

—Pero esos hombres ¿qué es lo que defienden? dijo Felipe, porque hasta ahora no es posible que puedan proclamar causa política alguna los que asesinan bárbaramente como el cura Santa Cruz, los que hacen fuego sobre los trenes de viajeros y los que roban y saquean de la manera que lo están haciendo; si es una causa política la que se vale de semejantes medios, indigna es de consideracion alguna.

—Aun no lo sabe V. todo. Lo que acabo de oír sobrepuja á cuanto hasta hoy tenemos que deplorar.

—¿Pero qué ha pasado? exclamaron algunos.

—Porque la entrada en Ripoll, añadió el *venerable*, ya la conocemos, y á no ser algo de nuevo...

—Y mucho: del mismo Ripoll no sabíamos mas que los términos generales en que estaba concebido el primer parte; posteriormente han llegado nuevas noticias que han acrecentado la indignacion que ya se sentia, indignacion que llega á su grado máximo con lo ocurrido en Berga.

—¡Cómo! en Berga tambien?

—¡Oh! sí, señores; y lo mas doloroso todavía es que se presiente una traicion infame.

—Eso mas?

—Hable V., hable V.

Y la impaciencia, la cólera y el dolor, se reflejaba en todos los semblantes.

Porque desde el momento en que de los carlistas se trataba ya estaban presintiendo alguna infame alevosía.

Porque desde el primer momento en que se alzaron en armas esos miserables que se titulan partidarios de una causa que lleva por lema *Religion y Trono*, su paso fué señalado constantemente con las depredaciones y las violencias.

Siguieron á estas, en lúgubre progresion, los asesinatos y las tropelaís.

Y finalmente, para que nada faltase á tan desdichado cuadro, el incendio y los fusilamientos, bien en masa, bien en individuos que ya se habian rendido, siguieron á los primeros asesinatos y á los posteriores robos.

Y lo que es mas doloroso todavía; lo que apenas hemos podido concebir á pesar de que lo estamos viendo constantemente, es que los que se dicen ministros de un Dios de paz y de justicia, de un Dios de misericordia y de perdon, sean los que esciten, los que aconsejen, los que dirijan y los que llevan tras sí esas hordas de forajidos, cuyo único norte es la sangre y el pillaje.

Mas que hombres que obedecen á un fanatismo político, son bandidos que roban, que incendian, que asesinan.

Mas que sacerdotes dignos, intérpretes de una religion todo mansedumbre, todo pureza, todo virtud, son los terribles sucesores de aquellos vengativos jueces de la inqui-

sicion, intolerantes é intransijentes, que se complacian con los ayes de las víctimas y con los tormentos de los desdichados que caían en su poder.

Con el crucifijo en una mano y la tea ó el trabuco en la otra, éstos, como aquellos solo dejan tras de sí el espanto y la desolacion.

*Perdona y olvida, no viertas la sangre de tu hermano*, dice esa religion que proclaman; formad nuevos creyentes por la bondad de vuestras predicaciones!... y la manera de interpretar semejantes máximas, de enaltecer la religion, de practicar las sublimes máximas del Evangelio, es crear nuevos rencores, es destruir, y prostituir, y envilecer la misma religion.

De indignacion rebosa el generoso pecho repasando todas esas negras páginas de que está salpicada la historia del partido carlista, especialmente en sus últimas hazañas.

Pero esta indignacion no puede menos de subir de punto ante los últimos hechos que García, el mason que acababa de entrar en la *lógia*, venia á referir á sus compañeros.

—En Ripoll, les decia, recurrieron al indigno medio de prender fuego á la iglesia, obligando á rendirse á los carabineros que en ella habia.

—De manera, que los mismos que tanto habian anatematizado el uso del petróleo, en las sangrientas escenas de la Commune de Paris, lo santifican hoy, empleándole como medio para asegurar su triunfo.

—Naturalmente; ¿cree V. que si no fuera por eso podrian vencer á los valientes que hoy luchan, no por sostener en el trono á una persona determinada, sino por defen-



der su propia soberanía, su independendencia y su libertad?  
¡Oh! nó por cierto; serian invencibles!

—Pero todavía no nos ha dicho V. que es lo que ha pasado en Berga.

—¿Los últimos detalles de Ripoll tampoco los conocen Vdes?....

—Sí, por lo que hemos leído en los periódicos.

—Sabrán, pues, que fueron fusilados nueve carabineros pero no los detalles de este indigno asesinato.

—Hable V. hable... exclamaron todos á una voz.

—Horrorízense Vdes.; abriéronse los hoyos en que habian de ser enterrados, hízoseles arrodillar á la orilla y muertos ó vivos todavía, sus últimas convulsiones, sus ayes de dolor quedaron sofocados bajo la tierra que se arrojó sobre ellos!...

—¡Oh! qué infamia!

—¿Verdad que sí, señores? ¿no es cierto que contra un acto semejante tiene que sublevarse el hombre mas pacífico, el hombre mas indiferente, el que no tenga vacío el sitio en que el corazón se halla colocado?

—Sí, García, repuso D. Juan; porque ese crimen no es ya el fusilamiento político mas ó menos justificado; es la infamia refinada, es la maldad llevada al último extremo, es, señores, el crimen repugnante y hediondo que obliga á todos los hombres, sin distincion de partidos, á alzarse contra fieras de semejante naturaleza.

—Pues todavía hay mas.

—Mas aun?... parece imposible!

—Pero si no cabe mas maldad!

—Escuchen Vdes.; Berga, por si lo ignoran, es de las poblaciones mejor defendidas por la naturaleza del terreno.

Unan Vdes. á esto la fortificacion militar facultativa, merced á la cual y aunque de escasa importancia, podia sostenerse, sino muchos dias, los bastantes al menos para que llegase el refuerzo de alguna de las columnas que operaban por aquella parte y que con tiempo se habia reclamado.

—Yo he estado en Berga, dijo Felipe, y recuerdo un convento que hay aislado, y muy apropósito para la defensa.

—Justamente, el de S. Francisco; pues ya vé V. lo sólido que es y si podria resistir con ventaja todos los esfuerzos de la escasa artillería que lleva esa canalla.

—Sé muy bien lo que es Berga; repuso el *venerable* y con un poco de inteligencia en el Jefe militar, secundada por el valor y decision de parte de sus defensores, la creo á cubierto de cualquier golpe de mano.

—Eso mismo creía yo tambien, pero desgraciadamente todos mis cálculos, todas mis esperanzas han quedado dolorosamente defraudadas.

—¡Cómo! pues, ¿han entrado en Berga los carlistas?

—Sí, señor, y lo mas triste de todo es que su entrada no ha sido debida ni á la cobardía de sus defensores, ni á la falta de elementos para defenderse.

—Pues á qué entonces?

—Sospéchase que fué debida á la traicion del Jefe militar que mandaba en la plaza.

—¡Oh! qué vileza!

—Si así ha sido, con cien vidas que tuviera no pagaba ese nuevo Vellido Dolfos su traicion.

—Y cuando sepan Vdes. que la cobardía, ó la traicion de ese Jefe, ha costado la vida á todos los voluntarios que

formaban la compañía movilizada de aquella villa; cuando sepan Vdes. que en estos momentos tal vez hay mas de cien familias que lloran la pérdida de un sér querido; cuando sepan Vdes. que quizá en estos momentos cien infelices niños se encuentran huérfanos, aun antes de haber podido balbucear el dulce nombre de padre; cuando se hagan cargo del porvenir de miseria y de llanto, de luto y desolacion en que quedan esas pobres esposas, esas acongojadas madres, esas hijas de los miserablemente fusilados en Berga, estoy convencido que á esta sola idea sentirá alzarse en sus nobles corazones, mas grande, mas potente, su justísima cólera contra el vil *traidor*, si es que lo ha habido, y contra los que, despues del triunfo, en vez de mostrarse generosos se han mostrado mas salvajes que hordas de Caribes. Despues del rendimiento ¡horroricense Vdes! sesenta y seis francos voluntarios han sido bárbaramente fusilados, viniendo á aumentar con su heroica muerte el largo catálogo de los ilustres mártires de la república.

—¡Desdichada noticia!

—Al saberla yo, hermanos míos, confieso francamente que no pude explicarme lo que sentí; creo que hubiera sido capaz de volverme tan fiera como ellos si en mi mano hubiera estado poder vengar tanta y tanta maldad.

—Es decir, replicó Felipe temblando de cólera, que esa gente ha cometido en ese desdichado pueblo las tropelías á que están ya tan acostumbrados?

—¡Horrores, amigos míos, horrores!.. figuraos que segun los partes y cartas recibidos, hace apenas una hora, dicen «que las personas que van llegando á Barcelona, procedentes de Berga, están como aleladas de espanto: no saben darse cuenta de los actos de salvajismo que han presenciado, des-

honra infamante no solo de la causa *carlista* sino de la raza humana. Los asesinos que pretender pelear por un Dios de paz y de misericordia, no se contentaron con fusilar á los prisioneros que habian capitulado bajo la garantia de quedar salvos sus vidas, sino que se complacieron en darles tormento.

¡A un pobre voluntario le sacaron los ojos antes de fusilarle!

Los Caribes, los *pieles rojas* no hubieran hecho otro tanto.

A un valiente capitan, llamado D. Rafael Niqui, que fué de los últimos en rendirse, lo llevaron al sitio del suplicio atado por los pies y como no pudiera andar de prisa, sus verdugos lo apalearon inhumanamente, y para acabar de martirizarle, le obligaron á presenciar el fusilamiento de sus subordinados.

A otros les destrozaban á bayonetazos las estremidades de su cuerpo, y mientras aquellos infelices, bañados en su propia sangre, padeciendo horriblemente, pedian por misericordia la muerte, los energúmenos de Saballs contestaban con satánicas carcajadas, con cánticos de alegría, con soeces insultos!...

Y cuando quedó consumado el sacrificio y revolcándose en un charco de sangre *sesenta y seis* cadáveres, entonaron los carlistas un canto de victoria y obligaron á los demás prisioneros á desfilas por encima de sus desventurados compañeros de armas!

La casas y establecimientos de los liberales fueron saqueadas ó incendiadas despues de los asesinatos; sus muebles y alhajas sacados á pública subasta.

—Positivamente, dijo el *venerable*, que no puede escucharse semejante relacion sin sentirse aterrado.

—Es una relacion que espanta, que estremecel... Figuraos que hasta ha funcionado una seccion de petroleros franceses que los acompañan; delicioso obsequio que nos ha hecho Francia, *á quien somos deudores de tan buenos servicios desde que principió la guerra.*

—Es decir que tambien ha jugado el *petróleo*?

—Sí señores, el *petróleo*, usado por los carlistas; el *petróleo* que era el S. Benito que arrojaban sin cesar al rostro del partido republicano y precisamente ellos son quienes lo han venido á poner en práctica en nuestro país.

—Y qué otras infamias han cometido además de esos bárbaros fusilamientos?

—El incendio y destruccion de dos ó tres edificios: fácilmente pueden Vdes. comprender la rabia de que se hallaba poseida aquella gente por la resistencia que les opusieron.

—Luego hubo resistencia?

—Y desesperada; hasta hubo algun jefe que en los primeros momentos trató de desobedecer la orden que para rendirse se le habia dado.

—Pero lo que no puedo concebir, dijo D. Eugenio, es como se ha podido dejar tan abandonada á esa desdichada poblacion.

—Muy censurable es en efecto; así como es censurable lo de Ripoll y como son censurables otras cien cosas que se están viendo por aquella alta montaña de Cataluña.

—Hermanos míos, exclamó Felipe, poniéndose en pié y exsaltado por la noble cólera que brillaba en sus ojos; permitidme que por breves momentos use de la palabra; la mas santa de las indignaciones se desborda de mi pecho á la sola enumeracion de semejantes infamias: es preciso

que yo hable, que diga lo que siento, que me desahogue!...

La conducta de esos miserables, de esas hordas de *foragidos*, pues no merecen otra calificación, es tan indigna como villana, tan salvaje como cobarde.

El asesinato y el incendio, la desolacion y el estermio, la desolacion y el robo, lágrimas y sangre es la huella que dejan en pos de sí por el camino que recorren.

¡Maldicion y anatema sobre tan inícuos séres!

Como los antiguos *ibridas* ante el pedestal de *Bracma*, esos miserables que se titulan *defensores de la religion*, incendian las iglesias, profanan los altares, escarnecen los símbolos de esa misma religion, y se gozan, y se recrean, improvisando á cada paso *festines de carne humana* cuya sola descripcion espanta y horroriza!...

Mentira parece que sea España el teatro de semejantes crímenes! Solo el pensarlo me avergüenza.

¡Esta España que ha sido siempre, ante la Europa entera, modelo de nobleza, de hidalguía, de generosidad hasta con sus propios enemigos! ¡Cómo no sentirse profundamente afectado, hondamente conmovido!

El rubor de la vergüenza abrasará las mejillas de todo buen español, al reflexionar el concepto que de nosotros formarán las demás naciones civilizadas.

Daremos cumplida razon á los que hace tiempo dijeron y continuan sosteniendo que *el África empieza en los Pirineos*.

Pero nó; con toda la noble indignacion de que nuestro ardiente pecho se halla poseido rechazemos siempre semejante injuria!

Esos *canallas* no son hijos de España.

Los que militan á las órdenes de Saballs, de Tristany, Cura de Santa Cruz, Cucala, Barrancot, Dorregaray y tan-

tos otros *bandidos*, no pueden ser españoles, no lo son; la patria los rechaza y los repudia como *hijos espúreos*, como *infames parricidas*, como *brutales facinerosos!*...

No en valde llevan entre sus filas lo mas abyecto y miserable de todos los paises; la escoria de las naciones vecinas, que, ávidos de sangre destruccion y ruina, su único móvil es el robo y el saqueo.

*En esas hordas multícores en las que se ha condensado todo el vicio, toda la crápula, toda la bestial ferocidad procedente de las mas cenagosas capas sociales, aparecen organizados, Petroleros de la comuna de París, zuavos Pontificios, los individuos mas viles, los mas repugnantes seres, que parece se han dado cita para satisfacer en nuestra desgraciada patria sus salvajes instintos.*

Parece mentira, vuelvo á repetir, que haya hombre tan inicuo que, titulándose general y despues de la rendicion de una plaza, *traidoramente vendida*; en lugar de apreciar el heróico valor de sus defensores, en vez de tener con ellos las consideraciones que se prodigan siempre al enemigo vencido y en casos semejantes, *cometa el inaudito crimen* de fusilar *sesenta y seis* prisioneros indefensos!

¡Gran hazaña por cierto! ¡ puede vanagloriarse de ella!

¡Este es Saballs! Si Dios es justo, si cierto es que *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*, cuando llegue á este *foragido* su vez y el plazo termine, su fin debe ser desastroso.

La pura y noble sangre que hoy hace derramar caerá sobre su frente gota á gota como plomo derretido.

Singular contraste el que presenta, al lado de estas inauditas atrocidades, el juicio, la mesura, la sensatez, la noble y generosa actitud del pueblo liberal.

La idea de justísimas represalias ha cruzado por la mente de todos ; y ¿cómo no? cuando son muchos los que se hallan lastimados y heridos en las mas santas y mas caras afecciones de su corazon?... pero la han rechazado para no justificar en lo mas mínimo los crímenes de sus enemigos; en silencio devoran sus lágrimas, procuran violentarse, acallan su justa indignacion y.... esperan.....!

Esperan, sí; esperan á que el gobierno de la república, en quien tienen absoluta confianza, acuerde en su alta sabiduría y reconocido patriotismo, el medio mas breve y eficaz de acabar en un corto espacio de tiempo con esas *hordas de salvajes*, vengando á la sociedad de los continuos ultrages que la están infiriendo.

Pero ¡guay! si el remedio se tarda.

El pueblo es noble, es paciente, es generoso; pero la paciencia tiene tambien sus límites.

Si se le provoca, si se le obliga á dar el primer paso en la senda de las represalias... ¡el rugido del leon herido será terrible!...

¡Guay! si sacudiendo su melena empieza á usar de su potente garra!

¡Guay! si el pueblo acepta como buena y legítima aquella célebre máxima de un fanático: *Ojo por ojo, diente por diente!*

Si este caso llega, ni nada, ni nadie, será bastante á refrenar su fiera saña; con tanta mayor razon, cuanto que, abusando de su generosidad, en plazas y calles, en teatros y reuniones, paseos y cafés, se vé continuamente insultado y escarnecido con la sonrisa despreciativa de aquellos que, habitando en la ciudad y profesando las mismas ideas que los *bandoleros* que aparecen en armas incendiando los



pueblos de la montaña, se presentan en todos los sitios mas públicos, haciendo alarde de su cinismo y como desafiando las iras del pueblo!

Pues, mucho cuidado, imbéciles defensores de una causa tan absurda como ridícula: la justicia del pueblo, cuando se le llega á provocar, suele ser tremenda, y llevada al último límite, se ensaña con inaudita crueldad!

En último resultado; si lo que Dios no quiera, y de todo corazón debemos pedirselo, llegase esto á suceder, doloroso es confesarlo, pero tendria su justificacion.

Venga pronto el remedio de donde debe venir, y eviten el conflicto las personas que están en el deber de conjurarlo.

—A ello estamos obligados todos, dijo el *venerable*, despues que Felipe hubo terminado su discurso, y yo os propongo, si es que lo juzgais acertado, que nombremos una comision de nuestro seno que se presente al ilustre Presidente del Poder Ejecutivo; no solo para significarle el profundo dolor que han causado en nuestro ánimo tan sensibles catástrofes, sino para ofrecer al gobierno el concurso de nuestros servicios, suplicándole al mismo tiempo que, sin consideracion de ninguna especie, escogite los medios mas rápidos y eficaces para acabar con esta desastrosa guerra.

—Aprobado.—Contestaron todos.

Procedióse, en su consecuencia, al nombramiento de la comision, de la cual formaron parte, en union con el *venerable*, nuestros amigos D. Juan y Felipe.

Siendo ya una hora bastante avanzada de la noche y, además, hallándose los ánimos profundamente afectados con los sucesos de Ripoll y de Berga, acordaron unánimemente dar por terminada la sesion, dejando para la próxima la continuacion de las memorias referentes á Riego.

## CAPITULO X.

Continuacion de una velada interrumpida.

A la semana siguiente, volvió, en su dia marcado, á reunirse la *logia*, para continuar la sesion interrumpida el sábado anterior, ó lo que es lo mismo, la desdichada historia de Riego.

Felipe, sin embargo, no habia parecido, lo cual era muy extraño sabida su puntualidad y hubo de encargarse de ocupar su puesto y continuar la lectura del manuscrito, aquel mismo D. Juan, amigo del difunto D. Antonio, y que fué verdaderamente su único testamentario.

Continuó, pues, la relacion en los siguientes términos.

La nacion española habia acogido con júbilo la noticia del pronunciamiento llevado á cabo por el ejército expedicionario de América; en varios puntos se habia proclamado la Constitución; reinaba la mayor efervescencia en las capitales, y aun cuando el gobierno no ignoraba la mala suerte que habia cavido á Riego, sin embargo, se sentia harto débil para oponerse á la obstinada manifestacion de la opinion pública. El mismo monarca llegó á comprender

que, cuando un soberano deja de ser la síntesis de la voluntad nacional, libremente manifestada, siente bambolear bajo la presión de su planta el trono que tiene por únicos cimientos la exageración del derecho de imponer leyes; y Fernando VII, pese á sus absolutistas instintos, hubo de convencerse de que si la lucha se travaba, habia de hallarse el día del peligro solo y cara á cara con los poderosos enemigos de su mal aventurado sistema de gobierno. En tan críticos momentos, el conde de La Bisbal vino á arrojar el peso de su espada en el platillo donde se pesaban los destinos de España. El mismo general que, en julio de 1819, hizo abortar y sofocó la conspiración constitucional, se pronunció contra el gobierno absoluto en Ocaña, á nueve leguas de Madrid, al frente del regimiento de infantería Imperial Alejandro, cuyo mando estaba confiado á D. Enrique O'Donnell, hermano del conde. Esta circunstancia hubo de llamar poderosamente la atención del monarca, pero lo que sin duda contribuyó mas á mover su ánimo, fué la conducta observada por la inmensa mayoría de la Guardia Real, que noticiosa de los sucesos de Ocaña, no ocultó su resolución de formar causa comun con los pronunciados.

El rey tendió la mirada en torno suyo, y encontró tan solo á su lado á unos ministros débiles é incapaces de conjurar la tormenta; era necesario obrar y obrar pronto, porque en los períodos revolucionarios un día de dilación importa muchas veces la destrucción de una dinastía, ó la desgracia de todo un pueblo.

Por un momento pudo creer Fernando VII que el peligro se alejaría fácilmente, haciendo á la nación algunas concesiones en sentido liberal, y por decreto de 3 de marzo

dió al derecho de representacion una latitud nunca vista en su reinado, por medio de un decreto relativo á la organizacion del consejo de Estado, cuya firma debió conmovier profundamente el corazon del soberano, tan inclinado al réjimen absoluto.

Sin embargo, á la altura en que se encontraba la revolucion española, aquella concesion era un paliativo que no debia producir ningun buen resultado, y tres dias despues, reunido el pueblo con una multitud de oficiales del ejército, restableció la lápida de la Constitucion, y dirigiéndose en tumulto á la casa de la villa donde se estaba instalando el Ayuntamiento Constitucional, mandado reunir por el monarca, exigió de la nueva municipalidad se trasladara á palacio y exigiera al monarca el juramento de fidelidad á la Constitucion del año 12. El Ayuntamiento, con efecto, se trasladó al real alcázar, y Fernando VII accedió á la voluntad del pueblo, y al pié del trono prestó el jurament que se le exigia. No bien cundió la noticia por Madrid, se entregó el pueblo á la alegría que le dominaba por aquel triunfo, y aun cuando no descuidó reiterar su solicitud de que se nombrara una junta provisional de Estado, dedicó por de pronto sus atenciones á reparar agravios del pasado réjimen, por cuyo medio no solo creia inaugurar dignamente el nuevo, si que tambien desahogaba la bilis que durante muchos años habia amargado su corazon.

En semejantes casos, siempre el pueblo busca una víctima, y el de Madrid tuvo un feliz pensamiento en la eleccion de aquella. Dirigióse fuerte y amenazador á la cárcel de la Inquisicion, puso en libertad á los presos que gemian en sus lóbregos calabozos, destruyó los archivos en que se encontraban causas célebres, por lo espantosas unas, por lo

ridículas otras, por las personas procesadas muchas; y borró con su fuerza incontrastable aquellos títulos con que el fanatismo y el despotismo aunados habian manchado la reputacion de innumerables familias.

Poco despues, el tumulto se habia calmado por completo, y con general contento se nombró la junta consultiva de Estado, compuesta de las personas siguientes: el arzobispo de Toledo cardenal de Borbon, presidente; Queipo, obispo de Mechoacan; D. Ignacio de la Pezuela; Lardizábal y el conde de Taboada, antiguos magistrados; D. Bernardo de Borja y Tarrius, antiguo empleado en rentas; don Vicente Sancho, teniente coronel de ingenieros; Tejada, rico propietario; y el general Ballesteros, el hombre que despues de haber sido destinado para reprimir el pronunciamiento de la isla de Leon, tuvo la valentía de decir á Fernando VII que, en el estado en que España se encontraba, no quedaba al monarca otra alternativa que el jurar la Constitucion ó resignarse á perder el trono. Esta junta inauguró sus actos proclamando el olvido de los agravios y la completa fraternidad entre todos las españoles.

Posteriormente y á propuesta de la misma, formó el rey el siguiente ministerio: D. Agustin Argüelles, ministro de la Gobernacion; Ganga Argüelles, de Hacienda; Porcel, de Ultramar; Perez de Castro, de Estado; el marqués de las Amarillas, de la Guerra; y García Herreros, de Gracia y Justicia. Estos seis personajes representaban genuinamente el espíritu Constitucional, y todos ellos se habian hecho notables durante los acontecimientos del año 14.

La revolucion que Riego habia inaugurado en las Cabezas de San Juan habia triunfado por completo: el hombre acosado en la montaña y batido sin compasion, como

una fiera, cuyos sanguinarios instintos alarman á toda una comarca, vió cambiada por completo la decoracion del teatro en que se representaba el drama de su azarosa vida. Habiéndose trasladado á Sevilla, vió á los pueblos agolparse á su paso, saludando entusiastas al héroe de la regeneracion española, y en los oidos en que pocos dias antes silvaban las balas enemigas, resonaba un prolongado grito de ¡viva la Constitucion! ¡Viva Riego!

Las poblaciones en que se hospedaba le obsequiaban á porfia con bailes, banquetes, músicas é himnos en su honor; triunfal era su marcha, y Riego, constituido en ídolo del pueblo, cuyas cadenas habia sido el primero en romper, pudo mirar, hasta con desprecio, aquellas ovaciones que las antiguas sociedades tributaban á los guerreros que llegaban á Roma manchados con la sangre de todo un pueblo. El mérito de Riego consistia en haber libertado á España, lanzando entre el pueblo el primer grito de libertad, rompiendo aquellas ataduras con que los conquistadores de otros siglos sujetaban la fiera y noble independendencia de las naciones.

Riego podia gozar y enorgullecerse de su triunfo, que no habia conseguido derramando sangre ni haciendo correr lágrimas; y sin embargo, el corazon del bizarro jóven nunca sintió el mas mínimo impulso de ambicion; nunca sus ojos perdieron la tranquila mirada de la inocencia, serena en medio del vendaval revolucionario, para buscar entre el pueblo que le victoreaba frenético, el baston de mando que se habia caido de las manos de un monarca que confundió los tiempos en su gobierno y el progreso de los pueblos.

El alma del movimiento liberal tuvo siempre en sus

labios palabras de respecto para el monarca juramentado, y encaminó la voluntad de los pueblos hácia Fernando VII constitucional, que se habia enagenado de mucha parte de la de los españoles.

La modestia de Riego era quizás la prenda mas segura de su popularidad.

Y con todo, inspiró celos al gobierno, á los hombres cuya autoridad habia él creado, á los que se hallaban muy léjos del peligro cuando Riego veia caer en torno suyo á los pocos soldados que le restaban, diezmados por las tropas del general O'Donell.

¡La ingratitud, siempre la ingratitud!...

Hé aquí el premio que comunmente recogen los que, como Riego, crean instituciones de que se apoderan despues ambiciosas individualidades.

Los celos que inspiró Riego no fueron disimulados mucho tiempo.

El marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra como hemos dicho, empezó por cambiar el nombre al ejército de la isla de Leon, que se tituló ejército de Andalucía, calculando que por este medio menguaría el espíritu de aquellas tropas; y enseguida intentó licenciar aquel ejército cuyo entusiasmo por Riego hacia peligrosa la suerte del gobierno.

El nuevo ministerio quiso seguir una conducta tortuosa y contradictoria, y en tanto que por una parte procedia contra los sesenta diputados de las Córtes del año 15 conocidos con el nombre de *Persas*, porque al representar á Fernando VII en contra del sistema constitucional, ponian por ejemplo la anarquía de los interregnos en la nacion Persa, procuraba destruir un cuerpo de ejército por temor á los sen-

timientos liberales que siempre habia manifestado y al influjo que sobre él ejercía Riego.

A fin de deslumbrar á este y obtener su consentimiento para la destruccion de su propia obra, le nombró capitán general de Galicia; pero Riego comprendió de sobra la mira que el gobierno llevaba en aquella promocion, y antes que hacerse cómplice de las consecuencias que pudiera tener aquella disposicion del ministerio resolvió pasar á Madrid, villa que le recibió el dia 3 de setiembre tributándole toda suerte de honores y ofreciéndole para su entrada un carro triunfal adornado con los emblemas de la Constitucion.

Las sociedades patrióticas corrieron con estos obsequios, y la de la Fontana de Oro le dió un gran banquete, durante el cual se sucedieron sin interrupcion los vivas al código político y al primero que habia tenido valor de restaurarle.

Terminado el banquete se dirigió Riego al teatro del Príncipe; á su entrada rompió la orquesta con la cancion del *Trágala*: gran parte del público la entonó á coros, y dícese si el héroe de la fiesta siguió en este punto el ejemplo de la multitud.

Si así es, prueba de poco talento dió Riego en aquella ocasion, pues no supo prever con cuanta facilidad, en momentos criticos, el entusiasmo degenera en esceso.

Con efecto, aquella noche quiso la autoridad poner término á tan ruidosas y acaloradas demostraciones, y fué insultado y atropellado el presidente del coliseo, y la villa de Madrid hubiera presenciado quizás deplorabilísimas escenas, si la reaccion de los liberales, perfectamnte conocedores de la situacion, no hubiera puesto un dique á



los desmanes de los anarquistas, que tan oportunamente favorecían los planes de los anticonstitucionales.

El general Riego, causa inocente de aquel deplorable lance, empezó á resentirse acto continuo de sus consecuencias. Por de pronto, el partido templado empezó á temer que aquel hombre, embriagado por su triunfo, no se dejara arrastrar por ambiciosas ideas que los anarquistas hubieran alagado de muy buena voluntad; y el gobierno, que indudablemente no veía con buenos ojos á Riego, pudo con justo motivo quitar de por medio á su sombra, ya que al extremo á que habían llegado las manifestaciones y los excesos, era imposible ser gobierno y transigir á su tiempo mismo con los fautores de aquellas crisis continuadas en la córte.

Por de pronto, alejó el gobierno á Riego de Madrid destinándole de cuartel á Oviedo, su país natal; y en cuanto á los demás oficiales que habían tomado parte en los movimientos de los últimos días, se les alejó destinándoles á distintos cuerpos y aun confinándoles á distintos puntos.

La estrella de Riego palidecía momentáneamente, pero bien pronto volvió á brillar con nuevo resplandor.

Aun cuando ya llevamos dicho que el gobierno se portó con ingratitud respecto á Riego, no se crea tampoco que para obrar como obraba con los autores de los desmanes acontecidos en Madrid, le faltara un motivo, en aquel entonces muy digno de ser atendido. No debemos suponer que un ministerio, al frente del cual se encontraba un hombre del carácter de D. Agustín Argüelles, atropellara sin necesidad ó sin fundamento los fueros de los españoles; y la clave de este enigma político se encuentra indudablemente en el recelo que debía inspirar al gobierno un hom-

bre de la popularidad de Riego en los críticos momentos que atravesaba España, en víspera de ser presa de la anarquía y descubriéndose, como todos los días se estaban descubriendo, nuevas conspiraciones en sentido republicano.

«Contra todas las declamaciones de sus rivales, contra los envenenados tiros de los enemigos de su causa; contra las interpretaciones calumniosas que daban de su conducta los políticos del retroceso, los camarilleros de Fernando VII; el gobierno tenía á mano un documento incostrastable, cual lo era la representacion que desde Sevilla, con fecha 21 de Marzo, habia dirigido Riego al soberano. Esta representacion, profesion de fé del general, estaba concebida en los siguientes términos:

»Señor: D. Rafael del Riego, comandante general de la primera division del ejército nacional, que en el primer día de este año se pronunció por la causa de la patria, se apresura á poner á los piés del trono de V. M. los sentimientos de amor y de respecto que abrigó constantemente en su corazon, y que su conducta no ha desmentido jamás.

Ni la ambicion, ni el deseo de adquirir celebridad, ni ninguna de las pasiones que con frecuencia influyen en las acciones de los hombres, le han podido impeler á publicar el primero la Constitucion sancionada por la nacion, que garantiza su prosperidad y su grandeza. El amor mas puro de la patria y los deseos mas ardientes por su dicha han sido las únicas guias de mi conducta.

»Gefe de la columna móvil de los patriotas, que el 27 de Enero salieron de la ciudad de San Fernando, para propagar los sentimientos liberales de que se sentian animados, jamás he perdido de vista una mision tan importante de la que no me hice nunca indigno por mis acciones. La vio-

lencia, el robo y los desórdenes que suelen acompañar las insurrecciones, no han mancillado jamás la causa que mis compañeros de armas y yo hemos resuelto defender. Los trabajos, las privaciones, los mayores sacrificios, no pueden borrar los proyectos con tanto ardor concebidos y con tanto valor realizados. Las ciudades por donde he pasado son testigos de la subordinación, obediencia y disciplina de mis tropas. El ciudadano no ha sido molestado por su opinión y se han respetado sus propiedades; el magistrado ha seguido en sus funciones; el venerable carácter de los ministros del altar ha sido respetado, y los penosos trabajos de la guerra no han deteriorado la agricultura, ni la industria. Las ventajas obtenidas sobre los que se llaman sostenedores de V. M. no han acarreado ningún abuso y las leyes de la humanidad no han sufrido menoscabo. Cuando han sido vencedores no han insultado al vencido; cuando han cedido al número de sus enemigos, ha sido sin humillarse y sin que su honor padeciese la menor mancilla.

»Debilitados por un conjunto de circunstancias desgraciadas que se conjuraron contra ellos, se sintieron, sin embargo, bastante fuertes con la rectitud de su conciencia y con la buena opinión que concebían de ellos los hombres de bien.

»El cielo no ha querido dejar sin recompensa sus servicios; constantemente interesados en la dicha de los hombres y de las naciones, ha querido que la España fuese el teatro de tan noble resolución.

»El amor de la patria ha inflamado toda la península.

»V. M. ha rasgado el velo tejido por los malvados y ha cedido á los impulsos generosos de su corazón paternal.

»El código sagrado, objeto del amor de todos los bue-

nos españoles, recibió de los labios de V. M. la sancion tan suspirada, á lo que se han resistido todos aquellos que no tienen mas patria que su interés, ni mas Dios que las né-cias sugerencias de su orgullo.

»La nacion, que ha levantado este monumento de sabiduría, recibe el juramento de V. M. ; colmada de alegría funda en su sinceridad la esperanza de la dicha futura y de la gloria á que la llama su destino.

»Nó, jamás ha ofrecido la España un espectáculo tan grandioso; jamás el trono de San Fernando se ha visto tan radioso de gloria.

»Un rey unido á la nacion, un rey que jura la Constitucion que le priva del triste poder de hacerla desgraciada, es el objeto mas grande que se pueda presentar á los ojos de la humanidad y de la justicia.

»¿Quién no se enternecerá, señor, mirando la brillante perspectiva que ofrece una resolucion tan noble y tan generosa?

»El renacimiento de la industria, la proteccion de la agricultura, la reaccion del comercio y el nombre de Fernando VII, que pasará á la posteridad con tanta gloria, ¿no son objetos que aplaude el corazon de V. M.?

»¿No hacen que á cada momento se felicite por haber sacudido el yugo que le habian impuesto la adulacion y la perfidia?

»Recibid, señor, etc. etc.»

Este documento demuestra hasta la evidencia que nunca trató Riego de negar al rey la obediencia que le era debida por entonces, y convencidos de esta verdad, varios diputados, que no pudieron avenirse con que se hiciera responsable á un hombre de los excesos cometidos por un pueblo

que durante mucho tiempo se habia visto privado de poder desahogar sus sentimientos, promovieron en las Córtes una sesion acalorada á propósito de una manifestacion suscrita por Riego, y pidieron que el ministerio se presentara en el seno de la representacion nacional para responder á los cargos que se le iban á dirigir.

El ministro Argüelles pudo con su elocuencia conjurar por de pronto la borrasca; pero esto no impidió que el gobierno se convenciera de la necesidad en que se encontraba de reconciliarse con Riego si no queria perder ante el pueblo el poco prestigio que ya le restaba.

En consecuencia, nombró á Riego capitán general de Aragon (de cuyo destino fué separado al poco tiempo) desterrándole á la ciudad de Lérida, bajo pretesto que se habia descubierto alguna otra conspiracion en sentido republicano, y achacando, como de costumbre, la responsabilidad al capitán general de Aragon.

El destierro de Riego dió márgen á varias manifestaciones de descontento por parte del pueblo, y aproximándose el dia de su santo, comunicáronse las sociedades patrióticas un aviso para que en aquella festividad se preparase en todo el reino un nuevo triunfo al hombre de la isla de Leon.

Y así se hizo en efecto.

En la capital de la monarquía se dispuso pasear por las calles el retrato de Riego representado en actitud de sostener con una mano el libro de la Constitucion y amenazando con la otra á dos figuras, símbolo de la ignorancia y del fanatismo.

Recurrió la comitiva algunas calles, pero salió luego á su encuentro el jefe político Martinez de San Martin, y la

intimó que se disolviera, á lo cual, resistiéndose los rieguitas, hubo necesidad de emplear la fuerza, dispersándose los grupos entre los cuales se escondió el trofeo que excitaba el entusiasmo popular.

Sin embargo, la fiesta interrumpida en las calles continuó en el seno de las sociedades patrióticas, donde el gobierno, con voluntad ó sin ella, hubo de tolerarla, ya que no consentirla.

Diariamente aumentaba el descontento del pueblo, el cual se iba convenciendo de que la reaccion ponía en juego poderosísimos manejos, contando con el favor y simpatías del soberano y con la indiferencia y hasta apatía del gobierno, que al paso que era intransigente con lo que llamaba excesos de los exaltados, se precavia harto poco contra los recursos poderosos de los absolutistas.

El gobierno tenía el don de descubrir continuamente conspiraciones republicanas y de no apercibirse jamás de las que á sus propios ojos estaban tramando los serviles.

Como si tantos males no bastaran para trabajar una nación que, en todo lo que iba de siglo, se hallaba agitada por continuas guerras, un nuevo azote, mas terrible si cabe, vino á aumentar las angustias de los pueblos.

Declaróse en Barcelona la mortal fiebre amarilla, y tantos fueron sus estragos que hasta á la política obligaron á suspender la lucha que empezada tenía.

Convocadas las córtes extraordinarias, ofreció el gobierno grandes recompensas á los médicos que fueran á atacar el mal en los puntos infestados; mas por desgracia la ciencia se hizo sorda á las voces de la humanidad, y mientras la muerte diezaba la poblacion de Barcelona, los facultativos de Madrid, á muchas leguas del peligro, discutian

friamente si era ó no contagiosa una epidemia que no conocian.

La fiebre amarilla, que nada ciertamente tenia que ver con la política, sirvió de pretexto no obstante al rey de Francia para que, con el título ó apariencia del cordon sanitario, constituyese en la frontera un formidable ejército, que desde el primer momento fué mal visto por los liberales de España, pues nadie en ésta ignoraba que el monarca francés, participando de la misma opinion que las córtes del norte, no veia con buenos ojos el restablecimiento de la Constitucion en nuestro país, mucho menos despues que los reinos de Nápoles, Piamonte y Portugal habian liberalizado asimismo su gobierno, á imitacion de la península hispana.

En esta situacion se abrió la tercera legislatura en marzo de 1821, y como quiera que el partido exaltado tenia en ella numerosos representantes, quisieron estos dar un testimonio público del descontento con que habian mirado el destierro de Riego, y para calificar mejor el espíritu que animaba á la asamblea, concibieron el proyecto, que llevaron á cabo, de nombrar á Riego presidente de las Córtes.

Fernando VII abrió en persona la legislatura, y fué de admirar que en un país regido constitucionalmente, terminara el soberano su discurso, llamado vulgarmente de la Corona, con una adición de que no tenian ninguna noticia los ministros, cosa nunca vista en semejantes casos.

Aquella adición decia lo siguiente:

«No se me ocultan las ideas de algunos mal intencionados, que procuran seducir á los incautos, persuadiéndoles que mi corazón abriga miras opuestas al sistema que nos rige; y su fin no es otro que el de inspirar una desconfianza de mis puras intenciones y recto proceder.

He jurado la constitucion, y he procurado observarla en cuanto ha estado de mi parte, y ¡ojalá que todos hicieran lo mismol

Cooperemos pues, unidos al poder legislativo, y yo, como á la faz de la nacion lo protesto, en consolidar el sistema que se ha propuesto y adquirido por su bien y completa felicidad.»

Riego, como presidente de la asamblea, contestó al monarca de la manera siguiente:

«Al escuchar, dijo, de los mismos labios de V. M. la situacion en que se halla la fuente de la riqueza pública, el órden interior del Estado y sus relaciones con las potencias extranjeras, parece que debemos entregarnos todos á las mas lisongeras esperanzas de un dichoso porvenir.

Sin embargo, las circunstancias dificiles que nos rodean, las maquinaciones constantes de los enemigos de la libertad y la resistencia que siempre ofrecen todos los cambios de cosas, hasta por parte de aquellos que no aborrecen las reformas, reclaman imperiosamente la mayor energia para consolidar el sistema político actual.

Para efectuar las reformas ya principiadas, es necesario remover con mano fuerte los obstáculos que se puedan ofrecer.

Las Córtes, señor, sin pasar mas allá de sus atribuciones, trabajarán sin cesar para vencer todas las dificultades y se ocuparán además en tomar en consideracion todo lo que les propondrá V. M.

Intimamente unidas á V. M., ellas se prometen asegurar para siempre el goce de las libertades del pueblo español, elevando á la nacion al grado de prosperidad á que es llamada; ellas buscarán al mismo tiempo modos para dar



tuvo un desenlace hasta trágico para su autor. Fué el caso que circuló, sin previo anuncio, por Madrid, un impreso titulado: *La Gaceta de Munich*, junto con varias proclamas subversivas, todo lo cual se supo era debido al presbítero D. Matías Vinuesa, ex-cura del lugar de Tamajon y á la sazón capellan de honor de Fernando VII.

Pudo descubrirse la tipografía de donde habian salido dichos impresos, ocupáronse los moldes, y en la casa del ex-cura fueron hallados igualmente varios papeles que contenian un plan de conspiracion en sentido absolutista, que luego se hizo célebre en España bajo el título de *Plan de Vinuesa*.

Su autor fué reducido á prision acto continuo, y el pueblo, que esperaba impaciente la condena del procesado como reo de alta traicion, recibió con sorpresa, el dia 5 de marzo, la noticia de que el conspirador habia sido condenado únicamente á diez años de presidio.

Esta sentencia exasperó los ánimos, y una masa de unos cien hombres turbulentos, asaltó impunemente á las tres de la tarde la cárcel llamada de *la Corona*, y penetrando en el calabozo donde se hallaba preso Vinuesa, le dió muerte, deshaciéndole la cabeza á martillazos.

Este ejemplo de la terrible justicia popular, estremeció á los madrileños y sirvió de poderoso argumento á los enemigos de la causa constitucional, que con negros colores pintaron la conducta de los asesinos de Vinuesa.

Y en este puesto la imparcialidad nos obliga á confesar que los autores de aquel motin sangriento dieron una prueba, no de sus instintos justicieros, sino de sus apetitos vengativos.

Mas ó menos criminal y digno de un castigo mas ó

un nuevo esplendor al trono Constitucional de V. M. y patentizarán al orbe entero que el verdadero poder y la verdadera grandeza de un monarca, consiste únicamente en el exacto cumplimiento de las leyes.

En obsequio á la verdad es lo cierto que muy pocos diputados dieron crédito á las palabras del monarca, que pocos dias antes habia dado una muestra patente de sus absolutistas instintos á propósito del nombramiento del capitan general de Castilla la Nueva.

A pesar de lo cual y de que no ha faltado quien suponga que las mencionadas Córtes se componian de anti-monárquicos demagogos, la asamblea del año 21 confeccionó una ley que responde y confunde estas acusaciones, pues en su artículo primero dice textualmente:

*«Son objeto de esta ley las causas que se formen por conspiracion ó maquinaciones directas contra la observancia de la Constitucion, la seguridad interior y exterior del estado, ó la inviolable persona del rey Constitucional.»*

Esta determinacion demuestra que en las Córtes del año 21 pudo haber dominado un espíritu inminentemente liberal, pero de ningun modo hostil á la monarquía ni al monarca.

Por aquel entonces los partidos del absolutismo, que comprendieron sobradamente que el triunfo de la causa liberal se habia debilitado en mucha parte por la mala organizacion conque el partido habia luchado contra sus enemigos, tomaron leccion del pasado, y dispuestos ya á levantar la cabeza, formaron núcleos y sociedades secretas; titulándose *defensores del altar y del trono.*

Entre otras de las tentativas practicadas por los absolutistas, debemos hacer especial mencion de un hecho que

menos terrible, ni Vinuesa era responsable de la sentencia que habian dictado sus jueces, ni en ocasion alguna le es lícito á un pueblo asesinar por su propia mano á un hombre que, aunque sentenciado, se halla bajo el amparo de la misma ley que le condena.

Pero el pueblo se hallaba irritado con las nuevas que todos los dias llegaban á la capital de la monarquía: en varios puntos de España se habian levantado partidas, que engrosándose con los contrabandistas del país y la gente holgazana y perdida del pueblo, recorrían la montaña dando vivas á la religion y al absolutismo, y mueras á la Constitucion del estado.

Esto acontecia principalmente en Navarra, Asturias, Galicia y Castilla la Vieja; los obispos de Orihuela, Pamplona y Barcelona se negaron á mandar explicar la Constitucion á sus párracos, como estaba mandado; el primero y el último de aquellos prelados redactaron famosísimas pastorales escitando al pueblo á la desobediencia al gobierno Constitucional, hasta tal punto, que por su conducta hubieron de ser extrañados del reino, como tambien al general de la orden de Capuchinos; y para colmo de escándalo, en Toledo, Orihuela, Sevilla y otras cabezas de diócesis, se hacian diariamente procesiones en las cuales millares de personas rezaban el rosario, entremezclándole con *vivas al rey absoluto y mueras á la Constitucion*, en tanto que los curas fanatizaban las conciencias ofreciendo numerosas indulgencias á los que se alistaban en las filas de los facciosos.

España era ya presa de la guerra civil, de ese azote con que la Providencia parece haber querido aniquilar las fuerzas de nuestra gran nacion.

Al poco tiempo los absolutistas contaban ya con numerosas gavillas y pertrechos de guerra que, tal vez la Francia, habia proporcionado en mucha parte; y gefes y cabecillas, entre los cuales con dificultad olvidará España al baron de Eroles, al célebre Trapense, al cura Merino, á Miralles, y á Besieres.

¡Cosas del mundo...!

Este último, Jorge Besieres, de nacion francés, habia sido condenado á muerte en Barcelona como autor de una conspiración en sentido republicano, y estando ya en capilla, debió la vida á las influencias y tal vez á la coaccion que algunos de los barceloneses mas exaltados ejercieron sobre Villacampa, entonces capitán general del Principado.

Elocuente leccion para los pueblos que las mas veces ponen su estúpida confianza en esos empíricos políticos, cuya creencia y lealtad se reduce á trasladar á sus bolsillos el oro de los crédulos, sin perjuicio de ensangrentar horribilmente el país cuya felicidad prometieron hacer.

A todo esto el general Riego, gracias á las simpatías que supo captarse como presidente de la asamblea, era considerado como el símbolo del régimen liberal, y sus partidarios mas acérrimos le llamaban *único defensor del código político y personificación de la constitucion misma*.

En estas críticas circunstancias, mientras la guerra civil empezaba á producir sus consiguientes estragos y en tanto que unas poblaciones vituperaban lo que se exaltaba en otras, y unos partidos erigian ídolos que otros partidarios derribaban, la única popularidad que se sostuvo incólume era la del héroe de la Isla de Leon.

Una vez que pasó de Valencia á Madrid, fué su marcha

una ovacion continuada: á su llegada á la córte, se presentaron á felicitarle todas las autoridades, y el 18 de marzo se dispensó al regimiento que Riego mandaba en Cádiz, cuando tuvo lugar el primer pronunciamiento, el grande honor de desfilarse por delante del salon de las Córtes al mismo tiempo que se devolvía al jóven libertador el sable de su pertenencia, cuando era comandante del batallon de Asturias, y cuya arma habia ofrecido en homenaje á la asamblea.

La entrega de aquella espada le fué hecha bajo la condicion de depositarla en el honroso sitio de donde era estraida, tan pronto como hubieran sido esterminados en España los enemigos del órden Constitucional.

Tantos honores, tantas ovaciones, tanto prestigio concedidos á la virtud de un patricio, hubieran podido, con razon, hacer cobrar orgullo á un hombre en quien la fria esperiencia de los años, no hubiera aun enfriado los fuegos del corazon.

Y á pesar de todo, á pesar de que en la época de sus mayores triunfos no contaba aun Riego la edad de cuarenta años, el orgullo no prevaleció poco ni mucho en aquel pecho, cerrado al parecer á todo mal pensamiento.

Antes al contrario, en Riego resplandecia primero que todo, la humanidad, la modestia y el desinterés.

Noticioso de que á su entrada en Madrid se le preparaba un nuevo triunfo, entró de noche y de incógnito; pidió seguidamente á las córtes que se prohibiera dar el grito de ¡Viva Riego! porque no se glorificara á un hombre en menoscabo de la causa constitucional; renunció la pension de cuatro mil duros anuales que la nacion le habia votado; y para poner el sello á su magnanimidad, pidió que se con-

cediera una amplia amnistia á los rebeldes absolutistas, á aquellos mismos que en pago de su noble generosidad le dieron posteriormente la mas afrentosa muerte.

No es nuestro ánimo trazar un cuadro de la guerra civil de España en aquella época, pero sí diremos que los absolutistas adelantaban á paso tan rápido por la senda de la reaccion, que declarándose abiertamente enemigos de todo lo existente, llegaron hasta á constituir una regencia en la Seo de Urgel, compuesta del baron de Eroles, el marqués de Mata Florida y el obispo Creus, cuya regencia, por muy ridícula que pareciera su instalacion, fué reconocida por las juntas apostólicas de Navarra y Mequinenza, y entre otros hombres de alguna representacion, el general Eguía, don José O'Donell, el inquisidor general de España, el arzobispo de Tarragona, el obispo de Pamplona y el general de la órden de Capuchinos.

Sin embargo y apesar de la proteccion que el bando absolutista encontró en algunas potencias de Europa, especialmente en la Francia, cuyo ministerio habia dicho en las cámaras, que la Constitucion española tenia defectos esencialmente ruinosos, la regencia de Urgel hubo de evacuar el punto de su instalacion, trasladándose precipitadamente á Puigcerdá, desde cuyo pueblo contrató un empréstito de ochenta millones, delirio financiero que ningun resultado hubiera producido, á no ser porque la nacion francesa, que fué la que aprestó el capital, se desprendió por cálculo, de él voluntariamente, á trueque de que, baticida la Constitucion en España, no cundieran en el reino francés los principios representativos y de soberanía nacional.

El empréstito se ejecutó pues en París, hipotecando en

garantía el subsidio eclesiástico, para lo cual ningun derecho asistia á la regencia de Urgel, por mas que el inquisidor general de España y el superior de los Capuchinos, no hubieran creído hereges, ni escomulgados, á los que destinaban las rentas eclesiásticas á un objeto tan poco canónico.

No era dudosa la victoria entre los dos partidos contendientes, y quizás la obstinada resistencia de los absolutistas hubiera logrado tan solo afirmar mas y mas en sus ideas á los defensores del sistema Constitucional, único legal por ser el vigente en España.

Mas, por desgracia, la nacion francesa miraba con malos ojos nuestra libertad; las tropas que habia reunido en la frontera, y á las que dieron el nombre de cordon sanitario fueron llamadas ejército de observacion, y bien pronto dejó de ser dudosa la intencion que abrigaba el soberano del vecino reino.

La invasion estrangera era mas que temible, era inminente; y para contrarrestarla se resolvió aumentar el ejército y poner bajo pié de guerra, á la milicia nacional española.

Antes empero de que esta eficaz medida pudiera ser llevada á cabo, luchando como luchaba el gobierno con la estremada penuria del tesoro, tuvo lugar la invasion francesa, verificada sin declaracion de guerra y de esa manera desleal que tanto habia irritado al pueblo español, en tiempo del primer Bonaparte.

Cien mil bayonetas al mando del duque de Angulema, venian á destruir la Constitucion que el pueblo español se habia dado, mientras luchaba con otra invasion, así mismo francesa; y el dia 6 de abril de 1823 rompió el ejército

los enemigos de la causa constitucional comprometieran al rey.

Pero las Córtes no consultaron en este punto la voluntad del soberano, y el día 12 de marzo amenazó un nuevo conflicto á consecuencia de la lectura de una comunicacion del ministro de Gracia y Justicia, acompañando una certificacion de siete médicos, cinco de los cuales opinaban que la salud del rey no le permitia emprender el viage sin riesgo de su vida.

Mala opinion formaron los diputados de esta escusa de Fernando VII, y cundiendo rápidamente la voz de que el monarca deseaba permanecer en Madrid para estar al frente de una gran conspiracion en sentido anticonstitucional, tomaron las Córtes una resolucion extrema, cual lo fué nombrar una comision de su seno compuesta de nueve individuos, seis de ellos médicos, para que, prévio un reconocimiento de S. M., informase á la asamblea de la verdad que hubiera en la escusa alegada para no emprender el viaje.

La diputacion cumplió su cometido, y dió cuenta á las Córtes, reunidas en sesion permanente, de que la salud del rey en nada podia alterarse por efectuar el viaje á Sevilla.

Así pues, resolvieron las Córtes que aquel se verificara, y á las cho de la mañana del día veinte, salió Fernando VII de Madrid, de buena ó de mala gana, pues aun no se atrevia á chocar abiertamente con los liberales de España.

A esta traslacion del gobierno y del monarca contribuyó primero que todos el general Riego, y aun cuando estando Fernando en Sevilla nombró á D. Rafael segundo jefe del ejército que mandaba Ballesteros, es muy probable que el rey no olvidara la conducta observada en este pun-



to por el hombre de la isla de Leon, conducta que tan terriblemente se le hizo espiar poco tiempo despues.

A todo esto continuaba la guerra sostenida por los franceses, los cuales en breve llegaron hasta Madrid y se dispusieron á salir contra el gobierno de Sevilla.

Respecto á las intenciones que llevaban los invasores y á la idea política que representaban, no hay que dudar gran cosa, pues á su paso, unánimes eran los gritos de las turbas victoreando *al absolutismo y á la inquisicion*.

Y preguntamos nosotros ¿quién habia llamado á ese ejército extranjero? ¿acaso España no habia restablecido libremente la Constitucion? ¿acaso el rey no la habia jurado, asegurando en pleno parlamento que estaba decidido *á marchar el primero por la nueva senda constitucional*?

Si el rey de Francia temia que las ideas de libertad traspasaran el Pirineo, en hora buena tomára en su casa todas las medidas que creyera oportunas para garantir la seguridad del principio político que tenia la desgracia de representar; pero esto no le autorizaba nunca para matar en un reino amigo la libertad de que este era partidario desde muchos siglos, antes que la raza del rey de Francia empezase reinar en aquella nacion.

Matar un principio en un pueblo sobre el cual no se tiene derecho alguno, era un renuncio solemne del monarca francés que de hecho y ante la España se colocó en la misma poco envidiable posicion de Napoleon Bonaparte al invadir traidoramente nuestra península.

A la noticia de que las tropas francesas se dirigian sobre Sevilla, las Córtes obraron con gran prudencia manifestando la necesidad de que el gobierno se trasladára á Cádiz; á Cádiz, cuna de la Constitucion del año 12; á Cá-

las hostilidades, dividido en cinco cuerpos, mandados, el primero, por el mariscal duque de Riego, el segundo por el teniente general conde de Molitor, el tercero por el teniente general príncipe de Hohenloc, el cuarto por el mariscal Moncey, y el quinto por el teniente general conde de Boudefulle.

No por esto desmayó el aliento de los constitucionales: en España se sabia de sobra lo que era luchar con los franceses, y lo que es mas, sabian lo que era vencerlos; y tomando una de esas resoluciones supremas que salvan á las naciones en los momentos de mayor peligro, se comprometieron los constitucionales, á luchar por su causa, para que nunca se dijera que el hierro de los estranjeros era bastante á encadenar una nacion, que durante siete siglos habia luchado encarnizadamente para sacudir el yugo que la impusiera un pueblo extraño.

La situacion del monarca era cada dia mas crítica: nadie ignoraba que Fernando VII era poco adicto á la causa constitucional, y que si en una ocasion solemne habia dicho que *marcharia el primero por la nueva senda en que España voluntariamente habia entrado*, su verdadero ánimo era muy distinto por cierto.

De esta verdad respondian ante la Europa todos los actos del rey; sin conocimiento de los ministros procedia al nombramiento de altos funcionarios: frecuentemente se descubria que sus allegados mas adictos, eran los primeros en conspirar contra la ley del estado; y su cuerpo favorito, los guardias de la real persona, llamados de Corps, habian acuchillado una vez al pueblo por haber este tenido la *audacia* de victorear á la Constitucion á pocos pasos del palacio de S. M.

El descontento natural que todos estos actos debían producir, aumentó tan pronto como se hicieron públicas las intenciones de Francia, y circulando la voz de que el soberano del vecino reino amoldaba su conducta á los deseos del español, á quien se suponía el primer conspirador contra la libertad, aumentó la efervescencia popular; y el diez y nueve de febrero, día en que se cerraron las Cortes del año 22, hubo un motin en Madrid, con pretesto de que Fernando VII habia destituido el ministerio, y por primera vez durante aquel período revolucionario, se oyeron los gritos de ¡muera el rey! ¡muera el tirano!

Quizás aquel día corrió peligro la seguridad de algun alto personaje, la del rey mismo tal vez; pero los gefes del partido constitucional, secundados por la milicia nacional de Madrid, contuvieron á los amotinados y evitaron probablemente un crimen desconocido en la gloriosa historia de nuestra patria.

Fácilmente se comprenderá sin embargo, que despues de la invasion francesa, rotas las hostilidades entre los dos partidos que se disputaban el triunfo, y conspirándose públicamente en Madrid y en varios otros puntos de España por los absolutistas, que, gracias á Francia, contaban con un ejército mas numeroso que los constitucionales, era sumamente dificultoso impedir que el descontento público no estallára un dia ú otro de una manera terrible y deplorable para todos los hombres enemigos de la violencia y de escenas de sangrientas represalias.

Ante estas consideraciones, que pesaron no poco en el ánimo de los gefes de aquella situacion, decidióse que el gobierno se trasladára á la capital de Andalucía, á donde iria tambien el monarca, á fin de evitar que

los enemigos de la causa constitucional comprometieran al rey.

Pero las Córtes no consultaron en este punto la voluntad del soberano, y el día 12 de marzo amenazó un nuevo conflicto á consecuencia de la lectura de una comunicacion del ministro de Gracia y Justicia, acompañando una certificacion de siete médicos, cinco de los cuales opinaban que la salud del rey no le permitia emprender el viage sin riesgo de su vida.

Mala opinion formaron los diputados de esta escusa de Fernando VII, y cundiendo rápidamente la voz de que el monarca deseaba permanecer en Madrid para estar al frente de una gran conspiracion en sentido anticonstitucional, tomaron las Córtes una resolucion extrema, cual lo fué nombrar una comision de su seno compuesta de nueve individuos, seis de ellos médicos, para que, prévio un reconocimiento de S. M., informase á la asamblea de la verdad que hubiera en la escusa alegada para no emprender el viaje.

La diputacion cumplió su cometido, y dió cuenta á las Córtes, reunidas en sesion permanente, de que la salud del rey en nada podia alterarse por efectuar el viaje á Sevilla.

Así pues, resolvieron las Córtes que aquel se verificara, y á las cho de la mañana del dia veinte, salió Fernando VII de Madrid, de buena ó de mala gana, pues aun no se atrevia á chocar abiertamente con los liberales de España.

A esta traslacion del gobierno y del monarca contribuyó primero que todos el general Riego, y aun cuando estando Fernando en Sevilla nombró á D. Rafael segundo jefe del ejército que mandaba Ballesteros, es muy probable que el rey no olvidara la conducta observada en este pun-

to por el hombre de la isla de Leon, conducta que tan terriblemente se le hizo espiar poco tiempo despues.

A todo esto continuaba la guerra sostenida por los franceses, los cuales en breve llegaron hasta Madrid y se dispusieron á salir contra el gobierno de Sevilla.

Respecto á las intenciones que llevaban los invasores y á la idea política que representaban, no hay que dudar gran cosa, pues á su paso, unánimes eran los gritos de las turbas victoreando *al absolutismo y á la inquisicion*.

Y preguntamos nosotros ¿quién habia llamado á ese ejército extranjero? ¿acaso España no habia restablecido libremente la Constitucion? ¿acaso el rey no la habia jurado, asegurando en pleno parlamento que estaba decidido *á marchar el primero por la nueva senda constitucional*?

Si el rey de Francia temia que las ideas de libertad traspasaran el Pirineo, en hora buena tomára en su casa todas las medidas que creyera oportunas para garantir la seguridad del principio político que tenia la desgracia de representar; pero esto no le autorizaba nunca para matar en un reino amigo la libertad de que este era partidario desde muchos siglos, antes que la raza del rey de Francia empezase reinar en aquella nacion.

Matar un principio en un pueblo sobre el cual no se tiene derecho alguno, era un renuncio solemne del monarca francés que de hecho y ante la España se colocó en la misma poco envidiable posicion de Napoleon Bonaparte al invadir traidoramente nuestra península.

A la noticia de que las tropas francesas se dirigian sobre Sevilla, las Córtes obraron con gran prudencia manifestando la necesidad de que el gobierno se trasladára á Cádiz; á Cádiz, cuna de la Constitucion del año 12; á Cá-

diz, que ya otra vez habia sido baluarte de la libertad española contra el despotismo de los franceses.

Mas ya al punto en que se hallaban los negocios de la guerra, Fernando VII se creia en el caso de poder oponer una resistencia mayor que otras veces á la voluntad del partido constitucional.

Los defensores del absolutismo, á que tan aficionado era el traidor é ingrato monarca, cada dia ganaban mas terreno en España, merced á la creacion de la fuerza en principio de derecho ; el ejército de Ballesteros no se hallaba en disposicion de ofrecer gran resistencia por causa de los grandes descabros que habia experimentado : en una palabra, la fortuna habia ya vuelto la espalda á los constitucionales y el rey opuso para trasladarse á Cádiz, mucha mayor resistencia que habia opuesto para trasladarse á Sevilla.

El dia 11 de Junio, las Córtes llamaron á su seno al ministerio, interpelándole para que diera cuenta de las medidas que hubiese tomado á fin de garantir la seguridad del rey y de la asamblea.

Contestó uno de los ministros, que si bien se habia hecho presente al rey la necesidad de su traslacion á Cádiz, S. M. nada habia resuelto todavía.

Esta respuesta no podia tranquilizar á la asamblea, que con harta razon creia inminente el peligro ; y á propuesta del diputado Argüelles, acordó el Congreso quedar en sesion permanente hasta tanto que una comision de diputados daba cuenta de la resolucion definitiva del rey.

Nombrada la comision y presidente de esta el general D. Cayetano Valdés, fué recibida por el monarca á las cinco de la tarde del propio dia 11 de Junio, y á la media

hora regresó al seno de la asamblea para dar cuenta de su cometido.

Se reducía este á que S. M. había contestado con la *mayor entereza* que «*su conciencia y el amor que profesaba á sus súbditos no le permitían salir de Sevilla; que como particular no tendría inconveniente en hacer este ó cualquier sacrificio; pero que como rey no se lo permitía su conciencia.*»

—«Hice presente á S. M., añadió el presidente de la comision, que su conciencia estaba á salvo, pues que, aunque como hombre podía errar, como monarca constitucional no tenía responsabilidad alguna ni otra conciencia que la de sus consejeros constitucionales y de los representantes de la nacion, sobre quienes estribaba la salvacion de la patria; y que si S. M. era gustoso de ello, podía oír sobre este punto á cualquiera de los individuos de la diputacion que me acompañaba.»

A pesar de las oportunas reflexiones que el general Valdés había dirigido al soberano, se limitó éste á contestar:—*he dicho.*—Y volvió groseramente la espalda á la diputacion, sin añadir mas palabra. En consecuencia, la diputacion del Congreso ponía en conocimiento de sus comitentes que el rey no tenía por conveniente su traslacion de Sevilla á Cádiz.

Puede calcularse el efecto que esta respuesta produjo en la Asamblea.

Hubo una escena acalorada en la cual tomaron parte varios diputados, entre ellos el general Riego, y por último, haciéndose Galiano eco de la opinion general de la Asamblea, presentó la siguiente notabilísima proposicion:

«Pido á las Córtes, en vista de la negativa de S. M. á

poner en salvo su real persona y familia de la invasion enemiga, se declare es llegado el caso de considerar á su magestad en el de impedimento moral, señalado en el artículo 187 de la Constitucion, y que se nombre una regencia provisional, que para solo en el caso de la traslacion, reuna las facultades del Poder ejecutivo.»

La proposicion del diputado Galiano fué votada acto continuo por las Córtes, y nombrados regentes del reino los Sres. Valdés, Ciscar y Vigodet, los cuales tomaron en seguida las disposiciones oportunas para la traslacion de la real familia y del gobierno, segun así se verificó el dia 12 de junio, á las seis de la tarde.

Opuso el monarca resistencia, noticioso sin duda de una conspiracion tramada para impedir su salida de Sevilla, pero el Poder ejecutivo descubrió con tiempo el proyecto y fueron reducidos á prision los jefes que debian ponerse al frente del movimiento.

Salió Fernando VII de Sevilla, escoltado convenientemente para su seguridad y la del órden público; y no hay para qué decir, porque se comprende, si en el interior de su corazon juró desquitarse con aquel partido, y sobre todo con aquellos diputados causantes principales de la interina suspension de su autoridad.

Los enemigos de las Córtes del año 23 califican de atentado contra la magestad soberana la medida propuesta por Galiano; pero de esta medida habia una necesidad absoluta en aquellos críticos momentos, y el espíritu de aquella Asamblea, arrastrada á pesar suyo á un acto previsto en la Constitucion del reino, se reflejó en la conducta observada á la instalacion del gobierno en Cádiz, pues uno de sus primeros actos fué devolver á Fernando VII la autoridad



soberana, de que solo estuvo desposeido durante cuatro dias.

A todo esto habia en España dos gobiernos, pues el generalísimo francés habia establecido en Madrid una regencia que declaró reos de alta traicion á los votantes de la suspension de Fernando VII, fulminando contra ellos la pena de muerte. Y fué lo mas terrible que esa sentencia odiosa é injustificada, dictada por una fuerza extranjera é invasora, vino á ser cumplimentada con el tiempo por los mismos españoles. ¡Vergüenza es decirlo!

Riego en tanto fué destinado por el gobierno á Málaga, para ponerse al frente del ejército que mandaba el general Zayas, en quien los liberales recelaban defeccion y no sin fundamento, pues harto evidenció las miras que sobre aquel ejército se habian tenido, el estado en que lo encontró Riego.

Por de pronto, el nuevo general redujo á prision al antiguo, y en union de varios otros oficiales, le embarcó en una fragata anclada en aquel puerto.

Procuró enseguida reanimar el espíritu del soldado, cubrir las muchísimas bajas de los batallones, estirpar el hasta entonces impune delito de desercion, y luego hacer que las tropas se acostumbraran á mirar al ejército francés como turba de gente mercenaria, venida á España con la sola idea de asesinar la libertad que el país habia recobrado á costa de gigantescos esfuerzos. Despues que hubo conseguido realizar en parte sus proyectos, fogueó á las tropas en varias salidas que hizo para batir á las facciones de la Sierra; pero impotente para reprimir á las huestes francesas, cuando estas atacaron á las de su mando, hubo de replegarse sobre Velez-Málaga tan pronto como supo que en

su persecucion habian salido fuertes cuerpos extranjeros de Granada.

Esto ocurría el día 4 de setiembre, y por la noche, á su llegada á Velez-Málaga, tuvo Riego el disgusto de saber que un escuadron del Rey y cuatrocientos infantes, que debian componer la retaguardia de su ejército, se habian entregado cobardemente al enemigo.

Este contratiempo perjudicaba considerablemente los planes del general, que ya tenia que combatir á la vez contra fuerzas diez veces mayores que las suyas y contra la defeccion de sus propias tropas, seducidas por el mal ejemplo de muchos generales que, sin escrúpulo alguno, se hacian absolutistas ó constitucionales segun así lo exigía la ley de su conveniencia y de su ambicion. ¡Cuando los de arriba dan este ejemplo, qué tiene de particular que los de abajo se miren en su espejo!

Harto preveía Riego todo lo que debia suceder, pero su corazon no se prestaba á ninguna doblez política, y con los pocos amigos que le restaban, resolvió hacer frente al fatal destino que tan de cerca le amenazaba.

Sus operaciones hasta el día 10 de setiembre, en que tuvo lugar uno de los lances decisivos de aquella campaña, fueron las siguientes:

En la madrugada del 5 emprendió la marcha sobre Nerja, y por la noche tuvo noticia de que una division francesa, fuerte de dos mil hombres, habia entrado en Almuñecar.

En la madrugada del 6 salió decidido en busca del enemigo, pero á media legua de Nerja cambió de direccion y comenzó á ascender el elevado monte del Lucero en cuyas escabrosidades sorprendió la noche á Riego, siendo tal la

oscuridad que le rodeaba y tan inminente el peligro, en razon á los muchos precipicios que bordeaban el camino, que fué preciso incendiar algunos pinares para procurarse la indispensable luz; á pesar de lo cual, las dificultades de aquella marcha fueron infinitas y se despeñaron algunos caballos desde asombrosas alturas.

El dia 7 marchó la columna con direccion á Llena, y por la tarde con direccion á Villa Nueva.

El dia 8 se encamilló Riego con los suyos hácia Montefrio, resolviendo dar á las tropas algun descanso, que bien lo necesitaban.

El dia 9 por la mañana descubrió á poca distancia un escuadron de lanceros franceses, y habiéndose aquel adelantado á su pequeña columna para explorar la situacion del enemigo, cortóle este la retirada y el general hubo de abrirse paso entre los franceses, sable en mano, batiéndose en aquella ocasion como hombre de valor que desprecia la vida por salvar esta vida misma.

No bien escapado Riego á este peligro, continuó la marcha sobre Montefrio, y á las 7 de la mañana del dia 10, á media legua de aquel pueblo, tuvo el peor encuentro que podia temer en aquellos momentos: el general Ballesteros con su ejército estaba allí para cerrarle el paso.

No bien Riego tuvo noticia de aquel encuentro, se dirigió acto continuo á las avanzadas de Ballesteros y tan inspirado se sintió en aquel momento que consiguió del capitán de artillería D. Manuel Pezuela, un parte para el general enemigo, comunicándole las intenciones puramente patrióticas del hombre de la isla de Leon; pero transcurridas dos horas sin que el capitán Pezuela volviera con la contestacion, se rompió el fuego entre la avanzada de Ba-

llesteros y la vanguardia de Riego; mas como el jefe que mandaba esta última ordenase á sus soldados hacer fuego al aire mejor que disparar sobre enemigos que eran españoles y compañeros de armas, estos se sintieron conmovidos con tal proceder y se pasaron á los de Riego, con uno de sus oficiales al frente.

Esto sin embargo no impidió que Ballesteros tomara posiciones y presentara la batalla. Trabóse la lucha, y cuando ya habia comenzado á derramarse sangre en uno y otro campo, Ballesteros se dirigió solo con sus ayudantes al de Riego y Riego salió al encuentro de Ballesteros. Entonces tuvo lugar una de aquellas conferencias de que pende á veces el destino de una nacion. Ya reunidos los dos generales se dirigió Riego á Ballesteros, hablándole en los siguientes términos:

—¿Es posible que V. E. permita que las armas de la patria se empleen contra los defensores del código que V. E. y su ejército tienen jurado? ¿Es posible que hermanos contra hermanos derramen esa sangre preciosa que todavía puede salvar á esta nacion desventurada? La de mis soldados ha sido vertida por los de V. E.; uno de mis ayudantes ha sido víctima de su arrojo y bizarría, y cuando mis tropas se presentaban como amigos á sus hermanos de armas, han sido recibidas á balazos. Me cuesta mucho creer que V. E. haya dado semejante orden, que V. E. permita tales asesinatos, porque asesinatos son en efecto; que V. E. haya transigido vergonzosamente con los enemigos de la nacion; y si es cierto que V. E. haya hecho esa transaccion, V. E. no podia hacerla, ni como general, ni como patriota. Los ejércitos son de la patria, y no de los generales que los mandan. V. E. no estuvo, ni pudo estar autorizado por la

patria para transigir con sus mas inexorables enemigos. ¡Cómo podría V. E. cohonestar semejante defeccion á los ojos de España y á los de Europa entera que nos contempla!

—Yo no he transigido, respondió Ballesteros, trémulo y balbuciente; mis tropas son las que han querido separarse del camino que su honor debiera haberlas trazado.

—No obstante, replicó Riego, si he de dar crédito á las señales positivas que descubro en el ejército del mando de V. E., es de esperar que no tarde el momento en que corramos unidos á salvar á esa cara patria del peligro que la amenaza. V. E. como general esperto y acreditado, puede todavía explotar á favor de España el resto de entusiasmo que anima á sus tropas: tome V. E. el mando de ambos ejércitos; yo me uniré á V. E. como ayudante, como mero ordenanza, como el último de los soldados; y si V. E. conceptua que mi presencia en el ejército puede ser causa de disturbios, deme V. E. palabra de romper esa malhadada transaccion y contento me volveré á las Córtes.

—Mi nombre, dijo Ballesteros, está comprometido ante las naciones estranjeras: he firmado la transaccion y no puedo dejar de cumplir mi palabra.

—Primero tenia V. E. comprometida su palabra y su honor con la Constitucion, y este empeño era mas sagrado que el otro: cumpla V. E. con él, y cumplirá con su honor y con su patria. Y toda vez que dice V. E. que el ejército ha sido quien se ha pronunciado por esa nefanda transaccion, tan pronto como ese mismo ejército vea que la transaccion no le es conveniente, queda roto todo compromiso.

—No sé lo que sobre el particular opinará mi ejército,

pero desde este momento prometo á V. E. dar órden á mis tropas anunciándolas quedar libres de todo compromiso si prefieren retirarse de las filas, caso de que su voluntad no esté de acuerdo con la transaccion de que hemos hablado.

No otra cosa pudo recabar Riego de Ballesteros, pero de todos modos se suspendió la batalla y los dos ejércitos penetraron juntos en Montefrio. Alojadas las tropas, las del primero de aquellos generales recibieron órden de evacuar silenciosamente el pueblo al mando de su segundo jefe, y la retirada se verificó con tanto disimulo, que, cuando Riego fué advertido de ella y corrió á los cuarteles para contener aquella nueva defeccion, ya encontró desiertos los alojamientos. Entonces, sin consultar nada mas que al peligro de la patria y en uno de aquellos arranques que tan frecuentes eran en aquel ilustre patricio, montó á caballo, y solo y á todo escape tomó el camino que habia seguido el ejército de Ballesteros. Echáronse sus ayudantes detrás de él y consiguieron alcanzarle y disuadirle de sus proyectos, haciéndole presente el peligro en que se veria la causa constitucional si el segundo jefe del ejército de Ballesteros retenia á Riego en su poder, en rehenes de lo que pudiera acontecer al otro general. Comprendiólo así Riego, y regresando á Montefrio puso en arresto á Ballesteros, aunque hubo de levantárselo pocos dias despues, convencido de que le seria imposible sostenerse en dicho punto.

Pocas esperanzas de libertar á la patria restábanle al caudillo de la isla de Leon: el ejército de Ballesteros, cuyo entusiasmo habia resucitado por un momento, acababa de dar una prueba de sus pocas simpatías por la causa constitucional. El jefe de esta causa siguió el camino de Martos

á Jaen, y el dia 14 se encontró con una de las columnas de facciosos apoyados por los franceses, que las seguian á corta distancia.

El general Riego no podia rehusar el combate ni tampoco esperar un triunfo; pero sí podia pelear como un valiente y morir con gloria, si era preciso; y esto se resolvió á poner por obra. Presentó el combate, pero los facciosos tuvieron el buen talento de no aceptarle hasta tanto que se les uniese el grueso de la infantería francesa. Así lo comprendió Riego, y mandando romper el fuego de guerrillas, destacó al batallon de Galicia para que desalojara á los enemigos del ventajoso punto en que se habian situado. Consiguieronlo los bravos soldados; pero en esta operacion transcurrió un tiempo precioso, y llegando las fuerzas francesas, mucho mas numerosas y descansadas que las constitucionales, atacaron al ejército liberal. La refriega no fué larga pero sí terrible. Riego hubo de emprender la retirada, y en esta y en la accion perdió dos mil hombres, es decir, se quedó sin ejército. Pero esta derrota, si tal puede llamarse al vencimiento de los más sobre los menos, prueba indudablemente el entusiasmo que reinaba en el ejército constitucional y la fé con que las tropas se batian al mando del héroe de la isla de Leon. No retrocedió éste ante el peligro, ni reusó encontrarse cara á cara con la muerte, que nunca tal vez le pareció mas apetecible. Batiéndose como el último de los soldados vino al suelo por la muerte de su caballo, y allí sin duda le hubieran esterminado sus enemigos á no ser porque el bravo oficial D. Agustin Lanuza se desmontó presuroso y con noble generosidad cedió su corcel al general.

La retirada de Riego se verificó por la Manchuela, don-

de racionó á sus tropas en la noche del fatal 14, llegando á Jodar en la madrugada del 15.

Sin embargo, decidido estaba que ni una hora de descanso debian experimentar aquellos bravos hombres, pues no bien habian detenido su marcha para proporcionarse algun descanso, cuando fueron sorprendidos por la caballería francesa.

Riego, con su estado mayor y trescientos infantes, trató de rechazar el ataque, pero inútilmente.

Pronto la dispersion fué completa, y convencido el general de que era imposible luchar por mas tiempo con tal desventaja, ordenó á su ayudante de campo D. Joaquin Garcia Segovia que reuniera á los fugitivos, en tanto él, con el resto de sus ayudantes y oficiales, peloton de hombres leales que todo lo sacrificaron para asociarse á la suerte de su general, tomaba la cordillera de la izquierda con direccion al pueblo de Arquillos.

Así lo hizo Riego, y como á media legua de la poblacion entró á desayunarse en una casa de campo solitaria; pero ni en ella encontró comestibles, ni tampoco podia adelantar un solo paso por el mal estado del herraje de los caballos.

En este conflicto, aquel hombre, cuyo corazon leal no le permitia sospechar que bajo un exterior honrado cupiera una alma negra y traídora, suplicó al dueño del cortijo que se llegára al vecino pueblo en busca de lo que tanta falta hacia á los fugitivos, un poco de alimento para no morirse de hambre y los medios para continuar una retirada que harto sensible se les estaba haciendo.

Partió en efecto el dueño de la casa, y volvió provisto de lo necesario para satisfacer las necesidades de su ilus-



tre huésped ; Riego apenas pudo probar algunos bocados, cual si previera que aquel era el último almuerzo que en libertad debía hacer.

Dominábale por completo el pensamiento de la suerte futura que cabría á su amada España, y el pesar que sentía su corazón embargaba sus sentidos.

Aquella patria cara, á la cual habia sacrificado su reposo, por una libertad que habia suspirado tantos años, iba á verse envuelta otra vez en los horrores de la anarquía; otra vez iba á ser aherrojada por los satélites del absolutismo.

Riego debió llorar lágrimas bien amargas al sondear aquel nuevo porvenir entre cuyos densos vapores vislumbraba tal vez algo parecido á un cadalso afrentoso.

Embargado por estos pensamientos no se apercibió sin duda de un rumor que por el campo se dejó oír ; pero su desilusion debió ser horrible, cuando de repente se vió preso en las redes de la traicion mas negra. El dueño del cortijo, infiel á las santas leyes de la hospitalidad, puso una carabina al pecho del general, intimándole que se rindiera ; acto continuo penetraron en la sala unos veinte hombres armados, prorrumpiendo en voces de prision y de muerte.

El dueño del cortijo habia dado parte de la llegada del general á los vecinos de Arquillos, y estos corrieron á apoderarse de la persona del que habia cometido el exclusivo delito de querer libertar á un pueblo, que en aquel entonces renegaba de su glorioso pasado.

*Escrito está que nunca á los redentores ha de faltarles un Judas.*

Riego no trató siquiera de oponer resistencia: en aque-

lla lucha no cabia esperanza de triunfo, ni gloria en la derrota ; por lo tanto se entregó en manos de sus aprehensores, que tanto equivalia ponerse á merced del verdugo.

Antes empero de seguir á nuestro héroe hasta el fin de su azarosa vida, veamos en que vino á parar el descalabrado ejército del insigne libertador.

El ayudante encargado de recoger á los fugitivos consiguió reunir á unos docientos de aquellos, y en su camino hasta Cazorla, se aumentó la columna hasta reunir una fuerza de quinientos infantes y veinticinco caballos, cuyo mando tomó el coronel D. Ignacio María Aguirre, nombrando geje de estado mayor á D. Tomás Yarto.

De esta suerte caminó aquel puñado de valientes á través de un pais enemigo, luchádo con el ejército francés y con las facciones que incesantemente se oponian á su paso.

Ante la inminencia de aquel peligro, ante la cuasi seguridad de la muerte, consultaron los gejes á las tropas, si estaban en voluntad de seguir adelante en su azaroso empeño, ó bien si por lo contrario preferian dispersarse evitádo el peligro de un encuentro, pero los soldados, aleccionados con el ejemplo de su antiguo general, respondieron á una, que en defensa de las banderas Constitucionales se batirian un dia y otro, y moririan cuando otra cosa no pudieran hacer.

Formada tal resolucion, llegó la columna á las llanuras de Aviles, y allí se tiñió el suelo con sangre de los españoles, en lucha desigual, peleando de un lado el número, de otro la desesperacion, en entrambos el encarnizamiento.

Era el dia 19 de setiembre, dia terrible en los fastos de la libertad española, pues en él murieron ó fueron hechos

prisioneros los últimos campeones que por aquella empuñaban sus armas.

Las bayonetas francesas se hundieron nuevamente en el cuerpo de los Constitucionales, y estos vendieron caras sus vidas mientras quedó á los soldados un solo cartucho que quemar, un pedazo de espada que romper.

Al cabo de cincuenta años transcurridos sobre aquel día aciago, la España recuerda con orgullo aquellos héroes, y quiero dejar consignados los nombres que de ellos nos restan, para que sirvan de estímulo á los españoles que caminan sobre las huellas de aquellos bravos.

La posteridad nunca es ingrata con los héroes; jamás se han dejado de erigir, tarde ó temprano, altares á los verdaderos mártires.

*Relacion nominal de los señores gefes y oficiales que se hallaron prisioneros de guerra en el convento de la Merced de Lorca:*—D. Ignacio María Aguirre, coronel.—Tomás Yarto, teniente coronel, segundo ayudante general.—Pantaleon Yerro, id. teniente coronel.—Manuel Castro, capitán.—Francisco Mola, teniente.—José Pumarejo, capitán de Marina.—Joaquin García de Segovia, id. de caballería regimiento 8.º de línea,—Santos Cremona, comandante.—Mariano Gonzalez, capitán de cazadores.—Juan Santos, teniente.—Felipe Gomez, id.—Juan Bautista Groch, id. ayudante.—Juan Casanova, id. agregado.—Agustin José Rada, ayudante.—Fernando Llamas, subteniente.—Joaquin Ruiz, id.—Manuel Laserna, id.—Pedro Marcos Sanchez, id.—José Coll, id.—Pedro Carpi, capitán.—Antonio Lacerda, id.—Casiano Arroyo, id.—Estevan Rey, id. ayudante.—Segundo Prado, teniente.—Jaime Moncada, teniente.—Mariano Guardiola, id.—Telmo del Villar, id.—

Francisco Perez, id.—Juan del Villar, id.—José Noriega Guerra, subteniente.—Francisco Tomarid, capitan.—José Maria Sorazaba, id.—Juan Caballero, id.—Antonio Panca-biea, id.—Martin Carreño, teniente.—Fulgencio Fernandez, id.—Manuel Baltasar, id. ayudante.—Francisco Barreda, subteniente.—Manuel Suarez, id.—Francisco Gradoli id.—Rafael Amad, id.—Ignacio Legarsegui, teniente.—Estevan Orox, id.—Manuel Clemente, id.—Antonio Jole, subteniente.—Antonio Porta, capitan.—Francisco Velasco, teniente.—Benito Cavajal, id.—Andrés Puig, subteniente.—Francisco Corrales, id.—Alonso Barreno, id.—Manuel Ribero, capitan.—Ricardo Maestro, ayudante.—Juan La Fé, teniente.—José Valentin, subteniente.—Manuel Felio Camus, coronel.—Felipe Sanchez, teniente.—Francisco Ason y Evia, id.—Manuel Suarez, subteniente.—Anselmo Imurriagarro, primer comandante.—Vicente Sarlaguillas, capitan.—Leon Iriarte, id.—Pedro Balvés, id.—José de Montes, id.—Cárlos Ballina, id.—Cárlos Robador, primer ayudante.—Rafael Delgado, teniente.—Fernando Portosa, id.—Diego Corrigar, id.—Angel Mendiola, id.—Jorge Amador, id.—Sehundo Amich, id.—Juan Perez, subte-niente.—Ramon Martinez, id.—José Acevedo, id.—Miguel Aguilar, id.—Tomás Gibert, id.—Cárlos Ralor, id.—Este-van Rebusí, id.—Juan Charriel, id.—Nicolás Esteras, id.—Lorenzo Cabrera, comandante.—Francisco Maria Arro-gia, capitan.—Agustin de Lanuza, teniente.—Manuel Gal-ves, subteniente.—José Campuzano, id.—Francisco de Paula Ramirez, ayudante del regimiento.—José Altimira, subteniente.—José Blanco, id.—Vicente Villar, capellan.—Luis García, teniente.—Ramon Aceveredo, subteniente.—Restituto Jauregui, id.—Agustin Bada teniente ayudan-

te.—Leandro Martinez, capitán.—Juan Ruiz, oficial de la intendencia.—Francisco Morido, teniente.—Gaspar Cardenas, subteniente.—Juan Antonio Peri, capellan.

En cuanto á los individuos de tropa, la patria reconocida guarda su memoria en el panteon no menos glorioso, donde descansan los innumerables é incógnitos mártires de la libertad.

Restablecido en España el gobierno absoluto, gracias á la intervencion de los franceses, pudo Fernando VII entregarse sin rebozo á su pasion decidida por el mando despótico, y para justificar en algun modo el cambio que iba á introducir en el gobierno de la nacion, espidió desde el puerto de Santa María un real decreto, cuyo preámbulo era una condenacion terminante del movimiento liberal, una apoteósis del absolutismo y de los absolutistas y un ridículo tributo, satisfecho á las opresoras armas de los franceses.

Este real decreto espedido por Fernando VII, contenia el siguiente párrafo:

«1.º Son nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno llamado Constitucional (de cualquiera clase y condicion que sean) que ha dominado á mis pueblos desde el 7 de marzo de 1820, hasta hoy dia 1.º de octubre de 1823, declarando como declaro que en toda esta época he carecido de libertad, obligado á sancionar las leyes y espedir las órdenes, decretos y reglamentos que, contra mi voluntad, se dictaban y espedian por el mismo gobierno.

Apruebo todo cuanto se ha decretado y ordenado por la junta provisional del gobierno, y por la regencia del reino, creadas, aquellas en Oyarzum, el dia 9 de abril, y esta en Madrid el dia 26 de mayo del presente año, entendiéndose

interinamente, hasta tanto que, instruido competentemente de las necesidades de mis pueblos, pueda dar las leyes y dictar las providencias mas oportunas para causar su verdadera felicidad y prosperidad, objeto constante de todos mis deseos.

Tendréislo entendido y lo comunicareis á todos los ministros.

Puerto de Santa María 1.º de octubre de 1823.

Rubricado de la real mano.

A D. Víctor Saez.»

Preciso es confesar que así los absolutistas como el primero de ellos, Fernando VII, apreciaban muy poco el decoro de la monarquía, cuando así se prestaban á suscribir un documento que la posteridad apreciará como la mas grande palinodia que puede haber cantado un soberano.

Antes que firmar este escrito debió el rey haber tenido presente que no era dueño de haber puesto en ridiculo á la monarquía, y los hombres que de monárquicos blasonaban, no debieron haber olvidado que los pueblos aprecian tanto mas y respetan las instituciones, en cuanto los encargados de representarlas velan con mayor interés por su prestigio.

Esto es lo que no tuvieron presente ó quisieron olvidar los consejeros de Fernando VII; pero la cuestion estaba reducida á entronizar el gobierno absoluto, y al decreto de 1.º de octubre siguió en breve otra real orden, dictada á consecuencia de haber hecho creer al rey que su vida peligraba durante el viaje á Madrid, si no alejaba del camino que S. M. debia recorrer á las personas tachadas de liberales.

Crejera ó no Fernando VII en la existencia de aquel pe-

ligro, apresurándonos á hacer constar que nosotros opinamos por la negativa; ello es que antes de emprender el viaje, se espidió la siguiente indigna disposicion:

«El rey nuestro señor quiere, que durante su viaje á la córte, no se encuentre á cinco leguas en contorno de su tránsito ningun individuo que durante el sistema Constitucional haya sido diputado á Córtes en las dos últimas legislaturas, ni tampoco los secretarios del despacho, consejeros de estado, vocales del supremo tribunal de justicia, comandantes generales, jefes políticos, oficiales de las secretarías del despacho, jefes y oficiales de la estinguida milicia nacional voluntaria, prohibiéndoles *para siempre* la entrada en la córte y sitios reales, al radio de quince leguas.

Esta soberana determinacion, esta voluntad de S. M. no sea comprensiva para aquellos individuos, que despues de la entrada del ejército aliado hayan obtenido por la junta provisional ó la regencia del reino un nuevo nombramiento ó reposicion en el que tenian por S. M. antes del 7 de marzo de 1820; pero unos y otros con la precisa condicion de encontrarse ya purificados.»

Imposible parece que en un pueblo culto se fulmine un decreto de esta naturaleza y contra unos hombres cuyo único delito consistia en haber elevado sus pensamientos á la altura de la dignidad de un pueblo que hacia muchos años habia sacudido el yugo del feudalismo.

Y no fué lo peor que el decreto se promulgara, sino que se cumplimentase con tal rigor, que hasta fué arrojado de Sevilla el general Zayas, el valiente militar que el dia 7 de julio habia espuesto su vida en palacio por salvar la del rey y los cortesanos, despues que derrotados los guardias cau-

santes del enojo popular, creyeron los absolutistas llegada la hora de su estermínio.

Los dos decretos que en parte hemos transcrito, son bastantes para demostrar la nueva via porque entraba el gobierno de España y las pocas esperanzas que podrian restarles á los Constitucionales de buena fé, que no quisieran pasar por una innoble apostasía mal disimulada con el nombre de *purificacion*.

En tales circunstancias llegó Riego á Madrid, atado como un malhechor, despues que hubo estado preso por los franceses en la cárcel de la Carolina, desde la cual fué entregado á las autoridades españolas de órden del duque de Angulema, que con tal accion puso el sello á la conducta observada por la Francia.

Semejante mancha empañará eternamente el escudo de aquel militar; que no merece ser llamado valiente, ni soldado, el general que se venga de un noble enemigo entregándole á los verdugos que no tenian derecho á reclamacion alguna.

Los paisanos que habian verificado la prision de Riego, entregáronle voluntariamente á las tropas francesas, de que era generalísimo el duque de Angulema : éste se hallaba en su derecho reteniendo á Riego como prisionero de guerra, y si tanto se nos apura, si se quiere erigir en principio que en la carrera de las armas no caben la clemencia ni la magnanimidad, diremos que el duque de Angulema estaba facultado para disponer á todo trance de la vida de su prisionero, enemigo que habia sido aprehendido despues de una batalla y sin garantía de gracia alguna.

Pero lo que la hidalguía, el valor, la civilizacion, no pueden perdonar al duque de Angulema, por mas duque y



príncipe y francés que sea, es que no atreviéndose á dictar por sí mismo la sentencia de Riego, no siendo bastante generoso para perdonarle, ni bastante valiente para darle muerte, hiciera de él entrega al gobierno español, no pudiéndole caber la mas mínima duda acerca del destino que de tal suerte le cabria á la infeliz víctima.

Cuando el duque de Angulema regresó á Francia, hasta arrepentido del éxito de su expedicion, pues pronto se hubo de convencer de que el agradecimiento no era la virtud que mas resplandecia en los absolutistas, y mucho menos en su Rey, ninguno en la córte ni en el pueblo le pidió cuenta de la conducta que habia observado con Riego.

Verdad es que la Francia, patria de adalides, cumplidos, comó Bayardo *el caballero sin tacha*, lo ha sido tambien de capitanes como Duguesclin, el *villano* por escelencia.

Riego llegó á Madrid el dia 2 de octubre y fué encerrado en uno de los calabozos del Colegio de nobles.

En vano su esposa y su hermano, respetable eclesiástico, intercedieron por él con los primeros hombres de la situacion; en vano escribieron hasta á Lóndres, tratando de hacer interesar á favor de la víctima á algunos elevados personajes que por sus opiniones debian simpatizar con el ilustre prisionero.

Así los españoles como los ingleses, le abandonaron por completo á su suerte: á los tres años de recorrer incesantemente la gloriosa senda de los triunfos y los honores, estaba escrito que recorrería á su vez el ensangrentado camino del ignominioso cadalso.

A solas en la oscuridad de su prision, insultado por sus carceleros, atacado por una cruel enfermedad nerviosa, abandonado por el mundo entero, y abatido, mas aun que

por todo, por la idea que la misma mano que le postraba á él postraba á la patria; muchas veces el general Riego debió volver los ojos á aquellos hermosos dias de su vida en que el pueblo se electrizaba simplemente con pronunciar su nombre, símbolo de una nueva era de libertad y de dignidad que él habia tenido la envidiable suerte de inaugurar.

Entonces, por fuerza debió pensar en la inconsecuencia de los pueblos y para sí debió temer que el peor azote de una nacion es la ignorancia y la frivolidad de sus hijos.

Uno de los principales cargos que entonces hicieron á Riego fué haber solicitado el auxilio de los extranjeros para empeñar y prolongar una guerra, que al decir de los absolutistas, los franceses habian venido á terminar.

A nadie por aquel entonces se le ocurrió decir que aquella guerra hubiera dejado aun de tener comienzo, si en mal hora los retrógrados no hubieran sublevado á los incautos de España contra una constitucion que el pueblo se habia impuesto y el rey jurado solemnemente; y que aquella guerra hubiera terminado tambien mucho antes, si los franceses no hubieran intervenido en ella, cuando por nadie legitimamente habian sido llamados.

Apesar de todo, veamos en qué se fundaba la acusacion dirigida contra Riego. En una carta, en un escrito del malogrado general á Sir Roberto Wilson, implorando de los ingleses un auxilio de dinero y municiones para proseguir la campaña; solicitud que el defensor de las libertades españolas tenia poderosos motivos para hacer, sin que por esto su memoria se empañe con el feo borron de estrangerismo, que sus enemigos han arrojado sobre la brillante y

sangrienta historia de aquel adalid. Antes empero conocamos la carta.

Decia así:

«Ilustre patriota, mi compañero de armas y amigo: La situacion deplorable á que ha reducido á mi pais la invasion estrangera, me obliga á dirigirme á vos para reclamar vuestro ardor patriótico en favor de los bravos que pelean á mis órdenes. Las circunstancias y los acontecimientos desgraciados que han sobrevenido á esta fraccion de la península, me han colocado en una posicion muy crítica, y yo imploro los sufragios de los hombres libres y generosos, para que pueda ser mas útil á mi patria y á la sagrada causa de la independenciam de España. Bajo este concepto os dirijo esta carta, rogándoos que empleeis toda vuestra influencia sobre vuestros compatriotas, á fin de que puedan enviar á la mayor brevedad posible todos los fondos y municiones, que sus generosos esfuerzos me puedan procurar, para socorro de mi ejército, completamente exausto de medios de subsistencia: y vivid seguro, en pago de los beneficios señalados que aguardo de vos y de vuestros generosos compatriotas, de mi reconocimiento y el de mi patria.

*Rafael del Riego.»*

Digamos ¿qué pensamiento criminal, qué plan traidor, qué venta infame al estrangero encierra esta carta, que algunos han echado en cara á Riego, precisamente al tiempo mismo que con aplauso de los detractores de aquel general, el duque de Angulema habia penetrado en España al frente de cien mil hombres de armas franceses?

El paladin constitucional pudo dirigirse á los ingleses,

en primer lugar, porque Inglaterra, con buenas ó malas razones, hace muchos años que venia representando el papel de protectora de la libertad y de los oprimidos pueblos; y en segundo lugar, porque defendiendo Riego la Constitucion del año 12, era muy natural que llamara en su apoyo á aquella nacion que tanto habia contribuido á la proclamacion del célebre código, cuando España se hallaba empeñada en lucha horrible y gigantesca contra las huestes del invasor Napoleon I.

Por segunda vez los franceses venian á destruir la libertad española. ¿Tenia algo de particular que Riego impetrase por segunda vez el apoyo de aquella nacion que tantos servicios habia prestado la primera?

Desgraciadamente, el gobierno inglés distó mucho de portarse el año 23 como el año 12; el duque de Angulema no hubo de temer los golpes de la espada de otro Wellington. Seamos francos, Inglaterra se portó poco generosamente con el hombre de la isla de Leon, pues no solo se desentendió de sus súplicas, sino que ninguna gestion practicó, ni con el gobierno francés ni con el español, para salvar la vida al desgraciado que de tan buena fé se habia lanzado á defender aquel principio que la soberbia Albion se gloria de personificar.

Era llegado por fin el dia del juicio de Rafael del Riego: sus enemigos iban á vengarse, humillando aquella cabeza orlada de tan inmarcesibles laureles.

Era el *dia 3 de noviembre del año 1823*, dia de luto en los anales judiciarios de España.

Riego enfermo y abatido, mas aun por sus dolores que por sus padecimientos físicos, fué sacado de su calabozo y presentado ante sus jueces. ¿Quiénes fueron estos?

Se ignora; pero es lo cierto que nunca aquel nombre augusto estuvo peor aplicado.

¡Los hombres, reunidos con aquel motivo, no iban á juzgar; iban á condenar, iban á matar... eran unos asesinos!

Sus nombres nunca se han hecho públicos; el proceso del general jamás ha sido hallado ¿qué mejor prueba de la vergüenza que debía causar á los que en el intervinieron?

Es fácil que en épocas de mejor aspecto político, lo destruyesen aquellos mismos que le habian instruido.

Si así fué, se habrá perdido un curioso documento histórico, pero al menos no figurará en ninguno de aquellos archivos españoles pertenecientes á la administracion de una justicia vilipendiada, escarnecida en aquel proceso.

Sin embargo, se conserva y ha llegado hasta nosotros la acusacion fiscal; sin duda porque no existia el mismo interés en ocultar los cargos que se hacian contra Riego, que en apartar la vista del público del juicio informal que se celebró para dictar una sentencia de antemano pronunciada por sus jueces.

La acusacion estaba concebida en estos términos:

«Serenísimos señores: si el magistrado á quien se ha cometido el encargo de proceder contra el traidor Riego, se viese en la precision de enumerar los crímenes y desafueros que llenan la historia de su vida criminal, colmada con el delito de alta traicion de que está acusado, no serian bastantes muchos dias para referirlos todos.

»La comision impuesta á su ministerio, el poco tiempo que el procurador general ha tenido á la vista las piezas del proceso, *porque él no ha atendido sino á los intereses de la vindicta pública*, no le permiten ser difuso en su esposicion:

es necesario que el mayor y mas atroz de todos los crímenes reciba pronto castigo.

»Además de estos motivos y atendido á que esta causa debe ser juzgada sin distincion, el magistrado que tomó á su cargo este negocio se ve obligado á reducir su acusacion y á concretarse solamente á uno de los numerosos crímenes que se imputan al acusado: *el crimen de alta traicion*.

»El leal pueblo español entero pide venganza de todos los delitos que se han cometido en España durante la revolucion; la sociedad y el pueblo piden que Riego sea castigado como el mas culpable revolucionario, que despues de haberse rebelado contra el gobierno legítimo de nuestros reyes, ha causado tantas desgracias á la generosa y noble nacion española.

»El infame Riego, aprovechándose de la cobardía de los soldados destinados á la pacificacion de América, olvidando los deberes que le imponia la mision de que estaba encargado, y proclamando una Constitucion que estaba abolida por su soberano como destructora de sus sagrados derechos y base de un gobierno anárquico, destructor de las leyes fundamentales de la monarquía, de nuestras costumbres, de nuestros hábitos, de nuestra santa religion; el infame Riego es el autor de todos nuestros males; él es quien ha hecho correr por las mejillas de un rey justo y magnánimo las lágrimas que le arrancaron las desventuras de España; él es el que ha menospreciado los mas santos deberes, el que ha violado el juramento que habia prestado á las banderas del rey su señor, en el momento en que entró en la carrera honrosa de las armas; este Riego en fin, es el que, no solo ha publicado la Constitucion, sino que poniéndose al frente de una soldadesca desenfrenada, ha violado el ter-

ritorio español, obligando á sus habitantes, con la fuerza de las armas, á participar de su traicion y de su perjurio; ha destruido las autoridades legítimamente constituidas y reemplazádolas con otras constitucionales, compuestas de facciosos y rebeldes, lo que les valiera el nombre de *héroes de las Cabezas*; ha obligado al rey nuestro señor á aceptar esa odiosa Constitucion, fuente de tantos males para España.

»Desde entonces Riego no ha cesado de ser objeto del escándalo de la Península, presentándose en las plazas públicas y en los balcones de todas las casas en que estaba alojado, predicando la rebelion, haciendo triunfar el sistema constitucional y autorizando los mayores crímenes, resultado inevitable de una revolucion que ha colmado de amargura y de ultrajes la persona augusta y sagrada de S. M.

»Si vuestro fiscal, serenísimos señores, usando del derecho que confiere su ministerio, quisiese aglomerar los cargos que se levantan contra el acusador, producirian una série de crímenes de toda especie que han indignado de tal suerte al pueblo español, que de todos lados de la Península se ha levantado el grito de *¡muera el traidor Riego!* mezclado con el ardor de su celo con el de *¡viva el rey absoluto!*

»Sin duda, el motivo en que se funda la formacion de la causa á Riego, impone á vuestro fiscal la obligacion de fijar especialmente su acusacion, sobre el horrible atentado que este traidor ha cometido, como diputado de las pretendidas Córtes, votando la traslacion del rey y de la familia real á Cádiz; empleando la violencia y la amenaza contra la resistencia de S. M. que rechazaba enérgicamente prestarse á semejantes medidas; y teniendo la audacia de despojar

al monarca, ya cautivo, de la autoridad efímera que le había dejado la revolución.

» Mas si en la causa en cuestion no obran en nuestro poder todos los documentos, todas las pruebas, que en cualquier otra causa menos grande son indispensables para hacer una aplicacion justa y proporcional de las penas á los delitos, el delito está en la violencia empleada contra el rey nuestro señor, para obligarle, á pesar de su resistencia á su traslacion á la isla de Cádiz, crimen sin ejemplo en los anales del pueblo español; está en la creacion de una regencia, formada á consecuencia de una proposicion hecha en las mismas Córtes por el diputado Galiano, otro cómplice de Riego, y todos estos actos de violencia y revolucion constituyen evidentemente el crimen de lesa majestad que nuestras leyes castigan con la pena de muerte y otras penas infamantes prescritas en el título 2.º de la 7.ª Partida, acorde sobre este punto con la Novísima Recopilacion.

» Nosotros reconocemos como reo convicto de este horrible atentado á don Rafael del Riego, uno de los diputados que votaron en favor de la odiosa proposicion de Galiano.

» La prueba de su culpabilidad, no solo resulta de los informes adquiridos en las córtes reales, audiencia de Sevilla (cámara criminal) y corroborados por todos los periódicos de esta época, que dieron una exacta y fiel relacion de la funesta jornada de 11 de junio, sino de las mismas confesiones del culpable, confesiones que hacen brillar sobre todas las pruebas materiales que hemos recogido, la viva luz de la evidencia.

» Por todas estas consideraciones, pues, el fiscal requiere que el traidor don Rafael del Riego, acusado y convencido del crimen de lesa majestad, sea condenado al último su -



plicio; que sus bienes sean confiscados para el comun, *que su cabeza quede espuesta en las Cabezas de San Juan*, y que su cuerpo sea dividido en cuatro pedazos, colocados *uno en Sevilla, otro en la isla de León, otro en Málaga, y el último espuesto en esta capital y en los lugares acostumbrados, pues estas ciudades han sido los principales puntos donde el traidor Riego, ha escitado el fuego de la revolucion y manifestado su pérfida conducta.*

»Así lo requiere el fiscal por el interés de la vindicta pública, cuya defensa se le confi6, y en virtud de los derechos que le están cometidos en calidad de tal.»

Esta fué la acusacion fiscal, y por ella se ve claramente que Riego no fué juzgado y condenado como autor principal de la sublevacion ocurrida en las Cabezas de San Juan, que no lo fué como caudillo armado de la libertad constitucional, sino como votante de la proposicion que suspendió de su autoridad al monarca.

Los absolutistas, no contentos con matar á un hombre, condenaron á muerte á unas córtés enteras.

Al general Riego no se le nombr6 patrono, ni tampoco se le proporcion6 medio alguno para su defensa.

Se le permiti6, empero, que hablase ante el tribunal, y el ilustre acusado lo hizo, limitándose á demostrar que, en el mero hecho de haber sido entregado por los franceses á los españoles, se habian violado con él las mas santas leyes de la guerra.

Nada mas quiso probar en su discurso, ni se esforzó en defender una vida que de antemano le constaba haber sido condenado á perder.

Todos, pues, se hallaban preparados para el sacrificio, los sacrificadores y la víctima.

No cogió, por tanto, de sorpresa á ninguno de los interesados, ni tampoco á ninguno de los partidos, la sentencia fulminada de esta manera:

«La segunda cámara de alcaldes de la Real Casa y Córtes, ordenan lo siguiente: don Rafael del Riego está condenado á la pena de horca: será por lo tanto conducido al lugar de la ejecucion, atravesando las calles mas públicas de la capital; sus bienes serán confiscados para el tesoro real; estando además condenado al pago de las costas del proceso.»

Consultóse con S. M. sobre el modo de llevar á ejecucion la sentencia; y Fernando VII respondió que *no queria intervenir en este asunto, dejándolo todo á cargo de la justicia ordinaria.*

¡El corazon palpita y la sangre hierve al escuchar semejantes infames palabras!...

Sentenciado Riego, fué puesto en capilla para ser ajusticiado al tercer dia.

El esforzado adalid de la causa constitucional, sufrió con cristiana resignacion la suerte que le habia cabido: lo que sin duda no podria sufrir con igual calma, sería verse abandonado de todos sus amigos en aquel instante supremo, y á merced de sus verdugos, que antes de quitarle la vida, le llenaron de insultos, cebándose en su maniatado antagonista.

El general fué bárbaramente cargado de cadenas, y ningun respecto ni miramiento se tuvo con él; con él que á fuerza del entusiasmo que habia producido con sus preclaros hechos, habia recorrido en el corto espacio de tres años todos los escalones de la dignidad y de los honores; con él que pudo disponer de la suerte del rey y del reino, y que

en épocas bien críticas habia conservado al primero para el segundo y al segundo para el primero.

¡Digna fué la recompensa del tirano!...

Llegó por fin la mañana del fatal día 7 de noviembre: las calles de Madrid presentaban un aspecto imponente: numerosas patrullas las recorrían, y eran de ver, asustando á la gente honrada, muchas turbas compuestas de lo mas soez del pueblo bajo, que armados de cuchillos y pistolas, iban profiriendo toda suerte de amenazas contra los liberales.

No bastaba matar á un hombre; era preciso matar una causa, aniquilar una idea.

Afortunadamente no se inmola un principio tan noble y fecundo, como se ahorca á uno de sus campeones.

Llegada la hora, vistieron al ilustre reo una túnica ú hopa blanca, y le sacaron de la cárcel fuertemente escoltado.

Faltaba, sin embargo, cometer un acto de ridícula ferocidad, uno de esos hechos que no se esplican porque repugnan á la religion, á la justicia, á la humanidad y hasta al decoro comun.

Este acto fué meter á Riego en un seron y conducirlo al lugar del suplicio tirado á rastras por un asno.

La civilizacion y la caridad se sublevan ante esta circunstancia; y no obstante, no fué la única de que han debido ruborizarse los autores de aquella escena.

Compadecidos quizás de la triste posicion del general, los hermanos de la paz y caridad pidieron permiso para levantar el seron algunas pulgadas sobre el suelo, y de esta suerte le acompañaron hasta la plazuela de la Cebada, donde el gentio apenas dejaba paso al fúnebre acompañamiento.

En el centro de la plaza se habia levantado una horca de inmensa altura.

Riego llegó tanquilo, sereno, como el que camina á la muerte con la conciencia muy tranquila... ¡Como el Redentor del mundo llegaba al término de su Calvario!

El silencio mas profundo reinaba en todos los circunstantes: la tragedia tocaba á su término.

El verdugo se apoderó de la persona del reo, á quien hubo que ayudar á subir la terrible escalera, no por falta de valor moral, sino porque las piernas se le habian inchado con el peso de las cadenas que sus enemigos le habian puesto desde el momento de su prision.

Así puede decirse que en todo fué tratado Riego peor que el mas indigno y mas temible de los facinerosos, peor que el mas degradado de los hombres.

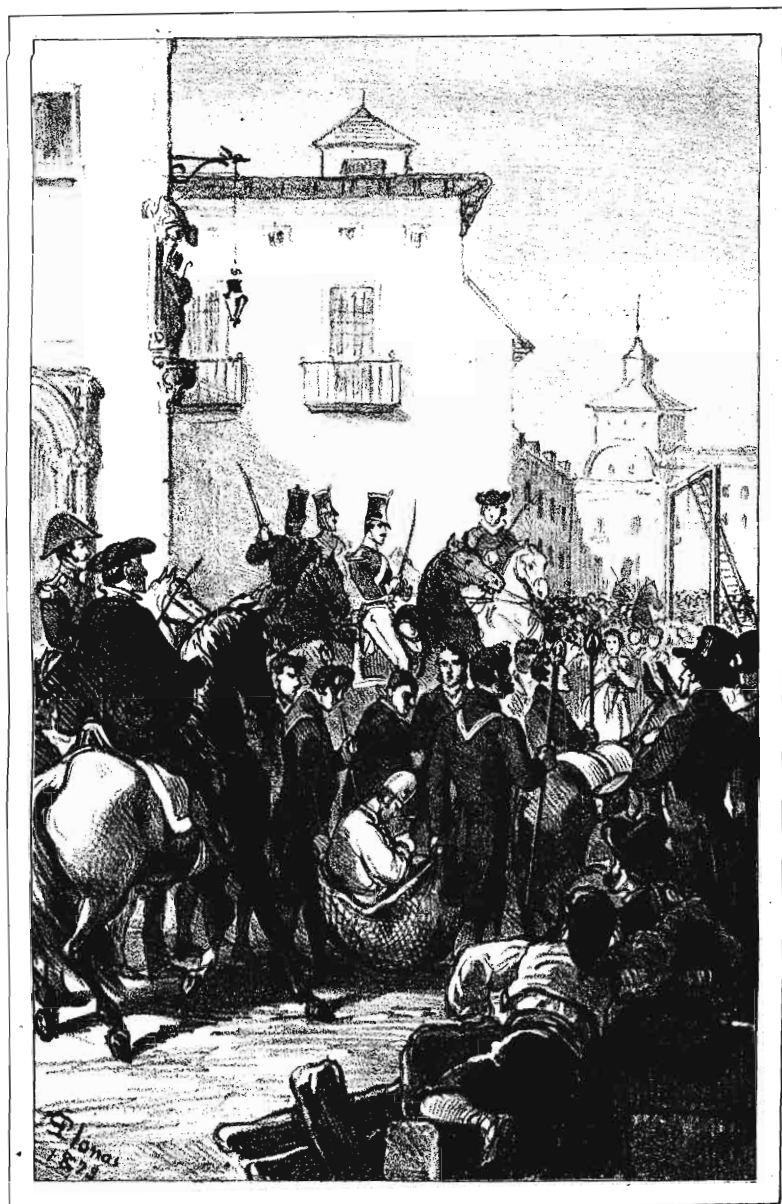
De repente resonó entre las turbas un grito de ¡viva!

Riego habia dejado de existir, y algunos miserables victoreaban sin duda la esclavitud del pueblo, el yugo á que buenamente se doblegaba. Aquel grito de ¡viva! proferido á la vista del cadáver oscilante del general Riego, era el anatema, la voz de esterminio lanzada contra los liberales todos de España.

Acto contínuo la cuchilla del verdugo hizo pedazos el cadáver: nuestra nacion habia retrogrado de repente al origen de los pueblos primitivos y por ella habian pasado, sin producir efecto alguno favorable, diez y ocho siglos de civilizacion cristiana.

Aquella misma tarde, el cadáver ensangrentado del general fué trasladado á la vecina iglesia por compasion y enterrado de limosna...

---



Riego conducido al patibulo.

Así vivió y así murió D. Rafael del Riego, el restaurador de las libertades españolas.

Cincuenta años despues de su desastroso fin, aun el pueblo pronuncia su nombre con entusiasmo y lo pronunciará eternamente. Hermoso y triste es á la vez el privilegio de los mártires. Se les erije un altar por premio de la sangrienta ignorancia é ingratitud de los pueblos. El de España en el año 23, sentimos tener que decirlo, no fué digno de que entre él hubiera brillado un hombre como el general D. Rafael del Riego.

Por esto algun tiempo despues, Dios le castigó, permitiéndole que le azotaran otros hombres como el general conde de España, como Elío, como Calomarde, como el feroz Moreno!...

---

## CAPITULO XI.

---

Consecuencias de la muerte de Riego.—Persecuciones y horribles asesinatos de los liberales.—Dicho célebre del monarca, que hace la verdadera apología de su carácter sanguinario.—Un recuerdo á las ilustres víctimas sacrificadas á su saña.

**1823 á 1825.**

Si por la época en que ocurrió la desgracia de Riego el gabinete de las Tullerías no habia pensado llevar la reacción hasta el absolutismo, amargo desengaño debió sufrir en el decreto de 1.º de octubre del año 23.

Conocería entonces con cuál culpable imprevisión habia procedido al prestar sus armas para derribar unas instituciones, sin haber antes convenido en las que debian reemplazarlas.

La intervencion por sí sola podia parecer una falta cuestionable; pero, sin objeto préviamente establecido, la intervencion á la ventura, no puede mirarse sino como un atentado contra la humanidad.

Porque ella sigue su marcha; y no siendo la anarquía un estado natural, duradero, entregar al azar la suerte de una nacion es alterar sus leyes, es sustituir la nada al pensamiento providencial.

Triste debió ser tambien el desencanto de los que habian con tanta indiscrecion confiado en que las lecciones de la desgracia habrian enseñado á Fernando, y un régimen templado, aunque absoluto, sucederia á la Constitucion democrática de 1812.

Angulema, al leer aquel documento y observar el espíritu de ódio y de venganza que respiraban todos los que rodearon al rey desde que puso los piés en el puerto de Santa María, al ver desestimados sus prudentes consejos y la escasa influencia que podria ejercer la Francia en la situacion que acababa de crear, partió precipitadamente sin acompañar á Cádiz á sus tropas, sin detenerse en Sevilla, sin aguardar al rey, próximo á emprender la marcha á la capital, y hasta sin despedirse de él.

Tampoco en Madrid quiso esperarle, pues, por no ser testigo del suplicio de Riego, á quien habia él entregado á las autoridades españolas, se salió la víspera y regresó á Francia, deplorando quizá los males de la cruenta reaccion que se preparaba y á que habia contribuido tan principalmente.

La muerte de Riego, de aquel en que habia venido á personificarse la revolucion, fué un presente que quisieron hacer al rey los furiosos y aduladores que le aguardaban en Madrid. Habíanlo reclamado á Andalucía á fin de que, ajusticiado en Madrid, fuese mas solemne el espectáculo.

Entró Fernando en Madrid á los pocos dias del asesinato consumado, habiendo sido el tránsito desde Andalucía una



continua ovacion popular y un grito incesante de venganza.

Un inmenso gentío poblaba los balcones y las calles de las carreras hasta palacio, cubierta por una doble fila de tropas españolas y francesas y de voluntarios realistas y cortada por tres arcos triunfales.

¡Miserable degradacion del pueblo del Dos de Mayo!

Restablecióse el diezmo, se ordenó la devolucion de los bienes nacionales pertenecientes á las comunidades religiosas; por supuesto, sin género alguno de resarcimiento y considerando como un delito el solo hecho de haberlos comprado; se repusieron los mayorazgos y vinculaciones; y en fin, por decirlo en una palabra, se anuló como en 1814, todo cuanto se habia hecho ó creado bajo el régimen constitucional.

Porque entonces se habian establecido varios colegios y academias militares, se mandaron cerrar los de Segovia, Alcalá, Santiago, Granada y Valencia, fundando la providencia en que la juventud educada en ellos estaba imbuida en las detestables máximas de la revolucion.

Porque varios estudios, como los de física y química, habian merecido alguna proteccion, fueron suprimidos, invadidas las cátedras y destrozadas las máquinas por un vulgo ignorante, á quien se hacia ver en la ilustracion el mayor enemigo de la ilustracion y del Estado.

Lo único que no se consiguió del monarca fué que se restableciese la Inquisicion; pero no por el horror que le causase tan odioso tribunal, sino por el temor de que su influencia sobre el espíritu público le sometiese á él mismo á una esclavitud tan dura como difícil de eludir; tampoco podia restablecerla, aunque quisiese, por la enér-

gica oposicion que manifestaron las Córtes extranjeras.

No se limitó el ódio á lo que habia sido creado durante la época nefanda, sino que comprendió tambien á cuánto habia sido tolerado.

Desde el 7 de marzo de 1820 todo tuvo que pasar por las aguas del Jordan de la reaccion.

Para que nada pasase olvidado ó desapercibido, se resucitaron las purificaciones contra los empleados desleales á la causa de la patria, y de las cuales habian desistido los mismos gobiernos absolutos por conocer las grandes injusticias y venganzas privadas á que aquellas daban lugar.

Debian purificarse, no los empleados nombrados por los gobiernos Constitucionales, que esos desde luego fueron destituidos en masa, sino los que habian seguido en sus destinos.

Al efecto se crearon juntas especiales encargadas de recoger informes secretos sobre la conducta política que hubiesen observado, *sin que las disposiciones generales ó puramente negativas, decia el decreto, puedan servir, y sin que sea permitido admitir las justificaciones voluntarias de los testigos presentados por los interesados.*

Con arreglo á estos informes se hacian las calificaciones como les daba la gana, y admitian ó desechaban al infeliz, á quien quizás sacrificaba traidoramente un falso amigo o algun resentimiento privado.

Convertido en delito el acto de haber renunciado los destinos, sin que valiese la disculpa, el que habia jurado el rey y la Constitucion y mandado jurarla, se vió el repugnante espectáculo de muchos que se esforzaban en probar que habian sido infieles en el ejercicio de sus funciones.

Los militares fueron tambien sometidos á calificacion, teniendo que presentar una confesion escrita y firmada de propia mano de todos los actos de su vida desde principios de 1820; la cual, para salvarles, debia concordar con los informes secretos.

La desmoralizacion que por tales medios cundia acababa de gangrenar la sociedad.

En cuanto á los que habian dado pruebas de adhesion á los principios liberales, por inofensiva que hubiese sido su conducta, nada pudo salvarles de una cruda persecucion.

Ya al partir el rey de Andalucía se espidió el célebre decreto de que hablamos en el capítulo anterior, diciendo ser la voluntad de S. M. que «durante su viaje á la córte no se encontrase en cinco leguas en contorno de su tránsito ningun individuo que durante el sistema constitucional hubiese sido diputado en las dos últimas legislaturas..., ministro, consejero, jefe político, comandante general, jefe en la milicia nacional etc; prohibiéndoles para siempre la entrada en la córte y sitios reales al radio de quince leguas.»

A este anuncio correspondieron inmediatamente otras disposiciones que sembraron el terror en las familias amenazadas.

Se estableció con el titulo de *Superintendencia de vigilancia pública* una comision de pesquisas, que, introduciendo el espionaje y otros medios inquisitoriales en el hogar doméstico, pobló las cárceles de delincuentes políticos, cuyo delito en su mayor parte consistia en haber profesado opiniones contrarias á las reinantes.

De los diputados pudieron salvarse los mas por hallarse en Cádiz, y haber favorecido su fuga los franceses.

El número de presos fué en poco tiempo tan grande que, no pudiendo los tribunales ordinarios juzgar con la rapidez que se necesitaba, ni sirviendo para conocer según las leyes en esta clase de delitos, se crearon en Madrid y las capitales de provincia tribunales especiales mas expeditivos, sin las travas de las formas judiciales, y permanentes para sentenciar las causas de conspiracion: se les dió el nombre de *Comisiones militares ejecutivas*.

Al principio fueron arbitrarias en la imposicion de las penas, y es de suponer los infelices que sucumbirian al rigor de los ódios que animaban á los vencedores.

Despues, á consecuencia de algunas dudas y consultas, se marcaron las penas, pero sin disminuir el rigor (9 de octubre de 1824).

De los once artículos que contenia el decreto solo uno dejaba de condenar á muerte: á los que desde 1.º de octubre del año anterior se hubiesen declarado ó declarasen en armas ó con *hechos de cualquier clase* enemigos de los legítimos derechos del trono ó partidarios de la constitucion, pena de muerte; á los que desde la misma fecha hubiesen escrito ó escribiesen papeles, ó pasquines, dirigidos á los mismos fines, pena de muerte; á los que sedujesen ó procurasen seducir á otros para formar alguna partida, pena de muerte; á los que promoviesen alborotos, cualquiera que fuese su naturaleza ó pretesto, si se dirigian á trastornar el gobierno ú obligar á S. M. á que concediese á un decreto contrario á su voluntad soberana, pena de muerte; á los que gritasen *muera el rey*, pena de muerte; á los masones, comuneros y otros sectarios, pena de muerte y confiscacion de todos sus bienes; á los que usasen las voces alarmantes y subversivas de *viva Riego! viva la constitucion!*

¡mueran los serviles! ¡mueran los tiranos! ¡viva la libertad! pena de muerte... ¡Mas todavía! quedaba «al prudente é imparcial criterio de los jueces la fuerza de las pruebas en favor y en contra del procesado y no debia servir de excepcion para la imposicion de la pena ¡horroriza el decirlo! la embriaguez...»

El único artículo que no imponia la muerte es el que, por solo hablar en contra de la soberanía de S. M. ó en favor de la abolida constitucion, si sus conversaciones no producian actos positivos, condenaba á cuatro ú diez años de presidio con retencion, segun las miras que en ellas se hubiesen propuesto y la mayor ó menor trascendencia de su malicia.»

Horribles fueron las consecuencias de esta legislacion draconiana.

Una delacion, que la envidia ó un sentimiento particular sugeria muchas veces, bastaba para llevar á cualquiera al banquillo de los criminales: una palabra vaga ó fria era suficiente para sumergir á uno en un calabozo: el capricho de los jueces decidia sobre la validez de las pruebas, sin hacerlas constar en el proceso.

Se debia arrojar veneno en la conversacion y respirar sangre.

No se pueden leer sin estremecerse las *Gacetas* de aquel tiempo, llenas de sentencias de las comisiones militares: CIENTO DOCE PERSONAS fueron ahorcadas, y fusiladas en el espacio de diez y ocho dias, desde el 24 de agosto al 12 de setiembre, entre ellos, varios muchachos de diez y seis á diez y ocho años: un infeliz zapatero, por la imprudencia de conservar colgado en las paredes de su cuarto el retrato de Riego, fué condenado á diez años de presidio, llevándolo

antes pendiente del cuello hasta el lugar de la horca para verle quemar por mano del verdugo; y su mujer, por cómplice en el mismo delito, á diez años de galera...!

Seria interminable el catálogo de las atrocidades que en nombre de la ley se perpetraron.

Era frase usual que se debía esterminar las familias de los negros *hasta la cuarta generacion*.

Así estimulados los ódios y los resentimientos privados, se aumentaron prodigiosamente las víctimas de la reaccion, porque se formaron en casi todos los pueblos compañías de *apaleadores*, que caian sobre el infeliz á quien perdonaron ú olvidaron los tribunales.

Consentidas por las autoridades, su tiranía no fué de las menos duras que entonces sufrieron los liberales, porque era imposible defenderse, y era inútil quejarse.

En casi toda España podia decirse lo que en Galicia: «*En Santiago no hay mas ley, que Badia y Asorey*», dos jefes de los apaleadores.

Mucho contribuyeron á exaltar y envenenar las pasiones los dos periódicos que entonces se publicaban en Madrid, el *Restaurador* y la *Gaceta*.

Sus artículos eran rugidos de fiera hambrienta que necesitaba carne y sangre que devorar.

El primero, dirigido por un eclesiástico, fray Manuel Martinez que predicaba diariamente el degüello y el esterminio.

Cuando los liberales, espantados de los primeros indicios de la reaccion, corrieron en tropel á Cádiz para buscar un asilo en Gibraltar, en América ó en Inglaterra, *El Restaurador* escribia estas líneas provocadoras: «Desde que el rey ha salido de Cádiz han entrado ya en aquella plaza

cuatrocientos ochenta *bribones y bribonas de la negrería.*

Antes habia cerca de mil: no se puede andar por aquella ciudad por que no se vé más que esa canalla, y como no tienen nada que hacer.se están todo el dia en las calles como los judíos.»

El mismo Fernando llegó á cansarse del lenguaje procaz y sanguinario de este periódico, y lo suprimió, bien que premiando al redactor sus servicios con la mitra de Málaga.

La *Gaceta*, mucho más moderada, jamás nombraba á los constitucionales sino los *pillos*, los *asesinos*, los *ladrones*.

Tambien el clero contribuia á la volcanizacion de los ánimos convirtiendo en lógia de nueva especie la cátedra del Espiritu Santo, y el púlpito en tribuna de demagogo.

Por todas partes y con cualquiera acasion se oia predicar una cruzada contra los herejes, confundiendo de propósito ante el vulgo la causa de sus propios intereses mundanos, únicos atacados por los constitucionales, con la causa de la religion católica, cuya unidad y exclusivismo habian consagrado en la ley fundamental.

Natural era, sin duda, que se celebrase con entusiasmo el triunfo; natural tambien que los resentimientos engendrados por las reformas, mas que por las persecuciones de los liberales, buscasen una satisfaccion en la venganza: que ningun pueblo se sustrae á las convulsiones de estos períodos de fermentacion social.

Pero ¡esas purificaciones que condenan á la miseria á muchos infelices que tal vez no tuvieran dolor para arrancar un mezquino pedazo de pan de la boca de sus hijos! ¡esas escitaciones desde el púlpito á la persecucion y el esterminio! ¡esa multitud de proscritos que buscan léjos

de la patria un asilo para sus días amenazados por el dogal del verdugo! ¡esas cárceles cuajadas de presos, cuyo delito consiste las mas veces en haber obedecido las órdenes del monarca ó profesar distintas opiniones! ¡esos cadalsos crujendo sin cesar con el peso de las víctimas! ¿á qué cadalsos? ¿á qué encarcelamiento y proscripciones? ¿á qué comisiones militares y depuraciones correspondian? ¿De qué eran represalias? ¿de qué venganzas que hubiesen ejercido los liberales por las persecuciones de que fueran objeto en la primera reaccion?

Que hubo lesion grave de intereses en el trienio constitucional, persecuciones injustas, agravios irritantes, es innegable; pero lo es tambien que unos hechos correspondian á la esencia del sistema, y otros efectos de las circunstancias y de la necesidad de la defensa.

La ley no inició las persecuciones como ahora; no estableció comisiones militares, ni purificaciones, ni lanzó decretos de esterminio como el de 9 de octubre de 1824.

Aprendan los partidos á saber que *la venganza, como la bola de nieve, va creciendo segun rueda, y que los pueblos por donde corre hallan tambien en el fondo del abismo la destruccion y la ruina.*

Al fin sonó la voz de la templanza.

El general Pozzo di Borgo, privado del emperador de Rusia, aunque en un tiempo revolucionario, y enviado por él á felicitar á Fernando por su libertad, fué quien primero osó hablar á éste de la conveniencia de un sistema menos violento, menos tiránico y opresor.

Atribúyense á sus consejos el cambio ministerial que inesperadamente se verificó.

El marqués de Casa-Yrujo sustituyó en el ministerio



de estado á Saez, á quien en recompensa se dió la mitra de Tortosa; el conde de Ofalia ocupó el de Gracia y Justicia; el mariscal de campo Cruz, el de la Guerra; Ballesteros, el de Hacienda: todos conocidos por su moderacion y prudencia.

Muy luego, por la muerte de Casa-Yrujo, Ofalia pasó á ocupar su vacante, y llenó el puesto de este, Calomarde, persona de bien distinta índole, y por sus maldades, de imperecedera memoria.

Disgustó el cambio á la mayoría del partido realista, que tenia toda su confianza en el P. Saez, y un hecho vino en breve á aumentar sus recelos.

Ofalia, puesto de acuerdo con Cruz, ministro de la Guerra, á quien como militar desagradaba el espíritu de insubordinacion que caracterizaba á los cuerpos realistas, trabajó porque se concediese un perdon en favor de los perseguidos liberales.

Se publicó en efecto el 1.º de mayo, con el nombre de *amnistía*; pero ¡cuánto distaba aquel documento de la grandeza del sentido que encierra esa sublime palabra!

La verdadera amnistía perdona á la víctima sin ofenderla; la rehabilita sin humillarla: no hace escepciones; cobija á todos bajo sus grandes y generosas alas; borra lo pasado sin dejar mas que su memoria para aborrecerlo.

Aquella amnistía fué solo un indulto; lo único tal vez que permitian las circunstancias á tan corta distancia del período constitucional; pero un indulto que, por sus numerosas escepciones, revelaba mas el encono que aun abrigaban los corazones de los realistas, que la generosidad que empezaba á introducirse en ellos.

Parecia que no se perdonaba á los unos sino para manifestar mejor el ódio que se profesaba á los otros.

Quedaron esceptuados de la falsa amnistía *los autores principales de las rebeliones militares de las Cabezas, de la Isla de Leon, Coruña, Zaragoza, Oviedo y Barcelona*, donde se proclamó la Constitucion de Cádiz antes de haber recibido el real decreto de 7 de marzo de 1820 mandando jurarla ; los de la conspiracion tramada en Madrid para obligar al rey á espedirlo ; los jefes militares de la rebelion de Ocaña y, señaladamente, el conde de La Bisbal ; los que le habian obligado al establecimiento de la junta provisional, primer gobierno constitucional, y los miembros que la compusieron.

Los que en los tres años habian firmado ó autorizado esposiciones para privar al rey de su libertad ó autoridad, y con ellos los que hubiesen dictado providencias con este fin.

Los que en sociedades secretas hubiesen hecho proposiciones con los mismos objetos y los que hubiesen concurrido á ellas, despues de abolida la Constitucion.

*Los escritores y editores de obras* en que se impugnase la religion católica.

Los autores de las asonadas que hubo en Madrid en 1820 y 23 en que se coartó la prerogativa real de separar libremente á los ministros.

Los jueces y fiscales de las causas de Elío y Goiffieu.

Los autores y ejecutores de la muerte de Vinuesa, del obispo Levich y de los atropellos cometidos en los presos de Granada y la Coruña, así como cualquier otro de la misma naturaleza.

Los comandantes de guerrillas, formadas despues de la entrada de los franceses, contra estos y los realistas.

Los diputados de las córtes que en Sevilla votaron la destitucion del rey; los regentes entonces nombrados y el general que lo condujo á Cádiz.

Los que en América tuvieron parte directa en el convenio celebrado entre O'Donoju y Turbide.

Los que auxiliaron la insurreccion de aquel país y los emigrados que conspiraron contra la soberanía del monarca, ó contra su familia.»

¿Qué quedaba, pues, de una amnistía tan ridícula que esceptuaba todos los sucesos notables del sistema constitucional?

Aquel era un documento irrisorio que se reducía á la libertad de algunos procesados, dejándolos, sin embargo, sujetos á la purificacion y vigilancia de las autoridades.

La mayor parte de los liberales tuvieron que huir y espatriarse, decididos sin embargo á aprovechar la primera ocasion que se les presentase para levantar de nuevo el abatido estandarte de la libertad.

El primero á intentarlo, con mas ardor que prudencia, fué el coronel Valdés, oficial valiente que se habia distinguido en el período constitucional combatiendo sin tregua á los realistas.

A principios de agosto desembarcó en Tarifa seguido de los suyos y se apoderó fácilmente del pueblo que se hallaba fortificado.

Pero ¡ay! veinte y ocho dias despues y no habiendo respondido los pueblos de Andalucía al generoso grito por él lanzado, fué batido, y mas de cincuenta prisioneros fusilados de una manera bárbara en Algeciras y en Almería.

¡Sangre y siempre sangre!

Fernando VII era una verdadera hiena.

La derramada por Riego, Lacy, Porlier, Torrijos y el Empecinado no era suficiente á satisfacer su hidrópica sed de venganza.

Alguno de sus cortesanos le animaba en sus feroces instintos diciéndole á cada paso las siguientes testuales palabras: «*Señor, un poco de sangre impura derramada con oportunidad es muy conveniente para la salud de un imperio.*»

Verdad es que Fernando no necesitaba que le animasen á obrar de esta suerte; pero si la sangre de los liberales era impura á los ojos de los realistas, por una consecuencia muy lógica, se desprende que la de los realistas no debia ser mas sagrada para los revolucionarios.

Seguramente una de las figuras mas simpáticas de aquel terrible período de crímenes y de asesinatos es la de la ilustre mártir Mariana Pineda, cuyo recuerdo imperecedero se conserva en el corazon de todos los españoles y mas particularmente en la poética ciudad que el Darro y el Genil baña; lugar de su nacimiento y de su suplicio.

Lo interesante de su proceso, lo dramático de cuantas circunstancias lo rodearon, lo conmovedor de ciertos detalles y finalmente la sublimidad de aquel martirio me impulsan á darlos á conocer tal y como lo relata un reputado autor contemporáneo, correligionario nuestro, (1) en una obra publicada hace veinte años, y cuyo interés, á pesar del tiempo trascurrido, aun se conserva palpitante.

---

(1) Tresserra.

## CAPITULO XII.

DOÑA MARIANA PINEDA.

Liberal si, pero religioso.

En una de las estrechas y tortuosas calles de Fernando vivia el año 1831 un hombre ya de alguna edad, de opiniones exageradamente realistas en compañía de un hijo suyo, jóven y eclesiástico.

El dia 18 de Marzo del indicado año se hallaba el sacerdote sentado en un sillón de cuero leyendo en voz baja la *Gaceta* de Madrid, cuando de repente, no sabemos que hubo de ver en ella, pues arrojándola al suelo con violencia, exclamó:

—¡Dios mio! cuando terminarán estas tiranías!...

Su padre, que se hallaba á corta distancia, oyó semejantes espresiones y dirigiéndose al hijo con lento paso y una infernal sonrisa en los lábios :—¡Qué dices!.. perverso sacerdote, exclamó, ¿te lamentas del rigor con que nuestro paternal gobierno persigue el crimen y la impiedad de los

*negros?* ¡Oh! vosotros los liberales sois incorregibles... é aquí porque el Gobierno, gracias al cielo, es incansable en vuestra persecucion.

¡Bien hecho!... ¡bien hecho!... yo le aplaudo.

Y recogiendo la *Gaceta* del suelo con dificultad, porque el peso de los años se lo impedía, buscó con avidez la última línea del decreto y besó con toda la ponzoñosa hipocresía de un *blanco* el «YO EL REY.»

—Padre, dijo el sacerdote, yo soy discípulo de Jesucrito y Jesucristo me manda amar al prójimo.

—Los liberales no son nuestros prójimos : son de la raza de Satanás.

—Dios es el padre común de la humanidad y nos manda no aborrecer á persona alguna.

¡Bien! Persiste, persiste en esas ideas... Dios haga que algun dia no te arrepientas de ellas.

El gobierno de nuestro sabio monarca tiene oidos en todas partes de las casas y... quizás un dia no te valga tu estado, ni la probada fidelidad de tu padre.

Anda con tiento.

—Lo mismo le recomiendo á V., padre mio ; ¡ándese V. con tiento!...

Estas palabras fueron pronunciadas por el jóven sacerdote con una entonacion tan significativa que, alarmaron al padre de una manera manifiesta.

—¿Qué quieres decir con esto? repuso precipitadamente.

Habla ; habla... hay que temer algo?

—Quizá sí, padre mio, y sentiria en el alma que por una indiscrecion de V., mañana nos proporcionase algun disgusto.

—Pero espícate querido hijo mio, ¿qué hay?

Háblame con confianza ; ya sabes cuanto te quiero.

—Pues bien, padre ; le recomiendo á V. una gran cautela: se trabaja mucho para derrocar ese ínicuo sistema que V. llama sábio y paternal, y cuando un pueblo entero y bravo como el español hace desesperados esfuerzos para lograrlo, es muy posible que lo consiga.

Yo mismo he visto cosas que...

—¿Qué has visto hijo mio, qué has visto?

—Cosas que no me dejan dudar que tenemos una revolucion muy próxima ; le aconsejo á V. que sea prudente.

¡Cuidado que no sean cosas de vuestra ardiente imaginacion!

Los *masones* soñais siempre en el triunfo, y en realidad os encontrais muy amenudo con el cadalso.

¡Cómo no me digas lo que has visto!.....

—Pues bien : se lo diré á V., pero fiando en que un padre no puede delatar á un hijo y en que V. me guardará el secreto.

—Y acercándose al oído, le dijo con mucho misterio :

—*Hé visto la bandera que debe servir de enseña para la próxima revolucion.*

—¿Dónde?

El sacerdote pronunció un nombre con acento apenas inteligible.

—¡Gran Dios! exclamó el viejo realista : si esto es cierto, estoy perdido, estamos perdidos todos.....

—¡Oh, nó! repuso el sacerdote con dulzura, los liberales no se vengán ; no dicen, *diente por diente y ojo por ojo*, como sus crueles é inplacables enemigos.

La grandeza del perdon es nuestro mas bello atributo.

—¡Cállala! ¡cállala!... me avergüenzo de que seas mi hijo.

Y tapándose los ojos, erizándosele materialmente los cabellos, añadió :

—¡Me voy!... ¡me voy!... ¡Dios nos asista!

Habia en Granada y en la época á que me refiero un hombre tan perverso, que su nombre como el del conde de España en Cataluña, á pasado á la posteridad como símbolo de infámias y crueldades: este hombre se llamaba *D. Ramon Pedrosa*, alcalde del crimen y subdelegado de policía.

Instrumento ciego del sanguinario Calomarde, tenia la mision especial de perseguir á los liberales y llevarles, por cualquier pretesto, á la horca, que era el suplicio común en aquel entonces.

Gozaba de una gran fama de adicto al sistema absoluto y ejercia una influencia tal sobre la chancillería de Granada, que bien puede decirse que era en ella juez y árbitro de todos los destinos del territorio.

El padre del cura, al verse poseedor de tan gran secreto, por la criminal imprudencia de su hijo, voló á la casa del mencionado Pedrosa y se lo reveló todo.

Pedrosa conoció al momento lo delicado de este asunto y opinó que si no obraba con toda la infáme sagacidad de que la naturaleza le habia dotado, el buen celo del viejo realista quedaria frustado y el perderia una ocasion de acreditar mas y mas su servilismo, en favor *del rey su señor y amo*.

En esta alternativa resolvió mandar á buscar al cura, dándo palabra á su padre de no castigarle, si el se atenia en su presencia á lo que acababa de revelarler.

El padre se avino á todo y consintió en esconderse detrás de unas cortinas, desde donde pudiera oir el interroga-



torio y salir repentinamente en el instante que fuese llamado.

La casa de Pedrosa distaba muy poco de la del cura ; así es que, á los pocos momentos, se presentó aquel acompañado de un alguacil.

Estaba pálido y conmovido como si un secreto presentimiento le anunciase toda la desdicha de que iba á ser causa.

Pedrosa le mandó tomar asiento y dejó que se serenase; hasta que por fin, prévias algunas preguntas de mera formalidad, principió el siguiente interrogatorio.

*Preguntado* : Si sabe que en Granada se está fraguando una conspiracion para derrocar al gobierno del rey N. S. por los constantes enemigos del trono y la religion?

*Dijo* : Que él no sabe nada de esto, por ser cuestiones ajenas á su sagrado ministerio.

*Preguntado*: Si sabe en qué casa se está bordando una bandera destinada á servir de enseña á la revolución?

*Dijo*: Que nada sabia.

*Preguntado*: Si conoce á dos señoritas hermanas, llamadas Mercedes la una y Angustias la otra, y de qué las conocia?

*Dijo*: Que si las conoce, por ser amigas suyas desde la infancia, pero nada mas.

*Preguntado*: Si estas señoritas tienen modo de vivir conocido.

*Dijo*: Que eran bordadoras.

*Preguntado*: Si recordaba haber dicho á alguna persona que habia visto en su casa una bandera?

*Dijo*: Que nó.

Acto continuo se levantó Pedrosa y presentándole un crucifijo, le dijo:

—Jurad por Dios y los santos Evangelios, que cuanto habeis dicho es cierto y de pura verdad.

El sacerdote temblaba; impulsado por un sentimiento tan noble como generoso iba á estender su diestra sobre el crucifijo, cuando el alcalde del crimen hizo una seña y el padre del sacerdote se presentó rápidamente, gritando:

—¡Perjurol... ¿qué vas á hacer?...

El sacerdote retiró la mano como herida de un rayo. El padre continuó:

—¿Te atreverás á negar lo que yo mismo he oido de tu boca?

—¡Padre!... exclamó el sacerdote ¿qué ha hecho V?.....

—Dí la verdad y no tengas miedo por tí.

Pedrosa contemplaba aquel cuadro con sarcástica sonrisa y gozaba en ver aquella lucha de encontrados afectos: su génio infernal se complacia en la ira del uno, en el acerbo dolor del otro.

Efectivamente, el trance no podia ser mas duro, sobre todo para el hijo, que *era liberal, si, pero religioso*, y como tal, mucho debia repugnarle acusar á su propio padre de calumniador, cuando en realidad no lo era.

Largo tiempo luchó consigo mismo como acosado por las ansias de la muerte.

Sus ojos parecian saltársele de las órbitas y su mirada vagaba desatentada y siniestra como la de un loco.

Una espantosa tempestad rugía en el fondo de su corazon y de su conciencia; se interrogaba á sí mismo pero sin acertar á darse contestacion ninguna, hasta que por fin, pasándose la mano por la frente, para enjugarse el frio y el sudor que la inundaba, murmuró entre dientes:

—¡Perdon! ¡perdon!...

Y cayó de cabeza contra el respaldo de la silla, exámine y sin sentido.

—Ya lo ve V., señor magistrado, exclamó el padre, ¡todo era cierto! Mi hijo está perdonado... Ahora ¡persiga la ley á los culpables!

---

### MERCEDES Y ANGUSTIAS.

Una hora despues Pedrosa ponetraba, acompañado de un alguacil, en la casa de las dos hermanas.

Eran huérfanas, jóvenes y hermosas.

Esto para el sanguinario alcalde del crimen no significaba nada; al contrario, el déspota, que tiene mucho de cobarde, siempre se ceba mas cuanto es mas débil la víctima de su encono.

Pero en la ocasion presente, conociendo que las dos niñas debian ser instrumento muy secundario del delito que trataba de perseguir, creyó que el modo mejor para conseguirlo era presentarse en la casa, mas bien como amigo que como autoridad.

De todos modos su resolucion estaba tomada: si no lograba su objeto tenia preparados crueles tormentos y quizás el mismo cadalso para las dos infelices huérfanas.

El alguacil se habia quedado en la pieza anterior, de modo que las niñas, á quienes encontró Pedrosa en un gabinetito que daba á unosjardines, ignoraban la permanencia de aquel en la casa.

Cuando estas reconocieron al subdelegado, no les fué posible contener un doble movimiento de repugnancia y sobresalto.

Pedrosa era muy conocido en Granada y su poder temido de todos, y como no podian sospechar el objeto de la visita de un hombre con quien no las unia ninguna clase de relacion, de ahí que su sorpresa fuese legítima; por otra parte, los comentarios que sobre sus infames crueldades pasaban de boca en boca tenian aterrorizadas de antemano á las dos huérfanas y esta quizás seria la única causa de haberse manifestado mas de una vez simpáticas por el bando contrario.

Esta circunstancia no se ocultaba á la perversidad de Pedrosa y le dió pié para entablar el siguiente diálogo:

—Señoritas, dijo, mi presencia no debe alarmar á ustedes. Yo vengo simplemente para hacer á Vdes. una pregunta, como amigo, aun cuando no tengo el honor de contarle en ese número.

Desearia que me fuesen Vdes. francas y leales y que sin rodeos se limitasen á corroborar un hecho del cual estoy perfectamente enterado.

—Caballero, contestó Angustias, que era la mayor de las dos hermanas, puede V. hacernos las preguntas que tenga por conveniente, seguro de que nuestra franqueza y lealtad corresponderá á la opinion que de V. tenemos formada.

Esta contestacion fué acaso mas franca de lo que Pedrosa hubiera deseado, por lo que, mordiéndose ligeramente los labios, y comprendiendo todo su significado, repuso:

—Ya sé que no tengo la dicha de hablar con personas adictas al gobierno que á mí me cabe la alta honra de servir y que por consiguiente...

—¡Caballero! exclamó entonces Mercedes, tomando por primera vez la palabra; nosotras, pobres huérfanas, sin instruccion, sin amparo, no entendemos nada de política:

no sabemos quien manda, pero le respetamos y obedecemos quien quiera que sea.

—En este caso, dijo Pedrosa, ¿podré saber por encargo de qué persona bordan Vdes. cierta bandera ó lienzo que sé positivamente ha visto alguno en esta casa?

Las dos hermanas se quedaron mudas de asombro; no acertaban á mirarse la una á la otra: sus ojos fijos en el suelo y sus rostros repentinamente cubiertos del mas vivo carmin formaba un singular contraste con la actitud arrogante, con la sonrisa burlona del sagaz subdelegado de policia.

—Caballero, dijo por fin Mercedes; nosotras no hemos bordado bandera ni lienzo alguno que pueda infundir á V. la menor sospecha.

—Bien decia yo, contestó Pedrosa, que sus opiniones políticas les obligarian á mirar en mí otra cosa que un amigo.

—Ya hemos dicho á V., repuso Angustias, que nosotras no tenemos opiniones políticas.

—Sin embargo, Vds. han bordado una bandera, y segun el interés que tienen en ocultármelo, me hacen dudar de sus contestaciones.

Pero todo es inútil, señoritas, ya que no me quieren ustedes recibir como amigo tendré que valerme de mi autoridad.

Les doy á Vds. cinco minutos de tiempo para presentarme esa bandera, dijo sacando el reloj, que colocó sobre un pequeño velador; si pasado este término Vds. no se han decidido, llamaré al alguacil que aguarda en la antesala y se procederá á un minucioso registro.

Entonces seré yo, señoritas, quien tendré el disgusto

de presentársela á Vds. y el negocio tomará un sesgo muy diferente.

Como saben nuestros lectores, Pedrosa podia hablar con toda seguridad.

Pero las niñas, aunque su semblante y el terror de que se hallaban poseidas las hacian traicion, se mantuvieron algunos instantes en actitud negativa.

Cuando solo faltaban dos minutos de los cinco prefijos, dijo Pedrosa:

—¡Cuántas veces la temeridad es la única causa de una muerte en un cadalso!... Señoritas; el tiempo concluye.

En este supremo instante la idea del cadalso consiguió desconcertar á las dos hermanas que prorrumpieron en un copioso llanto.

El infame Pedrosa habia triunfado por el miedo de dos huérfanas, hasta aquel dia puras é inocentes.

—¿Por qué llorar? ¡si no tienen Vds. la bandera, no la encontraremos! dijo Pedrosa con entonacion burlona. ¡Pronto lo veremos...!

Aquel instante era decisivo.

Revistiéndose Angustias de valor y animada de una de esas inspiraciones rápidas é intuitivas que son propiedad esclusiva de las mujeres, trató de alejar al menos toda sospecha de complicidad, dando á entender que ignoraban el objeto de la tal bandera, y con este motivo dijo:

—¡Lloramos, sí, lloramos, porque somos pobres; porque si V. se nos lleva el lienzo en cuestion, tendremos que pagarlo y Dios sabe lo que sucederá!...

—No tengan Vds. ningan temor: yo pagaré á Vds. el trabajo, y el importe del tafetan lo satisfaré á la persona que se lo ha entregado.

ninguno que merezca como el presente todo el ódio y execracion de los séres humanos y justicieros.

Comprendemos hasta dónde pueden llegar las venganzas políticas y á lo que puede conducir un *fanático celo*, mayormente despues de una violenta reaccion absolutista como la que atravesaba la desgarrada España desde el año 1823; pero no comprendemos la impudencia de ciertos hombres que, escudándose en la inmensidad de su poder, subordinan todas sus acciones á la sed de sangre y de destruccion que les domina.

Hay hombres feroces por temperamento y por organizacion.

De estas desgraciadas naturalezas han de valerse los gobiernos absolutos que comprenden bien que solo por el terror pueden detener el carro del progreso un año, un dia, una hora mas, en esa lucha de todos los instantes, de todos los siglos; lucha gigantesca, incansable, entre el derecho y la tiranía, entre Dios y Luzbel.

Pedrosa era una de esas naturalezas.

En Mariana Pineda, no solamente queria destruir un enemigo, que cierta y sinceramente lo era, sino que iba á recrearse en uno de sus mas grandes placeres; la matanza.

Y para esto iba á invocar ¡tremendo escarnio! el nombre de la ley, el interés del monarca, la gloria de la religion.

Para conseguirlo, poco tuvo que discurrir; muy poco que preparar.

Le bastó valerse de una mujer, quizás inadvertida, mandarla con el lio, cuidadosamente envuelto en varios papeles, á la casa de la Pineda y entregárselo de parte de las dos hermanas.

A esa mujer debían seguirla el celador de policía don Pedro Fernandez, el dependiente Juan Diaz, con otros, y el escribano D. Mariano Sanchez; y una vez que aquella mujer hubiera salido de la casa, debían entrar en ella y registrarla minuciosamente, poniendo arrestados á cuantos encontrasen dentro.

La trama era infernal.

Si se hubiese Pedrosa limitado á proceder contra la Pineda, solo por lo que habia de verdad, la hubiera podido atormentar mucho, es cierto: quizás no hubiera pasado por menos que por una condena de infamante presidio; pero esto no era bastante para el mónstruo; la ferocidad de sus instintos pedia sangre, siempre sangre.

Era preciso que el cuerpo del delito se encontrase dentro de la casa de la víctima predestinada, para arrebatlarla de este modo el punto ó la base capital de su defensa.

Así efectivamente llevó á cabo Pedrosa su criminal atentado.

En la tarde del mismo dia 18 y á eso de las cinco, los indicados sujetos penetraron en tropel en la casa de Mariana.

Encontraron sentado junto á la puerta de la antesala del cuarto principal al sirviente de doña Mariana, llamado Antonio José Burel, á quien intimaron la órden de no *mearse*, dejando un dependiente en su custodia y observacion; el Fernandez, el escribano Sanchez y otro dependiente penetraron en la habitacion principal, donde encontraron á la Pineda, y el Diaz subió al cuarto segundo en el que encontró á doña Ursula de la Presa, señora que habia aprohijado desde muy niña á la Mariana, y la profesaba un cariño entrañable.



El celador y el escribano procedieron en presencia de la Pineda, á un minucioso registro y nada encontraron que indujese la menor sospecha.

Acto seguido se trasladaron al cuarto segundo, y Diaz, sin aguardar apenas á que entrasen en la habitacion, les presentó un lio de ropa que era precisamente el tafetan morado ó bandera que ya conocen nuestros lectores, diciendo que lo habia encontrado debajo de un hornillo.

—¡Es falso! dijo Mariana Pineda, con tono resuelto y varonil: esto no lo han encontrado Vdes. en mi casa.

La infeliz ignoraba lo acaecido y que doña Ursula lo habia recibido de la consabida criada en aquel mismo instante.

—Que lo diga la señora..... contestó Diaz, señalando á doña Ursula.

La anciana no tuvo palabra que responder; un temblor convulsivo se habia apoderado de ella y apenas podia romper el llanto que la ahogaba.

La Pineda dirigió una mirada rápida pero penetrante sobre todos los individuos que la rodeaban, particularmente sobre su buena madre, como llamaba á doña Ursula, y se penetró de todo lo crítico de su posicion; adivinó en el acto toda la maldad que encerraba el hecho.

—¡Ah... triste de mí! exclamó.

Por fin... ¡no me puedo sustraer á sus iras! pero ustedes, que sin duda serán mas caballeros ¿no se apiadarán de una infeliz mujer? ¿consentirán Vdes. que perezca en un cadalso quien jamás ha hecho mal á nadie?

Señores, no quieran Vds. ser instrumentos ciegos de una perversidad tan grandel tan inaudital...

—Señora, contestóle el Diaz con tono despreciativo, pa-

ra nosotros las lágrimas y las súplicas no significan nada, cuando el cumplimiento de nuestro deber está por medio.

Doña Ursula se arrastraba por el suelo, abrazaba las piernas de los esbirros, suspirando y gritando con desesperacion:

—¡Perdon! ¡perdon al menos para mi hija, señores!

La Pineda lloraba tambien, sí, porque comprendia toda la infame traicion de que era víctima ; pero su aptitud era siempre noble y digna.

Sus lágrimas, el color encendido de sus mejillas, su rubio cabello desmelenado y ondeando sobre su cuello y espaldas la daban el aspecto de una heroina de la antigüedad.

Era alta, esbelta y bien formada : su cútis blanco y de una tersura sin igual ; el color de su cabello rubio suave, sus ojos azules y aterciopelados, grandes, expresivos y circuidos de una pestaña larga, espesa y bien cortada ; su boca era pequeña con una dentadura menuda y lustrosa como una sarta de perlas y el color de sus labios y mejillas de un cármin sonrosado, muy raro aun entre las mujeres mas hermosas.

Sus manos eran celebradas como un prodigio de la naturaleza.

Una mujer de esta clase que suplica, que llora amargamente, es capaz de conmovier al hombre mas empedernido, pero no á aquellos cuyo corazon sin jugo era incapaz de esprimir otra cosa que el ódio y la venganza que respiraba su Señor y dueño.

Así es que, escepto uno de los de la comitiva, los demás oian indiferentes y hasta con salvaje satisfaccion el llanto é imprecaciones de aquellas dos mujeres.

Y destinando para su custodia á los individuos de la policía Juan Diaz y Mariano Rodriguez, se marchó con los demás, llevándose solamente el cuerpo del delito.

Era ya muy tarde cuando la policía hubo terminado estas diligencias.

Pedrosa empleó toda la noche en instruir un breve sumario, faltando á todas las formalidades y pasando por encima de la ley.

Al dia siguiente, mandó su traslado á la sala segunda del crimen de la real chancillería, al propio tiempo que escribia á Calomarde suplicándole espidiese una real orden cometiendo al subdelegado el conocimiento esclusivo de la causa.

---

## CAPITULO XIII.

### La bandera liberal.

Mariana Pineda, hija de D. Mariano y de D.<sup>a</sup> María Muñoz, nació en Granada el 1.<sup>o</sup> de setiembre de 1804.

Su padre, capitán de navío de la real armada, caballero de la distinguida orden de Calatrava y dueño de un gran mayorazgo, pidió dos veces consecutivas licencia al gobierno para casarse con D.<sup>a</sup> María Muñoz, siéndole otras tantas negada por el humilde nacimiento de la persona con quien quería enlazarse, á tenor de las leyes del reino, vigentes en aquella época.

Veinte días antes de nacer Mariana, su padre la instituyó heredera de todos sus bienes que no estuviesen afectos á vinculacion, así como de sus muchos créditos, que no detallaba por ser muchos en número.

Contaba Mariana apenas cuatro meses, cuando su madre, mal aconsejada, creyó que si no se verificaba su casamiento era por falta de cariño ó por tibieza en las negociaciones que para este objeto practicára su amante, y determinó huir de él para avivar así su actividad y celo.

Estos cálculos salieron fallidos á la pobre señora.

Enfurecido su amante, creyendo aquella conducta prueba de infidelidad, rompió con ella toda clase de relaciones, se negó á verla y hablarle, limitándose á reclamar judicialmente la hija.

Poco tardó en alcanzarlo, pero apenas contaba la niña quince meses, atacado su padre de una grave enfermedad, bajó á la tumba, dejándole á su hermano D. José el encargo de su hija, pero aquel, prevalido del desvalimiento de la niña, se alzó con todos sus bienes y renunció despues su tutoría, haciendo que recayese la que le nombraron los tribunales, en la persona de un confitero llamado D. José de Mersa, hombre honrado y bueno, casado con D.<sup>a</sup> Ursula de la Presa, virtuosa familia que carecia de hijos y trató á Mariana como á tal, no reclamando jamás del desnaturalizado tío el menor socorro.

Recibió Mariana una educacion esmeradísima y desde muy jóven manifestó una precocidad y un talento tan grandes, una nobleza de sentimientos y una fineza tal, que era la admiracion de cuantos la conocian.

Tenia quince años cuando se enamoró de ella el jóven D. Manuel Peralta y Valte, natural de Huesca y poseedor de una mediana fortuna.

A los dos años de casados entablaron demanda contra su tío, el ex-tutor, pero éste, desde los primeros pasos, les ofreció una transaccion, aunque no muy {ventajosa, y renunciaron todos sus derechos á cambio de un mayorazgo radicado en la ciudad de Loja, cuya renta era de ocho á diez mil reales.

A los tres años de matrimonio, durante el cual ni el mas ligero disgusto vino á turbar su feliz y enamorada existencia, todo debia cambiar de aspecto.

El 12 de mayo de 1822 quedó Mariana Pineda viuda con dos criaturas: un niño y una niña.

El estrago que esta desgracia causó en ella se pudo apreciar por la extraordinaria mudanza de su semblante.

Pero no hay humana sensibilidad que resista al influjo del tiempo; así es que, pasado ese período, su calma fué renaciendo aunque muy lenta y dificultosamente.

Viuda á los diez y ocho años, con talento y entusiasta por todo lo grande y generoso, naturalmente debia atraer á su alrededor una coorte de admiradores y de pretendientes á su mano.

Contrajo en esta situacion muchas relaciones con jóvenes distinguidos y partidarios del sistema constitucional, caido en 1823.

No podia menos de ser así, poseyendo una alma tan noble y generosa.

Esto le atrajo, en 1827, y á la sazón que tenia algunos amigos y parientes presos por causas políticas, un proceso criminal por sospechas de íntima correspondencia con los numerosos emigrados españoles, residentes en Gibraltar.

La policía la vigilaba muy de cerca, pero confiaba demasiado en su esquisita vigilancia para temerla.

Era el ángel consolador de los presos políticos y de sus familias, y lo fué especialmente del presbítero D. Pedro de la Serrana, tio suyo, y tambien de su primo D. Fernando Alvarez de Sotomayor, cuyas cabezas se hallaban en gran peligro.

Para que se vea el ingénio y valor que aquella mujer desplegaba en favor de los liberales, oigamos el relato auténtico que hace el mismo Alvarez de la fuga que logró verificar en la cárcel, por mediacion y consejo de Mariana.

Acordó, dice, hacer un hábito de capuchino y se valió para ello de una señora muy patriota pero pobre, que lloraba la reciente pérdida de un pariente, víctima sangrienta del despotismo, la cual salió del apuro lo menos mal que pudo haciéndolo de paño pardo, y creo se lo cortó un sastre de buenas ideas, aunque ignorando el objeto.

Tambien me proporcionó Mariana un gorro negro, un rosario, el cordon y unas barbas, llevándome estos efectos por sí misma.

Las barbas las proporcionó una cómica, cuyo nombre ignoro, y-antes de una hora, despues de una hora de haberme fugado ya estaban en su sitio en el vestuario del teatro, sin que nadie hubiese notado su falta.

Debía fingirme enfermo, me acostaba temprano, y cuando los compañeros de prision que ocupaban la sala principal de la torre de Santa Bárbara, se acostaban, que era despues de la segunda requisa que nos la hacian á media noche, espiaba yo el momento en que se dormian para dedicarme á mis preparativos de fuga, cuyo trabajo abandonaba tan luego como me advertia el ruido de las llaves que venian á la tercera requisa.

Llegó el dia señalado, que era el en que pusieron en capilla á un desdichado para ajusticiarlo por robo de vasos sagrados.

Hasta entonces habia yo reservado el secreto aun de mis mayores amigos.

Siempre que se ponía un reo en capilla, nos encerraban en nuestros respectivos calabozos ó habitaciones, hasta que á media tarde abrian las puertas de las salas para limpiar los vasos inmundos y llevarnos agua fresca y las cenas: entretanto salíamos á los corredores.

Pocos momentos antes de esta hora principié á vestirme: mientras estaba ocupado en esta faena estuve varias veces en peligro de ser descubierto por los muchos dependientes de la casa.

Me puse un pedacito de caña entre el labio superior y la encía y una bolita de cera en cada ventanilla de las narices, lo mas gruesas que pude para contribuir á desfigurar la cara y la voz; todo segun consejo de la Mariana, que me lo proporcionó.

Por el piso alto habia comunicacion á los corredores del departamento inferior, y daba la puerta cerca de la capilla, pero habia otras cinco puertas intermedias cerradas.

Para abrirlas, Mariana me habia proporcionado unos gruesos alambres, cuyas puntas dobladas me servian maravillosamente, y como si fueran llaves ganzúas.

Salí, pues, saludando al paso á los muchos presos que encontraba y dando á besar mi mano humildemente á cuantos me lo pedian.

Llegué á la jaula, que así se llamaba una pequeña division formada de fuertes rejas y rastrillos con tres puertas de golpe, y mandé abrir estos últimos para pasar á la capilla.

Todo me salió perfectamente; el mismo sota-alcaide me acompañó y abrió el rastrillo de la ante puerta y pasé por delante de la guardia riéndome de los sarcasmos y dicharachos de los soldados. Ya en libertad, me trasladé á la calle del Aguila, á una casa que la Mariana me tenia dispuesta de antemano.

Por todo esto, y por ser tachada la Pineda de abrigar opiniones manifestamente hostiles al gobierno, se formó en contra suya el primer proceso, que no llegó á sustan-



ciarse, y durante el cual se la dió por cárcel todo el rádio de la ciudad.

En esta situacion se hallaba cuando llegó el 18 de mayo de 1831.

Al difundirse por Granada la noticia del registro, hallazgo de la bandera y arresto de Mariana en su propia casa, se apoderó una alarma general del ánimo de todas las gentes honradas, pero el partido liberal sobre todo se agitó de una manera extraordinaria; los unos, por un sentimiento de terror al considerar su suerte pendiente de los labios de una mujer; los otros por un deseo de venganza previendo el trágico fin á que la destinarian sus implacables enemigos; todos por un movimiento de dolor profundísimo, por las inestimables prendas que reconocian en Mariana.

Al dia siguiente, algunos de sus mas entusiastas amigos y partidarios políticos se reunieron en una casa de la calle de Elvira, con ánimo resuelto de tomar un partido decisivo y salvarla á toda costa.

El entusiasmo que reinó en aquella reunion, la emocion de que todos se hallaban poseidos, las lágrimas que se vertieron y la febril impaciencia que todos manifestaron por salvarla, es imposible de describir.

Allí se espusieron con valentía mil planes, se discutieron mil proyectos, y aun hubo quien propuso con este motivo lanzarse á la calle y promover una asonada, desarmar la guarnicion y ahorcar á Pedrosa, á su infame satélite el escribano Fernandez, y demás cómplices de sus enormes crímenes.

Decíase que la guarnicion estaba en buen sentido, pues no pocos de sus oficiales se habian afiliado al *Carbonarismo*... y en cuanto al pueblo, creian era seguro que desde el

momento en que la campana de la Vela tocase á rebato no faltaria uno solo de sus individuos al combate.

Hemos oido relatar aquella escena á testigos presenciales y podemos asegurar que todos rebotaban de entusiasmo, de liberalismo y de deseos por salvar á la Pineda.

Pero estaba escrito que no lo lograrían.

Faltaba una persona que fuere la primera en dar el grito: nadie tuvo valor.

No dudamos que la Pineda se hubiera podido salvar por éste y muchos otros medios, porque al fin se hallaba en su casa sin mas guardia que dos solos dependientes de la policia, pero quiso su desgracia que se tomase con menos calor la parte ejecutiva y que se pasase el dia sin adoptarse ninguna determinacion.

Cuando las circunstancias son perentorias, no se discute, se obra y reflexiona á un mismo tiempo.

El veinte por la tarde, sin embargo, enterados de la verdadera situacion de Pineda, y sabedores de que amenu-do se la dejaba sola con uno de sus guardianes, lograron hacerla comprender que todo se hallaba preparado para su fuga, siempre que ella pudiese salvar libremente la esquina de la calle.

Para el valor de Mariana esta empresa era de muy fácil ejecucion.

En la mañana del dia siguiente, veinte y uno, aprovechando la ocasion en que el Diaz se hallaba ausente en busca de provisiones de boca, se vistió un traje de D.<sup>a</sup> Ursula de la Presa y levantando con mucho sigilo el pestillo de la puerta principal, en ocasion que Rodriguez se hallaba contemplando unas obras que se practicaban en el patio interior de la casa, se lanzó á la calle.

Quiso su desgraciada suerte que dicho esbirro notase al punto su desaparicion, y como una saeta salió en su busca en el momento en que salvaba la esquina convenida.

Mariana, al verse sorprendida, no por esto dejó de seguir su camino con precipitado paso, pero Rodriguez la detuvo por el brazo y la dijo ;

—Señora, si V. vuelve á dar un paso mas, la paso el corazon con este espadin.

Y sacando el arma hasta mas de la mitad del baston que le servia de vaina, continuó :

—Tengo órdenes muy severas, y no puedo permitir que salga V. de su casa sin orden espresa.

—¡Por Dios! contestó Mariana ¡por Dios, no tenga V. una alma tan cruel!

Déjeme V... ¡tengo hijos! ¡soy inocente!

—¿Eso no es cuenta mia, contestó el polizonte: vuelva V. á su casa al instante.

—¿Qué interés puede V. tener en perderme? ¿qué le he hecho á V.? ¿qué mal he hecho á nadie?... V. no se compromete; déjeme V. marchar...

—¡Basta de palabrerías! ¡Vamos; vamos! y acompañó estas bruscas palabras con un fuerte empellon: Mariana perdió el equilibrio, cayó, y el polizonte la levantó del suelo, no por compasion, sino para asegurarse de su persona....

El rostro de la Pineda se puso encendido como la grama, pero de ira y de vergüenza por el inmundo contacto de aquel hombre en medio de una calle pública, aunque á la sazón solitaria; así que llena de noble indignacion exclamó:

¡Infáme, tú eres mi perdicion!

Entónces se tiró el velo de la mantilla á la cara y marchó á dos pasos de distancia delante del cruel Rodriguez.

Constituída de nuevo en prision, acto continuo el dependiente dió parte por escrito al subdelegado principal de policia, el cual trasladó la comunicacion al juez D. Gregorio Ceruelo, que ya entendia de la causa, y éste proveyó un auto para que se condujese á la cárcel de córte á la Mariana, á D.<sup>a</sup> Ursula y á sus dos criados.

Mas habiendo pasado el dicho Ceruelo á la casa de Mariana asistido de los dependientes de su juzgado, la encontró acostada en cama, al parecer enferma é imposibilitada de levantarse, y mandó fuese reconocida por facultativos, como se verificó; despues de esta providencia se la recibió declaracion, en la que se le preguntó si sabia ó presumia el motivo de su arresto y si habia sido alguna vez presa ó procesada; contestando que lo habia sido una sola, por una declaracion falsa, en la causa que se seguia por la policia, sobre supuesta *infidencia*; por último, se tomó declaracion á los facultativos, y en su virtud el juez proveyó otro auto mandando suspender por el momento la traslacion de la Pineda á la cárcel de córte.

El criado Burel y sirvientas María Roman y Cármen Sanchez no pudieron evadirse de esta providencia.

Los dependientes Juan Diaz y Mariano Rodriguez fueron relevados por los alguaciles Pedro García, Francisco de Leon, Félix Merino y Fernando de Cámara.

Cayó efectivamente Mariana en un profundo abatimiento, en una enfermedad real.

Conocia que el proceso que se le iba formando tomaba muy graves proporciones y que su desenlace seria funesto.

No hay alma, por grande que sea, que al verse presa

de una vil emboscada no sienta todo el horror é indignacion de su fatal estrella.

Mariana Pineda era jóven, era sensible, era mujer y en séres de esta naturaleza, las grandes emociones causan profundos estragos; por esto al verse sola, incomunicada, enferma; al ver que se pasaban las horas y aun los dias sin que sus amigos tomasen ninguna determinacion, siempre en medio de un profundo silencio solo interrumpido por la presencia del escribano, del juez ó de Pedrosa, su mortal enemigo, tuvo momentos de verdadero desaliento y postracion.

¿Nó hay cuatro hombres, exclamaba, cuatro hombres en el partido liberal de Granada, capaces de librarme de las garras de esos esbirros cuya presencia me atormenta mas que mil muertes?

¿Qué hacen mis amigos que así desperdician esta ocasion? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿porqué me abandonarán?

Pero nó, exclamaba acariciando aun las vanas ideas de esperanza que cruzaban por su mente, ¡nó!... ellos vendrán y me sacarán de aquí: tal vez en este mismo instante.....

Y poniendo el oido atento, suspendiendo su propia respiracion, la parecia á cada eco, á cada lejano rumor, que iban por ella, que la llamaban para salvarla.....

¡Pobre Mariana! Es cierto que no faltan de dia y de noche conciliábulos con este objeto, pero tambien es cierto que al ver frustrado el primer intento de evasion, un terror pánico se apoderó de no pocos, el entusiasmo fué amortiguándose y finalmente se adoptó la resolucion de ver venir.....

Apenas la robusta constitucion de su naturaleza triun-

fó de la enfermedad, Pedrosa, que estaba acechando ese momento propicio para sus intentos, la hizo trasladar al beaterio de Santa María Egipciaca.

Este golpe debió ser muy fatal para la Pineda.

Trató de resistirse á todo trance pero en vano; tuvo al fin que despedirse de su casa.

Aquella escena fué triste y desgarradora.

Lloraba, pero sus lágrimas corrian silenciosamente por sus megillas; era el llanto de la que principiaba á ser mártir resignada.

Al verla tomar su mantilla y ponérsela delante del espejo, al cerrar los cajones de sus cómodas, entornar los postigos de los balcones y ventanas, meterse despues de cerradas todas las puertas las llaves en los bolsillos, cualquiera hubiera creído que se preparaba para un largo viaje :

¿Tendria la conviccion de que no volveria mas á aquella casa?

Creemos que sí.

Cuando hubo concluido su tarea:

—Vamos, dijo; señores, ya estoy dispuesta.

Los alguaciles pasaron delante hasta la puerta de la calle, allí emprendieron su marcha de esta suerte: primero marchaba Pedro García y Francisco de Leon; á la distancia de unos cuatro pasos seguia la Pineda, que iba sola, y detrás, formando la retaguardia, Felix Merino y Fernando de Cámara.

Bueno es que se conozcan todos estos nombres para que la posteridad los execre.

Al atravesar el umbral de la puerta en medio de la mayor congoja, exclamó Mariana:

—¡Adios! ¡adios, querida casa mia!...

El beaterio de Sta. María es uno de los edificios monásticos mas tristes y lúgubres de Granada, su disciplina una de las mas estrechas y severas, sus rentas escasas... es una comunidad pobrísima.

No es solo una clausura sino una cárcel espantosa... es un verdadero sepulcro en vida.

Todas las ventanas tienen dobles rejas de hierro con esperas celosías, todas las celdas son estrechas y húmedas; el coro, el refectorio, la iglesia de forma chata y abovedada.

La oscuridad, aun en medio del dia, es profunda; ni una ráfaga de aire puro, ni el canto de un pájaro penetra ni turba nunca aquella soledad ni aquel silencio imponente.

Mariana Pineda fué colocada en una de las celdas del tras-coro, que era como todas, pequeña, húmeda y mal sana.

Un catre de tijera, una mesita sobre la cual habia algunos libros de devocion, un crucifijo de madera en la cabecera del catre, una imágen de la Virgen de los Dolores dentro de un nicho y dos solas sillas con asiento y respaldo de cuero, constituian todo el mueblaje de la celda.

Mucho padeció la infeliz en aquella tristísima mansion, sujeta á una severa disciplina monástica, privada de toda comunicacion con sus deudos y amigos: allí no tenia mas amparo ni consuelo que el del cielo, y falta de todo género de recursos, sufrió privaciones que aunque pequeñas en sí, no por esto dejaban de atormentar su alma oprimida ya por tantas congojas!...

Ella, habituada á los naturales halagos que siempre sabe conquistar el talento, la hermosura y la juventud; ella,

acostumbrada á las comodidades de su posicion un tanto desahogada!... Cuánto debió sufrir!...

¿Cómo no habia de comparar con punzante dolor el horrible contraste de su situacion presente?

Sin embargo, era tal la fortaleza de su ánimo, que en medio de la terrible agitacion de su espíritu manifestaba la mayor conformidad.

La dulzura de su carácter cautivó bien pronto á las hermanas del beaterio, á quienes edificaba con su humilde comportamiento, y acabaron por ser sus mas humildes servidoras, mas bien que compañeras de infortunio.

Aun recuerdan algunas de aquellas beatas, hoy ya bien ancianas, y con lágrimas en los ojos, las virtudes, la amabilidad, la resignacion de aquella muger que tuvieron en opinion de santa.

Conservan como reliquias algunas de las labores de su mano, trabajadas en las cortísimas horas que la lectura y la meditacion le dejaban libre.

¿En qué pensaban entretanto sus amigos del partido liberal de Granada?

Continuaban celebrando nocturnos conciliábulos: en España siempre sucede lo mismo... resueltos estaban segun decian á salvarla, pero ¿cuáles eran sus trabajos, sus medios, los elementos con qué contaban?...

No tenemos noticia mas que de sus buenos deseos y de la conviccion en que todos estaban de que podrian sacarla del Beaterio el dia en que se lo propusieran, pues que allí no tenia guardia, ni celadores, ni esbirros.

Pero siempre la fatal resolucion de, *ver venir* era la única que se tomaba.

Recibida estaba la causa á prueba, por auto de la sala y



por término de quince días, cuando Pedrosa, recibiendo contestacion de su digno amigo el ministro Calomarde, á la carta en que pedia le confriese el conocimiento esclusivo de la misma, obtuvo á medida de su deseo una real órden mandándole incautarse de ella, y en caso de ser la sentencia de pena capital, encargaba su revision á la sala de alcaldes de casa y córte.

Al recibo de esta real órden estendió Pedrosa un escrito reduciendo á doce los quince días señalados para el término de prueba, improrrogables, con calidad de todos cargos y con plazo fatal de veinte y cuatro horas para que el letrado se enterase del proceso y formulara la defensa.

Apenas Mariana principiaba á disfrutar algun reposo en la soledad, cuando vino á exacerbar de nuevo sus angustias el escribano encargado de notificarle la peticion del fiscal de S. M. ¡Terrible trance!

Se le pedia, en nombre de la vindicta pública, la pena capital en los siguientes testuales términos:

«El fiscal de S. M. en vista de esta sumaria en que se trata de un delito horroroso y detestable, como es el del encuentro y aprehensiones del signo mas decisivo y terminante de un alzamiento contra la soberanía del rey N. S. y su gobierno monárquico y paternal, dice:

»Que indudablemente aparece comprobado el cuerpo del crimen de la mayor y mas intensa gravedad, con la aprehension del tafetan morado, cuyo trozo y signos que comprende y que por una afortunada casualidad acababan de aclararlos, las letras ó caractéres sueltos, y la plantilla ó modelo de sus tres lemas que fueron aprehendidos, presenta la forma de una bandera, para que sirviese de señal de alarma para un gobierno revolucionario: y acerca de los perpe-

tradores, cómplices y ocultadores de tan infernal como horrorosa trama y aun de la ejecución de aquel signo convincente de su existencia, presenta tambien el sumario proporcional y respectivamente el conocimiento mas apreciable contra los inculcados en él.

»Se ofrece al exámen y juicio del tribunal uno de aquellos delitos, en que por circunstancias y modo tenebroso y de extraordinaria reserva con que se maquina, hasta el momento de estallar, es susceptible de prueba privilegiada, la cual en tales casos produce, segun derecho, la misma virtud y valor que la mas solemne y acabada.

»La indicada bandera, señal indubitada del alzamiento que se forjaba, se halló y fué aprehendida con los demás caracteres que habrian de completar su forma, dentro de la casa en que habitaba doña Mariana Pineda, cabeza principal de ella; y al modo que la ley recopilada hace responder del homicidio al morador de la casa, si en ella se hallase muerto un hombre, salvo su derecho para defenderse si pudiese; esta misma responsabilidad obra con la doña Mariana, teniéndosela por autora del horroroso delito, motivo de este proceso; y tanto mas urgente se hace este cargo y responsabilidad legal, cuanto que en la causa de aquella, no era desconocido el carácter y objeto criminal de la mencionada insignia, pues que resulta, que doña Ursula de la Presa, habitante de la misma casa, y quien tenia en ella recogida á doña Mariana, aun dispensándole el título de madre, luego que entendió que dentro de la misma casa se hallaban los dependientes de policía, trató de ocultar el cuerpo del delito, que al fin entregó por sorpresa, rogando al dependiente aprehensor, hiciese lo posible por no *perder la familia de casa.*

»La conducta criminal de la doña Mariana, por su exaltada adhesion hácia el sistema constitucional revolucionario, y por su relacion y contacto con los anarquistas expatriados en Gibraltar, y por lo que tambien tiene proceso pendiente, segun informa el señor subdelegado de policía, y aun ella misma tiene contestado, es una indicacion indestructible y del mas apreciable enlace con la perpetracion del delito que se persigue, y para tenerla por uno de sus principales autores, y el hecho mismo de haber emprendido su fuga de la prision que le fué constituida en su casa, y cuyo descargo es por sí mismo despreciable, la presente confiesa, segun la ley, en el delito de que procedia su prision, y con doble motivo porque intentó seducir ó cohechar al dependiente que la custodiaba, y que la dió alcance en su fuga; diciendo á éste que la dejase, ofreciéndole que se fuese con ella y que le haria feliz : de forma, que de todo ello se deduce, que la doña Mariana Pineda se halla legalmente convencida de la perpetracion del atroz delito de que se trata; como de maquinaciones y por actos de rebeldía contra la autoridad soberana del rey N. S., ó suscitar conmocion popular que ha llegado á manifestarse por un acto preparatorio de su ejecucion, como se designa en el artículo 7.º del real decreto de 1.º de octubre del año próximo pasado, y que por consiguiente es merecedora de la pena capital que en el mismo artículo se fija.»

El magistrado que así reclamaba la imposicion de tan cruel y desproporcionada pena era amigo de la acusada, *ministro puro y recto*, segun se decia, hasta entonces; *hombre compasivo y de carácter templado*, pero de ánimo apocado y débil en sumo grado, que se dejó acobardar por las amenazas del sanguinario Pedrosa.

Para nosotros no merece perdon ; tan criminal es como su cómplice, tan infame, ó mas si cabe, que todos ellos.

Aun cuando aquella circunstancia fuese cierta, no amen- guaría la gravísima responsabilidad en que incurrió seme- jante funcionario del órden judicial.

Ningun poder. ha de ser bastante á torcer la vara de la justicia.

Mucho sintió Mariana que pidiese su muerte un hom- bre que hasta entonces habia tenido como honrado, y mi- rado como amigo.

¡Qué digno amigo!...

No podia convencerse de semejante anomalía.

Sin embargo, ni una queja, ni una espresion que indi- case el menor resentimiento contra el fiscal pronunciaron sus labios.

Bien es verdad que la infeliz no consideró semejante atroz peticion sino como de pura fórmula.

Por esto sin duda, echando una mirada risueña pero despreciativa al tribunal, dijo:

—Noten Vds., señores, que tengo el cuello bastante ro- busto para ser ajusticiada.

Pero el escribano de la causa, sin pararse en estas pa- labras, la hizo firmar la notificacion y la indicó que nom- brase abogado y procurador para sus defensas.

—Nombro, dijo, con singular entereza, al letrado don José Escalera y al procurador D. Francisco Mendez.

Una de las hermanas del Beaterio con quien hemos te- nido ocasion de hablar mas de una vez, nos ha dicho que desde aquel dia fatal hubo en la comunidad un verdadero dolor y espanto.

—Algunas de nosotras, decia, pasábamos las noches

prosternadas en el coro llorando amargamente é implorando á Dios la salvacion de Mariana.

No la abandonábamos un momento, aun cuando no teníamos necesidad de confortarla, porque estaba tranquila, en cuanto cabe, en situacion tan triste:

Aun ella misma nos exhortaba á tener valor y á no desconsolarnos.

Durante estos momentos sus amigos hicieron llegar á sus manos algunas cartas, recomendándole valor y esperanza, asegurándole que se trabajaba mucho y que no saldrían fallidos sus esfuerzos...

¡Pobre Mariana!

El abogado defensor pidió la vista de la causa en estrados públicos, lo que debe preceder á la sentencia para que el juez se entere á fondo por los informes del acusador y defensor del mérito de los autos y de las disposiciones de la ley; pero esta utilísima solemnidad, que jamás se niega en cuestiones de alguna importancia, se negó en esta causa, y no se notificó la negativa para que se ignorase cuando habia sido consultada la sentencia con la sala de alcaldes.

Hé aquí algunos de los principales párrafos de la defensa, defensa pobrísima por cierto:

—«Cierto es que el delito de que se trata, decia el defensor, es de los mayores y mas graves y que exige por las leyes el mas ejemplar castigo: cierto es tambien que la llamada bandera, letreros y demás encontrado, son cuerpo de delito: é igualmente lo es que la aprehension de todo ello se ejecutó en la espresada casa como va referido; pero no lo es que mi defendida sea autora ó cómplice del atroz delito que se le imputa, porque sobre ella no hay una prue-

ba cierta, y sí muchas dudas que impiden la claridad que exigen las leyes del reino, para que se imponga la pena del último suplicio, ni la inmediata, sin embargo que sea por las mismas privilegiada la tal prueba, porque es bien sabido que ha de ser efectiva y cierta, aunque de menos solemnidad, y que no bastan para ella, en el caso propuesto, los meros indicios, sospechas, ni presunciones que resulten contra los procesados.

(Aquí hace la historia del registro, hallazgo de la bandera y arresto de la Pineda en su propia casa; en seguida continúa:)

»Con presencia de todo ello, puede decirse con verdad, que lo primero que en toda causa ó proceso debe resaltar bien comprobado, que es el cuerpo del delito porque se procede, no lo está en la presente, puesto que no es indudable ni cierto positivamente que el tafetan aprehendido constituya ó forme una bandera, y bandera de alzamiento, conspiración ó revolución: lo uno, porque aun no estaba hecha bandera, y por consiguiente aun no lo era, y lo otro porque el emblema del triángulo verde fijado en su centro, demuestra que su destino era mas bien para adorno de alguna *lógia francmasónica*; y acerca de este delito que es *de otra especie, solo serán reos los que lo sean, y se reunan, y los cojan*; pero no los que formen cosas ó borden sus *atavíos, y menos las mujeres*, que así como no pueden ser obispas ni confesoras, tampoco pueden ser *francmasonas*; por lo mismo el calificar de bandera revolucionaria el tafetan aprehendido por solo los letreros, de los cuales solo dos están principados á bordar, es tan aventurado, como lo seria estimar envenenado á todo difunto que tuviese las uñas moradas, ó alguna otra señal de las que produce el veneno; siendo así

que muchos se mueren sin tomar otro que el que tenían en la masa de sus humores, propio ó adquirido, ó el de las medicinas que les recetan; y porque hay muchas cosas que se equivocan con otras, así como el insultado con el muerto, el hipócrita con el hombre de bien, la venganza con la rectitud, la ignorancia y la cobardía con la prudencia, y la tontería con la santidad.

»Todo es de presumir que lo tuvo presente el señor gobernador de las salas del crimen, y que por ella usó de la agudeza satírica en su oficio dirigido á V. E. con fecha 19 de marzo de llamar al tafetan aprehendido bandera tricolor en lugar de revolucionaria, pues no podía ignorar S. S. que no toda bandera de tres colores se llama tricolor, que los de esta son azul, blanco y encarnado, y los que se ven en el tafetan son encarnado, morado y verde, y así también por igual razón, no todo lo que forma tres es trinidad, pues no lo son los tres números de un terno de lotería, ni los enemigos del alma que eran tres, antiguamente, aunque ya se cuentan por gruesas como los del cuerpo, y los de la tranquilidad y felicidad del género humano.»

¡Qué defensa tan pobre! ¡qué lenguaje tan vulgar el del defensor! qué ideas, qué argumentos, qué figuras retóricas tan prosáicas!

¡Pobre Pineda!...

»A ello se agrega, continúa diciendo el abogado defensor, que para un alzamiento ó revolución no hay necesidad de banderas, sino de armas y gente, y así es que en las muchas revoluciones que conocemos, unas por desgracia y otras por fortuna, no habrá quien diga con verdad que servía de señal ninguna bandera, y no habiendo en el caso presente ni armas, ni gente dispuesta ó alistada para al-

zarse á revolucionar, la llamada bandera es un trapo insignificante.

»Por otro concepto, el legislador trata de contener, con las graves penas que establece contra los conspiradores, la ambicion de los hombres que las promueven para tomar destinos.

»¿Y cuál podria esperar la doña Mariana Pineda, ni la vieja doña Ursula?

»¿Seria acaso por la Iglesia, por la toga ó por la milicia?

»¿Qué interés, pues, podia moverlas á tal atentado?

»A la verdad, ninguno.

»Mas, sin embargo, la parte fiscal acrimina severamente á una y otra.

(Habla aquí el defensor del tanto de culpa de doña Ursula y enseguida continúa.)

»En cuanto á la doña Mariana Pineda, puede decirse que aun es menor, si cabe, la prueba que resulta de la criminalidad que se le atribuye, porque ni la llamada bandera, ni los letreros se le aprehendieron en su persona, ni en cofre ó cómoda suya, ni en su habitacion, ni puede decirse con fundamento que sean obra de sus manos las letras bordadas del tafetan, porque no sabe bordar, y porque en la casa no se halló bastidor alguno, ni otro indicio de que allí se hubiese bordado, cuya ocultacion tampoco es de presumir, porque era inútil dejando el tafetan y letreros y siendo mas fácil y urgente esconder estos, que no un mueble que por sí solo no producía sospechas; ni además se convence que la doña Mariana supiera existian en su casa el dicho tafetan y letreros...

»A ello se agrega que no hay prueba alguna de que el



repetido tafetan fuese para formar con él la bandera llamada revolucionaria, ni aun cuando para ello fuese, que se niega, el haberse aprehendido en casa de la doña Mariana, no constituye por su mera existencia el acto preparatorio de ejecucion del grave delito de rebeldía contra nuestro soberano, ni el de conmocion popular de que habla el artículo 7.º del real decreto de 1.º de octubre del año próximo pasado, para que pueda imponer la pena en él señalada á la doña Mariana Pineda, por dos razones: por la ignorancia de esta ley de cuya noticia ó conocimiento no se ha interrogado, pues siendo mujer la referida, le basta solo alegarla para que sea atendida y la escuse por derecho; y la segunda, porque los tales actos preparatorios deben ser de los necesarios á la rebeldía ó conmocion popular, y no bastan los contingentes ni equívocos, y porque además han de ser completos ó perfectos; pues ya está dicho que el tafetan aprehendido podria haberse formado con otro fin ú objeto; esto es, para otro uso que el de bandera revolucionaria: qué las tales banderas no son precisas, ni aun necesarias para las revoluciones; y que aun cuando con el repetido tafetan se hubiese pensado en formar semejante bandera, se observa que no estaba, ni concluido el adorno ó distintivo de sus lemas, pues faltaban por bordar mas de la mitad de ellas, y que por consiguiente, que sin estarlo, se quitó del bastidor, del cual es bien sabido que no se separa lo que se está bordando hasta que se concluya, porque se desperfecciona y no puede despues continuarse bien, faltando el primer atirantado que tenia la tela: y cuando se quitó á medio bordar, seria por algo seguramente.

»¿Y no es posible que fuese porque el autor de esta obra se arrepintiera y desistiese de su empresa, y que tra-

tara de conservar el tafetan para aprovecharlo, desco-  
siéndole y quitándole lo que tenia bordado?

»Y si así fuese, porque es posible que lo fuera, y por-  
que no hay prueba alguna en contrario, ni la hay tampoco  
de que por otra causa se quitase del bastidor el tafetan an-  
tes de concluir su bordado ¿cuál seria el delito del que lo  
ejecutó?

»Y cómo podrá, bajo de estos supuestos tan racionales  
y prudentes, constituir en buena filosofía acto preparatorio  
completo ó perfecto de rebeldía ni de conmocion popular la  
mera existencia del tafetan aprehendido en la espresada  
forma?

»No es posible, sin embargo de que se estime que hay  
alguna responsabilidad en la persona de cuyas manos se  
aprehendió.

»Así como no se estimaría tampoco, si no es dispa-  
tando, acto preparativo completo ó perfecto de un homici-  
dio, el resolverse á ejecutarlo, tomar armas, dirigirse con  
ellas á buscar ó á esperar en sitio fijo al que habia de ma-  
tarse; pero que arrepentido el que lo hacia, se volvió sin  
haber llegado al sitio en que debia esperar ó acechar y en  
el camino, ya de vuelta, fuese aprehendido por la justicia;  
al contrario, con razon podria estimarse que el acto prepa-  
ratorio del supuesto homicidio era completo, si habiendo  
llegado el figurado homicida armado al sitio que habia  
de esperar ó acechar para ejecutar la muerte, se le apre-  
hendiese en él, esperando ó acechando con las armas pre-  
paradas.

»Y por otro concepto, los delitos y delincuentes, asimis-  
mo como las virtudes y los virtuosos, no se deben calificar  
por el exterior que presentan, porque no es lo mismo pare-

cer criminal que serlo, así como tampoco es lo mismo ser justiciero que justo; pues entre uno y otro hay mucha diferencia.

»Mas, sin embargo de todo ello, que es tan claro y sencillo, y tan fácil de comprender, la parte fiscal acrimina á la doña Mariana por dos conceptos, ambos en ley, de presunciones: el primero lo funda en el hecho de la aprehension ejecutada, porque se hizo en la casa morada de doña Mariana, y porque ésta, como cabeza de ella, debe responder, y para demostrarlo, hace comparacion de lo prevenido en la ley de fuero y recopilacion acerca del hombre muerto ó herido que se hallare en alguna casa y no supiese quién lo hirió ó mató; pero este argumento de comparacion no podrá menos de observarse que no es tan exacto como se supone, por muchas y poderosas razones; entre otras, porque no es tan fácil matar á un hombre sin veneno en una casa sin que lo entienda el dueño de ella y que pueda designar quién lo mató, como el introducir y colocar en algun sitio de ella un trapo y unos papeles de poco bulto ó volúmen, sin que lo vea, ni entienda el dueño de la casa; bien sea por los domésticos de ella ó por otra persona de las que concurran á la misma, ó por las dos cosas, porque la indicada prevencion de ley recopilada que produce la notada sospecha y el cargo á ella consiguiente, se ciñe y limita al homicidio de que trata; no se contiene en el real decreto citado del 1.º de octubre del año próximo pasado, y su ampliacion de aquella á este; y con tan diverso objeto es improcedente y odiosa en derecho; y sobre todo porque la ante dicha ley recopilada solo ordena que el morador de la casa sea *tenido* de responder de la muerte, *pero no que muera por ende ni por allende*.

»Y la misma respuesta que podia dar el morador de la casa donde se hallare el muerto, si aquel fuese manco de ambas manos, ó estuviese de otro modo impedido y en imposibilidad de dañar á nadie, es la que debe dar doña Mariana Pineda á la reconvenccion que se le hace por el medio muerto que se halló en su casa, puesto que no pudo ser obra suya porque no sabe darlos.

»A que se agrega, que en ninguno de los artículos del citado real decreto se establecen reglas para la calificacion del delito de que se trata, ni para la de sus autores ó cómplices: y por ello es visto que en esta parte debe estarse á las comunes establecidas por derecho.

»Segun estas, es bien sabido que no se conceptúan ni autor ni cómplice de delito alguno al que no lo comete ni tiene parte en su ejecucion; y para estimarle delincuente es necesario que se pruebe en bastante forma lo uno ú lo otro, y tambien que tenia el debido conocimiento de lo que hacia y la libertad necesaria, porque sin esta ni aquel no hay verdadero delito, ni delincuente; así como tampoco hay pecado con respecto á la conciencia: y de estas verdades que son bien sabidas, se podrian poner muchos ejemplos que fuesen á propósito en el caso presente: entre otros, se ocurre uno que no seria muy difícil se presentase; tal es el caso en que, bien la ante dicha bandera ú otro trapo semejante, se hubiera aprehendido á una bordadora de ejercicio, estándole bordando por encargo de persona para ella desconocida, puesto que ya la habia pagado su trabajo, y que ni la tal persona ni otra alguna le hubiese manifestado ó descubierto el emblema ó significado de lo que hacia.

. . . . .  
. . . . .

»Ciertos acontecimientos y circunstancias fatales son los que han hecho que á la acusada se la tenga por algunos en un concepto que no merece.

»Por deber y por caridad ha dado pasos y gestionado la misma en favor de algunos desgraciados; y por no haber accedido á pretensiones de otros sugetos se ha adquirido y tiene algunos enemigos y no seria extraño que estos se hayan propuesto llevar su resentimiento y venganza hasta el extremo de arruinarla.»

(Concluye diciendo que no merece su defendida la pena pedida por el ministerio fiscal y pasa á hablar de los demás procesados.)

Es digna de observarse una circunstancia; el abogado defensor que tiene momentos en su defensa verdaderamente notables por el aplomo y acierto con que trata la cuestion y por las picantes alusiones al juez de la causa, era tenido en Granada por furibundo realista, y lo era realmente; mientras que el fiscal pasaba, como hemos dicho, por un hombre recto y bondadoso.

¡De todas maneras la forma de la defensa es deplorable; su lenguaje chabacano, sin inspiracion ningunal...

No sucedia así, sin embargo, con respecto á la persona de D. Ramon Pedrosa, á quien conocian todos y en cuyo juicio no se equivocaba ninguno.

Él impuso á la doña Mariana la pena capital; y con el mayor secreto, como el que teme se malogre con la publicidad un negocio de grave interés, consultó la sentencia con la sala de alcaldes de la real casa y córte.

En ella se vió la causa *á puerta cerrada*, sin citacion ni audiencia de la interesada, y se vió tambien una pieza reservada, de que no se habia comunicado traslado en

Granada á ninguno de los acusados, y que era respectiva á cierto depósito de escarapelas tricolores halladas en una maceta de Doña Mariana.

Semejante pieza separada, obra hoy adjunta al proceso, pero en Granada nadie sabia una palabra de su existencia mientras aquel duró.

Llegó el trece de mayo y se difundió como una chispa eléctrica la noticia de la confirmacion de la sentencia...

No es decible la dolorosa impresion que causó en toda la ciudad.

Vagaban las gentes desatentadas de acá para allá, con semblantes místicos y taciturnos, con la angustia en el corazon y contristado el ánimo.

Llenos de ira los corazones no les era dado espresar los rencorosos sentimientos que todos abrigaban contra los autores de tan inicuo é impío *asesinato jurídico*.

El alcalde mayor, segundo, en quien delegó Pedrosa sus poderes para la ejecucion de la sentencia, se presentó en el beaterio, que ya se hallaba rodeado de los satélites del despotismo, y mandó que se presentase la Pineda.

Era ya muy entrada la mañana.

Mariana se presentó vestida de negro y acompañada de algunas religiosas que la miraban con semblante triste y alarmado.

—Señora, la dijo el juez, ha terminado ya su permanencia en esta santa casa y es preciso que me siga V...

Las religiosas que la acompañaban prorumpieron en un desconsolador llanto.

Pero la Pineda, sin preguntar siquiera á dónde iba, se dejó caer de rodillas delante la imágen de los Dolores esclamando:

—¡Madre mia; vos pasasteis por el amargo dolor de ver espirar en la cruz á vuestro inocente Hijo á manos de sus impíos verdugos; contemplad lo que entonces sufrísteis y consolad á una débil criatura que va á morir, tambien inocente y como él por la causa de la libertad del género humano; que vá á separarse para siempre de sus tiernos é idolatrados hijos!...

Hasta entonces tenia los ojos secos y conservaba una actitud tranquila, pero al nombrar á sus hijos, prorrumpió en un amargo llanto, y alzando al cielo sus manos, continuó :

—¡No los abandoneis, Señora! ¡á vos los encomiendo!...

¡Qué seria de ellos sin el auxilio de la gracia divina!

Y levantándose de repente, y enjugándose los ojos con violencia, como si se avergonzára de este acto de debilidad delante de su verdugo :

Vamos caballero, le dijo, vamos á dónde V. quiera...

Iba á adelantarse, cuando retrocedió algunos pasos y se lanzó en brazos de las beatas que la rodeaban.

—Queridas hermanas, les dijo, nada me queda con que mostrarme agradecida á vuestros servicios...

Cuando me vea en la presencia de Dios, rogaré sin cesar por vosotras...

¡Su divina magestad os colme de beneficios y recom-pense lo mucho que habeis hecho por mí!...

—¡A dios!...

Y volviéndose de nuevo al juez :

—Vamos, señor, vamos, le dijo.

Las hermanas, anegadas en llanto, no podian pronunciar una sola palabra; pero al fin, revistiéndose de valor y haciendo un supremo esfuerzo, la rectora la contestó:

—Hermana; no pierda V. la confianza en Dios, él la ayudará en sus penas: nosotras rogaremos por V. eternamente...

A estas últimas palabras habia salido ya del claustro.

Atravesó los umbrales del beaterio entre los alguaciles y entró con el juez en una berlina que tenia preparada á la puerta.

La cárcel baja es un edificio próximo á la Catedral y dominado por sus encumbradas torres, que la infunden un aspecto melancólico y sombrío.

La entrada es por un zaguan lóbrego y ruinoso.

Frente al zaguan paró la berlina que llevaba á Mariana.

Rechazó la mano del juez, que se la ofrecia para bajar; atravesó hasta con indiferencia por entre los soldados de la guardia, de los hermanos de la caridad, de una turba de frailes preparados para auxiliarla, de una multitud de llaveros, alcaides y alguaciles, hasta llegar al cuarto principal donde iba á notificársele la fatal sentencia.

El escribano estaba aguardándola y despues de haberla mandado que se sentase, principió á desplegar sus rollos de papeles, interin daba tiempo á que se formase en la sala un aparato de fuerza y un lujo de arbitrariedad indecible.

Pedrosa se hallaba en el umbral de la puerta con los ojos clavados en el rostro de la Pineda.

Cuando el escribano lo tuvo todo á medida de su gusto, mandó á su víctima que se levantase y diese algunos pasos hácia la mesa, detrás de la cual aquel se hallaba.

Entonces principió la lectura de la sentencia, que era larga por sus muchos considerandos.



Mariana escuchaba atentamente y sin inmatarse hasta que oyó pronunciar las palabras: *en nombre de S. M. el rey (q. D. g.) decimos que debemos condenar y condenamos á la pena de muerte en garrote vil... etc.*

Entonces prorrumpió en amarguísimas quejas contra el rey, contra su gobierno y el juez de la causa.

Tuvo un momento de verdadero arrebato, durante el cual, y volviendo la cabeza de un lado para otro, reparó en el rostro infame de Pedrosa, que con sonrisa burlesca en los labios contemplaba esta escena desde el dintel de la puerta.

Esta circunstancia la devolvió su natural calma y sangre fría.

—¡Ah! Señores, exclamó, perdonen Vds. mi destemplanza: habia olvidado por un momento los santos principios de mi partido.

Prometo en lo sucesivo no dejarme arrebatar mas por las pasiones humanas: estas podrian hacerme perder la razon y quebrantar el silencio que me he impuesto respecto á ciertas preguntas que incesantemente se me dirigen.

¡Nó, nó! es preciso que por mi culpa nadie sufra un solo dia vuestra odiosa persecucion.

Prefiero mil veces sufrir una muerte gloriosa á cubrirme de oprobio profiriendo una sola palabra imprudente que pueda comprometer á nadie.

Se la condujo en seguida á la capilla.

Era esta una sala cuadrilonga, estrecha, con dos alcobas sin luz; negras las paredes, sucio y desenladrillado el suelo, sin mas muebles que dos sillas y una mesa sobre la cual colocaron entre dos velas una imágen de la Virgen de las Angustias.

Al extremo de la sala se puso un centinela de vista, y continuamente vigilaban los ministriles y los dependientes de la cárcel.

Apenas habia entrado la infeliz en esta triste mansion, cuando la cayeron encima un enjambre de *frailes* y hermanos de la caridad, cuyas destempladas exhortaciones y desaforados gritos disgustaron mucho á Mariana, hasta el punto de verse precisada á mandarles salir en mas de una ocasion.

El R. P. F. Juan de la Hinojosa, del órden de S. Francisco (el mismo que la habia bautizado) se atrevió á hablarla en los siguientes términos :

—¡Mariana! ¡hija mia! el lance en que te encuentras es fatal... no hay remedio para tí... la muerte te aguarda si no logras templar las iras del monarca confesando quienes son tus cómplices...

Confiesa, hija mia, confiesa y confía en la clemencia del mas bondadoso de los soberanos.

—¡Padre!... le contestó indignada Mariana; esas palabras me ofenden, y si lograsedis que las diere oidos, me harian desconfiar de la divina clemencia.

Váyase V., retírese V.: para nada necesito semejantes exhortaciones.

—Cuando yo hablo así, hija mia, es porque me interesa tu vida, porque estoy autorizado...

—Lo repito, no quiero oir á V.

Y acercándose mas el fraile, murmuró en su oido:

—Tengo órden de anunciarte que nuestro digno magistrado D. Ramon Pedrosa tiene plenos poderes para indultarte si dejas de persistir en tu silencio, si permites que...

—Pues diga V. á ese mónstruo, le contestó con altivez Mariana, que no espere que mis labios pronuncien una sola palabra; dígale V. que le emplazo ante la presencia de Dios... El fraile viéndola tan decidida, se despidió de Mariana diciéndole con enfático acento:

—Voy á cumplir con tu encargo.

Efectivamente, Pedrosa estaba facultado para perdonarla en nombre del rey, si se prestaba á declarar quienes eran los que debian dar el grito de libertad, con la bandera que de su órden se estaba bordando.

Cuando estuvo desembarazada de aquel molesto religioso, pidió á los encargados que, de su órden, fuesen á buscar á su confesor, al honrado y liberal presbitero D. José Garzon, cura de la parroquial iglesia de las Angustias.

Su presencia no se hizo esperar mucho.

Así que llegó, se retiraron los hermanos de la caridad, dependientes de justicia y religiosos que allí habia, quedando solos Garzon y Mariana en aquel tristísimo recinto.

Mariana se arrojó en sus brazos.

—Amigo mio, le dijo, gracias al cielo que tengo la suerte de tener á V. á mi lado; así al menos este duro trance se me hará mas breve y menos doloroso ¿no es verdad?

El párraco dejó asomar algunas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—Animo, ánimo, continuó; he llamado á V. no para entristecerme, sino para alentarme.

Y sentándose en las dos únicas sillas del aposento, solos, casi á oscuras, principió por enterarle minuciosamente de sus negocios de familia; le hizo varios encargos y solo saltaron sus lágrimas y se estremeció profundamente su corazón al recordar á sus hijos queridísimos.

—Quedan huérfanos, exclamaba, confiscados sus bienes, sin apoyo, ni proteccion de nadie: acaso mal mirados por ser hijos de una ajusticiada!...

¡Desgraciados! ¿por qué no os sacrifican tambien conmigo y se sacian de sangre inocente nuestros enemigos?

Mas os valiera, hijos mios, perecer hoy en un cadalso, que quedar en tan tierna edad, sin padre, ni madre, abandonados á vuestra suerte.

El cielo oiga mis fervientes súplicas en vuestro favor, y despierte la compasion de algunos de mis amigos, para que mire por vosotros.

—Mariana, Mariana! no desespere V. sobre este punto.

No le faltan á V. amigos fieles que miraremos por el porvenir de sus hijos, que serán de hoy mas los nuestros predilectos.

No les abandonaremos ni los dejaremos conocer el triste fin de su buena madre, hasta que siendo mayores, sean capaces de apreciar el noble timbre que su desgracia les lega por herencia.

¡Ah! Mariana; dia llegará, no lo dude V., que todo esto cambiará de aspecto: V. desde el cielo lo verá, y...

—Nó, no lo dudo, contestó inspirada de un santo entusiasmo, no lo dudo, amigo mio.

La causa sagrada de la libertad de los pueblos, fecundizada por el martirio de tantas víctimas, ha de triunfar al cabo y los satélites del impío gobierno que hoy nos rige han de ser arrojados de este suelo, y tal vez su propia sangre lavarà la mancha que la mia vá á causar en todo su partido: el pueblo no puede ya con los duros hierros que hoy pesan sobre él, y que arrastra mal de su grado: ¡ay del dia que rompa sus cadenas y se arroje sobre sus opresores!...

—No se agite V., Mariana, se lo suplico...

—Poco pierde, amigo mio, el que en estas circunstancias abandona este mísero mundo: feliz mil veces quien con una conciencia tranquila se somete con resignacion á la voluntad del Señor.

Luego volviendo la vista hácia uno y otro lado de la habitacion, *llena de insectos incómodos y asquerosos*, miró al confesor con significativa sonrisa y le dijo:

—¡En qué aflictiva y humillante situacion me han colocado!...

¡La muerte es poco para los satélites del despotismo; necesitan tambien atormentarme!...

Pasando algun tiempo en confidencial conversacion, con aquel digno sacerdote, sintió una sed abrasadora.

—¿Qué quiere V., Mariana? le preguntó el cura.

—Un vaso de naranja.

Al instante mandó traerse, y habiéndole sido servida en presencia del juez, éste le dijo:

—Me parece que esta bebida puede dañar á V.

—Bien puede ser, contestó Mariana sonriéndose; pero antes que esto suceda todo habrá concluido para mí...

Quedó el juez admirado, no menos de la pronta y oportuna réplica, que de la calma y serenidad con que la pronunció.

Al anoecer de aquel primer dia de capilla, indicó el alcaide mayor al confesor que era necesario que la víctima se sujetase á ciertas formalidades establecidas para semejantes casos, por cuya razon convenia la persuadiese se dejase mudar de traje, y entregase asimismo el cordon de sus cabellos, las horquillas de su peinado y hasta las ligas.

Duro trance fué para el confesor el desempeño de esta

comision, pero al cabo se resolvió á ejecutarla de la manera mas conforme á la dulzura de su carácter y menos humillante para la infeliz Mariana.

Poco costó convencerla: á todo se avino sin la menor resistencia, sin hacer la mas mínima objecion.

Entró para esto la mujer del primer alcaide; pero al quererle quitar las ligas:

—¡Alto aquí, señora! la dijo echándola una mirada de noble dignidad; jamás consentiré subir al patíbulo con las medias arrastrando: que se tranquilicen esos ministros de la tiranía, y vivan seguros de que aunque tuviera medios de quitarme la vida, no lo haria, porque me sobra valor para subir al cadalso... y el que se suicida es un cobarde!

La mujer del alcaide no insistió, tambien estaba profundamente conmovida.

A poco rato pidió una jofaina con agua para regar la habitacion á fin de ahuyentar un poco los muchos insectos que en ella pululaban.

Hecho esto, se acostó vestida sobre una cama que acababan de preparar al intento y durmió tranquilamente unas cuantas horas.

Apenas despertó por la madrugada, llamó á su confesor y se reconcilió para estar preparada á recibir la comunion que se administraba á los reos, el segundo dia de capilla, con toda pompa y aparato.

Concluida esta ceremonia pidió hacer testamento y le fué negado, bajo el pretexto de que tenia todos sus bienes embargados por el tribunal.

Entonces pidió papel y tintero para hacer ciertas aclaraciones respectivas á sus deudas y empeños.

Estos documentos obran en la pieza de diligencias de

ejecucion de la sentencia, en la escribanía de cámara de las salas del crimen de la chanchillería de Granada.

Suplica, entre otras cosas, se desempeñe un anillo de brillantes y se entregue á su hija Luisa, para eterna y única memoria de su cariño.

Despues escribió una carta tiernísima á su hijo, diciéndole:

«Te recomiendo mucha firmeza en los principios políticos de tu madre; te suplico que huyas de este pais cuando tengas edad y medios para hacerlo: no te avergüenzes nunca de haber nacido de una madre sacrificada por la mano del verdugo, puesto que muero por la libertad; por la causa santa del pueblo... te ruego por fin que jamás abandones á tu hermana Lucia!...»

Otra carta escribió tambien recomendando la tutela de sus hijos al presbitero don Pedro la Serrana, condenado á la sazón á presidio por opiniones políticas.

Concluidas estas cartas se retiraron los dependientes de justicia y se pasó el dia en la práctica de algunos ejercicios espirituales y hablando del mundo como de una cosa ya remotamente pasada para ella.

El recuerdo de sus hijos era lo único que turbaba de vez en cuando su serenidad.

Antes de media noche se acostó, y por última vez durmió tranquila y sosegada el sueño de los justos.

A las seis de la mañana del dia siguiente, mientras el gorgo de los innumerables gorriones que anidan en las cornisas de la Catedral entonaban su canto matinal, la Pineda se bajó de la cama y llamó al confesor.

—Amigo mio, le dijo, mi hora se acerca; poco tiempo me resta ya de vida...

—Y bien, Mariana..... para todos ha de llegar la hora suprema.

Usted es un ángel y no debe temer la presencia de Dios que la aguarda para colocar en su frente la corona de los mártires.

—¿Qué hora es?

—Principia á amanecer.

—De modo que dentro de una hora...?

—Dentro de una hora habrá principiado para V. una vida eterna de paz y de ventura!...

El confesor lloraba como un niño... le era imposible mostrarse sereno.

—Amigo mio, le dijo, es V. demasiado sensible y apocado para vivir en este pais, en donde son por desgracia tan frecuentes las escenas de horror y de sangre; aprenda usted de mí que en medio de los mayores infortunios todavía tengo presencia de ánimo, espíritu suficiente para soportarlos: solo me siento débil cuando pienso en mis queridos hijos.

¿Es posible que haya de morir sin verlos, sin estrecharlos en mi regazo, sin darles mi último adiós, sin imprimir en sus tiernos corazones la tremenda lección que les daría mi moribundo semblante? ¡Oh! qué infames son mis verdugos!...

¡Hijos míos, hijos de mis entrañas; vuestra madre muere sin besaros una vez siquiera... sin poder daros el último adiós!...

En esto ya se oían á lo lejos los tambores de las tropas que marchaban al sitio de la ejecución y el piafar de los caballos que tomaban las avenidas de la cárcel.

Al percibir el padre Garzon aquel siniestro ruido su



semblante hizo una trasmutacion visible y se apoderó un ligero temblor de todo su cuerpo.

—Vamos, vamos, dijo entonces Mariana al observar el completo trastorno del sacerdote; le relevo á V. del compromiso de acompañarme en la carrera: no podria V. sostenerse en su papel, y me haria V. falta en el último trance.

Váyase V. á aguardarme al pié del cadalso.

El cura se resistió algunos momentos, pero Mariana continuó:

—Se lo pido á V. por favor, padre; vaya V. á aguardarme al pié del suplicio, no me faltarán religiosos que me ausilien por el camino.

Efectivamente, en el instante en que el padre Garzon obedecia á Mariana, se presentaron los hermanos de la paz y caridad, los frailes agonizantes y el ejecutor de la justicia.

El hermano mayor de la caridad traia en una bandeja de plata la hõpa y un birrete negro.

—Señora, la dijo, un sagrado pero penoso deber nos obliga á presentarnos á V...

—No nos mire V. como enemigos, añadió otro de fisonomía noble y respetable.

—Nó, caballero; ya sé cuál es la mision de Vdes. en este momento y es muy digna de ser apreciada.

—Animo, D.<sup>a</sup> Mariana, dijo uno de los frailes con desentonada voz.

—No me falta, padre!... morir por una causa tan santa, no es morir, es ir al cielo!...

El hermano mayor desplegó la hõpa y le dijo presentándose:

—Hermana... es la última prueba de resignacion cristiana.

—Sea enhorabuena, amigo mio.

Y prestóse con la mayor humildad á vestirse aquel horrible trage: el hermano mayor, turbado sin duda, se lo colocó al revés.

La Pineda lo observó y le dijo:

—Deje V. hermano, ya me lo pondré yo misma: no es usted muy práctico en esto.

Ella misma se lo quitó y volvió á poner bien.

Luego se le acercó el verdugo y le dijo con humilde é hipócrita acento:

—Es práctica, señora, en estos casos, aparentar las manos atadas. Permítame V. que la coloque estos cordones....

—¡Dios mio! exclamó Mariana; esto mas ¿temen mi resistencia por ventura?

—Perdon, señora; la ley es inflexible.

—Está bien, sea; Jesús tambien fué atado y escarnecido!... yo no debo ser menos.

Y aquellas manos tan delicadas, tan bellas, tan celebradas por su blancura y por los lindos hoyuelos que al abrirlas formaban las coyunturas de los dedos, se entregaron al verdugo con la mayor humildad y resignacion.

Una tosca cuerda las aprisionó, no por mera fórmula, sino dura y estrechamente.

—Me lastima V. mucho!... exclamó Mariana.

—Eso no es nada, contestó el verdugo, prescindiendo ya de su primitiva hipocresía; es el primer momento.

Los frailes de capuchinos, San Antonio y San Francisco que debian acompañarla al suplicio, la colocaron un

crucifijo entre los dedos, y sobre el pecho algunas reliquias y escapularios.

El verdugo la puso el birrete que casi la tapaba la cara.

Ella se lo retiró con el crucifijo, dejándose descubierta hasta la mitad de la cabeza.

Destrenzado el cabello, salia por debajo del birrete cubriéndole la espalda, los hombros y una parte del pecho; los bucles de delante ondeaban sobre sus mejillas y caian flotando casi hasta la mitad de su hermoso cuello.

Hubo un momento en que, concluida toda esta operacion parecia que se aguardaba una voz, una órden para ponerse en movimiento aquella lúgubre comitiva.

Mariana lo conoció:

—Vamos, señores, dijo, marchemos al calvario.

Y emprendió su marcha con paso firme, con semblante animado, sonriente.

Los frailes principiaron á exhortarla todos á un tiempo; todos gritaban á la vez, dirigiéndose, precedidos del verdugo, á la puerta de la cárcel.

Al pisar sus umbrales, tuvo que aguardarse á que el pregonero público anunciase á voz en grito el crimen de traicion por el que habia sido sentenciada á la *pena de garrote y confiscacion de bienes*, y en nombre del rey se amenazaba con *igual suplicio* al que implorase perdon ó de cualquier manera se opusiese á la ejecucion de la sentencia.

Evacuada esta formalidad, ayudaron los hermanos de la caridad á Mariana á montar en una mula; tiraba del ronzal el verdugo, precedido del pregonero y de un piquete de caballería; alrededor iban los frailes rezando y amonestándola; seguian los hermanos de la caridad, un receptor á

caballo vestido de sério, y cerraba la comitiva una compañía de infantería con cajas destempladas.

El pregonero repetía su pregon en los sitios de costumbre.

Granada estaba de luto: todos los balcones y ventanas cerradas; los pocos curiosos que había en la carrera guardaban un silencio sepulcral.

Llegó la comitiva por fin á la puerta de Elvira, desde donde se veía la Virgen del Triunfo, lugar de la ejecucion.

—¡Madre mia! exclamó al divisar la efigie, objeto de particular veneracion en Granada.

¡Madre mia! por la preciosísima sangre que en la cruz vertió vuestro Hijo, ¡el grande mártir de la libertad! os ruego que perdoneis á mis asesinos, os ruego que mireis por mis infelices hijos!

En esto el pregonero publicó el último pregon dentro el cuadro que formaban las tropas al rededor del cadalso.

Al entrar en él la víctima, creció de repente el fervor de los religiosos que la auxiliaban y el pánico de los concurrentes se retrataba en el rostro de todos.

El patíbulo estaba levantado al lado izquierdo de la Virgen, como á unas cuatro varas de la verja que la rodea.

Erá un tablado de madera de cinco piés de altura, cubierto de bayetas negras, en señal de la nobleza de la víctima.

Una circunstancia merece consignarse en este lugar, que no pasó desapercibida de persona alguna.

Al salir de la cárcel el fúnebre cortejo, el cielo estaba limpio y sereno como el mejor dia de mayo en la hermosa Andalucía; pero á los pocos momentos principió á ennegrecerse, á bramar el viento y hácia el horizonte, por la parte

de Guádix, serpenteaban de cuando en cuando algunos relámpagos seguidos de terribles y prolongados truenos.

Principiaba á lloviznar cuando Mariana tocaba ya al pié del cadalso.

Allí le salió al encuentro su confesor, don José Garzon; el buen sacerdote lloraba amargamente.

La abrazó y cubrió con su manto reconciliándola por última vez.

Subió Mariana las gradas fatales, mas bien abrazada que sostenida por el confesor.

Al ver el espantoso banquillo que los religiosos procuraban ocultarle, levantó los ojos al cielo y gritó con voz clara y distinta:

—¡Perdon, Dios mio, perdon!

Se sentó, y mientras el verdugo le arreglaba la férrea corbata, el padre Garzon, sacando fuerzas de flaqueza, le entregó su mano que asió la víctima con fuerza.

—Yo te absuelvo pobre ángel, en nombre de Dios, de todas tus culpas; vuelve la vista al cielo, infeliz Mariana, y allí encontrarás la dicha y la ventura que te fueron negadas mientras has vivido en este valle de lágrimas; tiende tus ojos á la inmortalidad y desprecia todo lo de este mundo, que no dura sino breves instantes, comparado con la eternidad de la gloria: el Omnipotente te ha perdonado, yo te lo aseguro!...

¡Hasta el cielo hija mia deplora tu desgracia!... mírale ennegrecerse y amenazarnos con una tempestad; míralo, infeliz mártir; al través de las nubes vas á pasar ahora mismo para subir á la mansion de los justos.

Ruega allí al Todopoderoso por nosotros!... ¡Adios! ¡adios!

Un violento apretón de manos y un horrible estremecimiento de Mariana anunciaron el último instante de su vida.

Pedrosa, en aquel instante, penetraba en el interior del cuadro.

¿Iba á contemplar el cárdeno rostro de su víctima?

Algunos habian supuesto que iba á usar de la prerogativa que tenia de indultarla en nombre del rey...

Jamás lo creeremos... mentira; si tal hubiera sido su intencion tiempo tuvo de sobra.

. . . . .

Dos dias despues de la muerte de Mariana, Mercedes y Angustias, vestidas con el hábito de los Dolores, se presentaron al párroco de la iglesia de la Virgen de las Angustias y le entregaron cuatrocientos reales, para que mandase celebrar misas por el eterno descanso de la alma de Mariana Pineda.

Eran los veinte duros que dejó el infame Pedrosa en su casa el dia en que vino á apoderarse de la desdichada bandera mandada bordar en mal hora por la infeliz Mariana.

Algunos años despues, derrocado aquel odioso gobierno, se erigió un monumento de mármol á su memoria y se inscribió su nombre con letras de oro en el salon de reuniones del palacio del Congreso Nacional.

Hé aquí la única recompensa, el premio del sacrificio.

Su nombre en letras de oro sobre un mármol; su nombre en letras imperecederas en el preciado *Libro de la historia*.

Abandonemos ya este reinado, pues seria interminable tarea atravesar, sin mancharnos, las espantosas lagunas de cieno y sangre que cada una de sus páginas encierra.

Me limitaré á trasladar aquí un párrafo, el último, con que el notable publicista Eduardo Chao, termina la descripción del reinado de semejante mónstruo.

Dice así:

«Es imposible juzgarlo sin severidad, pues basta para que le condenen los corazones honrados esta simple consignacion de hechos sucesivos.

»Intrigas del Escorial; motines de Aranjuez; viage á Francia; humillaciones de Bayona; felicitaciones á Napoleon y petición de una esposa; decreto del 4 de Mayo en Valencia y persecuciones; jura la Constitucion y conspira contra ella; manifiesto de Cádiz y decreto del Puerto de Santa María; comisiones militares y cadalsos y asesinatos. »Hijo, conspira contra su padre; rey cautivo, es cobarde é innoble: rey rescatado, es ingrato y pérfido: rey constitucional, es perjuro: rey absoluto es déspota, receloso y vengativo; ni respeta las leyes, ni atiende á la razon, ni usa de prudencia: como hombre, es artero, inconsecuente y desleal. (1)

---

(1) En apoyo de este juicio, además de los hechos consignados, tomamos dé la obra del Sr. Galiano los siguientes:

Hablando de la disputa que sostuvieron el ministro Ceballos y Escoiquiz en folletos impresos con Real licencia, sobre los sucesos de Bayona, dice que entretenia á los ociosos y divertia al monarca mismo, que por su condicion gustaba mucho de ver pelear entre si á sus servidores.

Cuando separó á Echevarría del ministerio de policia, creado por él, dice: «Espidió en secreto una orden para que Echevarria no solo fuese depuesto sino mandado salir de Madrid desterrado en una hora avanzada de la noche; y como antes de saber el ministro su desgracia, aunque ya estuviere no solo resuelta, sino encargada de su ejecucion al capitán general de Madrid, fuese á presentarse al rey, segun solia, á la hora de recogerse el monarca, le recibió éste con muestra de extraordinario agasajo y le despidió muy satisfecho.

»A pocas horas, cuando vuelto á su casa el general se habia acostado y dormido, fué despertado por un oficial que, trayéndole un coche á la puerta,

»Reyes como Fernando VII son siempre una calamidad  
 »para los pueblos y hacen mas y mas odiosa la institucion  
 »que los produce.

»Con sobrada razon, al juzgarle un eminente escritor  
 »extrangero, termina con este enérgico pensamiento: *¡que*  
 »*descanse en paz!* es todo lo que pudieron decir los menos  
 »rencorosos, porque en efecto, vivió sin gozar un dia de  
 »reposo, y murió sin dejar sobre la tierra un amigo que llo-  
 »rase su muerte.»

---

le obligó á levantarse, meterse en él sin demora y salir de la capital, prorumpiendo la pobre víctima en esclamaciones y justos reproches.

»Cansado por entonces Fernando, dice mas adelante, de sus ministros Garay y Pizarro, los separó de sus cargos, dándoles el golpe con la alevosía que acostumbraba, y mandándoles salir desterrados á media noche, con el aditamento asimismo acostumbrado, de que *pagasen los gastos del viage en el coche que para hacerle se les ponía á la puerta.*»

»Dióse á salir disfrazado por las noches, dice en otra parte, con algunos de sus privados, siendo su intento, no como suponian algunos por mero *pasatiempos de poca decencia*, lo cual habria sido un tanto de disculpar en un hombre todavia mozo, sino con la mira de indagar el estado de los negocios y de la *opinion*; haciendo á modo de califa de los cuentos árabes, con su visir, ó de varios reyes de comedias.

Ganó con ello poco la justicia, y perdió mucho el régio decoro.

»Se elogiaba por algunos su llaneza, confundiendo esa virtud que nace de la bondad del corazon y la persuasion de la igualdad humana con la natural pasion á los placeres bastardos.

»Nosotros sabemos que el gabinete Argüelles hizo una vez dimision por las *palabras obscenas* con que les contestó á una observacion hecha en consejo de ministros.

»Despues, uno de sus allegados consiguió que desistiesen de hacerla, disculpando al rey con el *mal hábito que tenia de usar espresiones feas é indecentes.*»



## CAPITULO XIV.

Un resucitado.—Mas detalles sobre el desgraciado acontecimiento de Berga.  
—Saballs.—Sus fuerzas y su organizacion.—Breves consideraciones sobre la indisciplina del ejército y fatales consecuencias á que puede dar lugar.—  
Un honrado veterano.

Pocos dias despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, reuníanse nuevamente en el salon de la *lógia* masónica, los individuos pertenecientes á la misma, y en la mayor parte de los semblantes se leia cierta tristeza y abatimiento que, sin embargo, tenia su explicacion.

Muchas de las víctimas sacrificadas por esas hordas de caribes que se titulan carlistas, ya en Cataluña, Valencia ó las provincias Vascas, eran bien, parientes, bien amigos de muchos de los *hermanos*.

Aun no se habia abierto la sesion por ser muy temprano, y en diferentes grupos se discutia acaloradamente sobre el estado del país y los sucesos mas importantes del dia.

Ninguno podia explicarse lógicamente el crecimiento que las facciones habian tomado, habiendo dispuesto el gobierno desde hacia mucho tiempo de fuerzas sobradas para

haber aniquilado en su origen ese azote de los abatidos pueblos, ese borron de España, esa manada de buitres hambrientos que están desgarrando las entrañas de la madre patria.

Y desengañémonos, decia uno de los *masones* que hablaba en un corro, demostrando gran exaltacion, la mayor parte de lo que se nos dice es mentira, la faccion no es hoy lo que hace un año.

Hoy cuenta en ciertas localidades con fuerzas organizadas, respetables en número, perfectamente armadas y equipadas.

Triste, doloroso es leer en algunos partes oficiales, no sé con qué objeto, porque con ello se amengua el heroismo de tantos valientes, se debilita el entusiasmo patriótico y hasta se ultraja la memoria de tantas víctimas, que el cerco, el asalto y la rendicion de Berga lo efectuó la faccion con solos 700 hombres.

Un testigo presencial é irrecusable, un actor principal en tan sangriento drama, un héroe salvado milagrosamente de la desastrosa muerte que se cernia ya sobre su cabeza y á quien llorábamos ya muerto, afirma todo lo contrario.

Don Rafael Niqui vive; se halla en Barcelona segun los periódicos lo anuncian, y debemos enviarle la espresion de nuestro mas sincero parabien.

Don Rafael Niqui vive y á su autorizada palabra nos referimos.

Este valiente oficial, afirma y asegura que el grueso de las facciones que cercaron á Berga pasaban de *cinco mil hombres*, siendo las fuerzas carlistas que dieron el asalto unos 2500, con los Zuavos pontificios, mandados todos por Miret, Cadiraire hijo, Nasratat, Vila y algun otro, y sin

embargo los bravos defensores de Berga sostuvieron un mortífero fuego de 19 horas antes de capitular.

—Pero entonces, cómo se esplican las noticias que hasta nosotros llegan? ¿por qué mentir tan descaradamente? replicó otro de los del carro.

—Pues deje Vd. que aun no he terminado.

El mismo valiente oficial, cuyo valor y veracidad nadie puede poner en duda, añade: que los que digan que los carlistas carecen de importancia y que no están bien organizados *faltan á la verdad*; por supuesto, en lo que respecta á Cataluña.

No solo están organizados por batallones y por brigadas, sino que tambien divididos por escuadras y compañías.

Cada batallon tiene 600 plazas y van perfectamente armados de Chasespots, Berdans y Remingtons.

La oficialidad es mas numerosa que entre nuestros soldados, en términos que el corneta de órdenes de Saballs es un teniente.

Todos van uniformados y con gente de 20 á 40 años, fuertes y de buen aspecto.

Llevan una compañía de unos cien hombres de zuavos del Papa, en su mayor parte franceses é italianos, muy buenos mozos y valientes.

En la infantería va una compañía de chiquillos, mas terrible que las otras y á la cual llaman del *recaté*.

Los trabucaires van mezclados con la infantería, están muy disciplinados y guardan los mismos usos militares que nuestro ejército.

Saballs lleva un numeroso y brillante estado mayor y una escolta de 80 lanceros de imponente aspecto.

Tiene dos piezas de montaña de bronce y sistema antiguo y un tren de bombas de fábrica para lanzar el petróleo, el cual llevan cargado en unos mulos.

En los días en que Niquèr permaneció con ellos prisionero recibieron otras tres de las primeras, nuevas y flamantes.

Cuando quieren incendiar un edificio ó un pueblo, recogen por medio de pregones todo el petróleo de las localidades por donde pasan, y aquellas bombas las manejan indistintamente zuavos pontificios ó voluntarios catalanes.

Va con ellos un cura armado de revolver y sediento de fusilamientos y de sangre; otro capellan lleva las insígnias de Mariscal de Campo.

Entre ellos el grande hombre es Saballs, pero tambien Huguet disfruta de gran reputacion.

Cuando llegan á una poblacion todos sus partidarios les salen al encuentro; las autoridades les acompañan y sobre todo los curas; se echan las campanas á vuelo, y despues de la comida ó del descanso se dá un gran besamanos, al cual acuden todos los habitantes.

Doña Blanca es una señora de pequeña estatura, morena, poco agraciada, y que habla un chapurrado apenas inteligible.

Los carlistas la respetan tratándola como una verdadera princesa.

Todos ellos tienen gran confianza en el éxito de su causa, esperando que dentro de pocos dias entrarán en Barcelona, desde donde pasarán inmediatamente á Madrid, ¡ilusiones engañosas!

Fúndase principalmente su esperanza en la indisciplina del ejército, la cual fomentan y en ella confían, y ade-

más en lo visoiño de los cuerpos francos, en que la república caerá por falta de energía ó por contemporizaciones que no se esplican, y entonces serán ellos los llamados para restablecer el órden y la religion en España.

—¡Terrible escarnio! esos miserables llamados á restablecer el órden, á enaltecer la religion?

¡Los incendiarios y los asesinos, los hombres que diariamente, á cada hora, á cada minuto escarnecen esa religion santa y sublime!

—Pues bien, hermanos mios, continuó diciendo el jóven que tenia la palabra, si esto dice, si esto afirma, si esto asegura el valiente oficial tan milagrosamente salvado, ¿no debemos creerlo mejor que esos partes, esas noticias con que diariamente se nos quiere hacer ver lo blanco negro, y para que no dando importancia al verdadero peligro nos abandonemos á una ciega y temeraria confianza? ¿Es esto justo? ¿Por qué, ni con qué objeto el periódico oficial viene todos los dias diciendo «*de carlistas nada importante,*» y esto repetido uno y otro dia, y leído en los pueblos, en las comarcas, en las ciudades en que se está sufriendo tan duro azote; en donde se está derramando tanta sangre, en donde la industria, la agricultura y el comercio se arruinan, viene á producir un efecto fatalísimo, indescriptible; hace palpitar el pecho de rabiá y desesperacion.

Dígase la verdad, señálese el verdadero peligro y aplíquese el remedio; esto es lo razonable, lo lógico, lo que es justo.

Esa relajacion de la disciplina de que habla Niqui, y que es la principal esperanza de los carlistas, por desgracia es una verdad, y si bien es cierto que ha mejorado mucho la situacion de quince dias á esta parte, no lo es

menos que aun el gérmen de tan grave mal subsiste en muchos cuerpos del ejército.

Aun no se ha hecho un escarmiento, ni se ha impuesto un castigo, sin embargo de que la salud de la república lo reclama.

Afortunadamente las cuestiones de indisciplina quedan hoy limitadas al ejército que opera en una esclusiva localidad, pero precisamente es la mas amenazada, la que inspira mas sério cuidado, donde el peligro es mas inminente y la subordinacion mas necesaria; pero aun es posible su remedio con autoridades dignas, celosas, *enérgicas* y que no se amilanen: así por lo menos lo exige la salud de la patria.

¿No es deplorabilísimo el estado de lamentable insubordinacion en que últimamente llegó á Barcelona el batallón de Navarra y que inmediatamente fué mandado embarcar en el vapor *Lepanto* con destino á Puigcerdá y otros puntos?

¿No es tristísimo que el comandante general de la provincia de Gerona tuviera que decir, hace muy pocos dias, al revistar sus tropas, entre las cuales se hallaba el batallón cazadores de Madrid, que ya era tiempo de que la indisciplina cesara y que estaba resuelto para conseguirlo y por doloroso que le fuera, á fusilar al que no acatara y obedeciera la ordenanza, aunque le costase la vida?

¿No es vergonzoso lo que ha estado sucediendo en Manresa con algunas compañías del regimiento de Estremadura, Saboya y de Artillería de á pié completamente entregados en aquel punto á la insubordinacion y á los excesos; dando lugar á la colision habida entre ellos y las tropas que formaban las avanzadas de la vanguardia del general

Velarde, el día 10 de este mes, tropas leales, tropas sumisas, tropas disciplinadas y dispuestas á no tolerar excesos, ni mas actos punibles de desacato é insubordinacion?

Parece ser que á los sargentos, cabos y soldados que el general Velarde ha mandado arrestar, por esta vez no se les juzgará con arreglo á la ordenanza sino que serán incorporados á otros batallones en que la disciplina no esté quebrantada.

La república será clemente y aun benigna en esta ocasion, sin embargo de su grave delito, con esos soldados víctimas sin duda de su inesperiencia y de las sugerencias de algunos perversos; pero entiéndase bien que esta clemencia y olvido solo serán por las faltas cometidas hasta hoy y que no revistan el carácter de delitos comunes: de hoy en adelante y segun tengo entendido, advertidos ya, toda infraccion de la ordenanza será castigada inmediatamente y con arreglo á las leyes, tanto en el gefe y oficiales como en el soldado.

—Cierto, replicó otro de los hermanos que hasta entonces habia guardado silencio, pero no me negará V. que no toda la culpa es del soldado, si no tambien de los gefes y oficiales, cuyo amilanamiento en ciertas circunstancias es inexplicable; para exigir que los subordinados cumplan con su deber, es necesario que los superiores empiecen por dar el ejemplo.

Este ejemplo lo encontramos á cada paso en la historia, y sin remontarnos á lejanas épocas, ni estraños paises, en el nuestro, y en nuestros días tenemos uno bien patente; un terrible escarmiento, aplicado por un hombre cuyo apellido inspirará eternamente respeto, porque va siempre unido á la causa popular.

¿Qué hizo Espartero en el año 37, cuando se hallaba batiendo á los carlistas al frente del ejército del Norte? ¿No recordais, entre las diferentes insurrecciones militares que ocurrieron por aquella época, la de Miranda de Ebro, en la cual fué inicuaamente asesinado el general Escalera? ¿la muerte del conde Sarsfield y del coronel Mendivil en Pamplona y la insubordinacion de Gayangos, en la cual, los gefes y oficiales del regimiento de Mallorca se vieron atropellados y maltratados por sus mismos soldados?

Pues bien, Espartero, entonces, y apenas se lo permitió la importancia de las operaciones que habia emprendido, comprendiendo que era necesario cortar de raíz el espíritu de indisciplina, sopena de dar el triunfo á los carlistas, se dirigió al teatro de aquel horrible crimen (la muerte de Escalera,) mandando que, al paso, se le incorporase el batallon provincial de Segovia que lo cometió, y con el cual se habia propuesto hacer un castigo ejemplar.

Despues de un aparato imponente que dejó aterrados á los cuerpos allí presentes, el general anunció, con aquella voz de trueno que tanto imponia á los facciosos cuando los cargaba con su escolta, y tanto entusiasmaba á sus valientes soldados, guiándolos á la victoria, anunció, digo, el terrible escarmiento que iba á hacer con el batallon en cuyas filas se ocultaban los asesinos.

A invitacion suya, despues de un discurso enérgico y conmovedor y para no verse diezmados como lo exige la ordenanza, los soldados mismos delataron á los autores de aquel crimen, que fueron fusilados inmediatamente.

Nada puede dar una idea mas exacta de aquel acto imponente que la memorable orden general publicada por Espartero en Miranda de Ebro, fecha 30 de Octubre de 1837.



Buscad el tomo de Gacetas correspondiente á aquel año y leed: es un documento curiosísimo que se alegrará conocer el que de vosotros no lo conozca ya.

Efectivamente, uno de los hermanos se dirigió á la pieza inmediata al salon, donde la lógia masónica tenia una especie de archivo ó biblioteca, y volviendo casi en el acto con un voluminoso libro encuadernado á la rústica, se buscó la *Gaceta* en que aparecia la indicada órden general: decia esta así.

«*Soldados del ejército del Norte.*—La sublevacion del batallon provincial de Segovia en Santander en 9 de agosto último; la sombra sangrienta del dignísimo general D. Rafael de Cevallos Escalera, sacrificado cobardemente por una turba de asesinos sublevados en esta misma villa en 16 del propio mes; la espantosa brecha abierta á la disciplina militar, único lazo de que depende la esperanza de la patria; el feo borron de ignominia que tan inaudito atentado inferia en la acrisolada reputacion de este benemérito ejército; y, en fin, el clamor de la nacion angustiada con ver impune un crimen tan atroz, que minaba por su base las instituciones sociales, todo esto exigia de mí, como vuestro general en jefe, una pública vindicacion.

»El dia de hoy la ha visto del modo mas auténtico y solemne.

»Los asesinos del héroe inmolado han sido en número de diez, pasados por vuestras armas...

»Estas han lavado la mancha que oscurecia el preclaro renombre del ejército.

»El brazo de la justicia militar alcanzará tambien á los que no se hallan hoy en este cuartel general.

»Treinta y seis de menos criminalidad, aunque cómpli-

ces en el hecho, salen hoy para el presidio de Ceuta, condenados por toda su vida; y el provincial de Segovia, que abrigó en su seno estos malvados, ha sido disuelto al frente de las divisiones de la Guardia Real de infantería, segunda, tercera, caballería y baterías rodada y de montaña.

»Sus jefes, oficiales y sargentos, que no tuvieron la suficiente energía para morir defendiendo á su general en jefe y la integridad de la disciplina, marchan á disposicion de Su Majestad; y la tropa, quedando los cabos de soldados, ha sido diseminada en todos los cuerpos, para que en todos se recuerde la memoria de este dia.

»Este acto de expiacion que reclamaban imperiosamente tan fuertes consideraciones, repugna como todo castigo á mi corazon, que os ama y aprecia vuestras virtudes; pero era indispensable, y si lo he diferido hasta hoy ha sido por la activa persecucion que hemos terminado, y porque deseaba que tuviese lugar la pena en donde se perpetró el crimen.

»En vuestros rostros he visto con placer, mientras se ejecutaba, la satisfaccion que os causaba el presenciar la reparacion solemne de la nota que gravitaba sobre el ejército, y el castigo de los que os robaron un general, un hombre á quien amábais y á quien siempre visteis á vuestro frente en los peligros y en la senda de la victoria.

»Una diputacion de sargentos de todas las armas, ha venido al concluirse el acto, á darme las gracias en nombre de sus clases y con permiso de sus jefes por el castigo de los criminales, y este hecho espontáneo de vuestro amor á la disciplina ha inundado de júbilo mi corazon.....

»Con soldados como vosotros nada es imposible.

»El tirano y sus hordas se estremecerán en sus guari-

—Estraño, replicó otro de los hermanos, que llame usted actitud al desórden en todos los actos... hemos presenciado y hemos visto á los periódicos relatar hechos escandalosos, abusos y atropellos inauditos que no merecen perdon.

—Sí, es verdad, tiene V. razon, pero V. comprenderá que en el desórden se halla siempre, aun cuando no sirva á éste de disculpa, una razon lógica para existir; preciso es, señores, elevarnos á la superficie, si hemos de juzgar con acierto.

—Vamos á ver: ¿qué le parece á V. el gorro frigio sobre un capote militar? ó lo que es lo mismo, el gorro del del liberto sobre el capote del autócrata?

—Muy mal. yo no apadrino absurdos: pero ahora escuchadme y no me interrumpais; emitiré, buena ó mala, mi opinion sobre tan delicado y grave asunto. Soy militar experimentado y mi apreciacion debe valer algo, segun creo; por lo menos está formada con la mas buena fé y mejor deseo.

Mi amistad y compañerismo con muchos oficiales del ejército, mas ó menos ilustrados, pero todos ellos pundonorosos y valientes, así como el placer con que por puro deseo de instruirme he leído sus libros y terciado en sus conversaciones, me permiten hoy emitir la opinion formada sobre el estado, triste es confesarlo, de indisciplina en que hemos visto y aun se encuentra el ejército en algunos puntos. Dice la ordenanza que el soldado *no llevará en su vestuario prenda alguna que no sea de su uniforme* y hoy, ya ven Vdes. á qué distancia se halla el ejército del sentido de aquel artículo. Dice tambien la ordenanza, que; *para obrar bien en paz ó en guerra, la divisa militar ha de ser siempre el honor.*

Se lee además en el prólogo de las leyes penales del *Manual coleccionado* por Perea, *que la existencia del ejército depende de la disciplina, como la vida del hombre de la sangre que corre por sus venas.*

Juzguemos pues la cuestion de la indisciplina actual partiendo del fondo á la forma, porque en último término, aunque habeis empezado hablándome del gorro frigio, quizá este detalle exterior, este accidente de forma, es lo mas disculpable: yo seré severo pero justo.

El ejército español ha sido constantemente modelo de valor, lealtad, disciplina y...

—Pues, ¿y las insurrecciones y pronunciamientos, y otras escenas de su historia? se permitió observar otro de los hermanos.

—Calma, amigo, que ya llegaremos á sus causas determinantes, si no me interrumpís á cada paso.

Decía pues, que dotado de tan altas virtudes, puesto, gracias á su disciplina y brillante instruccion táctica, á la cabeza de los primeros de Europa; siendo sufrido en la paz; á pesar de su exigüo sueldo y sóbria alimentacion, así como poderoso y valiente en la guerra, porque se hallaba su ser infiltrado todavía del generoso aliento y varonil espíritu con que tan altas empresas realizaron los Guzmanes y Córdoba, ese ejército habria continuado dando dias de gloria á su patria, si hubiera tenido otros generales.

Aquí, y solo aquí, hay que buscar primeramente la causa de todos sus desaciertos actuales; aquí y solo aquí hay que ver el origen de los presentes disturbios; en ellos y solamente en ellos descansaba, como sólidas columnas que debieron ser del templo de su gloria, un ejército con el cual no podia medir sus fuerzas ningun ejército de Europa.

Dice Folard, que la guerra *es un oficio para los ignorantes y una ciencia para las personas hábiles.*

Veamos si los generales españoles, ennobleciendo su oficio, lo elevaron á categoría de ciencia; veamos cuáles han sido sus ocupaciones en estos últimos años y comprenderemos entonces, con la mayor claridad, la síntesis del cuadro que tenemos ante nuestra vista.

Yo divido á los generales españoles, que son por desgracia muchos, en tres grupos.

Los *ilustrados*, grupo pequeño; los *audaces* grupo mucho mayor que el anterior, y los de *cuartel*, grupo numerosísimo.

Los primeros se dedican á cultivar, de una manera bien deplorable por cierto en su mayor parte, la literatura, las ciencias y las artes, pero casi ninguno de ellos se ocupa en escribir sobre ciencia militar cual era su deber. —

Los segundos, esto es los *audaces*, son generales de partido, farsantes de salon y de ante-cámara; generales que lo mismo visitan el club que el palacio episcopal; generales que sublevan regimientos, que viven constantemente conspirando, que se inclinan ante el hombre político que mas probabilidades tiene de estar en candelero; generales que con la punta de su espada, y no en el campo de batalla, sino en el de accion de sus intrigas y de sus cábalas, escriben los codiciados despachos de sus nuevos entorchados.

Estos generales son nocivos porque hacen descender el mal ejemplo de arriba; siembran el descontento y despiertan la ambicion en sus inferiores, que, naturalmente, se contemplan instrumento de los medros de aquellos y por último, destruyendo la fuerza de cohesion del cuerpo militar, que es *la disciplina*, infiltran en él un virus que tarde ó temprano ha de dar sus resultados.

El tercer grupo, el de los generales de cuartel, carece de importancia. Sin valor ni talento, en su generalidad, para conspirar y sin los conocimientos necesarios para eclipsar á Gustavo Wasa ó á Turena, vegetan en un pueblo ó dormitan en un casino; cobrando un magnífico sueldo, con uso de uniforme que únicamente visten el día de besamanos, ó la mañana del *Corpus Christi*.

No quiero citar nombres propios porque en vuestra memoria recordareis treinta ó cuarenta lo menos, que pueden distribuirse entre los tres grupos.

Ahora bien, yo diría á los segundos «*habeis sembrado vientos y recogeis tempestades.*» Habeis enseñado al ejército la indisciplina y el ejército ha aprendido prácticamente la leccion.

Hasta el último momento habeis tratado de seducirle, de sublevarle y la esplosion moral que queríais causar se ha vuelto contra vosotros mismos; pero al propio tiempo, yo diría también á los soldados; «*por el camino de la indisciplina no se va á ninguna parte.*» La disciplina, como dije antes, es una ley moral, innata á la formacion del primer ejército permanente, como la fuerza de cohesion una ley material, innata á la creacion del mundo.

Faltando la cohesion en la segunda, el mundo vuela en átomos; faltando la disciplina en el primero, sus partes disgregadas caen en el espantoso caos de todos los desórdenes.

De forma, que tenemos pues una causa de indisciplina ya, cual es el mal ejemplo que constantemente ha recibido el ejército.

La segunda é inmediata, es el poco interés que se han tomado los que debieron hacerlo, en reformar sus ordenanzas.

Considerada esta obra literariamente, tiene rasgos que honrarian á Esparta ó Atenas.

«Todo servicio en paz ó guerra, dice, se hará con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo.

»El que tuviera órden absoluta de conservar su puesto, á toda costa ¡lo hará!

»El capitán cuya compañía *esté mal gobernada ó peor disciplinada* no tendrá ascenso alguno.

»Desempeñaría mal mayor empleo, quien no llena bien el menor que tiene.

»El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen á obrar siempre bien, vale muy poco para mi servicio.»

Todos estos fragmentos de artículos de la ordenanza que al acaso cito, y que por la impresion que me causaron la primera vez que los leí, quedaron gravados en mi memoria, los considero magníficos, pero pierden su brillante esplendor al lado de otros vulgares é innecesarios.

Considerada además la ordenanza como código, contiene artículos terribles, dignos de *Solon*, que escribía sus leyes con sangre, pero poco en armonía con el espíritu civilizador del siglo presente, y sus dulcificadas costumbres.

Se pensó, pues, que en vista de la poca ó ninguna aplicación que aquellos tenían por parte de los tribunales militares, era necesario nombrar una comision reformadora de aquel código.

La comision se *nombró*, é inmediatamente se *durmió*. En vano clamaba la prensa militar diariamente; en vano la prensa política, mas *clairvoyant* que aquella, dirigia continuas escitaciones á la comision, y en vano oficiales, que nada tenían de *luteranos*, clamaban por la suspirada reforma.

Ello es que *Lutero* terminó la traducción de su Biblia, pero la célebre *comision* ni aun *comenzó* la reforma de las ordenanzas.

Signióse de aquí que se relajasen mas y mas los lazos de la disciplina, al observar los soldados que aquel código no se obedecía, aun cuando se conculcára en favor de ellos, por la gran distancia que mediaba entre los legisladores de entonces y los jueces de ahora.

Habia aquí un mal relativo que puedo presentaros con claridad.

Es cierto que el delito por el cual antes un soldado era fusilado, hoy se castiga con presidio, pero tambien es cierto, que ese mismo delito en un general, le servia de honroso mérito para pasar á una capitanía general, de mayor consideracion é importancia.

Llegó á ser frase proverbial en el ejército que *la ordenanza estaba debajo de la mesa* para los generales y *abierta sobre ella para los soldados*, y en cuando en un ejército se dice esto, el gérmen de indisciplina, como veremos mas adelante, no deja nunca de producir sus frutos.

Sigamos.

Con el advenimiento de la revolucion de Setiembre se inauguró una era de propaganda y de personalismo.

La propaganda, cuando es noble, sincera, y sobre todo ilustrada, hace irradiar la bondad de la doctrina que un individuo profesa, sobre toda la multitud; y el personalismo, pequeño, miserable é interesado, hace refluir y condensa el bien á que aspira cada uno de los individuos, en una sola persona.

El ejército se hallaba solicitado por ambas fuerzas, arrastrado por las dos corrientes y al par que tenia la desgra-



cia de no oír mas que la parte nociva ó mal comprendida de la propaganda, experimentaba el sentimiento de oír á sus oficiales pronunciar constantemente la palabra *ascenso*, y veía que, caída de su pedestal y hecha pedazos la estatua de la diosa Belona, todos habian elevado sobre ella á la diosa *Propuesta*, con su ropage bordado de *estrellas*.

Llegan los sucesos carlistas y la tropa, en los cuarteles, en sus alojamientos, va perdiendo su buen espíritu al oír continuamente ciertas confidenciales conversaciones en que se pone de relieve la sed de ascensos de sus oficiales; éstos acentúan cada vez mas sus ambiciones y las presentan ante sus propios subordinados de una manera mas descarnada, mas al desnudo.

El partido republicano dió siempre vagas esplicaciones acerca de los futuros destinos del ejército, porque presentia que lo habia de necesitar; pero algunos de sus individuos, ya en la tribuna, ya en la sorda y continúa propaganda de las conversaciones particulares ó de café, habia insinuado la idea de un licenciamiento probable y próximo.

Entremos, pues, en la República.

En el primer momento, el ejército no se opuso al planteamiento de aquella, acostumbrado como estaba á ser una *máquina*; y tan *máquina*, que ninguna responsabilidad moral contraía cuando sus generales *se dignaban sublevarle*, pero por lo mismo tampoco se le mandó reconocer la nueva forma de gobierno, como se habia hecho siempre en situaciones idénticas, siendo así, que en la presente, habria sido sumamente fácil, pues cada soldado, en el fondo del hermoso cuadro que se estaba desarrollando ante su vista, veía el suspirado campanario de su pueblo.

Si el presidente del Poder Ejecutivo ó, mejor dicho, el señor Ministro de la Guerra hubiera dictado sus órdenes á los capitanes generales en este sentido, habrían obedecido todos y entonces se hubiese puesto perfectamente de relieve la autoridad que tratara de desobedecer.

No se hizo así y en Barcelona, segun hemos leído en los periódicos, se dió lugar á una manifestacion de protesta contra los *alfonsinos*, en lugar de una brillante y fraternal parada republicana.

Entonces estallaron las iras comprimidas ante el huracan republicano; se abrieron y maduraron rápidamente los frutos de cuyos gérmenes ó semillas hablé anteriormente, y estas son, *el constante mal ejemplo de los generales y el abandono completo, ó poco menos, en que se hallaba la Ordenanza*; una propaganda mal esplicada y peor comprendida; el espíritu de injusticia que dominaba en el ejército; el asqueroso personalismo, individualismo, egoismo, ó como queráis llamarle, que existia entre los oficiales; la desesperacion en que sumia al ejército aquel abandono y muelle descuido con que miraba el gobierno á los carlistas; las sugerencias del reaccionarismo disfrazado de republicanismo; el olvido del gobierno en cuanto á determinar de una manera oficial y pública la actitud del ejército y por último, la desaparicion, siempre punible, por mas que con argucias quieran hoy justificarse aquellos señores, de los generales Gaminde y Andía.

Y aun añadiré mas causas para justificar, en lo que es posible, la actitud, reprensible á pesar de todo, del ejército de Cataluña.

En tanto que unos cuerpos llevaban ocho meses de campaña, otros no habian salido nunca de las ciudades.

En tanto que unos tenían magnífico vestuario, otros llevaban sus capotes desgarrados y los piés descalzos, y en tanto que el soldado caminaba y se batía heroicamente sin mas premio que su mezquino haber, los oficiales superiores medraban, ascendían y se daban buena vida.

Es mas ; muchos oficiales abandonaron en seguida sus regimientos y, desorganizado ya el ejército, fácil fué á otros cuerpos obligar á sus oficiales á que se retirasen de grado ó por fuerza.

Tan cierto es que el descontento y la injusticia son causa suficiente para desorganizar aun aquellas instituciones llamadas á callar y obedecer de la manera mas absoluta.

No estrañéis, amigos míos, que sea prolijo en mi discurso y un tanto severo en mis apreciaciones; se ha hecho un llamamiento á mi franqueza y digo lo que siento.

Hay que ver el camino que ha recorrido la falta, como dice V. Hugo; en el exámen, hay que descender aunque sea á los infiernos.

No importa: tambien descendió Jesús.

Lo preciso, ante todo, es hacer justicia y en esta cuestion he procurado hacerla.

Entre la culpa y el delito os he mostrado la diferencia.

Hoy, el ejército, comete un grave delito, pero la culpa no es suya.

El primero es digno de castigo, en tanto que la segunda asume la responsabilidad y esta será siempre de los que han dado márgen á tales desmanes y á los cuales juzgará mas tarde el tribunal de la historia.

—Cierto; interrumpió uno de los amigos, pero habiéndose V. ocupado del fondo de la cuestion, justo es que descienda á la forma.

—¡Oh! La forma, naturalmente es *deplorabilísima*. En toda institucion cuyas partes estén sábiamente organizadas, en toda doctrina, cuyos principios estén armoniosamente entrelazados, faltando una parte en aquellos, ó un principio en estas, todo lo que queda de la institucion ó la doctrina no tarda en derrumbarse; y así ha sucedido en el ejército como *institucion* y en el respeto á la gerarquía como *doctrina*.

Rotos los lazos de la subordinacion concluyó el antiguo rigor en la uniformidad, y al par que en ciertas localidades se buscaba á los oficiales para ultrajarlos; al par que se les perseguia, ó se les hacia dar vivas á la república; al par que se abandonaba el fusil y se faltaba á lista, ó se vivia dia y noche en la taberna ó en las calles de las prostitutas; al par que se gritaba: «¡abajo galones y estrellas!» al par que las columnas se negaban á salir á campaña como no las mandara un diputado ó un paisano cualquiera; al par que pedian algunos su licencia ó el aumento de pretos, se han presenciado espectáculos muy poco edificantes, tal como el pedir limosna con acompañamiento de música, ó bien parodiar al héroe del Gil Blas de Santillana.

Se han visto por espacio de muchos dias y especialmente en ciertas localidades, soldados promoviendo escándalos á las altas horas de la noche; se ha visto á otros imponerse al público de los teatros, interrumpiendo la representacion con dicharachos y sandeces del peor género, viniendo á ser objeto de disgusto y desconfianza para todos, precisamente aquellos mismos que debian ser la salvaguardia del orden y están llamados á proteger los mas caros intereses de la sociedad; los que, á semejanza de las antiguas *Vestales*, de-

bian conservar encendido, brillante y puro el sagrado fuego en los altares del honor.

En cuanto á la uniformidad siguió el mismo camino que todos los buenos principios militares.

Hemos visto con dolor, y en Madrid no tanto como en alguna otra poblacion no menos importante, soldados que caminaban muy sérios y satisfechos con el capote militar y el gorro frigio.

La estravagancia y el afan de ganar dinero, por parte de algunos comerciantes de gorras, llegó á tal extremo, que en la mayor parte de los escaparates se han visto y continúan aun viéndose gorros frigios, por cierto bien mal confeccionados, con triángulos de metal, en cuyo centro aparece una *bomba*, distintivo de los artilleros; una *estrella* para la infantería; una *lira* para los músicos, y así sucesivamente. ¿Puede darse mayor irrisión?...

Hemos visto soldados con chaleco y chaquetilla abierta; otros con el capote sobre los hombros, pero en mangas de camisa; otros haciendo crujir su látigo de artillería montada, asustando á las señoras; y otros, por fin, introducir la alarma en los transeuntes, sin comprender en su ignorancia, que estaban desgarrando el corazón de la madre patria, y sin que nadie se atreviera á darles un buen consejo, á guiarlos por el buen camino, á hacerles comprender el ridículo en que se ponían.

Tiempo es ya de que terminen escenas tan lamentables, que en último resultado vienen á redundar en perjuicio y desprestigio de la institucion y del gobierno proclamado, con gran placer, no solo de los carlistas, sino de los enemigos todos de la república.

Si mi voz pudiera ser oída y escuchada con la misma

sinceridad que yo la emito, diria al soldado: ¿Crees que por llevar un gorro color de grana sobre la cabeza, sientes, comprendes, defiendes y conoces la libertad mejor que otros infinitos que por ella se han sacrificado constantemente? ¿Crees, por ventura, que esta situacion anómala é insostenible puede durar, ni que tú continuarás viviendo y obrando á tu capricho, sin respeto, sin consideracion á tus superiores? ¿Te figuras que la república, la redentora de los pueblos, la que proclama la igualdad y la fraternidad, la que lleva por lema en su bandera el respeto, el orden y la consideracion para todos, vino para sancionar absurdos y desmanes, creando un insufrible estado de cosas, á pervertir las buenas ideas, hacer triunfar las malas, introducir el desórden y falta de respeto que nos debemos todos, inaugurando el reinado del caos? Nó: la república rechaza, detesta, anatematiza ese interregno entre el órden monárquico fundado en vuestras bayonetas y el desórden republicano motivado por el abuso de esas mismas bayonetas.

*Veis la paja en el ojo ajeno y no la biga en el vuestro*, por que en tanto que, con sobrada razon, llamais cobardes asesinatos á los bárbaros fusilamientos llevados á cabo por esa canalla indigna que se apellidan carlistas, no siendo otra cosa que hordas de foragidos, vosotros os habeis permitido atropellar á hombres indefensos y al salir de una taberna: aquellos malvados, aunque sin razon, é invocando un principio absurdo, juzgan, condenan en nombre de una causa que por mala que sea ellos creen justa; y vosotros lo habeis guiados únicamente por un *espíritu* bien distinto, por la perturbacion de vuestros sentidos.

¿Y es así como comprendéis la república?

¿Y es así como sentís la libertad?

¿Qué dirían si de un sepulcro se alzaran y en la forma en que ahora os presentais, ú os habeis presentado hace muy pocos dias, os contemplasen todos vuestros nobles compañeros fusilados por defender la causa que vosotros quereis desprestigiar con cierta clase de escesos?...

La libertad, amigos míos, no es mas que la manifestacion del bien en todas las esferas de la actividad humana, que busca su perfectibilidad relativa, porque la absoluta solo reside en Dios.

Siendo buena como causa, es bella en sus efectos, y como lo bello no es mas que el resplandor y el vivo reflejo de lo verdadero, claro está que la república, como la primera y mas sublime de sus espresiones, es tambien la mas suprema verdad, pero ¿cómo ha de comprender esto un soldado cuando grita *viva la federal y abajo estrellas?*

Si el ejército no se licencia en tanto dure la insurreccion facciosa, yo tengo fé, abrigo la esperanza de que volverá á ser subordinado; porque las instituciones, así como los individuos, tienen cierto seguro instinto de conservacion que les guia en aquellas situaciones difíciles, en que, rotos los lazos que las unian á la firme base de la moral, flotan descuidadas al impulso del viento de sus pasiones, y el ejército, como institucion, obedecerá al mismo principio.

Cierto que no habrá aquella ciega, entera y absoluta subordinacion que antes, eso es ya muy difícil, pero tambien no es menos seguro que han terminado los pronunciamientos para elevar á un general ó entronizar á un partido.

Por lo demás yo no niego que los desórdenes, con sentimiento presenciados por todos, y mas particularmente en

ciertas localidades especiales, han sido reprobables, dignos de castigo, é impropios de la siempre acrisolada lealtad de nuestro valeroso y cual ninguno sufrido ejército.

¿Cuándo se ha visto que un cuerpo en masa se niegue á perseguir al enemigo?

¿Cuándo que, tumultuariamente, se pida aumento de paga?

¿Cuándo levantar la mano sobre un oficial inerme?

¿Cuándo se vió en fin igual emancipacion de todo poder, igual imposicion, altanería, insolencia y desórden?

Y entanto los encubiertos enemigos de la república sonrien de gozo; los oscuros reaccionarios contemplan con satánica alegría el envilecimiento del ejército, y al verlo divorciado del pueblo sensato y digno, tocan los resultados de su obra y esta no es mas que la realizacion de la maquiavélica frase *divide y vencerás*.

No en vano se representa como un niño en mantillas á toda institucion en los primeros dias de su planteamiento: y así como todos los principios, los mejores elementos de la economía se elevan al seno de la madre para alimentar al hijo, del mismo modo el concurso de todos los ciudadanos que colectivamente forman la patria, han de unir sus buenas ideas para alimentar la naciente República.

Si una institucion como el ejército retira su concurso, si se convierte en enemiga de aquella por quien ha de ser libre ¿con qué derecho la pedirá mas tarde su libertad?

Estraña lógica la del soldado que grita viva la federal y la insulta con sus actos; que dá vivas á la República y se coloca, vistiendo el uniforme, un gorro anti reglamentario, gorro que en su cabeza es el signo de la mas abyecta de las esclavitudes, la esclavitud del fanatismo político.



No en valde dice Cárlos Rubio, que *el fanatismo convierte á los hombres en fieras* y ahora tocamos los resultados prácticos de su axioma.

Os reasumí, pues, las causas anteriores y determinantes de la presente indisciplina y para condensar en una sola frase todo lo que acerca de ello os llevo dicho, solo me resta definirla diciendo que es el mayor crimen militar de la España contemporánea.

Calló el veterano y sus amigos, que le habian escuchado con el mas religioso silencio, apenas osaron añadir ni una palabra á su brillante peroracion, ni interrumpir la profunda meditacion en que quedó completamente abstraído.

¡Alma generosa y noble! quizás soñaba ser él el encargado de prestar pacífico curso al impetuoso torrente de todas las ideas revolucionarias; quizás recordaba los grandes tribunos, generales y hombres de gobierno que llevaron su palabra, su espada ó su accion á las inmensas piras de las revoluciones, salvando á su patria y sacándola incólume del abismo en que la sumiera esa ceguedad, que parece velar moralmente los ojos de ciertas individualidades en los primeros instantes de la caida de una institucion.

Quizás pensaba en las antiguas glorias de nuestro ejército, ora cuando sitiaba el imponente recinto de Marsella, con el de Borbon, en tiempo de Cárlos V; ora cuando venia en los Países Bajos; ora cuando peleaba en Africa con Cisneros, ó en América con Cortés y llevaba con la antorcha de la civilizacion en una mano y en otra la espada del conquistador, la voz de sus misioneros y los pendones de sus caudillos hasta los mas recónditos senos de los bosques vírgenes del Nuevo Mundo.

Quizá recordaba también el período en que los pretorianos eran los verdaderos déspotas de Roma, y fué aquel en que mas se acentuó su decadencia.

De su abstraccion vino á sacarle la campanilla agitada por el *venerable*.

Cada cual ocupó su puesto y abrióse la sesion, para continuar, despues del despacho ordinario, la lectura de las memorias de D. Antonio, que á todos interesaban vivamente.

Pero como quiera que hace tiempo abandonamos á los principales héroes de nuestra novela, preciso es, antes de pasar adelante, que nos ocupemos de ellos, pues no menos vivamente deben interesar al lector que las memorias de D. Antonio.

Son dos narraciones de bien distinto género; la una que procura hablar á la inteligencia, la otra que pretende impresionar al corazon.

Por supuesto que Felipe no se encontraba tampoco aquella noche entre los concurrentes cosa bien estraña en un hombre tan exacto y tan puntual.

¿Dónde estaba?

¿Qué importantes negocios le retenian?

Pronto lo sabremos.

---

## CAPITULO XV.

---

Amor sin esperanza.

Es muy natural que nuestros lectores ansíen volver á ponerse en continúa relacion con los principales personajes de nuestra novela ; las tristes relaciones de las memorias del difunto D. Antonio han debido sobrecoger su ánimo haciéndolos casi olvidar.

Volvamos, pues, á ellos y sirva la interesante continuación de la verídica historia de Felipe y de María, de bálsamo consolador, de lenitivo, de eficaz alivio á la dolorosa impresion con que embargan el espíritu y lo martirizan las horribles descripciones de ciertas catástrofes, de esos martirios que, despues de todo, han sido siempre provechosos para la útil enseñanza del pueblo, por que han conseguido encarnar mas y mas en su espíritu la idea republicana, acreciendo en su pecho el profundo aborrecimiento á las tiranías.

María, como ya lo hemos dicho en los precedentes capítulos, no solamente no era feliz, sino que se conceptuaba como la mas desgraciada de las mujeres.

Suponemos al lector interesado por esta pobre niña y es natural que desee conocerla mas íntimamente; en su consecuencia trazaremos en breves rasgos su retrato.

Si antes no lo hemos hecho, ha sido porque las dos situaciones en que la presentamos no admitian, por su palpitante importancia, que nos detuviéramos en descripciones y detalles insignificantes, robando el interés á la accion dramática de la obra.

María era mas bien de una estatura pequeña que alta, pero sin embargo de sus pocos años, se hallaba ya perfectamente formada y desarrollada.

Su talle era esbelto y gracioso, su cuerpo bien modelado.

Redonda y proporcionada su cabeza, se hallaba cubierta de una brillante cabellera rubia la cual tenia costumbre de recoger hácia atrás y en una sola trenza; pero aquel peinado tan sencillo, recibia de sus manos cierta gracia especial: demasiado finos y al mismo tiempo espesos, sus cabellos no podian sujetarse ni enroscarse todos al rededor del diminuto peine, razon por la cual se escapaban muchos en rizados y pequeños bucles, que venian á caer sobre su frente y torneado cuello.

Rodeados de una casi imperceptible línea oscura y guarnecidos de largas y sedosas pestañas, sus párpados se abrian para dejar brillar unos espresivos ojos garzos, húmedos, aterciopelados, y cuya pupila se hallaba dotada, hasta el mas alto grado de contraccion y dilatacion.

La nariz, aunque pequeña, presentaba un perfil irreprochable y la boca perfectamente rasgada y arqueada en sus extremos, dejaba asomar entre dos sonrosados labios, dos líneas de menudas perlas blancas, tan iguales y de tan purí-

simo esmalte, que la Vénus de Milon las habria envidiado seguramente.

Aunque María podia pasar por bonita y hasta por hermosa, su belleza no era del todo irreprochable; los contornos de su perfil, en conjunto, carecian de cierta esquisita pureza, pero tal como aparecia, era imposible olvidarla despues de vista una sola vez, y cuando se la miraba con alguna fijeza era preciso igualmente hacer un violento esfuerzo para separar la vista.

En sus facciones se reflejaban constantemente las impresiones de su alma; su franca y movible fisonomía revelaba claramente sus sentimientos, sus penas, sus emociones, y sus ojos límpidos y profundos dejaban leer hasta el fondo de su corazon, cuando brillaban animados por la alegría ó la ansiedad de un deseo no satisfecho.

La espresion que comunmente se reflejaba en sus facciones era la de la dulzura y la tristeza; mas marcada aun desde el fallecimiento de su padre y cuando llegó á adquirir casi el convencimiento de que Felipe ni la amaba, ni siquiera habia hecho aprecio de la tierna solicitud con que la pobre niña por él se sacrificaba.

En tanto, María, como ya lo hemos dicho, adoraba á Felipe con todas las fuerzas de un corazon potente y jóven.

Para ella Felipe, aun no amándola, era la única felicidad de su existencia; su consuelo, su esperanza, su pasado y su porvenir; no vivia sino por él y para él.

Desgraciadamente, tanta pasion y tanto sacrificio, ni era apreciado en lo que valia, ni hallaba la merecida recompensa.

Felipe no comprendia nada de esto; parecia estar ciego.

La tierna solicitud y el delicado esmero de que conti-

nuamente se veía rodéado por la niña, lo juzgaba como la cosa mas sencilla y natural del mundo; para él no era aquello mas que efecto del fraternal cariño de la hermana al hermano.

Sin embargo, tantas y tan continuadas demostraciones llegaron por fin á fijar su atencion ; le hicieron comprender algo de lo que pasaba en el alma de María y motivo fué este mas de sentimiento que de alegría.

¿Por qué? porque Felipe, sin embargo de que profesaba á María entrañable afecto, era un cariño muy distinto del que la pobre niña hubiera deseado.

Además, fuerza es confesarlo, Felipe que hasta entonces se habia mostrado indiferente á los encantos del amor, que no habia fijado su atencion en ninguna mujer, que su corazon no habia palpitado por otro sentimiento que el de la patria y por el del amor á la causa de la libertad, á la que consagró todos sus sentidos y potencias desde que tuvo uso de razon, habia llegado un dia en que la vista de una mujer bella, elegante, considerada y de elevada posicion, consiguió impresionarle de una manera tan vivisima, que le tenia como atontado.

Como todos los hombres en que el corazon ha estado dormido mas tiempo de lo que es natural y cuando llega á despertarse al eléctrico choque de ciertas impresiones, es mas violento y mas exigente en sus deseos, el de Felipe se sintió herido, pero vivamente herido, y de aquí nacia la preocupacion en que últimamente le hemos visto ; de aquí tambien su falta á la *lógia* en la última sesion.

Precisamente á aquella hora Felipe estaba en el teatro, porque sabia que la persona que le interesaba se hallaba tambien allí.

Preciso será que el lector se entere y sepa de qué modo nació y tomó cuerpo este repentino amor en un hombre hasta entonces tan indiferente y hasta escéptico para cierta clase de afecciones.

Paseaba un día solo y meditabundo por una de las alamedas de la Fuente Castellana.

Completamente distraído, salióse de la línea marcada del paseo y penetró en el de carruajes, que en aquel momento se contaban en gran número.

De pronto, vino á sacarle de su abstraccion un agudo grito femenino, que fué seguido de un rudo choque que recibió en el hombro y que casi lo derribó por tierra.

Hasta pasado un momento, no pudo darse cuenta de todo lo que aquello significaba.

Uno de los ginetes que galopaban ó caracoleaban al redor de los lujosos trenes, no pudo refrenar el ímpetu de su corcel, y vino á chocar con el distraído Felipe, que se vió muy espuesto, por su misma distraccion, á ser estropeado y herido de una manera grave.

Una de las señoras que ocupaba el testero de una magnífica carretela abierta y que precisamente se hallaba cerca del sitio donde podia haber ocurrido una desgracia, al ver el inminente peligro de Felipe, al considerar que iba á ser atropellado por el caballo, lanzó un grito de angustia y de terror, grito que á Felipe le obligó á hacer un movimiento, alzar la cabeza y esquivar en lo posible el rudo choque del inesperto jinete.

Pero sus ojos se fijaron en la hermosa dama que habia lanzado aquel grito, y al cual debia en gran parte el no haber sido aplastado.

Al cruzar su mirada con la de aquella muger, no solo

quedó como extasiado, sino que experimentó una impresion tan extraordinaria como la que se produce al poner la mano sobre el alambre eléctrico.

Aquella lujosa carretela, tirada por dos magníficas yeguas tordas y servida por lacayos de ostentosa librea, conducia lo que muchos han dado en llamar un ángel, otros un demonio; Racine, un objeto lleno de encantos y atractivos; una mártir, segun los menos... una muger en fin en todo el apogeo de la belleza y de la seducción.

Nada, pues, tiene de extraño que Felipe, por indiferente que fuese, quedase estático ante aquella peregrina aparición, que al verle ya fuera del peligro, no pudo menos de significar su satisfaccion con la mas encantadora de las sonrisas; Felipe se inclinó, correspondiendo al interés que por su peligro habia demostrado aquella hermosa dama, quitándose respetuosamente el sombrero.

Un ligero movimiento de cabeza, equivalente á un saludo, correspondió igualmente á su fina atencion.

Los caballos partieron al trote largo y Felipe, que habia vuelto al buen sendero, ó lo que es lo mismo, á la calle donde pasean las gentes que no pueden hacerlo en carruaje, quedó por algunos instantes perplejo y en esa situacion especial de los que, víctimas de una emocion violenta y repentina, no saben en los primeros momentos qué hacer, ni qué determinar.

Lentamente continuó su camino, pero siempre atento al regreso del carruaje, que debia volver por el mismo sitio, si, como era de suponer, habia de dirigirse al Prado como comunmente acostumbra las personas que pasean en las primeras horas de la tarde por la citada Fuente Castellana.



Efectivamente, aun no habia trascurrido un cuarto de hora, la carretela volvió á pasar, y tal fué la precipitacion con que Felipe quiso lanzarse á contemplar de nuevo su ídolo, que de nuevo penetró en el paseo de carruages, y de nuevo tambien estuvo á pique de ser aplastado por uno de estos.

La carretela pasó á una vara de distancia del sitio donde se habia colocado Felipe, pero la señora en cuestion, muellemente recostada en los almoadones de seda, ni siquiera fijó la atencion en el jóven que la contemplaba extasiado y con los labios entreabiertos, palpitante el corazon, fascinados los sentidos.

En aquel momento pasaba por su lado una *berlina de plaza*, que regresaba de vacío, segun aparecia de la característica targeta de metal fijada en la parte superior de la caja, y Felipe, asaltado de una súbita idea, la mandó parar, y penetrando rápidamente en ella, dió orden al cochero de colocarse detrás de la carretela, y seguirla á donde quiera que fuese.

Felipe queria conocer quién era su ídolo, dónde vivia, su nombre y estado.

El auriga alquilon, obedeció las órdenes que habia recibido, y desde aquel momento se adhirió á la aristocracia carretela, como la ostra á la roca, como la yedra al olmo, como la enredadera á la caña.

La cabeza del escuálido caballo parecia incrustada en *las piernas de los lacayos: si marchaba al paso, seguia al paso; si las yeguas tordas trotaban, á fuerza de látigo el pobre jamelgo sacaba fuerzas de flaqueza y trotaba tambien, con objeto de no perder una pulgada de terreno.*

Felipe, á todo esto, sacaba incesantemente la cabeza

por la portezuela, pero todos sus esfuerzos eran inútiles para ver á la divina hermosura que tan repentinamente lo habia cautivado.

Colocada en el testero de su carretela y yendo él detrás, no era fácil que pudiera verla.

Así continuaron dando aun dos vueltas en el Prado, en el trayecto que media desde la fuente de Cibeles hasta el paseo de Atocha, despues de lo cual, la carretela tomó el camino de la antigua puerta de Alcalá, y en direccion al barrio de Salamanca.

Ante uno de los mas lujosos *hoteles* de aquel barrio aristocrático, vino á parar, quedando la berlina de alquiler á algunas varas de distancia y Felipe, abriendo la portezuela se lanzó á tierra con objeto de ver nuevamente, y aunque no fuera mas que breves momentos, á la muger, al ángel, á la diosa que tan preocupado le tenia.

Efectivamente, descendió aquella de la carretela y dando orden al cochero para que volviese á la hora del Teatro, penetró en su casa, sin haber observado la persecucion de que era objeto, ni mucho menos hecho aprecio de aquel pobre mortal que la contemplaba embobado, apoyado en uno de los árboles del boulevard Serrano.

Por el pronto Felipe sabia su domicilio y lo que es mas, que aquella noche iria al Teatro; pero ¿á cuál? vaya V. á adivinarlo: en la duda, y puesto que aun faltaban dos horas para que principiara el espectáculo, resolvió, utilizando la berlina, trasladarse á comer á cualquier fonda ó *restaurant* y volver á colocarse en acecho para continuar siguiendo á la carretela cuando se dirigiese al Teatro; de este modo no habia medio de equivocarse.

Hízolo así, y el auriga, segun su orden, lo llevó á casa

de Fornos, calle de Alcalá, por ser la fonda mas próxima y tambien la mas comfortable.

Pidió de comer, pero apenas probó bocado; no tenia apetito: era natural, su imaginacion estaba demasiado preocupada.

Cuando le servian los postres y el café, penetró en la sala uno de sus más íntimos amigos, un pintor, un reputado artista, relacionado con lo mejor de Madrid y muy querido, por las bellas cualidades de su carácter, con lo principal de la buena sociedad de la córte.

Llamábase Luis Marin y su edad próximamente la de veinte y seis á veinte y ocho años.

Aunque de carácter alegre y jovial, se reflejaba continuamente en sus facciones un fondo de tristeza y de amargura que no estaba muy en armonía con la constante sonrisa que plegaba sus labios.

Dos años hacia que habia perdido á su madre, y si bien es cierto que aquel rudo golpe le habia impresionado vivamente, porque la adoraba, positivamente no era aquella pérdida, aquel dolor, el único que daba á su fisonomía aquel tinte de tristeza, aunque disfrazado siempre con cierta máscara de franca alegría y hasta de volubilidad.

Luis habia quedado huérfano y no tenia parientes.

La corta renta que su madre le legó al morir habia sido acrecentada con el trabajo, y como su pincel le proporcionaba desahogadamente para vivir, hasta con cierto lujo, disfrutaba en Madrid, aunque con estremado juicio, de la cómoda posicion que la buena suerte y su laboriosidad le habian deparado.

Profesaba las mismas ideas liberales de Felipe y en mas de una ocasion, sirvió á éste la casa de Luis, de amparo y

de refugio, cuando en épocas no lejanas tuvo necesidad de esconderse huyendo de la persecucion de la policia.

Era además íntimo amigo de D. Eugenio, y visitaba la casa con la misma franqueza que si fuera un individuo de la familia.

Conoció á María y desde el primer momento experimentó por ella la tierna simpatía, el dulce cariño de un hermano. Esta por su parte, conociendo lo que Luis valia, correspondió á tan santa y desinteresada afeccion con un cariño igual, y á los pocos dias de conocerse y de tratarse, ya se habia entablado entre ellos esa ilimitada confianza que generalmente no se adquiere sino á fuerza de años y de positivas pruebas.

Luis conocia el estado del corazon de la jóven.

Sabia que amaba á Felipe con un amor inmenso, imperecedero, pero al hacerle depositario de sus confianzas, la pobre niña le habia exigido su palabra de honor de que por ningun concepto llegase á saber su tío el secreto que guardaba su corazon.

Su delicadeza, su noble orgullo, así lo exigia.

Tampoco Luis ignoraba que Felipe era insensible á tanta ternura y que preocupado en asuntos muy sérios, ni siquiera habia fijado su atencion en las muestras de cariño de que constantemente era objeto.

Mas de una vez estuvo á punto de descubrirle la verdad, pero el juramento que se le habia exigido sellaba sus labios y contemplaba, con profunda pena, como languidecia aquella pobre flor sin esperanza.

Sin embargo, sus consejos servian de gran consuelo á la pobre María; á fuerza de repetírselo llegó á hacerla creer que llegaria un dia en que su inmenso amor tendria su re-

compensa y que Felipe, despertando de su sueño, ó arrancada la venda que le cubria los ojos, vendria á caer á sus piés ofreciéndole todo el amor de que tan digna era.

Al penetrar en el comedor de la casa de Fornos donde Felipe se hallaba terminando de saborear su café, se halló agradablemente sorprendido con el encuentro de éste.

Dirigióse á él y estrechando afectuosamente su mano, colgó el sombrero de una de las perchas y se dispuso á ocupar el asiento vacante, frente á Felipe y en su misma mesa.

—Cuánto me alegro de encontrarte, le dijo, y si quieres que te sea franco te confesaré que hasta por egoismo.

—Cómo así? replicó Felipe.

—Muy sencillo, chico, hoy es uno de esos dias que me aburro, que no sé qué hacer, que todo me incomoda. Vengo del Suizo donde he dejado media docena de esos que se llaman nuestros amigos y cuya conversacion me cansa, me hastía, me hace daño.

Parece que no saben hablar sino mordiendo; si se habla de mujeres no hay para ellos una reputacion á salvo; si se habla de política barbarizan; si de ciencias, artes ó literatura, el veneno de la envidia rebosa en todas sus palabras.

Francamente, me avergüenza una juventud tan cínica, tan maldiciente, tan pervertida, como la de esta época, á la cual desgraciadamente pertenecemos tú y yo, que si no somos impecables, por lo menos tenemos otras condiciones de lealtad y de honradez que la juventud dorada desconoce por completo.

Completamente fastidiado me he venido aquí á comer y mi buena suerte me hace encontrarme contigo; esto al menos me sirve de compensacion y de consuelo.

—Mucho siento, mi querido Luis, replicó Felipe, que

tus esperanzas se vean defraudadas; pero, bien á pesar mio, solo breves instantes puedo permanecer en tu compañía.

—¿Cómo es eso? ¿me abandonas? ¡Y yo que habia pensado que pasaríamos juntos la noche!

—Imposible; un asunto de la mayor importancia me llama á otra parte.

—Asunto político?

—Nó; es asunto de bien distinto género y que me tiene en estos momentos harto preocupado.

—En efecto; encuentro no sé qué de estraño en tu porte, en tu fisonomía, en el acento de tu voz!..... Creo que siempre me has distinguido con tu confianza y si no me consideras indigno de ella, si crees que puedo serte útil con mi persona ó con mis consejos...

Felipe pareció reflexionar algunos momentos.

Luis le contemplaba atentamente, procurando adivinar el secreto que su amigo parecia vacilar en confiarle.

—Tal vez sí; es muy posible que te necesite y en prueba de que ahora y siempre posees toda mi confianza, de que te tengo por el mejor de mis amigos...

—Y puedes creerlo, ninguno hay que te quiera tanto como yo: habla, habla...

—En tal caso, come pronto lo que hayas de comer; que te sirvan con presteza y te vendrás conmigo...

—Si la cosa es tan urgente, puedo pasarme sin comer.

—Nó, aun tenemos tiempo; replicó Felipe, despues de haber mirado su reloj.

Llamóse al camarero, pidió Luis la comida y habiéndole éste indicado que tenia prisa, le fué servida inmediatamente.

—¿Y adónde nos dirigimos? añadió interpelando á Felipe, en tanto que se servia la sopa.

—Al Teatro.

—¿Y á cuál?

—Aun no lo sé.

—¿Qué no lo sabes? pues tiene gracia.

—No lo sabremos hasta que nos hallemos en la puerta del mismo.

—Pues no lo entiendo.

—Ya lo comprenderás á su debido tiempo; pero en el entretanto, dime; tú que estás tambien relacionado con la alta sociedad de Madrid y que visitas las principales casas, ¿conoces una mujer hermosísima que pertenece á la clase mas elevada y que posee un magnífico *Hotell* en el barrio de Salamanca?

—Hombre, conozco tantas de esas señas que no es fácil acertar con la que quieres decir.

—Es que como la que yo digo no hay dos, ni fácil tampoco equivocarse.

Luis, que se llevaba en aquel momento una pechuga de *Salmi de Chochas* á la boca, quedó parado en su movimiento y mirando á Felipe con extraordinario asombro le dijo:

—¿Qué no es fácil equivocarse?... ¡gran Dios! estarías...

—¿Enamorado? sí, no puedo negarlo; hace dos horas que no sé lo que por mí pasa, que no tengo conciencia de lo que hago, ni de lo que digo... que estoy completamente trastornado.

Tal fué la sorpresa de Luis que el tenedor se le escapó de la mano sin haber llevado la pechuga á la boca.

Era una noticia tan extraordinaria para él, que contemplaba á su amigo como alelado.

¡Enamorado Felipe! y enamorado de otra mujer, cuan-

do la felicidad le sonreía en su casa, cuando un ángel como María era la única, que, en un caso, tenía derecho á ser preferida en tan santa afeccion!...

Todo esto pensaba Luis y en su lealtad, en su bellissimo corazon, en el afecto sincero que profesaba á la huérfana, no habia podido escuchar aquella confesion sin experimentar cierta molestia y mal estar, la cual, sin embargo, procuró ocultar á los ojos de su amigo.

Pero tal fué la desagradable impresion que produjo en su ánimo, que ya no quiso continuar comiendo y dijo al camarero suprimiera los demás platos que aun restaban, trayéndole únicamente el café y una copa de cognac.

Felipe en tanto permanecía pensativo.

Por espacio de diez minutos y en tanto que Luis tomó su café, el silencio no fué interrumpido por ninguno de los dos amigos.

Pedida la cuenta y satisfecha, Luis fué el primero que se levantó de su silla y cogió su sombrero.

—Vamos, dijo, cuando quieras; estoy á tus órdenes.

—Vamos, contestó Felipe, y ambos se dirigieron á la puerta, donde les esperaba la berlina de plaza, que Felipe no habia despedido, y á cuyo cochero dió nuevamente sus órdenes.

Partió el vehículo otra vez camino del barrio de Salamanca, parándose al frente de los jardinillos que rodean los antiguos monumentales arcos de la puerta de Alcalá y quedando desde aquel sitio en acecho.

El cochero habia comprendido la mision de que se habia encargado; no dudaba de que la propina seria espléndida y procuraba cumplir con su obligacion.

A todo esto ya se habia hecho completamente de noche,



pero la luz de los reverberos de gas alumbraban lo suficiente para distinguir, no solo los carruages, sino las personas.

En todo el camino, ni Luis ni Felipe habian cambiado una palabra; cada uno parecia absorto en sus reflexiones.

Por fin este último se decidió á romper el silencio:

—Parece, dijo, que mi confianza no ha sido muy de tu agrado.

—A mí? ¿y por qué no lo ha de ser? replicó Luis; lo que si ha producido en mí es el efecto de la sorpresa: no te creia susceptible de enamorarte y mucho menos tan repentinamente.

—Tampoco yo me lo esplico, pero es lo cierto que la impresion que he experimentado, á la simple vista de esa mujer, es superior á cuanto yo te pudiera decir.

—Pero ¿y cómo ha sucedido todo eso? ¿qué hemos venido á hacer aqui? ¿á quién esperamos?

Entonces Felipe le contó minuciosamente todos los detalles de su aventura de aquella tarde.

—Y no hay nada mas? replicó Luis un poco mas tranquilo.

—Nada mas ¿te parece poco?

Luis no pudo menos de soltar una sonora carcajada.

—Vamos, vamos; dijo, yo creia otra cosa mas seria; siendo no mas que lo que me cuentas aun, no hay peligro...

—Peligro ¿de qué?

—De nada... pero me estraña que un hombre tan formal como tú, tan juicioso como tú y que jamás ha rendido culto á ciertos ídolos, se conduzca en esta ocasion ni mas ni menos que un chiquillo.

—Es que tú no puedes formarte idea de lo que experimento, de lo que sufro...

—Pues, hijo, ni que hubiera sido un disparo á quema ropa, ó una exalacion... no puedo comprender ni he comprendido nunca esas violentas pasiones repentinas, que, á guisa de ferro-carril, penetran por los ojos y van directas al corazon.

—Búrlate cuanto quieras, pero es lo cierto que desde esta tarde estoy como un loco.

—Bueno, bueno; y como dice el refrán que un loco hace ciento, participaré de tu locura, pero te advierto que hasta cierto límite.

—No te comprendo.

—Muy sencillo: yo tengo mis ideas y mis ridiculeces; te quiero mucho así como todo lo que te pertenece; me tendrás á tu lado en cuanto esto no pase de una broma, pero si la cosa se formaliza, te abandono; no quiero ser cómplice de...

—De qué?

—De... nada; yo me entiendo, y Dios me entiende.

Por segunda vez y sin que Felipe se apercibiera de ello Luis habia indicado su pensamiento.

La memoria de María no se apartaba de su mente desde el momento en que Felipe le hubo confesado que amaba.

Amar á otra mujer que á María, era para el noble jóven una cosa tan absurda como indigna.

Comprendía que María era capaz de morir de pena, si llegaba á saber que el objeto de su cariño amaba á otra mujer.

Podia esta perdonarle y aun sufrir en silencio que no fijase en ella su atencion, por las preocupaciones políticas en que lo veia continuamente engolfado; podia esperar al menos que llegase un dia en que abriera los ojos, reparase en

ella, y obligado por tantas y tan repetidas muestras de abnegacion y de ternura, la ofreciera la merecida recompensa; pero cómo habia de tolerar que amase á otra mujer!... y si no podia impedirlo, podia al menos morir!...

En esto la berlina de plaza se puso en movimiento.

Felipe sacó precipitadamente la cabeza por la portezuela, despues de haber bajado el cristal.

Delante de ellos marchaba al trote largo, no ya la carretela abierta de la tarde, sino un *Clarens*, con distinto tronco de caballos.

Felipe creyó que su cochero se habia equivocado, pero no era así: el auriga habia conocido perfectamente los cocheros y la librea y calculó perfectamente que era lógico el cambio de carruage, mucho mas tratándose de ciertas casas que disfrutan el privilegio de poseer varios trenes.

El carruage de la noche es completamente distinto del que se usa para paseo.

Atravesaron ambos carruajes, uno en pos de otro, la distancia que media desde la puerta de Alcalá al teatro del Príncipe, término de su carrera, y del primero descendió y penetró en el vestibulo la dama en cuestion; cubierta de un lujoso abrigo y dejando en pos de sí ese perfume aristocrático tan ensalzado y encomiado por las gentes de buen tono.

Inmediatamente despues, y habiendo tomado sus localidades en el despacho, penetraron Felipe y Luis y fueron á ocupar sus butacas de sesta fila, haciendo la casualidad que se hallasen colocados frente á frente de la elegante dama, que lucia los encantos de su hermosura y la riqueza de sus joyas y adornos, en un palco bajo de la derecha, inmediato al proscenio.

La representacion estaba ya empezada y casi terminaba el primer acto.

Esto importaba poco á Felipe; él no iba á ver la funcion, ni el estado de su espíritu le permitia fijarse en otra cosa que en la contemplacion de aquella mujer que lo habia cautivado.

Si Felipe no hubiera indicado á Luis por señas el palco en cuestion, tampoco habria necesitado que su amigo le dijese una palabra, porque sin mas esfuerzo que seguir la direccion de todas las miradas y de todos los gemelos, habria comprendido y adivinado el resto.

Efectivamente, aquella hermosa mujer llamaba poderosamente la atencion por su elegancia y por su belleza.

Además, sabido es que, cuando el público de un teatro y en medio del silencio de la representacion, oye abrir un palco y siente el crujido que produce la seda, instintivamente la curiosidad obliga á todo el mundo á volver la cabeza, para ver las personas que vienen á ocuparlo.

La dama en cuestion vestía un traje de crepe, color de rosa, de anchos pliegues y larga cola, abierto por delante, en forma de túnica y recojido con lazos de la misma tela; una especie de pardesus de terciopelo verde esmeralda, de forma particular y elegante, ceñia su cuerpo, y ópalos maravillosos, en que se reflejaban todos los prismas del Iris, brillaban en su frente, en sus diminutas orejas, en su gracioso cuello y en sus torneados brazos.

Otros dos ópalos mas gruesos y guarnecidos de brillantes, sujetaban dos lazos sobre los hombros, y una magnífica perla negra, de extraordinario valor, venia á unir sobre su pecho y en la parte superior los pliegues del escote.

Esta elegante como rica *toilette*, atrajo naturalmente

las miradas de todos; pero lo que mas llamaba la atencion era la hermosura y esquisita elegancia de su dueña.

El teatro, en la referida noche, estaba concurridísimo, brillante, como suele decirse.

Tantas bonitas y elegantes damas ocupaban los palcos y aun las butacas, que, mas que sala de espectáculo, parecia un magnífico jardin cuajado de frescas y embalsamadas flores.

Nadie acompañaba á la citada dama; apareció sola en el palco y ocupó el asiento principal con cierta magestad de reina, no exenta, sin embargo, de cierto estudio y coquetería.

Cinco minutos despues terminaba el acto y el telon descendia.

Felipe continuaba como embobado contemplando á aquella mujer y sin perder ninguno de sus movimientos.

Por su parte, Luis, sonreia de una manera particular, si bien su sonrisa no parecia exenta de aquella amargura, de aquella tristeza de que ya hicimos mencion anteriormente.

Conocia á aquella mujer y temia.

Temia por su amigo, pero principalmente por María.

Restábale, sin embargo, una esperanza y era, que si bien es cierto que Felipe podia haberse enamorado, aquella dama era muy probable que, atendida la posicion que ocupaba en el mundo social, no hiciera aprecio de la pasion que habia inspirado.

De pronto, Felipe estrechó el brazo de su amigo y con viva ansiedad le interpeló:

—Ya la ves, le dijo, ¿no es cierto que es un ángel?

—O un demonio, quién sabe; no te fies de apariencias.

—La conoces?

—Sí.

—¿Cómo se llama? quién es? cuál es su estado?...

—Su nombre es Margarita; su posición elevada; su estado, viuda.

—La tratas? ¿la visitas? ¿eres su amigo?

—Ninguna de las tres cosas.

—Es extraño en tí, que estás relacionado con todo el mundo.

—Es que yo elijo la sociedad que mas me agrada y la de esa señora no se halla en armonía con mis aspiraciones.

—Verdaderamente que no acierto á explicarme la contrariedad que noto en tí desde que te he confesado mi amor.

—¿Contrariedad? y ¿por qué? yo nada tengo que reprochar á esa señora; además, tú ya no eres un niño y sí muy dueño de obrar segun los impulsos de tu corazón.

Lo que no me agradaría, porque te quiero bien, es que sufieras mas tarde un desengaño.

—¿Un desengaño? y en qué sentido?

—Estas señoras del gran mundo, de cierta clase de sociedad, por lo general ni tienen corazón, ni los sentimientos que inspiran son para ellas otra cosa que un juego, al que no suelen dar importancia, sin comprender las desgracias y las consecuencias que semejante juego puede producir.

Felipe no oyó estas últimas palabras; estaba completamente extasiado en la contemplación de la hermosa dama que Luis había dicho llamarse Margarita, y á la que, en lo sucesivo, continuaremos designando por su nombre.

Casualmente, Margarita había dirigido á Felipe sus ge-

melos y permanecia fijándose en él como si quisiera recordar su fisonomía.

A esto contribuía la pertinaz insistencia con que era contemplada por el joven.

Indudablemente llegó á reconocerle, recordando tal vez la escena de aquella tarde en la Fuente Castellana, pues una significativa sonrisa y una lijera inclinacion de cabeza vinieron á hacer de Felipe el hombre mas dichoso: inmediatamente se quitó su sombrero, saludándola respetuosamente.

—¡Se ha fijado en mí!... ¡me ha reconocido!... dijo lleno del mayor entusiasmo y estrechando la mano de su amigo.

—Sí, sí, ya lo he visto, replicó aquel con la mayor indiferencia; por algo se empieza.

En medio de su entusiasmo, de su alegría, un incidente, por otra parte muy sencillo y bien natural, vino á hacerle descender de su paraiso, con tanta precipitacion como á él se habia elevado.

De pronto, hizo un brusco movimiento de contrariedad que no pasó desapercibido para Luis.

Acababa de ver entrar en el palco un caballero de mediana edad y de elegante porte, que despues de estrechar afectuosamente la mano de Margarita, vino á sentarse á invitacion de la misma, en el sillón colocado á su derecha, quedando por lo tanto fuera del alcance de la vista de Felipe.

Margarita se volvió hácia el lado del recién llegado entablado con él una conversacion, al parecer, muy animada é interesante, porque, sin embargo de haberse alzado el telón y dado principio el segundo acto, ninguno de los dos prestó atencion á la obra que se representaba, ni á los ac-

tores que continuamente eran aplaudidos por lo esmerado de su ejecucion.

Felipe estaba en brasas; la presencia de aquel hombre le hacia daño y su pecho palpitaba con violencia.

Quizá presentía en él un rival y el demonio de los celos empezaba á morder su corazon.

—¿Conoces á ese caballero que ha entrado en el palco? dijo á Luis, con acento balbuciente y cortado.

—Sí, yo conozco á todo el mundo.

—¿Quién es? ¿qué relaciones tiene con esa mujer? ¿es su amante?

—Acabarás por hacerme reir ¿cómo quieres que yo pueda contestarte á cierta clase de preguntas?

Sin embargo, para tu inteligencia, satisfaré en lo que me es posible á la primera.

Ese señor es estrangero y se le conceptúa riquísimo; sócio de la casa Rostchild, ha venido á España hace unos dos meses con objeto de tomar parte en ciertas especulaciones de gran importancia; empréstitos, subastas, que sé yo... amigo y aun consócio del difunto esposo de esa señora, naturalmente y desde su llegada á Madrid frecuenta su casa y su sociedad.... mas no te puedo decir porque lo ignoro; como no sea..... y esta no es una razon para que te sobresaltes, añadió Luis sonriendo, que ese hombre es... soltero.

Felipe se reprimió cuanto le fué posible para ocultar la contrariedad que le causaba la noticia y hasta se mordió los labios con rabia, pero no contestó una palabra, temeroso de aparecer aun mas niño y mas ridículo á los ojos de su amigo.

En el intermedio del segundo al tercer acto, otras dos



señoras y dos caballeros mas, vinieron á saludar á Margarita ocupando todos los asientos del palco y ya no se retiraron hasta que finalizó el espectáculo.

En vano Felipe permaneció con los ojos clavados en su bello ídolo, esperando que por lo menos, al retirarse, le concedería una nueva sonrisa y un nuevo saludo.

¡Vana esperanza!

Margarita púsose de pié, prendió su abrigo, que el caballero estrangero se apresuró á colocar sobre sus hombros, y despues de despedirse de todas las personas que últimamente la habian favorecido con su visita, tomó el brazo de aquel y salió sin volver siquiera la cabeza.

Felipe habia sido completamente olvidado.

Su desesperacion no se marcó por ningun signo exterior, pero no pasó desapercibida para Luis, que le observaba atentamente y que tal vez en su interior se felicitaba del desencanto de su amigo.

Siguió á éste hasta la puerta del teatro, donde Felipe queria ver aun otra vez á Margarita, en el momento de subir á su carruage.

Su deseo fué cumplidamente satisfecho, observando que tomó asiento en el *Clarens*, frente á ella, el caballero que la habia dado el brazo hasta alli.

Afortunadamente y para hacer menos amarga la desesperacion de Felipe, no iban solos: una señora anciana y otra jóven, amiga sin duda de Margarita, ocupaban los otros dos asientos del carruage.

—Supongo, dijo Luis á Felipe, que no marcharemos ahora nuevamente en pos del coche de tu bella ingrata, porque sobre ser inútil, pareceria hasta ridículo.

—Tienes razon, replicó Felipe, despidamos el nuestro

y entremos en cualquier café donde yo pueda tomar algun refresco.

Tengo seca la garganta; hasta me parece que tengo fiebre.

Fué pagado el carruage, añadiendo á su cuenta una buena propina; verdaderamente el cochero lo merecia.

Felipe y Luis, sin desplegar sus labios, siguieron por la calle del Príncipe á la carrera de san Jerónimo, penetrando en el café de la Iberia.

El primero pidió una botella de cerveza y el segundo una copa de Jerez con vizcochos.

Verdaderamente su comida en casa Fornos, y por las circunstancias que ya sabemos, habia sido harto escasa.

Tres ó cuatro mesas mas al fondo de donde nuestros amigos se habian colocado, se hallaban dos individuos en animada plática, los cuales al verlos entrar en el café cambiaron de posicion, volviéndoles la espalda, con objeto sin duda de no ser conocidos.

Despues que de un solo trago Felipe hubo bebido un vaso de cerveza, alzó la cabeza y dijo á su amigo:

—Positivamente, mi querido Luis, tu corazon está vírgen de cierta clase de impresiones y te felicito.

De igual privilegio disfrutaba yo y he sido feliz hasta hoy... tú no has amado nunca... si supieras lo que yo sufro en estos momentos me compadecerias en vez de mostrarte indiferente.

—¡Qué no he amado nunca!... que mi corazon está vírgen de cierta clase de sentimientos!... replicó Luis con una sonrisa amarga y exhalando un profundo suspiro, cuán engañado estás!

He amado tanto como tú puedas amar; mas aun, puesto

que en tí lo que hoy tanto te preocupa puede ser únicamente la impresion de un momento, un capricho pasajero, una alucinacion momentánea de los sentidos, en tanto que yo... yo he sufrido lo bastante para adquirir una dolorosa experiencia, para temer por tí, á quien quiero como á un hermano.

—¿Pero qué es lo que puedes temer?

—Que elijas mal.

He amado lo bastante para poder hablar del amor, y, cruelmente herido, para juzgar á las mujeres.

¡El amor!...

¡Oh! yo le rindo culto á pesar de todo y se lo rendiré toda mi vida ¡es un sentimiento santo, sublime, infinito!... pero en cuanto á las mujeres, es otra cosa...

Los poetas las califican de criaturas ideales y seráficas; ángeles y flores, flores sobre todo; con todas las bellezas, todas las gracias, todos los perfumes de la creacion... los poetas tienen razon, pero yo aseguro que si recoges en tu jardin las mas hermosas, las mas fragantes flores, formas con ellas un ramillete, lo colocas sobre cualquier mueble de tu habitacion y extasiado ante su hermosura te duermes contemplándolo; perfumes embalsamarán tu sueño, pero á la mañana siguiente, aquellas flores marchitas te habrán envenenado.

Estas son las mujeres.

Te hablo en estos términos porque he sido envenenado, porque me encuentro herido, porque no quiero que te suceda á tí lo mismo.

Algun dia te contaré una triste historia y ella te servirá de leccion.

—Bien, pero no podrás negarme que en todo hay excepciones.

—Claro está; yo no profeso absurdos, sería para renegar de la humanidad; pero tampoco podrás convencerme de que tu Margarita sea una de esas excepciones.

—¿Y por qué?

—Porque... porque esa mujer no te conviene; mi corazón es muy leal y no puede engañarme.

Por lo demás, esto no es otra cosa que un consejo y si no quieres seguirlo, eres muy dueño de obrar según te plazca.

Felipe pareció reflexionar breves momentos.

Una lucha interior se libraba en su pecho entre el juicioso consejo del amigo y las impresiones de su corazón.

De pronto alzó la cabeza y fijando los ojos en los de Luis, dijo, con entonación resuelta.

—No importa; acepto las consecuencias: Luis, yo necesito ser presentado á esa mujer.

Luis hizo un ligero movimiento de disgusto, se encogió de hombros y después de lanzar al aire una bocanada de humo del magnífico habano que estaba saboreando, dijo flemáticamente:

—Está bien; sea, puesto que tú lo quieres.

Nuestro amigo Mauricio el ingeniero, que visita la casa de esa señora con cierta intimidad, podrá servirnos para el caso; él se encargará de presentarte.

—¿Y dónde le veremos?

—Mañana en la misma casa de Fornos donde hoy hemos comido: lo citaré á las doce para que nos acompañe á elmorzar.

—Ahora retirémonos; va haciéndose ya tarde y preciso es descansar.

Ambos amigos se despidieron en la puerta del café, tomando cada uno de ellos distinto camino.

Ambos iban preocupados y silenciosos; el uno pensando en su bella de la Fuente Castellana; el otro en la pobre María, que á haber escuchado la conversacion de Luis y de Felipe, habria muerto de dolor.

Los dos individuos que ocupaban la mesa del fondo en el café, segun dijimos anteriormente, recatándose de aquellos, cruzaron una significativa mirada; plegó sus labios cierta sonrisa irónica y poniéndose de pié, salieron igualmente del café con direccion á la Puerta del Sol.

---

## CAPITULO XVI.

Historia de una gran dama.—Delirios de una mente estraviada  
y de un corazon virgen.

Al dia siguiente, á las doce, hallábanse reunidos en el restaurant indicado y al rededor de una mesa servida con un suculento almuerzo, Felipe, Luis y Mauricio el ingeniero.

Este último se hallaba ya préviamente enterado de lo que de él se solicitaba, á lo cual habia accedido gustosísimo, por serle Felipe una persona extraordinariamente simpática.

A instancias de Luis y para satisfaccion de Felipe, no tuvo inconveniente en decir cuánto sabia, hasta en sus mas pequeños detalles, de la historia y crónica de la casa en que este último deseaba ser presentado.

El difunto esposo de Margarita era un banquero andalúz que habia metido mucho ruido en Madrid por sus arriesgadas empresas.

Llamábase D. Ramiro Leguina y al llegar á la córte, media docena de años antes, ambicioso y miserable, todo el mundo se admiraba como en un espacio de tiempo bien

exíguo, habia hecho una primera fortuna y la habia perdido: como habia vuelto á rehacerla; como con gran ventaja habia salido bien de dos ó tres quiebras y ejecuciones en la Bolsa; nadie ignoraba la parte activa que habia tomado en cinco ó seis grandes negocios escandalosos; gerente ó administrador de varias sociedades anónimas, que al cabo de algun tiempo se declararon en quiebra, él habia salido siempre incólume de todas estas catástrofes, habiendo llegado á agrupar una cifra de millones bastante respetable para proporcionarle honor, consideracion y crédito.

Entonces compró el magnífico *hotél* del barrio de Salamanca y al poco tiempo, con gran sorpresa de sus amigos y enemigos, casó con Margarita; preciosa jóven que llamaba la atencion por su belleza en los salones de la aristocracia madrileña, pobre de dote y de esperanzas, pero emparentada con dos ó tres de las principales familias.

Apenas transcurrido año y medio, D. Ramiro murió de un ataque de asma: su mujer experimentó en aquella ocasion el pesar que debe sentir una jóven hermosa y rica, viuda de un hombre á quien no amaba y condenada á vestir, seis meses por lo menos, de rigoroso luto.

Conformándose con las conveniencias sociales, suprema regla de todas las cosas, hubo de suspender sus bailes y reuniones, renunciando á los placeres que formaban el encanto de su existencia, é imponiéndose una contrariedad real, por fingir un dolor que no sentia.

Pero el hastío, el aburrimiento, fué tomando en ella tan sérias proporciones que, para no morir de pasion de ánimo, acortó el plazo del luto y á los tres meses próximamente del fallecimiento de su marido, volvió á recibir á sus amigos mas íntimos una vez por semana.

Estos se componian, segun añadió Mauricio, si no de esa sociedad dorada que solo rinde culto á los pergaminos, de personas muy dignas y bien recibidas en todas partes: por ejemplo, médicos y abogados que aspiran á periodistas; periodistas cuyo sueño dorado es ocupar los bancos del Congreso, una poltrona, ó hacerse especuladores y bolsistas; comerciantes, hombres, en fin, de negocios, con los que siempre es bueno estar en relaciones.

Por lo demás, respecto á la conducta de Margarita, como mujer, nada tenia Mauricio que reprocharle.

Segun él, la bella viuda recibiendo con igual agasajo y exquisita cortesía á todos sus amigos, no habia mostrado desde que se quedó libre, predileccion por ninguno de ellos.

La crónica escandalosa de los salones no habia podido hincar su envenenado diente en su intachable reputacion.

De carácter franco y jovial, solo pensaba en divertirse y gastar espléndidamente la respetable renta que su esposo la habia legado al morir.

Tal fué la relacion que hizo Mauricio y que Felipe escuchó con religiosa atencion.

Luis, por su parte, tambien escuchaba atentamente, pero las impresiones por éste experimentadas eran de muy distinto género que las de Felipe.

Luis no estaba tranquilo y bien hubiera querido quitarle de la cabeza la idea de la presentacion.

Tenia el presentimiento, sin poder explicarse el por qué, de que aquel amor habia de causar sérios disgustos á su amigo y hacer derramar no pocas lágrimas á otra persona, digna por cierto de mejor suerte.

Pero ¿cómo hacerlo? al estado á que habian llegado las



cosas y ante la resolucion inquebrantable de Felipe no habia mas remedio que ceder.

Sirviéronles el café, y Mauricio, que ya con anticipacion estaba enterado por Luis del naciente amor que Margarita habia inspirado á Felipe, dirigiéndose á éste con la mayor afabilidad, le dijo:

—Pero ¿de veras estais enamorado?

—Aunque quisiera, no podria negarlo.

La impresion que en mi ánimo ha causado la vista de esa mujer, ha sido tanto mas viva, cuanto que mi corazon ha permanecido hasta el dia, no solo mudo, sino muerto para cierta clase de sensaciones.

—Pero, sin que esto sea ofenderos, añadió el ingeniero, ¿qué podeis ofrecer á esa señora en cambio de la respetable fortuna de que disfruta?

—Mi amor y el entusiasmo de mi adoracion hácia ella.

—Mucho es para las personas que comprenden y saben apreciar cierta clase de sentimientos, pero muy poco para las que, colocadas en cierta esfera, solo cifran su dicha en las vanidades y el oropel del mundo.

No es esto decir que la viuda de Leguina pertenezca á este número, pero yo la he visto rodeada de obsequios y de atenciones; solicitada por ciertas personas que reunian á la juventud, al talento y á la riqueza, condiciones de atractivo y de seducccion poco comunes, y su corazon ha permanecido constantemente insensible.

—Comprendo y aprecio cuanto me decís, pero mi amor es superior á cuanto podais aconsejarme..... cuántas reflexiones me hagais serán inútiles... amo y espero... ni una palabra mas; lo único que deseo es ser presentado.

—Lo sereis esta misma noche, os lo prometo; dijo Mauricio sonriendo y escanciando tres copas de Jerez.

—Brindemos, pues, al feliz éxito de vuestro naciente amor.

—Brindemos, repitió Felipe, apurando su copa de un solo trago.

Luis llevó la suya á los labios, por pura fórmula sin duda, y la volvió á dejar sobre la mesa sin haber probado una gota.

Este detalle no pasó desapercibido para ninguno de los dos amigos.

—¿Qué, no bebeis?

—No haga V. caso, replicó Felipe sonriendo, Luis es tan original en sus apreciaciones que á veces se pone hasta ridículo. No sé por qué se empeña en contrariarme, presintiendo desdichas y catástrofes para un amor en el que yo busco y creo poder encontrar la dicha...

—El que viva lo verá, contestó Luis sentenciosamente.

—¿Y si mi amor llegase á ser correspondido? ¿qué dirias?

—Diria... diria que era lo peor que te pudiera suceder.

—Pero, ¿por qué?

—Por nada; cada cual tiene sus aprensiones: dejemos al tiempo y él dará la razon á quien la tenga. Por el pronto, tú ya has conseguido lo que deseabas y vas á ser presentado...

—Esta misma noche, dijo Mauricio interrumpiendo á Luis; precisamente esta noche hay reunion en casa de la de Leguina y para que las cosas se hagan en toda regla y como la buena sociedad exige, voy desde aqui, esta misma mañana á anunciar á V. como es costumbre.

Efectivamente, una hora despues, Felipe era anunciado á la señora de sus pensamientos por el galante oficial de ingenieros, que disfrutaba en la casa de cierta confianza.

Casi á la misma hora en que se verificaba el almuerzo de los tres amigos, tenia lugar una escena de distinto género en el parterre del Retiro.

Sentados en uno de los bancos de piedra que adornan aquellos jardines, departian mano á mano y sin temor á que oidos indiscretos pudieran sorprender sus confidencias, Tomasito Lopez y su amigo *Antojitos*.

Indudablemente escarmentados de lo que les habia ocurrido en la acera de las casas de santa Catalina, habian tomado el consejo de D. Felipe y para tratar de sus picardías, buscaron un sitio en que no pudieran ser oidos, ni espia-dos y desde el cual, á cien varas de distancia, podian ver si alguno se les aproximaba.

—Conque vamos á ver, dijo Lopez sacando la petaca y ofreciendo un magnífico puro á su compañero ¿qué es esa noticia tan interesante que me has ofrecido y para cuya revelacion empleas tanto misterio?

—Asegurémonos primero si alguien puede escucharnos; desde que me contaste la escena que tuviste con D. Felipe y la amenaza de la pistola, estoy muy sobreaviso.

—¡Bah! á mí, al pronto, me impresionó, pero despues he reflexionado que esas no son mas que baladronadas. Por lo demás, puedes hablar con entera confianza, pues ya ves que las únicas personas que nos rodean son chiquillos que juegan, amas de cria, criadas y niñeras.

—Pues bien, has de saber que la que te preparo es una gran noticia.

—Desembucha.

—Creo que no ignoras que soy amigo, paisano y aun algo pariente del ayuda de cámara de D. Luis Marin, ese gran pintor que está de moda en la córte y que contra lo que generalmente sucede á los artistas, en nuestro pais, tiene una regular fortuna, vive hasta con lujo y se da aires de gran señor.

—¿Pero y que tengo yo que ver...?

—Déjame continuar que aun no he empezado.

—Prosigue.

—Pues como decia; el referido ayuda de cámara, medio pariente mio, es un bobalicon á quien exploto en distintos terrenos, segun á ello me obligan las circunstancias.

Entre otras atenciones que le merezco, entra la de convidarme á almorzar ó á comer muchos dias, lo cual me economiza no pocos reales en el bolsillo y alguna que otra indigestion, efecto de los guisotes que me sirven en los bodegones donde acostumbro á satisfacer tan imprescindible necesidad.

—¿Pero á mí qué me importa todo esto?

—Un poco de paciencia que ya llegaremos.

—Adelante.

—Hoy ha sido uno de esos dias y por cierto que no ha podido tener mejor ocurrencia, ni eleccion mas acertada, puesto que, aparte de los esquisitos manjares con que ha regalado mi paladar, y el esquisito vino con que...

—Te has achispado ¿no es esto? porque segun observo estás mas hablador que de costumbre, dijo Lopez sonriendo...

—Está bien, búrlate por de pronto, pero muy luego te arrepentirás.

—Continúa, continúa, hijo; pero te advierto que como

no desembuches pronto la sorprendente noticia que me has ofrecido, me levanto y te dejo en libertad para que des algunos paseos por estas alamedas, los cuales contribuirán á que hagas mas bien la digestion.

—Todavía espero á que tú me convides á comer en pago de la gran noticia que te preparo...

—Acaba de una vez ó me marchó.

—Calma, paciencia, que todo se andará. Hallábame como te he dicho en compañía del ayuda de cámara de D. Luis, regodeándome con una magnífica chuleta á la milanese y una copa de excelente jerez, cuando oimos un campanillazo.

Perico, que así se llama el tal corrió á la puerta é inmediatamente pasó á anunciar á su amo una visita.

Era este un jóven que, segun pude enterarme, era ingeniero, amigo de D. Luis y convidado por éste á almorzar.

Por supuesto que el almuerzo no era en la casa sino en la fonda y segun pude enterarme igualmente en compañía de... una persona de nuestro mas íntimo conocimiento.

Como del gabinete en que los señores hablaban á la pieza en que yo me encontraba no habia mas que un paso, su conversacion llegaba distintamente á mis oidos.

Calcula cuál seria mi sorpresa cuando oí repetir dos ó tres veces el nombre de D. Felipe!... ese nombre que de algunos dias á esta parte produce entre nosotros el mismo efecto que aquellas tres simbólicas y aterradoras palabras del festin de Baltasar.

Solté la copa que tenia en la mano y me dirigí á la puerta de comunicacion, escuchando con extraordinaria ansiedad.

—Adelante; tu relato me vá interesando.

—He llegado á saber que D. Felipe está perdidamente enamorado.

—¿Y es esa la gran noticia? pues nada nuevo me vienes á contar.

—¿Cómo que no es nuevo?

—Que D. Felipe ama á María lo sabíamos ya hace tiempo.

—Si tuviera uno mas confianza contigo te diria que eres un majadero. María no entra en la cuenta para nada; María podrá amar á D. Felipe, pero éste á quien ama es á otra.

—¡A otra! exclamó Lopez con alegría y dejando ver en sus labios una sonrisa de satánica satisfaccion ¡á otra! ¿y quién es ella?

—Una señora que pertenece á la aristocracia del dinero y que disfruta una elevada posicion. Esta noche debe ser presentado en su casa.

—Es preciso averiguar quién es y dónde vive.

—Ya está hecho. La señora en cuestion se llama doña Margarita Ribas, viuda de Leguina; su casa es uno de los magníficos hoteles del barrio de Salamanca y sus reuniones de las mas brillantes de la córte.

—Preciso es hacernos amigos, buscar auxiliares en el interior de la fortaleza, para que nos tengan al corriente de lo que ocurra y para utilizarlos en un momento dado.

—En todo tienes suerte: dá la casualidad que la doncella de la referida señora es prima de mi novia, de aquella desdichada que por causa tuya fué despedida de casa de D. Felipe.

Además, yo procuraré rondar la de la señora de Legui-

na; ver á qué taberna concurre su cochero, entablar relaciones y echármelas con el de generoso.

—Perfectamente; no hay cochero á quien no le guste el vino, ni criado de casa grande que deje de ser chismoso y murmurador. Veo con placer, *Antojitos*, que te vas formando.

—En tal escuela curso. ¡Gloria al maestro!

—En prueba de lo satisfecho que me dejan tus noticias aquí tienes estos veinte duros para lo que en mi servicio puedas necesitar; y además, puesto que me has significado el deseo de comer en mi compañía, te convidó; pero nada de bodegones, hoy en albricias echaremos la casa por la ventana... ¡cubierto de á duro y en el Restaurant del café Europeo.

—¡Déjame que te admire! ¿habrá Champagne?

—Lo habrá.

—Pues el primer brándis á la posesion de tu bella ingrata.

—Te juro que antes de un mes, María será mia ó yo habré dejado de existir.

—Cuidado, sin embargo, con la pistolita de D. Felipe...

—No la temo; no ama á María, adora á otra mujer y por consecuencia el campo me queda libre; sobre todo, contra la fuerza bruta del leon está el diente envenenado de la víbora y la astucia de la serpiente.

Una hora despues, aquellos dos bribones terminaban su segunda botella de Champagne, entre risotadas y soeces gracias, dando ya por seguro el triunfo de sus pérfidos planes.

## CAPITULO XVII.

---

Sueños de oro.

A las diez y media de aquella misma noche una modesta berlina de plaza conducia á Felipe y á Mauricio á las puertas de la casa de la señora de Leguina, resplandeciente hasta en su interior, de luz y de armonía.

Descendieron del carruage en la puerta que rodeaba un precioso jardin, iluminado con candelabros de gas hasta el vestíbulo y cuajado de macetas de flores.

Subieron la escalera, cubierta de una preciosa alfombra verde y rosa, y empezaron á sentir desde luego ese delicioso perfume que se aspira en todas las reuniones de cierta clase y que empieza por embriagar los sentidos.

Felipe sintió palpar vivamente su corazon cuando, al abrir la puerta del salon, un criado vestido completamente de negro, anunció su nombre y el de Mauricio.

Al penetrar en aquella magnífica sala, donde el gusto, la elegancia y la riqueza se disputaban la supremacia, el orgullo y la felicidad, le dieron hasta cierto valor y el aplomo de que momentos antes no se creia capaz.



El recibimiento que le fué hecho por la señora de la casa no pudo ser mas lisongero; circunstancia de escaso valor si se tiene en cuenta, que, como persona del gran mundo y de esquisito tacto, en la señora de Leguina era costumbre invariable obrar siempre así, haciendo á los nuevos presentados los honores de la primera recepcion.

Sin embargo, con Felipe hubo una circunstancia particular; le reconoció al momento, recordando el incidente de la Fuente Castellana, en que por su incalificable distraccion debió ser aplastado bajo los piés del caballo.

Mauricio habia dicho verdad: el salon de la señora de Leguina era de los mas agradables, observándose entre los convidados no solo muchas personas que disfrutaban un nombre distinguido en la sociedad, sino muchas hermosas damas que eran tenidas en los principales círculos aristocráticos, por reinas de la belleza y modelos de hermosura.

Pero entre todas, descollaba y llamaba poderosamente la atencion el ama de la casa.

Efectivamente, nada mas seductor que la preciosa viuda.

Representaba unos veinte y siete años; era morena y de una estatura mas bien alta que baja; sus formas redondas y bien proporcionadas, y en todas sus actitudes y movimientos, descollaba una pureza de líneas que habrian hecho enloquecer á un artista.

Despues de media noche y á la terminacion de un wals bailado con Felipe, durante el cual éste se creyó trasportado al quinto cielo, sin embargo de que durante el mismo solo se cruzaron palabras indiferentes ó de mera política, tomó Margarita el brazo de su extasiado adorador, y precediendo á otras varias parejas, se dirigieron á la sala del

buffét, donde Felipe solo se permitió tomar un vaso de ponche, servido por la hermosa dama.

El resto de la noche se pasó sin incidente alguno particular: Margarita hubo de abandonarle, como era natural, para atender al resto de sus convidados, no demostrando exclusivamente deferencia por ninguno de ellos.

Sin embargo, una cosa sirvió de gran consuelo á Felipe.

El caballero extranjero, que en conversacion tan íntima habia permanecido por mas de una hora con Margarita en su palco del teatro del Príncipe, formaba tambien parte de la reunion; pero con gran sorpresa y satisfaccion del enamorado jóven, que desde el primer momento que lo vió sintió renacer sus celos, apenas cruzó en toda la noche algunas palabras de cortesía con la dueña de la casa, retirándose inmediatamente despues de haber tomado un té, y mucho antes de que se tocase el cotillon.

Cuando Felipe regresó á su casa y se metió en la cama, le fué imposible pegar los ojos en toda la noche; toda ella la pasó en vela, soñando despierto, recreando su imaginacion en esos ensueños de oro, tan naturales y tan comunes en todos los enamorados.

Tambien es cierto que no era él el único que velaba en la casa; tambien habia otro sér bien desgraciado, que, en el silencio de su retiro, derramaba amargas lágrimas, atormentando su corazon y su mente.

María tambien velaba y soñaba despierta, pero sus sueños, en vez de ser de oro, lo eran de hiel y desconsuelo.

Por primera vez Felipe se habia retirado á aquellas horas y la pobre niña habia esperado intranquila su vuelta, temerosa si habria sucedido algo; pero al verle entrar á las

dos de la madrugada, vestido de etiqueta, cosa muy estraña en él, que jamás habia asistido á bailes ni á reuniones; al ver reflejada en sus facciones la satisfaccion y la alegría que no podia ocultar, sin saber por qué, su corazon se oprimia y cuando se vió sola rompió á llorar amargamente.

Quizá su corazon presentía, adivinaba, la aproximacion de una rival.

Felipe, por el contrario, completamente satisfecho no pensaba mas que en aquella mujer, la primera que habia revelado á sus sentidos el verdadero imperio de la belleza y la anhelacion del deseo.

Escusado es decir que á los pocos dias Felipe se presentó á hacer la indispensable visita de etiqueta; que fué recibido de la manera mas amable y ¡oh felicidad inesperada! invitado para formar parte de las reuniones de confianza que la señora de Leguina daba, tres dias á la semana, cuando no iba al teatro, y en las que solo eran admitidas sus amigas y amigos mas íntimos.

Pocos dias despues Felipe estaba enamorado como un loco: su vida hasta entonces tan metódica, tan juiciosa y tan tranquila, se habia convertido en una vida de emociones y de fiebre: no tenia mas que un pensamiento, una aspiracion, un deseo; ver á la que desde el fondo de su corazon llamaba ya su amada Margarita.

Sin embargo, él se decia muchas veces, que como una señora rodeada de homenajes y de lisonjas, de fausto y de esplendor, de todo aquello en fin que mas puede envanecer á una mujer de cierta clase, podia descender á fijar su atencion ni su mirada sobre el mas oscuro y el mas modesto de sus amantes; pero apesar de esta observacion justisima, ni

desistió de su empeño, ni dejó de hacer cuanto pudo por obtener aquella mirada.

La pasión había entrado en su corazón, lo había llenado completamente, arrojando toda otra clase de sentimiento.

Poco á poco, su condición noble y enérgica se transformó en la de un niño; tenía miedo de todo y por las noches, cuando se dirigía á la tertulia con precipitado paso, se paraba de repente y decía: ¿cómo me recibirá hoy? ¿qué gente habrá esta noche? ¿llamará la atención mi asiduidad? ¿me comprometerá una palabra imprudente?

Si Margarita, durante la velada, le dirigía una palabra cariñosa, de atención, ó de cortesía; si le tendía la mano, si por una casualidad en el discurso de la conversación fijaba en él sus ojos un momento más de lo regular, cuando volvía á su casa, Felipe se abandonaba á las más locas ilusiones, á las esperanzas más extravagantes.

Ella le había sonreído, ella le había hablado... por qué desmayar?... y ya cantaba las celestes alegrías del amor triunfante!...

Pero sucedía muy frecuentemente que Margarita, obligada á hacer los honores de la casa, como una señora *comm' il faut*, le olvidaba para atender á otro, ó para hablar con sus amigas, ó para ocuparse de los figurines que la había traído la modista... ¡oh! entonces eran los suspiros, las lágrimas, la desesperación!...

Ella no le amaría nunca; tal vez quería significarle que su presencia la era importuna; sin duda aguardaba una ocasión para despedirle, y otras mil simplezas por el estilo, eran las que en tropel acudían á su imaginación.

Todos estos tormentos, aunque muy bastantes para martirizarle, no eran los únicos.

Amar á una muger que no nos ama aun, y que no sabemos si llegará ó no á amarnos algun día, y querernos proporcionar la inefable dicha de estasiarnos bajo su embriagadora mirada algunos minutos mas que lo que las circunstancias de la vida lo permiten, es un suplicio de los mas tremendos.

Las noches que no habia reunion, porque á Margarita tocaba su turno de palco en el Teatro Real, desde las primeras horas de la mañana ya estaba Felipe en el despacho del mismo en busca de una butaca, desde donde pudiera contemplarla mas á su placer, y antes que diera principio la sinfonía ya estaba Felipe en su puesto, esperando con impaciencia, no las sublimes melodías de Donicetti, Bellini, ó Verdi, si no la aparicion de su bella Diosa.

Llegaba esta por fin; se sentaba, distribuia á derecha é izquierda sus saludos y monerías, y Felipe, fijos en ella los ojos, esperaba pacientemente á que por casualidad le mirase y se dignase saludarle.

Generalmente, cada dos ó tres dias, iba Felipe á ver á Luis por las mañanas, no solamente porque le conceptuaba siempre, y con justicia, su mejor amigo, sino por que este no creyera que la oposicion mostrada á sus amores le habia ofendido.

Conocia la lealtad de Luis, y en aquella tenacidad no vió otra cosa que su buen deseo.

Por una especie de respeto mas bien que desconfianza no le hablaba jamás de Margarita, y se guardaba muy bien, no solo de hacer orgullosa ostentacion de sus alegrías y sus esperanzas, sino de contar sus penas y decepciones: hubiera sido dar razon, demasiado pronto, á las lúgubres profecías de Luis.

Sin embargo, en el momento en que volvemos á presentar juntos á los dos amigos, precisamente una de las mañanas en que Felipe habia ido á visitar á aquel, nuestro enamorado estaba tan satisfecho, que rabiaba por romper la reserva que voluntariamente se habia impuesto.

Ambos ocupaban dos cómodas otomanas, próximas á un caballete en el que descollaba un cuadro de grandes dimensiones, representando el descendimiento de la Cruz, obra maestra, casi terminada, y que Luis destinaba á la Exposicion.

Luis conoció que Felipe deseaba hablar, y sonriendo de la manera particular que le era propia, rompió el primero el silencio.

—¿Y bien? ¿á qué altura nos encontramos?... ¿has adelantado mucho en tu conquista?

—¡Ah! mi querido Luis, dispensa si hasta hoy no he sido franco contigo por la oposicion que me has demostrado, pero no sería buen amigo si no tuviera en tí ilimitada confianza... ¡soy el mas feliz de los hombres!

—¡Bravo! replicó Luis, siempre con su burlona y amarga sonrisa; puedes decir como Shakspeare: *The beast with two backs*.....

—Si en vez de escuchar y hablar formalmente, replicó Felipe un tanto amostazado, me dices tontunas me voy.

—¡Vamos, no seas majadero!... ¿no puedo gastar una broma? dentro de un mes te lo volveré á repetir y quizás entonces no te ofenda.

—Entónces, lo mismo que hoy y que siempre.....

—Bien, bien; cuéntame el por qué eres tan feliz.

—¡Ayer pasé toda la noche á su lado!

—¡Hombre! me parece perfectamente!... solitos ¿éh?

—Solos precisamente... nó: ella en su palco, y yo en la butaca.

Luis tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no soltar la carcajada.

—¿Sabes que eso es muy bonito? dijo.

—Fué en el Teatro Real, y me dirigió tres veces sus gemelos!...

—¡Oh! pues eso es ya mucho... palabra de honor que me das lástima: no puedó comprender que un hombre tan juicioso, tan formal y de tanto talento como tú, se haya transformado en tan poco tiempo.

Te predije que este amor te volveria estúpido, pero jamás hubiera creido que la transformacion se verificase en tan pocos dias.

—¡Ah! si tú la conocieses á fondo, si la trataras!...

—Ni quiero.

—Yo no sé por que la tienes esa aversion; Margarita es una muger.....

—Como todas.

—Recuerda que dijimos que hay escepciones.

—No lo niego; pero no la juzgo á ella en semejante caso.

—Pero qué te ha hecho, ó en qué te fundas para.....

—A mí nada; pero el corazon me anuncia que ese amor debe ser causa de muy sérios disgustos.....

Esa señora vive en otra esfera que tú; sus aspiraciones, sus costumbres, su existencia, muy distinta de la tuya... en tí todo es ingenuidad, franqueza, noble entusiasmo, expansion; en esa clase de señoras sucede precisamente todo lo contrario; jamás aman de veras; el finjimiento y la mentira brota constantemente de sus labios, su corazon está

seco para cierta clase de sublimes impresiones, y si alguna vez aman ó creen amar, es solo un capricho pasajero, es la ráfaga de viento, el vuelo de un págaro, el silbo de una saeta, pero una vez el capricho satisfecho, el acto material cumplido, sucede al entusiasmo el hastío, el cansancio, la postracion, el desengaño..... y lo mismo rompen y destrazan el corazon del hombre que les ha consagrado toda su existencia, que arrojan por la ventana el búcaro en que acaban de apacar su sed devoradora de felicidad y de deleite.

Créeme Felipe, créeme; aun es tiempo... resiste á la tentacion y procura olvidarla.....

—¡Imposible!... yo no podria vivir sin esa muger... es preciso que me ame, y me amaré... replicó Felipe, con acento enérgico, y profunda seguridad.

—Corriente: por mi parte te prometo no volver á hablarte de ella, en pró, ni en contra, hasta que llegue un dia... que llegará, no tengas duda, en que afligido, desesperado, loco, vengas á buscar en mis brazos el consuelo de la amistad.

Esto no impide que continues haciéndome tus confianzas, desahogando conmigo tu corazon; hasta te permito que me hables de *ella*, puesto que tanto te agrada.

Casi todos los dias, y apesar de los propósitos que se habian hecho, empezaban idénticas variaciones siempre sobre el mismo tema.

Luis escuchaba con paciencia, y Felipe se espresaba con entusiasmo, rebosando de felicidad.

Amaba á Margarita apasionadamente, y aquel amor, que habia empezado por la admiracion, habia llegado en muy poco tiempo á la adoracion sin límites.



Lo mas singular, en una persona de su edad y en que generalmente no se vive ya de ilusiones, él se consideraba feliz con amar, sin reclamar la recompensa.

Al solo pensamiento de confesar su pasion, al ídolo que se habia creado, se estremecia y se veia asaltado de un invencible miedo.

Si yo me atreviese á confesarla mi amor, tal vez se ofenderia y me rechazaria.

¿No soy dichoso solo con verla? ¿para qué mas?

Sin embargo, las mugeres tienen una prespicacia y un talento especial para adivinar estas cosas.

¡Verdad es que en la presente ocasion no tenia gran mérito la adivinacion, pues Felipe era bien poco disimulado; pero es lo cierto que Margarita conoció desde la segunda visita el amor que habia inspirado y sin mostrarse resentida, ni animarle, tampoco lo rechazó.

Continuó siendo para él lo que para todos; amable, atenta, coquetamente provocadora, pero solo de los labios... con la esquisita finura que la era peculiar.

El amor de Felipe era tan respetuoso, que se asemejaba mas bien á un culto desprendido de todo pensamiento terrenal y egoista, y esto, ella lo conoció desde su principio y como en su tertulia de confianza, compuesta casi exclusivamente de hombres, era la única señora del salon, y por esta circunstancia se encontraba mas al abrigo de una enojosa curiosidad ó envidia, ella misma dió pié á que, poco á poco, fuera desarrollándose sin obstáculos, una pasion que ni la interesaba, ni tampoco dejaba de interesarla.

En su imaginacion exaltada y romancesca se propuso únicamente seguir sus progresos y observar.

Empezó á jugar con el amor, y desdeñosa hoy, amable

mañana, llegó á experimentar cierta satisfaccion en abusar de su poder sobre Felipe, para calcular mejor su fuerza.

Este, siempre sumiso, besaba con igual respeto y sin hacerse jamás traicion la mano que lo heria ó lo acariciaba.

Pero poco á poco y sin sospecharlo siquiera, vino á ser ella misma el principal personaje en esta pieza, donde, en su principio, creyó no representar otro papel que el de espectador ; la coquetería cedió la plaza al corazon ; porque para permanecer insensible á una pasion como la de Felipe, para no ser arrastrada por un amor como el suyo, para mostrarse fria y resistir á su atraccion simpática, era preciso ó no tener corazon, ó tenerlo ocupado con otro objeto ú otra persona.

Precisamente Margarita no se hallaba en este caso, puesto que no habia amado hasta entonces ; los placeres de los sentidos los habia conocido muy superficialmente y hasta cierto punto, pero no las delicias de un amor que ella ignoraba y cuyos goces Felipe la ofrecia.

Empezó por sentirse orgullosa por aquel sentimiento de admiracion que habia inspirado ; despues empezó á considerarse feliz, y ciertas cuerdas sensibles del corazon que hasta entonces habian permanecido mudas, vibraron al contacto imperioso del amor.

Bajo esta prestigiosa influencia comparó á Felipe con los demás hombres que la rodeaban, hallándole muy superior á todos ellos.

Su voz llegó á causar en su ánimo cierta impresion de inefable bienestar y, en el salon como en el paseo, en el teatro como en todas partes donde se encontraban, de la misma manera que Felipe, ella buscaba ávidamente su mirada de fuego.

La timidez de aquel, su admiracion, su sacrificio, su fidelidad, su entusiasmo, la parecieron llenos de embriagadoras promesas, y de ellas aguardaba la revelacion de ciertos goces desconocidos.

Una ardiente curiosidad, una sed de amor, siempre creciente, la arrastró poco á poco hácia su adorador; comprendió que una nueva vida iba á dar comienzo y llena de desprecio y de piedad por el pasado, solo recreaba su fantasía con la esperanza y el orgullo de un porvenir lleno de delicias.

Lentamente fué embriagándose en esa atmósfera que arrastra muchas veces á las mujeres á buscar en un nuevo amante la rara y maravillosa flor de lo ideal, que ellas soñaron y no pudieron encontrar en los primeros; flor que muy á menudo huellan con sus piés sin hacer de ella el menor aprecio y que en su loco orgullo, en su infatuacion desesperada, buscan sin cesar, acusando á la fortuna en vez de culpar á su propia ceguedad.

Así fué, que Margarita se dejó arrastrar hácia Felipe por una fuerza de atraccion desconocida; Felipe era jóven, lleno de ilusiones, casi desconocido en aquella sociedad que no habia frecuentado jamás ¿qué mejor objeto para una última experiencia?...

Pero sobre todo, la prueba mas evidente de que él era el *Mesías* esperado, el revelador de sus *sueños de oro*, era que, aunque no se habia declarado todavía, ella se consideraba ya dichosa; se deleitaba en pensar que existia un corazon que solo por ella palpitaba; que la era suficiente un gesto, un movimiento, una sonrisa para proporcionar la mas grande felicidad ó el mas terrible sufrimiento; tenia la seguridad de la pasion inmensa que habia inspirado, y

el orgullo y la alegría deben ser permitidos siempre á la mujer que se conceptúa amada de tal manera.

Además, lo que la arrastraba con mayor fuerza era su experiencia de la vida: contaba veinte y siete años y llevaba diez viviendo continuamente en una atmósfera impregnada de engaño y de mentira; todas las creencias de su juventud no la habian proporcionado mas que crueles decepciones, y al presente, el amor era lo único que le parecia eficaz y real; en él cifraba toda su esperanza, él era un refugio, la rama salvadora hácia la cual tendia sus brazos; lo que ansiaba era un amor joven y exaltado, con bastante fuerza de voluntad para elevarla hasta él; y á Felipe, tal cual ella lo veía y conocía, le juzgó digno y capaz de llevar á cabo esta grande obra de redencion y de iniciacion.

En cuanto á Felipe, estaba muy lejos, sin embargo, de saber ni de comprender lo que pasaba en el corazon de su bello ídolo.

Muy á menudo habia tenido ocasion de regocijarse escuchando la terneza de la voz de Margarita y observando la dulzura de su mirada, pero jamás, tanto era su amor tímido y respetuoso, habia tratado de investigar la causa; era tal la ceguedad de su pasion que hasta se creia indigno de ella; no osando alzar los ojos hasta su ídolo, no veía las muestras de deferencia de que empezaba á ser objeto.

Pero esta situacion no podia durar.

El amor, así espresado, por bien sentido que sea, no satisface á ninguna mujer; mucho menos á Margarita que ya no era una niña, que disfrutaba de libertad completa y en la cual la naturaleza reclamaba sensaciones mas vivas que las que podia proporcionarle un exagerado platonismo.

El aburrimiento fué poco á poco apoderándose de ella; el recuerdo de Felipe la perseguia sin cesar, noche y dia, y cuando no le tenia á su lado, las horas se le hacian interminables, insufribles...

En este estado las cosas, llegó una noche en que, penetrando Felipe en el tocador de Margarita, donde ésta se ocupaba, sentada al piano, en preludiar un wals de Wewer, ésta no pudo menos de quedar en extremo sorprendida al observar la alteracion que se dibujaba en las facciones de su amante.

Inmediatamente púsose en pié y saliéndole al encuentro, le tendió su preciosa mano.

Afortunadamente estaban solos, porque ninguna de las personas que formaban la reunion de la bella viuda habian parecido todavía.

—¿Qué tiene V.? le dijo con el acento mas cariñoso y espresivo; noto en su fisonomía cierta alteracion que no es natural y que me pone en cuidado.

—Verdaderamente, señora, que no tengo motivo para estar muy satisfecho, replicó Felipe, añadiendo con voz temblorosa y débil: —Vengo á despedirme de V.

—¿A despedirse? exclamó Margarita en el colmo del asombro.

—Sí señora ; he sido llamado por uno de los ministros que hoy forman el Poder Ejecutivo de la República , un íntimo amigo mio, á quien nada puedo rehusar y que exige de mí salga para las Provincias Vascongadas á desempeñar una mision importante ; comision que por lo menos ha de durar quince dias ó un mes.

—¿Y V. ha consentido?

—No podia escusarme; un deber sagrado me lo impidió.

—¡Ah!

Y sobre este ¡ah! bien seco y pronunciado, Margarita, que miraba á Felipe con cierta sorpresa mezclada de curiosidad, bajó los ojos.

En esta situacion permanecieron algunos minutos en silencio.

Felipe, inmóvil sobre su silla y estudiando atentamente, al parecer, los dibujos de la alfombra: ambos visiblemente contrariados.

—¿Y cuando piensa V. marchar? dijo de repente Margarita.

—Pasado mañana.

—¿Tan pronto?... en fin, como ha de ser; hay deberes y compromisos que efectivamente no pueden eludirse: pero si tan urgente es la mision que se le ha confiado, añadió con maligna sonrisa, cómo no parte V. mañana?

—Porque mañana, dijo Felipe levantándose, deseaba... esperaba venir á ver á V. por última vez.

Y con los párpados llenos de lágrimas, los dientes apretados y el corazon palpitante, esperó una respuesta, en la cual se cifraba todo su porvenir.

—Muy bien, si así es, venga V. mañana, que le espero.

Al decir esto, alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Felipe: los vió tan suplicantes, comprendió tan perfectamente el imperio de aquel mudo dolor que, cediendo á pesar suyo á los impulsos de su corazon, añadió, tendiéndole la mano:—venga V. tempranito; comeremos juntos.

Felipe la estrechó entre las suyas y cayendo de rodillas, la besó repetidas veces con frenesí; despues, levantándose, huyó precipitadamente sin atreverse á pronunciar una palabra mas.

Toda la noche la pasó temblando y en la incertidumbre de si habria ido demasiado léjos; todo su afan se reducía á saber como seria recibido al dia siguiente.

¿Cómo habia de serlo? ¡pobre niño, apesar de tener la edad y la esperiencia del hombre! fué recibido con la sonrisa en los labios y la primer palabra de Margarita fué una espresion de cariño, su primer mirada un vivo destello de la felicidad soñada!...

-- Ya ve V., le dijo, levantándose para salirle al encuentro, que le recibo sin ceremonias y como si se tratase de una persona de mi familia.

Esto no era verdad, porque la bella viuda habia arreglado su *toilette* de mañana de una manera provocadora é *irresistible*. *Sus cabellos, recogidos hácia atrás, dejaban al descubierto unas nacaradas sienes en que se cruzaban multitud de venas azules; su traje, de una muselina blanca ligera como una telaraña, dejaban al aire sus brazos desnudos, y sus torneados hombros permitian adivinar su morbidez, bajo un guipur negro pero transparente: ni un adorno estraño, ni una joya, ni un diamante, ni siquiera una flor en su peinado; era la belleza únicamente en todo su esplendor, sin adornos y sin atavíos.*

Durante la comida se mostró llena de atenciones y de seducciones para con su nuevo esclavo, hasta el extremo de que Felipe, sin embargo de su timidez, recobró un poco de calma y se permitió alguna mas libertad, disfrutando de una felicidad que hasta entonces le habia sido negada por su carácter tímido y apocado.

Pero terminada la comida y vueltos al gabinetito, que servia á Margarita aun tiempo de tocador y de estudio, Felipe se vió asaltado nuevamente de aquel temor, de

aquella timidez, de aquel embarazo que formaban el fondo de su carácter.

Comprendia que la situacion habia llegado á ser difícil y que una palabra, un jesto, la menor torpeza podia resolverla de una manera desagradable para él.

Positivamente tenia miedo.

No era posible permanecer callado por mas tiempo pero ¿de qué hablar como no fuera de su amor? ¿qué decir á no decirlo todo? ni aun se atre via á levantar los ojos, temeroso de que en el brillo de su mirada hallase su bello ídolo la completa confesion del inmenso amor que la profesaba.

Era uno de esos días serenos y puros de fines de Marzo en que el sol de Madrid tiene ciertos encantos y en que el frio no se hace sentir muy rigurosamente; para disfrutar de aquel sol, que daba de lleno en el balcon del tocador, abrieron las vidrieras y las flores del jardin, en alas de la brisa, les enviaron su delicado perfume, porque el indicado balcon daba sobre el jardin de la casa de Margarita.

Sin embargo, como contrariados, ó mejor dicho, tímidos ambos, se sentaron léjos uno de otro y permanecieron en esta situacion próximamente un cuarto de hora.

Pero la situacion era en extremo violenta, no podia continuar, y para escapar al vértigo que le iba ya dominando, Felipe se decidió á levantarse y trasladarse al piano.

Felipe estaba muy léjos de ser un profesor, pero era sin embargo un aficionado muy notable y lo poco que tocaba de memoria lo ejecutaba con una precision tal, con tan estremado sentimiento, que se le escuchaba siempre con placer.

En esta ocasion no solo tocó de memoria, sino que improvisó.



Olvidando la promesa que se habia hecho de permanecer impassible, conforme sus dedos recorrian el teclado arrancando dulcísimas armonías impregnadas del sentimiento que le dominaba, se fué dejando arrastrar por el entusiasmo y se olvidó completamente de todo lo demás.

Sin afrontar sin embargo la mirada de Margarita, sin hablarla una palabra, le pareció que podia confesarle su amor ejecutando algun trozo de música conocido y que expresase el verdadero estado de su alma; si ella le amaba necesariamente habia de comprenderle.

Entonces acudió á su imaginacion el trozo de ópera que mejor podia significar el amor, la pasion, la amargura de un corazon herido, y con un sentimiento superior á todo elogio, empezó á preludiar el ária final de la *Lucía*, aquel: *bel' alma inamorata*, que es imposible oir sin que las cuerdas mas sensibles del alma dejen de sentirse impresionadas: hizo mas, uniendo su voz á los inspirados acordes del inmortal maestro, improvisó con voz dulcísima y apasionada el andante de la preciosa ária; y de tal modo consiguió su objeto, que Margarita, que habia permanecido silenciosa en su principio, si bien mas de una vez las lágrimas asomaron á sus párpados, al escuchar aquella explosion de amor tan sublimemente espresada, tan delicadamente sentida; cuando llegaron hasta el fondo de su alma aquellos armoniosos conceptos que parecian proféticos, ya no fué dueña de su emocion y acercándose al piano, exclamó:

—¡Oh! basta, basta... esto es demasiado!...

Y casi sin darse cuenta de lo que hacía, colocó familiarmente su preciosa mano sobre el hombro de Felipe.

Este se puso inmediatamente en pié, fijando sobre Margarita su fascinadora mirada.



El beso.

Así permanecieron algunos minutos en silencio; inmóviles, estrechadas sus manos, los ojos del uno fijos en los del otro... lentamente fueron aproximándose mas y mas... y sin una palabra de súplica, ni mucho menos de reproche, ambos temblaron y... se enlazaron de pronto en un estrecho abrazo!...

Los purpurinos labios de Margarita fueron los primeros en imprimir en los de su amante un ardiente y prolongado beso... Felipe creyó morir de felicidad!...

Un ahogado grito de angustia y de dolor se dejó escuchar á dos pasos del sitio en que se encontraban; detrás de uno de los portiers que cubrian la puerta de la vecina estancia.

Pero este grito no llegó á los oidos de los que en aquel momento solo pensaban en su inmensa felicidad. . . .

. . . . .

Creemos escusado decir que aquella noche la señora de *Leguina* no recibió á nadie.

La señora, segun anunciaron los criados á los tertulíes cutodianos de la casa, se hallaba atacada de una fuerte jaqueca, que la habia obligado á recogerse muy temprano.

Luis, fué á la mañana siguiente á casa de Felipe y con gran sorpresa supo que, contra su costumbre, Felipe no habia ido á dormir aquella noche; pero habia tenido al menos la atencion de mandar un recado.

En cambio, María, atacada repentinamente de una fiebre y un delirio espantoso, habia puesto en cuidado á la familia, obligándola á llamar al facultativo inmediatamente.

¿Qué habia causado este trastorno en la pobre niña?

Una villanía del bribon Tomasito Lopez, con la cual daba comienzo al plan de campaña que se habia trazado.

En el mismo dia recibió el ministro una atenta carta de Felipe, escusándose, y diciéndole que le era imposible marchar á Navarra; que podia confiar á otro la honrosa comision que, con harto sentimiento suyo, á él le era imposible desempeñar.

Los salones de la señora de Leguina se cerraron con harto sentimiento tambien de sus tertulios; pero segun una esquela que recibieron todos se les anunciaba que Margarita habia tenido que arreglar algunos de sus negocios en una de sus posesiones de Andalucía y que habia partido, aunque pensaba regresar á la córte antes de terminado el mes.

El hecho de la verdad era, aunque nadie sospechó lo mas mínimo, que ambos amantes partieron al dia siguiente á disfrutar de su dicha léjos de miradas curiosas, importunas, y de las lenguas maldicientes; no á Andalucía sino á una magnífica posesion que Margarita tenia en Alboraya, provincia de Valencia, proposicion que fué hecha por aquella al enamorado Felipe y que éste, como era natural, aceptó con entusiasmo.

El único que, léjos de ser engañado, sospechó toda la verdad, fué Luis; pero le fué imposible saber por el pronto la direccion que habian tomado los felices amantes.

En tanto que podia averiguarlo y obrar segun su conciencia y su amistad le dictasen, se dedicó con la mayor solicitud, en compañía de D. Eugenio y de D. Juan, al cuidado de la pobre María; la opinion de los facultativos respecto á su enfermedad, no era por cierto nada tranquilizadora.

## CAPÍTULO XVIII.

Continuacion de las memorias.—Consejos y verdades útiles.—El Parlamentarismo.—La política del porvenir.

Justo es que volvamos á la interrumpida relacion de las memorias.

Lo útil no debe olvidarse por lo agradable.

La novela debe de vez en cuando hacer plaza á la historia y á la parte científica.

Si es muy grato conmover al corazon, no lo es menos hablar al entendimiento.

Nos hallamos de nuevo en la lógia.

Por esta vez la ausencia de Felipe no solo es notada sino tambien comentada.

Don Juan ocupa su lugar y cogiendo el manuscrito se dispone á leer.

Tanto la fisonomía de éste como la del venerable, revelan cierta tristeza que no es natural.

Sin embargo, despues de un suspiro, D. Juan, empieza á leer en estos términos:

«Cada buen libro que se pone en manos del pueblo, es un arma terrible contra sus eternos enemigos, los oscu-

por la pasion y por la codicia, desafian imprudentemente, olvidando los ejemplos que la historia nos presenta y en los cuales debieran estudiar y aprender.

Para con estos seré muy breve.

El responsable de un acto cualquiera, aunque sea este acto un crimen, no lo es tanto el que lo ejecuta como el que lo provoca.

El hombre que, castigado uno y otro dia, herido en sus afecciones, ajado en su dignidad, escarnecido en su desgracia, violentado en sus derechos, se lanza á una resolucion suprema que lo conduce al delito, no es, moralmente, tan culpable como el que lo ha puesto en el estado de exaltacion que produce sus desmanes.

No de otra manera las clases y los pueblos que, oprimidos y maltratados un año y otro y por siglos enteros, se levantan de su postracion, y al sacudir el yugo que los sujetaba van mas allá de lo que la justicia y la moral ordenan, son menos responsables de sus excesos que aquellos que, oprimiéndolos sin piedad, han excitado sus pasiones, alimentando el rencor en su corazon y la desesperacion en su mente.

Desde la sublevacion de Euno y Esparrtaco en la historia antigua, la *jaquería* de la Edad media, y hasta la revolucion francesa en los tiempos modernos, casi todas las grandes catástrofes que han producido las revoluciones han sido provocadas por los mismos que primero han sufrido sus efectos.

Los patricios romanos, manteniendo con la tortura y el látigo manadas de esclavos, para gozarse en su muerte, sin mas razon que su bárbaro capricho, ni mas derecho que el de la fuerza, provocaron y justificaron la terrible su-

blevacion que inundó de sangre los campos de la Italia.

De los excesos de aquellas cosas, que quisieron ser hombres, responsables eran los que los arrojaban al Circo para pasto de las fieras, y les obligan, por un refinamiento de maldad abominable, á saludar á sus verdugos.

Si los siervos de Francia asaltaron los castillos feudales y los entregaron á las llamas; si pasaron á cuchillo á sus señores, sin respetar el honor de las mas nobles doncellas; si se embriagaron con su sangre y se hartaron con el pillaje, culpa fué de los que con la *gleva*, el inmundo *derecho de pernada* y el *tormento*, encendieron el ódio y sed de venganza en el pecho del labriego, y le enseñaron con su crueldad á ser feroz.

Las hecatombes humanas del 92, mas que á los instintos sanguinarios de los Marat y Robespierre, deben atribuirse á las violencias del despotismo, á la desmoralizacion escandalosa de la córte, á las traiciones continuas de los realistas, á la mala fé y á las asechanzas con que á cada momento se irritaba la susceptibilidad de un pueblo que reclamaba el uso de sus legítimos derechos y sentia aun el dolor de sus pasados sufrimientos.

Esta verdad que la historia enseña y la razon natural explica, pocas veces es negada, pero con sobrada frecuencia se la olvida, y nunca tanto como ahora conviene recordarla.

El autócrata que allá en el Norte ordena ó permite que serametralle á un pueblo indefenso porque invoca su nacionalidad y aclama el Dios de sus padres; el déspota que en una parte de Italia sujeta á sus súbditos con lazos de hierro y castiga al que proclama á su pátria; los que desoyen las fundadas quejas de los oprimidos y desprecian los gemidos

del que sufre, debieran tenerla siempre muy presente para evitar lo que con su proceder hacen inevitable, siendo los primeros en sentir sus terribles efectos.

Ellos, si así no lo hacen, serán responsables de los desastres que ocurran; ellos, y solo ellos, serán los responsables de las víctimas inocentes que la revolucion sacrifique.

Pero el egoismo y la pasion los ciega; y nada ven, y nada comprenden, y, aún comprediéndolo, les importa poco la destruccion de la humanidad entera si, con provocarla para mañana, pueden conservar hoy sus privilegios y disfrutar de los goces de su imperiosidad.

Un dia empero, vendrá, y quizá no tarde, en que su tenacidad les pese.

¡Dios es justo!

Mas ¿por qué ha de llegar ese dia teniendo la seguridad de que á todos á de ser fatal? ¿por qué empeñarse en provocar una lucha sangrienta y desastrosa, cuando tan fácil seria conservar la paz, y con ella la tranquilidad y el bienestar de todos?

¿Qué génio infernal, enemigo de su felicidad y de la agena, inspira á esos hombres de todos los paises, que pudiendo ser tan poderosos para el bien, prefieren serlo para el mal?

¿Qué espíritu maléfico anima á los que, pudiendo esparcir á su alrededor la dicha y la alegría, se complacen en causar el dolor y la tristeza?

El egoismo, la ambicion, pero un egoismo ciego y torpe, una ambicion raquítica y miserable.

Si no fuese su egoismo ciego, vieran que con obrar cual obran, arriesgan y exponen á mil peligros aquello mismo que quieren conservar; si no fuera su egoismo torpe, com-



prenderian que no es haciéndose désptas como conseguirán ser felices.

Si su ambicion no fuese raquítica, abrazaria algo mas grande que los estrechos límites de su persona; no se alimentaria en un grosero materialismo con los goces sensuales del cuerpo; buscaria en su espíritu placeres mas delicados y mas dignos.

Si su ambicion no fuera miserable, no se satisfaria con frívolas apariencias, no se arrastraria por el polvo de los palacios, sin mas norte que la vanidad.

¡Qué dicha mayor puede esperar el hombre que la de verse aclamado y bendecido por aquellos á quienes ha hecho un bien!...

¿Qué déspta, rodeado de cortesanos, qué magnate en medio de sus lacayos ha tenido la satisfaccion inmensa del patricio honrado á quien rinden sus conciudadanos el sincero homenaje debido á sus talentos y á sus servicios?

¿Cuándo, los interesados obsequios que compra el oro, han llenado el corazon de un hombre que siente algo, como las rudas manifestaciones de un pueblo agradecido?

¿Cuándo han resonado en los oidos de un hombre de alma grande las mas corteses, finas y almibaradas frases de un enjambre de aduladores, como las enérgicas y atronadoras aclamaciones de una muchedumbre entusiasmada?

Nunca.

Aun siendo el egoismo el móvil de todos los hombres, debieran ser los poderosos defensores del pueblo, el amparo del débil y el consuelo del afligido.

Por egoismo debieran serlo; pues no hay capital que mayor interés produzca, ni esfuerzo que mayor premio alcance, que el que se emplea en hacer el bien de los demás.

Compárese si no la existencia del que, buscando la dicha en las satisfacciones interiores, se complace en ser el bienhechor y el padre de los que pueden menos, y la del que, poseído de sed de riquezas y de mando, oprime, veja y explota sin reserva á los que, mas débiles que él, no puedan resistirle.

El uno, siempre satisfecho y tranquilo, nada teme y todo lo espera.

El otro, siempre ansioso, siempre frenético, todo le asusta y ve en todo un peligro.

Aquel, al mezclarse con sus inferiores, encuentra por doquiera rostros afables, miradas de cariño que revelan felicidad y gratitud.

Éste, solo encuentra á su paso rostros ceñudos, miradas torvas, en las que, mal disimulado por el temor, brilla el odio y el fuego de la venganza.

El primero, al hallarse con un desgraciado á quien aflige un pesar ó abate algun quebranto, observa en él cual se dibuja en sus facciones la esperanza de un alivio.

El segundo, cuando encuentra un desdichado, víctima quizás de sus vejaciones y de su crueldad, solo puede observar el horror que su presencia le inspira.

El uno, cuando solo con su conciencia se entrega al descanso, el recuerdo de sus beneficios le mece y le halaga; su imaginacion le ofrece el cuadro de plácida ventura que presentan aquellos cuyas lágrimas ha enjugado; llegan hasta él, como en dulce murmullo, las bendiciones que le dirigen.

El, á su vez, se siente feliz, y es su dormir sosegado, son tranquilos sus sueños.

El otro, cuando fatigado por la agitacion incesante de

una ambicion sin medida y de una conciencia intranquila, busca en el lecho el reposo, sus recelos le desvelan y el recuerdo del mal que ha hecho le persigue, por mas que lo disimule luego y se esfuerce en ocultarlo.

La noche es un martirio; la oscuridad le asusta.

El primero, cuando un peligro le amenaza, sea el que fuere, le anima y le alienta la confianza en cien brazos que la gratitud alzar  en su auxilio.

El segundo, cuando este peligro existe, aumenta sus ansias el temor fundado de que cien brazos se dirijan contra él, movidos por el resentimiento.

Aquel, doquiera espera un protector; éste, doquiera encuentra un enemigo.

En el uno, el recuerdo del bien que ha hecho alivia sus pesares; en el otro, el recuerdo del mal los endurece.

El primero se siente halagado por sinceras protestas de amor y de respeto; el segundo se siente perseguido por rugidos de rabia,  ,   lo mas, engañado por interesados alardes de una adhesion mentida.

El uno cree en la virtud porque la practica; el otro solo cree en la maldad porque en ella vive.

Aquel es feliz; éste desdichado.

El uno, en su sencillez, es grande, y en su modestia querido y venerado; el otro, en su opulencia, es miserable, y en su orgullo, aborrecido y despreciable.

Tal es el cuadro exacto que ofrece el poderoso, segun su proceder.

Si tan caro cuesta el ser déspota, y tan dulce es el ser liberal, generoso y humano,  por qué no lo son cuántos pudieran serlo?

 Si no por virtud, s anlo por egoismo!

Ocorre con frecuencia sobrada, y en todas las clases de la sociedad, á fuerza de hablar de los deberes ajenos, olvidarse de los propios.

Y de esta regla general, aplicable á todos los hombres, es, por desgracia, muy cierto que no siempre se exceptua la clase proletaria.

Bueno será, pues, recordar que, si es verdad que los poderosos de la tierra tienen muy grandes deberes que cumplir, no lo es menos que tambien tienen los suyos los pobres y los débiles; y quien se los oculta ó disfraza, mas que su amigo es un peligroso adversario, pues si al potentado le perjudican sus defectos, mucho mas le perjudica al que se acostumbra llamar *hombre del pueblo*.

No tengo la pretension, que seria en mí ridicula, de constituirme en maestro, esponiendo y esplicando todos los deberes que pesan sobre el hombre del pueblo, pero me permitiré, sin embargo, señalar algunos defectos que, si por fortuna no son comunes á todos los proletarios, afean por desgracia un número mayor de lo que fuera conveniente.

A consecuencia sin duda de dolorosos y frecuentes engaños y de ingratitud en ciertos hombres para con el pueblo que los ha levantado y engrandecido, para verse despues por ellos burlados y combatidos, se observa en muchos proletarios una suspicacia, una desconfianza que, si contenida en los límites de la prudencia es sumamente útil y necesaria, llevada á la exageracion y constituida en sistema es, no solo injusta, sino perjudicial en sumo grado.

Entre abandonarse desde luego y sin exámen al primer charlatan que se presente, y negar que puedan existir hombres que de buena fé y con santa intencion sostengan la

causa del pobre y los intereses del pueblo, hay una diferencia inmensa.

De que haya habido traidores, no puede deducirse con razon que no puedan existir hombres leales; y ejemplos hay, no tan escasos por cierto en nuestra historia contemporánea, que prueban cuán cierto es lo que afirmo.

Los que se entregan sin reserva á esa desconfianza absoluta, y no creen en nada ni en nadie, califican de ignorantes y estúpidos á los que se abandonan á una confianza ciega; mas debieran advertir que tan hijo de la ignorancia y de la estupidez es un extremo como el otro, pues que el hombre á quien la razon sirve de algo no juzga sin exámen.

«La confianza en los hombres, dicen, nos ha perdido muchas veces; á no haberla tenido, no hubiéramos sido tan amenudo vendidos y explotados» y si bien esto es verdad, tampoco puede negarse que en las desgracias del pueblo tiene una gran parte él mismo, y que tan perjudicial es entregarse por completo á un hombre, como rechazarlos á todos con acritud.

Tratando adustamente y con desvío á cuantos no perteneciendo á su clase, se acercan á los proletarios y se asocian á su causa, precisamente lo que se consigue con eso es alejar á muchos que van de buena fé y sin interesados propósitos.

El que pretende medrar á costa del pueblo, desdeña sus desprecios, disimula sus defectos, le halaga uno y otro dia, y le adula.

Las humillaciones que recibe las sufre resignado; y las guarda como un capital que ha de producir su interés, y no solo no se aparta, sino que insiste con mayor ahinco,

consiguiendo por lo regular, á fuerza de astucia, y sobre todo á fuerza de secundar á los desconfiados, murmurando de todo el mundo y empeñando las reputaciones mas limpias, atraerse aquellos mismos que en nadie creen.

El que nada pretende, el que solo aspira, como único premio de sus sacrificios y de sus esfuerzos, á la estimacion de sus conciudadanos y á un poco de gratitud de aquellos por quienes se desvela; el que no busca en el pueblo beneficios materiales, sino á lo mas algunas de esas satisfacciones interiores que son la mas justa y noble compensacion de los servicios hechos á la patria, compensacion á la cual puede aspirar cualquiera sin rubor; éste, al verse desdeñado en su celo, ajado en sus mas puras afecciones, herido en su amor propio, siente apagarse su entusiasmo, y necesita estar dotado de una fuerza de voluntad muy grande y de una virtud sublime, es preciso que sean muy profundas sus convicciones y que esté en él muy arraigado el sentimiento del deber, para no abandonar á los que tan mal corresponden á sus desvelos y cariño.

¡Cuántos auxiliares que hubieran podido serle muy útiles no ha perdido el pueblo por culpa de algun imprudente, de esos que se titulan experimentados, y que ha atajado en sus primeros pasos á uno y otro jóven que, lleno de fé y ardor, iba á ofrecer al pobre, al proletario, al pueblo, el ardor de su corazon vírgen, y ha encontrado en vez de la buena acogida que esperaba, el desdén, la frialdad, ya que no el insulto!

Afortunadamente, el número de los experimentados va siendo cada dia menos, mal que les pese á los que, ansiosos de hallar en el pueblo defectos y motivos de descrédito afirman hoy lo contrario.

El proletario va comprendiendo que, con entregarse sin reserva á una desconfianza exagerada y constituida en sistema, no hace mas que secundar á los que desearios de explotarle, hacen cuanto pueden para aislarlo.

No se le puede ya ocultar que semejante desconfianza le es dañosa, y que es injusta; pues ni por sus condiciones, ni por su estado general de instruccion, puede prescindir aun el proletario por completo de auxiliares; ni es generoso pagar con el desdén y con la ingratitud al que con buena intencion y completo desinterés le ofrece su afecto.

Pero, aunque es hoy dia ya menor el número de los experimentados, quedan todavía algunos y estos están demás.

Al hombre debe juzgársele, no precisamente por sus palabras, sino por sus obras.

Antes de calificarle debe examinársele, y no comprenderle desde luego y sin motivo ni razon alguna, en esa regla general de reprobacion estúpida.

Sin pasar de un extremo á otro, es decir, sin entregarse ciegamente y por completo á *nadie*, el proletario debe admitir y escuchar á *todos*; y benévolo siempre, pero siempre prudente, acostumbrarse á *comparar*, á *estudiar*, á *tener ideas propias* y á obrar conforme á ellas, y no por instigaciones ajenas, como máquina que obedece sumisa al resorte que la mueve.

Haciéndolo así podrá el proletario precaverse contra los traidores y los que pretenden traficar con él; y podrá asimismo premiar cual debe con su afecto y gratitud al que verdaderamente se coloque á su lado, movido por un sentimiento de justicia.

Haciéndolo así, podrá esperar la cooperacion eficaz y necesaria de todos cuantos buscan la verdad y aman lo

que es justo y no se encerrará imprudentemente en un aislamiento pernicioso.

Otro defecto muy parecido al anterior y no menos deplorable que él se observa en algunos individuos pertenecientes á la clase proletaria.

Irritados por la altanería y poca consideracion con que por mucho tiempo los han tratado en general las clases ricas y aristocráticas, han dado cabida en su pecho á un sentimiento de ódio, en el que envuelven no solo á cuantos ocupan una posicion superior á la suya, sino á cuantos visten distinto traje.

Impulsados por ese resentimiento, se entregan muchas veces á ciertos desmanes, mortificando de palabra y hasta con hechos á los que llaman ellos *señores*, solo porque visten *traje largo*.

Este defecto, aun cuando se esplica en cierto modo, no se justifica jamás.

La falta agena nunca autoriza la propia; y no porque sea cierto que muchos individuos de las clases aristocráticas son altaneros, imprudentes y mal educados, deben serlo los que pertenecen á las clases populares.

Lo bueno debe imitarse siempre en todo; pero lo malo no hay modelo que lo haga digno de imitacion.

Se dice con mucha frecuencia que el pobre vale tanto como el rico y que el plebeyo no es inferior al noble; pero al decir que son iguales en valor, se entiende que lo serán siempre que iguales sean en educacion y virtudes.

Al decir que tanto vale el uno como el otro, se entiende que la diferencia de fortuna y de linage no constituye desigualdad de valor, pero la constituirá siempre la diferencia de cualidades.



Si el pobre y el proletario tienen mejores cualidades que el rico y el noble, cierto que no valdrán ni serán mas que ellos; pero si lo contrario sucede, también valdrán menos.

Quien lo contrario les diga, es su enemigo; los adula para perderlos y explotarlos.

La urbanidad, la cortesía, el buen trato, cuadran á todo el mundo, pero á nadie son mas necesarios que á la clase proletaria.

Sus enemigos han sacado argumentos poderosos de su rudeza, de lo que ellos han llamado su ferocidad; y estos argumentos subsistirán siempre mientras exista realmente el hecho en que se funda.

De nada servirá desmentirlos; inútil será que los abogados del pueblo afirmen un día y otro que el proletario es urbano y social, si éste no lo confirma con sus obras.

Esta preocupacion, por otra parte, contra todo el que viste un traje distinto del proletario es altamente injusta, no menos que la anterior, y tiene como ella muy fatales consecuencias.

Los que así tan imprudentemente insultan á todo el que viste *levita*, se exponen á cada instante á injuriar precisamente al hombre que mas digno sea de su respeto, por sus servicios á favor de la causa popular.

¿Y qué efecto ha de producir en quien haya dedicado su existencia toda á la defensa de la causa del pobre, y sacrificado por ella su porvenir, su fortuna y hasta quizá su familia, al verse insultado por los mismos por quienes tanto ha hecho y sufrido?

Un desengaño cruel, que en muchos bastará para abandonar y, si conviene, hasta combatir á quien tan mal le corresponde.

¡De cuántos defensores no han privado al pueblo, cuántos enemigos no le han creado esos imprudentes, que por un nécio prurito, se complacen en provocar de un modo ú otro, y cuando tienen la ocasion de hacerlo impunemente, á los *señores*!

Se dirá quizá que, el que tiene una fé profunda y convicciones verdaderas, resiste á todo; que el que defiende una causa solo porque es justa, la defiende en todas ocasiones, sin pararse en semejantes pequeneces, que sabe despreciar; pero para esto se necesita una virtud muy grande, que no todos los homdres poseen, y que es muy difícil hallarla en aquel que nada pretende, ni espera nada de su adhesion al pueblo.

En el hombre hay ciertos sentimientos, debilidades si se quiere, pero que es peligroso no respetar.

Sin embargo, este defecto, que algun dia era muy comun, particularmente en las grandes capitales, va desapareciendo con rapidéz, gracias á la instruccion que se procura el pueblo, y desaparecerá por completo el dia en que esa instruccion pueda extenderse á todos sus individuos.

Hoy dia se ven ya reuniones de proletarios, en las que pudieran ir á aprender urbanidad muchos *caballeros* encofetados, que se precian de ser el tipo de la finura y de la cortesía.

En ellas encontrarian muchos lo que les falta, esto es, el verdadero buen trato sin afectacion, sin exageraciones ridiculas, y con esa sencillez que es la expresion de la sinceridad y que no admite la hipocresía.

El pueblo, las clases trabajadoras, merced á nuestra revelacion política y á la incesante propaganda de las nue-

vas doctrinas, se encuentran hoy, comparativamente, mas ilustradas que otras clases.

Del seno de esas clases desheredadas, eternas víctimas de la tiranía de los reyes y del monopolio del capital, salen hoy escritores, oradores, políticos distinguidos, hombres de recto criterio, de voluntad firmísima, que, guiados por su amor á la humanidad, trabajan constantemente para conseguir la anhelada emancipacion del Cuarto Estado, que es el problema gigante de nuestro siglo.

Pero quedan aun resabios del mal; todavía se ven por nuestras calles y en ciertos pueblos, de vez en cuando, cuadrillas que, si bien son poco numerosas, lo son siempre demasiado, y que, con palabras y con actos que repugna la decencia, dan de sí una idea muy baja.

A destruir estos resabios, á educar estos morosos de la civilizacion, deben dedicar todos sus esfuerzos los hombres del pueblo que adquirieron ya cierta clase de ilustracion.

Es preciso que observen, que cinco de esos que haya, entre cien que sean lo que deben ser, bastan para proporcionar á los enemigos del proletario armas muy poderosas.

Los que son comedidos y prudentes no se notan, los disculos y los insolentes se ven siempre demasiado; ellos son los que llaman la atencion, y hácia ellos la llaman con mucho empeño aquellos á quienes interesa.

Sobre otro defecto deben reflexionar los hombres del pueblo, si bien no es peculiar de ellos y comprende á muchos que, por su educacion y hasta por sus conocimientos, parece que debieran hallarse libres de él.

Me refiero á los que, cuando se trata de discutir sobre una cuestion ó un asunto cualquiera, se empeñan en que su opinion prevalezca siempre, y se irritan y se enfurecen,

nada escuchan y lo trastornan todo, si sospechan y convencen de que no sucede así.

La verdad solo se comprende y triunfa discutiéndola, y el que está seguro de tener la razon y en ella se funda, no debe temer nunca que se le combata.

¿Con qué derecho pretenderá, quien quiera que sea, que se le escuche y atiendan sus razones, si no quiere escuchar y atender las de los demás?

¿Cómo convencerá á nadie de que busca la verdad, si no se aviene á oír las esplicaciones que conducen á conocerla?

¿Cómo podrá nadie creer que la razon es la fuerza, si no quiere someterse á ella?

La intolerancia con las opiniones ajenas revela poca fé en las propias; y los escesos á que algunos se entregan para sofocar una discusion, denotan, mas que otra cosa, que están poco seguros de que la razon les asiste.

El hombre del pueblo, por lo mismo que la razon es su arma mas poderosa, no debe nunca negarse á oirla.

Para que pueda exigir que los demás le escuchen, debe él empezar por dar el ejemplo escuchando á todos.

La poca práctica, la falta de costumbre en discutir, es sin duda la principal, si no la única causa, de ese defecto tan comun en ciertos hombres; y que es seguro que, á medida que se instruyan y se acostumbren á discutir y á reunirse, se irá modificando y acabará por destruirse; es preciso que esto sea cuanto antes.

No se olvide que de esa intolerancia contra las opiniones ajenas, sacan tambien partido los enemigos del pueblo y muy poderosos argumentos, sobre todo para oponerse á la libertad de asociacion y de reunion pacífica.

Muchos son los que con poca prudencia, con menos pru-

videncia de la que debería esperarse de su posición, de su experiencia y de su deber, incurren en otro grave defecto.

Refiérome al entusiasmo con que algunos hablan á cada instante, ó siempre que la ocasion se presenta, y á veces con mas afán cuanta mas gente los escucha, de los grandes y terribles escarmientos que debe verificar el partido republicano el dia en que triunfe por completo de todos sus adversarios.

Para entonces prometen ya desde luego el cúmulo de horrores de la Revolucion francesa, y todo se les vuelve verter sangre á torrentes y cortar cabezas á millares, sin advertir que las cabezas no se cortan con tanta facilidad de hecho como de palabra, y que precisamente por haber cortado demasiadas no produjo la Revolucion francesa todos los provechosos efectos que de una revolucion tan grandiosa podian esperarse.

Pero lo notable es que, por lo regular, los que mas hablan de matarlo y destruirlo todo, son los menos capaces de matar á nadie.

Hombre hay que para aquel dia se promete ser un segundo Marat, y en cuanto la ocasion se presenta de contraer el mas leve compromiso, todo su ardor se cambia en nieve; mientras que otro que se promete ser mas sanguinario que los Carriers y Fouquiers Tinville, es incapaz de ver padecer por mucho tiempo á su mas encarnizado enemigo sin acudir en su ayuda.

Semejantes alardes de ferocidad importarian poco, si de ellos no supieran aprovecharse los enemigos de la libertad y del pueblo.

Ni las circunstancias son ahora las mismas que precedieron á la Revolucion francesa, ni podrian serlo, á lo me-

nos no es probable que lo fuesen; las circunstancias en que se encuentra el pueblo español desde el dia en que entró en la plena posesion de sus derechos es muy distinta.

Triunfante el partido republicano no debió, como no lo hizo, entregarse á los excesos de los patriotas franceses del 93; excesos que mataron la libertad y dieron origen al Imperio, tras el que vino la degradante restauracion, y que de seguro no bastaria los deseasen ó pidiesen algunas docenas de espíritus inquietos y vengativos, para que la mayoría consintiera en cometerlos.

Es verdad que hoy dia son muy pocos los que creen en la posibilidad de que se reproduzcan las escenas desastrosas de la Revolucion francesa; pero esos alardes amedrentan á los que son naturalmente tímidos; asustan mas ó menos á esa gran masa de hombres pacíficos, por lo regular indiferentes en política, y ofrecen un arma á los enemigos del partido republicano, los cuales no dejan de aprovecharse para desacreditarlo, augurando, aunque sin creerlo, todos los horrores que sea posible imaginar, y que estos de quienes me ocupo predicán con tan poca cordura.

El partido republicano solo debe hacer justicia; y si en algun sentido ha de apartarse de ella, no sea por lujo de severidad, antes mejor, por exceso de clemencia.

Con esto está dicho á la clase proletaria cuanto debe decirsele.

Nuestro objeto es prevenirla contra los defectos que prevalecen entre algunos de sus individuos, mas bien que ensalzar y poner de manifiesto las grandes cualidades que la adornan á toda ella en general, y es porque aquellos son los que la perjudican, y por consiguiente los que urge deterrar.

La adulacion adormece al que es objeto de ella, y le es casi siempre perniciosa.

Hablar mucho de lo bueno que en un individuo resalta, callar siempre acerca de lo malo que en él se nota, constituye la mas temible de las adulaciones, por lo mismo que para incurrir en ella, no es necesario apartarse de la verdad.

La clase proletaria, para merecer la estimacion general no necesita que se pongan de manifiesto, uno y otro dia, las virtudes que posee; lo necesario, lo útil es que destierre los defectos que en ella existen aun.

La calumnia, cuando es tal calumnia, esto es, cuando se apoya en la mentira, es siempre impotente; porque, mas ó menos tarde, la verdad triunfa, y ante la evidencia no valen las declamaciones apasionadas.

Pero cuando una acusacion se funda en un hecho cierto, y por lo tanto fácilmente demostrable, en este caso es difícil destruirla, y sus efectos son siempre terribles para el que es objeto de ella.

El dia que la clase proletaria haya conseguido que en su seno no exista ninguno, ó á lo menos que sean muy pocos, los que adolezcan de los defectos citados, y son los únicos de que, con mas ó menos razon, pudiera acusársela, aun cuando será siempre una injusticia notoria comprenderla á toda ella en la acusacion, siendo así que ésta solo pudiera alcanzar á algunos de sus individuos; el dia, repito, que ninguno, ó muy pocos á lo menos, de aquellos sean los que adolezcan de esos defectos, inútil será que sus enemigos se esfuercen por desacreditarla, é inventen contra ella toda clase de calumnias.

Fuerte la clase proletaria por sus propias virtudes y escudada por la verdad, resistirá victoriosamente á todos los

ataques de que es y pudiera ser objeto, y alcanzará la consideración á que tiene derecho y que le ha sido hasta hoy negada.

Existe en todos los países una gran masa de hombres que se titulan *indiferentes*, y que son la rémora del progreso y la mayor calamidad de los pueblos.

Esta masa es la que ha servido de apoyo á todas las minorías despóticas que han oprimido y esplotado las naciones.

Ella es la que ha sancionado todos los excesos de que acusa la historia á los gobiernos impopulares; ella es la que, con su indolencia, ha sido, si no su autor, cómplice de casi todos los grandes males que han afligido á la humanidad.

El sabio legislador de Atenas, consignó en el código de sus leyes, una, por la que se condenaba á la pena de infamia, pena de las mas terribles que entonces se conocían, al que, cuando estallaba una discusión ó una lucha entre los ciudadanos, dejaba de afiliarse en uno ú otro de los partidos militantes, y se declaraba neutral ó indiferente.

Esta ley es, sin duda, una de las que mas honor hacen á Solon, y en la que mas se revela el profundo conocimiento que tenia aquel gran hombre de lo que es la sociedad, y de los deberes que esta impone á los ciudadanos.

Indiferente en política es sinónimo de egoísta.

El indiferente, en efecto, aunque acostumbra por lo regular á cohonestar su conducta alegando su amor al orden y á la paz, lo que en realidad le mueve, ó mejor dicho, le paraliza, es su propio interés.

El indiferente, tan pacífico siempre y tan optimista cuando se trata de los demás, es casi siempre el que mas



grita y mas se mueve, cuando, por casualidad, alguna disposicion del gobierno le afecta á él particularmente.

Entonces lo encuentra todo malo, y todo digno de vituperio; la revolucion es justa y conveniente, mas es preciso que la hagan los demás, porque su indiferentismo no le permite mezclarse en asuntos de los que pudiera salir mal parado.

Pero mientras pueda hacer el indiferente aquello que á él le acomoda; mientras los males de la sociedad no alcancen en grandes proporciones á los de su clase; como por lo regular disfruta de una posicion acomodada, nada le importa el sacrificio de algun dinero que puedan costarle las dilapidaciones de los gobernantes, ni el sacrificio de aquellas libertades que él por su posicion no necesita.

Poco importa para el indiferente que los recursos del pais se malversen miserablemente; poco importa que los grandes capitales de la nacion, que debieran servir para aumentar sus fuentes de riqueza y de prosperidad, sirvan para labrar la fortuna de unos cuantos; poco importa que la honra y la dignidad nacional se vean arrastradas por el suelo; poco importa que millares de familias, clases enteras, permanezcan sumidas en el malestar ó en la miseria; poco importa, en fin, que la razon se vea desatendida y la justicia hollada: al indiferente nada de eso le interesa, y encerrado en su neutralidad y en su criminal egoismo, contempla impávido cuál se derrumba el mundo entero, si él cree poder hallarse seguro en el miserable círculo que acostumbra recorrer.

Mas, ¡ay! si una disposicion, justa ó injusta, si la accion de un partido ó de un gobierno toca á sus intereses en mas de lo que él cree justo para mantener el órden! ¡ay! si

se le restringe ó se le mortifica en alguna de sus diversiones ó pasatiempos!

Quien tal hiciera será entonces digno de todos los castigos, y merecerá el mas ejemplar escarmiento.

Así es como se observa que á esa gran masa de indiferentes solo han conseguido moverla aquellos gobiernos despóticos, persiguiendo por lujo y tiranizando por placer, han tocado á ella ó la han amenazado, ya mortificándola con disposiciones que le impidan entregarse á toda esa inmensa libertad, que muchas veces pudiera llamarse licencia y que los indiferentes reclaman para sí, ya demostrándoles con hechos que no habia quien pudiese considerarse seguro contra los caprichos del poder.

El indiferente, sin embargo, pretende siempre ser considerado como modelo de ciudadanos.

El patriotismo, el amor al órden y á la virtud son, si hay quien lo escuche y le crea, los únicos móviles de su proceder.

¡Cuánta hipocresía, ó cuánta preocupacion!

El patriotismo, nunca ni á nadie podrá aconsejar que se deje á la patria abandonada y á merced del primer aventurero ó intrigante que se presente.

El órden nunca podrá consistir en la quietud, ni podrá decirse que existe cuando no impera la justicia y no es la razon la que gobierna.

La virtud nunca podrá autorizar que se persiga al débil, se castigue al inocente y se esplote al pobre; en una palabra, que la maldad triunfe.

La virtud no la practicará quien falte á los deberes de caridad, y á ellos falta quien deja en el desamparo al injustamente oprimido.

El indiferente, pues, con intencion ó sin ella, es en realidad mal patricio y mal cristiano.

Cuando una discusion estalla, la verdad, la razon, que no es mas que una é indivisible, solo en una parte puede hallarse; uno solo, pues, de los partidos puede poseerla.

Al que la tenga en su favor, es al que el buen ciudadano debe adherirse.

Si ninguno la tiene, á su entender, deber suyo será manifestar lo que crea justo, y formar, si es necesario, un tercer partido; pero nunca podrá, en nombre de la patria y de la virtud, consentir sin resistencia en que triunfen el error y la maldad.

Decir que no se tienen ideas ni principios en política, es, ó decir lo que no es cierto, ó confesarse estúpido.

Cuando se discute una cuestion, y una cuestion de interés general, el hombre que se entera del debate, y obligacion tienen de enterarse todos, necesita ser muy negado, ó forzosamente deberá juzgar que la razon está mas próxima ó de uno ó de otros; deberá comprender, mas ó menos claramente, cuál es mas conveniente que triunfe.

El que en este caso no se halle, será porque no habrá querido tomarse el trabajo de enterarse de lo que se trata; será porque, para él, lo mismo importa que triunfe la verdad que la mentira; será porque le es igual cuanto pudiera hacerse, resulte en bien ó en mal del pais; será, en fin, porque para él la palabra patriotismo y la palabra justicia son espresiones sin significacion alguna.

Nada hay mas irritante que oir á un hombre que afirma que ama á su patria, y al mismo tiempo declara que le es indiferente cuanto hagan los encargados de dirigirla y administrar sus intereses.

Nada mas contradictorio que oír á otro, que se precia de hombre virtuoso y buen cristiano, decir que solo debe cuidar de sí mismo, y que debe serle indiferente cuanto hagan los demás.

Este mismo hombre, en nombre de Dios, pedirá, si mal no viene, que se castigue al que blasfema, sin advertir que es una verdadera blasfemia espresarse en este sentido.

Este hombre creerá justo que se castigue al ladron y que se persiga al asesino; confesará que es un deber de caridad, un deber de cristiano, acudir al auxilio del que cayera en manos de algun bandido ó se viera bárbaramente maltratado por otro mas fuerte que él; este mismo hombre confesará que, si dos individuos luchan en medio de la calle, es deber de todo el que observa la doctrina de Jesús, restablecer entre ellos la paz y dar la razon á quien la tenga; y al mismo tiempo afirma y sostiene muy formalmente, en nombre de esta misma doctrina, que es no solo lícito, sino justo, mirar indiferente cómo se roba al pais; cómo se asesina y maltrata á familias enteras; cómo se persigue al inocente; cómo luchan entre sí hermanos con hermanos; cómo se cometen, en una palabra, impunemente, todas las infamias, todas las iniquidades que sea posible concebir.

La conducta del indiferente no tiene, pues, justificacion posible, y solo se esplica por una ignorancia crasa, por una preocupacion extraordinaria, ó por un egoismo feroz.

El indiferente, por mas que blasone muchas veces de buen patricio y de virtuoso, es casi siempre materialista, grosero, y hasta me atreveré á decir ateo; pues si practicara la moral, si creyera que hay en el hombre deberes y dere-

chos, si creyera que entre estos deberes hay el de amar al prójimo y oponerse al triunfo del mal, no podría permanecer tranquilo, á lo menos en su conciencia, cuando viera á sus semejantes injustamente perseguidos y maltratados, la maldad triunfante y la virtud despreciada.

El número mayor ó menor de indiferentes que existe en un pais deberá considerarse como el termómetro en que se marcan los grados de ilustracion y de virtud del mismo.

Obsérvese que este número es mayor en los paises sumidos aun en las tinieblas de la ignorancia como en las vastas regiones de Rusia hasta hace poco, ó en aquellas naciones gastadas y degeneradas por un materialismo repugnante y una desmoralizacion profunda, como en ciertos pueblos de nuestros dias y como en el imperio romano en el período de su decadencia, cuando una minoría audaz, cualquiera que fuese, una legion atrevida, algunos centenares de hombres, disponian á su antojo del imperio mas vasto del mundo, gracias al número inmenso de indiferentes.

El indiferentismo es, pues, una verdadera plaga, á cuya destruccion deberán dedicarse de consuno los que deseen el triunfo de la libertad y estension de la virtud.

El indiferentismo debe ser combatido en nombre de la patria, del cristianismo y de la moral universal.

Hubo un tiempo en que se consideraba á la juventud como el mas firme apoyo de la libertad.

Y es natural que así fuese.

El hombre, cuando es jóven aun, cuando su corazon es todavía virgen y conserva entera la fuerza de sus sentimientos; cuando los vicios de una sociedad corrompida no han gangrenado aun su naturaleza; cuando el frio escepti-

cismo no ha helado aun su frente y apagado el ardor de su imaginacion; cuando un materialismo desconsolador y soez no ha enmohecido todas las fibras de su sensibilidad; cuando, en una palabra, el hombre es todavía joven porque conserva aun su vigor y hay en él mucha vida, su corazón ama todo lo que es noble y generoso, y su mente se entusiasma ante todo lo que es grande y bello.

Y es noble defender al débil; y es generoso emancipar al oprimido; y es grande la causa de la humanidad; y es bello combatir con ella.

Por esto la juventud estaba al lado de los pobres; por esto se entregaba con el alma á la defensa de los pueblos; por esto la idea del progreso la exaltaba; por esto dedicaba á fomentarla toda la fuerza de su robustez, todo el fuego de su fantasía, toda la violencia de sus pasiones.

También hoy la juventud ama, defiende la libertad; mas, ay! ¿dónde está esa juventud?

Cuando con afán la busco, no atino á descubrirla.

Doquiera vuelvo los ojos, encuentro solo viejos de pocos años.

Los jóvenes son cada vez menos; apenas si es posible descubrir alguno, casi oculto y confundido entre esa turba inmensa de medios hombres, que pululan por nuestras ciudades arrastrando un cuerpo sin alma.

Los jóvenes desaparecen; los antiguos dejan de serlo, y no hay quien los reemplace.

El hombre pasa hoy de niño á viejo; su juventud es tan rápida que no se percibe.

Apenas abandona el regazo maternal, no siempre casto, y aparece en lo que se llama el mundo, una atmósfera emponzoñada lo marchita; y si alguno conserva la frescura

de su semblante, la bondad de su corazon, la candidez de su espíritu y la fuerza de su imaginacion, con dificultad se le descubre.

Asombrado de conservarse puro en medio de tanta pestilencia, casi se avergüenza de mostrarse tal cual es, temeroso de escitar en los que le rodean la sonrisa del desden ó la curiosidad que inspira un objeto raro.

Algún dia los jóvenes amaban la gloria, y la buscaban con afan; hoy, los que se dicen jóvenes solo porque cuentan poca edad, no aman mas que el placer y lo buscan con delirio.

El joven cultivaba antes su espíritu y aspiraba á brillar por sus hechos; hoy dia solo cuidan de su cuerpo y procuran brillar por su traje.

Un sábio, un héroe, un mártir de la virtud excitaba su entusiasmo; hoy, solo un *dandy* excita su admiracion, y un millonario su envidia.

Noble en sus aspiraciones, generoso en sus actos, defendia lo que creia justo; hoy defiende solo lo que cree útil para sí.

Si amaba la libertad, sacrificaba á ella su vida; hoy su vida la sacrifica solo al vicio que le domina.

La libertad era para él, la independendencia de los pueblos, el triunfo de la verdad, el imperio de la justicia; hoy es para él la libertad, la licencia desenfrenada.

El objeto de su vida era una idea; hoy el objeto de su vida es... nada; á lo mas, un puñado de oro, y la embriaguez del deleite.

¡Triste y horrible degradacion, que cunde con rapidez asombrosa!

¿Por qué?

Porque la juventud verdadera, porque los jóvenes dignos de ese nombre, se acobardan y amilanan; porque en vez de combatir el mal, pasmados de su magnitud, se entregan á él, ó le abandonan el campo; porque el joven de sentimientos y de aspiraciones elevadas, en lugar de mostrarse tal cual es, y de dar libre vuelo á sus impulsos, los reprime, y los oculta, y cediendo á un temor pueril, ó á una vanidad mal entendida, por ser lo que los demás, se esfuerza por corromperse, ó afecta estarlo para conseguirlo; porque el indiferentismo, como hemos dicho antes, está de moda, y creeria hacerse ridículo no adhiriéndose á él; porque el excepticismo está en boga, y temeria tambien hacerse ridículo confesando que cree en algo; porque, en fin, los jóvenes no gastados no se unen, y no se auxilian para oponerse á la podredumbre que los envuelve y amenaza.

Unanse, pues, muéstrense tales como son, y no teman ni las comparaciones ni la lucha.

Que no les afecten, ni la forzada sonrisa del excéptico, ni el afectado desden del vicioso.

Lo grande, lo bello, ejerce siempre sobre el hombre un imperio irresistible, y no hay belleza sin poesía ni poesía sin espiritualismo.

La mujer, objeto preferente y natural de la atencion del joven; la mujer, cuyas miradas busca, y cuyo cariño anhe-la, estará de su parte, y le ayudará en su noble empresa.

La mujer, mas sensible y mas espiritual que el hombre; la mujer, que vive en el amor y del amor; la mujer no puede menos de buscar la poesía que la eleva y la enaltece, y de aborrecer un materialismo que mata ese amor y la reduce á la condicion de un vil objeto de sensualidad ó de lujo.



No les asuste la facilidad con que esos seres sin vida se acercan á ella, y algunas veces la cautivan; si las mujeres los escuchan, es porque no oyen una voz que mas grata suene á sus oidos; si aceptan lo raído y feo, es porque sus ojos no alcanzan á descubrir objetos mas bellos.

Mostraos, pues, mostraos adornados con los atractivos de vuestra juventud; engalanaos con la nobleza de vuestros sentimientos, con la elevacion de vuestras aspiraciones, con el ardor de vuestra imaginacion, y con la bondad de vuestros actos, y atraereis sobre vosotros sus miradas y conquistareis su afecto.

¿Qué jóven insustancial y pedante de esos que emplean todo su talento en formar con gracia el lazo de su corbata, pudiera resistir ante una mujer la comparacion con el viejo *Garibaldi*, con ese bravo hijo del pueblo, con ese héroe de la humanidad, cuyos altos hechos asombran á la imaginacion mas atrevida; ese campeon ilustre de la libertad é independenciam de los pueblos, cuyas virtudes encantan; esa epopeya viviente, cuyo solo nombre entusiasma y electriza?

La mujer, nacida para el amor, no puede menos de adivinar que, mal puede sentir y comprender ese afecto sublime, ese sentimiento que todo lo idealiza, que se alimenta de la poesia y cree en la ilusion; que mal puede experimentar esa sensacion inmaterial, aquel que todo lo materializa, que todo lo reduce á lo palpable.

Si alguna hubiere, sin embargo, que comprendiéndolo ó no comprendiéndolo así, prefiriese á un alma bella un cuerpo perfumado, ésta seria digna á lo mas del objeto de su predileccion, y no mereceria el culto sagrado de un amor verdadero.

El joven de corazón debería entonces huir de ella y desdeñarla, pues no podría corresponder á su cariño y amor la que no sabría apreciarlo, ni fuera capaz de sentirlo.

Que los jóvenes, pues, y aun los hay que sienten en sus venas el fuego de la vida, levanten con resolución la bandera contra el materialismo; que los que sean aun capaces de regenerarse sacudan ese letargo que los enerva, ese indiferentismo que, cual manto de hielo, los cubre y los mata antes de nacer.

Solo se les pide que, inspirándose en la idea de lo justo, defiendan y sostengan con resolución y entusiasmo lo que su conciencia les dicte.

---

## CAPITULO XIX.

El parlamentarismo y la politica del porvenir.

Las elecciones se aproximan y por esta vez es necesario que sean una verdad; preciso que demos en el poder el ejemplo de que sabemos cumplir y respetar lo que en la oposicion hemos condenado.

El sufragio debe ser, pues así lo ha prometido sinceramente el poder ejecutivo de la república, todo lo libre, todo lo espontáneo que debe ser; sin coacciones, sin violencias, sin las *bribonadas* que generalmente, ya por unos, ya por otros, se han puesto en juego, desacreditando el parlamentarismo.

Desde que los gobiernos del absolutismo, cumpliendo esas tan inmutables cuanto eternas leyes de la Naturaleza, la Filosofía y la Historia, pasaron al no ser, siendo reemplazados por los sistemas representativos, con visos de legalidad, viene representándose en el mundo político una triste comedia que, con el nombre de *constitucionalismo*, al absolutismo aventaja en lo pernicioso, en lo demoralizadora y en lo tiránica.

Porque es indudable que la tiranía de muchos es mas aborrecible que la de uno.

Esos reyes absolutos, de *derecho divino*, dueños de vidas y haciendas, que aparecen hoy como sombrías mómias entre los calcinados escombros de la vieja tradicion, eran mas lógicos y tenian en sus respectivas épocas mas razon de ser que los reyes constitucionales; y estos, aunque inexplicables, siquiera sea sofisticadamente, son mas lógicos, si se nos permite la frase, que los reyes *democráticos*.

La monarquía democrática es la mas grande heregía política que han podido abortar las postrimerías del doctrinarismo para acabar de prostituir el sistema parlamentario. (1)

El primitivo modo de ser del Parlamento desde luego es vicioso é injusto, aun en las Repúblicas de Roma y Venecia, toda vez que, para ser diputado como para ser elector, se necesitaban ciertas condiciones *materiales* que hacian inasequible este derecho al mayor número, á los desheredados de la fortuna.

De aquí la perturbacion, la lucha constante entre *patricios y plebeyos* en los comicios romanos.

La aristocracia y la teocracia, de acuerdo con el poder, iban al Parlamento á cubrir su explotacion, sus miserias y sus maldades con la máscara de una legalidad absurda, esto es, á sancionar sus propios crímenes.

Véase lo que, á este propósito, dice el eminente filósofo francés, J. Jacobo Rousseau en su *Contrato Social*:

«Con tales Parlamentos existen dos Estados; esclavo el uno, señor el otro.»

---

(1) F. Flores y García.

Entonces es cuando los ciudadanos, sometidos á la servidumbre, ya no tienen libertad, ni voluntad; entonces el temor y la lisonja, mudan en aclamaciones los sufragios; no se delibera, se adora ó se maldice.

Tal era el vil modo de opinar del Senado en tiempos de los emperadores.

Solo así puede comprenderse el largo imperio de la iniquidad sobre la justicia, como asimismo el creciente desarrollo de la inmoralidad política en los Parlamentos que, falsos en su origen y bastardos en sus aspiraciones, sustituan *dignamente* á las antiguas cohortes de palaciegos y favoritos de los reyes absolutos.

Dando un paso en la senda del progreso, en la institucion de los congresos de Diputados, entró á participar de la cosa pública la aristocracia del dinero, en union de la aristocracia del pergamino y de los *comerciantes de la ley de Dios*; este adelanto, esta nueva conquista de la libertad, no significa otra cosa que el advenimiento de las clases medias al poder, el aumento considerable del número de los explotadores, la continuacion, en la esencia, del absolutismo; pero en nada vino á mejorar la condicion material del *Cuarto Estado*, de las clases productoras de la sociedad.

Política, económica y socialmente considerado, el proletario nada provechoso para sí consiguió con el derrumbamiento de las monarquías absolutas; porque, como dejamos dicho, los gobiernos constitucionales, fundados y representados en el Parlamento, solo en la forma y en algunos detalles diferian de los gobiernos absolutos, representados en la persona del rey.

Su esencia y sus tendencias eran idénticas.

No negaremos, empero, que la institucion del Parlamento, aun en tan malas condiciones, dejase de ser un progreso en el camino de la civilizacion y de la libertad.

Moralmente considerado, fué una conquista del *derecho* sobre el *hecho*, de luz sobre las tinieblas.

En España, país dominado por el clero desde luengos siglos, inauguróse el período de la libertad el año 1812; pero aquella Constitucion, aquel Parlamento y aquellos revolucionarios ilustres, pasaron como un relámpago en medio de la tempestad, viniendo á caer el pueblo nuevamente bajo la férula del despotismo sangriento de Fernando VII, de aquel execrado monarca de que nos hemos ocupado ya en nuestros capítulos anteriores.

Todas las tentativas, todos los conatos de revolucion fueron inútiles hasta el 8 de marzo de 1823, dia en que aquel rey cruel y sanguinario vióse precisado, por la efervescencia popular, á jurar la Constitucion gaditana, á restablecer los ayuntamientos constitucionales y á suprimir definitivamente el *Santo-Oficio*, convocando nuevas Córtes que fijasen la suerte de España.

Por el mismo rey Fernando se nombró una junta consultiva mientras se constituia el nuevo ministerio.

Aquel movimiento revolucionario fué estéril; la influencia clerical pesaba mucho todavía sobre el poder civil como tambien hemos tenido ocasion de probar; el presidente de aquella junta era el cardenal arzobispo de Toledo *D. Luis de Borbon*, y al Parlamento que se reunió mas tarde acudieron gran número de militares y prelados.

Los parlamentos de los privilegiados fueron los primeros peldaños que subió la libertad por la escala del progreso, aunque no eran nada democráticos; mejor dicho, no

eran *nada*, siendo una mezcla de lo antiguo y de lo moderno, de lo justo y de lo injusto, de lo liberal y de lo tiránico.

La misma historia del Parlamento prueba de un modo palmario el absurdo de las monarquías constitucionales y el delirio de las monarquías democráticas.

En aquellas edades bárbaras, cuando la fuerza bruta era el derecho, el capricho la ley, y el fanatismo la razón; cuando se creía en la divinidad de los reyes y de los sacerdotes; cuando la inconsciencia del pueblo llegaba hasta el punto de *gozar* en los *espectáculos* que ofrecía el *Santo-Oficio*, quemando en inmensas hogueras millares de criaturas humanas; cuando, en una palabra, los pueblos dormían el sueño de la mas completa ignorancia, degradados y envilecidos por el clero y el rey... entonces tenían razón de ser las monarquías!...

Las monarquías no tienen mas que una forma, el absolutismo; mas como el absolutismo ha sido condenado por la conciencia universal, las monarquías han muerto.

Desde que se llamaron constitucionales; desde que, aun conservando el monarca su *inviolabilidad é irresponsabilidad* antiguas, formó Consejo de ministros en que apoyarse, y este Consejo buscó Parlamento donde descansar, la monarquía murió, si bien el pueblo no se vió libre de la monarquía.

La monarquía murió de *derecho*; pero sobre cada nacion pesaban de *hecho* tantos monarcas cuantos individuos componían los Consejos de ministros; tantos monarcas cuantos individuos componían las mayorías ministeriales de los Parlamentos, y además el *monarca-pantalla*, el monarca *inviolable é irresponsable*, imprescindible para el doctrinarismo.

Y la arbitrariedad y la injusticia llegaba á su colmo.

Repetimos que, en el órden moral, la institucion del Parlamento fué un progreso; por lo que hace al órden material, si no un retroceso, fué un paliativo perjudicial.

Era mucho mas aceptable y beneficioso para el pueblo, dado el desconocimiento del derecho, la tiranía de un solo hombre, de un rey absoluto, que la tiranía de este mismo rey, de siete ministros y de una mayoría parlamentaria subordinada á éstos; de una mayoría servil, dócil y ciega al servicio del gobierno, que á su vez se erigía en tirana del pueblo, esclavizándolo y explotándolo despiadadamente.

Así, pues, el Parlamento, léjos de extinguir la tiranía de los reyes, vino á aumentarla, á fecundar la inmoralidad, á desarrollar el vicio, á crear nuevas ambiciones y á empobrecer mas y mas al pueblo.

Hemos tratado, aunque ligeramente, de los Parlamentos primitivos, de los Parlamentos hijos de la *aristocracia*, de la *teocracia* y de la *burocracia*; pasemos á examinar los malamente llamados Parlamentos *populares*, para señalar los vicios que, segun nosotros, los trabajan.

Gracias á la no interrumpida série de convulsiones sociales que, desde los patíbulos de Cárlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia hasta nuestros dias, viene contemplando la Europa; gracias á esas primeras revoluciones populares que no han terminado ni terminarán en mucho tiempo, han sido reconocidos los derechos naturales del hombre.

La elevacion del *Cuarto Estado* á la vida pública es una nueva conquista de la verdad sobre el error, de la justicia sobre el privilegio.

La *aristocracia* y la *burocracia* han transigido con el pueblo en ese acto humanitario, no por el convencimiento rá-



*cional y lógico de sus conciencias, sino por la fuerza de las circunstancias, por la necesidad del momento; pero, á trueque de conservar su antigua preponderancia y poderío, violan y escarnecen constante y asiduamente los derechos del pueblo, cubiertos con la máscara de la hipocresía, é invocando la razon del dogma democrático.*

Al ser llamadas las clases populares á la vida pública por medio del sufragio universal (aun cuando éste no fuera tan ámplio como debiera, pues fijaba á los ciudadanos la edad de veinte y cinco años para poder ser elector y elegible, cuando de veinte los reconocia aptos para el servicio de las armas), parecia lógico que el Parlamento se trasformara; que, dejando de ser el gérmen de todas las pasiones bastardas, y extirpando de su seno la inmoralidad, la tiranía y los múltiples vicios que tanto lo han trabajado y desacreditado... viniera á ser la verdadera espresion de la soberanía popular.

Esto era lo lógico.

Pero no ha sucedido así hasta hoy ; veremos si bajo el gobierno de la República lo que es lógico llega á ser verdad.

Los Parlamentos, malamente llamados populares, de los países donde viven en nefando consorcio la monarquía y la democracia, causas tan antitéticas y tan repulsivas entre sí como la libertad y la tiranía, esos Parlamentos que, siendo la emancipacion del sufragio universal, tienen por cúpula el veto de un rey democrático, inviolable é irresponsable; esos Parlamentos cuyas mayorías se forman al rededor de la mesa del presupuesto para inspirarse solo en el capricho y las aspiraciones de un consejo de ministros, al que obedecen tan ciega como inconscientemente ; esos Parla-

mentos, como los que hasta ahora hemos tenido en España, son en su esencia como los primitivos de las castas privilegiadas, como las cohortes y las pandillas palaciegas de los reyes absolutos.

¿A qué, pues, denominarlos populares, si son Parlamentos absolutistas?

En los primitivos Parlamentos, resultantes del sufragio limitado, la influencia gubernativa poco ó nada tenia que emplearse, puesto que los electores, atendiendo solo á sus propios intereses, aunque en algun detalle no estuvieran de acuerdo con el Gobierno, lo estaban en la totalidad: esto es, en explotar y tiranizar al pueblo.

Eran, generalmente, Parlamentos *aristócratas*, *teócratas* y *burócratas*, sobre una clase productora, *explotada*, *vejada* y *escarnecida*.

Pero vengamos á los Parlamentos populares de los países donde florecen, por la gracia de Dios, las monarquías democráticas.

El poder, dueño de la fuerza bruta, de las riquezas públicas y de los públicos destinos, lleva su influencia á los comicios, lleva su dinero, ó mejor dicho, el dinero del pueblo; *ofrece grandes empleos con pingues sueldos...* y... cuando todo esto no es bastante, lleva la arbitrariedad, la violencia, la fuerza material que posee, y que el pueblo ha puesto á su disposición, para triunfar de las oposiciones y llevar al Parlamento una mayoría servil y prostituida que se amolde á sus caprichos y sancione sus crímenes.

El sufragio universal, bajo estos sistemas monárquicos democráticos, es una mentira, una farsa ridícula, un martirio para el pueblo y un descrédito para el Parlamento; para el Parlamento, que, si hasta ahora ha producido tan

fatales resultados por la falsedad de su origen, no dejará de ser fecundo en bienes y en justicia si llega á ser la verdadera y genuina expresion de la conciencia libérrima de todo un país.

El gobierno que no merece la confianza del pueblo, que no descansa en la ancha y firmísima base de la opinion, que no interpreta el sentimiento de la mayoría de una nacionalidad, que se apoderó del poder por medio de la fuerza que posee y que tiene siempre á su disposicion, este gobierno cuenta con medios, aunque ilegales y reprobados, para vencer á las oposiciones materialmente, y las vence á todo trance; cueste lo que cueste, se propone llevar una mayoría suya al Parlamento, y lo consigue.

Y los hombres de esa mayoría, que solo al gobierno deben el alto honor de ir á sentarse en un Parlamento que se llama democrático y popular como el gobierno, esos hombres se prestan á semejante *iniquidad*, porque ni conocen la nocion mas leve de lo que es decoro político, ni tienen otro criterio que el criterio de los ministros, ni ven con otros ojos que con los ojos de los ministros.

¿Qué ha de ser, pues, un Parlamento con semejante mayoría?

¿Puede racionalmente llamársele Parlamento popular?

¿No es una blasfemia?

¿No es un sarcasmo hablar de democracia y de sufragio universal á la vista de un Parlamento cuya mayoría aplaude muchas veces los discursos de las oposiciones porque éstas han llevado el convencimiento á su ánimo, para despues, obedeciendo la consigna del gobierno, votar en contra?

Esto es monstruosamente inicuo.

Tengamos confianza de que ahora no sucederá así.

Esta amalgama de elementos heterogéneos, este nefando maridaje de cosas y causas divorciadas por la razon y la filosofía... no puede producir otra cosa que el desconcierto, la miseria, el atraso y la ruina de los pueblos, que tienen que pechar con las nuevas calamidades del constitucionalismo y el doctrinarismo monárquicos, sin haberse visto libres ni un momento del absolutismo de las edades primitivas.

Como dejamos dicho, en las elecciones verificadas con el sufragio limitado, poco ó nada, segun las circunstancias, se dejaba sentir la influencia gubernativa á causa de la grande afinidad que existia entre aquellos poderes y aquellos cuerpos electorales.

Pero, al llegar á ser el sufragio universal, y por tanto patrimonio de las muchedumbres, éstas, semi regeneradas moralmente por la enseñanza de la historia de muchos siglos de tiranía, é iluminadas por la luz eléctrica de las nuevas ideas republicanas, no podian en manera alguna transigir con aquellos poderes y aquellas clases que tanto las habian oprimido y explotado, y que pretendian seguir oprimiéndolos y explotándolos tan inícuo y bárbaramente como ántes.

Las muchedumbres, pues, dueñas del sufragio, contando con la fuerza de su razon y la del número, pensaron sériamente en su emancipacion, trasladando, sus esperanzas al Parlamento que resultara de su voluntad soberana.

Compréndenlo así los poderes tiránicos que con el nombre de democráticos aun dominan en los pueblos, y no es ya su influencia officiosa y disfrazada la que llevan á las urnas electorales; llevan el abuso, la coaccion, la fuerza

material para vencer á la verdadera democracia y crear un Parlamento que en su mayoría siga las corrientes reaccionarias de los reyes absolutos y de los primitivos Parlamentos.

Y una nueva clase priverligiada viene á esclavizar al pueblo: la autocracia del *sable*, la preponderancia del *cesarismo militar*.

Y se marchitaron en flor las dulces ilusiones del pueblo, que se vió violado en sus mismas aspiraciones.

Auméntase el malestar de los desheredados de la fortuna.

Murieron sus esperanzas.

Y en plena democracia, con el sufragio individual y los derechos de los individuos, escrito en el Código fundamental del Estado, como escudo de los monarcas de la mayoría, de los monarcas que forman el Consejo de ministros y del monarca pantalla, el Parlamento vino á ser absolutista en esencia, inmoral en su desenvolvimiento, y falso y bastardo en todas sus aspiraciones y tendencias.

Esta es la manera de ser del Parlamento de un país monárquico democrático, cuyo gobierno posee la fuerza material.

El parlamentarismo es una farsa, han dicho la mayor parte de las escuelas políticas avanzadas: esta es una verdad á medias.

La manera de ser de los Parlamentos actuales es sobradamente corruptora é inmoral; mas no por eso hemos de condenar la institucion, susceptible de reformas que pueden perfeccionarla, haciéndola entrar en un verdadero cauce de justicia.

Es altamente escandaloso lo acaecido en estos últimos

tiempos de democracia y sufragio universal á lo Sagasta. Todo linaje de abusos, de arbitrariedades y de cohechos, se han cometido en los colegios electorales por los gobiernos que se han llamado revolucionarios, á trueque de vencer á las oposiciones.

No contentos con emplear la violencia cuando lo han creído oportuno, han arreglado las listas á su gusto; resultando que Cádiz, poblacion de diez y siete mil electores, segun las listas de ayuntamientos monárquicos, ha quedado reducida á cuatro mil y pico.

Jerez tuvo en sus listas electorales, antes de la Revolucion, diez y seis mil electores; despues bajaron hasta nueve mil y por último, hasta seis mil.

Todo esto, por obra y gracia de los gobiernos democráticos de la *España con honra*.

Y en el caso de Jerez y de Cádiz se encuentran gran número de poblaciones importantes.

Dicho está que el Parlamento resultante de esta iniquidad es una farsa miserable y ridícula.

Mas no es esta una razon para condenar en absoluta al Parlamento.

Dado el derrumbamiento de la monarquía, el primer paso de la revolucion democrática ha sido armar al pueblo en los primeros momentos de triunfo, desarmando á la vez el Estado, que es un peligro constante para la libertad, cuando dispone de la fuerza.

Ya en este estado las cosas, cuando el pueblo posee la fuerza para garantizar su derecho, es innegable que su voluntad soberana, egercida libremente en los comicios, vendrá á dar al Parlamento el carácter y la legalidad de que ha carecido hasta hoy, en que el sufragio se ha falsea-

do y los pueblos fueron compelidos á la desmoralizacion política por sus enemigos de siempre.

Pero hay mas.

No es suficiente, para perfeccionar el sistema parlamentario que el pueblo «esté» armado, y que tenga conciencia de su derecho, y que esté planteada la República democrática, se necesita algo mas para que el Parlamento llegue al estado de perfeccion que los intereses públicos reclaman.

Este algo, es el sufragio universal permanente.

De utópica han calificado esta idea los reaccionarios de todos los matices, y los *vividores políticos* de todas las escuelas monárquicas.

Sin embargo, nada mas sencillo ni mas práctico que su realizacion.

El sufragio permanente significa el derecho indestructible del cuerpo electoral á elegir indistintamente sus representantes, anulando todo poder que no emane de su soberanía cuando á sus intereses convenga.

Algunos creen que con este derecho permanente de elegir ó renovar la representacion de la soberanía popular, siempre que el pueblo lo juzgue oportuno, se fatiga demasiado el cuerpo político, puesto que todos los dias, ó todas las semanas pueden verificarse elecciones, lo que perjudicaria la publica riqueza.

Los que tal creen se equivocan.

Planteado el sufragio permanente, antes de procederse á una eleccion, se celebra un pacto entre el candidato y los electores, y solo cuando el primero falte al compromiso tan solemnemente contraido, tendrán derecho los segundos á retirarle sus poderes y á nombrar persona que le sustituya.

El individuo que es diputado bajo estas condiciones jamás vende su conciencia á poder alguno; tanto por la vergüenza á que se expone, cuanto porque ni al mismo gobierno le acomoda comprar un diputado para el breve plazo que á de mediar desde su venta á su destitucion.

Queda demostrado que el cuerpo electoral se fatigaria mucho menos con el sufragio permanente que con las condiciones que hoy se practica.

Entónces, y solo entónces, responderá el Parlamento á la alta y saludable mision que la historia le tiene encomendada, dejando de ser vanas formas y palabras engañosas, la libertad, la justicia y la democracia.

Por el contrario, si el sufragio continua mucho tiempo en las condiciones en que le hemos visto hasta ahora, el Parlamento acabará de hundirse en la profunda sima de su descrédito, y lo que es peor, el indiferentismo vendrá á apoderarse del pueblo, extinguiéndose la vida del cuerpo político-social.

Porque no todos los pueblos y mucho menos los pueblos de hoy, tienen la fé, la abnegacion y virilidad que los antiguos.

En tiempo de los *Gracos*, una parte de los ciudadanos daba su voto desde los tejados por no serle posible hacerlo de otro modo á causa de los embarazos, el tropel y los tumultos que promovia el *Poder*, para extraviar y perturbar la opinion del cuerpo electoral.

Si los pueblos de hoy observasen por mucho tiempo que el resultado de sus esfuerzos en los comicios producía un resultado negativo, abandonarían el campo al gobierno en medio de la mas cruel desesperacion.

Urge, pues, si la justicia ha de imperar alguna vez



sobre la tierra y la república democrática no ha de ser una de tantas herejías políticas como ha pronunciado este siglo, hacer una revolución verdadera que vuelva por los fueros de la verdad, que establezca en toda su pureza la soberanía nacional, y que se reforme, como consecuencia, la viciosa, desâcreditada y corruptora institucion del Parlamento.

---

## CAPITULO XX.

Herir por la espalda.

Volvamos á María á quien hemos dejado gravemente enferma en el lecho del dolor.

Sepamos cuáles han sido las causas que han motivado esa nueva y repentina desgracia.

En ella aparece siempre la mano de Tomás Lopez y de su infame cómplice.

Ya dijimos que la novia de *Antojitos*, la criada que fué despedida de casa don Eugénio, era prima de la doncella de la señora de Leguina.

Puestas en relacion ó contacto, nuevamente, merced al nívio de la primera, no solo se veían diariamente en un principio, sino que al cabo de algunos dias consiguió la segunda hacer entrar á su prima al servicio de la casa, valiéndose para ello de la influencia que tenia con el mayordomo...

Luisa, que así se llamaba la nóvia de *Antojitos*, fué destinada al cuarto de costura, en su consecuencia, don Felipe, ni aun por casualidad se tropezó con ella en las di-

ferentes veces que visitó la casa; es mas, la señora de Leguina no conocia á su nueva sirvienta, porque como casi todas las señoras de cierta clase, no se ocupaba del personal de su servicio, escepto la doncella, que naturalmente era de su eleccion.

Lo demás era asunto esclusivamente del mayordomo.

Lo cierto es que el enemigo habia entrado en la fortaleza: Luisa pudo enterarse perfectamente de cuanto ocurría en la casa, y lo que no veía, oía, ó adivinaba, su prima se lo contaba hasta con sus menores detalles.

La señora de Leguina tenia una gran confianza en su doncella y se lo contaba todo.

Esta, no dejaba ignorar nada á su prima, que á su vez trasmitia á *Antojitos* todas aquellas interesantes confidencias, que algunas horas mas tarde pasaban á ser del dominio de Lopez.

Para formar mejor su red de operaciones, hicieron entrar en el complót á una planchadora que vivia en el cuarto piso de la casa de María, y que diariamente, por razon de su oficio, tenia fácil acceso hasta aquella.

La planchadora era viuda, no mal parecida y sin embargo de la libertad que la concedia su estado, era reputada en la vecindad como modelo de juicio y de honradez.

María, que la daba mucho trabajo, no solo de planchado sino de costura, se habia aficionado tanto á ella que muchas veces, cuando bajaba la viuda á traer su canastilla del *planchado*, la hacia sentar y conversaba largos ratos. Otras veces subia al piso cuarto y se distraía escuchando los detalles que de su vida la contaba la planchadora, que por otra parte era una mujer simpática y de muy buen talento.

Llegó ya la confianza á un extremo tal, apesar de la diferencia de clases, que mas de una vez la planchadora acompañaba á María cuando ésta tenia que salir á compras, ó á oír misa los dias de fiesta.

Don Eugénio no se opuso nunca, porque la buena opinion que disfrutaba Catalina era para él una garantía.

Este era el nombre de la planchadora.

María, por otra parte, y en el estado doloroso en que su ánimo se encontraba, necesitaba una persona de su sexo, una amiga, un corazon en quien depositar sus penas.

Privada de cierta clase de sociedad, metida siempre en el rincon de su casa, sin amigas y mucho menos amigas de confianza, nadie mejor que Catalina podia reemplazar á aquellas, y llegó un dia en que, dando expansion á su alma, la reveló el secreto de su corazon.

¿Supo Catalina apreciar aquella prueba de cariño y de confianza? ¿era digna de ella? mas tarde lo veremos.

El dia en que Felipe se presentó en casa de Margarita, con objeto de despedirse y fué invitado por esta, con gran sorpresa y satisfaccion suya, para el siguiente *têt-à-têt*, cuyo resultado ya sabemos; aquel dia por la tarde, Luisa buscó á su nóvio y le puso al corriente de todo lo que ocurría.

Don Felipe era correspondido; al menos así se lo habia confesado la señora á su prima.

Don Felipe debia ausentarse, pero la señora no lo dejaría marchar.

Don Felipe estaba convidado á comer por la señora y era mas que probable, seguro, que en aquella entrevista ocurrirían cosas... dignas de verse y oírse.

Escusado nos parece decir que *Antojitos* se apresuró á co-

municar á su principal, ó lo que es lo mismo, á Lopez, lo que pasaba y éste, despues de reflexionar algunos momentos, concibió un plan diabólico, que de tener cumplido éxito, calculaba él habria de producirle muy buenos resultados.

Por supuesto que lo que meditaba era una infámia; que podia causar la muerte de la pobre María, pero como las almas degradadas no hacen aprecio de ciertas delicadezas, ni comprenden que una impresion fuerte y dolorosa puede causar la muerte, mas breve y mas instantáneamente que una puñalada, ni siquiera se fijó en el peligro á que su plan iba á esponer á María; el demonio de la venganza era el único que le dominaba.

No tardó mucho en hallarlo; los pícaros siempre encuentran para sus bribonadas auxiliares en todas partes.

Recordó que en la calle del Amor de Dios, habia en un portal cierto *memorialista*, ex-polizonte que habia servido á sus órdenes y que habiendo quedado cesante se habia dedicado á esta industria, pues era un gran *pendolista*, por cuyo especial mérito fué *alojado*, en tiempo no muy remoto, en el presidio de Alcalá, donde al cabo de dos años concluyó de perfeccionar su educacion y adquirir honroso título de... falsificador.

A éste se dirigió Lopez y el memorialista se apresuró á complacer á su antiguo gefe, no solo por sus gratos recuerdos del pasado, sino por temor al porvenir.

Cierto que en esta ocasion á nada se esponia, ni la escritura de una carta anónima en que solo se trataba de amorios podia comprometerle, pero de todos modos, el ex-presidario hubiera hecho cuanto le hubiera mandado su antiguo gefe y antiguo compañero de grillete.

Lopez dictó y el memorialista escribió, con letra clara y menuda, un anónimo concebido en los siguientes términos :

«Señorita: una persona que ama á V. y la respeta, que  
 »conoce y siente sus amarguras ; que vé pagado un amor  
 »tan santo y tan sublime como el de V. por la mas negra  
 »de las ingraticudes y que no tiene otro móvil, ni otro de-  
 »seo que el de ver á V. desimpresionada de una afeccion  
 »que solo ha de proporcionar á V. inmensos dolores, se atre-  
 »ve á intentar un supremo esfuerzo, arrancando la venda  
 »de sus ojos.

»Don Felipe no ama á V., ni la amará nunca.

»Adora á otra mujer con entusiasmo, con frenesí! y lo  
 »que es peor aun, es correspondido.

»Hoy deben verse y comer juntos.

»¿Tiene V. valor para, sin ser notada, asistir á su en-  
 »vista?

»¿Quiere V. desengañarse por sus ojos y dar crédito  
 »únicamente á sus oídos?

»Yo puedo proporcionarle este desengaño, que si bien  
 »es muy cruel, deberá ser sin embargo saludable para su  
 »tranquilidad futura.

»Si se considera con la suficiente energía para resistir  
 »á tan difícil prueba, si acepta V. la proposicion que solo  
 »por su bien me atrevo á hacerla, esté V. mañana á las tres  
 »en la primera calle de árboles del *boulevard* Serrano, acom-  
 »pañada de la persona que mas confianza la inspire y allí  
 »se presentará á V. alguna otra de su conocimiento y que  
 »la conducirá donde pueda ver y oír lo que no debe igno-  
 »rar.

»Soy con el mayor respeto etc.»

No nos detendremos en la esplicacion de cómo se hizo llegar á manos de María este escrito infame: baste saber que la pobre niña lo encontró en el canastillo de su labor y que, produciendo el efecto apetecido, creyó por un momento que iba á morir de pena y desesperacion.

Afortunadamente rompió en amarguísimo llanto y este fué ya un inmenso desahogo para su oprimido y lacerado corazon.

Sin experiencia de mundo, sin reflexionar siquiera en la importancia de un paso tan imprudente, siguiendo solo los impulsos de sus celos, trastornados sus sentidos, sin conciencia del bien ni del mal, resolvió asistir á la cita que se le daba, y como no podia ir sola, recordó á la planchadora como la única persona que podia servirla para el caso y en la que podia tener confianza.

Púsose la mantilla y subió al cuarto piso.

La planchadora, que indudablemente no era agena á todo aquel negocio y que sin duda esperaba la visita, ya estaba vestida como si fuera á salir á sus quehaceres; sin embargo, al ver entrar á María desolada y llorosa, fingiendo una sorpresa que estaba muy léjos de ser verdad, la dijo:

—¿Qué es esto señorita? ¿qué es lo que ocurre?

—¡Ah! Catalina, Catalina! replicó María anegada en llanto, soy la mas desgraciada de todas las mujeres!

—Pero tranquilícese V..... ¿qué ha sucedido? añadió Catalina presentando una silla y obligándola á sentarse.

—Lee, y juzga si mi dolor no tiene justificacion.

Esto diciendo la presentó el anónimo que Catalina leyó en voz baja, demostrando el mayor asombro.

—Y bien, señorita, dijo la planchadora despues que hubo leído, qué piensa V. hacer?

—Y tú me lo preguntas, cuando me ves loca, desesperada?...

—Sin embargo, á pesar de que conceptúo verídico este escrito y calculo debe ser de persona que por V. se interesa, no considero prudente...

—Es escusado que trates de hacerme reflexiones, estoy decidida; quiero verlo con mis propios ojos, quiero, por doloroso que me sea, escuchar esa entrevista... quiero en fin... conocer á mi rival.

—Pero...

—Yo no tengo á nadie en quien depositar mi confianza mas que á tí; nadie de quien valerme, ni que me acompañe; he contado contigo, pero si no quieres servirme en esta ocasion, iré sola... tomaré un coche y me haré conducir al sitio de la cita.

—Eso nó, replicó Catalina, pues no faltaba mas... yo no abandono á V. pero sentiria que mañana, si ocurriese una desgracia ó un trastorno, cualquiera de su familia dijera que yo...

—¡Oh! nada temas ; ni ocurrirá desgracia ninguna, ni mi familia sabrá nada, te lo juro.

—Entonces, consiento ; pero empiezo por encarecer á V. la prudencia: cualquier escándalo que se promoviese no solo comprometeria la reputacion de V., sino que pondria en evidencia á las personas que por V. tan vivamente se interesan.

—Oiré, veré y callaré, vuelvo á jurarlo; por amargo que sea el cáliz de hiel que se me ofrece, lo apuraré hasta la última gota, sin que mis labios prorumpán la mas mínima queja, sin que de mi corazon se exhale un suspiro.



—En tal caso puede V. disponer de mí; estoy á sus órdenes.

—Marchemos, pues; son las dos y media y no hay tiempo que perder; en la plaza del Ángel tomaremos un coche, siempre será mejor cuanto mas recatadas vayamos.

Cinco minutos despues y en una berlina de plaza, María y Catalina seguian el mismo camino que, quince ó veinte dias antes, llevaba D. Felipe en pos de la blasonada carretela de Margarita, cuando aun no era feliz, ni se alimentaba de otra cosa que de sueños y esperanzas.

A la entrada del *boulevard* paró el cochero é inmediatamente despues se presentó á la portezuela la vivaracha Luisa.

Un poco mas arriba y en la calle de árboles que conduce á la que comunica con la casa de la Moneda, estaban en acecho Lopez y *Antojitos*.

La antigua criada de María, de suyo melosa y muy zalamera, empezó por abrazar y aun besar con efusion á su señorita; derramando algunas lagrimitas que Dios sabe los esfuerzos que tuvo que hacer para que á sus párpados acudieran.

Es de advertir que cuando Luisa fué despedida de la casa de D. Eugenio, María, sin embargo de que lo preguntó varias veces, no pudo saber nunca el motivo, pero convencida de que éste no era, ni podia ser grave, no lo tenia ella tampoco para querer mal á su antigua sirvienta, ni mucho menos para desconfiar de ella.

Calculó que seria por cuestion de amoríos y semejante pecadillo es siempre disculpado por una mujer, mucho mas si ésta padece de un mal idéntico, ó parecido al menos.

—¡Pobre señorita mia! dijo Luisa arrojándose en los

brazos de María y estampando en sus mejillas un sonoro beso. ¡Esto no tiene perdon de Dios!... ¡Oh! los hombres! los hombres!... ¿no es un dolor que una señorita tan buena, tan bella, tan jóven como lo es V. se vea tan mal correspondida?

María, al pronto, no podia comprender la presencia de Luisa en aquel sitio, y creyéndolo efecto de la casualidad, esperiméntó en un principio cierta contrariedad; pero al oirla espresarse en aquellos términos, al ver aquel interés que la significaba, al observar aquellas lágrimas, que aunque fingidas siempre eran lágrimas, ya no dudó que la presencia de su antigua sirvienta no era un encuentro casual, sino que por el contrario, obedecia á un plan preconcebido de antemano; pero jamás María pudo presumir que aquel plan estuviese formado por los que, con capa de la mas acendrada lealtad y buen cariño, eran los principales enemigos de su reposo.

De cualquier manera que fuese, la pobre niña, completamente trastornada, se dejó conducir por Luisa, y ambas penetraron por la puerta falsa del jardinillo que comunicaba con la escalera del servicio interior de la casa de la señora de Leguina.

Como que la presencia de Catalina no era de absoluta necesidad al lado de María, mientras con ella estuviese Luisa, quedó aguardando la planchadora en el carruaje.

Cinco minutos despues, Lopez y *Antojitos* se aproximaron á la portezuela, cambiaron algunas frases con Catalina y volvieron á colocarse en observacion en la puerta de una taberna.

Una hora mas tarde, Luisa y el cochero de Margarita, condujeron casi en brazos á la pobre María, colocándola en la berlina de plaza y en brazos de la planchadora.

La infeliz niña estaba desmayada; habia perdido el sentido.

El sacrificio se habia consumado y el infame Lopez podia recrearse en su obra.

Colocada detrás de un portier en la pieza inmediata al tocador de su rival, María lo habia oido todo, lo habia visto todo!...

Aquel amoroso y ardiente beso de Margarita á Felipe, habia producido en María el efecto de un agudo puñal que hubieran clavado en su corazon.

Por supuesto que ni Felipe ni Margarita, embriagados en la inmensa felicidad de que se hallaban poseidos, oyeron el grito de dolor que se exhaló del pecho de María, ni se apercibieron de nada.

Con el mayor sigilo y guardando el mas profundo silencio, recogieron del suelo, entre Luisa y su prima, el cuerpo inanimado de la jóven y llamando en su auxilio al cochero, se apresuraron, para no verse descubiertos y comprometidos, á trasladarla al carruaje escojiendo el mismo camino que les habia conducido hasta allí.

Por su parte, Catalina la planchadora, no poco apurada, dió órden al auriga para que las condujese á su casa, calle de Atocha, núm. 90, procurando por el trayecto hacer recobrar los sentidos á María, que continuaba desmayada en sus brazos.

Su preocupacion era grande y muy lejitima, pues si en casa de la señorita María, como era natural, se veia sometida á un interrogatorio, no sabia lo qué podria decir.

Afortunadamente María volvió de su desmayo antes de llegar á la calle de Atocha y Catalina respiró con mas libertad.

Sin embargo, ni una ni otra cambiaron una palabra.

María, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos sobre la falda, se asemejaba á la estátua del dolor.

Tambien Catalina tuvo suerte de que, al penetrar en casa de la señorita, ninguno de los amos estaba en ella en aquel momento, y pudo acompañar á María hasta su habitacion sin que nadie se apercibiera mas que un chicuelo que les abrió la puerta y que era el hijo de la cocinera.

María se dejó desnudar por Catalina, que la condujo al lecho.

Un cuarto de hora despues se presentó la calentura y el delirio.

D. Eugenio llegó una hora mas tarde, y justamente alarmado, mandó en busca del facultativo y al mismo tiempo escribió dos cartas á sus amigos D. Juan y D. Luis para que vinieran á ayudarle.

Aquellos dos leales amigos no se hicieron esperar, y con el mas tierno cariño compartieron con el anciano venerable los cuidados que la pobre enferma reclamaba.

Su estado era desesperadísimo: el facultativo, en su segunda visita, habia pedido consulta de médicos y aunque claramente no lo decia, su opinion no era por ningun concepto tranquilizadora.

Lo que á todos les habia dejado estupefactos y como confundidos era la repentina marcha de Felipe y sobre todo en aquellos momentos.

Sin embargo, á uno de los tres, á Luis, no podia ocultársele el verdadero motivo de aquella ausencia; pero delicado y prudentísimo, se guardó bien de hacer partícipes á sus amigos de lo que sospechaba, ó mejor dicho, de lo que para él era una evidencia palpable.

Dejémoslos, pues, cuidando á la enferma, á la pobre mártir, y trasladémonos á un sitio de delicias donde todo sonríe, donde todo es felicidad y hasta donde no llegan los sollozos que el dolor arranca, ni el suspiro de un corazón herido mortalmente.

En nuestra facultad de novelistas podemos de un paso franquear grandes distancias: demos, pues, este paso y nos encontraremos en Alboraya, precioso pueblo de la provincia de Valencia y cuya campiña se asemeja á una matizada alfombra de hermosas y fragantes flores; donde la acacia, el aromo y el azahar embalsaman con su embriagador perfume el ambiente que allí se respira.

---

## CAPITULO XXI.

El paraiso.—Un nido de amor.

Alboraya es uno de los pueblos mas bellos de la provincia de Valencia y en su término, no muy léjos de la poblacion, poseia la señora de Leguina una preciosa casa de campo, mitad granja, mitad palacio, con todas las comodidades y recreos que el mas exigente pudiera apetecer.

Era un verdadero *Oasis*.

Esto, sin embargo, Margarita apenas lo conocia, pues únicamente una vez, recién casada, y habiendo un verano ido á tomar los baños de mar á Valencia, se habia dignado visitarlo; pero su permanencia habia sido tan corta, que apenas el colono y su familia la conocian.

Su repentina llegada causó en todos ellos tan profunda sorpresa como franca alegría, porque sabido es que en estas buenas, sencillas y honradas gentes del campo la presencia del amo es siempre de buen agüero, mucho mas, si aquel no es tirano, ni les molesta, ni mucho menos les apremia en el pago de los arriendos.

La señora de Leguina, para justificar de una manera decorosa la presencia de un extraño, hubo de recurrir á una mentirilla, y presentó á Felipe como á su nuevo esposo. Preciso era hacerlo así, pues los colonos y las gentes de los alrededores sabian que Margarita habia enviudado.

De este modo, si los dichosos amantes se entregaban á ciertos trasportes y confianzas, aun en presencia de los extraños, la maledicencia no podia clavar su acerado diente, puesto que nada era mas natural, en dos recién casados, que ir á pasar en su hermosa posesion, lo que generalmente se acostumbra á llamar *la luna de miel*.

Por otra parte, no era fácil que el engaño fuese descubierto, porque ni los colonos, ni su familia, ni ninguna de las personas que allí les rodeaban, habian salido nunca de su pueblo, ni tenian relaciones en la córte, ni conocian otro mundo que el que diariamente se desarrollaba ante su vista.

A las pocas horas de haber llegado á la granja ya todo estaba preparado y en buen orden en las habitaciones; pero como lo que los felices amantes necesitaban, lo que mas principalmente anhelaban, era el silencio y la soledad, prefirieron, á permanecer en la casa, trasladarse á una especie de pabellon ó *Chalet* Suizo que, á dos tiros de fusil de la habitacion principal, se destacaba al pié de un montecillo de chopos, y á orillas del arroyo y barranco de Carrairet.

El pabellon estaba unido á un molino harinero, cuya fuerza motriz eran las aguas del citado arroyo, recogidas y utilizadas por una presa.

A el hizo Margarita trasladar los muebles absolutamente precisos y en él se instaló con su amante.

Era verdaderamente un nido perdido en el fondo de un bosque de moreras; sin horizonte apenas, porque de todos lados se elevaban rápidas colinas de una vegetación exuberante.

Un poco más lejos, y á medida que el terreno descende, los árboles, aparte de los frutales que son abundantísimos, son ya más corpulentos, su corteza más lisa, su follaje más compacto.

En fin, dos ó tres pequeños arroyuelos se forman en distintos sitios, y tomando su origen de grandes distancias vienen á perderse en un estanque de donde vuelven á salir ya reunidos y en una sola corriente, para alimentar el principal que comunica su poderosa fuerza, como ya hemos dicho, á las piedras del molino.

Nada más fresco, más deliciosamente sombrío, en el buen sentido de la palabra, que las orillas de este estanque: robustas moreras, colosales algarrobos, gigantescos robles se inclinan sobre él, para formarle con sus estensas ramas una especie de cúpula; las clemátidas y las enredaderas descienden, formando una especie de cascada, y el gorgceo de los ruiseñores y demás pajarillos que entre las ramas hacen sus nidos, forman un perenne y armonioso concierto desde las primeras horas de su mañana.

Durante la semana todo permanece tranquilo y silencioso por aquellos sitios; nada ni nadie viene á turbar la paz que allí se disfruta; pero los domingos el aspecto cambia por completo y como el *Chalet* y molino, aunque de propiedad particular, ni está cercado, ni murado, y ya se ha hecho costumbre elegirlo, por su estremada belleza, para recreo de los vecinos de los pueblos inmediatos y desde las primeras horas de la mañana, los campesinos, unos después



de otros, y cargados con canastos llenos de provisiones van llegando con sus familias con objeto de pasar el día, y comer bajo los árboles.

Hay ciertas horas en que por toda la estension de la pradera y del bosquecillo inmediato, el ruido, el tumulto, los gritos son insoportables: allí se come, se bebe, se grita, se juega y se abraza á las muchachas; las mugeres se hacen conlumpiar por sus maridos, á cuyo efecto y con anticipacion se ha colocado una cuerda atravesada de un árbol á otro; otras, que son mas sentimentales y novelescas, toman asiento á orillas del arroyo, metiendo las manos en el agua, ó entrelazando juncos, como vemos en las litografías de algunas novelas pastoriles; otras, mas positivistas, se dejan conducir, al parecer sin apercibirse, por sus novios ó sus amantes, léjos del bullicio donde puedan hablar con mas libertad... y desde donde no se oiga ni se perciba el sonido de un estraviado beso; los hombres, en mangas de camisa, y sin otro ropaje que cubra su cuerpo que los característicos y blancos *zaragüelles*, juegan á la pelota, al *salta cabrilla*, al *rueda la bola*, ó bien duermen sobre la yerba; algunos otros, aunque son los menos, asaltados de un acceso bucólico espirituoso, hablan de comprar una alquería, cuando la suerte les favorezca, con un jardin y su cercado, persianas verdes en las ventanas, y sobre todo muchos naranjos en el huerto.

Todo es allí bullicio y algazara, expansion y alegría; pero al día siguiente la calma y la tranquilidad recobran su imperio, y en legua y media á la redonda el silencio es únicamente interrumpido por el gorgojo de los pájaros, ó el plañidero canto de algun trabajador.

Pues bien, en aquel Oasis, en aquel delicioso nido de

amor, se instalaran desde la noche de su llegada Felipe y Margarita. Ocuparon un gabinete del pabellon desde cuyas ventanas se distingue el mar, á una legua próximamente de distancia, y del pabellon no salieron en dos dias.

En él permanecieron encerrados, formando á su amor dulcísimo y mágico concierto los rayos purísimos del sol que penetraban hasta su lecho, los cantos de millares de pájaros, el murmullo de agua y la fresca brisa murmuradora que agitaba las hojas de los árboles.

Al fin, la mañana del tercer dia se decidieron á mostrarse y se presentaron en la puerta del molino.

Para poder disfrutar de mayor libertad en sus movimientos y correr mas á gusto por el campo, Margarita habia sustituido el traje de muger con otro de hombre, que aunque sencillísimo, la sentaba á las mil maravillas; unas botas altas á la polonesa, y un ancho pantalon de pana, color de hoja seca, cubrian la parte inferior de su cuerpo; una corta blusa de lana azul, lo ceñía, ajustando su talle un ancho cinturon de charol con hebilla: su gracioso y torneado cuello no llevaba otro adorno que una corbata de seda roja, la cual oprimia un finísimo cuello de batista caido sobre sus hombros, un sombrero de fieltro de anchas alas cubria su cabeza.

Positivamente estaba con aquel traje hermosísima.

El molinero, que no la habia visto mas que un momento la noche de su llegada, al pronto no la reconoció, pero su muger que habia servido á los señores en su habitacion durante aquellos dos dias de voluntaria reclusion, no pudo menos de esclamar al verla.

--»¡Oh! ¡qué hermosa está V. así señora! .. y dirigién-

dose á su marido, añadió:—¡Mira Miguel, mira, la señorita... si parece un ángel!...

Margarita y Felipe apenas tuvieron tiempo de escuchar las exclamaciones de aquellas sencillas gentes, porque, agarrados de la mano, hecharon á correr á través de los campos; sin embargo, al poco tiempo se detuvieron.

El sol no habia penetrado aun con la viva fuerza de sus resplandores en el valle y las hojas de los árboles dejaban caer gota á gota el rocío de la noche.

Las sendas que tenian que atravesar estaban muy resbaladizas, y Margarita se vió obligada á cogerse del brazo de Felipe.

En esta forma marchaban lentamente, estrechamente unidos: de vez en cuando Margarita apoyaba su hermosa cabeza sobre el hombro de su amante, ó bien, poniéndose en puntillas y enlazando con sus brazos el cuello de aquel, estampaba sobre sus labios un ardiente beso.

Apenas hablaban, pero positivamente ambos disfrutaban de los encantos de la naturaleza con la misma delicia que si hubiera sido creada exclusivamente para ellos.

Todo aquel panorama que se desplegaba ante su vista, les parecía completamente nuevo; respiraban un aire mas puro, mas ligero, mas embriagador.

Jamás babian visto las hojas tan verdes, ni las flores tan brillantes; las raices y los vegetales exhalaban perfumes desconocidos; bajo las moreras, los robles y los naranjos se habia formado una capa de musgo espeso y suave, sin duda para recibirlos, y de cada matorral, de cada árbol, de cada planta, de cada flor, les parecia que salian voces misteriosas que hasta entonces ellos no habian escuchado

nunca. ¡Era el himno de amor y sus almas cantaban al unisono en este divino concierto!...

—¡Oh! cuánto te amo!... Dios mio, cuánto te amo!... decia Felipe, estrechando á Margarita contra su corazon.

Despues se miraban extasiados, se daban un beso, y volvian á continuar su camino.

—¿Por qué no nos habremos amado mas pronto? exclamó de repente Margarita.

--Lo que yo me pregunto muchas veces es como tú has podido amarme á mí, preferirme entre tantas personas como te rodeaban y que...

—¡Qué niño eres!... te he amado... por tu amor.

—Y yo te he amado por tu belleza, por tu gracia, por tu talento... empecé amándote sin reflexionar, sin querer arrastrado por una fuerza superior á mi voluntad y desde el primer momento que te ví en la fuente Castellana.

—Te seré franca; yo al pronto no comprendí la adoracion de que era objeto: la primera vez que lo sospeché fué en el teatro Real.

Tú estabas en tu butaca, yo en mi palco de espaldas al palco escénico; por casualidad pasaba revista con mis gemelos por los palcos y la platea y me figé en tí; me se figuró que alguna cosa magnética me llevaba hácia tí; volví á mirarte, nuestros ojos se encontraron y mi corazon se inundó con un rayo de calor; ¿te acuerdas?

--¿Y tú, recuerdas mis alegrías cuando, al tenderme la mano, yo temblaba y apenas me atrevia á estrecharla?

—¿Pero tonto, no llegastes á comprender que ya hacía tiempo que te amaba?

-- Lo presentía vagamente, pero mi respeto era mucho mayor que mi esperanza.

Sin embargo, ¿por qué te mostrabas á veces tan cruel conmigo? ¿por qué permanecías noches enteras sin dirigirme la palabra? ¿por qué te ocupabas mas de les otros que de mí?

—¿Podia hacer otra cosa sin dar lugar á la crítica? ¿tú no comprendes cuáles son los deberes de una señora en sociedad, mucho mas teniendo que hacer los honores de su casa?

—Es verdad, pero no es menos cierto que muchos dias abandonaba la tuya llevando la muerte en el corazon.

—¡Pobre niño! prometo pagarte todas tus penas y amar-te cada vez mas por lo que, inocentemente, te hice sufrir.

De este modo continuaron por mucho tiempo repitiendo la historia de sus amores; haciéndola mas interesante cada vez, ya con un beso, ya con una caricia.

Comieron aquel dia bajo un almendro en flor: la molinera les sirvió la comida, retirándose discretamente tan luego como llegó á comprender que su presencia no solo era ya necesaria sino que pecaba de importuna.

Escusado nos parece decir que los felices amantes, disfrutando de la libertad que proporciona el campo, se entregaron por completo á los mas deliciosos trasportes; bebían en el mismo vaso, se quitaban los pedazos de la boca, se reían y disputaban á quien tiraria con mas destreza pequeños pedazos de pan á un hermoso perro de Terranova, que, atado á una cadena, era el único testigo de sus alegrías.

Muchas veces, los pedazos de pan lanzados por Margarita no llegaban á la boca del perro y, con desesperacion del mismo, las gallinas se apoderaban de él huyendo precipitadamente en distintas direcciones.

—¿Quiéres que comamos siempre aquí? dijo Margarita echando los brazos al cuello de su amante.

—Siempre, sí; respondió éste con la mayor alegría.

Llegó la noche y despues de haber dado un largo paseo por las huertas magníficas que bordean el camino de Benimaclet, vinieron á sentarse bajo una robusta encina á orillas del arroyo.

La noche estaba hermosísima y ni el mas ligero soplo de viento se permitia agitar las hojas de los árboles, que permanecian inmóviles.

Al cabo de algunos minutos apareció la luna, viniendo á reflejar sus plateados rayos sobre las aguas murmuradoras del arroyo y del estanque; los árboles que circundaban á éste, prolongándose por el camino que conducia al pabellon, proyectaban sombras inmensas y fantásticas; como relucientes diamantes sobre una alfombra de esmeraldas mil y mil gusanos de luz brillaban á su alrededor.

Todo permanecia en silencio; el único ruido que hasta los felices amantes llegaba, era el del agua del arroyo caminando hácia la presa del molino.

Felipe y Margarita, estrechamente unidos, con las manos entrelazadas, cambiaban entre sí esos eflúvios eléctricos que forman la felicidad de las almas enamoradas.

De pronto, se estremecieron como heridos por una impresion magnética; una penetrante nota habia desgarrado el aire... era el ruiseñor que cantaba...

Al cabo de dos horas emprendieron de nuevo su camino dirigiéndose hácia el pabellon: ambos marchaban silenciosos y felices; alguna cosa de inesplicable delicia embargaba sus sentidos; veian algo mas allá que su razon; el aire les parecia habitado, comprendiendo todo un mun-

do inmaterial, extraño, que les hablaba de lo infinito.....

--¿Y bien, señorita, dijo la molinera que los esperaba á la puerta, que les parece á Vdes. de este precioso retiro?

--Nos parece precioso, respondió Margarita dirigiendo á su amante una espresiva mirada; tanto, que presumo que hemos de permanecer aquí mucho tiempo.

Y efectivamente, quince dias trascurrieron, reproduccion unos de otros, y en los que la felicidad era siempre igual, sin que la empañara la mas ligera nube.

Por las mañanas, muy temprano, eran despertados por el canto de los mirlos y de las alondras; vestíanse y se dirigian á contemplar la salida del sol, bien desde las colinas que cruzan la llanada entre el mar y el camino de Barcelona, bien desde las huertas y naranjales del término de Almasera y Meliana.

Un dia que se entretenian en contemplar las ruinas de un castillo desmantelado, que se encuentra en el camino de este último pueblo y que perteneció á D. Jaime de Gérica, hijo bastardo de D. Jaime II de Aragon, á Felipe se le ocurrió inventar una historieta.

--Érase una vez, dijo á su amada, un page enamorado de su señora.

El page era bien humilde, bien tímido, pero la dama, bella, poderosa y adorada de todos; los mas altos y grandes señores la solicitaban y el page desesperado moria de amor.

--Sí, continuó Margarita sonriendo y queriendo tambien hacer halarde de su ingenio, sí, pero la dama tuvo piedad de su page, adivinó su desesperacion y su amor, é impresionado igualmente su corazon, tendió los brazos al page diciéndole:--¡Yo tambien te amo; tu amor es para mí la suprema felicidad!...

—Grande fué su dicha, continuó Felipe, y para ocultarla á los ojos de todos, abandonaron la ciudad y fueron á vivir al fondo de los bosques... su dicha era infinita.

—Sí; pero despues de algunos meses de haberla disfrutado, llegó un dia en que el son de una corneta vino á despertarlos de su sueño.

El page pensó entonces en la guerra, en los combates, en sus compromisos, en la gloria, y ofreciendo á su amada que regresaría pronto, partió.

Pero ¡ay!... no solo no volvió á parecer sino que la hermosa castellana ya no supo jamás que habia sido del hermoso page.

—Nó, nó, replicó Felipe interrumpiendo á Margarita, no fué el page el que partió sino la hermosa dama, que echando de menos la ciudad, sus triunfos y sus grandezas, huyó una mañana sin despedirse, sin ofrecer al page una palabra de consuelo.

El pobre jóven esperó por espacio de mucho tiempo á su bella ingrata y una tarde, cuando se convenció de su olvido y de su abandono, murió desesperado.

Cuenta la tradicion que la tumba del page se halla al pié de esa gran palmera.

—Pues yo he oido contar esa historia de distinto modo, replicó Margarita haciendo una graciosa mueca, ni el page ni la hermosa señora partieron; continuaron amándose y murieron ambos en un mismo dia.

Sus cuerpos reposan juntos, segun dicen, al pié de esa gran palmera.

Cuando Felipe y Margarita, en sus paseos matinales, hubieron recorrido todos los alrededores, se dedicaron á recorrer el país emprendiendo caminatas á mas largas distancias.



Margarita era infatigable y sus músculos de acero jamás se vieron abatidos por el cansancio y el sudor.

Emprendian sus caminatas muy temprano y Felipe llevaba el almuerzo, compuesto generalmente de fiambres, en una cestita que les preparaba todas las noches la molinera.

Margarita gustaba de estos largos paseos por el entusiasmo que producian en su amante ; para el corazon de Felipe cualquiera cosa era motivo de amor ; un recuerdo, un árbol, una flor, un pájaro, le daban pié para hacer comparaciones, é inmediatamente ejecutaba á grande orquesta la sinfonía de la felicidad; como en su pecho se encerraban inmensos tesoros de una pasion creciente, se hallaba siempre inspirado y á cada paso entonaba un eterno canto lírico.

Margarita se dejaba dócilmente conducir á través de aquel mundo desconocido, pero aquella naturaleza que les rodeaba y que algunos dias antes habia encontrado ella misma tan llena de encantos y de inspiraciones, empezó á parecerle insípida y monótona.

Las flores tan brillantes y llenas de perfumes el dia anterior, llegaron á parecerle ajadas y descoloridas; los árboles eran raquíticos, las colinas áridas, el valle húmedo, la proximidad al estanque y á las aguas del molino perjudicial y mal sano.

No tardó en encontrar los paseos largos y fatigosos; las sendas mal cuidadas y llenas de guijarros que lastimaban sus piés ; las cuestas en la subida muy cansadas y demasiado rápidas en su descenso ; y lo que nunca le habia sucedido, hasta tuvo miedo de que la brisa de la mañana ajase su cútis y que el rocío mojase sus piés.

Felipe permaneció bastantes dias sin observar estos síntomas y cuando llegó á notarlo, por mas que cavilaba, no acertaba á comprender la razon.

Su primer movimiento fué interrogarse á sí propio preguntándose si, por algunas de sus acciones ó palabras, habria involuntariamente ofendido á su amada; pero á todas estas preguntas su conciencia permaneció muda y á pesar de su buena voluntad, nada halló en su conducta digno de reproche.

Entonces, lleno de quietud y de temor, interrogó á Margarita haciéndola ver lo distintos que eran aquellos dias de los que habian disfrutado anteriormente; la suplicó al mismo tiempo que nada le ocultase, diciéndole francamente si la habia ofendido en algo, y en tal caso recurria á su generosidad y á su amor para que le perdonara su torpeza.

Margarita era demasiado mujer de mundo y extraordinariamente hábil para confesar, que el aburrimiento y el hastío que ella sentia, á nadie ni á nada podia achacarlo sino á la volubilidad de su carácter ó al estado de su corazon: es mas, ella misma ignoraba las causas de tan súbito desencanto, y no teniendo ningun reproche directo ni preciso que formular, bien contra su amante, bien contra el sitio que ella misma habia elegido y que en su principio consideró como un paraíso, no pudo dar á todas aquellas preguntas sino contestaciones vagas y engañosas, escusándose con la movilidad de sus nervios y la debilidad de su salud..... verdaderamente ¿de qué podia quejarse? ¿no era Felipe el mas tierno, el mas solícito y el mas entusiasta de los amantes?...

Pero si el corazon es potente, el cuerpo es á veces bien

débil, bien pobre y bien poca cosa para resistir á la felicidad.

Felipe aceptó aquellas mentidas excusas, como hombre que pide, mas bien una esplicacion por el afan de tranquilizarse, que no para saber lo cierto, y mas que nunca rodeó á Margarita de solicitud y de cuidados.

Las esplicaciones de ésta habian quebrantado su creencia sobre una dicha eterna ; por eso no habia interrogado sino para obtener una excusa mentirosa en vez de la verdad.

El pobre enamorado reflexionaba tristemente en su situacion y trataba de comprender, aunque en vano, el misterio que le rodeaba.

Muy á menudo aceptaba Margarita, con una impaciencia mal disimulada, las caricias de que era objeto ; desesperábase al ver que sus quejas eran torcidamente interpretadas y sus deseos bien mal comprendidos : se preguntaba muchas veces si aquellos dias uniformes y monótonos continuarian por mucho tiempo, puesto que Felipe parecia ciego é imbécil.

Ni imbécil ni ciego, pero sí ignorante y torpe en el estudio del corazon de la mujer ; en vez de interrogar el de su amada y adivinar lo que en sus pliegues se escondia, se obstinó en interrogar al suyo y buscar en su conducta la clave del enigma.

Sin embargo, como á pesar de sus esfuerzos no encontró nada que reprocharse, acabó por abrir al fin los ojos y comprender que la enfermedad de Margarita era el hastío, el aburrimiento, el fastidio.

Terrible golpe fué el que recibió su esquisita sensibilidad.

Mucho era ya haber llegado á convencerse de algo, pero esto no era bastante ; era preciso hacer un descubrimiento de no menor interés y mas difícil aun, el conocer las causas de aquel hastío.

Observó, espío, dió tortura á las palabras y hasta á las menores acciones... todo inútil, porque á su parecer, Margarita lo amaba cada vez mas y le daba una nueva prueba cada dia y sobre todo, para él era la principal la palabra empeñada.

Sin embargo, Margarita se quedaba algunas mañanas en el lecho, mientras él continuaba dando sus matinales paseos, bajo pretexto de ligeras ó fingidas indisposiciones.

Observó tambien ó llegó á sospechar que Margarita escribía, pues en sus dedos percibió mas de una vez manchas de tinta.

Pero ¿á quién y con qué objeto? vaya V. á saberlo.

Felipe se confundía dando tortura á su imaginacion pero no podia adivinar ni una palabra.

Una tarde, cuando acababan de comer, el molinero se presentó con una carta que el cartero habia traído para la señora.

Margarita la recibió, al parecer sorprendida, porque en todo el tiempo de su permanencia en la granja no habia tenido correspondencia alguna.

Tomóla de manos del molinero, significando con un movimiento de hombros su estrañeza y exclamando :

—¿Para mí? ¡es original! quién puede escribirme, ni saber...

—Ábrela, pues, replicó Felipe no menos sorprendido, y saldremos de dudas.

Hízolo así Margarita, pero apenas habia recorrido con

la vista media docena de renglones, dió un grito y la carta se le escapó de las manos.

Felipe se apresuró á recogerla del suelo, pero no se atrevió, en tanto que para ello no se le facultara, á enterarse del contenido.

Margarita, que comprendió su ansiedad y su vacilacion, quiso corresponder sin duda á la escesiva delicadeza de su amante y rompiendo á llorar le indicó que podia leer aquella carta que la anunciaba una gran desgracia.

Efectivamente, en ella se ponía en conocimiento de Margarita que su madre habia llegado á Madrid y alojádose en su casa, pero que al dia siguiente de su arribo se habia visto atacada de una grave enfermedad y que su vida se hallaba en peligro.

En su consecuencia, la presencia de Margarita en Madrid era, no solo urgente, sino necesaria.

Por mucho que apenara esta forzosa partida á Felipe, se hallaba tan justificada, que él fué el primero que rompiendo el silencio y procurando consolar á Margarita exclamó:

—No te apures, quizás sea tiempo aun ; partiremos si es posible esta misma noche.

--¿Cómo? ¿juntos? no conoces que esto es imposible?

—¿Cómo imposible?

—¿Y mi reputacion? no comprendes lo que es la sociedad, la maledicencia...

En el mismo dia hemos desaparecido ambos de Madrid; si regresamos á un tiempo, las sospechas que semejante circunstancia habrá hecho concebir, se convertirán en evidencia...

—Sí, pero..., se atrevió á replicar Felipe interrumpiendo á su amada.

—Creo que tú me amarás lo bastante para hacerme el sacrificio de algunos días; sacrificio que por otra parte es tan doloroso para mí como para tí puede serlo, pero mi decoro, mi reputacion, las exigencias del mundo así lo exigen y debemos someternos.

—Está bien, replicó Felipe con acento resignado; manda, dispon, obra como mejor juzgues y dime qué es lo que yo debo hacer.

—Lo que debes hacer, exclamó Margarita tendiéndole los brazos al cuello y en ademán de súplica, es partir mañana para Valencia y permanecer allí veinte días ó un mes, hasta que yo te avise.

Te prometo que tendrás diariamente noticias mias.

Yo, en tanto, marcharé á Madrid al lado de mi madre, á asistirle en su enfermedad, á cerrar sus ojos, cual es mi deber, si ha llegado efectivamente su última hora.

De este modo cuando regreses á mi lado nadie podrá sospechar la verdad y mi reputacion quedará á salvo.

—Estoy dispuesto á obedecerte en todo.

—Lo único que te suplico es que no dudes de mí; que creas en mi amor y tengas la suficiente resignacion para soportar los breves días de ausencia que debemos estar separados.

Felipe nada tuvo que objetar, ni aun siquiera se le ocurrió que en todo aquello pudiera haber su parte de farsa y de engaño.

Recibió con el mismo entusiasmo que siempre los amorosos besos y caricias de despedida, que su amada le prodigó en las escasas horas que transcurrieron hasta su partida, marchando á Valencia, sino completamente satisfecho, al menos tranquilo y lleno de confianza.

Aquella misma noche Margarita tomó el tren dirigiéndose á Madrid á donde llegó el dia siguiente.

En su casa encontró, es cierto, á su madre, pero buena y sana, y arrojándose en sus brazos exclamó:

—¡Gracias á Dios! ¡semejante idilio se me iba haciendo ya intolerable!

En tanto el pobre Felipe, que habia llegado á Valencia y se habia alojado en la fonda de Villarrasa, daba rienda suelta á su imaginacion, nutrida por las mas risueñas esperanzas y contando los dias, las horas y los minutos en que habia de recibir la primera carta de su bello ídolo, carta que desgraciadamente habia de esperar por mucho tiempo.

---

## CAPÍTULO XXII.

Continuacion de la lectura de las memorias de D. Antonio.—Reinado de Felipe II,—Retrato fiel de aquel sombrío y terrible monarca.—Glorias y grandezas de España en aquella época.—Origen é historia de la privanza de Antonio Perez.—Suplicios, homicidios y crueldades del hijo de Cárlos V.—Asesinato de Escobedo.—Matanza en el Escorial.—Autos de Fé en Madrid y en Valladolid.—Ingratitud del monarca para con su privado.—El principe Cárlos, su prision y su muerte.—Muerte del rey en el Escorial.

De pocos monarcas se ha ocupado la historia mas extensamente que de Felipe II; de ninguno tampoco han disentido mas los autores al delinear la fisonomía del sombrío heredero de Cárlos V. Yo, hermanos míos, que he leído cuanto se ha escrito sobre el particular y estoy acostumbrado á juzgar los hombres y las cosas desapasionadamente, puedo deciros que mi opinion en tan grave asunto ha de ser muy concreta.

Prescindiendo de que la época á que voy á referirme fué de las mas brillantes y florecientes para España y que bajo el reinado de aquel tirano, adusto, taciturno y cruel, se llevaron á cabo las mas grandes empresas que honrarán siempre á nuestra nacion, no por eso es menos cierto que como pocos, era Felipe II una hiena sin corazon, un hom,



bre cruel y sanguinario, que, mal podia tener cariño á los estraños cuando carecia de entrañas de padre y para que no se crea que en esto hay un exceso de exageracion, para preparar el ánimo á escuchar lo mucho que tengo que decir de este monarca, os referiré de qué manera y por qué motivo consintió en hacerse parricida.

Era en los dias en que la Reina Isabel acababa de dar á luz una hermosa niña, á la cual se puso por nombre Catalina, y con este motivo todo eran festejos y regocijos en la córte.

Pero á esta alegría, segun refiere un autor contemporáneo, se siguió, por la incostancia de las cosas humanas, una grave tristeza, una desolacion general.

El príncipe Carlos habia sido encerrado por su padre en una prision, obligándole á esta severidad *el bien público*, segun él decia.

Los motivos de este hecho se refirieron con mucha variedad, porque el rey no los descubrió á persona alguna.

Para mí, la causa principal no fué, como algunos suponian, el continuo trato y correspondencia que el príncipe mantenía con el príncipe Orange y con los *herejes*, como se llamaba entonces á los que profesaban religion distinta que la nuestra; no fué tampoco el deseo en el padre de dominar el carácter irascible del hijo; mucho menos efecto de los celos que algunos supusieron por absurdas relaciones amorosas entre el príncipe y su madrastra, nó; lo que tenia Felipe II era miedo; lo que temia era que su hijo le minase el terreno antes de tiempo y le arrebatase el trono.

El monarca supo que su hijo pensaba fugarse y huir de España y la víspera del dia marcado para la partida, llamó al conde de Feria, Ruy Gomez, D. Juan Manrique, don

Antonio de Toledo y D. Luis Quijada, cuya fidelidad le era muy conocida, y en union con algunos de sus domésticos, á la media noche del 18 de enero del año de 1568, entró en el cuarto donde dormia su hijo, á quien llenó de pavor una visita tan inesperada, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos.

Mandóle tuviese buen ánimo, y habiendo hecho sacar de allí las armas y todo género de instrumentos de hierro, y clavar las ventanas, le entregó para su custodia á algunos caballeros con una guardia de soldados armados; esto irritó de tal manera al jóven, que en sus palabras y acciones parecia haber perdido el juicio.

Al dia siguiente convocó el rey el consejo y le hizo presente que se habia visto obligado á acelerar el encierro de su hijo, por causas *gravisimas*, que no creia conveniente manifestar por entonces.

Escribió cartas del mismo tenor al César, al pontífice, y á las principales ciudades, en las que decia; que como padre de *un hijo muy amado* y educado para sucederle en la corona, le habia impuesto Dios la obligacion de *corregirle*, y que debia hacerlo por el bien público, y que era indispensable reprimir con la severidad las perversas costumbres y desordenadas inclinaciones de aquel jóven, para impedir los males que podia ocasionar, y que él cuidaria de que no recibiesen detrimento alguno los reinos *que Dios le habia confiado*.

Esto es lo único que quiso el rey que se supiese de este suceso, y calló lo verdadero, por vergüenza.

No obstante, cundió entonces por el vulgo, quizás por orden del mismo rey, que el príncipe habia proyectado sublevar las provincias del imperio español, y que mas

queria arrebatár el cetro de su padre que heredarle despues de su muerte.

Pero es lo cierto que no se descubrió ninguno de los cómplices de este, para mí, supuesto atentado.

Los extranjeros refieren en sus crónicas muchas cosas vanas, absurdas y que deben tenerse por sueños. Alguno, sin embargo, asegura, con ciertos datos muy graves, que el príncipe fué envenenado en su prision por órden de su padre.

El ánimo se resiste á creerlo; pero en lo que fuera, es lo cierto que el príncipe no salió de su prision sino para la tumba.

Es sin embargo lo mas lógico, que aquel jóven de carácter ardiente y altivo, no pudiendo tolerar tan grande ignominia, se obstinase en acelerarse la muerte, como dice Mariana, á pesar de las amonestaciones y ruegos de Honorato Juan, hombre insigne en piedad y doctrina y á quien habia sido entregado el príncipe para instruirle en las letras humanas.

Para conseguir su intento, esto es, darse la muerte, añade aquel reputado autor, se abstenia D. Cárlos muchas veces de tomar alimento, y otras comia inmoderadamente; bebia agua de nieve con mucho esceso, y con estas y otras cosas se le debilitó el estómago de tal modo, que, viéndose atacado de una enfermedad peligrosísima, los médicos anunciaron que viviría poco tiempo.

En este estado, llamó á su confesor, fray Diego de Chaves, con el cual se confesó y despues de recibir el Viático y la extremauncion, falleció el dia 24 de julio á los 23 años de edad.

Ahora bien, sea por efecto de muerte violenta ó por en-

fermedad natural; sea por efecto de la impresión causada en el ánimo del altivo príncipe al verse preso y tratado de tal modo. ¿Quién en buena lógica fué su asesino?

Pero aun hay mas: inmediatamente de aquella desgracia ocurrió otra no menos estraña que significativa.

La reina estaba nuevamente embarazada.

Aun no se habian enjugado las lágrimas por la muerte del príncipe, cuando una nueva desdicha llenó de luto y de tristeza á la córte.

La reina doña Isabel falleció repentinamente, á la temprana edad de 23 años; aquella virtuosa mujer, que debió ser la esposa del príncipe Cárlos y que, bajo pretesto de *razon de estado*, le fué arrebatada por su padre, razon por la cual el taciturno monarca tuvo siempre celos de su hijo y de su mujer.

Se atribuyó la causa de su muerte á la *imprudencia* de los médicos; pues, hallándose en cinta, la administraron remedios que solo se acostumbra á aplicar á los hidrópicos, razon por la cual perecieron, no solo la madre, sino tambien el hijo que llevaba en sus entrañas.

¡Singular *torpeza* la de estos facultativos y que se presta á no pocos comentarios, si se tienen en cuenta ciertos hechos y antecedentes!...

¿Quereis, amados hermanos mios, otro rasgo que caracterice cumplidamente la fisonomía de este feroz monarca que algunos autores han dado en apellidar *Felipe el Prudente*?

Pues escuchad.

Habian dado comienzo las colosales obras del gigantesco monasterio del Escorial, de esa octava maravilla que Felipe II hizo construir en conmemoracion de la famosa batalla de *San Quintin*.

¡Cuántas lágrimas, cuánto dinero, cuántas vidas, cuánta sangre costó, sin embargo, aquel grandioso monumento, antes de verse terminado!

Para que los trabajadores avanzaran más rápidamente, se habian formado cuadrillas de obreros de diferentes puntos de España, compuestas cada una de ochenta á cien hombres, y allí las habia de catalanes, castellanos, aragoneses, valencianos, vascongados y navarros.

Aquellas imponentes breñas se asemejaban á un estenso panorama, á un vasto campamento salpicado de chozas, barracas y cantinas, donde los trabajadores hacian sus comidas, ó reposaban por la noche de sus fatigas.

Generalmente, cada seccion tenia su cantina especial y su cantinera, la cual, por un precio alzado, les proporcionaba las dos comidas de la mañana y de la noche.

Llegó un dia en que Felipe II hizo una reduccion en los jornales, y una seccion de navarros exijió de su cantinera que, proporcionalmente, les hiciese igualmente una reduccion en el precio establecido.

Negóse la desgraciada mujer á la exigencia, bien porque no pudiera, ó bien porque no quisiera hacerla; pero es lo cierto que los navarros se amotinaron y en la confusion que aquella escena produjo, fué muerta, sin que se supiera por quién, la pobre cantinera.

El hecho es bárbaro, el asesinato un crimen justiciable y lógico que se castigara: estamos conformes.

Pero lo natural, en semejante caso, era haber formado causa y procedídose á la averiguacion del verdadero ó verdaderos asesinos, y justificado el crimen, castigarlo en los que lo habian cometido; pero el rey D. Felipe tenia su jurisprudencia especial y no se le ocurrió cosa mejor, sin

meterse en mas clase de averiguaciones ni procedimientos, que mandar ahorcar, como así se verificó, á los ochenta ó cien navarros que componian la seccion.

¡Esto es bárbaro, es inícuo, es inconcebible!...

Aun se vé á la entrada del pueblo, sobre la derecha, y encima de una gran piedra, una cruz que indica el sitio donde se llevó á cabo la ejecucion de aquellos desgraciados.

Me parece que este es uno de los hechos que hacen mejor la apología de aquel monarca sin corazon y sin sentimientos humanitarios.

Lo que aun me resta que referir, que no es poco, os parecerá tal vez pálido despues de un acto tan salvaje.

Al tratar D. Salvador Bermudez de Castro, en sus estudios históricos, del célebre Antonio Perez, secretario de Estado del rey Felipe II, dice, con razon sobrada, que frecuentemente la Historia es el apasionado prisma de las injusticias del mundo, eco fiel de las causas que triunfan é inflexible azote de los desgraciados oprimidos; ella, las mas veces, eterniza en sus falaces pájinas el orgullo del fuerte y el baldon de los que sucumbieron.

Mucho se ha escrito sobre la privanza que gozó Antonio Perez, pero pocos escritos han visto la luz pública. Recientemente un drama y un romance español pretenden reflejar algunas facciones de su notable fisonomía; pero la luz poética es la mas falsa de todas las falsas luces.

Lo que sí es cierto, que siendo nuestro ánimo hacer la biografia de Felipe II, creemos que es indigno de la imparcialidad histórica repetir sobre este monarca las acusaciones apasionadas de interesados cronistas: la ilustracion de la época no me permite considerar á este hombre á la luz

del engañoso prisma de sus enemigos políticos y religiosos, y bajo el punto de vista de las preocupaciones filosóficas del último siglo. En los errores de su administracion, en los arrebatos de sus pasiones (que mas de una vez me han de proporcionar en esta obra campo para describir sangrientos sucesos como el de Escobedo, del príncipe Carlos, las víctimas del Escorial y los autos de fé de Madrid y Valladolid), en las exajeraciones de su carácter, en la perversidad de sus sentimientos, ha dado el hijo de Carlos V suficientes motivos de censura, para que sea necesario acumular sobre su cabeza falsos crímenes.

Bastan con los que de derecho le pertenecen que no son pocos.

El asesinato de don Luis de Escobedo es uno de ellos, y fuerza será, para que os penetreis bien de la índole é importancia de este crimen político que me permitais haceros una breve reseña del carácter y condiciones especiales de los varios personajes que jugaron en el sangriento drama que nos ocupa, particularmente en lo que tiene relacion con el privado del rey, que representó en él el principal y mas activo papel, y sobre todo de la situacion política de España por aquella época.

Para escribir este crimen, no me he querido fiar de lo dicho por algunos parciales cronistas, ni en mi mala ó buena opinion, he querido hacerlo tampoco por inspiracion propia, sino consultando antes todos los escritores mas autorizados, tanto antiguos como contemporáneos; entre ellos Freixas, Bermudez de Castro, Lafuente, Ferreras, Sandoval, Miguel Prescott, San Miguel y otros varios.

Para llegar al desenlace es absolutamente necesario

que conozcais tambien anticipadamente una parte de la historia de cada uno de aquellos personajes, y la representación que á cada cual cupo en tan repugnante como escandaloso homicidio.

Nació Antonio Perez en Monreal de Ariza.

Su padre fué Gonzalo Perez, secretario único de estado que sirvió durante cuarenta años al emperador y á su hijo, sin dejar despues de su muerte á su heredero otro patrimonio que el recuerdo de sus grandes servicios y de su intachable probidad.

Sin deslumbrarse con el brillo de su elevada posicion, en la larga práctica de los negocios públicos y en su profunda esperiencia de la córte, habia aprendido el prudente anciano á conocer los escollos del favor y la inestabilidad de los caprichos de la suerte.

Retirado del pozo de las intrigas palaciegas, en cuanto su importante destino lo permitia, trató de enderezar por senda mas segura, si bien menos brillante y alhagüeña, el porvenir de un niño que desde sus primeros años daba hartas pruebas de la precocidad de su talento y de la viveza de sus pasiones.

Queriendo proporcionarle, sin embargo, la mejor educacion que á su alcance estuviese, envióle á la Universidad de Alcalá, célebre entonces por la organizacion de los estudios, por la calidad de los maestros y por los altos y esclarecidos personajes que acudian de todos los dominios de España á perfeccionar su instruccion.

Apenas salia de la infancia y ya Antonio Perez, por consejo de su padre, marchaba á recorrer la Europa para estudiar la ciencia política en la observacion de las córtes estranjeras.



Con ansia y curiosidad, con una actividad inquieta, propia de sus años, con fondo de instruccion bastante para sacar fruto de sus peregrinaciones, lanzóse el jóven estudiante en la senda que la proteccion del ministro abría á sus ambiciosos deseos.

Provisto de cartas y recomendaciones para los personajes mas poderosos de los estados que habia de visitar, tuvo Antonio Perez ocasion de conocer por sí mismo la particular estructura, la administracion y los recursos de las naciones, la capacidad y tendencias políticas de sus gobiernos.

Bajo una fisonomía franca y abierta, bajo una apariencia de disipada alegría, ocultaba Perez una sagacidad penetrante y una ambicion desenfrenada.

Apenas dejó el territorio español, se reveló otro mundo á sus atónitos sentidos, y abandonando para mejor tiempo la satisfaccion de sus pretensiones, dedicóse únicamente al estudio, á la observacion, al conocimiento de la humanidad.

Su prodigiosa memoria conservaba cuanto adquiria de su inmensa lectura.

En Suiza leía á Ovidio, meditaba á Horacio; y en Venecia y en Roma se deleitaba, despues de escuchar con aparente modestia á los célebres estadistas, leyendo por las noches á Tácito y estudiando profundamente á Maquiavelo.

Cuánto observaba, cuánto veía, todo el fruto de sus meditaciones era anotado y comentado en un *memorandum* que quemó á su vuelta.

Así, aquel jóven tan disoluto y amable en apariencia, era en realidad un filósofo aplicado y observador: así, con

un corazón apasionado y ardiente, unia el curioso viajero á un entendimiento sano, un ánimo seguro y una razón fría.

Pero si bien se ensanchó con sus largas escursiones el horizonte de sus ideas, si bien su temprano talento adquirió un fondo de instrucción poco común, cierto es también que su padre no consiguió el resultado que esperaba.

Creía Gonzalo Pérez, que tal vez la continua observación de las peripecias cortesanas y los azares del mundo escarmentarian á su hijo en cabeza agena, calmando la viveza de sus impresiones y embotando con la cautela del peligro los arrebatos de su ambición.

No sucedió así.

No era Antonio Pérez de aquellos hombres que tiemblan ante la fortuna; antes bien, su audacia amaba los riesgos de una carrera aventurada, al paso que los recursos de su ingenio activo y pronto, le garantizaban el triunfo.

Nada de lo que observó en sus viajes pudo espantar su ánimo, porque comprendió el terreno en que se maniobraba y el arte con que se combatía.

Prometiéndose asimismo evitar las faltas que en aquellas córtes notaba desde lejos, fortificó su ambición con el estudio continuo de los resortes que levantaban y mantenían á los políticos hábiles en las gradas de los tronos; dejando en todas sus propósitos algo á la suerte y mucho á sus propios recursos.

La afición y la curiosidad le llevaron especialmente á contemplar el variado panorama que presentaba la Italia en aquella época: la inmoralidad más profunda y calculada era el alma de todos sus gobiernos, y Pérez creyó que ciertas máximas equívocas debían ser pauta y norma de los

hombres de estado, juzgando que, en política, el resultado siempre justifica ó condena los medios.

Florenia y Venecia fueron en su imaginacion los gobiernos mas perfectos de Europa; aun cuando siempre ocultó, bajo aparente franqueza, sus tendencias á un maquiavelismo exagerado.

Por otra parte, en las civilizadas y espléndidas córtes de Italia, habia contraido Antonio Perez un amor desenfrenado á las delicias del lujo y á los goces de la magnificencia: en Roma habia aprendido el valor de las artes y amaba sus producciones, mientras que, como solaz de los trabajos políticos, consideraba el mejor de los remedios las escandalosas bacanales de los senadores venecianos.

Allí tambien, en las academias de los poetas, en el teatro de los artistas, en las tertulias de los palacios, ornó su imaginacion flexible con el tesoro de una instruccion clásica y pura, con las seducciones de las esquisitas lisonjas, con los atractivos de la cortesía y las gracias de la mas animada conversacion.

Tal era Antonio Perez cuando, despues de largos años de viajes, volvió á su patria en pos de sus esperanzas ambiciosas.

Dedicado luego á continuar sus estudios interrumpidos, no descuidaba sin embargo el cultivo de las poderosas relaciones que le proporcionaba la antigua posicion de su difunto padre.

Con deudas en vez de bienes, necesitaba desplegar todos los recursos de su ingenio para poner el impaciente pié en la escala de la fortuna.

Interesando en su favor á Ruy Gomez de Silva, supo captarse la amistad del mejor de los protectores.

De simple paje de la emperatriz, habia subido Ruy Gomez al mayor valimiento en tiempo de Felipe II.

Con inmensas riquezas, con alto poder, el príncipe de Eboli no habia ensoberbecido su ánimo al compás de su elevacion.

Conocia los peligros de su altura y las exigencias de su puesto.

Sea por sincera aficion á Antonio Perez, sea porque en sus talentos y sagacidad viese el medio de conservar el favor del monarca, ó bien por tener á su lado una hechura suya, Ruy Gomez dió cuenta al rey de sus altas cualidades.

Díjole en un informe, que Gonzalez Perez, su antiguo secretario, habia dejado un hijo de talentos singulares y de notable esperiencia; criado especialmente para su servicio, tanto por la profundidad de sus conocimientos como por la peregrinacion que le habia llevado por diversas tierras y naciones, estudiando sus usos y costumbres, y envuelto siempre, desde su niñez, entre lo mejor y mas granado de las córtes y provincias por donde anduvo.

El rey mandó entonces que fuese á palacio y el príncipe de Eboli fué su introductor.

Felipe II gustaba en gran manera de la buena conversacion: su buena memoria y sus conocimientos superiores en historia, en ciencias morales y en geografía ponian frecuentemente á prueba la capacidad y el ingénio de las personas que le rodeaban.

La vez primera que recibió á Antonio Perez. aquel astuto monarca le habló de sus viajes por Europa, y le hizo mil preguntas sobre la organizacion y secretos políticos de las córtes que habia estudiado en su larga ausencia.

Sus respuestas exactas y respetuosas, la delicadeza de

sus observaciones, la frialdad de sus juicios, hicieron impresion en el ánimo del monarca, poco acostumbrado á encontrar tanto peso y madurez en una cabeza tan jóven.

Sus modales atentos, la variedad de su instruccion, su lisonjera y graciosa cortesanía, cautivaron la atencion del rey.

Su suerte estaba segura ya: secretario de Estado á los veinte y cinco años, cargado de favores y mercedes, recibió despues cargos de la mayor importancia que aumentaron y ensalzaron su fortuna.

El monarca le distinguió con su amistad personal, y en la mesa, en el coche, en los paseos, le acompañaba constantemente el jóven y prudente ministro.

Si Felipe era sagaz y astuto, Antonio Perez no le iba en zaga.

En los primeros tiempos de su privanza, erguida su cabeza entre los personajes mas notables de la córte, caminó Perez con la sonda en la mano, con pasos cautelosos, y siguiendo en gran parte la brújula del príncipe de Eboli, su principal protector.

Ruy Gomez de Silva, anciano ya en aquella época, habia sabido sostener su valimiento por medio de una *condescendencia* continúa, de atenciones incesantes y de un imperio nunca desmentido sobre sus pasiones.

Así habia atravesado los tiempos mas borrascosos de dos reinados, plegándose al viento que corria y dejando pasar, como la caña, la tormenta sobre su cabeza.

Cortesano antes que todo, modelaba sus deseos y hasta su entendimiento al gusto del monarca, de tal manera, que solia llamar *templanza del pensamiento* al antidoto de la envidia real.

El duque de Alba le pintaba bien cuando decia: «el señor Ruy Gomez no fué de los mayores consejeros que ha habido, pero del humor y natural de los reyes le reconozco por tan gran maestro, que todos los que por aquí dentro andamos, comparados con él, tenemos la cabeza donde traemos los piés.»

Su máxima constante era no contradecir jamás á su señor, porque nada habia, á su entender, mas peligroso, que humillar con razones el entendimiento del soberano, mucho mas de un hombre tan temible como Felipe.

Así mantenía su fortuna al abrigo de los vaivenes y conservaba un favor de que sin embargo no abusaba: anciano envejecido en los desengaños de la córte, solo deseaba conservar su opulenta tranquilidad en los últimos años de su vida.

Jóven, altiva y espléndida, la princesa de Eboli, era el encanto de la grandeza española.

Doña Ana de Mendoza y la Cerda, dominaba con su belleza y con su lujo, toda la aristocrática sociedad de Madrid.

Casada, casi contra su voluntad, con Ruy Gomez de Silva, comprendió, al poner el pié en la córte, todo el poder de su posicion y los recursos de su hermosura.

En un alma como la de Felipe II, el amor debía ser una pasión vehemente aunque refrenada, y la princesa conoció harto pronto la profundidad del amor que habia inspirado al rey.

El cortesano marido, sobrado hábil y observador para no ser ciego, *consentia de buen grado* relaciones que no hubiera podido cortar sino á costa de su privanza.

Tal vez fué la princesa de Eboli la única mujer que tuvo un ascendiente positivo y constante sobre el alma de

Felipe: pero obstinada y caprichosa, despreciaba la bajeza servil de los palaciegos, á quienes humillaba de continuo con desdenes y desaires.

Su alma vehemente y ansiosa de placeres, buscaba los peligros que trajesen consigo fuertes aunque punzantes emociones.

Ligera y vengativa, sacrificaba á un momento de satisfaccion ó de venganza, sus mas acertados planes y sus mas caros intereses.

Con una imaginacion viva y fecunda, con talento pronto y variado, con suma delicadeza de sentimiento, estrañamente conservada en su equívoca posicion, marchaba indiferentemente hácia el bien ó hácia el mal, sin abrigar orgullo por lo uno ni remordimientos por lo otro.

Dispuesta siempre á ceder á la fuerza de sus primeras impresiones, disimulaba, sin embargo, con tanta habilidad en ciertos casos, que sus mas allegados amigos y sus mas antiguos servidores no alcanzaban á comprender la naturaleza de sus sentimientos.

Cautelosa y previsora algunas veces, imprudente é indiscreta otras, tan pronto dulce y afectuosa como colérica y vengativa, cínica en la expresion de sus amorosas pasiones ó sublime en su generosidad, la princesa de Eboli era un enigma eterno en la imaginacion de los cortesanos.

A dar cuenta ó á descansar de sus victoriosas campañas y de los trabajos de sus gobiernos volvía, á temporadas á Madrid el duque de Alba.

Con asiento en el consejo de estado, gustaba mucho el rey de escuchar su parecer en los casos difíciles, ya por la franqueza enérgica con que los esponía, ya por la alta experiencia del antiguo y afamado capitán.

Tranquilo con el testimonio de su conciencia, severo en el desempeño de sus obligaciones y con ideas caballerescas acerca de los deberes de un vasallo, el duque de Alba no comprendía que nadie pudiese poner su fidelidad en duda, y así nunca adulaba, ni tomaba parte en las intrigas palaciegas.

El hábito del mando supremo, había impreso en su semblante un sello de altivez, que aumentaba su austeridad acostumbrada.

Su génio despreciativo y un tanto intolerante solo cedía al ascendiente del rey, cuya superioridad intelectual é inexorable carácter acataba con supersticiosa veneración.

Risueño y alegre por casualidad, derramaba su buen humor en crudos y vigorosos sarcasmos contra los cortesanos adúladores.

Otras veces se burlaba de la hipócrita devoción de prelados palaciegos; pero su aventurada franqueza nunca irritaba al rey porque conocía su intención y había puesto á prueba su lealtad.

Amante casi siempre de la corte, uniendo su nombre á las glorias militares de España, D. Juan de Austria, hermano bastardo del rey, se deslumbraba poco á poco con el esplendor de sus hazañas y la altura de su posición.

Jóven soldado, con capacidad y valor para la guerra, entusiasta de la fama de su padre y con toda la imprevisión de sus años, abría su ambiciosa imaginación á las mas extravagantes esperanzas.

Agradecido al hermano generoso que lo arrancó de la oscuridad clerical á que le condenaba su destino, para elevarlo á la posición mas brillante de Europa, daba oídos sin embargo á pérfidos consejeros que le pintaban como fácil



empresa la adquisicion de una gran corona y la realizacion inmediata de la inmensa monarquía que soñó el emperador.

Con fondo de buenas inclinaciones, pero lijero y en algun tanto vanidoso y altivo, daba continuamente motivos de queja á su hermano, que perdonaba sus imprudencias y le proporcionaba en cambio nuevos laureles.

Su pretension dominante era que le pusiese el rey casa de infante de España; en su escusable ambicion olvidaba la bastardía de su nacimiento, y no escuchaba el secreto que se contaban al oido los cortesanos sobre el misterio vergonzoso de su origen.

De confesor del desventurado príncipe D. Cárlos, habia pasado fray Diego de Chaves á dirigir la conciencia del monarca.

Con conocimientos casi exclusivamente teológicos, de buenas costumbres pero de escaso talento, figurábase el buen padre que dominaba á su augusto penitente, sin ser mas que el primero de los instrumentos, en las manos hábiles y poderosas de aquel.

Si bien se ofrecia á la meditacion para todos los negocios, no sabia sin embargo de los asuntos del estado mas de lo que á los designios de Felipe convenia.

Atendible, por el aprecio con que le distinguia el rey, el conde de Chinchon no ocupaba destino importante en la administracion del reino.

Sus conocimientos eran muy escasos; vacilante y débil su voluntad, limitado y torpe su talento.

Habíase educado en compañía de Felipe, quien nunca olvidó á su antiguo discípulo, dándole constantemente un lugar á su lado.

Ocupóle sin embargo pocas veces, y solo en lo que podia fácilmente desempeñar, pues solia decir que *no todos los estómagos eran capaces de digerir las grandes fortunas; y que no se corrompia tan pronto, ni se reducía á alimento ruin una mala vianda, como las honras excesivas en un alma sin merecimientos.*

Tales eran los personajes mas influyentes de la córte española, cuando entró Antonio Perez al servicio del rey: con ellos habia de tratar todos los dias, sea discutiendo los negocios de estado, sea comunicando las órdenes especiales del monarca.

Los otros secretarios encargados de los diversos ramos de la administracion, el presidente del consejo de Castilla, el arzobispo de Toledo, el cardenal de Granada, el clérigo Hernando de Escobar, Rodrigo Vazquez y el marqués de los Velez, tuvieron épocas mas ó menos largas de favor y de influjo, pero nunca tan sólida y constante como los personajes nombrados.

La grandeza no tenia, como corporacion ni como distintivo, alta importancia á los ojos del rey, que conservaba siempre presente los últimos consejos del emperador.

Con antiguos privilegios y riquezas considerables, los grandes de España tenian ciertamente poderosa influencia social, para sin alcanzar mas importancia política que la que sus talentos, sus servicios ó su valor les conquistaban.

Príncipes de Alemania y de Bohemia, señores refugiados de Inglaterra y Francia, magnates de Flandes y de Italia que traian á Madrid sus negocios y pretensiones, todos los elementos inquietos de la primera capital del mundo, se chocaban y bullian al pié del trono de Felipe; y en la primer grada, levantado sobre tantas antiguas am-

biciones, luchando con tan poderosos rivales, en medio de afanados palaciegos y al lado de los príncipes, supo sentar su firme planta el jóven y novicio ministro, sin otra brújula que su talento, sin mas antecedentes que su audacia, sin otro apoyo que el reciente aprecio del mas hábil y temible de los soberanos.

La penetrante perspicacia de Antonio Perez adivinó pronto los misterios que encerraba aquella córte espléndida y sumisa.

La poderosa enerjia del rey comprimia ó alborotaba á su voluntad los agitados elementos que se derramaban luego por Europa, para conmoverla ó espantarla con intrigas gigantescas.

Todos aquellos altos personajes, que ostentaban el lujo de su poder en las *sillas proconsulares* de los gobiernos de Flandes ó de Italia, venian luego á dar cuenta á Madrid, y á temblar ante una mirada de su inflexible y sombrío soberano.

La aplicada curiosidad de Antonio Perez, al despachar las consultas y negocios de los gobernadores y generales, al recibir en nombre de Felipe los memoriales y las visitas de los palaciegos, entendió la dificultad, el móvil y los resortes de las pasiones de cada uno.

Pero la sagacidad de su talento faltóle para comprender y analizar bien el carácter personal del rey.

Felipe II era, si nos es lícito espresarnos así, la encarnacion del hombre en el monarca.

Los azares de su vida privada se confundian en la prodigiosa actividad de su vida pública.

Los altos pensamientos nacian siempre abrigados por la corona, que nunca abandonaba su cabeza.

Todas sus pasiones se escitaban ó se templaban por las consideraciones del interés propio.

Gobernar era su destino; la prosperidad del estado su objeto: la conveniencia pública, segun decia, su guia.

Reservado en sus resoluciones, seguia frecuentemente un camino impenetrable para la limitada vista de sus consejeros mas allegados; y alguna vez parecian contradicciones caprichosas las mas lógicas consecuencias de sus secretos designios.

Los primeros años de su juventud fueron pasto de sus fogosas pasiones.

Escesos en los tratos amorosos le produjeron enfermedades que afligieron por mucho tiempo su robusta constitucion.

La aficion desmedida á las mujeres era una necesidad de su temperamento, pero sus relaciones transpiraron pocas veces al público, y sus favoritas, cosa bien rara en un monarca, nunca influyeron en los negocios del estado.

Solo la princesa de Eboli dominó algun tanto su alma severa.

Contrario á la molicie, jamás se abandonó á los placeres sensuales, ni los admitió, sino como una necesidad de la vida que era necesario satisfacer.

Pocas veces abria su corazon á los afectos expansivos, pero si sucedia por acaso, no se entregaba á los objetos de su amor ó de su amistad; antes bien estaba siempre pronto á sacrificar sus mas tiernos afectos á los intereses de la monarquía.

Su disimulo y entereza en las ocasiones críticas eran la admiracion de los cortesanos.

Su semblante, casi siempre sereno y taciturno, nunca era el espejo de su alma.

Impenetrable para todos, abrigaba las mas violentas pasiones, sin que los ojos, ni los labios, manifestasen la emocion mas lijera.

Nunca en los triunfos de la próspera suerte, cuando la Europa esperaba temblando sus mandatos, manifestó insolencia ni vanidad; jamás, cuando se desvanecieron en humo sus gigantescas esperanzas, pudo verse en su frente la huella del abatimiento de su ánimo.

A prueba de las mudanzas de la fortuna, preparado siempre el pecho á la desgracia, parecia á veces que las pasiones humanas no tenian asiento en su corazon.

Ganada la batalla naval de Lepanto, que, despues de tantos azares, afirmaba el porvenir de la cristiandad llevando á tan alto punto la gloria del monarca español, llegó un correo cubierto de polvo, ganando horas y minutos, á darlé tan fausta noticia: rezaba el rey en el Escorial, y cuando los cortesanos no podian contener los arrebatos de su entusiasmo al escuchar las particularidades de la victoria, el semblante de Felipe permaneció impassible, frio, sin que nadie pudiese conocer ni emocion, ni alegría: la relacion acabada, solo pronunció estas palabras textuales, en el tono majestuoso y melancólico que le era habitual: «*Mucho ha aventurado D. Juan*» y volviéndose hácia la iglesia, continuó por largo rato sus oraciones.

Llegado el aviso de la pérdida de *La Invencible*, de aquella magnífica armada destinada á trastornar la faz del mundo, oyó con suma tranquilidad el monarca la infausta noticia que daba en tierra con los proyectos de su ambi-

No dejó entrar en Castilla á los Capuchinos, y, ejemplo único en su linaje, murió sin dejar á los jesuitas muestra alguna de su liberalidad.

Declamando con frecuencia contra la gran muchedumbre de religiones y el aumento de tantas órdenes, decia que lo único conveniente era reducir las nuevas, y las antiguas mantenerlas en toda la integridad de su institucion, pues al pasó que marchaba la época, era de temer que abundase mas el mundo en religiones que en piedad.

Superior á casi todos los magnates de su siglo y á Antonio Perez que, apesar do su inmensa ilustracion y de su claro talento, consultaba á los astrólogos y tenia un tanto de fé en sus agüeros, Felipe II despreciaba la astrología, dudaba de la mágia y condenaba públicamente la adivinacion y los pronósticos.

*Los secretos del porvenir, decia, están cerrados para la miseria del hombre: estos temerarios juicios quieren prevenir el de Dios.*

Si bien naturalmente altivo, severo y hasta cruel, disimulaba las ofensas que no queria castigar, sin hablar jamás de ellas; pues solia decir que en tales ocasiones *es el sumo saber hacerse el desentendido.*

Con semejante carácter, dominaba Felipe II y tenia á raya á sus mas ambiciosos cortesanos.

Profesábanle un respeto temeroso sus palaciagos, temblando en su presencia.

Pero afable é indulgente á veces en la vida privada, era nímio y severo en demasía al tratar con sus agentes los negocios públicos.

Felipe II se ocupaba con estremada atencion de los cuidados del gobierno.

Las enseñanzas de la historia, los ejemplos contemporáneos y los profundos consejos de su padre, habían dado á su carácter, desde sus primeros años, abundante fondo de madurez y de esperiencia.

Lástima que los instintos de su corazón no fueran otros!...

Basta leer las instrucciones que comunicaba á los embajadores, para convencerse del estudio y sagacidad política que presidían en todos sus pasos.

Instruido como ninguno de sus consejeros en la administración y recursos de la monarquía, enderezaba por sí solo el timón del estado, enseñando frecuentemente á sus ministros el modo de despachar con rapidez y aprovechamiento.

Arreglaba bajo una planta cómoda y conveniente los negocios de sus secretarios, dando á cada uno lo que podía fácilmente desempeñar.

Como gobernaba por sí mismo y de la manera mas absoluta, necesitaba agentes instruidos que ejecutasen con inteligencia sus mandatos; así daba entretenimiento y sueldos á los oficiales de capacidad, á los jóvenes que se distinguían en cualquier carrera, honrándoles y haciéndoles merced con el objeto de tenerlos á su lado y formar un plantel de ministros para en adelante.

Cuidadoso de recompensar el mérito y de distinguir á los hábiles, mandó á su secretario de cámara, Juan Vazquez de Salazar, formar una relacion de todos los que sirvieron ministerios desde los tiempos de Fernando V.

Pocas veces empleó á los grandes de España en elevados puestos, acostumbrando á decir que nada era el nacimiento sin el estudio y sin el talento, y llamando á las secretarías seminarios de los hombres de estado.

Desconfiado en el despacho de los asuntos, examinaba el rey por sí mismo los papeles antes de poner la firma.

Gustábase proceder con orden y método en la administración, para aliviar su peso y facilitar la buena inteligencia.

Amigo de la claridad, devolvía una instrucción cuando un período confuso podía perjudicar á su efecto.

Fuerte en conocimientos gramaticales, no disimulaba las faltas en el estilo, llegando al extremo de hacer copiar tres veces á un ministro una misma carta por hallar faltas de ortografía, y despedir á otro porque no puntuaba bien.

Enterado de todo por los personajes de su córte, conservaba en su memoria las circunstancias mas indiferentes de un asunto intrincado: sus secretarios, antes de despachar con él, estudiaban y examinaban las materias en cuestión como si á confesar fueran.

Naturalmente reservado, holgaba sin embargo le confiasen sus servidores todo cuanto el vulgo decía, sin respeto al favor ni al poder: así peligraron en su reinado muchas alturas.

El secreto era el alma de sus desígnios: todos sus ministros y cortesanos cuidaban de guardar silencio sobre lo que llegaba á su noticia, sabiendo que la indiscreción era un defecto imperdonable para el rey.

Así los embajadores extranjeros vivían en Madrid sin entender nunca la política española.

Jamás vendía él tampoco lo que le confiaban: todos los cortesanos iban á contarle cuánto sabían acerca de sus mas poderosos consejeros, seguros de que el origen de sus noticias no transpiraría jamás.

Y de tal modo amaba la reserva, que era parte para al-



canzar su favor y tener mas lugar en el gobierno, imitar la discreta conducta del monarca.

El presidente de órdenes reveló en una ocasion á la reina doña Ana, lo que habia dispuesto en un testamento que otorgó en Badajóz, durante su peligrosa enfermedad.

Súpolo el rey: llamóle á su presencia, y tan áspera fué la reprehension que le dió por su conducta, que el infeliz se retiró á su casa y de la sofocacion y la vergüenza perdió la vida.

*Los designios de los reyes, decia, deben abrasar la garganta del que los rebela: si se dejan discutir por el vulgo las causas de proveer, de castigar, dar y pedir, espondriase á la censura la autoridad que manda, y supondrianse flacos fundamentos á las mas hidalgas resoluciones.*

Para que sus designios no pudiesen divulgarse, tenia tal cuidado con los papeles de su mesa que hasta advertia el órden con que los dejaba.

Negociando un dia con Mateo Vazquez, vió desde otra pieza que un ayuda de cámara los hojeaba para buscar una consulta sobre un negocio suyo; y dirigiéndose á un gentil hombre, le dijo: «*Decid á aquel que no le mando cortar la cabeza, por los servicios de su tio Sebastian de Santoyo, que me dió, que si no fuera por esto, de palacio saldria descabezado.*»

Pero lo que no podia sufrir era la mentira: faltar á la fidelidad ó á la legalidad, no admitia ni merecia para él perdon.

Dos de sus ministros murieron desterrados por haber ocultado la verdad en sus relaciones.

No daba gran valor á las palabras; pero atendia mucho á la intencion y al pensamiento de sus consejeros.

- Amigo de la exactitud, advertia con indulgencia leves faltas que escapaban á la intencion de sus secretarios.

Llevándole á firmar una carta con título de Provincial de una religion, dijo: «*No hay sino general en ella, vuélvase á hacer.*»

Firmando una venta para un D. N. de un lugar de *behetría*, escribió al márgen: «*Vuélvase á hacer sin el don, porque no puede haberlo en lugar de behetria.*»

Pidiéndole facultad un clérigo para que heredase una hija suya setecientos ducados de renta, anotó: «*Bastan ciento para hija de clérigo.*»

Dando prisa al presidente de Hacienda para que le enviase una cuenta importante, y alegando aquel que podia venir cerrada, le respondió: «*No importa como venga exacta.*»

Estos detalles, casi insignificantes, dan una idea de la minuciosidad y atencion de su despacho.

Lo que escribia era incalculable: casi todas las consultas iban anotadas de su puño.

Cuidadoso de la cortesía y decoro en las relaciones entre príncipes, frecuentemente daba en elegante estilo los borradores de las cartas.

No cansándose jamás, trabajaba mas que ningun ministro en la espedicion de los negocios.

Perpétuamente asistia á los despachos, y cuando iba de camino, llevaba su bolsa de papeles, en cuyo exámen se entretenia en vez de descansar.

Con lo que por sí mismo decretaba en dos horas, ocupaba á todos sus tribunales y secretarios, leyendo luego todo cuanto le presentaban y acordándose de todo cuanto habia leído.

Presidia rara vez los consejos, aunque se hacia referir cuando habia pasado; porque una de las mas eficaces advertencias del emperador, le recomendaba la ausencia de

las sesiones de los cuerpos colegiados como el mejor medio de dejarles libertad en la discusion y el acuerdo.

Tal era en sus designios y en su carácter, tal era en su despacho y en su politica, el rey Felipe II.

Superior en talento y energía, en esperiencia y conocimientos á los mas hábiles magnates de España; ni le arredaba el temor, ni le engañaban las lisonjas.

Un soplo suyo derribaba de repente en el polvo á los mas encumbrados palaciegos y los que le juzgaban distraido caian pronto víctimas de su error.

Con estas magnificas condiciones hubiera sido un gran rey, y lo fué en cierto sentido, fuerza es confesarlo; pero al fin era rey, era un tirano, y como tal, sin entrañas y sin corazon.

Antonio Perez, jóven sagaz y flexible, se elevó á la mas alta posicion en el favor del rey: secretario de Estado, proto-notario luego de Sicilia, con participacion en los negocios de Italia y agente de los proyectos ocultos de Felipe, era, por decirlo así, el ministro universal del reino. Todo iba á parar á sus manos y al lado del monarca parecia inalterable su fortuna.

Mientras que descansaba el favorito en su orgullo, preparábanse á estallar dos acontecimientos, sin relaciones en apariencia, unidos en realidad, que pretesto público, causa secreta, crimen al par que error, habian de enlazarse íntimamente para minar el alcázar de su privanza.

Pasaron los primeros años de la privanza de Antonio Perez en la tranquilidad y aplicacion de los negocios.

Los asuntos mas secretos de la diplomacia iban á su despacho particular, donde nadie podia escudriñar sus misterios; y la facilidad, la prontitud, la habilidad previ-

sora con que resolvía los enredos y complicaciones de la política extranjera, lo alzaban mas y mas en el ánimo del rey.

Poco á poco fué estrechándose la intimidad del monarca y del vasallo; Antonio Perez pudo estudiar, en el abandono de su vida privada, aquella alma tan enérgica y tan sombría, tan oscura y al propio tiempo tan vehemente; aquellas pasiones tan reprimidas y profundas, aquel entendimiento tan altivo y orgulloso que, uniendo con fuertes lazos los deberes del monarca con las inclinaciones del hombre, marchaba á un gran objeto, arrollando los terribles obstáculos que á su paso se oponían.

Identificándose con los altos pensamientos de su rey, propúsose el jóven secretario ser instrumento de sus planes.

Temiendo y amando al par á Felipe, porque sin explicarse la causa efectivamente lo queria, sirvióle leal y fielmente, recibiendo en pago mercedes, honores y distinciones, que lo hicieron pronto el personaje mas importante de la córte española.

Los obsequios lisonjeros, los magníficos convites, los regalos suntuosos, empezaron á deslumbrar lentamente su alma apasionada y liviana.

La sed de lujo, que habia adquirido en las capitales de la Italia corrompida, se despertó en su corazon para abrazarlo con vanidosos deseos.

Naturalmente espléndido y generoso, necesitaba mas que otro alguno la riqueza para derramarla en dones y prodigarla en festejos y festines: así, sus sueldos, si bien considerables, no bastaban á cubrir la enormidad de sus gastos.

Aunque poco aficionado á los goces del lujo personal, ayudaba el monarca con donativos de valer á la insensata magnificencia de su caprichoso favorito.

El pueblo, sin embargo, le acusaba de conecciones y si bien algunas eran hijas de la envidia cortesana, desgraciadamente quedaron bien probadas otras, por el dicho mismo de los interesados y la confesion de los que intervinieron.

Sin contar los altos derechos que señalaba la costumbre á los secretarios que refrendaban los despachos de investidura, recibió Antonio Perez magníficos regalos, conociendo que, á saberlo el rey, corría grave peligro su fortuna.

Decía Felipe que los funcionarios públicos no debían aceptar á título alguno, dones de estrangeros, que siempre demandaban en cambio sacrificios perjudiciales al estado.

Contábase en la córte. que el mismo D. Juan de Austria, por tener á su favor á Antonio Perez le habia enviado, entre otras cosas, un brasero de plata que se estimaba en doce mil duros: asegurábase que los Médicis le mandaban sumas considerables para conservar el gran ducado de Florencia y la investidura de Sena: decíase tambien que todos los pretendientes á embajadas y á vireynatos dejaban, como ofrenda propiciatoria en sus altares, alhajas y donativos de considerable valor.

Hablábase mucho de las famosas pinturas que Andrea Doria le habia regalado de Italia para adornar sus suntuosas habitaciones; de las telas de oro y de damascos carmesíes, que, valuados en alta cantidad, le dió D. Pedro de Padilla, maestro del tercio de Nápoles: de los seis mil doblones que costó á Marco Antonio Coloma su título de virey de Sicilia y de los seis mil escudos que por el gobierno de Milan abonó el duque de Medina Sidonia.

Y estos rumores corrian cada vez mas acreditados, aun que se revelaban en secreto por ser difíciles las pruebas, delicado el asunto y temible y poderoso el ministro.

Fuerza es sin embargo confesar que tenian harto sérios fundamentos, dándoles cuerpo é importancia el frenético lujo del envidiado secretario.

Ningun personage de la córte, incluso el rey mismo, ostentaba tanta magnificencia exterior.

Cubiertos de aceites y de esencias sus cabellos, con guantes y valonas perfumadas, bordado de oro el tisú de sus vestidos, deslumbrando la pedrería en los puños de sus mangas y en el broche de su gorra, se presentaba Antonio Perez en las funciones y en la cámara real, al lado de Felipe II, vestido casi siempre de seda ó de terciopelo negro y al frente de los cortesanos que procuraban imitar, en palacio al menos, la severa sencillez del rey.

Como los mas encumbrados personajes de la grandeza, tenia Perez gentiles-hombres y pajes á su servicio.

Sus lacayos, sus sirvientes se agolpaban en sus salas para atenderle: y cuando viajaba al Escorial ó á Toledo, llevaba consigo coche, carroza y litera; con muchos criados de á pié y á caballo para guardar su persona y realzar su dignidad.

Vivia junto á San Justo, en las casas del Cordon, pertenecientes al conde de Puñonrostro; y á poca distancia de la poblacion tenia su casa de campo, construida y alhajada al gusto de las villas de Roma.

Ansioso de trasplantar en la severa capital de la monarquía española las costumbres afeminadas y la muelle cortesania de los principes de la antigua Iglesia, imitaba en el adorno de sus habitaciones la delicada suntuosi-

dad de los Caraffas y Albanos, de los Colonnas y Orsinis.

Los tapices flamencos alfombraban el pavimento de mármol, y las pinturas de los mejores maestros de la escuela italiana, las vírgenes de Rafael y las Vénus de Ticiano se juntaban en las paredes.

Trabajados muebles de maderas raras, sillones y reclinatorios cubiertos de paño de oro ocupaban sus cámaras, y en sus gabinetes reservados, veíanse imágenes voluptuosas regaladas por Francisco de Médicis.

Habia mandado hacer su cama igual en un todo á la de este soberano; y los ociosos que se reunian por las mañanas en las gradas de San Felipe, decian, que *mas de una dama de alta prosapia habia ido á olvidar en aquel lecho y en aquellos gabinetes, el honor de su nombre y las tradiciones de su hidalgua.*

Ni en los mejores tiempos del emperador habia gastado mas ostentacion un secretario.

El dia que no comia en palacio servíanle las viandas en su casa con la mas minuciosa etiqueta, en vajillas de plata y oro, acompañadas de muchos criados de servicio.

En sus caballerizas tenia siempre treinta caballos de silla para paseo, y su mesa estaba franca para sus numerosos amigos y los extranjeros de distincion, que acudian á Madrid á activar el despacho de sus pretensiones.

Sus alhajas eran siempre las mas elegantes de la córte, y adornadas con lazos y divisas misteriosas, sacadas unas veces de los poetas latinos y otras de las Santas Escrituras; porque Antonio Perez estudiaba indiferentemente la Biblia, Petrarca y Horacio.

Avaro de delicias, aficionado á los goces del amor, habia apurado en los brazos de muchas mujeres los placeres que le brindaban su posicion y su figura.

Su razon serena despreciaba la vanidad femenil y juzgaba friamente los móviles y resortes de sus pasiones, al paso que su alma inconstante y su ardiente temperamento le llevaban siempre á buscar esas empresas amorosas de que se burlaba luego con ásperos sarcasmos.

Su conversacion fina y delicada entre las damas, conservaba siempre una tinta de ironía al hablar de la dulzura de ciertos encantos y de la veracidad de ciertos sentimientos.

Mas accesible á la vanidad que al amor, vendíase á los piés de una encumbrada señora, ó se lanzaba en bacanales nocturnas y secretas entre prostitutas cortesanas, como para vengarse de la delicada y amante pasion que sabia afectar con tan admirable hipocresía.

En la córte de España, mas que en otra alguna, era necesario salvar las apariencias: el rey daba el ejemplo del decoro, y su severidad no consentia que el mas leve escándalo contra la moral pública quedase impune, si bien no escudriñaba la conducta particular de sus consejeros.

Antonio Perez, sin embargo, fiado en la alta confianza que le dispensaba, no guardaba con frecuencia la reserva debida y alguna vez, despues del despacho diario, le vieron los gentiles-hombres y los pajes platicando por las ventanas de palacio con las damas de la reina, y teniendo con la bella doña Ana Manrique diálogos amorosos de equívocos conceptos.

Estas libertades, en el severo ceremonial de la córte austriaca, llamaban fuertemente la atencion; pero nadie daba cuenta al monarca de tan lijera conducta porque todos sabian en cuánto estimaba la capacidad y servicios de Antonio Perez.



Felipe notaba muchas de estas faltas, aunque las disimulaba como defectos inevitables de un carácter ardiente y apasionado.

Los enemigos y rivales se multiplicaban en torno del secretario imprudente, al paso que, mas orgulloso cada vez, chocaba con los personajes mas altos y poderosos.

Apenas se dignaba saludar á los señores capitanes que poblaban los consejos.

Cuando comia en el Estado, se levantaba el primero seguido de sus amigos, sin dirigir siquiera la palabra al duque de Alba; torcido y desdeñoso el rostro, dejando solo en la mesa al venerable anciano y quitándose por acaso ligeramente la gorra antes de salir.

Contradecía en su vanidad á las personas mas graves del reino, y de tal manera, que alguna vez hubieran pasado á lances mayores sin la intervencion de los que presentes se hallaban.

En la administracion de los negocios oia el rey con preferencia su dictámen y le consultaba todos los de gran entidad.

Frecuentemente, en las juntas y consejos, abusaba de su talento para hacer pesar su superioridad sobre los demás ministros.

Así, espuesto siempre al ódio de sus compañeros, aborrecido por la nobleza, envidiado por los cortesanos, el círculo de su privanza se iba haciendo cada vez mas estrecho; y sin embargo cada vez *mas confiado* en la condescendiente amistad de su poderoso protector, levantaba mas alto sus miras y su orgullo el desatentado secretario.

Acompañado de un astrólogo llamado Pedro de Ilera, amigo y comensal interesado que, con su perspicacia y as-

tucia, habia deslumbrado su talento superior, creíase invulnerable en su fortuna.

Miserables aduladores, atraídos por la fama de su lujo y esplendidez, acudían á sus antecámaras á mendigar entre lisonjas los escudos que con mano desdeñosa les arrojaba el valido.

Las fiestas, los saraos, embriagaban cada vez mas su vanidad, alhagando sus pasiones con envidiados obsequios.

Allí tal vez, cansado de las fáciles y gastadas emociones de sus conquistas amorosas, adquirió esa afición al juego, que fué al fin de su privanza una verdadera pasión.

El almirante de Castilla, el marqués de Auñón, don Antonio de la Cerda y algunos otros personajes, se reunían en su casa para entregarse sin testigos á este peligroso entretenimiento.

Y luego, bien entrada la noche, pasaban frecuentemente las horas de la madrugada en ostentosas cenas, con gran profusión de viandas y de vinos, refiriendo las anécdotas escandalosas de la corte.

Con tantos defectos, con tan indiscreta conducta, unía Antonio Perez cualidades de valía.

Su bolsa, abierta para los que le rodeaban, socorria indiferentemente á la necesidad ó al vicio, como el vicio y la necesidad se acercasen á implorar su amparo.

Mas de una vez acudió con dinero en sus apuros á hombres que despues sacudieron la pesada carga del agradecimiento para arrojarle befa y baldon en la hora del infortunio.

Confundidas en su cabeza todas las nociones de la moral, no tenia otra guia que el interés y la conveniencia

en sus acciones; pero en la franqueza de su carácter sentia entusiasmo en su alma por los grandes hechos, que luego su corrompida razon escarnecia.

Hábil alguna vez para disimular, incapaz de atender á las personas que despreciaba, tenia, sin embargo, la rara cualidad de agradar á primera vista.

Pocas personas salian de su presencia sin quedar prendadas de la artificiosa naturalidad con que cautivaba el ánimo de las personas cuyo afecto deseaba.

Dominándose en extremo en las ocasiones críticas, sabia inspirar interés y estimacion á sus mas prevenidos enemigos.

Su palabra persuasiva y elegante se insinuaba dulcemente en la imaginacion de los que le escuchaban, inspirando la mas profunda conviccion.

Así, si bien adquiria la animadversion de los magnates y el ódio de los cortesanos, escitaba en las personas mas allegadas á su servicio un afecto desinteresado y generoso.

En la austeridad de la etiqueta austriaca, la licenciosa conducta de Antonio Perez disgustaba fuertemente al rey.

Pero la inteligencia que manifestaba en los negocios, la lealtad y sincera aficion que continuamente demostraba, abogaban poderosamente en su favor.

Todo podia perdonársele al hombre que entendia en un momento los designios del monarca, redactando con suma habilidad sus resoluciones; al hombre que, en medio de sus locos devaneos, atendia con aplicada curiosidad á los negocios del Estado.

Tras largas horas de escandalosos placeres, debilitado con la disolucion y fatigada el alma con la vigilia, sabia encadenarse al trabajo mas asídúo, si le necesitaba el rey.

Por otra parte, Felipe II le profesaba una amistad sincera y le habia abierto algunos de los secretos de su alma; aquel corazon reservado y altivo no podia mudar fácilmente de confidentes porque habia pocos hombres á quienes sinceramente apreciase.

En medio de su vida relajada afectaba Antonio Perez, la mayor veneracion hácia la religion católica, contemplaba al clero y tenia correspondencia directa con la Santa Sede, correspondencia que en tiempo de su desgracia convirtióse en capítulo de culpa.

Versado como pocos humanistas de su tiempo en la lengua latina, poseyendo el italiano como el español, tenia un fondo no comun de instruccion cristiana y religiosa.

Sabia de memoria capítulos enteros de la Biblia; los puntos mas intrincados de teología le eran familiares, y esplicaba con alta superioridad de razon las obras de san Agustin, de san Pablo, de san Ambrosio y muchos manuscritos inéditos de los Santos Padres, que habia recogido Gonzalo Perez en las abadías y monasterios de Sicilia.

Favorito por esta razon del alto clero, tenia un fuerte apoyo al lado de Felipe.

El nuncio de Su Santidad consultaba frecuentemente al disoluto jóven sobre puntos canónicos y casos eclesiásticos; favorecíale con su amistad el arzobispo de Toledo y respetábanle los rectores.

¡Cuán diferente hubiera sido su suerte siguiendo su primitiva conducta, en vez de añadir á sus excesos la ofensa personal al monarca, la despreocupacion imprudente en aquella época de hipocresía, de juzgar con embozadas palabras el movimiento luterano de Europa!

En la calle de Almudena, frente á la iglesia de Santa María, tenia su casa la princesa de Eboli.

Presentada en la córte con todo el esplendor de su hermosura, sus gracias y sus prendas conmovieron el corazon de Felipe.

Sea táctica hábil para asentar sólidamente su imperio, sea que aquel monarca temible asustase su alma inconstante y ligera, las primeras atenciones del rey no hicieron aparente impresion sobre la orgullosa señora.

Acostumbrado á no hallar obstáculos en sus inclinaciones y deseos, el amor propio del poderoso pretendiente se resentia al ver cuán distraida é incrédula escuchaba la princesa sus protestas apasionadas.

Su aficion fué creciendo de dia en dia, alzando cada vez mas á Ruy Gomez en su favor.

Llegó á amarla al fin el monarca con delirio, con vehemencia, y estaba en el apogeo de su profunda pasion cuando entró Antonio Perez á su servicio.

La circunstancia de serle presentado por el príncipe, el rumor que corria en la córte acreditándole como hijo natural de Ruy Gomez, entregado en secreto para su educacion á Gonzalo Perez su íntimo amigo en aquella época, la entrada franca que el jóven diplomático tenia en casa del de Eboli su protector, su modestia, su gracia, su talento, todo inspiró confianza á Felipe II para depositar en su nuevo ministro el secreto de su cuidado.

Agente de estos amores, Antonio Perez sirvió al rey en sus relaciones con la princesa, y su ascendiente fué por esta razon cada vez mayor sobre su ánimo.

Apreciaba el monarca como muestra de noble amistad la interesada eficacia de su favorito, y agradeciale la dul-

ce correspondencia de su amada, rendida ya á sus impetuosos deseos.

En medio de estas relaciones crecia cada vez mas arrogante la orgullosa presuncion de Antonio Perez.

En el trato continuo con la princesa de Eboli, hablando, aunque en nombre ageno, de negocios de amor á la bella y graciosa dama, su corazon apasionado y audaz concibió el proyecto de rivalizar con su amigo y con su rey.

Penetrante y acostumbrado á la sociedad femenil, conoció que el alma ardiente de aquella mujer caprichosa, el orgullo y el rendimiento, escitando y calmando alternativamente sus vanidosas pasiones, producirian al fin el efecto vehemente que deseaba.

Harto bien consiguió Perez su objeto.

Paseando solos en las alamedas de Pastrana y en las tardes deliciosas de la primavera, contaba el secretario á la princesa las historias de amor que habia aprendido en Italia y que tan profundamente ardonaba con su galana conversacion.

Su voz, sus ademanes, la intencion de relaciones revelaban una pasion tímida y profunda que, ayudada de su talento, de su traza y de su juventud, conmovia cada vez mas el ánimo de su veleidosa compañera; al paso que delante de los numerosos personajes que componian la tertulia habitual de la esposa de Ruy Gomez, entraba Antonio Perez casi sin saludarla, con aire ligero y presuntuoso, con andar seguro y altivo, á platicar livianamente en su presencia de la inconstancia y miserable valor de las pasiones mugeriles.

Esta táctica hábil y calculada, la soledad que favorecia

las entrevistas, despertaron una pasión violenta en el corazón de la princesa de Eboli.

Sus relaciones secretas adquirían cada vez mayor intimidad, porque eran dos almas que tenían un lazo común: ambas confiaban ciegamente en la fortuna y ambas anhelaban nuevas y peligrosas emociones.

Cuando empezaron sus amistades á transpirar en el público, fué un rumor vago, sin fundamento, pero causó la mayor irritación en la grandeza enlazada con estrecho parentesco á doña Ana de Mendoza, y enemiga implacable del secretario de estado.

Felipe ó no supo las voces que corrían, ó creyó que era harto fundamento para la crítica la entrada continua de Antonio Perez, por su orden y para asuntos suyos, en casa de la princesa.

Su afecto hácia su valido aumentaba cada día sin sospechar una traición, y el poder de Ruy Gomez se elevaba á mayor altura.

Aquella dama, bella y amada, el Ruy Gomez de Silva indiferente al *doble adulterio* de su mujer, Antonio Perez confidente del rey y amante favorecido de la princesa, formaban al lado de Felipe II una triple muralla, impenetrable á la verdad.

Murió entre tanto el príncipe Eboli, y cada vez mas enamorada su esposa, cada vez mas imprudente su amante, se entregaban á su azorosa pasión, olvidando en su delirio al terrible y poderoso monarca á quien engañaban.

En medio de estas peligrosas intrigas, apareció en la corte un personaje que complicaba mas hondamente los enredos del secretario de estado.

Luis de Escobedo acababa de llegar inesperadamente

de Flandes, donde se hallaba destinado al lado de don Juan de Austria, gobernador de aquellas provincias.

Su venida era un paso audaz que disgustó fuertemente al rey y alarmó con razon á su valido.

Tiempo hacia que miraba Felipe II con desconfianza, si bien con indulgencia, los aventurados designios de su bastardo hermano.

La ardiente sangre de Cárlos V corria por las venas de aquel jóven activo y sediento de ambicion.

Despues de la batalla naval de Lepanto, deshecha la armada de los turcos y libertada la Europa de su formidable poder, inflamó don Juan de Austria su pecho con deseos mas levantados de lo que su nacimiento le permitia.

Su nombre corrió el mundo en alas de tan señalada victoria, y ya se figuraba en su altivo orgullo, rotos los diques que le separaban de un trono, término de sus altivos y constantes pensamientos.

Sus prétensiones, si bien exageradas, eran naturales en su génio y en su posicion.

Las alabanzas que le prodigaban los venecianos, las atenciones del Santo Padre, las lisonjas de la Francia y la fortuna que acompañaba á todas sus empresas, le inspiraban la mas alta idea de propio valer y bastaban para trastornar una cabeza mas firme y madura que la suya.

Tanto los aliados como los enemigos de Felipe, contribuian á alimentar una ambicion que amenazaba embarazar con graves disturbios los temibles intentos del rey de las Españas.

Don Juan de Austria, amaba por aficion y por cálculo la guerra; el ruido de los campamentos era su delicia y abria



las filas de sus valientes tercios á todos los aventureros de Europa.

Los que aborrecian la paz de sus casas, los que anhelaban una fortuna devida á su valor, todas las gentes bulliciosas é inquietas, corrian á alistarse bajo sus banderas, conociendo que su belicoso humor no gustaba del reposo de la paz y que dónde él estuviera era fuerza que hubiese mudanzas y alteraciones.

El rey que habia tomado sobre sí la responsabilidad de su fortuna, cuando, en vez de hacerlo eclesiástico como lo dejó mandado su padre, le abrió la carrera de las altas empresas, procuró enmendar sus errores, utilizando sus talentos y proporcionándole reputacion y gloria.

Para esto y desde el principio, procuró rodearle de personas de valía.

En vida del príncipe Ruy Gomez y por su consulta y consejo, diósele por secretario á Juan de Soto, hombre de antiguos servicios, de probada esperiencia y que habia señalado su aptitud en el despacho del rey de Nápoles.

Entendido como pocos en el arreglo de la hacienda militar, marchó á reunirse con el príncipe de Granada, para dar fin al sosiego de los levantados moriscos.

Conociendo pronto el carácter franco y vanidoso de su señor, supo ganar su gracia con oportunas lisonjas, haciéndole concebir empresas aventuradas, pretensiones desconocidas que disgustaron al rey.

El príncipe de Eboli advirtió á Antonio Perez y á Escobedo, amigos y allegados de Juan de Soto, que su fortuna corria peligro si no refrenaba algun tanto su indiscreto proceder.

Finalizada la guerra de Granada, acompañó Soto á don

Juan de Austria á Italia, conservando su destino y ayudándole con sus consejos en las empresas gloriosas á que dió fin.

La guerra en el reino de Túnez iba á empezar, y el rey, avisado con la esperiencia de su padre, despues de muchas consultas en consejo de estado y de acuerdo con su parecer, resolvió que se desmantelase la ciudad.

Juan de Soto que tenia presente en su memoria el poder é importancia de la patria de Anibal, deseoso de hacer á su señor igual á los primeros reyes del mundo, inflamó su juvenil imaginacion, prometiéndole que desde Túnez alcanzaria el dominio de toda el Africa, Metrópoli y centro comercial del Mediterráneo; la nueva Cartago, atrayéndose el afecto de los vencidos y resucitando, con el ausilio de la Europa, una civilizacion muerta que debia levantar un imperio cristiano y poderoso en las riberas profanadas por la media luna.

Persuadió para esto el irreflexivo secretario á D. Juan de Austria, que desatendiendo las órdenes de Madrid, solicitase del Papa la creacion de este nuevo reino, interponiendo su mediacion con Felipe II para que espudiese el título de rey de Túnez á favor de su hermano.

Pio V, agradecido al vencedor de los turcos, comisionó eficazmente á su nuncio en España, monseñor Ormaneto, para coadyuvar cerca del monarca á los deseos de don Juan.

Mucho disgustó á Felipe no haber tenido noticia alguna de proyectos semejantes; pero disimulando su justo enojo, mandó esponer á Su Santidad, en términos corteses, el sentimiento que le cabia por no poder acceder á sus súplicas, manifestándole las poderosas razones que se oponian á tan

aventurado plan, y agradeciéndole sin embargo con dulces palabras el amor que mostraba á su hermano.

Entre tanto D. Juan de Austria, en vez de obedecer las órdenes que se le habian comunicado anticipadamente, mantuvo la ciudad y reino de Túnez, añadiendo fortificaciones é introduciendo para guardarlas las mejores fuerzas de Italia; su artillería, municiones y pertrechos de guerra.

No la dió á saco como le estaba prescrito, siguiendo los consejos de Juan de Soto, que queria fundar sobre aquel un nuevo reino. Las consecuencias de su indiscrecion fueron las que habia previsto el rey.

Siman-Bajá y Aluch-Alí, gracias á desórdenes y descuidos de los cristianos, combatieron y ganaron la goleta y el fuerte, á pesar de la heróica resistencia de los italianos y españoles.

Los turcos adquirieron preponderancia, y la reputacion de D. Juan palideció mucho.

Antonio Perez y Escobedo fueron juntos á ver al rey: espusiéronle los perjuicios que traia á su hermano la compañía de Juan de Soto, y lo urgente que era separarle de su lado para evitar el peligro de sus consejos.

Felipe II, despues de meditarlo maduramente, resolvió dar al príncipe secretario mas seguro, nombrando para este destino á Escobedo; pero por no disgustar á su hermano que habia tomado aficion á Juan de Soto, nombróle proveedor general de la armada.

Recibidas las instrucciones del rey y las mercedes con que le plugo agraciarle, partió Escobedo cerca de D. Juan de Austria.

Los principios de su servicio correspondieron al fin de su asistencia; pero á medida que ganaba el afecto del prin-

cipe, iba siguiendo las huellas y empeñándose en el camino de su imprudente antecesor.

Manteniendo inteligencias con algunos cardenales, seguía en Roma negociaciones misteriosas de que no daba cuenta al monarca y que recataba de sus agentes.

Iba y venía con notable frecuencia á la corte pontificia, socolor de comisiones ordinarias de Juan, pero advertíase que permanecía mucho tiempo y procuraba entrevistas secretas con altos personajes.

Bien fuese por resentimiento de la reserva que usaba Escobedo en sus proyectos, bien por celo en favor del servicio, Antonio Perez dió parte al rey de sus sospechas, llamando su atención sobre las comunicaciones del comendador mayor de Castilla, D. Diego de Zúñiga, que desempeñaba la embajada.

Por aquel tiempo determinó Felipe enviar á Flandes á su hermano; y obediente D. Juan de Austria, admitió tan delicado gobierno, despachando desde Italia á Escobedo para que arreglase en Madrid las provisiones, conductas y requisitos concernientes á la jornada.

Mientras que cumplía su comision, avisó el Nuncio á Antonio Perez que habia recibido un despacho en cifra de Su Santidad, en que le mandaba que interpusiese sus oficios con el rey para la pronta realizacion de la empresa de Inglaterra, de modo que fuese D. Juan acomodado en aquel reino, todo en la manera y forma que Escobedo le pidiese.

El secretario de estado prometió el secreto que se le exigia, pero dió al punto cuenta al monarca.

Aunque disgustado por esta doble conducta, mandó el rey á Antonio Perez que participase á Escobedo lo que ha-

bia pasado con el Nuncio, procurando indagar sus intenciones é informándose del punto á que las tramas habian llegado.

Entonces, de acuerdo ambos secretarios, formaron una instruccion para dirigir al obispo de Padua en sus oficios á favor del príncipe.

Con suma calma oyó el soberano al embajador del Santo Padre, despidiéndole con palabras afectuosas, pero esquivando todas las ocasiones de compromiso.

Impaciente D. Juan con la tardanza, aportó á Barcelona con dos galeras, desatendiendo el precepto de su rey que le mandaba salir directamente desde Italia para los Países Bajos sin tocar de modo alguno las costas españolas.

Pesar recibió Felipe de su desobediencia; pero disimulando con su reserva habitual, recibíelo afablemente y oyó con atencion sus pretensiones.

Dejóse para ocasion mas favorable el trato de su establecimiento como infante de España; y tocando al punto de la espedicion á Inglaterra, dijole terminantemente el rey, que si se acababa con felicidad la guerra de Flandes y venian los estados en que saliesen por mar los soldados extranjeros que ocupaban el territorio, holgaria que con ellos le hiciese la prevenida jornada.

Animaba así Felipe al ambicioso jóven, quien, arreglado lo necesario para su empresa, partió en compañía de Escobedo para los Países-Bajos.

Aunque penetrado de las inmensas dificultades que el negocio le ofrecia, hubiera consentido el rey en casar á don Juan de Austria con la desdichada reina de Escocia.

María Stuard, prisionera á la sazón de su hermana Isabel, mantenía una correspondencia activa y secreta con el

monarca español, jefe del catolicismo Europeo y enemigo implacable de la orgullosa Inglaterra,

Con el auxilio de los papistas oprimidos, ayudado de las armas espirituales de Roma, esperaba Felipe II invadir con sus tercios de Flandes el territorio inglés y rescatar en Lóndres á la desgraciada cuanto imprudente María.

Su matrimonio con D. Juan resucitaba sus fundadas pretensiones al trono de Enrique VIII, y las fuerzas españolas, echadas en la balanza de la guerra civil, hubieran decidido irremisiblemente la cuestion á favor del catolicismo.

Neutralizado y sugeto el inquieto poder de los ingleses, la marina española reinaba sin rival en todos los mares; al paso que la reforma religiosa, perdiendo su mas firme columna, iba á espirar abatida á los piés del protector de la antigua iglesia.

Así pues, si bien precipitaba sus proyectos el vehemente anhelo de su hermano, obedecia tambien en este caso el monarca español, al impulso de la fé católica y al interés bien entendido de sus miras.

El príncipe de Orange penetró pronto el secreto de los preparativos de D. Juan de Austria.

Conociendo que su prestigio y su valor podrian al cabo afirmar la paz en las provincias flamencas, cuya irritacion iba á cesar en gran parte con la salida de los soldados extranjeros; previendo que bajo cualquier desenlace de los proyectos políticos del gabinete de Madrid, quedaba comprometida la suerte de Holanda, trató de neutralizar con su astucia la fortuna de su contrario.

No consintieron los Estados la salida por mar de la gente de guerra, y, falta de este apoyo, disipóse como el humo

la empresa que alimentaba los dorados sueños de don Juan.

Los bandos, las alteraciones renacieron en los Países-Bajos, al ver que pesaba sobre ellos la insufrible carga de los extranjeros aborrecidos que, no pudiendo ya llevar su inquieto ardor á la expedicion de Inglaterra, no debian tampoco, por razones de conveniencia pública y sobre todo por la voluntad interesada de su jefe, derramarse por los dominios pacíficos de Italia.

Despechado D. Juan con la pérdida de sus esperanzas desvanecidas, volvió á anudar desde Flandes sus inteligencias é intrigas con la córte de Roma.

Ya no se trataba de María Stuard; aspirábase á la mano de la orgullosa Isabel.

Creía el Papa que una vez casada la poderosa reina con el jóven vencedor de Lepanto, el influjo de su marido bastaria á hacerla abjurar los errores de la reforma, atrayendo á sus pueblos con su ejemplo é influjo á la antigua comunión del apostolado romano.

Volvió á hablar el Nuncio á Antonio Perez de estos proyectos y á interponer sus oficios con el rey: súpose entonces que habia recibido D. Juan de Austria breves, bulas y aun dinero de la Santa Sede para dar cima á sus planes; y mientras tanto ni un despacho, ni una carta confidencial habia avisado al monarca de los arriesgados tratos del ambicioso príncipe.

Sea que creyese realmente á Escobedo alma y guia de los designios de D. Juan, sea que estuviese alarmada su prevision, el secretario de Estado pintó con vivos colores al rey los perjuicios que al lado de su hermano podian causar hombres tan imprudentes y desleales como el que entonces era consejero de sus negocios.

Felipe II no queriendo romper decididamente con el príncipe, y esperando llevar á buen puerto y con dulzura su ambicion, encargó á Antonio Perez que le escribiese contándole lo que pasaba y como si nada supiese el rey de sus intentos.

Hízolo así, reprendiendo al propio tiempo á Escobedo por la reserva que guardaba en asunto de tal cuantía.

Tal vez iba en todo de acuerdo el secretario de Estado con el monarca; tal vez por medio de un juego doble, denunciaba al rey las intrigas de D. Juan al paso que lisonjeaba la ambicion de aquel; pero es indudable que el príncipe, confiado en su eficacia, le envió en cifra varios despachos para que procurase de cualquier manera impedir que la gente de Flandes volviese á Italia segun lo acordado por el consejo; ofrecíale tambien considerables regalos, y aun dícese que fué aceptado alguno.

En sus respuestas, asegurábale Antonio Perez que hacia oficios cerca del soberano para conseguir sus deseos; y que los soldados entre tanto no salian como debieran de las provincias de Flandes.

Con su habilidad acostumbrada, propaló el príncipe de Orange entre sus partidarios la noticia del casamiento de D. Juan con la reina de Inglaterra.

Parecióle que con tal traza lograria desacreditar al capitán enemigo y, perdiéndole en el ánimo del rey, conseguir que le quitase el gobierno de los Países Bajos.

Así en este delicado asunto uníanse contra Felipe, para favorecer el matrimonio de su hermano, el jefe del catolicismo y el caudillo de la reforma.

Esperaba el primero que por su medio volveria la Inglaterra al gremio de que se separó: aseguraba pública-



mente el segundo que por su mano se negociaba este casamiento que, al dar á D. Juan de Austria el señorío de los Países-Bajos, afirmaba la exaltacion de la religion nueva, acrecentando los privilegios, prerogativas y exenciones en el gobierno y administracion de justicia.

Y no se limitó el príncipe de Orange á vanos rumores.

Escribió á Isabel, y segun se dijo con los mayores visos de fundamento, púsola en correspondencia con D. Juan; cruzáronse cartas; vinieron y fueron regalos; los despachos de Inglaterra llegaban á manos del flamenco directamente, pasando luego á las de D. Juan de Austria, mientras que por espías dobles recibia las copias Juan de Vargas Mexia, embajador de España en París, enviándolas luego directamente al rey.

Pensaba Felipe II en los medios de enmendar estas trazas peligrosas, que daban ventaja á sus enemigos, comprometiendo la tranquilidad de sus reinos, cuando recibió nuevas pruebas de la impaciente ambicion de su hermano.

Avisaba Juan de Vargas Mexia al secretario de Estado, que algunas personas despachadas por el príncipe á París aparecian en público algunos dias, en cumplimiento de las comisiones de su encargo, y encerrándose despues secretamente en el palacio del duque de Guisa mantenian largas y misteriosas conferencias.

Súpose despues que el objeto de estos viajes era una confederacion entre los dos magnates, con nombre de defensa de ambas coronas y bajo bases desconocidas; pero el verdadero fin de D. Juan de Austria era dejar la carga del gobierno de Flandes, que cada vez se hacia más pesada y espinosa, y conservar aquellos tercios veteranos para cuya

detencion en los Países-Bajos no habia ya pretesto alguno, pero que convenia reservar para los no abandonados planes de la empresa de Inglaterra.

El príncipe entre tanto escribia confidencialmente á Antonio Perez, manifestándole el sentimiento que le cabria si perdiese sus antiguos soldados ; y creyéndole en su interés, le instaba para alcanzar pronta realizacion de sus designios.

Aburrido en el gobierno de Flandes, anhelando un puesto que lisonjéase mas su sed de gloria y su ambicion, deseaba dejar á cualquier precio aquellas provincias.

Decíale en una carta de 10 de febrero de 1557: *«Resolutamente antes de quedar en aquel cargo, si no es entre tanto que se provee para él, no habrá resolucion que no tome hasta dejarlo todo, y me iré á la córte cuando menos se cataren, aunque pienso ser castigado á sangre.»*

Y añade luego:

*«Sacándome de aquí me librarán, cierto, de incurrir en caso de desobediencia, por no pasar por el de infamia.»*

Luis de Escobedo no dejaba tampoco de manifestar en sus cartas confidenciales al secretario de Estado su disgusto y su impaciencia.

Escribíale el 3 de febrero de 1557.

*«Tendria D. Juan por mas honrada cosa, ir como aventurero con seis mil infantes y dos mil caballos á Francia, que el gobierno de Flandes.»*

*«Conservemos al que nos conserva y ayudemos al señor D. Juan donde le llevare el contento, y si fuesen menester, él irá á ayudar á las trazas.»*

*«Habiéndose caido la empresa de Inglaterra todo ha de ser cansancio y muerte.»*

Estas comunicaciones se disfrazaban en la secretaría de Estado por el famoso Hernando de Escobar, clérigo hábil, encargado de este servicio.

Enseñábaselas Antonio Perez al rey, esplicándole los puntos que pudieran aparecer en confusion.

El enojo del soberano crecia contra Escobedo, autor ó instrumento de desaprobadas intrigas, que daban mano á los estranjeros en los negocios de España.

El mal iba tomando tal fuerza que se hacia necesario cortarlo de raíz para que no se propagase su contagio.

En este tiempo y con tan poco favorables circunstancias llegó inesperadamente Luis de Escobedo á Santander y de Santander á Madrid.

Salió á recibirle, por mandato del rey, Antonio Perez, con encargo especial de vigilar sus pasos y de averiguar su conducta.

Aquellos dos hombres, hábiles y ambiciosos, comenaron á observarse mutuamente, mientras Felipe II aguardaba la confirmacion de sus sospechas para tomar una resolucion que diese fin á las turbulencias que se temian.

Juntos frecuentemente en la córte y dándose recíprocamente testimonios de estimacion, parecia que la antigua amistad de Perez y de Escobedo revivia con mas vigor despues de la ausencia.

No tenia el secretario de Estado un admirador mas entusiasta de su talento, ni el confidente de D. Juan de Austria defensor mas constante de su lealtad y de sus principios.

Ambos, sin embargo, se conocian sobradamente para no entregarse desarmados en poder ageno, y ambos tenian alto interés en conservar el tiempo que pudiesen sus buenas relaciones.

Antonio Perez, mediador del rey y de su hermano, era dueño de todos los secretos mas importantes de la monarquía, navegando con habilidad entre ambos escollos para conservar su fortuna.

No temia ciertamente, que, trabada la batalla, resistiese ni un momento D. Juan de Austria á la omnipotente voluntad de Felipe II; pero, teniendo en cuenta el paternal cariño que el rey le profesaba, no se atrevia á declararse abiertamente contra sus proyectos, no fuese que, haciéndose blanco de su apasionado ódio, levantase al lado de su privanza tan poderosa enemistad.

Luis de Escobedo, (1) por su parte, conocia bien la corte, y el favor de que gozaba Antonio Perez; sabia que podria repetirse en perjuicio suyo el ejemplo de Juan de Soto, y que su posicion y tal vez su vida dependia del uso que hiciese el valido de las comunicaciones que, como prendas, conservaba en su poder.

Así ambos secretarios procuraban respetarse, sin salir en ciertas conversaciones de los límites de la prudencia y de la cortesía.

Pero, pasado algun tiempo, observó Escobedo con temor cuan equívoca era su posicion en Madrid.

La libertad con que se habia quejado al rey desde Flandes en nombre de D. Juan, cuando se deshizo la empresa de Inglaterra, la ostentacion que habia hecho del favor del príncipe y algunas pláticas imprudentes que tuvo con altos personajes extranjeros al llegar á la corte, le habian va-

---

(1) Algunos historiadores llaman Juan en vez de Luis al célebre secretario de D. Juan de Austria, pero nosotros creemos mejor ser su nombre este último, por algunos documentos que hemos tenido ocasion de inspeccionar y por que otros autores tambien lo denominan así.

lido señalados desaires del soberano, desaires cuyo peligro y trascendencia conocia.

Al manifestar sus incertidumbres á Antonio Perez, advirtió con asombro la reserva que éste guardaba, y comprendió que habia sido víctima de la doblez y astucia del secretario de Estado.

A pesar de todas sus protestas, Escobedo empezó á sospechar y á precaverse.

Sabia que instaba D. Juan de Austria porque le despachasen, y sin embargo, poco habia adelantado en su comision.

Vióse entonces aislado y á merced del favorito.

Tratando en tal angustia de buscar un medio de salir del peligroso enredo en que se hallaba, púsose á observar cautelosamente las intrigas que se cruzaban á su alrededor y los personajes que figuraban en primera línea; fijó su atencion en los rumores que corrian acerca de la princesa de Eboli, seguro de hallar buen apoyo si adquiria pruebas de la escandalosa intimidad del secretario de Estado con la imprudente señora.

No fué difícil la tarea.

Luis de Escobedo habia servido anteriormente y por muchos años á Ruy Gomez de Silva.

La casa de la viuda estaba, pues, franca para su observacion.

El marqués de Talavera y conde de Cifuentes pudieron enterarle de muchas sospechas que empezaban á concebir sobre aquellas relaciones.

Recordó tambien la repugnancia con que habia consentido Antonio Perez en el matrimonio que el príncipe de Eboli le proponia con doña Juana de Coello, mujer sí, de

mas edad que el secretario, pero de alto linaje y excelentes prendas: matrimonio que tenia una obligacion moral de contraer, y en que habia mediado el mismo Escobedo por órden de Ruy Gomez de Silva.

Por otra parte, la apasionada familiaridad con que alguna vez trataba á la princesa y los regalos secretos que por ambas partes se cruzaban, daban bastantes indicios de los ocultos lazos que los unian.

En la casa misma de la de Eboli no faltaron damas y criados que enterasen á D. Luis de algunas conversaciones secretas, de anécdotas escandalosas, producidas por el carácter violento de aquella señora, caprichosa y altiva.

Con estos datos y propias observaciones, pudo averiguar á fondo hasta qué punto habia llegado amistad tan insensata.

Seguro ya de la certeza de sus sospechas, no tardó en adquirir pruebas de cuantía que conservó cuidadosamente, como impenetrable escudo contra las insidiosas asechanzas del secretario de Estado.

Pero si bien habia obrado con habilidad en su conducta de observacion, no tuvo don Luis suficiente prudencia para guardar, hasta el momento oportuno, el secreto que poseia.

Conociendo el valimiento de Antonio Perez y la influencia de la favorita sobre su régio amante, creyó que amenazándoles á la vez subyugaría á sus intereses por medio del terror á las personas mas importantes de la córte española.

Muy de ligero procedió en sus juicios.

El secretario de estado le aparentó nueva amistad y confianza, tomando esteriores parte en sus miras, fa-

voreciendo ostensiblemente sus proyectos, mientras se preparaba á deshacerse de su peligroso enemigo.

La princesa de Eboli no se inmutó siquiera por sus intimaciones, dándole por respuesta los mas irritantes desaires.

Confesando en su orgullo los arrebatos de su pasión, dijo á Escobedo, *que amaba mas un cabello de Antonio Perez que toda la persona del rey*, dándole permiso para referir estas palabras al poderoso soberano si bien le parecia.

Y de nada bastó que, afectando un celo hipócrita, la recordase las obligaciones que tenia á su difunto marido: la princesa le demostró que adivinaba sus intenciones, y vanidosa hasta en los momentos mas críticos, levantóse del asiento que ocupaba, marcándole con poco mesurada frase la distancia que mediaba entre el escudero afortunado de su padre y una dama de su gerarquía.

Pasaban los dias entretanto y repetia el embajador en Paris sus revelaciones acerca de los manejos de don Juan de Austria.

Comentábaselas el secretario de estado al rey, encareciéndole á cada instante la urgente necesidad de deshacerse del hombre que tan inconsiderada y pérfidamente aconsejaba al envanecido príncipe.

Recordábale las palabras imprudentes de Escobedo, referíale las conversaciones y mostrábale las cartas en que tan poco cautelosamente hablaba de su persona.

Resistíase Felipe á castigar con la muerte al consejero de su hermano, aunque buscaba una traza para alejarlo de su servicio.

Pero tales eran las pruebas de traicion que presentaba Antonio Perez, tales las comunicaciones de don Juan, que el monarca prometió ocuparse seriamente del asunto.

Y mientras tanto, confiado Escobedo en la peligrosa importancia del secreto que guardaba, cuidábase menos que debiera de su rey, hablaba con menosprecio de la princesa, lanzaba algunos sarcasmos punzantes contra el secretario enamorado, y exigía un despacho pronto y satisfactorio de sus pretensiones.

Aquellos dos amigos tan íntimos, unidos en público, aguardaban con impaciencia una ocasion de perderse sin arriesgar la propia fortuna, ocultándose poco en su trato secreto, el ódio profundo que les animaba.

Estado tan violento no podía durar mucho y la ocasion vino á favorecer á Antonio Perez.

Pasóle el rey una consulta del secretario delegado sobre la pretension que Escobedo tenia de que se fortificase la Peña de Mogro junto á Santander, y se le diese la tenencia de ella.

Al espresar su parecer sobre aquella cuestion, mostró Perez al monarca el atrevimiento de su desatentado rival: recordóle minuciosamente las tentativas de Escobedo para la empresa de Inglaterra: díjole que públicamente se alababa de alcanzar su fin en aquella espedicion, colocando á don Juan en el trono y reservándole el puesto mas aventajado entre los señores del pais; trájole á la memoria sus antiguas palabras antes de partir para Flandes, cuando aseguraba, que siendo dueño de la Inglaterra se podrian alzar con España solo con tener la entrada de Santander y de su castillo con un fuerte en la peña de Mogro; alegando para esto, que cuando se perdió la nacion española, desde las montañas se recobró.

La pretension, pues, de Luis de Escobo era un acto de sedicion manifiesta que era necesario castigar pronto y se-



veramente para evitar turbulencias sucesivas en daño y perjuicio de los reinos.

Pareció á Felipe II que, en vista de los antecedentes referidos y de los recientes despachos de don Juan, en que pedia tan solo dinero y su secretario, teniendo en cuenta la opinion razonada de Antonio Perez, se consultase á don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, del consejo de estado y mayordomo mayor de la reina doña Ana.

Era este respetable caballero, entusiasta admirador y amigo particular del sagaz ministro.

Sin gran fondo de instruccion ni de talento, sin profunda esperiencia de la córte, aunque con antiguos servicios en la guerra, cedia el poderoso marqués al impulso que Antonio Perez le comunicaba.

Ni le habia servido de poco su amistad para llegar al encumbrado puesto en que se veia, ni dejaban de agradarle las lisonjeras y poco comunes atenciones del orgulloso valido.

Así en casi todos los negocios de algun valor, seguia la senda de un ingénio superior al suyo, creyendo obedecer sin embargo á sus propias inspiraciones.

Cuando se reunieron á conferenciar, llevó Antonio Perez los papeles originales y recapituló en un estenso y bien razonado informe las culpas que, no sin razon, achacaba á Luis de Escobedo.

Contaba detallada y claramente las tramas que se traian desde Italia para el beneficio de don Juan de Austria, sin comunicacion ni noticia del soberano; las conferencias con el nuncio, los oficios hechos por Su Santidad para realizar la empresa de Inglaterra, las negociaciones en Roma, el sentimiento de desesperacion que se apoderó del alma del

príncipe al ver deshechas sus esperanzas; sus cartas violentas y sus intrigas en Francia con el duque de Guisa: imputaba todas estas faltas á Escobedo, pareciéndole que si se le dejaba correr mas tiempo al lado de don Juan, podia temerse que, al par de la perdicion del príncipe, causase sérios alborotos y perturbaciones en la quietud de la monarquía.

Varios caminos se presentaron para conjurar estos males.

Podíase volver á despachar á Flandes al secretario Escobedo, pero en su carácter, en sus intenciones, en el estado peligroso de sus proyectos planteados, hubiera sido indisculpable semejante indiscrecion.

Entretenerle mientras acababa don Juan con el cargo de su gobierno, ni era fácil, porque era hábil en demasia, ni hacedero porque reclamaba el príncipe su vuelta.

Tal vez lo mas sencillo y natural éra formarle causa entregándolo á los tribunales, pero temíase que al saber don Juan de Austria el motivo particular de su prision, ó sospechándolo si no se lo dijesen, pensase que habian de llegar hasta su persona las consecuencias de aquel juicio, arrojándose á formar una resolucion desesperada que diese alto escándalo á la Europa.

Siendo inadmisibles estos medios, juzgaba Antonio Perez, y seguía su opinion el marqués, que solo quedaba un recurso para salir de tal embarazo; la muerte de Escobedo por tósigo ó por puñal, guardando el mayor tiento en su ejecucion, para que la creyese don Juan hija de una venganza particular ó de una ofensa privada.

Vaciló un poco el rey; parecíale desproporcionada la pena, pero despues de oír de los labios del marqués de los

Velez que, aun con el sacramento en la boca votaria la muerte de Luis de Escobedo, decidióse al fin á decretarla, dando á Antonio Perez el cargo de la ejecucion.

El secretario de estado alcanzaba de este modo la victoria que apetecia; pero profundamente hábil en el arte del disimulo, platicó y paseó familiarmente algunos dias con Escobedo, preparando los medios de acabarle sin escitar la sospecha mas ligera en la imaginacion de su desconfiado enemigo.

Decidióse á envenenarle en la mesa, pues Luis de Escobedo comia con la mayor frecuencia en su casa, y uno de sus pajes llamado Antonio Henriquez, por intervencion de Antonio Martinez su mayordomo, se ofreció á ser instrumento del alevoso asesinato.

Partió con este objeto á buscar en Múrcia unas yerbas emponzoñadas que, en ensayos diferentes, no surtieron efecto alguno; pero en cambio proporcionóle cierto boticario un agua sin sabor, propia para confundirse en las bebidas.

Convidó Antonio Perez á Escobedo á su casa de campo, y en medio de la animacion de las pláticas mas delicadas, sin perder el apetito, ni turbarse un solo instante, cuidaba desde su asiento que mezclasen con el vino porcion del maléfico licor.

Pero tampoco esta vez hizo brecha el veneno en la robusta constitucion de su enemigo, á quien preparó otro magnífico convite en Madrid y en su casa junto á San Justo.

Asistieron á él muchas mujeres; y mientras que servian los platos, echaba Antonio Henriquez cantidad de polvos minerales en la *escudilla* de Escobedo.

Retiróse enfermo á su casa sin sospechar siquiera el origen de su mal; y mientras que guardaba un régimen

de dieta, hizo amistad con su cocinero un pícaro ó galopin de la cocina del rey, llamado Juan Rubio; hombre de alto nacimiento y que habia adoptado tan ruin oficio para ocultar sus crímenes y la muerte reciente que habia dado á un clérigo de Cuenca.

Aprovechándose de un momento de abandono, y seguro de que nadie le veia, echó unos polvos que le habia dado Diego Martinez en la olla preparada para Escobedo; pero estrañando al comerla el gusto desagradable que le repugnó, hallóse que tenia tósigo.

Las sospechas recayeron sobre una esclava que asistia á la cocina; prendiéronla, y al cabo de escaso tiempo, sin formalidades y sin pruebas, la ahorcaron en la plaza de Madrid.

Cansado de usar sin fruto débiles venenos, determinó Antonio Perez que le matasen de noche con *pistoleta, estoque ó ballestilla*: partió Henriquez para Barcelona á buscar un medio hermano que le ayudase á la muerte; y en tanto avisó Diego Martinez al aragonés Juan de Mexia, que trajo consigo otro hombre de torvo aspecto llamado Insuati.

Reunidos en junta, concertaron los asesinos los medios de consumir su crimen, pareciéndoles mejor un estoque que una ballesta.

Antonio Perez, dejando este asunto arreglado y en via de ejecucion, partió á pasar la Semana Santa en Alcalá de Henares.

Rondaban, segun lo concertado, por la plaza de Santiago todas las tardes al anochecer, Miguel Bosque, Juan Rubio é Insuati, encargados de ejecutar la muerte de Escobedo y aguardando á su paso una ocasion oportuna: quedando algo atrás, y para prestarles auxilio, si necesario

fuese, Juan de Mexia, Antonio Henriquez y Diego Martinez

En algunos dias, sea por el continuo tránsito de gente, sea por venir la víctima acompañada, no pudo verificarse el delito.

Al fin del segundo dia de Pascua de Resurreccion, 31 de marzo de 1578, á las siete de la noche, apareció descuidado Escobedo; echáronse los asesinos sobre él, y metiéndole el estoque de ancha canal, matóle Insuati de una sola herida.

Esparcióse instantáneamente la noticia de la muerte, y la gente corria y las puertas se cerraban.

Las calles quedaron desiertas, y los delincuentes á favor de la confusion y de la oscuridad pudieron alcanzar en sus casas un asilo.

Como precisamente el asesinato se cometió frente al palacio de la princesa, y Felipe á aquella hora estaba de visita en casa de su amada, al primer grito se asomaron ambos al balcon y pudieron presenciar aquel crimen que de su orden se ejecutaba.

Partió aquella misma noche Juan Rubio para Alcalá de Henares, á dar cuenta á Antonio Perez del resultado: holgóse mucho de que ninguno estuviese preso; mandóle que fuese á Madrid á esperar sus órdenes, y dióle á entender que el rey se alegraría muchísimo de la muerte de Escobedo, pues de su orden se habia hecho.

Repartió el mayordomo cien escudos á cada uno de los asesinos, encargándoles la mayor cautela en sus palabras.

Dió además á Antonio Henriquez cédula y carta de veinte escudos de oro de entretenimiento al mes, para Nápoles, con nombramiento de alferez: igual grado y el mismo sueldo á Insuati, con destino á Sicilia: los mismos emo-

umentos y la misma categoría á Juan Rubio, para Milan.

Estas cédulas y cartas son todas de 19 de abril de 1758, firmadas por el rey, y refrendadas por Antonio Perez.

Están escritas de mano de Hernando de Escobar y para que no se enterasen los oficiales de la secretaria, no se sentaron en los libros generales del registro; se apuntaron en un pliego aparte y trasladáronse luego sus partidas al cuaderno de las datas de entretenimientos.

Libre del cuidado que Escobedo le inspiraba, dedicóse el secretario de estado con nuevo ardor á los asuntos públicos y á la satisfaccion de sus pasiones.

No escaseaba las entradas á deshora en casa de la princesa de Eboli, como si no tuviesen ojos, despues de la muerte de su principal enemigo, sus demás rivales palaciegos.

El confidente de don Juan de Austria, mas bien que á su deslealtad hácia el rey, debió su trágico fin á la sobrada intervencion que tomó en las relaciones amorosas de Antonio Perez.

Si al menos hubiese tenido la cordura del silencio, hubiese conservado la vida mientras llegaba la hora de desmoronar la fortuna del privado; pero haciendo inoportuno alarde de sus fuerzas, asentó la prevision enseñándole á cada instante la espada suspendida de un cabello sobre su frente.

Era una lucha implacable la que se preparaba, pero Perez, mas hábil que su contrario, dió juntos el amago con el golpe.

Uniendo las exigencias del interés público con la satisfaccion de su seguridad, quiso ennoblecer y garantizar su asesinato con el color de justa ejecucion.

Decidida la muerte de Escobedo, encargóse de llevarla á cabo, derramando la sangre de su enemigo sin escrúpulo ni pena, porque en su juicio valia tanto la conveniencia como la moral.

Al dar la órden de matar á Escobedo, no obró Felipe impulsado por sentimientos de ódio ni de utilidad propia.

Muy inclinado á repetir la destitucion de Soto, cedió sin embargo á las interesadas exigencias de su astuto secretario.

Mucho se le ha culpado por esta resolucion; pero en las ideas de la época no se miraba como crimen la muerte de un hombre, cuando el monarca la decretaba.

¡Qué tiempos tan felices!

Segun los principios de las antiguas monarquías absolutas, la fuente de la justicia está inmediatamente en el rey: los tribunales son meros delegados que espresan su voluntad, y las formas judiciales sirven únicamente para ilustrar al juez, pero no para encadenar al monarca.

Las muertes secretas ordenadas por los soberanos eran en aquellos tiempos frequentísimas en Europa; los reyes tenian el derecho de juzgar á su arbitrio, siempre que quisiesen administrar la justicia por juicio propio.

Así ha podido decir el ilustre Perez, que la muerte de su enemigo *«era una accion de que le hacia un deber el código absoluto de la obediencia al rey.»*

Así Fr. Diego de Chaves, confesor del monarca, ha podido escribir como legista y como sacerdote: *«Segun lo que yo entiendo de las leyes, el principe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la pueda quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos, pues la órden en lo demás, y tela de los jui-*

*»cios es nada por sus leyes, en las cuales el mismo puede dis-  
 »pensar; y cuando él tenga alguna culpa en proceder sin orden,  
 »no la tiene el vasallo que por su mandado matase á otro, que  
 »tambien fuese vasallo suyo, porque se ha de pensar que lo man-  
 »da con justa causa como el derecho presume que la hay en to-  
 »das las acciones del príncipe supremo; y si no hay culpa, no  
 »puede haber pena ni castigo.*

Así, Felipe creyó hasta el último momento de su vida, que habia usado de un derecho real, al ordenar la muerte secreta de Escobedo como la de tantos otros, si bien abrigó luego alguna duda sobre la exactitud de las relaciones de su secretario de Estado.

Si la princesa de Eboli no tomó parte en el desgraciado fin de Escobedo, fuerza es confesar, que la acusan sobrado las apariencias.

Si no incitó á Antonio Perez, alimentó al menos, mas bien que apaciguó, los conatos de su maquiavélica venganza; y tal vez tuvo mas influjo del que debiera cerca de Felipe II para exagerarle las desleales conversaciones que el secretario de D. Juan se permitia.

Por otra parte, la favorita arriesgaba su porvenir si se descubria su secreto, y en la violencia de sus pasiones y en el odio profundo que á Escobedo profesaba, no es creible que hubiese dejado de contribuir con su poder á un resultado que calmaba su temor, al par que saciaba sus resentimientos.

Pero si por el pronto pareció ventajosa la posicion del secretario de Estado, sin rivales ni enemigos, la propia imprudencia de sus antecedentes y su desatentado orgullo habian de traerle al fin á la situacion que evitaba; y tal vez la muerte de Escobedo, que prometia alejar por algun tiem-



po los peligros de Antonio Perez, precipitó por contrarios medios, su extraordinaria caída.

Despertóse la curiosidad pública con el asesinato de Escobedo.

La alta dignidad en que estaba aquel constituido y su fin trágico y misterioso, escitaban las sospechas de los cortesanos, espantando la imaginacion del vulgo.

La familia del muerto procuró averiguar las causas que pudieron preparar crimen semejante, y analizóse punto por punto la vida del secretario de D. Juan, desde que por su comision última habia venido á Madrid. Sin otros negocios que los de su ambicion, no parecia que pudiese ser resentimiento de amores la venganza de sus enemigos.

Todas las sospechas recayeron inmediatamente sobre Antonio Perez y la princesa: recordáronse los sarcasmos y livianas frases con que habia hablado Escobedo de aquellas escandalosas relaciones: contáronse á profusion curiosos lances ocurridos en casa de la favorita, y hablábase públicamente de las amenazas que habia murmurado delante de sus damas y escuderos, en los arrebatos de su furor.

La opinion, con gran acierto, señaló reos á estos dos personajes del delito cometido, mas su alta posicion y el favor del monarca entibiaron el celo de los acusadores.

Pero entre tanto la mujer é hijo de Luis de Escobedo acudieron al rey á pedir justicia; añadiendo en la demanda que Antonio Perez habia sido el autor del asesinato, por órden y satisfaccion de la princesa de Eboli.

Recibió Felipe al hijo mayor del muerto y supo de sus labios lo que hablaba su padre de la familiaridad que unia al secretario de estado con la viuda de Ruy Gomez.

Nadie se habia atrevido hasta entonces á tocar tan de-

licada cuestion, pero una vez tocada, no admitia reparo, ni compostura, la brecha estaba abierta á la fortuna de Perez.

Todos los cortesanos rivales, todos los envidiosos de su puesto, los poderosos enemigos que habia labrado su altivez y su imprudencia, se agruparon en torno de Pedro Escobedo para sostener su ánimo en la desigual contienda que emprendia.

Afectado como quedó el rey al reconocer el infame engaño de que habia sido víctima, no aparentó darle valor alguno, proponiéndose averiguar la verdad, sin alarmar con la mas ligera indiscrecion la suspicacia del Secretario.

Así, contra su primer propósito, dejó correr fácilmente la querrela y recibió, aunque sin darles curso, todos los memoriales.

Antonio Perez no alcanzaba á comprender semejante conducta: parecíale que si hubiese sabido el monarca sus peligrosas relaciones, un castigo espantoso é inmediato fuera la consecuencia de tan terrible descubrimiento.

Suplicaba al rey pusiese fin á las persecuciones sordas que se multiplicaban á su alrededor, pero sin conseguir otra respuesta que contestaciones evasivas.

«De esto me vienen cada dia pesadumbres (decíale Perez en un billete de 12 de febrero de 1579): y no conviene andar tanto tiempo así estas cosas, ni que á mí acaben, si no hay algun secreto para que convenga del servicio de V. M. que si para esto conviene, otras formas habrá mejores y á menos costa de V. M. y mia.»

Respondióle el rey al márgen:

«Creed por cierto que lo que deseo poder ir, es por este negocio... espero que esto no pasará adelante; y entretanto que voy, vos traed cuidado de vos.»

Aguardaba Felipe pruebas palpables de la culpabilidad de su secretario: á pesar de su conocimiento del mundo, costábale creer tan insensata perfidia; y mientras tanto, aquel estado de espectacion alarmaba á la princesa, impacientaba á los acusadores, y asustaba á Antonio Perez el abandono de los cortesanos anuncios seguros del peligro de su fortuna.

Propuso en tal estado al rey una resolucion aventurada.

Entregando á justicia la demanda sobre la muerte de Escobedo, en lo que á él concernia, y reservando cuanto podia rozarse con la princesa de Eboli, en atencion á *intervenir el honor de una señora*, se desataba el nudo que tantas y tan diversas emociones escitaba.

Por lo demás, el resultado no podia ser dudoso: el presunto reo estaba en Alcalá de Henares al tiempo que se cometió el crimen: ninguno de los matadores habia sido aprehendido, y por tanto no tenia la parte contraria género alguno de prueba.

Pero su causa tenia un poderoso protector en la persona de Mateo Vazquez, antiguo secretario del rey y enemigo implacable de Antonio Perez: solicitando al monarca y no abandonando la acusacion, ofreció presentar pruebas de la traicion del valido.

Mientras mas tiempo pasaba, mas confianza tenian los querellantes; y Felipe, que no entendia precipitar el asunto mientras dudase de la lealtad de su secretario, mandó dar cuenta del estado del negocio á D. Antonio de Pazo, presidente del consejo de Castilla.

Mucho ganaba Antonio Perez con esta resolucion, porque el presidente era su amigo y pudo probárselo en el curso de sus prisiones.

Con la autoridad que le daban su edad y su gerarquía, habló á Pedro de Escobedo, asegurándole en nombre del rey que estaba dispuesto á hacer justicia cumplida, sin escepcion de persona, ni de lugar, ni de sexo, ni de estado; pero advirtiéndole que considerase bien la demanda que entablaba, porque si no tenia probanzas bastantes, la ofensa que hacia á tan añas personas pudiera traerle graves y calificadas consecuencias.

No alcanzando mas recursos que sus sospechas, reflexionó el mozo con temor y dió su palabra por sí, por su hermano, y por su madre, de no hablar mas de esta muerte, ni contra la una ni contra el otro.

Faltaba asegurarse de Mateo Vazquez, cuyo vengativo celo daba impulso á la acusacion, y el Presidente, en conversacion secreta, le aconsejó mas mesura en sus officios, porque no teniendo deudo ni obligacion al muerto, se hacia muy sóspechosa su solicitud.

Calmóse con esto, temporalmente, la irritacion de los ánimos contra el secretario de estado: alejábase un poco la tormenta y libre de continuas peticiones, podia el monarca observar mas de cerca á su desventurado valido.

Aunque sin suponer al rey inquieto ni preocupado en sus amores, guardaba Antonio Perez mayor circunspeccion en aquellos dias.

Eran menos frecuentes sus entradas en casa de la princesa, y casi siempre lo hacia acompañado de alguna persona que no pudiese inducir sospechas por su carácter.

Aprovechándose de la tregua pasajera que le dejaba al parecer la enemistad de sus contrarios, solicitaba del soberano el permiso de retirarse de la córte, apartando su persona del choque continuo de la envidia palaciega.

No convenia esta resolucion al rey.

Si inocente de la sospecha de traicion, el secretario debia humillar á sus enemigos con el espectáculo de su sólida privanza: si delincuente y desleal, su crimen no admitia ni blandura, ni merced.

Así, á cada nueva instancia, á cada dimision nueva, asegurábale Felipe la confianza que tenia en sus servicios y en su amistad.

La posicion de Antonio Perez se iba haciendo insoponible: sabia los manejos de sus rivales y envidiosos, no le era dado sin embargo contenerlos con el castigo: conocia que alimentaba el rey algun propósito secreto, y no podia prevenirlo ni penetrarlo.

Por aquel tiempo escribió Felipe II al cardenal de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, para que en su nombre pidiese á la princesa de Eboli que sosegase al secretario de estado, prometiéndole entrambos mercedes, honores y distinciones en abundancia porque no dejase su servicio.

Proponíase con esto juntarlos en secreta conferencia, ya que esquivaban las ocasiones de verse como antes se veian, pensando con razon que el disimulo de dos personas que se aman, no podría resistir á semejante prueba.

Cayó Antonio Perez en el lazo, ayudado por la vehemente pasion de la temeraria señora.

Parecióles la petition del rey la demostracion mas concluyente de su ignorancia, y parte por esta consideracion, parte por la ceguedad de los deseos, volvieron á entregarse sin recato á sus peligrosos placeres.

Y mientras tanto, buscando la conviccion y preparando su venganza, aguardaba el rey con suma paciencia la ocasion de su justicia.

Enfermo de graves males, ausentóse en aquellos momentos de la córte el marqués de los Velez.

Sus servicios, su grandeza, su valor, sus bienes de fortuna le daban influencia entre los cortesanos, y su lealtad le proporcionaba la benevolencia del monarca.

Mucho pesó su partida á Antonio Perez, porque era de las mas fuertes áncoras que podía guardar para cuando arrieciere la tormenta.

Debíale favores el marqués y conocíale bastante para saber que serian pagados con usura.

Murió en el camino de sus estados y su muerte fué una verdadera pérdida para su inquieto y amenazado enemigo.

Al considerar las enigmáticas palabras del soberano y la frialdad que manifestaba hácia la princesa, tuvo mas de una vez Antonio Perez la ocasion de meditar sobre su vida.

Recordaba la altura á que habia llegado su favor y su posicion en la córte; pensaba en el poder que quizás iba á abandonar para siempre, y en la desatentada pasion que le habia hecho reo de crímenes, cuya expiacion se acercaba.

Si tuvo voluntad de cortar aquellas relaciones, cuyas cadenas habian de ahogarle al fin, ó no pudo ó no supo verificar sus proyectos.

No era posible tampoco abandonar á la princesa: bella amante y caprichosa, ejercia alta influencia sobre su ánimo: temeraria y altiva, consentia en perderlo todo y en morir antes que sacrificar sus pasiones.

Así, conociendo el riesgo y sin fuerzas para huirlo, el secretario de estado se contentaba con dar parte de sus temores á su dama.

Y como empezasen de nuevo sus enemigos á dar impulso á la acusacion, y como en lugar de Pedro de Escobedo buscasen otro deudo mas firme, si bien mas lejano, para proseguir la querella, redobló Antonio Perez sus instancias de retirarse, con tal solicitud, vehemencia tanta, que el rey afirmó mas sus sospechas anteriores.

No se descuidaba Mateo Vazquez en estender cuanto podia sus observaciones acerca de la princesa.

Hacíase ya conversacion pública en Madrid de sus amorosas relaciones; contábanse los regalos de reposteros y camas de tela de oro que habian recibido y regalado: sabíase que Antonio Perez tenia un aposento en la casa de las comedias á donde la llevaba sin otra compañía.

Llegaron estos rumores á oídos de la princesa, que pagaba con el desprecio mas profundo las hablillas de la corte, oponiendo á la murmuracion el desden, y á las amenazas el orgullo.

Pero subió el escándalo al punto de escuchar insultantes observaciones de sus dependientes y palabras irrespetuosas de sus criados; y ofendida en su altivez, y aislada en su azarosa posicion, y perdido el afecto del rey, que ni aun la visitaba ya, y decaida del alto rango en que por tantos años se habia visto, resolvió jugar el todo por el todo y arriesgar en un golpe de dado su fortuna.

Sin pararse en los términos, ni calcular su resultado, escribió una estensa carta al monarca, llena de sentidas quejas, para pedir satisfaccion de los continuos disgustos que recibia.

Hé aquí su principio:

«Señor:

»Por haber mandado V. M. al cardenal de Toledo que

»me hablase en estas cosas que han pasado de Antonio Pe-  
 »rez, para que yo procurase reducirle, he entendido yo y  
 »tratado de ello muy diferentemente de lo que entendia;  
 »pues quedar un hombre inocente despues de muchas per-  
 »secuciones, sin honra ni sosiego, no era cosa que á ello  
 »podia estar bien, ni nadie con razon persuadirselo: mas  
 »todo lo puede el servicio de V. M.

»Bien se acordará V. M. que le he dicho en algun pa-  
 »pel lo que habia entendido que decian Mateo Vazquez y  
 »los suyos, que perdian la gracia de V. M. los que entra-  
 »ban en mi casa.

»Despues de esto he sabido que han pasado mas ade-  
 »lante, como á decir, que Antonio Perez mató á Escobedo  
 »por mi respeto, y él tiene tales obligaciones á mi casa,  
 »que cuando yo se lo pidiera estuviera obligado á hacerlo.

»Y habiendo llegado esta gente á tal y estendídose á  
 »tanto su atrevimiento y desvergüenza, está V. M. como  
 »rey caballero obligado á que la demostracion de esto, sea  
 »tal que se sepa y llegue, á donde ha llegado lo primero.

»Y si V. M. no lo entendiere así, y quisiere aun que la  
 »autoridad se pierda en esta casa, como la hacienda de  
 »mis abuelos y la gracia tan merecida del principe, y que  
 »sean estas las mercedes y recompensas de los servicios,  
 »con haber dicho yo esto me habré descargado con V. M. de  
 »la satisfaccion que debo á quien soy.

»Y suplico á V. M. me vuelva este papel, pues lo que  
 »he dicho en él es, como á caballero y en confianza de tal,  
 »y en sentimiento de tal ofensa.»

En el discurso de la carta habla tambien de un pleito  
 que mantiene en nombre de sus hijos, y dice, quejándose  
 de su estado: «aunque en esto se ha usado de buen go-



bierno con otros, soy yo tan mohina con V. M. y ha tomado de manera tal el desfavorecerme, que la razon que dá el presidente, es decir que el no hacerse conmigo lo mismo, es porque V. M. lo quiere así.»

Pero ni las quejas, ni las amarguras, ni las poco respetuosas exigencias de su antigua favorita, hicieron impresion en el ánimo del rey.

Resuelto á hacer justicia y á vengar su buena fé engañada, ordenó á fray Diego de Chaves, su confesor, hablase á la princesa para que declarase los fundamentos de su queja: la altiva dama citó como testigo bastante al soberano, que sabia la verdad; pero escuchando mayores consejos, indicó al cardenal Quiroga y al maestro fray Hernando del Castillo, predicador del rey.

Entonces, para quedar libre entre tantas intrigas, para acabar de una vez con los dos bandos que dividian secretamente la córte, resolvió el monarca reconciliar á Mateo Vazquez con la princesa de Eboli, reservándose su accion para en adelante como á sus intentos cumpliese.

Encargado tambien de esta negociacion, vió el confesor estrellarse sus esfuerzos en la altivez de la princesa, que respondia: *«Ya he satisfecho y el rey lo sabe: haga S. M. lo que bien visto le sea: las quejas justas ó injustas no tienen otra pena de su natural sino quedarse sin satisfaccion. No irá mi persona para andar en trato de amistades con persona tal, ni lo sufre la ofensa de que se trata.»*

Conocia harto bien Felipe II el carácter de la orgullosa señora para saber que era loco empeño el violentar su voluntad.

Queriendo, sin embargo, acabar á toda costa aquellas enemistades que daban pábulo á las hablillas del vulgo,

mezclando el nombre del rey, intentó reconciliar á Mateo Vazquez con Antonio Perez, sabiendo que así le perdonaría mas fácilmente la princesa.

Además de las recientes murmuraciones y de la parte que tomaba en su acusacion, tenia contra su compañero otro motivo de resentimiento el secretario de Estado.

Al enviarle en el Escorial el despacho del dia, introdujo un anónimo ofensivo á la nobleza de su casa: la letra estaba tan poco disimulada, que fácilmente fué conocida hasta por el rey, que tomó mucho pesar en ello.

Pretendíale matar Antonio Perez; pero Felipe, apelando á su cordura y discrecion, le prohibió dar mas escándalo sobre aquellas enemistades.

Su intencion era castigar severamente á Mateo Vazquez, teniendo la mano en los asuntos de la princesa, hasta que la evidencia le convenciese de la villanía y traicion con que habia sido engañado en sus amores.

No tardó mucho.

Aunque completamente separado de su antigua favorita é inflexible en la aparente indiferencia que habia sucedido á tanto amor, no habia logrado el monarca triunfar completamente de los sentimientos que le habia inspirado la princesa.

Conteníase con la mayor calma en público; pero en secreto se lamentaba y sufría.

Algunas noches salia solo por una puerta escusada de palacio á rondar la calle de la Almudena, por si podia sorprender el secreto de las relaciones de su secretario.

En una de estas escursiones pudo convencerse por sus ojos de la perfidia y doblez de su valido y de su dama.

Luchando con mil afectos, ofendido en su amor propio

de hombre, en sus sentimientos de amante, en sus favores de rey, tuvo, sin embargo, suficiente voluntad para contener su enojo: resolvió el castigo, pero sin entregar á las hablillas su reputacion, sin comprometer con un escándalo la tranquilidad de la monarquía.

*Encerrado al amanecer en su aposento, mandó llamar á fray Diego de Chaves que habia intervenido en todas aquellas negociaciones: informóse del estado en que se hallaba el trato de reconciliacion entre Antonio Perez y Mateo Vazquez, y haciendo subir al conde de Barajas, mayor domo mayor de la reina por muerte del marqués de los Velez, comunicóles su resolucion, encargándoles la inviolabilidad del secreto.*

El dia 28 de julio de 1579, á las once de la noche, prendió el alcalde Alvaro García de Toledo al secretario de Estado: en el mismo instante quedaba presa la princesa de Eboli.

Y á aquella hora, acompañado de su ayuda de Cámara, Sebastian de Santoyo, estuvo el rey en Santa María, enfrente de la casa misma, inmóvil en la sombra de un portal disimulado, presenciando cómo se llevaba á efecto la ejecucion: vuelto luego á palacio, mantúvose paseando en su gabinete hasta las cinco de la mañana, en que abrió el balcon para calmar con el fresco de la madrugada el ardor de sus sienes y la alteracion de su ánimo.

Sentándose luego á escribir, despachó cartas para algunos grandes de Castilla, singularmente para los duques del Infantado y de Medina Sidonia; deudo el primero y yerno el segundo de la desventurada princesa.

El motivo ostensible de la prision, era su oposicion constante á la reconciliacion de ambos secretarios.

Esta causa se alegó por la justicia, y con nombre de las amistades de Mateo Vazquez, se comenzó el proceso.

La familia de Escobedo, ni se querellaba, ni se movia: las desaveniencias que daban pretesto al juicio y color á la prision, á nadie parecian motivo suficiente para tamaña desgracia.

El vulgo comentó de mil maneras este acontecimiento, suponiendo los motivos mas estravagantes: los cortesanos, que podian dirigir con mas tino sus sospechas, guardaban un silencio cauteloso y el público suspendia prudentemente su juicio hasta ver el desenlace.

Entre tanto permaneció preso Antonio Perez en casa del alcalde de córte y recogida desde aquella noche la princesa fué conducida mas tarde á la fortaleza de la villa de Pinto.

Las vicisitudes que sufrió Antonio Perez, su fuga de la prision, su estancia en Zaragoza amparado por los fueros y por el gran justicia, su emigracion á Francia, los escritos que publicó en el vecino reino, poniendo de manifiesto todas las atrocidades cometidas por Felipe y de las cuales nadie mejor que él podia estar enterado; la rabia y desesperacion del monarca al verse burlado y hecho traicion, asuntos son que necesitarian muchos volúmenes si de ellos fuéramos á ocuparnos.

Preciso es concluir y voy á terminar de la misma manera que empecé, diciendo con Bermudez de Castro que *la historia es el apasionado prisma de las injusticias del mundo; eco fiel de las causas que triunfan é inflexible azote de los desgraciados y de los oprimidos*; las mas veces eterniza en sus falaces páginas el orgullo del fuerte y el baldon de los que sucumbieron.

¡Qué verdad tan innegable!

A nadie mejor pueden aplicarse estas líneas que á Felipe II; á ese monarca á quien autores apasionados han elevado al quinto cielo, enalteciendo y queriendo justificar hasta sus crímenes mas repugnantes; retratándole como *modesto, grave, concienzudo, piadoso*..... ¡Qué horrible escarnio!

Yo acepto y admiro y enaltezco, lleno de orgullo el ánimo, todas las grandes cosas que, durante su reinado, se llevaron á cabo y que deben lisonjear á España; pero entre ellas y las condiciones del hombre, en cuyo tiempo se verificaron, media un abismo.

Para probar hasta qué extremo puede conducir la adulacion y la lisonja, la pasion ó el alucinamiento en algunos historiadores, me voy á permitir trasladar aquí un párrafo de uno de ellos, en el que dá cuenta del fallecimiento de aquel rey que tantas lágrimas y tanta sangre hizo derramar durante su reinado:

«El rey D. Felipe, dice, consumido por una calentura lenta que venia minándole hacia tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota, á que se le juntó la hidropesía, parecia que no podia vivir mucho tiempo. Conociendo, pues, que se acercaba su último dia, quiso que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitacion del camino le pondria en peligro de morir, respondió: *«Yo mismo seguiré mis funerales hasta el sepulcro.»* Cincuenta y tres dias estuvo postrado boca arriba y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante.

Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios, á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de to-

das sus oraciones, (1) y en todas partes se hacian fervorosas rogativas por su salud.

Lavaba frecuentemente las manchas de su alma por medio de la confesion, protestando que queria descargar su conciencia, y no omitir para esto diligencia alguna.

Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro.

Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el Santo Sacramento de la Extrema-Uncion, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los cruelísimos dolores que sufría, que parecia estar enagenado de todo sentimiento.

Mandó á su hijo y heredero del reino que se hallase presente á este acto: «para que entre la majestad y elevacion peligrosa del trono se acordase que era mortal, y que llegaria el dia en que se viese en el mismo trance; por lo cual debia tener siempre á la vista el ejemplo de su padre, para que él mismo lo practicase cuando se hallase en igual estado.» (2)

Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma, de los vínculos y lazos del cuerpo, y sobre la estrecha cuenta que habia de dar al juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con gran entereza de ánimo.

Dos dias antes de morir llamó á su presencia al príncipe D. Felipe y á la infanta doña Isabel, á quien siempre

---

(1) Era natural; su conciencia no podia estar tranquila.

(2) En cierto sentido aceptado; pero en otro.....

habia amado con estremo, y les echó su bendicion haciendo con la mano la señal de la cruz.

Encárgoles con el mayor cuidado que guardasen y defendiesen la religion católica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reino y para vivir santamente.

Despues arregló y dispuso el órden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida.

En esto tenia ocupados enteramente todos sus pensamientos, y conservaba una tranquilidad y entereza de espíritu nada comun en aquel trance.

Hizo tambien que le llevasen á su cuarto el ataúd en que debia ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante, para considerar en aquel triste espectáculo, el poco tiempo que le quedaba de vida.

Finalmente, cuando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un crucifijo que su padre el César Carlos tuvo en su mano al tiempo de espirar; y teniéndole en la diestra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Virgen María, que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso, imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. (1)

Sus últimas palabras fueron que moria católico y obediente hijo de la iglesia romana.

Luego que dejó de hablar volvió los ojos al crucifijo que tenia en su mano, y de este modo espiró tranquila-

---

(1) Convencido estaba de que no eran pocas.

mente el domingo trece de setiembre al amanecer, hallándose á los setenta y un años de su edad, á la que se dice que no llegó otro de los príncipes de la casa de Austria.

Verdaderamente fué un gran rey, (1) cuyo poder admiraba y temia todo el órbe.

Sin embargo, en tan elevada fortuna fué *modesto, prudente, grave, piadoso*, (2) y tan amente de la verdad, que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza.

Fué mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios, desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma, léjos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro.

Acostumbrado pues desde niño á la córte y al exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su natural y por su educacion al estruendo de Marte, y estaba persuadido de que la magestad régia no debia sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro.

Tenia además otras causas que le retraian de la milicia personal, pues la dilatada estension de su imperio, que abrazaba las dos estremidades del orbe, exigian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes.

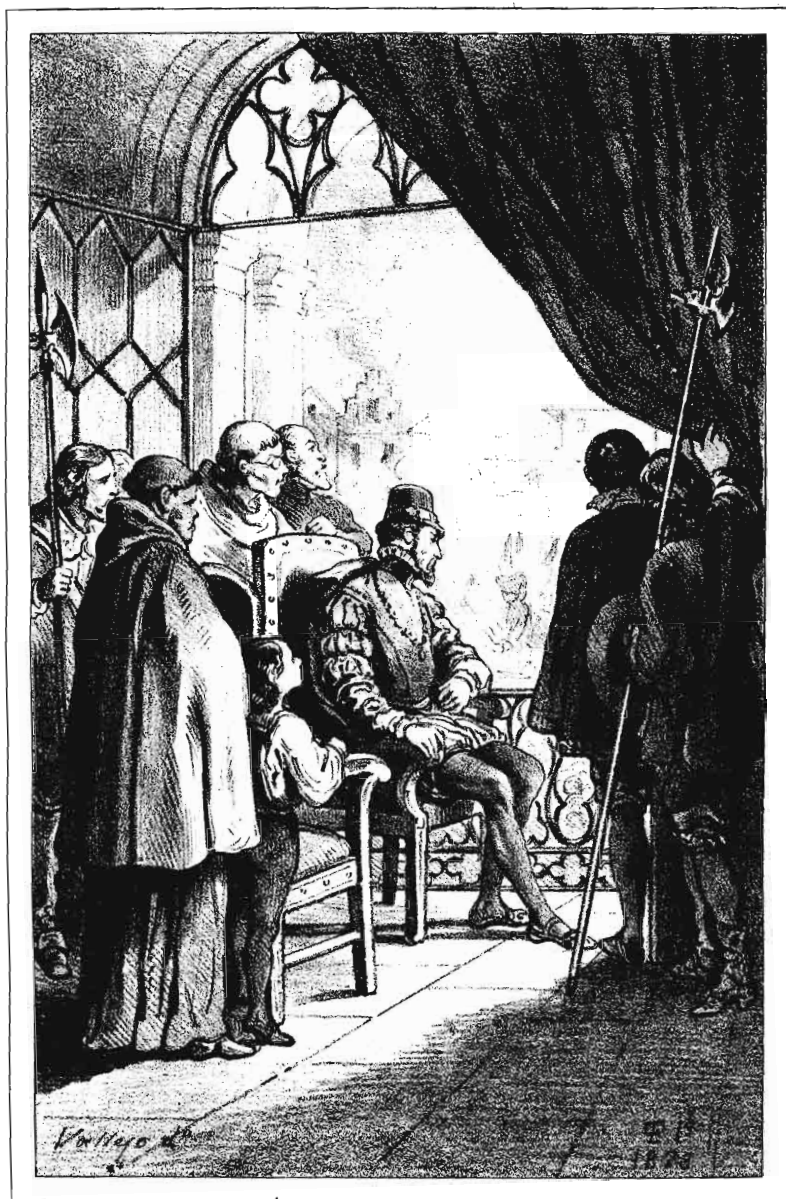
Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas, así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre y sus continuas guerras en paises remotos, se hallaban abandonadas y descui-

---

(1) En cierto sentido.

(2) Díganlo los suplicios de D. Juan de Lanuza, Aragon, Urrea, Ayerbe y tantos nobles castellanos y Aragoneses.





Auto de fé en Valladolid, presenciado por Felipe II.

dadas, y finalmente, los escelentes generales que se educaron en las campañas del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningun modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos.

Por esto, pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpétuas con los enemigos de la religion católica; y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. (1)

Fué muy diestro en encubrir sus defectos con tanta modestia y gravedad, que inspiraba en los ánimos de todos la mayor reverencia á su persona.

Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal y algo de mas suavidad en su trato. (2)

La *piedad* fué la virtud que sobresalió en el rey don Felipe, de la cual dejó á cada paso ilustres monumentos en tan vasto imperio.

Edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tantos, que seria obra muy prolija el referirlos por menor.

Procuró que se estableciesen algunas nuevas diócesis, y que la de Búrgos se erigiese en arzobispado.

En el Escorial, la mas admirable de todas sus obras, spendió veinte millones.

Enriqueció la biblioteca con libros muy esquisitos.

Hizo imprimir la segunda Biblia en Amberes, con mucha hermosura y magnificencia, valiéndose para esta empresa de Benito Arias Montano, varon de singular doctrina, de cuya obra, si emprendiese hablar, escederia los

---

(1) El lector comprenderá cuántas victimas no sacrificaria.

(2) Por el principe Cárlos podemos sacar la consecuencia.

límites de la brevedad que me he propuesto en esta historia, por lo que remito al lector á los prologómenos de ella, para que conozca su grandeza y el aprecio que merece.

Estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndole añadido nuevas obras, y cuidó se recojiesen en él las escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos, que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiase con gran diligencia.

Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reinos.

Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios espulsos de sus diócesis, y á todos los católicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo, que España era el hospicio y asilo de todos cuantos padecian por causa de religion. (1)

Reprimió con mucha severidad, y aun estinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes.

Mandó á los consejeros que vistiesen la toga, para que este traje las conciliase la veneracion y respeto de todos.

Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos que con escesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo pena á los contraventores.

(1) En cambio, si un infeliz que profesase la religion reformada le hubiera pedido una limosna, le habria seguramente enviado á la hoguera. ¡Vaya una piedad!....

Fué aficionado al estudio de las matemáticas, de la historia y de la filosofía moral.

La estatura de su cuerpo era regular, y algo mediana; su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas; sus ojos azules y rasgados, en que se manifestaba la majestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente, todo su exterior era venerable y lleno de decoro. (1)

Despues de celebradas sus exequias entre lágrimas y gemidos, fué encerrado su cadáver en una caja de plomo sin embalsamarle ni tocarle, como él lo habia mandado, y se colocó en el panteon real.

D. Felipe, su hijo, escribió en el mismo dia al Sumo Pontífice, dándole noticia de la muerte de su padre, y le rogó con muchas súplicas que le tuviese en lugar de hijo.

Concluido el funeral, se restituyó el rey á Madrid, donde se celebraron magnificas exequias con insigne pompa por el alma de su difunto padre.

Tambien se hicieron en todos los dominios de España, y aun en muchas partes de Europa, cuyos príncipes no podían olvidar los beneficios que de él habian recibido.

Cumplido que fué el novenario, se mudó el luto en alegre gala y espléndido adorno, y en el domingo once de octubre fué proclamado rey de las Españas D. Felipe, tercero de este nombre, tremolándose los pendones segun la costumbre de la nacion.

El nuevo rey eligió por su primer ministro, para que le ayudase en el gobierno, á D. Francisco de Sandoval, mar-

---

(1) Excepto lo que se relacionaba con sus apetitos mundanos.

qués de Denia; y habiéndole elevado al grado mas alto de favor y autoridad, le condecoró con el título de duque de Lerma.

Inmediatamente comenzó el rey á mudar los empleados en la córte; y porque con la larga enfermedad de su padre se hallaban abandonados muchos negocios, dirigió todos sus cuidados á poner el debido remedio. (1)

(1) Como última prueba del carácter y condiciones de Felipe II, de ese rey *prudéntísimo, fácil, suave, caritativo, piadoso*, pues con todos estos calificativos le designan sus apasionados panegiristas; aparte de los infinitos asesinatos privados que en detalle se cometieron por orden suya; aparte de las innumerables *justicias* que mandó hacer, en grandes y pequeños, en todos sus reinos; aparte de los rios de sangre derramada en Flandes, Borgoña, Portugal é Italia, aparte de tantas y tantas atrocidades que seria prolijo enumerar, tenia una gran afición á *tostar* hombres, sin mas delito que preferir el sermón á la misa, y los horribles autos de fé se sucedian á cada paso, llevados á cabo en las principales provincias de España.

Los mas *brillantes y magníficos* fueron los tres últimos á que asistió el *sua-ve* y *piadoso* monarca; dos en la plaza mayor de Madrid y el tercero en Valladolid el dia 8 de octubre de 1579.

En ese dia fueron *quemados vivos* Carlos Sesé de una familia noble de Logroño y Juan Sanchez y ahorcados veinte y seis, entre los cuales se hallaba un hermano de Cazalla, cura de Pedroso, cuya casa fué demolida y se puso en el solar una columna con una inscripcion que declaraba el hecho, para perpétua ignominia.

El Inquisidor general, D. Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, procuraba con *piadosa* y ferviente solicitud, satisfacer á cada paso los feroces instintos de su amo y en su nombre, envió á la hoguera en el escaso término de tres años, mas de mil cien desdichados, que no habian cometido otro delito que pertenecer, ó mostrarse inclinados á la religion reformada.

En Sevilla, fueron condenados en un mismo dia, Agustin Cazalla, otros dos hermanos suyos, y hasta diez y nueve compañeros, entre los cuales se hallaban algunas monjas; no se salvó de la fatal hoguera ni aun la madre del referido Cazalla, apesar de haber muerto mucho antes, pues de orden del rey, ¡horrible sacrilegio! se la desenterró y fueron quemados sus huesos.

En la misma Ciudad y á principios del otoño, perecieron de igual suerte entre las llamas mas de doscientas personas, y se desenterraron igualmente

los huesos de *Constantino Ponce*, para hacer con ellos igual operacion que con los de la madre de Cazalla.

¿A qué cansarnos mas, refiriendo horrendas atrocidades? seria interminable nuestra tarea.

Digan nuestros lectores, diga España, diga el mundo entero si quien tales infámias cometiò merece el titulo de *suave, prudente, fácil y piadoso!*...

¡Esto mas que alabanza es un escarnio!

Yo, para terminar, voy á copiar los magníficos versos que mi querido amigo Marcos Zapata pone en boca de D. Juan de Lanuza, en el precioso drama que lleva por titulo *La Capilla de Lanuza*, dirigiéndose al capitán que por orden de Felipe viniesen á presenciar su suplicio.

Nada como estos valientes versos para significar gráficamente cuanto pudieramos nosotros añadir.

Dicen así:

Lanuza.—Cuando en presencia  
de Felipe segundo,  
narreis la ejecucion de mi sentencia,  
decidle estas palabras  
que le arroja á la faz la Providencia.  
Tímbres, honores, libertad y gloria,  
todo lo quitarás! quita si puedes  
el tribunal de Dios y el de la historia!

Y mas adelante, al oír el pregon, por el cual se hacia saber que aquella justicia se ejecutaba por orden del monarca en la persona del *traidor* D. Juan de Lanuza, éste, arrebatado por la mas noble indignacion, esclama:

»El *traidor* es el rey, que sobre el pueblo  
puso cobarde su maldita planta!....»

Es imposible decir mas en tan pocas palabras.

## CAPÍTULO XXIII.

---

Desencantos y perfidias.—Lo que se puede esperar del amor de una gran dama.

En vano permaneció Felipe próximamente un mes en Valencia.

En vano esperó un día y otro día y con la ansiedad que es de suponer, sin recibir la primer carta de su amada.

El noble jóven, al ver que no recibia noticias, se devanaba los sesos en conjeturas, pero fiel al mandato que le habian impuesto no se atrevió á moverse de Valencia, contentándose únicamente con escribir algunas cartas, no solo á Margarita, sino tambien á su tio y aun á su amigo Luis, si bien, ni á uno ni á otro, les hacia participes de ciertas confianzas, que, pensando delicadamente, no le pertenecian.

Mas de una vez se preguntó y aun llegó á temer si la madre de su amada habria muerto y esta era la causa de tan pertinaz silencio, pero, bien reflexionado, caso de que hubiese sucedido una desgracia, tampoco era una razon para no escribir, sino doble motivo para practicar todo lo contrario.

Muerta la madre, Margarita debía haber venido á reunírsele ó por lo menos haberle llamado, ansiosa de consuelo.

¡Qué hubiera dicho Felipe si hubiera sabido, si hubiera sospechado la verdad!

Aquella señora no solo no habia estado enferma, como se le hizo creer para justificar la precipitada marcha de Margarita, sino que Felipe tenia en ella un poderoso enemigo.

La tal señora, que nunca fué simpática al primer esposo de su hija, por convenio de ésta y de aquel y merced á una pension crecida que se la asignó, fué á establecerse á un pueblo de la provincia de Búrgos, donde el señor de Leguina tenia fincas y en el que permaneció por espacio de dos años; pero muerto el esposo de su hija y aburrida de vivir en un lugaron, volvió á la córté, precisamente en los momentos en que Margarita se hallaba en Alboraya, lo cual no impidió que tomase posesion de la casa y se enterase, hasta por la propia doncella, á quien ya conocemos, de todo cuanto ignoraba respecto á los amores de su hija.

Además, sin que Felipe lo notase, hizo saber á ésta su llegada á Madrid y entablaron ambas una correspondencia secreta, mientras les convino ocultarla, cuyos resultados ya conocemos por la última carta que, con fingida sorpresa, recibió Margarita en presencia de Felipe y de manos del molinero.

Carta que produjo la separacion de los dos amantes, con gran desesperacion de aquel, por mas que la creyera motivada y momentánea.

La madre de Margarita era una mujer de un carácter orgulloso, altivo é intolerable; en cuanto á su fisico corria parejas con la parte moral.



Seca, de enjutas carnes, huesosa, de elevada estatura, con una nariz aguileña y unos ojos desproporcionados por lo grandes y por su gran movilidad; el perfil de su cara se asemejaba á la hoja de un afilado cuchillo, su cuello á un tuvo de estaño, el contorno de sus caderas á un saco de algodón, y cuando andaba, se balanceaba á derecha é izquierda como un sauce lloron.

Hablaba siempre melosamente, y en medio de un suspiro, ó de un cumplido, deslizaba á cada paso un epigrama cruel y tan venenoso como la viperina lengua que lo producía.

A Margarita, mas que amor y respeto, era miedo el que la inspiraba, particularmente por su monomanía constante de interrogar y aconsejar.

Cuando la hija regresó del lado de su amante é hizo á la madre ciertas confianzas, los consejos y las interrogaciones subieron de punto, tomando un carácter mas grave.

A las interrogaciones, Margarita se habia negado terminantemente á contestar, indicando á su madre que debia conformarse con lo que buenamente le habia dicho, y esta no tuvo mas remedio que resignarse, porque, aparte de que existia entre aquellas dos mujeres un pasado que suprimia toda especie de obediencia y de respeto, Margarita era dueña absoluta de su casa y de sus acciones y esta circunstancia no era olvidada nunca por la vieja.

En cuanto á proyectos y á consejos, era Margarita mas fácil y mas paciente para escucharlos; los que al presente se le ocurrían á la vieja no eran otra cosa que la reproduccion ó continuacion de los antiguos.

Todo su afán, todo su empeño estaba reducido á que su hija, dando al olvido estúpidos amoríos, volviese á contraer

segundas nupcias, pero con una persona titulada ó que disfrutase al menos de una fortuna mayor que la de Margarita.

¡Pícaro ambicion! ¡despreciable orgullo!

Tanto era esto así, que, en la primer carta que escribió á su hija cuando supo la muerte de su yerno y cuando aun el cadáver de éste no habia sido conducido al cementerio, ya se esplicaba en este sentido, sin consagrar un recuerdo, ni una palabra de sentimiento á la memoria del hombre á quien su hija debia la consideracion y la fortuna que disfrutaba al presente.

Al dia siguiente del regreso de Margarita, sentadas ambas en el gabinetito ó sea tocador que ya conocemos, decia la madre á la hija:

—Desengáñate, los consejos de una madre siempre son buenos; la experiencia es madre de la ciencia y yo he adquirido no poca en mi largo trato de mundo: en primer lugar te debes á tí misma y á la sociedad que te rodea.

Aunque no sea mas que por vengarnos de la familia de tu padre, que tan indignamente nos olvidó y rechazó despues de su muerte, tú deberias elevarte bastante alto para humillarlos á tu vez.

Eres jóven, bella y rica; estúpido seria en tí no tener un poco de ambicion.

Por otra parte, en la posicion que hoy te hallas, un segundo matrimonio ha llegado á ser indispensable; el solo podrá hacer callar ciertos rumores... y devolverte la consideracion que tu impremeditado viajecito á Valencia te ha hecho perder.

—Pero mamá...

—Hija mia esto no es reñirte, es un consejo y una advertencia amigable.

Comprenderás perfectamente que no es fácil engañar á una mujer como yo.

Has sido, por un poco de tiempo, la amada de un caballero que creo debe llamarse Felipe, Juan, ó una cosa parecida, pero sin fortuna ni representacion social; te has entregado á él en cuerpo y en alma y te has creído por espacio de algun tiempo trasportada al paraíso; pero del paraíso se descende, y caída de nuestros ojos la venda que ofuscaba nuestros sentidos, nos encontramos que, al descender nuevamente á la tierra, la desilusion es completa.

Si las murmuraciones de tus amigos y criados, si tus mismas confianzas no me hubieran puesto al corriente de todo, tus continuas imprudencias me hubieran revelado la palabra del enigma, ó lo que es lo mismo, el principio de una novela que debe terminar en el primer capítulo.

Tú eres viuda, me dirás; es muy cierto, pero no eres libre, como te figuras.

Casada con el mundo, tu amor dedicado á un hombre que no pertenece á cierta clase, es un adulterio, una grave falta que ese mismo mundo no te perdonará jamás.

Que ese jóven, bien por su talento, su figura ó sus bellas condiciones, te gustó y te dignaste concederle cierta clase de favores; que le has amado un poco de tiempo, todo eso está muy bien, pero como no estais unidos por toda la eternidad, puedes romper, cuando bien te plazca, unas relaciones que no pueden tener consecuencias mas serias.

Son una clase de relaciones que nosotras las mujeres de cierta clase, considerándolas como un ligero capricho, adquirimos y abandonamos sin concederles importancia.

Verdad es que sus lecciones nos sirven mas tarde para

la vida real y preparan la felicidad basada en un amor mas honroso y mas sério.

Este amor, una consideracion mayor que la que hoy disfrutas, una riqueza inmensa que unida á la tuya te pondria á la altura de las primeras casas de España y del extranjero, hace tiempo está llamando á tu puerta y tú lo estás despreciando.

Mister Wan-Gelu, el antiguo consocio de tu marido, no ha cesado un momento de ofrecerte su mano y su fortuna: reuniendo como reúne todas las condiciones que en tu estado pudieras apetecer ¿por qué no le aceptas?

Durante tu ausencia no ha dejado de venir ni un solo dia á preguntar por tí.

Me ha reiterado sus ofrecimientos y si llegaras á decidirte, seria cuestion de que tu matrimonio con él quedase terminado en el preciso término de una semana.

Como hombre previsor y alimentado por una esperanza que tus desdenes no han sido bastante á destruir, tiene en debida regla todos los papeles y documentos necesarios para el caso; una palabra tuya es bastante para hacer su felicidad, para satisfacer en mí la natural ambicion de una buena madre y conseguir hacerte dichosa aun á pesar tuyo.

Contando con tu beneplácito le he convidado hoy á comer.

Margarita escuchaba á su madre y no contestaba; pero, síntoma aun mas grave, permitia que aquella fuese, poco á poco, desprendiéndose de las antiguas relaciones de la casa y dando lugar á nuevas presentaciones.

Mister Wan-Gelu vino á ser la visita constante de la madre y de la hija, acompañándolas á todas partes y siendo admitido en su intimidad.

La sociedad comprendía que algo mas grave y mas sério que una simple relacion de amistad se ocultaba en todo esto.

Próximamente habia trascurrido un mes y Felipe continuaba aun en Valencia, esperando inútilmente cartas ó noticia de su amada Margarita.

Su corazon estaba oprimido y lacerado.

Para Felipe el tiempo trascurría en dolorosas alternativas.

Todo lo que un alma enamorada puede preveer de desgracias, veinte veces las habia previsto: todas las probalidades las habia calculado y pesado, y en su sencillo corazon, habia admitido hasta las imposibilidades.

Margarita retenida en Madrid por la enfermedad de su madre,—Margarita obligada por sus deberes,—Margarita ofendida,—Margarita infiel,—Margarita abandonándole, olvidándole, y rechazándole...

Pero las dos ideas que con mas pertinacia acudían á su imaginacion, por ser tambien las mas probables, eran las de enfermedad ó de olvido, porque en lo que respecta á las obligaciones y necesidades sociales su corazon no las aceptaba.

¡Enferma! léjos de él, sin poderla ver, sin poderla cuidar y velar, y lo que es aun mas cruel, sin saber qué clase de enfermedad era la suya?...

¿Pero estaria efectivamente mala? dias antes de separarse de su amante, no habia cambiado por completo y una frialdad y una indiferencia bien estraña. ¿no habia sucedido á los primeros y embriagadores entusiasmos de una pasion frenética? es que sin duda ella ya no le amaba, queria romper con él, no la volveria á ver...

Y en este estado, un dia y otro dia, sin tregua, sin descanso; alimentado por falsas esperanzas, ó sumido en la desesperacion mas completa, iba consumiéndose lentamente y llegó á un estado de postracion tal, que le fué preciso guardar cama.

Así se pasaron próximamente dos meses.

Una mañana el mozo de la fonda llamó á la puerta de su cuarto y le presentó una carta procedente de Madrid que acababa de traer el cartero.

Arrojóse del lecho, y con el afan de un hombre sediento que en medio del desierto se arroja sobre el manantial que á su paso encuentra, para aplacar la sed devoradora que lo consume, del mismo modo Felipe, alagado por una risueña esperanza se apoderó de la carta que el mozo le presentaba.

La letra del sobre, si bien fina y correcta, le era completamente desconocida.

Abrióla precipitadamente y en ella solo encontró dos renglones, que aunque mucho decian, solo consiguieron aumentar su confusion y sus dudas.

»Una persona que por V. se interesa y que siente la decepcion de que es V. víctima, le aconseja se presente en Madrid inmediatamente, pues su presencia es absolutamente necesaria.»

La carta no tenia firma; era un anónimo, pero en el estado de duda, de agitacion y de amargura en que Felipe se encontraba, era lo muy bastante para que se resolviese á seguir el consejo que se le daba.

Tres horas despues, y en el primer tren *express* que salia para la córte, Felipe ocupaba un asiento de primera clase.

## CAPITULO XXIV.

---

Desilusiones.—Del paraíso al infierno.

Serian próximamente las nueve de la noche cuando el tren *exprés* de Valencia llegó á la estacion del mediterráneo, próxima á la puerta de Atocha.

De un brinco saltó Felipe al anden y como su equipage lo componia únicamente una maleta de mano, no tuvo que aguardar á que abrieran el despacho de equipages, sino que saliendo por la puerta principal, tomó un coche de plaza y se hizo conducir á su casa, que como el lector sabe no se hallaba léjos de la estacion.

Con gran sorpresa suya, solo halló en la casa un criado.

Don Eugenio, María y la criada, hacia próximamente quince dias que habian abandonado á Madrid, por consejo de los facultativos, pues que habiendo estado la señorita á la muerte se consideró de absoluta necesidad que la convalecencia la pasase en el campo.

Preocupado como se hallaba Felipe por aquella insensata pasion que absorbia esclusivamente todos sus sentidos y potencias, no hizo aprecio, ni dió gran importancia á

aquella desgracia de familia, que á él, sin embargo, era debida, y á él mas que á nadie deberia interesar.

Vistióse precipitadamente y se lanzó á la calle.

¿Adónde se dirigiria primero? ¿seria prudente presentarse en casa de Margarita sin haberla hecho antes saber su llegada?

¿Nó seria mas natural enterarse con antelacion de lo que ocurría? ¿á quién dirigirse, pues?

Pensó en Luis, y como era el único amigo en quien podia tener ilimitada confianza, se dirigió á su casa.

Una nueva contraridad vino á ofrecerse; Luis hacia algunos dias se hallaba tambien ausente.

Era un contratiempo en el cual ni siquiera habia pensado, así que, se vió indeciso en medio de la calle, y sin saber á dónde dirigir sus pasos.

Marchó por espacio de algunos minutos andando á la ventura y tratando de reflexionar; despues, exasperado porque nada se le ocurría, penetró en un café y pidió un refresco.

En la situacion en que se encontraba respecto á Margarita, un paso imprudente podia tener graves consecuencias, y por otra parte, de las personas á quienes habia conocido en su casa, Mauricio el ingeniero era el único á quien hubiera podido interrogar, porque con los demás solo le unian relaciones de simple política, y aun cuando supiera su domicilio no le autorizaba ningun pretesto legítimo para presentarse.

Tratar de ver á Mauricio era tambien escusado, pues á semejante hora no era probable que estuviera en su casa.

Cuanto mas fatigaba su imaginacion menos encontraba el medio de salir de su apuro, y sin embargo, las horas



transcurrían y las once de la noche habían tocado ya en algunos relojes.

Desesperado y resuelto en fin á jugar el todo por el todo, se decidió á presentarse en casa de su bella ingrata; no había regresado á Madrid para permanecer en aquella terrible ansiedad; cualquiera cosa que fuese lo que debía saber, quería saberlo inmediatamente y salir de dudas; si á ella no podía verla, vería á algun criado y éste le enteraría de algo al menos.

Salió del café y se dirigió al barrio de Salamanca: en menos de cinco minutos llegó á los jardinillos de la puerta de Alcalá y encaminándose por la calle de árboles de la izquierda dió frente al lujoso palacio de la señora de Leguina.

El aspecto que aquel presentaba en aquella hora, no pudo menos de sorprenderle é impresionarle.

Multitud de carruages se hallaban alineados en toda la estencion del boulevard.

Siguió la fila de coches y á los pocos momentos se encontró en la verja que rodeaba los jardines del palacio.

La puerta principal estaba abierta de par en par, y en los jardines, en el peristilo de la entrada y en el patio, todo era animacion y movimiento; los balcones y las ventanas del edificio despedían torrentes de luz y de armonía.

Felipe se detuvo estupefacto: allí donde esperaba encontrar el silencio, las lágrimas y el luto, hallaba una espléndida fiesta.

Esto le pareció tan prodijioso y tan incomprensible al mismo tiempo, que creyendo haberse engañado, pasó y repasó dos ó tres veces por delante de la puerta; desgraciadamente, ni se había engañado, ni estaba soñando; era la misma casa de Margarita, era el mismo jardin, si bien ilu-

minado á la veneciana; aquello era una verdadera fiesta y hasta llegó á sus oídos los acordes de la orquesta que preludiaba una mazurca.

Felipe escuchó y contempló todo aquello como atontado, por espacio de algunos segundos, pero tomando de pronto una decidida resolución, se dirigió en primer lugar á un reberbero con objeto de asegurarse de si su traje podia permitirle la entrada en la fiesta; despues, volviendo sobre sus pasos, penetró audazmente por la puerta principal.

Los criados que se hallaban en el vestibulo, al verle marchar tan resueltamente, juzgaron que seria uno de los convidados y le dejaron pasar.

Al entregar su pardesús á uno de aquellos criados, observó que la librea habia sido cambiada; antes era azul y plata, al presente se habia transformado en color de castaña con botones dorados.

Sin tratar de esplicarse esta anomalía, subió á grandes pasos la escalera principal; adornada con profusion de macetas de camelias, y cuando el lacayo, colocado en la primera antecámara, le preguntó su nombre para anunciarle, le contestó: —no es necesario—y sin detenerse en mas esplicaciones penetró resueltamente en el salon.

Una ráfaga de ambiente abrasador y perfumado oprimió su garganta; por encima de multiplicados grupos de hombres, que se apiñaban en las puertas, para hablar y respirar con mas libertad, pudo distinguir una línea no interrumpida de salones espléndidamente iluminados.

Las lámparas y las bugias, faltas del preciso aire, parecian arder en una aureola de polvo rojizo.

De aquella multitud que poblaba los magníficos salones del hotel Leguina, se elevaban murmullos confusos de pa-

labras cortadas, el crugido de la seda, y todo esto, dominado por las notas claras y agudas del violin y de la flauta y por los firmes acordes del cornetin de piston.

Pasado el primer momento de fiebre, su determinacion empezó a debilitarse, comprendiendo, aunque vagamente, las dificultades de un paso tan arriesgado como el que acababa de dar.

Sin embargo, ya no era hora de retroceder, y llamando en su ayuda toda la energía de que su dolor era susceptible, se deslizó en el salon principal.

La polca mazurka acababa de terminar; pero Felipe no se atrevió á aventurarse penetrando en el centro y, ocultándose detrás de un grupo, procuró buscar con la vista á Margarita.

Al pronto no pudo verla, pero, continuando en su examen, hizo una observacion análoga á la del cambio de la librea en los criados: la mayor parte de las personas que le rodeaban le eran completamente desconocidas y apenas pudo encontrar dos ó tres de los antiguos tertulianos de la casa.

El adorno de las habitaciones se hallaba completamente en armonía con aquel extraño cambio; las pinturas y frescos de las paredes y del artesonado eran recientes; los muebles, colgaduras y adornos completamente nuevos y de gran lujo; el oro flamante de las cornisas dejaba caer sus brillantes reflejos sobre el oro y las piedras preciosas de los magníficos aderezos, de las riquísimas joyas de las señoras.

Felipe, completamente aturdido, se preguntaba en vano qué podian significar todas aquellas metamórfosis, cuando de pronto apareció ante su vista la hermosa Margarita, mas bella que nunca, altiva, orgullosa, deslumbradora.

Avanzaba por en medio del salon, apoyada en el brazo de un hombre que á Felipe no le era desconocido; de aquel estrangero de quien tuvo celos en cierta ocasion; de Mister Wan-Gelu antiguo consocio del difunto Sr. de Leguina.

La seductora sirena recorria el salon, haciendo los honores de su casa y distribuyendo á derecha é izquierda sonrisas y saludos.

Cuando solo la separaban dos pasos del sitio donde Felipe permanecia como clavado, sus miradas se cruzaron.

Impresionada por una súbita conmocion eléctrica, palideció y vaciló de una manera visible.

Él, por su parte, se sintió desfallecer; pero, sin bajar los ojos, continuó mirándola fijamente: creyó por un momento que ella se aproximaria y le dirigiria la palabra ¡vana esperanza! recobrando su aplomo y haciéndose superior á un instante de debilidad, Margarita pasó sin dignarse siquiera saludarle volviéndole la espalda.

Al parecer estaba serena y tranquila, pero, en honor de la verdad, la presencia de Felipe en su casa y en aquellos momentos habia sido para ella un golpe terrible; un sudor frio brotaba de su frente y de sus hombros.

Los ojos de su burlado amante brillaban de una manera tan terrible; sus facciones estaban tan trastornadas, esperaba tan poco encontrárselo frente á frente, que el miedo se apoderó de su ánimo, y temiendo un escándalo, hasta pensó volver sobre sus pasos, dirigirse á él y, empleando la astucia, la dulzura y la mentira, procurar calmarle y alejarle con cualquier pretesto.

Pero ¿cómo hacerlo? era esponerse mucho, en medio de toda aquella sociedad, provocar mas esplicacion; porque

esta esplicacion podria, apesar de su habilidad, conducir á un escándalo, mucho mas inevitable que el silencio.

Comprendió inmediatamente, gracias á ese poder maravilloso que sobre sí misma tenia, que el único medio de salvarse era no estar sola ni un minuto en toda la noche; mantenerle á él á cierta distancia y desesperarle sin cesar; porque, positivamente y conociendo su carácter tímido, él no se atreveria jamás á aproximarse á ella, ni hablarla, mientras no se le autorizase para hacerlo.

Margarita conocia bien su imperio y su prestigio; comprendió la dominacion que sobre el ánimo de Felipe ejercia.

Cuando éste la vió alejarse, fria y desdeñosa, el pobre enamorado sufrió una conmocion tan violenta, su corazon se oprimió de tal modo, que por algunos momentos hasta creyó perder el sentido, y en tanto que ella inventaba y resolvia su plan, él se devanaba los sesos por adivinar el motivo, por comprender las razones de aquel extraño recibimiento; pero cuando la vió volver y á los primeros acordes de la orquesta, que comenzaba un wals, lanzarse en medio de aquel torbellimo, graciosa, sonriente, provocadora y en brazos de otro hombre, se apoderó del pobre Felipe una cólera loca y desesperada.

Al principio, las parejas giraban lentamente; despues, pasaron un poco mas de prisa, y llevando la orquesta el compás gradualmente y cada vez mas vivo, las parejas se dejaban arrastrar hasta con vertiginosa velocidad.

Cada vez que pasaba Margarita, como una exhalacion, por delante de Felipe, cada vez que la veia éste mas estrechamente unida á su valsador, con la cabeza inclinada atrás, con su pecho apoyado en el de su pareja, con los ojos

de aquel fijos, ávidos, curiosos, sobre el lijero escote del traje de su amada, la sangre se le subia á la cabeza y una mano de hierro parecia que oprimia su garganta.

Diez veces, durante este wals cruel, Felipe, con los ojos estraviados, crispados sus nervios, estuvo á punto de lanzarse sobre Margarita y producir un escándalo con una escena brutal; pero el temor respetuoso que ella continuaba inspirándole, mas bien que su razon, próxima al completo extravío, afortunadamente le contubieron en los límites de la prudencia.

Pero como á los tormentos que sufría, á los esfuerzos que tenia que hacer, comprendia que de un momento á otro podia dejarse arrebatado por el furor, tornó á las vacilaciones que le habian asaltado antes de penetrar en el baile, sintió haber llegado hasta allí y pensó en marcharse, para no padecer mas.

Por otra parte, Margarita permanecia siempre rodeada de gentes, no podia verla sola ni un momento en toda la noche, á él le seria imposible ni aun aproximarse á ella, menos aun hablarla, obligarla á una esplicacion era una locura, aun mas; era perderse y perderla condenándose á un rompimiento irreparable; Margarita no le perdonaria jamás; quien sabe; tal vez ella tendria excelentes razones para obrar así; razones cuya esplicacion se le darian mas tarde; él ya la habia visto, no estaba enferma; su mas viva ansiedad ya estaba calmada; ¿no podia esperar al dia siguiente para saber el resto?

Todas estas reflexiones se hizo el pobre Felipe, y con esa movilidad de un espíritu que siente pero no razona, resolvió retirarse.

Pero para hacerlo era necesario atravesar nuevamente

el salon principal y otras dos ó tres salas mas; era preciso pasar por en medio de los sillones y divanes ocupados por las señoras; molestar á los que, en conversacion con las mismas, formaban diferentes grupos; afrontar las miradas que ya le habian, segun él presumia, observado hacia tiempo.

Y el baile se hallaba en el momento de su mayor apogeo.

Apenas habia espacio suficiente para moverse.

Las danzas continuaban, el brillo de las luces palidecia, y en medio de aquel murmullo, de aquella confusion, de aquel acodamiento general, las flores de los adornos y de los ramilletes caian pétalo á pétalo.

Semejante resolucion, es decir, la de atravesar los salones, le pareció á Felipe superior á su valor y una reaccion de timidez y de debilidad le paralizó por completo.

Entonces, solo pensó en huir; calculó que podia hacerlo por una escalera del servicio interior, que, del gabinete á la puerta, en la cual él se apoyaba, conducia á las habitaciones del entresuelo.

El camino le era bien conocido.

Al pié de esta escalera habia un invernadero; despues una biblioteca, despues el tocador y la alcoba de Margarita.

Conociendo todas estas habitaciones, entradas y salidas, como él las conocia, nada era mas fácil, en aquella noche de movimiento y de desórden, que escapar, bien por el patio, bien por el jardin.

Sin atreverse á mirar al lado donde se hallaba Margarita, porque, poco seguro de sí mismo, comprendia que la cosa mas insignificante era suficiente para detenerle, abrió

la puerta y descendió por la escalera, sin volver siquiera la cabeza.

El invernadero estaba desierto y todo en él, poco mas ó menos, se hallaba en el mismo estado que Felipe lo habia visto otras veces.

Sin embargo, la vista de aquellas flores y los perfumes que de ellas se exhalaban, reanimaron en su corazon todo un poema de recuerdos felices.

No se detuvo allí y penetró resueltamente en la biblioteca.

Algunos jugadores, graves y silenciosos, se habian retirado á aquel sitio, léjos del ruido y los curiosos, y sobre el verde tapete, rodaba el oro en crecidas cantidades.

Allí nadie hablaba, pero de vez en cuando se oia el *fic fac* de los naipes, y el ruido claro y sonoro de las onzas y de las monedas de oro de todas clases, al contarlas y al recojerlas.

Felipe no habia previsto esta complicacion y permaneció por espacio de algunos segundos como indeciso y embarazado; pero en tanto que con un aire indiferente se esforzaba por aparecer tranquilo, reflexionaba y trataba de ingeniarse para encontrar un medio de abrir la puerta, que, de la biblioteca, comunicaba con el vestíbulo, sin llamar la atencion de los jugadores.

De pronto, y á través de un *portier* medio levantado, pudo distinguir el cuarto tocador y la alcoba de Margarita, oscura y silenciosa.

Inmediatamente germinó en su inmaginacion un nuevo proyecto, y aprovechando un momento en que la atencion y las miradas de todos los jugadores se hallaban encadenadas por uno de esos golpes decisivos de los juegos



de azár, se deslizó cautelosamente en la referida alcoba.

Una lámpara de alabastro iluminaba con su pálida claridad aquella especie de santuario, permitiendo á Felipe guiar sus pasos sin tropezar en los muebles, y como sabia perfectamente que no encontraria el menor rincon, ni armario, ni gabinete, donde esconderse, se dirigió desde luego y fué á colocarse detrás de las colgaduras de la ventana.

El moaré de las mismas era bastante doble y espeso, y con los adornos de pasamanería, quedaban completamente cerradas; el espacio que mediaba entre ellas y las vidrieras suficientemente ancho y hasta cómodo para ocultarse un hombre y permanecer escondido, bien de pié ó sentado, como mejor le pareciera.

Felipe se colocó en aquel sitio y seguro de volver á ver á Margarita, de tenerla al fin en su poder, de interrogarla cuanto quisiera y todo el tiempo que le diese la gana, aguardó, al parecer tranquilo, y con una esperanza llena de seguridad y de orgullo.

Por espacio de algunas horas duró todavía el baile; los lejanos acordes de la orquesta llegaban á sus oídos, pero poco á poco todos aquellos acordes y aquel ruido se fueron devilitando gradualmente.

Los jugadores abandonaron la biblioteca; los carruages, unos despues de otros, desfilaron en el patio y en el jardín y despues de un cuarto de hora, se oyó la puerta principal que sordamente giraba sobre sus pesados goznes.

El baile habia terminado: la fiesta concluido.

—¡Gracias á Dios! dijo Felipe, y de igual modo que hasta entonces su ánimo se habia visto continuamente asaltado de temores y debilidades pueriles, adquirió de pronto cierta energía y resolucion.

Sabia que Margarita iba á venir y un mundo de dolorosos recuerdos asaltó su mente y enardeció su espíritu.

Efectivamente, diez minutos despues, Margarita penetraba en la alcoba, pero no venia sola.

Desde su escondite, Felipe no podia ver quién era la persona que la acompañaba pero sin oír su voz, que indudablemente le era conocida, no podia acertar á quien pertenecia.

La voz pertenecia á un hombre.

—¿Qué tiene V. esta noche? decia la voz, como continuando una conversacion interrumpida?

¿Se siente V. mala?

—Nó; un poco de cansancio y nada mas, contestó Margarita; las luces, el ruido, el calor, me han fatigado mucho.

Mañana el cansancio habrá desaparecido y podremos partir.

—Sin embargo, creo que seria mejor descansar un dia y.....

—De ningun modo, le interrumpió Margarita vivamente..... esto no es nada, se lo aseguro á V..... puede pedir el carruage para las ocho y media; el segundo tren no sale hasta las 9 y 40.

—V. sabe que estoy á sus órdenes, contestó la voz varonil con cierta entonacion respetuosa; me retiro, porque conozco que necesita V. reposo y no debo abusar.....

—Mil gracias y hasta mañana, dijo Margarita tendiéndole la mano.

—Hasta mañana.

—¡Ah! ¡esclamó Margarita! ¿tendría V. la bondad de decir á mi doncella que venga á desnudarme?

— Con mucho gusto.

El hombre se retiró cerrando tras sí la puerta; pero casi inmediatamente volvió á abrirse para dar paso á la doncella que ya conocemos, á la prima de Luisa.

Cuando Felipe hubo escuchado la conversacion anterior, la cólera volvió á despertarse en él, tan violenta y tan desordenada como en el salon del baile; ¿qué querian decir, qué significaban aquellos detalles familiares? ¿por qué aquella partida, aquella especie de fuga, cuando él acababa de regresar de Valencia?

¿Quién era aquel hombre cuya voz no le era desconocida, pero con cuyo nombre no podia atinar su turbada memoria?

Las sospechas de perjurio y de traicion, que habia desechado hacia un instante, volvieron á asaltarle de nuevo, mas evidentes y mas dolorosas.

La doncella permaneció un cuarto de hora al lado de su ama, pero, terminada su tarea, despojada aquella de sus joyas y brillante atavío del baile, cubierta únicamente con un sencillo peinador y destrenzados sus cabellos, hizo señal para que se retirara, lo cual verificó la jóven, cerrando tras sí la puerta y dejando sobre la chimenea una elegante lámpara de noche, encendida, la cual comunicaba á la habitacion una luz opaca y ténue.

Felipe se encontraba al fin solo con su bella ingrata, con su desleal amante, pero no se atrevió á salir de pronto de su escondite.

Esperó algunos minutos, temeroso de que á la doncella no le diera la gana de volver, con cualquier pretesto, ó por cualquier olvido.

Cuando se hubo convencido de que ya nada tenia que



Margarita, al ver á Felipe, ecaló un ahogado grito.

temer, separó lentamente las colgaduras y avanzó, procurando no hacer ruido.

Reclinada en un butaquín de raso, color de cereza, Margarita, delante de la chimenea que aun permanecía encendida, parecía absorta en una profunda meditacion; fijos los ojos maquinalmente en los tizones que iban consumiéndose poco á poco.

Vuelta completamente de espaldas á la ventana donde se hallaba escondido Felipe, no habia podido verle salir de entre las colgaduras y avanzar, pero al ruido de la seda, que crujió, apesar del cuidado que aquel puso para no ser sentido, al ruido de los pasos sobre la alfombra, ella volvió rápidamente la cabeza y, al ver un hombre que avanzaba hácia ella, llena de terror, sin tiempo para reconocerle, retrocedió instintivamente y dejó escapar de su oprimido pecho un ahogado grito.

Felipe dió un salto y la tapó la boca con la mano.

—No grites, la dijo en voz baja, no te asustes; soy yo.

—¡Tú, tú! exclamó Margarita en el colmo del terror... ¡tú!...

—Sí, yo. ¡Ah! ¿tú no esperabas encontrarme aquí?

Hace un momento, cuando me has evitado, cuando me has huido, arrojándome al rostro miradas de desdén y de desafío, te creias en seguridad ¿no es cierto? al presente estás en mi poder y vas á responderme.

Hubo, despues de estas palabras, breves momentos de silencio, interrumpido únicamente por la fatigosa respiracion de ambos.

Ella temblaba y cuanto mas le miraba, mayor era su espanto; porque lo veia loco de cólera, furioso de desesperacion, y en sus trastornadas facciones, podia leerse perfec-

tamente una lucha de pasiones y de afectos que nada bueno presagiaba para ella.

Lo cierto es que efectivamente estaba en su poder.

Sin embargo, con ese privilegio de gran serenidad que, Dios ó el demonio, ha concedido á las mugeres en los momentos mas difíciles, con ese don de percepcion rápida, exclusiva de su sexo, Margarita empezó por preguntarse... ¿qué es lo que sabe? ¿qué es lo que quiere?... esperemos... veámosle venir.

Al pronto pensó en gritar, llamar en su auxilio, pero inmediatamente rechazó aquella idea, porque seguramente podia perderse ella misma.

La quedaba el recurso de luchar y defenderse: con el imperio que siempre habia egercido sobre Felipe, con la destreza y la calma que formaban el fondo de su carácter, nada estaba perdido aun.

¿Qué es lo que sabia?

Todo estribaba en esto.

—Y bien, dijo al fin rompiendo la primera el silencio y fingiendo una serenidad y un aplomo que estaba muy léjos de ser verdadero.

¿Qué es lo que quieres? ¿qué es preciso que yo te conteste?

—¿Qué es lo que quiero? replicó Felipe ahogado por la cólera; en primer lugar quiero saber quién es ese hombre que ha penetrado contigo hasta aquí; qué significa ese viage proyectado para mañana mismo, cuando yo acabo de llegar, medio loco de desesperacion.

Sin frases, sin rodeos, sin mentiras vas á contestarme inmediatamente á estas dos preguntas; y despues, si es que te es posible, me contestarás á las que aun me quedan que hacer.

Estas palabras fueron un rayo de luz para Margarita, haciéndola respirar con gran libertad y cumplida satisfacción.

Al primer amago, Felipe había caído en el lazo que la pérfida tan habilmente le tendió.

Es decir que nada sabía; que acababa de llegar de Valencia y sus reproches y sus quejas, eran las de un amante celoso, que, para saber la verdad, la exige franca y lealmente.

Margarita nada más podía apetecer; estaba salvada, y con tal de que él no cometiese algún arrebató en los primeros momentos de la discusión, la victoria era de ella: la cuestión se hallaba reducida á ganar tiempo.

—Veamos, dijo, ya casi tranquila, con una voz más dulce, volviendo á ocupar su sitio en la butaca y como si continuase una explicación amistosa, momentáneamente interrumpida, ¿á qué vienen esos arrebatos? ¿No he contestado siempre y con gran sinceridad á todas tus preguntas, por absurdas, necias, ó insensatas que hayan sido?

*Pues también contestaré á estas, aunque me ofenda mucho que me trates de este modo.*

—Aquí no se trata del pasado sino del presente, y si he podido dejarme engañar hasta hoy, no ha de suceder así en lo sucesivo.

Responde.

—¿Y por qué había yo de tratar de engañarte? para que te hable con sinceridad no es necesario tampoco que emplees la violencia, que de cualquier modo que sea, es indigna de un caballero, empleada con una señora.

Y al decir esto, procuraba desprender su brazo, que maquinalmente había cojido Felipe, y que en el paroxismo de su cólera, oprimía con brutalidad.

Avergonzado de su accion la dejó escapar.

Esta ya era una ventaja que para ella no pasó desapercibida y continuó:

—Yo sé perfectamente que las apariencias me acusan y que debo parecerte culpable, pero antes de condenar has debido escuchar.

—¿Por qué, hace un momento, en tus mismos salones, en medio del baile, me has rechazado, te has mostrado desdeñosa, altiva y despreciativa conmigo?

—Porque en presencia de tanta gente no podia obrar de otro modo.

—¿Cómo? ¿ni siquiera una sonrisa que se concede á la persona mas indiferente? la mas lijera seña, una palabra...

—Temia hacerme traicion y dar pábulo á ciertas habli-llas, que, respecto á nuestra inteligencia é intimidación, han corrido ya por desgracia y que me tienen en evidencia.

—¡Mentira y mil veces mentira!... miedo tú? ¿y miedo de hacerte traicion?... Vamos, vamos... no quieras hacerme tan tonto... pero ya que encuentras escusa á todo, aunque son de tal naturaleza que yo no puedo aceptarlas, responde inmediatamente á mis dos primeras preguntas: ¿quién es ese hombre? ¿qué viaje es ese proyectado para mañana?

Viendo Margarita que la dulzura no la daba el resultado apetecido, resolvió acudir á otra táctica.

—¡Ah! dijo con altivo acento y marcada firmeza, ¿órdenes á mí? ¿todavía dudas y ofensas bochornosas?... esto ya es demasiado y mi lejítimo orgullo se revela.

—Margarita!... cuidado con abusar de mi paciencia!... hoy, no soy el hombre humilde, la mansa oveja de Alboraya, soy el leon herido, el celoso tigre, el hombre que, á



fuerza de sufrir, ha perdido ya la razon y vengo dispuesto á todo.

—Pues qué, ¿mis primeras respuestas no prueban, lo bastante mi inocencia? y porque yo tenga compasion de tu furor estúpido, y me defienda como si fuera culpable, ¿tú te crees ya en el caso de abusar? nó, y mil veces nó: nada diré; y aunque pudiera darte razones que te volverian loco de amor y de felicidad, te juro que mis labios no pronunciarán ni una palabra mas.

—¡Margarita!...

—Tú dices que me tienes en tu poder; veamos ¿qué es lo que vas á hacer?... Si en vez de amenazar me hubieras suplicado, yo, con el mayor gusto, te lo hubiera dicho todo; pero me amenazas, me ultrajas y me ofendes, en su consecuencia, me callo. No creo que pretenderas hacerme hablar á la fuerza.

Y con anhelosa ansiedad, Margarita, á hurtadillas, trató de espiar el efecto de estas últimas palabras, en las que tenia una gran confianza; palabras que en otra ocasion hubieran sido muy bastantes para que Felipe cayera á sus piés implorando su perdon.

Desgraciadamente aquella noche el resultado fué muy distinto del que ella se prometia; no habia tenido bastante calma, ni paciencia, dejando estallar demasiado pronto aquella esplosion de dignidad, que, un poco mas tarde y mejor preparada, habria producido el efecto apetecido.

—Ah! exclamó Felipe con furia reconcentrada y arrebatado por una especie de frenesí, ¿con qué te niegas á hablar?... eso es lo que vamos á ver.

En medio del baile y de esa sociedad brillante que te rodeaba, han enmudecido mis labios; hice callar á mi cora-

zon, he sufrido en silencio, sin embargo de que podia perderte; pero te juro que al presente, de grado ó fuerza, hablarás... ¡mírame bien! ¡mírame bien á la cara!...

Y cojiéndola por las muñecas con violencia, atrayéndola así, la hizo que contemplase su faz descolorida y completamente trastornada.

—Ya ves en el estado en que me encuentro. No trates de mentirme, ni de luchar, ó vive el cielo que no respondo de mí.

Yo ya no soy el juguete que escitabas y calmabas á tu capricho; ten muy en cuenta lo que vas á decirme, porque, si me engañases, seria capaz de ahogarte entre mis manos. ¡Ah! ¿tiembles? sí, sí, haces bien en temblar... No dirijas la vista al tirador de la campanilla, ni al timbre que veo sobre la chimenea, porque si haces un movimiento para llamar, seré yo el primero que grite y diré muy alto que soy tu amante y que tengo derecho á obrar como obro.

Llego de Valencia con una cólera comprimida por espacio de dos meses; comprende, pues, que ni puedes engañarme, ni escapar.

¡Ah! ¿te parece que puedo resignarme despues de tus juramentos, de tus caricias, de tus pérfidas seducciones, á que me encuentres en tu casa y me vuelvas la espalda con desprecio?

Encuentro un hombre en tu habitacion, te dispones á partir mañana cuando yo acabo de regresar, y haciendo alarde de un pudor y de una dignidad que desconoces completamente, te niegas á responderme...

—¿Pero qué he de hacer yo sino me crees? murmuró Margarita débilmente y con razon alarmada.

—Porque conozco que solo buscas frases y lo que quieres es mentirme.

Ni tienes corazon, ni orgullo, ni dignidad.

Veamos; si efectivamente tienes un nuevo amante, confésalo con franqueza; al presente, conozco bastante tu falsedad y tu depravacion para comprenderlo todo; ten al menos el valor de tu infamia... Acabemos; ¿sí ó nó? ¿quieres contestar?

—¡Felipe, Felipe, yo te juro...

—¡Ah! ¡miserable! ¡miserable!...

Y Felipe, en el parosismo de la cólera, la sacudia con furor, como si con sus manos esperase arrancarla su secreto.

—¿Hablas ó nó? ¿qué te detiene? ¿es el temor de hacerme sufrir mas? ¡qué desatino! no ves que al presente te odio y te desprecio?

En otro tiempo, aun despreciándote, te amaba á pesar mio; pero al presente que he podido juzgarte bien, he llegado á convencerme que jamás has tenido ni pudor, ni honor, ni dignidad, y que la última de las mujeres perdidas, es mas pura y mas digna de consideracion que tú.

Tú, me has deshonrado á mis propios ojos, has hecho pedazos mi corazon, depravado mi carácter, muerto mi porvenir y mi juventud... por tí he sido malo cruel, é implacable... Existe en el mundo una pobre niña, buena, pura, cándida, virtuosa, que me amaba con todo el entusiasmo de un corazon vírgen; yo, alucinado por tus seducciones, he fingido no conocerlo, he martirizado aquel pobre corazon y tal vez habré sido causa de su muerte!... He despreciado por tí los sanos consejos de un leal amigo... hoy, ya no tengo amada, ni amigos, ni parientes; todo el mundo tendrá el derecho de escupirme al rostro y despreciarme!... y despues de todo esto ¿crees que impunemente vas á aban-

Era positivo que allí no habia fingimiento ni mentira: el golpe habia sido terrible, y la cólera empezó á ceder en Felipe ante la piedad y la conmiseracion.

Al fin, acercándose á ella, y un poco mas tranquilo, la dijo:

—Te doy mi palabra de honor que mi intencion no ha sido hacerte daño.

Margarita, sin contestar, continuó sollozando.

—Vamos, perdóname.

Margarita se volvió un poco y mirándole fijamente, bañadas sus mejillas con verdaderas lágrimas, replicó:

—¡Ah! lo que acabas de hacer está muy mal hecho y es indigno de tí.

—Sí, lo comprendo; pero...

—Y precisamente cuando acababa de hacerte una caricia... ¡ah! esto es atroz...!

—Sí, sí, he hecho mal; soy un miserable y te pido perdón; pero tambien es terrible, es poco cuerdo, cuando yo me presento irritado y medio loco, impulsarme hasta el último límite.

Te veo casi culpable, te exijo una esplicacion y en vez de satisfacerme, te atreves á desafiarme.

—¿Y por qué te estrañas de que yo me ofenda? te habria yo de haber sorprendido haciéndome traicion y hubiera rechazado el testimonio de mis propios ojos; y tú, únicamente por simples indicios, me tratas como la mas abyecta de las criaturas, y para hacerme hablar, cometes la infamia de levantarme la mano.

¡Ah! Felipe, tú no me amas, ni me has amado nunca.

—¿Pero tú no comprendes que todo lo que yo he sufrido por espacio de dos meses, que tu pertináz silencio, que tu

despreciativo recibimiento, que la presencia de ese hombre acompañándote hace un momento hasta tu alcoba, que el anuncio de ese próximo viaje, que tantas y tantas decepciones y dolores han llegado á trastornar por completo mi razon?

¡Ah! ¿si tú hubieras esperado como yo por espacio de sesenta y dos dias, con la duda en el corazon y la muerte en el alma, una carta que no llegaba, tendrías paciencia para esperar por mas tiempo? el horror de mi situacion está bien á la vista.

¿Quieres tener un poco de piedad? ¿te decides á responderme? ¿quieres justificarte?

—Pero si no deseo otra cosa.

—Entonces, habla francamente: si me has engañado dílo; pero te vuelvo á suplicar que no me desafies, que no me irrites, que no me precipites nuevamente!...

Veamos. ¿Por qué no me has escrito?

—Porque estuve muy enferma, y próximamente un mes me ví precisada á guardar cama.

—Eso no es verdad; si has de mentirme, procura que tus mentiras tengan por lo menos visos de verosimilitud.

—¿Si no has de creerme, para qué quieres que hable? mírame bien y verás si en mi fisonomía hay las huellas de mi enfermedad y la prueba de que no te engaño.

Felipe la contempló por espacio de algunos minutos y, á pesar suyo, se estremeció.

¡Estaba tan hermosa con el llanto que bañaba sus mejillas!...

—Quiero creer, replicó, que hayas estado enferma, pero antes y despues de tu enfermedad ¿no has tenido tiempo para escribir y hacerme llegar noticias tuyas?

—Como yo no podia salir á la calle y en nadie tenia confianza temí comprometerme y por eso no lo he hecho.

—¿Pero no conoces Margarita, que con tus justificaciones inverosímiles me estás haciendo creer cada vez mas que continuás burlándote de mí?

—Precisamente porque te parecen inverosímiles es lo que prueba que son verdaderas ; si quisiera mentirte, creo que me concederás talento suficiente para ofrecerte excusas que te parecerian completamente verosímiles.

—Escucha, Margarita; tengo tan turbados mis sentidos que en este momento no puedo distinguir bien si me engañas ó me dices la verdad; pero las respuestas que aun te restan que darme van á probármelo.

¿Quién es ese hombre que ha venido acompañándote hasta aquí?

Sin contestar inmediatamente á tan categórica pregunta, Margarita miró á Felipe, cara á cara, de una manera estraña é indifinible.

Felipe creyó que vacilaba y dudaba.

—¿Es tu amante, no es verdad?

—Nó, Felipe, nó.

—¿Qué no es tu amante?

—Te lo juro; escúchame bien, te lo juro por lo mas sagrado que hay en este mundo, por mi eterna salvacion.

—¿Entonces, quién es?

—Temo que te voy á decir la verdad y tampoco la creerás.

—Habla, habla; bien vés que estoy ahogándome.

—Pues bien, ese hombre, como tú dices, ha venido acompañándome hasta aquí precisamente en obsequio tuyo.

—¿En mi obsequio? replicó Felipe con sonrisa irónica.

—Ya ves que yo tenía razón al decir que no me creerías.

—Pero lo que me dices es un absurdo, ó una completa burla.

—¿Será preciso que yo mienta para convencerte? ¿qué quieres que yo haga si dudas de cuanto digo?

—¡Pero ese hombre!... ¿quién es ese hombre? ¿quién es?

—Mister Wan-Geluve.

—¡Ah! debiera haberlo reconocido.

Sin dejarle continuar, Margarita le interrumpió con voz segura y rápida:

—Mister Wan-Geluve, con quien yo debía partir mañana para Valencia á donde le llevan negocios de importancia y que tenía la amabilidad de acompañarme hasta allí, donde yo iba á buscar precisamente á un amante ingrato, y que me ultraja de una manera desconocida entre las personas de cierta clase.

—¡Ah! ¡Margarita! ¡Margarita! ¿será cierto? exclamó Felipe trastornado por la esperanza y la alegría.

—Sí; en tanto que tú me acusabas, yo lo estaba disponiendo todo para reunirme contigo.

Durante mi enfermedad, todo lo que tú sufrías por mi silencio yo lo comprendía perfectamente y sufría al par tuyo; dias y noches me he visto atormentada pensando en tu propia inquietud y en tus celos.

Cuando me he visto un poco mejor, en vez de escribirte, he querido proporcionarte una sorpresa, volar á tí, pasar mi convalecencia en tus brazos.

Para no despertar sospechas y dejar contentas á las personas que forman mi sociedad, he dado el baile de esta noche y aprovechando la ocasion de la marcha de mister Wan-

Geluve y de este modo hacer el viaje acompañada, pensaba marchar mañana á Valencia.

Si el baile de esta noche no me hubiera ocupado mas de una semana, hace quince dias me hubiera hallado á tu lado, al lado de V., caballero, que á pesar de tantas pruebas como le he dado de amor y de entusiasmo, ha sospechado de mi lealtad, me ha injuriado, y hasta se ha permitido levantarme la mano.

A medida que Margarita hablaba, la mas inefable dicha se dibujaba en las facciones de Felipe: cuando ella hubo concluido, éste cayó de rodillas á sus plantas uniendo sus manos en ademán de súplica.

—¡Ah Margarita! exclamó como dominado por un religioso éxtasis ¡eres un ángel!

Pero de pronto y como si un relámpago de lucidez hubiera iluminado su razon, añadió:

—Si el viaje proyectado era para reunirme á mí, ¿cómo, despues de haberme visto esta noche, has citado tu carruaje para las ocho y media de la mañana, y has dicho á ese caballero que te hallabas decidida á partir en el tren que sale á las nueve y cuarenta minutos?

—Siempre sospechas, replicó Margarita con cierto aire de dignidad ofendida: ¿Es decir que todavía dudas? está bien: puesto que es absolutamente necesario que yo me defienda hasta el fin, me defenderé, aunque no sea mas que para castigarte.

He dicho, é insistido en que queria partir mañana mismo, porque de pronto no podia cambiar de opinion sin despertar sospechas y dar pábulo á las murmuraciones, mucho mas, habiéndote visto en el baile personas que te conocen perfectamente, que han llegado á entender las relaciones



que nos unen y que para ellas sería muy suficiente un hecho de tal naturaleza para, á costa de mi reputacion, sacar inmenso partido; pero como ya, á pesar de mi fingida alegría, he tenido buen cuidado de aparecer toda la noche fatigada é indispuesta, mañana me habria encontrado realmente enferma y ya tenia una justificacion.

¿Estás ya satisfecho?

—¡Ah! ¡Margarita! ¡Margarita! exclamó Felipe en el colmo de la alegría ¿qué podré hacer yo en el mundo para que tú me perdones?

Y levantándose de su asiento, la estrechó entre sus brazos y se puso á llorar como un niño.

En su delirio, en su entusiasmo, en su loco frenesí, besaba sus manos, sus brazos, sus cabellos.

—¿Es decir que me amas todavía?

—Pues que ¿he dejado nunca de amarte? verdaderamente el amor es un niño mimado y esa es tu única disculpa.

—¡Oh! te lo suplico, perdóname : dílo, dílo; ¿me perdonarás?

—Quisiera prometértelo, pero se necesita mucha abnegacion para olvidar tus sospechas, tus insultos y tu brutalidad.

¡Ah! Felipe, me has inferido heridas que no se curarán jamás.

¿Qué hubieras dicho, qué hubieras hecho, si efectivamente hubiera yo sido culpable?

—Te hubiera asesinado sin piedad y despues me habria levantado la tapa de los sesos; al presente y mas que nunca mi vida está ligada á la tuya; si me faltases, no tendria mas remedio que morir; pero tú me amas ¿no es verdad?

me perdonas ¿no es cierto?... ¡ah! sí, sí; y si tienes piedad de todo lo que he sufrido, si quieres hacerme el mas dichoso de los hombres, si te dignas probarme que todo cuanto me has dicho es verdad...

—¿Necesitas mas pruebas aun?

—Nó, nó; no son cierta clase de pruebas lo que me permito suplicar... es... una consagracion.

Creo en tus palabras, te lo juro, pero si quieres permitirme creer en tu perdon... ¡oh!... Margarita mia!... debes comprender lo que no necesito decir...

Y con una mirada suplicante acabó su súplica, mejor que hubiera podido hacerlo con la mas espresiva frase.

Margarita bajó los ojos y pareció reflexionar breves momentos.

Demasiado esperta y con una imaginacion vivísima, habia comprendido á la primer palabra.

Una lucha interior la agitaba, presa al propio tiempo de una estraña confusion de sentimientos bien diversos.

Turbada é impresionada por aquella voz que resonaba siempre en su corazon como un eco quejumbroso, privada al mismo tiempo de una parte de su primitiva fuerza porque el desfallecimiento físico empezaba á reunirse con una especie de temerosa inquietud, estaba, sin embargo, muy léjos de ceder á la apremiante exigencia de Felipe, presentada, sin embargo, en forma de la mas humilde súplica.

Su esperiencia de la vida y del mundo no la permitian hacerse la menor ilusion sobre las consecuencias gravísimas que podian acarrearla un momento de debilidad.

Se decia, con sobrada razon, que vencida una vez, lo seria, si no siempre, al menos por largo tiempo.

En fin, aun menos podia disimularse que seria la mas

insigne de las torpezas dejarse en esta ocasion vencer por Felipe; la era por consecuencia imposible, aunque lo hubiera deseado, hacerle traicion á medias.

Todo el mundo sabe que entre la pantera y el domador de fieras se establece siempre una lucha de miradas que participa mucho del magnetismo; lucha que es completamente decisiva: la vida del uno y la libertad del otro penden del movimiento, de la accion mas insignificante: el primero que baja los ojos, ó los separa de su enemigo natural, está irremisiblemente perdido.

Margarita conocia este irresistible poder de la mirada fascinadora, ayudada de la voluntad firmísima.

Dirigió sus ojos sobre Felipe y los clavó en los del ya fascinado amante, con voluntad y con pertináz insistencia.

Era de noche; comunmente consejera de los malos pensamientos, y era positivo que las tinieblas que rodeaban en aquel momento su palacio, eran menos negras que las ideas que se agitaban en su volcánico cerebro.

¿Qué podia Felipe contra este poder diabólico? nada.

Margarita no fué tan estúpida, ni tan torpe, que dejara entrever sus dudas, sus pensamientos, ni los verdaderos motivos de su vacilacion.

Cuanto mas páfida fuera su intencion, mas necesitaba usar un lenguaje franco en la apariencia y con todos los visos de la mas digna nobleza.

Pasados algunos minutos, se levantó, y rechazando suavemente á Felipe, que permanecia á su lado amoroso y suplicante:

—Nó, le dijo, tú no me estimarias!...

Felipe al pronto la miró estupefacto; no comprendia lo que significaban aquellas palabras y esperaba la esplicacion.

Margarita continuó con voz lenta y vibrante:

—Escucha, Felipe, y comprende bien lo que voy á decirte.

Si yo fuera la mujer culpable que tú sospechas, si fuera lo que has tenido la indignidad de suponer, una mujer taimada y vulgar, hubiera podido fácilmente burlarme de tí, pobre niño, en cuestiones de astúcia y de amor.

¿Qué me importaría, si verdaderamente no te amase, si solo ansiase el placer, ser tuya una vez mas, en medio de la noche, sin testigos, bastante segura de tu lealtad para no estarlo de tu discrecion y con el convencimiento de que á la primera señal que yo te hiciese, la mas mínima palabra que murmurara en tu oido, seria bastante para que te alejaras?

Pero nó, yo no quiero eso: la cólera ha hinchado tu frente, ha hecho palidecer el carmin de tus labios, ha oprimido tu garganta, ha martirizado tu corazon; pues bien, si yo quisiera podria servirte una copa tal de delicias y de olvido, que, en tu frenesí, en el esceso de tu felicidad, te preguntarias á tí mismo si era cierto que habias sufrido, dudando si todo habia sido un sueño.

Pero mañana, vuelto á la realidad, en la plenitud de tu razon y de tus sentidos, interrogando únicamente á la pureza de tu alma, tal vez dirias: «¡esa mujer me ha burlado!» y te lo repito, no me estimarias como yo quiero y merezco ser estimada.

Felipe podia esperarlo todo de su antigua amante, todo, escepto semejante lenguaje.

Sus razones, deducidas con un arte tan cruel, le parecieron que no tenian réplica.

¿Qué derechos podia él alegar? Si antes la amaba por

su belleza, por su talento, por su claro ingenio, al presente la adoraba por su angélica nobleza, por su orgullosa dignidad, y como en aquella alma noble y privilegiada, las impresiones se sucedían con una movilidad asombrosa, al deseo mas ardiente sucedió, en un minuto, la abnegacion mas sublime.

Además, tambien sobre él pesaba la fatiga con su mano de plomo; cansado del viaje, abatido por el insomnio de tantas veladas, quebrantado por las emociones, habia llegado á esa natural crisis de atonía y de soñolencia que abate á los mas fuertes, que aduerme al centinela en su garita, al oficial de marina sobre el banco de cuarto, al sábio sobre su libro, ó sobre su hornillo; pasion, inquietud, voluntad, deseo, todo calla cuando la fiera naturaleza se impone con sus naturales y lejítimas exigencias.

Él mismo, aturdido de tanto como habia hablado, de tanto como habia sufrido, de tanta cólera como habia desperdiciado, habia llegado á una situacion tal, que no podia explicarse con precision ni lo que queria, ni lo que verdaderamente deseaba.

Instintivamente una luminosa idea vino á sobrenadar entre todas las que agitaban su calenturiento cerebro: no alejarse, no perderla de vista, pero no exigir nada, limitándose á velar su sueño.

La Margarita de Felipe no era seguramente la Margarita del *Fausto*; aquella tímida niña, última imágen de la inocencia y del candor que nos ha legado el arte contemporáneo; pero debia ser algo parienta de *Mefistófeles*, porque nuestra heroina, era una perla brillante pero falsa, desprendida sin duda de alguna celeste corona.

Quien la hubiera visto, fija la pupila, contemplando á

su amante fascinado, y desembrollando en su cerebro el plan que se habia propuesto conducir á buen término, hubiera quedado absorto.

Tan segura estaba de su triunfo, que cuando Felipe se puso en pié, disponiéndose á hablar, antes de pronunciar la primera palabra, ella sabia ya perfectamente lo que iba á decir.

—Nada temas, murmuró Felipe, con voz ahogada por la emocion.

Te prometo que seré digno de tí.

Obra como si estuvieras completamente sola; desde este momento soy tu hijo, tu hermano, menos aun si tu quieres, un perro, un mueble; lo que únicamente te suplico es que me concedas el privilegio de que disfruta el mas insignificante de los juguetes y chucherias que miro sobre las mesas, estar contigo, permanecer á tu lado.

Te lo repito, puedes conceptuarte sola: el cortinaje ó la colgadura mas espesa no te velaria mas á mis ojos que mi firme y respetuosa voluntad.

Pero hace dos meses que no te he visto y tengo necesidad de contemplarte, de aspirar la misma atmósfera que tú respiras; necesito escuchar, si estás despierta, el sonido de tus pasos ó el tímbre de tu voz acariciadora; si duermes, el ténue suspiro de tu respiracion tranquila.

No te violentaré, pero tampoco te abandono.

—¿Y dónde y cómo vas á pasar la noche? le interrumpió Margarita, acabarás por enfermar si continúas atormentándote de ese modo... mírate en ese espejo y verás qué cara tienes.

Lo que pretendes, Felipe, es un imposible, una locura que yo no debo permitir.

—Tanto he velado y sufrido en dos meses, pensando en tí, que una noche mas ó menos es bien indiferente.

Esta butaca será mi lecho; quiere decir que si no estoy cómodo, sino-duermo, soñaré y esto me basta.

Verdaderamente Margarita habia obtenido cuanto podia desear; exigir mas era esponerse á perderlo todo, chocando contra una de esas resistencias pasivas que nada en el mundo puede vencer, ni quebrantar: se decidió, pues, á no insistir mas:—«Son dos horas, se dijo, las que nos restan; dentro de poco empezará á amanecer y entonces no tendrá mas remedio que marcharse.»

—¿Con qué accedes á mi deseo? dijo Felipe con voz dulce y tranquila ¡oh! gracias, gracias!... pero ya que eres tan buena, permíteme que te dirija aun una súplica: lo que no has querido conceder á la sorpresa, en estos momentos, y por un noble sentimiento de lejítima dignidad, que yo aplaudo y respeto, lo que has rehusado al amante irritado y celoso, prométeme concederlo mañana al mas rendido y al mas apasionado de los hombres.

Comprendo que ahora, en tu casa, no es fácil vernos con la libertad que en otro tiempo, mucho mas viviendo tu madre contigo, se despertarian ciertas sospechas y daríamos pábulo á la maledicencia; pero en la mia, por el pronto, estoy solo con un criado de confianza; mi familia está ausente.

Pométeme que, mañana, en un momento que tus ocupaciones te dejen libre, irás á verme... ¿me lo prometes?...

Margarita, recostada muellemente sobre su butaca y con los ojos medio cerrados, escuchaba sin responder; presataba atento oído á una voz interior que murmuraba:

—«Sí, sí; para mañana prometeré cuanto tú quieras... porque mañana... Dios dirá.»

Cuando Felipe hubo terminado de hablar, aunque implorándola aun con la mirada, ella se levantó, é imprimiéndolo un beso sobre la frente de su amante, le dijo:

—Está bien, haré cuanto quieras; iré á tu casa, pero por ahora, vuelvo á suplicártelo, concédeme algunos instantes de reposo; no me hables mas, porque estoy completamente rendida y trastornada; necesito recobrar un poco; tus arrebatos y violencias me han abatido de una manera terrible.

Semejante súplica equivalía á una orden.

Felipe se levantó y se alejó lentamente al otro extremo de la habitacion, en tanto que ella se dirigió al lecho, recostándose en él vestida.

Felipe volvió paseando hasta la chimenea, ante la cual se detuvo, cojiendo y contemplando triste y dulcemente las joyas y adornos que, momentos antes, acababa de depositar sobre el mármol su amada Margarita.

Ella, por su parte, cerró los ojos y permaneció inmóvil por espacio de algunos minutos, como expiando los movimientos de aquel; pero de pronto y por un movimiento puramente natural, apoyó fuertemente su mejilla sobre la almohada, suspiró débilmente y se quedó dormida: el cansancio y la lucha de tantas emociones habian vencido aquel cuerpo y á aquella naturaleza privilegiada.

Felipe se aproximó al lecho, la contempló ávidamente y en delicioso éxtasis por espacio de algunos segundos..... quizá por su imaginacion cruzó algun sensual pensamiento, pero habia dado su palabra de honor, y para no dejarse tentar, corrió nuevamente á la butaca, donde se sentó, procurando reflexionar, ya mas tranquilo, sobre los sucesos de aquella agitada noche.



Empeño vano: del mismo modo que á Margarita, el sueño le venció y á los cinco minutos, dormía, sino con un sueño tranquilo, con esa soñolencia al menos que concede una tregua á nuestros dolores: la fatiga lo tenia rendido.

Sin embargo, apenas habia trascurrido una hora cuando de pronto se despertó sobresaltado: se ahogaba bajo el peso de una opresion nerviosa, y por sus mejillas corrian lágrimas abrasadoras: todo era efecto de un mal sueño, de una pesadilla.

Se puso inmediatamente de pié; limpió sus ojos y miró á su alrededor.

Todo yacia tranquilo y en la mas perfecta calma.

Margarita continuaba dormida; ni siquiera se habia movido de su primitiva posicion.

Por las rendijas de la ventana que daba al jardin penetraba ya esa débil claridad que precede al dia; pronto iba á amanecer, y Felipe comprendió que no tenia un minuto que perder.

Su primer movimiento, mas fuerte sin duda que su voluntad, le arrastró al lecho donde reposaba Margarita; hubiera deseado, antes de alejarse, estampar al menos un amoroso beso sobre la frente de Margarita, pero á dos pasos de distancia, se detuvo:

—»Nó, se dijo, aquí nada.»

Y temeroso de faltar á su resolucion se dirigió á la ventana, la abrió poco á poco para no hacer ruido y saltó con precaucion, descendiendo al jardin.

Por la ventana entreabierta, penetró una ráfaga del aire fresco y embalsamado de la mañana: Margarita al sentir su impresion, se despertó, enderezándose sobre la cama; Felipe ya no estaba allí, y ella no tuvo necesidad de

mas esplicacion para comprender lo que podia haber sucedido: conocia perfectamente la delicadeza de su amante.

Dirigióse en puntillas á la ventana y oculta detrás de las colgaduras, observó.

Inmóvil en el jardin, Felipe contemplaba la fachada de la casa, pero de sus facciones habian desaparecido las huellas de los sufrimientos pasados; hasta parecia feliz.

¿Qué tiene de extraño? ¿no llevaba la alegría en el alma, y la esperanza en su corazon?

La contemplacion, sin embargo, fué de breves instantes.

Felipe se deslizó á paso de lobo, y recatándose cuanto pudo, por un camino que ya de antemano le era conocido, se encaramó á la terraza, franqueó la balaustrada y se dejó caer á la parte exterior de la casa, sin accidente alguno.

En el momento en que al fin le vió desaparecer, Margarita, radiante de satisfaccion, no pudo contener un grito de victoria.

—¡Gracias al cielo! dijo, y vagando en sus labios diabólica sonrisa, volvió á ocupar el lecho, abrigando su cuerpo con el finísimo *edredó* que tenia á los piés.

En cuanto á Felipe, marchaba alegre y satisfecho: el crepúsculo se marcaba ya en el horizonte, y el cielo iba colorándose en fuego.

Su corazon respiraba con desahogo; las matinales brisas refrescaba sus pulmones, su cabeza se despejaba.

¡Cuán feliz se consideraba en aquellos momentos!

Ya no estaba solo en el mundo; no mas dolores, no mas inquietudes: amaba y era amado..... una nueva vida iba á dar comienzo; era necesario olvidar el pasado para no acordarse mas que del presente, y del porvenir.....

Sus labios estaban aun húmedos de los embriagadores besos de su Margarita, en sus oídos resonaban las dulces palabras de su amada.

Tenia su palabra..... *ella* le amaba; *ella* iba á venir á verle á su propia casa; *ella* le habia prometido recompensarle espléndidamente de los martirios pasados!..... ¿qué mas podia desear?

Antes de dirigirse á su casa, calle de Atocha, atravesó el prado, tomó el camino del canal, y penetró en el jardín francés del embarcadero, donde mandó hacer multitud de ramos.

Margarita era apasionada por las flores, y Felipe queria, que, al penetrar en su casa, esta se hallase alfombrada y embalsamada.

Su habitacion le pareció bien fea, bien fria, bien desnuda, para servir de templo á tan espléndidos amores.

Tragéronle las flores, y colocó ramilletes en todas partes; sobre las mesas, sobre las rinconeras, en el reborde de las ventanas, sobre el velador y hasta á los lados de un divan de damasco carmesí que ocupaba el testero de su gabinete.

Quitó el polvo de los muebles, puso en órden los que estaban desordenados, encendió fuego en la chimenea y, terminados todos estos pequeños detalles, se sentó y esperó.

Ni siquiera se le ocurrió pensar que todo aquello era una profanacion.

Traer á la casa de María otra muger, era, bien mirado, una cosa indigna: Felipe debia ser juzgado con severidad, si no supiéramos de muy antiguo, que un hombre enamorado de tal suerte, es un loco capaz de cometer los mayores

crímenes y bajezas, del mismo modo que es susceptible de las mas grandes acciones.

Y en Felipe era tanto mas criminal, puesto que, segun él mismo habia confesado en un momento de arrebató, no le era desconocido el inmenso amor que le profesaba María, ni ignoraba que su conducta era causa de la grave enfermedad de esta.

Pero ¿estaba Felipe en estado de reflexionar? nó; un solo pensamiento, una sola idea, una pasion única absorvia y dominaba sus sentidos..... el amor de Margarita; todo lo demás, para él, era menos.

Sin embargo, las horas trascurrian, y Margarita no parecia.

A cada minuto, á cada instante, se levantaba, é iba al balcon, miraba á la calle, salia á la puerta de la escalera, volvía á su gabinete, se sentaba, reanimaba el fuego de la chimenea, y para engañar ó entretener su impaciencia, hasta se entretenia en contar los hilos del tegido de la alfombra, ó las hojas de cada rosa de las que guarnecian los floreros.

Llegó la noche, y Margarita aun no habia aparecido; sin embargo, sus risueñas esperanzas no por esto le abandonaron; calculó que su amada preferiria tal vez, por no ser tan notado, venir de noche á hacerlo de dia, esponiéndose á que cualquier persona conocida la viera entrar en su casa.

Durante dos ó tres horas permaneci6 aun en este estado; si bien impaciente, tranquilo y resignado, pero poco á poco los murmullos de la calle fueron estinguiéndose; el ruido que producen los carruajes cesó por completo, y media hora mas tarde pudo únicamente oír la voz del sereno que cantaba la una.

La noche fué para él espantosa; imposible le fué descansar, aunque bien lo necesitaba, ni cerrar los ojos.

A cada instante se repetía la justificación de Margarita, y cuanto mas reflexionaba, en cada una de sus frases hallaba mas contradicciones, la que anteriormente ni siquiera se le habian ocurrido.

Pero si no le amaba ya; ¿por qué aquellas caricias? ¿por qué aquellas mentiras? ¿por qué aquellas promesas?

Llegó á comprender que aun se puede sufrir mucho mas, despues de haber creído que la desesperacion tiene su límite.

¡El dolor, por desgracia, es infinito!.....

Amaneció por fin, y la mañana y gran parte del dia trascurrió del mismo modo sin que Margarita pareciese.

Devorado por la inquietud y la duda se decidió á salir y dirigirse á su casa.

Acababa de ponerse el sombrero y colocar sobre sus hombros el gaban, cuando un violento campanillazo se hizo sentir en el recibimiento.

Naturalmente, aquel campanillazo resonó en su corazon como la mas deliciosa de las armonías y, sin poder contenerse, lanzó un grito de alegría.

— ¡Ella!... es ella! ¿quién puede ser sino ella?...

¡Triste desilusion!... ¡fatal desengaño!

No era Margarita, pero sí el cartero que traía una carta del correo interior, y que le fué presentada á Felipe por el criado, al que no dió tiempo siquiera de penetrar en el gabinete; en su impaciencia le habia salido al encuentro.

La carta era de gran tamaño, si bien de poco peso.

La letra del sobre exactamente la misma á la que él habia recibido en Valencia dias antes, y muy parecida á la del anónimo dirigido á la pobre María.

El pliego contenía una elegante y perfumada targeta de charol bristol, con media docena de renglones impresos con tinta de oro.

Aquellos renglones decían lo siguiente:

*«Doña Margarita Flores, viuda de Leguina, participa à V. su efectuado enlace con Mister Wan-Geluve, ofrece à V. su casa en el Boulevard Serrano n.º—y se despiden para el extranjero.»*

Una bomba que hubiese estallado á sus piés, una chispa eléctrica que le hubiera derribado por tierra, el puñal de un asesino penetrando en su corazón, no habría producido en Felipe efecto mas terrible, ni mas doloroso, que el que experimentó con la simple lectura de estas breves líneas.

Le fué necesario apoyarse en un mueble para no caer: había quedado completamente anonadado.

—Nó, nó, dijo de pronto, golpeándose la frente con ambas manos; esto es mentira, esto no es posible, esto no puede ser!...

Y despues de dar dos ó tres paseos por la habitacion; con la respiracion fatigosa y anhelante, desesperado, loco, cojió nuevamente el sombrero y se lanzó á la calle.

En la plazuela de Anton Martin, tomó una berlina de plaza y mandó al coche ro le condujese á casa de Margarita, dándole las señas.

Quería desengañarse por sí mismo; saber la verdad y si era cierto lo que en aquella targeta se le anunciaba; si la infame aun estaba en su casa, si podia llegar hasta ella, anonadarla, maltratarla... asesinarla, porque en el paroxismo de su cólera, con la justicia que le daba su derecho, iba dispuesto á todo.

Diez minutos despues paraba el coche en la puerta principal de la verja que rodeaba el jardín.

Con la ligereza de un gamo, saltó Felipe en tierra, atravesó rápidamente la calle de tilos que conducía al vestíbulo y allí se encontró ya con dos criados cuya fisonomía le era completamente desconocida; y que, con ese *sans-façon* peculiar á los criados de casa grande, fumaban y charlaban, repantigados en dos cómodos sillones.

—¿La señora de Leguina? preguntó Felipe con ansiedad y tan luego como llegó hasta ellos.

—La señora está ausente, contestó uno de los criados levantándose.

—¿Cómo ausente?

—Sí señor; partió ayer á las nueve de la mañana por el tren del Norte, y en compañía del señor.

—Pero si es por la señora de Leguina por quien yo pregunto á V. ?...

—Ya lo he entendido bien, pero por lo visto V. ignora que la señora se casó hace tres días y que en compañía de su esposo, han partido para Alemania ayer mismo.

Esto era una cosa bien pública y ninguno de los amigos de la señora lo ignoraba, puesto que antes de ayer se dió en esta casa un baile, en celebracion de la boda, y al mismo tiempo como fiesta de despedida.

Sin contestar una palabra porque el dolor y la sorpresa le habian vuelto estúpido, Felipe se dirigió á la puerta y en su atolondramiento, ni acertaba á abrir; uno de los criados vino en su auxilio facilitándole la salida.

—Este señor parece que está loco, dijo el criado á su compañero.

—Calla tonto, replicó este, sonriendo maliciosamente, ¿no conoces que es un enamorado á quien la señora no habrá tenido por conveniente participar su nuevo enlace?

—¡Hola! ¡Hola! ¿y tenia muchos la señora?

—Jamás ha podido saberse.

—Eso no tiene duda: segun me ha dicho la doncella, el nóvio ha regalado á su suegra una casa en Andalucía y ocho ó diez mil reales en agradecimiento á sus buenos oficios, pero poniendo por condicion que han de vivir separados.

El nóvio lo entiende y por eso la vieja hace ya ocho dias que marchó á Sevilla, sin esperar siquiera la celebracion del matrimonio.

—Lo que me ha chocado mucho es que el señor, precisamente el dia de su boda, no haya dormido en casa ¡cosa mas original!...

—Segun parece, es una atencion respetuosa que ha querido guardar á la señora; mucho mas, cuando al dia siguiente se ponian en camino, y tiempo sobrado tenian para disfrutar de las dulzuras del amor, léjos de testigos importunos.

—Pues, francamente, será tal vez que yo no lo entiendo, pero lo que es el primer dia de boda, ¡cómo habia yo de abandonar á mi mujer!... facilito seria!...

—Calla, tonto, ¿qué entiendes tú de esto?...

Las personas de cierta clase tienen su gramática particular, que no está á nuestro alcance, y que no comprenderemos nunca nosotros.

Durante esta conversacion, Felipe marchaba dando traspies, como si estuviese ébrio; sus piernas flaqueaban y varias veces tuvo que apoyarse en los árboles del paseo para no caer.

Maquinalmente y sin explicarse el por qué, habia despedido el carruaje.



Sus pulmones necesitaban aire, su cabeza ser refrescada por la brisa de la tarde, que avanzaba á su terminacion.

Al llegar al salon del Prado tuvo necesidad de sentarse en un banco, porque la sangre latía con tanta fuerza en sus sienes, que parecia que iba á saltársele el cráneo.

De pronto, y, con gran sorpresa de dos ó tres personas que pasaban en aquel momento por su lado, se llevó ambas manos á la cabeza y lanzó un ahogado grito.

La verdad completa se le apareció en toda su desnudez y con su claridad siniestra: en un momento lo comprendió todo, lo adivinó todo; la farsa de la enfermedad de la madre, las promesas y las mentiras de Alboraya, el silencio de aquellos dos meses mientras permaneció en Valencia, su recibimiento en el baile, la presencia de Mister Wangeluve acompañando á Margarita hasta su alcoba, el terror de ésta al verse en su presencia, su astucia, su perfidia, su fuga!...

Creó por un momento volverse loco, y tan pronto se levantaba, marchaba precipitadamente, gesticulaba y hablaba en alta voz, cual si estuviese solo, como, rendido por tan ruda batalla, se dejaba caer sobre un banco, ó sobre una de las sillas del paseo, completamente abatido. Si Margarita hubiese estado en Madrid y en aquellos momentos, Felipe, seguramente, en el estado de escitacion nerviosa en que se encontraba, no hubiera retrocedido ante un crimen; pero estaba léjos de su alcance, una venganza inmediata era imposible y fué contra sí propio contra quien dirigió su furor.

Acudió á su mente la idea del suicidio y la acogió con regocijo, como un refugio, como un término á sus horribles sufrimientos.

—Sí, sí; se decía, es preciso morir!... yo ya no puedo vivir en el mundo... soy un miserable de quien todos tendrán el derecho á burlarse!... acabemos de una vez...

Y torciendo á la izquierda, subió hácia el retiro, dirigiéndose resueltamente al estanque vulgarmente denominado de las campanillas. Estaba decidido.

Cuando llegó á la barandilla del mismo y despues de haber subido la pequeña cuesta que á la plataforma conduce, miró al rededor suyo para ver si alguien le observaba y podria tratar de impedir la ejecucion de su siniestro proyecto.

Todo estaba silencioso y en calma: la noche avanzaba á pasos agigantados y no era fácil que por allí pasara ningun importuno; pero dirigió sus ojos al fondo y una repugnancia instintiva le hizo retroceder un paso.

Aquel agua amarillenta y sucia, casi siempre mezclada con algas podridas y con ese verdin suave y gelatinoso que se escapa de entre los dedos, cuando se intenta cojerlo, y que forma generalmente el lecho de todos los estanques, era capaz de remover el estómago mas bien organizado.

Además, una idea molesta acudió á su pensamiento ¿y si por casualidad, en el momento de arrojarse al agua, aparecian los guardianes y lo estraian de aquel cieno antes de haber podido consumir el suicidio?

Como para justificar sus lógicas observaciones, apareció efectivamente uno de estos, que, aunque al parecer distraido, no le perdía de vista.

Felipe lo comprendió y echó á correr nuevamente con direccion al Prado y desde allí á su casa.

¿Para qué necesitaba el estanque teniendo en el cajon

de su armario un magnífico par de pistolas de tiro y un precioso revolver?

Habia donde poder elegir y su muerte seria mas rápida, sin convulsiones y sin agonía.

En dos saltos subió la escalera, llamó, le abrieron y penetrando en su gabinete, se cerró por dentro, dejándose caer sobre una butaca.

Sacó de su bolsillo el pañuelo para limpiar el sudor que de su frente brotaba, pero de pronto recordó que aquel pañuelo habia pertenecido á su querida y con violenta rabia lo hizo mil pedazos.

Al dirigir la vista por aquella habitacion que el habia tan cuidadosamente preparado para recibir á la diosa de sus sueños, se fijó en aquellos ramilletes de flores que el mismo habia ido á comprar al jardin francés y que con profusion se hallaban colocados sobre las mesas, las rinconeras y la chimenea.

En cinco minutos no quedó una flor sana; con creciente cólera todo lo destrozó y lo hizo pedazos entre sus manos.

En seguida se dirigió á la alcoba, y de un armario, sacó la caja de las pistolas que vino á colocar sobre el velador.

La abrió, asegurándose de que estaban cargadas.

Despues se sentó al lado de la mesa de escritorio y tomando la pluma, pensó en escribir á Margarita, pero por mas que queria aparecer tranquilo y escribir con cierta calma y cierta mesura, le fué completamente imposible; no encontraba que decirle sino injurias y groserías.

Iba á morir y queria hasta el último momento permanecer digno, así que, haciendo pedazos el pliego de papel en que ya habia trazado algunas palabras, cogió otro y despues de reflexionar breves momentos, escribió lo que sigue.

Yo continúo siendo para tí lo que he sido siempre, tu mejor amigo: algun dia lo conocerás y sabrás apreciarlo.

—Porqué lo conozco y lo aprecio, la primer persona á quien procuré ver, tan luego como hace dos dias llegué de Valencia, fué á tí, pero me encontré con que estabas ausente.

—¡Ah! ¿con qué has estado en Valencia? replicó Luis con maliciosa sonrisa.

—Sí, y tu no lo ignorabas, aunque quisieras ahora hacerte de nuevas.

—Bien podrá ser; sin embargo, no lo deberé á confianzas que me hayas hecho, porque hace tiempo me retiraste la tuya.

—Voy á probarte que estás en un error, y que no solamente éres el único que posee toda mi confianza, sino que precisamente me ocupaba en estos momentos de tí.

Mira y juzga.

Esto diciendo, indicó á Luis con el dedo el pliego cerrado que se hallaba sobre la mesa, y en cuyo sobre escrito aparecia el nombre de su amigo.

—¿Y qué es esto?

—Una carta que acabo de escribirte.

—Entónces, dame.

Felipe vaciló un momento, pero habiendo reflexionado, presentó la carta resueltamente á su amigo.

—Lée, y verás en esos breves renglones, no solo que pensaba en tí, sinó tambien la esplicacion de mi conducta.

Fué bastante una rápida ojeada para que Luis se enterase perfectamente del contenido de la carta, y, tirándola sobre la mesa, corrió á Felipe y en estremo conmovido le estrechó entre sus brazos.

—¡Ah! ¡Felipe, amigo mio! ¿te has vuelto loco?

Pero éste, desprendiéndose vivamente de los brazos de Luis, y no queriendo darle tiempo para hablar, ni hacerle reflexiones:

—No trates de detenerme, le dijo, no creas que obro con lijereza; es una resolucion que he tomado despues de meditarlo bien, y cuento con tu amistad y tu buen sentido para esperar me evites observaciones inútiles: mi resolucion es irrevocable.

—¿Irrevocable?

—Sí; y si efectivamente me aprecias, no trates de debilitar mi valor; además que seria un tiempo perdido.

—¿Pero en fin, que es lo que te ocurre?

—Mi querido Luis, lo que me sucede es que, á pesar de tus sabios y juiciosos consejos, me empeñé en una lucha de amor con una persona que ha matado en mí, todos los nobles, todos los generosos instintos de mi corazon.

He sido miserablemente engañado, indignamente vendido; y, como tú me decias muy bien en cierta ocasion, cuando uno llega á tan desdichado extremo, no le resta mas que morir.

—¡Morir! ¿y por una mujer de esa clase? eso es completamente absurdo:

—No se trata de una mujer, no es por ella, no; es por mí, es por mi propia dignidad.

Yo habia puesto en esa mujer toda la idealidad, toda la santidad de que es susceptible un corazon apasionado; ella lo ha manchado todo, lo ha destruido todo, me ha envilecido en mi conciencia; y mas bien que vivir deshonorado á mis propios ojos, prefiero morir.

No es por debilidad, nó, como presumo que tu créés; me suicido por orgullo.

¡Ah! pensó Luis; en ese granito que parece tan sólido existe una mezcla de fibras y de sentimientos que me hace presumir que no está todo perdido.

En ese corazón privilegiado la vanidad sobrenada; y, en esta situación crítica, no es seguramente al corazón al que se debe recurrir sino al espíritu.

La vida de su amigo se hallaba entre sus manos; dependía de su sagacidad y de su talento; en saber hacer vibrar con esquisito tacto ciertas cuerdas sensibles del alma.

Era un combate en el cual tenía Luis que luchar contra las vertiginosas seducciones del suicidio.

El momento era solemne: hábil, podía ganar la batalla; torpe, la perdería indudablemente; lo más grave en semejante situación era que no tenía un minuto para reflexionar ni para prepararse; era preciso triunfar de su emoción, de sus temores y hasta de su propio afecto.

¿Pero cómo principiar el ataque? ¿por la desesperación, por el dolor ó por el orgullo? ¿qué armas emplear? ¿la ternura, el sarcasmo, ó la razón?

Así permanecía perplejo por algunos momentos, cuando Felipe, que creía que con su argumento de orgullo lo había clavado á la pared, reduciéndole al silencio, le proporcionó él mismo la ocasión apetecida para dar principio al ataque.

— ¿Con qué, es decir que puedo contar contigo?

— Indudablemente, contestó Luis, aprovechándose de las palabras de Felipe, pero tén mucho cuidado y mira lo que haces: cuando á la lotería del amor se juega á un solo número, y este número es la muerte, es preciso tener muy en cuenta que en vez de la celebridad póstuma, entre cierta clase de sociedad, es muy fácil encontrar el ridículo póstumo.

Vamos á ver; puesto que estás bien decidido y que crees cumplir con un deber, mis objeciones no quebrantarán tu resolucion en lo mas mínimo: siendo esto así, déjame tambien á mi cumplir con el que yo creo el mio.

Si tú te encontráras en mi caso presumo que harias lo mismo.

—Sabiendo que habias sufrido lo que yo he sufrido, está seguro de que me callaria.

—¡Qué disparate! hablarías, Felipe, hablarías, porque me quieres, porque mi vida no podria ser indiferente para tí: no se vé con tranquilidad, ni mucho menos con fria indiferencia, á un amigo, á un camarada, á un hermano, que corre á la muerte, sin lanzarnos á detenerlo, procurando salvarle.

Pero no se trata ahora de eso; quiero suponer que nuestra vida nos pertenece, y podemos disponer de ella á nuestro capricho, pero es preciso que tengamos la conciencia de nuestros actos, que sepamos lo que hacemos.

—¿Creés por ventura que yo no lo sé?

—Pues bien; puesto que lo sabes, examinemos juntos las razones en que te fundas: ¿qué te importa?

Tú ya has razonado, pues razonemos diez minutos mas; diez minutos son bien poca cosa, á mi parecer, mucho mas tratándose de la vida de un hombre.

Tú vas á tomar una de estas hermosas pistolas que veo sobre tu mesa, montas el gatillo, la colocas sobre tu sien ó bajo tu barba...

—Nó, dijo Felipe, en estremo afectado, sobre el corazon...

—Sobre la sien, ó sobre el corazon, para mí es igual... en seguida, oprimes con tu dedo índice el pié de gato y...

Luis habia cogido una de las pistolas y jugando con ella iba ejecutando lo que decia...

—Cuidado, Luis, cuidado, exclamó vivamente Felipe, mira que están cargadas...

—Ya lo sé, pero no tengas miedo; yo no quiero matarme: en otro tiempo tambien se me ocurrió á mí cometer semejante estupidez, pero afortunadamente aquella especie de calentura pasó y no hay miedo que se reproduzca.

Pues como iba diciendo, das gusto al dedo y ¡cataplum! quedas muerto en el acto, ó solamente quedas herido.

—Nó, me mato, dijo Felipe...

—Bien, hombre, bien, pero déjame suponer por un momento que solo quedas herido; despues supondré que efectivamente quedas muerto.

Figúrate que somos dos filósofos discutiendo sobre el suicidio; así pues, hiciste fuego, el tiro no fué bien dirigido, la bala no tocó ninguna entraña interesante y quedas muerto... á medias...

Al ruido de la detonacion entra el criado, sube el portero, bajan los vecinos; si has cerrado por dentro la puerta la derriban y te encuentran en el suelo revolcándote en tu sangre; horrible, desfigurado, pero con vida; empiezan los gritos, se reúne la gente en la puerta de la calle, se llama al primer médico que vive mas cerca, te conducen al lecho, te sondéan la herida, te hacen la primera cura, te vendan y te martirizan: á todo esto ya han acudido los agentes de orden público, y el alcalde de barrio y el juzgado que le toca de guardia, y como conservas la integridad de tus sentidos, te se interroga, y el juez te dirige su discursito en el cual trata de probarte, con sobrada razon sin embargo, que el suicidio es una cobardía: ¿qué te ha hecho esa sociedad



en el seno de la cual ya no quieres vivir? ¿quién te ha dado el derecho de atentar contra tu vida? ¿no sabes que es un crimen que el código castiga?...

Además, él te hablará de la ley, de la moral, de la religion y qué sé yo cuántas otras cosas mas, que aumentarán los grados de la fiebre que debe anonadarte antes de un cuarto de hora.

En fin, despues de dos ó tres meses de cama y horribles padecimientos, abandonas el lecho y te encuentras en estado de volver á comenzar la obra no terminada, ó bien no te vuelve á ocurrir semejante idea y esto es lo mas probable, porque una copiosa sangría cambia mucho el carácter y dulcifica el temperamento mas bilioso y mas irascible; pero quedas ridículo y desfigurado, lo cual es bien triste.

Ahora, puesto que te empeñas, volvamos la oracion por pasiva y supongamos que quedas muerto en el acto.

—Espero que esto te parecerá menos ridículo, dijo Felipe, la muerte tiene su poesía y hasta su santidad.

—Prescindo del horrible disgusto proporcionado á la familia; prescindo de las consecuencias graves que semejante crimen puede proporcionar á la misma, continuó Luis sin hacer caso de la interrupcion de Felipe; prescindo de que es muy fácil que alguna inocente persona sea víctima de un dolor superior á sus fuerzas y pague una preciosa existencia delitos que otros cometieron; prescindo, como he dicho, de todo esto, pero tendremos en primer lugar el mismo *début* de criados, portero, agentes y vecinos; lo único que faltará es el discursito del juez, pero en cambio tendremos los comentarios, las hablillas de la vecindad, las suposiciones y hasta las afirmaciones; la calumnia se ce-

bará en tí, y como todo el mundo tiene enemigos y tú por tus ideas políticas muchos mas que otros, al dia siguiente los periódicos de oposicion vendrán comentando á su antojo el hecho y, aunque ellos no lo digan, se supondrá que á un hombre tan juicioso como tú solo puede haberle conducido á un extremo tal, una mala accion, una pérdida de juego, un desfalco; en fin, cualquier cosa denigrante... todo, menos lo que es verdad... *calumnia que algo queda*, esta es una sentencia tan antigua como verdadera...

Luis calló breves momentos, observando atentamente el efecto que producian sus palabras en el ánimo de su amigo.

Este permanecia con la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud meditabunda y sin atreverse á desplegar sus labios.

Los argumentos de que Luis se valia, el tono burlesco con que los adornaba, habian positivamente herido y humillado su orgullo.

Sobre todo, aquella última apreciacion, la de que su muerte podia dar pábulo á conjeturas deshonorosas é indignas, le impresionó de tal suerte, que levantando su hermosa frente con noble orgullo, exclamó, brotando de sus ojos un torrente de lágrimas:

—Nó, nó : eso nunca ; mi honra antes que todo... mi honor es limpio como el sol... pero yo debo morir y dejaré escrita una carta que me ponga al abrigo de cualquier sospecha infamante... la mandaré á los periódicos; por ellos se sabrá...

--Nada mas que lo que ellos quieran decir...

Pero ¿por qué ese afan de morir? ¿no conoces que esa infame mujer, cuando sepa tu muerte, léjos de sentir el

menor remordimiento se reirá de tu estúpido sacrificio?

Además, considera que no estás solo en el mundo; que te debes á otras personas, que te ligan deberes sagradísimos...

—Pues por lo mismo: hay ciertas personas ante las cuales yo no puedo presentarme sin ruborizarme..... ante las cuales deberia presentarme como un reo.

Antes que vivir torturado por el remordimiento prefiero mil veces el suicidio.

Luis empezaba á comprender algo de aquel enigma y sus labios sonrieron con satisfaccion.

—Tú has sido muy delicado, continuó diciendo Felipe, y nada me has dicho respecto á una *persona* á quien he ofendido, á quien he ultrajado de la manera mas cruel y mas infame, arrastrándola á las puertas del sepulcro.

Tú nada me has dicho, pero yo lo sé todo y lo que no sé, lo adivino: soy un mónstruo á quien se debe odiar... jamás tendria valor para ponerme en su presencia.

Felipe lloraba amargamente y Luis se habia propuesto no interrumpirle, por el momento, dejándole que se desahogara:

—¡Ah! continuó: santa y pura niña, ángel venido á la tierra para sufrir y padecer; si cometí la infamia de despreciar tu casto amor, de abandonarte, de asesinarte, quiero al menos tener el valor de morir y hacerme digno de tu perdon!...

—Pero, replicó Luis, sin dejarse abatir por aquel exceso de sensibilidad y comprendiendo, lleno de alegría, que habiendo vencido á su amigo en el terreno del orgullo, le era mucho mas fácil vencerlo en el del sentimiento.

Ven acá, pobre tonto, ¿crees por ventura que el suicidio sea una espiacion?

Un deudor que tiene cuentas pendientes con sus acreedores ¿puede suicidarse, obrando con nobleza, sin haberlas satisfecho primero?

Tú tienes una deuda, págala... con tanta mas razon que tu acreedor solo espera una buena palabra tuya.

Si ese acreedor nos escuchara... tú verias... por desgracia se halla á sesenta leguas de la córte y no lo tendremos aquí hasta dentro de tres ó cuatro dias...

—¡Dentro de tres dias! exclamó Felipe lleno de terror y levantándose de su silla... ¡oh! nó, nó, es preciso que antes... es necesario que cuando llegue, yo...!!

La voz espiró en sus labios; la frase empezada no pudo terminarla y cayó pesadamente sobre la alfombra atacado de un accidente, al parecer epiléptico.

Luis corrió á él, lo levantó en sus brazos y lo condujo á la cama; agitó violentamente el cordon de la campanilla y el criado apareció.

—Inmediatamente, volando, le dijo, corre á buscar un médico, el primero que encuentres.

El criado obedeció, y, apenas habia trascurrido un cuarto de hora, cuando ya estaba de vuelta con uno de los facultativos del hospital general, que fué el sitio mas próximo y donde calculó el doméstico que encontraria lo que con tanta urgencia se necesitaba.

En el entretanto, Luis, lleno de la mas viva ansiedad, inclinado sobre el lecho sujetaba á Felipe que se debatia y se revolcaba sobre los colchones atacado de una furiosa convulsion.

Sus mejillas estaban amoratadas é hinchadas; hablaba á media voz y gesticulaba vivamente; sus palabras, en medio de su delirio, eran rápidas, breves, incoherentes; los

nombres de Margarita y de María se mezclaban á cada instante, pronunciándolos unas veces con acento de súplica, otras con amor, en su mayor parte con furibunda rabia.

Por fin llegó el facultativo y despues de haberle propinado unã antistérica calmante, que en cinco minutos se hizo traer de la farmacia mas próxima y se le hizo tragar á pesar suyo, cuando ya le vió un poco mas sosegado, sacó de su cartera una lanceta, practicando en su brazo izquierdo una copiosa sangría.

La sangre aparecia en la sangradera, que se llenó hasta la mitad, negra, fibrosa y en marcado estado de inflamacion.

Terminada esta operacion y despues de recetar una nueva bebida que debia tomar el enfermo, á cucharadas, durante la noche, y de media en media hora, el galeno se retiró ofreciendo volver á la mañana siguiente.

Como Luis no conocia á aquel facultativo; como por esta razon no le inspiraba su ciencia ninguna confianza; como tampoco nada habia dicho, ni clasificado la enfermedad y el estado de Felipe era muy grave segun se debia deducir por los síntomas, mandó nuevamente al criado que fuese á buscar al suyo, que vivia en la corredera de San Pablo; pero era una hora tan intempestiva que no se hallaba en casa.

Hubo de dejarle recado, pero no pareció hasta la mañana siguiente.

La noche fué para Luis de continúa agonía y sobresalto.

Naturalmente, no se separó de la cabecera del enfermo: las convulsiones habian cesado y no volvieron á repetirse, pero el delirio era terrible y la calentura espantosa.

Al fin, serian las siete de la mañana cuando el facultativo llegó.

Después de escuchar á Luis la relacion que le hizo del carácter y de los síntomas de la enfermedad, de haber reconocido y pulsado á Felipe, de haber mandado que inmediatamente se le hiciese otra sangría y se le aplicasen constantemente paños de nieve en la cabeza, con cierto aire grave y melancólico se volvió á Luis y le dijo:

—Dígame V., amigo don Luis, ¿este jóven tiene familia?

—Sí, señor, pero está fuera de Madrid.

—Pues es necesario avisarla inmediatamente; la enfermedad es grave y mi conciencia no me permite que yo lo oculté á V.; tan luego como tenga un momento de lucidez es preciso que se confiese, y en último resultado, que se le administre la extrema-uncion.

—¿Qué me dice V.? exclamó Luis completamente aturdido.

—La verdad: este delirio espasmódico y nervioso que científicamente el célebre Dupuitren lo denomina *arachnoide cerebral*, generalmente mata al enfermo al tercer dia, y es muy raro el que se salva.

—¡Dios mio! Dios!... exclamó Luis sin poder contener sus lágrimas y uniendo sus manos como en ademán de súplica, ¿con qué no debo tener esperanza?...

—Solo Dios puede hacer milagros... hasta la tarde, amigo mio, volveré á verle á las cinco.

Cuando el médico hubo desaparecido, Luis se dejó caer sobre una butaca llorando como un niño.

Su cariño á Felipe era verdaderamente el del mas cariñoso de los hermanos.

Una hora mas tarde, fué comunicada por telégrama tan infausta nueva á don Eugenio y á María, que ya, muy

adelantada ésta en su convalecencia, se disponian á regresar á Madrid.

En tanto Luis, dia y noche, sin permitirse el descanso de un solo momento, velaba constantemente á la cabecera del enfermo.

---

## CAPITULO XXV.

### Continuacion de las memorias.

Merino el regicida.

Pienso distraer hoy vuestra atencion, *hermanos* mios, con el relato de un episodio sangriento, de gran importancia por el carácter de la persona que figuró en él como principal héroe, si bien de consecuencias insignificantes; puede asegurarse, sin embargo, que de haberse consumado el crimen, porque de crimen debe calificarse, siempre el asesinato, quién sabe lo que habria sucedido entonces.

Demos gracias al cielo de que no se consumára porque habria sido un borron para esta España, tan noble y generosa como desgraciada, tan hidalga y tan valiente como sufrida y trabajada.

Me refiero á Martin Merino el regicida.

Aludo el célebre dia 2 de Febrero de 1852, en que aquel intentó asesinar á la reina Isabel de Borbon.

España no habia registrado aun en sus anales históricos, ningun atentado de esta especie.



Los Fiesquis y los Orsinis, los Clementes y los Ravai-llac, no habian tenido imitadores en este pais clásico de la bravura, sí, pero al propio tiempo de todas las mas levantadas ideas. España, apesar de haber sido como pocas naciones, sacrificada por tantos y tantos tiranos como la opri-mieron, no fué nunca el país de los regicidas, ni su suelo abra-ga semejantes mónstruos. Enemigos irreconciliables de las monarquías y de cuantos soberanos absolutos en el mun-do existen, les hicimos y continuaremos haciéndoles una guerra sin trégua, sin descanso, sin piedad, pero será siem-pre una guerra noble, digna, legítima; sin manchar nues-tras manos en sangre, sin atentar á la vida de nadie.

Las coronas deben caer por su propio peso, los tronos derrumbarse por la potente fuerza de la razon y del dere-cho que nos asiste, pero no con la ayuda de homicida hierro.

Merino fué una desdichada escepcion; una individua-lidad que mas bien que obedecer á una idea, á un princi-pio político, ó á una imposicion de partido, como alggnos han querido suponer, su infame accion, fué un hecho ais-lado, sin colectividad, sin cómplices y producto exclusivo de un cerebro enfermo, de una especie de monomanía.

Al ocupar vuestra atencion con el relato de aquel san-griento episodio, no es porque yo juzgue á Martin Merino, un mártir, un héroe, una víctima sacrificada en aras de la idea liberal, si no porque la importancia que se dió al he-cho, suponiendo que la iniciativa partia de otras esferas, me obligan á escribir algunas palabras para protestar con-tra el mas irritante de los absurdos, contra la mas grosera de las calumnias.

Mienten descaradamente, los que entonces supusieron

y aun continuan creyendo que Merino pertenecia á una de nuestras *lógias* masónicas y que en ella recibió la órden de su crimen.

En nuestra *sociedad* impera precisamente todo lo contrario de lo que el regicida representaba, física y moralmente hablando.

Nuestro credo, nuestros preceptos, nuestros estatutos, nuestra organizacion, resplandece por su caballerosidad, por su nobleza, por los santos principios de la caridad mas evangélica, al propio tiempo que rechaza y anatematiza todo cuanto no esté de acuerdo con tan sublimes máximas.

En nuestras *lógias* no se cobijan mónstruos, no se aprueban ni sancionan crímenes.

Sentado esto, paso á relataros el hecho, tal y como sucedió, haciéndoos una lijera reseña de aquel tristemente célebre personaje.

Para que mi escrito no careciera de exactitud, me procuré entonces cuantos datos me fueron precisos, no á la ventura, y por referencia de personas mas ó menos parciales, si no en los centros oficiales donde contaba con algunos amigos; así que, la relacion que voy á haceros es de una rigurosa exactitud; empiezo pues.

Acaban de sonar las 9 de la mañana del dia 2 de Febrero de 1852.

En una lóbrega y reducida habitacion de la casa número 2, de la calle del Triunfo, en Madrid, hallábase en aquella misma hora un hombre, que, sentado con apariencia tranquila, á una mesa cubierta con un exíguo mantel,

se ocupaba en consumir con envidiable apetito el mezquino y miserable almuerzo que una criada jóven y de vulgar aspecto le servia, cuidando de atender á lo que pudiera necesitar su amo, de pié y con los brazos cruzados, en uno de los costados de la mesa en que tenia dispuestos los dos platos que constituian el referido almuerzo.

Ella y su amo, eran los dos únicos seres que se movian y agitaban dentro de aquel tenebroso recinto.

Y en efecto, así era: nada mas tétrico y repugnante que la súa y miserable habitacion á donde hemos trasladado á nuestros lectores y en la que habitaban hacia ya mucho tiempo los dos individuos, cuya presencia en aquella raquítica y oscura estancia acabamos de sorprender.

Para llegar hasta el segundo piso donde con tanta facilidad hemos conducido á nuestros lectores, era preciso atravesar primero un portal, súa y abandonado, en cuyo estremo, se elevaba una estrecha y fatigosa escalera de imposible ascension sin el auxilio, á toda hora del dia y de la noche, de la luz artificial, que sustituia á la clara y pura del sol, que jamás hasta allí habia podido penetrar.

Despues de haber pasado una especie de cuarto entre suelo á donde se llegaba por una lóbrega galería, se encontraba el principal que lo habitaba, en la época á que nos referimos, un maestro sastre, y despues de subir algunos escalones mas, se alcanzaba á tocar la puerta de la habitacion de la cual hemos visto ya una de las piezas.

El resto, que aun desconocemos, se componia de una especie de sala que comunicaba con la escalera por la puerta de entrada, abierta en una de sus paredes y en cuyo testero de la izquierda, segun se penetraba en ella, existia un reducido y negro dormitorio.

Por una estrecha puerta, situada en el fondo de aquella alcoba, se pasaba á la pieza destinada á comedor.

Habia tambien otro cuartito pequeño y oscuro, como todos los de aquella aterradora vivienda, que servia de despacho al inquilino de ella, y mas allá, adivinábase un cuchitril inmundo que daba albergue á la criada.

Tal era la tétrica casa en donde vivia aquel hombre.

Volvamos á él, y veremos que, terminado el almuerzo, se levanta de su asiento con alegre y despreocupado ademán, y con tranquila y entera voz, dirige algunas palabras á su sirvienta: oigamos lo que la dice.

—¡Dominga! exclamó con seco acento.

—Mándeme V. señor: repuso la criada con solícita atención.

—Dáme, si tienes ahí á mano, una aguja enhebrada en hilo negro, y enseguida, si quieres, puedes marcharte á paseo, á fin de que disfrutes de los festejos que se preparan hoy.

Vé, pues, y verás la formacion y á la Reina, que sale hoy á Atocha con objeto de dar gracias á la Santísima Virgen, por el auxilio que le ha prestado y con ayuda del cual ha salido bien de su reciente alumbramiento.

—Sí señor, iré: dijo la criada entregándole la aguja tal como se la habia pedido, pero vendré á la hora de comer.

—No te canses, ni te apures, pues no como hoy en casa y además, vendré tarde, si es que vuelvo esta noche.

Dijo, y sin dar lugar á nueva respuesta de la sirvienta, se encerró en su despacho en donde permaneció una media hora escasa, saliendo despues vestido con el traje talar y capa de los sacerdotes.

Aquel hombre, que segun vemos era eclesiástico, frisa-

ba en los 63 años de edad, apesar de que en la energía de sus ademanes y en la singular fijeza de su mirada no se revelaba que tuviera mas de cincuenta: su ancha frente descubierta, se prolongaba del mismo modo hasta la parte exterior de su cabeza, adornada por sus costados tan solo por unos mechones de pelo gris, que, mas poblados por la parte posterior, subian espesos hasta rodear precisamente la corona.

Su estatura elevada, su esbelta apostura y su paso seguro y decidido, formaban además un estraño conjunto de inesplicable misterio que hacia aun mas imponente su figura.

Apenas salió del cuarto, se despidió de la criada, y dirigiéndose á la escalera, la bajó con segura planta: á los pocos instantes se encontró en la calle Mayor que, como todas las que componian la carrera que S. M. habia de atravesar, para ir desde su palacio al templo de Atocha, estaba adornada y favorecida por el inmenso gentio, que ya, desde muy temprana hora de aquel dia, se apresuraba á cojer sitio para mejor ver á la Reina.

Aquel hombre que habia salido de su casa del callejon *del infierno*, como vulgarmente se llama en Madrid, á la del Triunfo, donde vivia, se dirigió, sin fijar su distraida atencion en lo que le rodeaba, á la iglesia de San Justo, sita en la misma calle Mayor y en la que aquella mañana se celebraba fiesta y solemne procesion.

En ella le dejaremos, para volver á encontrarle despues.

Hemos dicho que aquel dia era el 2 de febrero de 1852.

A la hora que dejamos en San Justo al misterioso sacerdote, un sol hermoso y radiante iluminaba en las calles de la coronada villa el mas vistoso y animado cuadro de

que ofrecen memoria los anales de nuestras solemnidades.

Febrero habia robado á la primavera, tan solo para aquel dia, todo su calor vivificante, toda su hermosa serenidad, toda su radiante diafanidad y transparencia.

La naturaleza embellecida y animada con todas sus galas, no habia querido dejar de concurrir á la ceremonia.

La poblacion entera de Madrid habia, como hemos dicho, acudido tambien, y esperaba impaciente llegara el momento de saludar á la Reina.

Aguardaba constante pero en vano: el objeto de su atencion no se presentaba á su vista.

De repente un increíble rumor difundióse por todos los ámbitos de la villa.

La magnitud de la noticia hacía dudar de su verosimilitud, pero la duda aumentaba el quebranto de los que la esperaban.

Abandonémosles y acudamos á Palacio.

Allí veremos lo que acontecía, pues tenemos el privilegio de que nuestra presencia preceda á los sucesos.

Muy poco tiempo hacía que habian sonado las doce, cuando la reina, vestida con un traje de terciopelo carmesí bordado de castillos y leones, con flores de lis en la union de la falda con el cuerpo, ostentando en su cabeza una magnífica corona de oro, y cubierta con un manto igual al que usa la Reina de Inglaterra, en los dias de gran ceremonia, pasó á la real capilla á ver celebrar el santo sacrificio de la misa.

Concluida la misa, salió la Reina de la capilla real, precedida y rodeada de un numeroso acompañamiento, cuando haciéndose paso por en medio del gentío, se le aproximó un sacerdote con hábito talar y sombrero de teja, quien hizo



Martin Merino el rejicida.

ademan de hincar la rodilla, como para besar la real mano.

Esta accion tan comun en los españoles, por desgracia, á nadie llamó la atencion.

Todas las personas de la comitiva creyeron que iba á poner en manos de la Reina algun memorial.

Otro era el pensamiento del clérigo, el cual, dirigiendo la mano al costado izquierdo y sacando un puñal que llevaba oculto, lo clavó en la parte baja del costado derecho de S. M., diciéndole al mismo tiempo con bárbara y cruel ferocidad.

-- «Toma; ya tienes bastante.»

La escena que se siguió fué rápida como el pensamiento. S. M., con gran presencia de ánimo, paró el golpe con el brazo, y al sentirse herida, se hizo atrás y fué sostenida por el mayordomo de semana que llevaba el manto: su primer pensamiento y sus primeras palabras, al sentirse herida, fueron para su hija.

¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó: el alabardero que estaba al lado del regicida le cogió por el brazo; el mayordomo mayor de S. M. la Reina se apoderó del asesino y el marqués de Alcañices, que volvía en aquel momento de dar una orden á la cabeza de la comitiva, hizo lo mismo, sin saber lo que le pasaba.

El Rey y el duque de Riánzares desenvainaron sus espadas y se lanzaron sobre el asesino; lo mismo hicieron los alabarderos, que habrian hecho pedazos al agresor sino hubiese salido una voz gritando: *No matarle, no matarle, que puede hacer revelaciones.*

El asesino, en el primer momento, forcejeó por desasirse y huir, pero ya sugeto y desarmado, dijo con atrevimiento: *yo he sido, no huiré.*



Entre tanto la Reina, en brazos de algunos de la comitiva, fué conducida á sus habitaciones, atravesando la galería que hay sobre de la escalera, el salon que conduce á la saleta, la saleta misma, la antecámara y la cámara.

S. M. á cada instante preguntaba por su hija, temiendo sin duda que la hubiese sucedido algo, y cada vez que lo hacía se la presentaba la marquesa de Povar para tranquilizarla.

Al entrar en las habitaciones, S. M. se sintió muy sofocada, sin duda por el inmenso concurso de gente que habia á su alrededor y pidió que abriesen los balcones y que le diesen agua y aire.

Al llegar á la cámara, le dió un profundo desmayo, que duró mas de un cuarto de hora.

En su cuarto y rodeada de su familia, los facultativos de cámara, don Francisco Sanchez, don Juan Drument y don Antonio Solis, hicieron el primer reconocimiento de la herida, que resultó estar hecha en la parte media anterior y superior del hipocondrío derecho y ser de siete á ocho líneas en su diámetro trasversal, no ofreciendo, afortunadamente, segun desde luego aseguraron, síntomas de gravedad.

En seguida se procedió al reconocimiento de las ropas de S. M., que eran, el manto real de terciopelo carmesí bordado de oro con castillos, leones, flores de lis y otros emblemas; el vestido, que era de color de barquillo, y el corsé que llevaba ceñido; resultando que el puñal, que tenia una cuarta de longitud y era de forma de cuchillo, con calados en el centro de su estrecha hoja, como todos los que se fabrican en Albacete, habia atravesado uno de los leones del manto real, embotándose algun tanto en el borda-

do y tropezando además su punta en una de las ballenas del corsé, lo que impidió que el instrumento regicida penetrase hondamente en el cuerpo de S. M.

Vuelta por fin de su desmayo, se dispuso que se la sangrase, y S. M. quedó descansando y con un copioso sudor que fué segun los facultativos el mejor de los síntomas.

Las primeras palabras que pronunció S. M. al volver en sí, fueron las siguientes y que indudablemente la honran.

—*Que no le maten por mi causa.*

Degemos á S. M. en su lecho, donde la aguarda un pronto y feliz restablecimiento, y acudamos en averiguacion de quien era el asesino, al que dejamos en poder de los alabarderos, los cuales lo condujeron inmediatamente preso al cuarto del sargento, donde debia esperar para sufrir el primer interrogatorio.

Una vez allí, lo despojaron de su ropa talar é insignias sacerdotales, sin que él aparentase el menor sentimiento de pesar, ni se vislumbrase en su rostro la menor sombra de arrepentimiento: se sentó al brasero, con igual imperturbable sangre fria que ya le hemos visto otra vez sentado á la mesa, en su casa de la calle del Arco del Triunfo.

Porque preciso es que lo digamos: el regicida es aquel hombre alto y seco que vimos almorzar con la mayor tranquilidad: el asesino, es el mismo sacerdote á quien dejamos á las puertas de San Justo, donde entró á celebrar el santo sacrificio de la misa y concluido el acto, acompañó la procesion de las Candelas, volviendo de nuevo á su casa sin que nadie advirtiera el atroz desígnio que le impulsó á salir otra vez inmediatamente; dirigiéndose á palacio, donde se colocó en sitio apropósito para su criminal objeto, que, medi-

tado á sangre fria, no pudo realizar por una de esas casualidades en que aparece la mano de la Providencia; el mónstruo aquel, era el que, tranquilo aun, aguardaba ilusionado con su triunfo, la merecida y vergonzosa muerte que como castigo le preparaba la sociedad: aquel hombre por fin, se llama Martin Merino.

Véamos su pasado ya que conocemos su presente, y en tanto que la justicia nos revela su porvenir.

. . . . .

Don Martin Merino Gomez, de 63 años cuando cometió el crimen que nos ocupa, era natural de Arnedo, provincia de Logroño; entró en el convento de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada á principios del siglo actual, y despues de los acontecimientos de España en 1808, tomó las armas como individuo de la partida de cruzados formados en Sevilla.

Se ordenó de sacerdote en Cádiz en 1813, y volvió en 1814 al mismo convento de donde salió anteriormente fugitivo.

En 1819, viéndose perseguido, se marchó á diferentes pueblos de Francia en donde permaneció hasta 1820.

En este año regresó á España; se secularizó en 1821; tomó parte en las ocurrencias del 7 de julio de 1822; estuvo preso en Madrid por causa de estos antecedentes en 1823, y habiéndole alcanzado la amnistía publicada en 1824 se fué segunda vez á Francia y estuvo en varias poblaciones del alto Garona y otros puntos, hasta que en 1830 fué nombrado cura-párroco de Saidental, pueblo distante tres leguas de Burdeos.

Allí estuvo desempeñando este cargo durante once

años, al cabo de los cuales volvió á Madrid, donde permaneció hasta el momento en que le hemos encontrado.

Con las cantidades en efectivo que trajo de Francia y con cinco mil duros que en el año 1843 ganó á la lotería, en la administracion de las Cuatro Calles, se dedicó á hacer préstamos y otros negocios usurarios.

Este oficio de usurero le produjo quimeras de tal especie, que estuvieron para matarle diferentes veces, habiendo hasta sido apaleado una mañana á tiempo que iba á decir misa, por cuya pendencia fué conducido preso á la guardia del principal y llegó á tener tal miedo á las personas á quien habia hecho préstamos, que en la última temporada que estuvo de capellan en San Sebastian, buscó quien asistiera á los entierros que se hacian de noche, por no atreverse él á salir de casa despues de oscurecer.

Aquel hombre era ya conocido en el gobierno político de la provincia, donde habia insultado en cierta ocasion á un oficial, por haberle negado una solicitud que tenia pendiente, pidiendo se le declarase el derecho á la pension de esclaustro, desde 1822.

Natural, como hemos dicho, de Arnedo, pertenecia á una familia pobre de aquel pueblo, en el que hacia treinta años que no habia estado.

Fué en cierta época uno de los mas rabiosos oradores del café de Lorencini, en Madrid, y de aquí ha nacido la idea de que Merino profesaba ideas avanzadísimas, pero es lo cierto que él obraba, no en pro de una idea santa, ni de un partido, sino de su particular interés.

Un vil usurero, un hombre que esquilma al prójimo, faltando á todos los principios de humanidad y de religion, no puede ser liberal.

Fugóse á Francia, donde, como llevamos referido, estuvo, y en cuyo país segun se cree y por su propia autoridad, sin acudir á la silla apostólica, arrojó los hábitos de religioso de san Francisco, cuyo hecho fué causa de que en su país natal le conociesen por *El Apóstata*.

Cuando ocurrió el suceso cuya historia vamos relatando, habia ya siete años que no se trataba con nadie; al anochecer se acostaba, y cuando se despertaba á media noche, se entretenia en leer, que era su ocupacion constante.

Tales eran las antecedentes y la clase de vida que tenia aquel hombre singular, á quien hemos dejado tranquilo y sereno, sentado en una silla del zaguanete de Alabarderos en el Real palacio.

Una vez allí, acudieron á verle y á hacerle diversas preguntas multitud de personas notables, que habian volado al régio alcázar noticiosas del suceso, cuyo rumor circuló instantáneamente por Madrid, difundiéndose enseguida por todos los ámbitos de la península.

El asesino, con impasibilidad aterradora y horrible presencia de ánimo, contestó á todos con la mayor tranquilidad.

Preguntándole uno de aquellos si tenia cómplices, respondió con tranquilo acento y repugnante orgullo:

—¿Creeis que en España hay dos hombres como yó?

En esto no se equivocaba: es imposible la repeticion de semejante monstruosidad.

A los pocos instantes de hallarse en la referida habitacion del sargento de alabarderos, exclamó con cinica sonrisa.

—»Siempre he creido que en España no habia justicia y ahora me convenzo de ello, al ver que todavia estoy vivo.

Un personaje de los allí presentes que le oía, le replicó, «*si yo hubiera estado al lado de S. M. cuando ha querido V. consumir su horrible crimen, no lo diría así, porque le habría hecho pedazos.*»

—En ese caso, repuso Merino con indiferencia salvaje, no hubiera V. hecho mas que lo que dentro de poco hará el verdugo.

En tanto que esto ocurría, y despues de haberle despojado, como antes hemos dicho, del hábito sacerdotal que tan indignamente llevaba, se le encontró cosida en la parte interior de la sotana una funda de badana que cubria la de acero, en que iba metido el puñal, y que habia colocado allí con diabólico artificio y que realizó sin duda, cuando despues de pedir la aguja á su criada, le vimos encerrarse en su despacho, y con objeto de que pudiera sacarse la hoja rápida é instantáneamente.

A seguida de esta operacion, el ayudante de alabarderos, señor Casani, en presencia del escribano D. Luis Castillo de Lerín, fué el primero que le tomó declaracion, procediendo al interrogatorio que trascribiremos tal y como entonces vió la luz pública.

Hé aquí el citado interrogatorio.

Preguntado: cómo se llama, *dijo*: llamarse Martin Merino; natural de la ciudad de Arnedo, y ser de edad de sesenta y tres años.

Preguntado: con qué objeto ha venido á palacio, *dijo*: que á lavar el agravio de la humanidad, vengando, en cuanto esté de su parte, la necia ignorancia de los que creen que es fidelidad aguantar la infidelidad y el perjurio de los reyes.

Preguntado: que cuando se apareció á la Reina, cuál fué

su objeto, *dijo*: que lo hizo con el objeto de quitarle la vida.

Preguntado: si tiene alguna persona que esté en convivencia con él, *dijo*: que ninguna.

Preguntado: qué destino tiene, *dijo*: que es sacerdote ordenado en el año 13: y que se halla en la corte hecho un *salta tumbas*.

Preguntado: qué motivos ha tenido para atentar contra la vida de S. M. la Reina, si tiene algun resentimiento particular con ella, *dijo*: que ninguno personal.

Preguntado: que con quién ha entrado en palacio, *dijo*: que habia entrado solo.

Preguntado: qué arma llevaba cuando trató de matar á S. M. *dijo*: que un puñal.

Preguntado: si es el que tiene delante, *dijo*: que sí.

Parece es de los llamados de Albacete.

Preguntado: que con qué objeto se hizo con este puñal y donde se lo facilitaron, *dijo*: que lo compró en el Rastro, hallándolo apropósito para matar al general Narvaez, á la Reina Cristina, ó á la Reina Isabel cuando fuera mayor, y que entonces no lo era, aun cuando estaba declarada mayor de edad.

Preguntado: si sabe si con su puñal ha muerto, ó ha herido á S. M. la Reina, *dijo*: que sabia que la ha herido, y que ignora si morirá de la herida.

Preguntado: dónde vivia, y el tiempo que hace que está en Madrid, *dijo*: vivir en el Arco del Triunfo, núm. 2, cuarto 2.º, y que hace que está en Madrid diez años.

Preguntado: si tiene algo mas que decir, *dijo*: que no tiene mas que decir, y leida que le fué esta declaracion se ratificó en ella, firmándola con el escribano y el señor fiscal, en Madrid á 2 de Febrero de 1852.

Despues de terminado este acto y difundiéndose, como hemos dicho antes por todo Madrid, con la celeridad del relámpago, la noticia del atentado, el digno señor Juez del distrito de palacio, que lo era á la sazón el señor D. Pedro Nolasco Aurióles, llamó inmediatamente al celoso promotor fiscal de su juzgado, D. Antonio Sanchez Milla, y ambos, acompañados del escribano señor Perez, acudieron á las puertas del real alcázar, sin que pudieran penetrar en un largo rato, pues aquellas se encontraban cerradas, porque en los primeros momentos de la ocurrencia, así tuvo la feliz prevision de mandarlo el Excmo. Sr. general Cañedo, para impedir el que la multitud aterrada saliese des-pavorida por la poblacion, desfigurando la triste noticia, y aumentando su gravedad.

Habiendo por fin logrado penetrar en palacio, y entrando el juzgado en todo el lleno de sus funciones, principió á instruir el sumario, uniéndose á él las diligencias practicadas de antemano por el señor Casani, y que estaban reducidas á la indagatoria del procesado, que mas arriba dejamos consignada.

A las cinco, poco mas ó menos, de la tarde, comenzó el Juez sus diligencias, asistido del promotor fiscal y del escribano de la causa.

Recibióse nueva indagatoria á Merino y en ella manifestó, como en la primera, ser presbítero, fraile secularizado, natural de Arnedo y tener 63 años de edad.

Repetió lo que en aquella habia dicho, añadiendo, que, vistas las injusticias que se cometian *habia concebido aversion á la vida y horror al género humano*, y que queria que constára así; para que se supiesen los móviles que le habian llevado á cometer su horroroso crimen.



Terminada que fué la indagatoria, pasó el señor Juez á recibir declaraciones del hecho á los alabarderos que estaban mas inmediatos á S. M. en el momento de cometerse el crimen y cuyos nombres eran, D. Sebastian Vicuña, que se arrojó en el acto sobre el criminal; D. Joaquin Alvarez, que le quitó el puñal de la mano, y algunos otros que se hallaban cercanos al sitio de la catástrofe.

Todos contestes declararon el hecho en su fondo, sin que pudiera ni remotamente abrigarse género alguno de duda.

De igual manera declararon tambien, guardando el mas perfecto acuerdo en sus manifestaciones, los Excelentísimos señores condes de Revillagigedo, Balazote y Pinohermoso; la señora marquesa de Povár, aya de S. A. R. la princesa de Asturias, y el señor Torrijos, gentil hombre de cámara.

Comprobado el crimen por tan autorizadas y contestes declaraciones, despues de haber sido confesado por el mismo reo con el mas insultante y cínico descaro, se procedió á nuevo reconocimiento de las ropas que en el acto vestia la Reina, del cual ya hemos dicho el resultado, prestando tambien los facultativos de cámara inmediatamente su declaracion; manifestando bajo un contesto, en aquella diligencia, que estendió por su mano el señor Drument, que la herida era grave, al menos por lo delicado del sitio en que habia sido inferida y por la clase de instrumento penetrante y cortante de que el asesino se habia valido.

Para la completa instruccion, faltaba el reconocimiento del puñal por maestros armeros, lo cual verificóse, declarando éstos que era un arma de uso prohibido á toda clase de personas.

Tambien reconocióse la habitacion del encausado presbítero, en la calle del Arco del Triunfo, núm. 2, cuarto 2.º

Esta diligencia la practicó el Sr. Gobernador de la provincia, D. Melchór Ordoñez, asistido del comisario D. Tomás Fábregas y Medina.

La casa del regicida, como ya vimos al principio, ofrecia un pobre y miserable aspecto.

En los cajones de la mesa, se hallaron, un cachorrillo, unos perdigones y balines, y un libro en blanco con algunas hojas escritas donde estaban consignados varios apuntes sin importancia.

Tambien se encontraron diferentes ejemplares del periódico que antes se habia publicado en Madrid con el título de *El Espectador*.

El regicida, mientras todo esto ocurría, continuaba preso en palacio, sin mostrar el menor abatimiento, aun despues de haber tenido suficiente tiempo para recapacitar las consecuencias de su horrible crimen.

Por el contrario; con ademan resuelto, las palabras un tanto desenvueltas con que contestaba á ciertas preguntas, el aire de desprecio que manifestaba á los que desde fuera de la habitacion podian mirarle á través de las rejas, todas sus acciones, en fin, indicaban, que, bajo aquel trage propio de la mansedumbre y la virtud, se ocultaban un alma estraña á todo sentimiento de humanidad y un corazon lleno de perfidia.

A las nueve de aquella misma noche fueron al alcázar á buscarle, haciéndole entrar en una berlina de alquiler que esperaba á la puerta, escoltado por la guardia civil, y acompañado por el oficial de la misma, con objeto de conducirle á la cárcel del Saladero.

sangrienta de sí mismo y del patíbulo, que decía ver ya delante de sus ojos.

—«Que le levanten bien alto, decía, para que todo el mundo lo vea bien.»

Ustedes verán lo que es un hombre que sabe morir con valor.

Añadió, que no tenía procurador ni abogado que le defendiera, y en tal concepto, el tribunal dispuso que se le nombrara uno de oficio.

Recayó el nombramiento de procurador en D. Pascasio Lorrio y el de abogado en el joven D. Julian Urquiola, que eran los que se hallaban en riguroso turno.

Concedióse al abogado el término improrogable de seis horas para hacer la defensa del reo y proponer toda la prueba que creyese conducente.

El letrado se constituyó inmediatamente en la cárcel Saladero y pasó á ver al regicida, que se hallaba en el mismo estado de impasibilidad que desde un principio.

Habló con él largamente, pidiéndole cuenta de su atentado y tratando de investigar cuáles habían sido los móviles que le impulsaron á tan infame crimen, por ver si descubría alguna circunstancia que pudiera atenuarlo.

El reo, insensible á las exhortaciones del defensor, dió en esta entrevista la última prueba de sus perversos instintos, de su horrible impenitencia.

Estuvo frío, indiferente, hasta con la única persona que, por deber, ya que no por inclinación y sentimiento, iba á prestarle protección y amparo.

El defensor tuvo, pues, que limitarse á sus propios recursos, viendo que el procesado le decía que no necesitaba defensa alguna.

Es muy notable en este punto la manifestacion espontánea hecha por el reo á su abogado defensor, de que no acudiese al recurso, ya muy gastado, de suponerle demente, para atenuar su delito, pues le ofendría.

—Si V. alega que estoy loco, dijo, yo me encargaré de desmentirlo.

El procurador devolvió la causa á las seis horas prefijadas con el escrito de defensa.

Eran próximamente las cuatro de la tarde del dia 3.

El defensor del reo manifestó en el escrito que el horrendo crimen de que se trataba era por desgracia un hecho positivo, así como que el presbítero Martin Merino habia sido su autor; espuso, no obstante, que las circunstancias del suceso, lo monstruoso del crimen mismo, el ningun resentimiento del delincuente con la augusta señora á quien habia herido, la avanzada edad del regicida y su carácter sacerdotal, podian tal vez infundir la duda de que aquel hombre estuviese enagenado de sus facultades mentales al cometer el atentado, por mas que él dijese lo contrario: pudiendo ser acaso esta misma negativa una prueba de la perturbacion de sus sentidos.

En su consecuencia, pidió que, resultando cierto este extremo, se le declarase libre de responsabilidad conforme el párrafo primero del artículo 8.º del Código penal, y pidió, por medio de otrosí, que se recibiera á prueba la causa, reconociéndose al procesado por dos facultativos, quienes declarasen si juzgaban que el presbítero Merino estaba en el cabal uso de sus facultades intelectuales.

A las cuatro y media se recibió la causa á prueba, segun el abogado pedia, por término de una hora para practicar el espresado reconocimiento facultativo, y cerca de

las seis comenzó la vista pública en el salon de declaraciones de la cárcel del Saladero, sitio que eligió el señor Auriolos para evitar la agitacion que pudiera haber producido, si aquel acto hubiera tenido efecto en otro lugar mas céntrico.

El afan principal del público consistia en fijar sus indignados ojos sobre la fisonomía del regicida; pero éste no quiso asistir á la vista, segun manifestó al juez, que subió al calabozo con el fiscal á participarle la próxima celebracion del acto, por si queria concurrir á él.

Contestó que nó, y segun se asegura por algunos, parece ser que, habiendo sabido que S. M. se encontraba fuera de peligro y muy aliviada de la herida, manifestó cierto abatimiento y pesar.

Dióse, pues, principio al acto de la vista, habiendo penetrado en el salon cuantas personas cabian en él.

A continuacion de la lectura de los documentos, tomó la palabra el señor promotor fiscal, Sanchez Milla, trazando un breve cuanto interesante y patético cuadro del suceso; pintando con vivos aunque lijeros rasgos la enormidad del crimen y los horrores y calamidades que hubieran caido sobre la infeliz España, si el infame regicida hubiera logrado el fin horrendo que se proponia y reprodujo en su informe la peticion del último suplicio contra el reo cuya causa se veia.

Difícil y espinosa en extremo, era, como nuestros lectores comprenderán, la posicion del patrono del reo, al tener que hacer su defensa.

Dió, sin embargo, principio á ella, manifestando el doloroso sacrificio que le costaba el cumplir en aquellos momentos el triste deber que se le habia impuesto.

Espuso diferentes consideraciones tomadas de las extraordinarias y portentosas circunstancias del hecho y que ya hemos enumerado en otro lugar, para venir á inferir que, quien así obraba, no podia estar en el cabal uso de sus dotes mentales; que no habia procedido con libertad, y por consiguiente, debia declarársele exento de responsabilidad para no esponer á la justicia á que, acaso sin quererlo, condujera al patíbulo, en vez de un sér racional, un instrumento tan ciego é inerte como el puñal mismo con que se habia perpetrado el crimen.

Concluido que fué el discurso del defensor, pidió el promotor fiscal que se leyera la certificacion de los profesores de medicina y cirujía que habian practicado, por vía de prueba, el reconocimiento del presbítero Merino.

En ella manifestaban los facultativos, de comun acuerdo, que despues de haber observado y examinado al reo y oídole además en otros asuntos, observaron su recto juicio y la perfecta coherencia y enlace que guardaban todas sus ideas y racionios.

Leido este documento, que produjo en el público una profunda sensacion, terminó el acto y quedó el salon despejado.

Eran cerca de las siete de la noche.

Despues de un breve rato, vióse salir del salon al señor juez seguido del promotor fiscal y del escribano, que pasaron al calabozo del reo, donde aguardaba éste la fatal noticia.

El juez habia dictado sentencia de muerte contra el *fraile secularizado D. Martín Merino*, y la ley iba á llenar con el reo su ministerio: ministerio imponente y pavoroso para el hombre que, aunque criminal y perverso, conserva en sus entrañas algun instinto de humanidad.

La escena de la notificación fué tan aterradora para los que cumplieron al hacérsela con el triste deber de su oficio, como indiferente para el hombre que figuraba ser en ella la víctima expiatoria del crimen.

Oyóla Merino con torvo ceño y cínica impasibilidad.

Terminada la lectura, manifestó que no le había sorprendido dicha sentencia; —«*Y solo siento ahora, dijo, el no haber presenciado el acto de la vista pública: allí hubiera pedido que se me alzara un alto y soberbio cadalso, desde donde me viera bien todo el mundo.*»

Estas palabras ya las había espresado en otra ocasión, como nuestros lectores recordarán.

También manifestó que no temía á la muerte, y que teniendo ya 63 años, no era su existencia sino *una hoja seca que se caía de un árbol.*

Estendido inmediatamente el oficio de remisión de la causa á la Audiencia, en consulta de la sentencia de muerte, según está mandado, á las ocho de la misma noche se hallaba ya en poder del regente.

Concluido el proceso en segunda instancia, señalóse para vista el día 5 á las diez de la mañana.

El tribunal quiso guardar el debido respeto á las fórmulas legales, y así es que dispuso que trascurriese el término de las veinte y cuatro horas, que á lo menos debe concederse en estas causas, á pesar de la ansiedad é impaciencia del público.

En tanto que transcurre el plazo indicado veamos lo que hacía el regicida.

A la misma hora que se remitía su causa á la Audiencia, que era á las 8 de la noche del día 3, rogó el reo hiciesen llamar á los señores Arrazola, presidente del Tribu-

nal supremo de Gracia y Justicia, y al señor Huet, fiscal del mismo, que, comisionados de real orden, aquella misma mañana habian pasado en el acto á la cárcel, con objeto de averiguar cuanto posible les fuera acerca de las causas, fines y cómplices que Merino pudiera tener en el enorme atentado del dia 2.

Acudió en seguida el señor Arrazola, y despues de haber permanecido una hora en su compañía, sin que en esta entrevista, ni en la que ya habian tenido por la mañana, ni en la que se verificó al dia siguiente, pudiera conseguir dicho señor, como tampoco el señor Huet, otra cosa mas que oír al reo afirmarse mas y mas en que no tenia cómplices, cosa que aseguraba, añadiendo con increíble arrogancia, *que era demasiado soberbio para convertirse en instrumento de nadie, ni menos servir á estrañas miras.*

Segun él mismo se espresó en el trascurso de estas conferencias, desde los primeros años de su vida y cuando estaba en el convento, se dedicó mas que á la lectura de libros propios de su estado, á la de obras que por aquel entonces corrian con mas voga entre las gentes; pasó despues una gran parte de su vida en Francia, como ya sabemos, y continuó con la misma aficion, como lo demostraron siempre las repetidas citas que hizo á los señores comisionados, de los autores clásicos, griegos y latinos, y de los filósofos y mitológicos, añadiendo tambien, que *le cuadraba perfectamente la pintura que Juvenal hace del vicio, en su sátira décima, pues lleno de achaques y sin vínculos de afecto en el mundo, de todo se aburría y aborrecía á todos.*

Desde que llegó á la cárcel, se impuso tambien una dieta rigurosa, pues la gran escitacion física y moral que le aquejaba lo exigía así, persistiendo siempre fuerte y enér-



gico en sus contestaciones, consecuentes todas, en que solo él, por su absoluta é independiente voluntad, habia sido el autor del crimen que estaba pronto á expiar.

Los señores Arrazola y Huet se apartaron de su lado el dia 4, sin haber conseguido mas que en sus anteriores visitas.

El regicida dijo á aquel, que queria entregarle un pliego cerrado, que contenia su testamento y cuyo ejecutor le nombraba, manifestándole además el sitio en que tenia 60 onzas de oro y que era entre la tierra de una maceta que estaba en el balcon de su casa y de cuya cantidad se habia de hacer distribucion, entre su criada Dominga Castellanos y una parienta que dijo tener en Arnedo, su pueblo natal.

El señor Arrazola se negó á admitir ningun encargo, añadiendo, que sin órden espresa del gobierno no podia acceder á sus deseos.

Despidióse despues de esto el señor Arrazola, y nosotros saldremos tambien con él, abandonando al regicida para ocuparnos un momento de la víctima.

El estado de su salud ofrecia á cada momento nuevas esperanzas de que por completo se restableciese.

En la madrugada del mismo dia 4, en que hemos visto al señor Arrazola hacer la tercera visita al reo, hubo un momento de angustiosa é indescriptible desconfianza en palacio.

La paciente, habia pasado una noche desasosegada é incómoda, por efecto de sensaciones nerviosas que pudieran haber sido origen de alguna perniciosa complicacion.

El parte de los facultativos, dado á las 5 de la mañana, no era nada satisfactorio.

S. M. fué trasladada de la cama provisional á la ordi-

naria, y se le continuaron los cuidados que siempre fueron esmeradísimos.

El parte dado á las once ya revelaba cierta satisfaccion en los médicos de cámara.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo dia, la enferma se hallaba totalmente fuera de peligro y no sufría ni parecía acordarse de cuanto habia sufrido.

La fisonomía de Madrid cambió visiblemente y la alarma de por la mañana se convirtió por la tarde en esperanza, en creencia, y, por fin, en absoluta seguridad.

Acudamos ahora á presenciar la vista de la causa en la Audiencia territorial, que, como hemos dicho, estaba anunciada para el dia siguiente y hora de las diez de la mañana.

Desde las ocho, un gentío inmenso ocupaba las galerías de la Audiencia.

A las diez menos cuarto se abrieron las puertas de la sala en donde estaba constituido el Tribunal, presidido por el señor Govantes y compuesto además por los señores Fernandez Baeza, Aynat, marqués de Morante y Marquez.

El defensor del reo y el fiscal ocupaban sus respectivos puestos.

Despues de leídos por el relator los procedimientos seguidos en la causa, y que ya conocen nuestros lectores, despues de dada cuenta del interrogatorio que hemos trasladado en otro lugar, dijo el señor Regente: «El defensor del reo tiene que hablar primero, porque el fiscal sostiene la sentencia del inferior.»

Entonces, levantóse de su asiento el señor D. Julian Urquiola, que era como sabemos el abogado encargado por turno de la defensa, y con voz conmovida en un principio,

pero serena y apacible despues, comenzó su discurso en medio de un sepulcral silencio y de la mas extraordinaria atencion por parte del auditorio, en los siguientes términos:

«Al presentarme, Excelentísimo Señor, en este honroso puesto, no se me oculta la dificil posicion en que me encuentro y que conocen todos.

Yo vengo á defender un cadáver, porque un cadáver será dentro de poco el acusado D. Martin Merino; pero la suerte me ha designado para defenderle, y en cumplimiento del imperioso deber que me impone, vengo á hacer presentes algunas consideraciones que en mi humilde opinion no carecen de importancia y que merecen ocupar la atencion de V. E.

Inútil es, como he dicho en mis escritos, detenerme en reflexiones sobre el hecho y su completa prueba.

En ella encontraremos todos los antecedentes para deducir que en el régio alcázar se ha cometido un crimen horrendo, crimen contra el cual se sublevaron la razon y la conciencia públicas, crimen que rechaza con indignacion el sentimiento de todos los españoles.

Probado el hecho y comprendida su enormidad, no queda otra averiguacion que hacer que la de apreciar el estado moral del acusado, para deducir si el hecho puede serle imputable, ó si ha obrado en un estravío de su razon, impulsado por móviles mas poderosos que le hayan impedido el libre ejercicio de su voluntad.

Para hacer esta apreciacion, preciso es considerar al acusado en tres épocas; antes de cometer el atentado, en el momento de cometerle, y despues de cometerle, sin olvidar tampoco los antecedentes que acerca de su vida nos presenta el proceso.

Se trata, Excmo. Señor, de un hombre que ha estado casi siempre envuelto en nuestras contiendas políticas; le vemos en las diversas fases de su vida, *fraile*, *guerrillero*, *esclaustrado*; le vemos alimentar su espíritu con la lectura de obras políticas, y de ello hay una prueba en el proceso, que demuestra que alimentaba su imaginacion con esta clase de lecturas; consta, por la confesion, que en las altas horas de la noche se dedicaba á leer; le vemos asimismo alejado de todo trato social, viviendo aislado, sin trato ni comunicacion con nadie.

Su criada nos revela que la única persona que solia presentarse en su casa, y no con frecuencia, era el cura de san Justo, que es uno de los testigos que declaran en la causa.

Vemos en este hombre un hastío marcado á la vida, un ódio inestinguible á la sociedad; manifestándonos en sus declaraciones, que este ódio no tiene un objeto determinado, que tan pronto se dirigia contra el general Narvaez, como contra S. M. la Reina Madre, como contra S. M. la Reina doña Isabel II, y hasta contra todo el mundo: en una de sus declaraciones nos dice que habia comprado el puñal con ánimo de atentar á la vida de cualquiera de estas tres personas.

Hallamos una verdadera aberracion, ateniéndonos á sus declaraciones, puesto que dice que suspendió el atentar á la vida de S. M. porque, aunque declarada mayor de edad, no lo era tal en su concepto, presentando como único obstáculo para cometer un crimen horrendo y que en este momento ocupa la atencion del tribunal, una razon que no puede considerarse sino como un dato del estado de su cerebro.

Considerado este hombre en los momentos inmediatos

al de la perpetracion del delito, notamos que se entregaba á sus ocupaciones ordinarias; que asiste á la parroquia de San Justo, donde celebraba el santo sacrificio de la misa, que en seguida regresa á su casa, entrega á su criada una vela y se despide diciendo que va á asistir á la ceremonia del dia.

En todos estos actos, no ha manifestado en su ademan, ni en sus palabras la menor alteracion.

Si pasamos á considerarle en el momento de la ejecucion, vemos que nada le arredra; ni lo sagrado del sitio, ni lo solemne del acto, ni la seguridad de una muerte instantánea.

En la perpetracion de crímenes de esta especie, Excelentísimo Señor, hay siempre un momento en que, desvanecida la primera impresion, el ánimo decae, faltan las fuerzas físicas y morales y llega el abatimiento y la prostracion, ya por efecto del remordimiento, ya por miedo al castigo cierto é inevitable.

Nada de esto acontece al procesado Martin Merino.

Lejos de presentarse á nuestros ojos de esta manera, se muestra ufano de su obra, exclamando, segun uno de los testigos: «*Muerta es,*» y en el momento en que pugnan por cojerle, se le vé, segun uno de los testigos, volverse y preguntar:—¿Qué hace V? D. Martin Merino, no da la menor señal de arrepentimiento, se muestra impasible, y cuando pasadas algunas horas, conoce lo terrible de la situacion en que se encuentra, léjos de temer la muerte, la desprecia, la invoca y hasta desecha la idea del indulto, como si en su posicion desgraciada le fuera posible obtenerle.

¿Puede deducirse, en virtud de estos antecedentes, que haya en estos hechos algun resto de sentido comun?

En caso de que le concedamos algun pensamiento racional, ¿podrá ser otro que el hastío de la vida y la consumacion de un suicidio, que, no atreviéndose á intentarlo por su propia mano, quiere que venga á consumarlo la de la justicia?

Bien se le considere en un caso, bien en otro, podrá decirse que se presentó con todos los caractéres y circunstancias de un insensato.

Y esta deducccion, no la hace solo el letrado que tiene el honor de hablar al tribunal; consta en las apreciaciones del fiscal y en su acusacion, y por eso, penetrado el defensor del conocimiento de que D. Martin Merino está muy léjos de hallarse en su cabal juicio, pidió, por via de prueba, que dos facultativos de reconocida reputacion y de los mas caracterizados de esta córte examinasen al acusado y certificasen de su estado moral, porque está toda la averiguacion en la responsabilidad del hecho, toda vez que este resulta plenamente probado.

El juzgado acordó que la causa se recibiese á prueba por término de media hora, y que en vez de verificar el exámen y reconocimiento del acusado las dos personas que se indicaban en el escrito de defensa, lo verificasen los facultativos de la cárcel; personas á quienes no es mi ánimo lastimar, pero que no son las mas competentes para el caso.

Estos dos facultativos examinaron al procesado y declararon que, por el exámen que de él habian hecho, por la coherencia que advirtieron en sus respuestas á las preguntas que le dirigieron, creian que D. Martin Merino se encontraba en su estado normal, sin presentar síntoma alguno de demencia.

Este es el dictámen de los facultativos; pero yo pregun-

taria, Excmo. Señor, ¿es este un dato bastante fuerte, es una prueba bastante eficaz, puede deducirse de ese exámen que no padece el acusado enajenacion mental?

¿Cuál es el dato que presenta?

Que ha habido coherencia en sus dias, que ha contestado con analogía á lo que se le preguntaba.

¿Y es este un dato suficiente para semejante deducccion?

Sabido es que no solo tratándose de una manía sino de un grado mas intenso de locura, todos los dementes tienen sus intérvalos en los cuales, el ojo mas perspicaz, no acertaria á comprender su estado, porque hay analogía en sus contestaciones y lucidez en sus ideas. ¿Y esta consideracion no resalta mas en el caso presente, cuando se trata de un hombre cuyos antecedentes no conocen los facultativos, los cuales no tienen tampoco ningun dato del proceso?

Sí, pues, la apreciacion del estado moral del acusado no se ha hecho con las circunstancias que pueden hacerla eficaz y solemne, dicho se está que resta por decidir el punto principal del proceso, la apreciacion del estado moral del individuo, único punto que puede resolver la cuestion.

En el momento en que V. E. ha negado la admision de la prueba, sin duda porque ha considerado bastante eficaz la practicada en primera instancia, se deduce que el dictámen de los facultativos resuelve la cuestion que D. Martin Merino está en el uso de todas sus potencias y es responsable del delito de que se le acusa.

Si esto resultara justificado sin? objecion alguna ¿qué hacer contra ese dictámen? su insistencia seria inútil.

Pero hay, Excmo. señor, mas altas consideraciones en el caso presente.

Se trata de un crimen de que por primera vez en tantos

siglos se oye hablar en los tribunales españoles, el primer ejemplo de esta especie que registran los anales de la historia de España; se trata de un hecho que, á nuestro pesar, arroja una mancha sobre la hidalguía y proverbial lealtad de nuestro pueblo.

Al decidir V. E. esta causa, al fallar que Merino ha cometido el delito en el uso completo de sus potencias, V. E. va á sancionar que en España ha habido un regicida.

Sancionado que esto sea, echamos sobre España un borron que no tuvo hasta hoy.

Estas consideraciones son de bastante importancia para dejar que pasen desapercibidas.

El tribunal tendrá noticia, como la tenemos todos, de que las primeras palabras que pronunció la Reina despues de consumado el crimen, fueron, espresar la duda de que hubiese un español capáz de atentar contra su vida, porque no creia á ninguno, cualquiera que fuese su opinion política, capáz de semejante crimen.

Aquí no se trata solamente de castigar un delito, delito horrendo que la hidalguía española no concibe, se trata de consignar un hecho en la historia, y un hecho que afecta al buen nombre de nuestra nacion.

Por eso decia yo que venia, nó á defender á don Martin Merino sino la honra de los españoles, á evitar que caiga sobre nuestra historia un borron de que hasta ahora no ha habido ejemplo.

Por eso mi insistencia en que el reconocimiento fuera mas ámplio, y que los dos facultativos, verdaderas especialidades en la materia, de los mas caracterizados en la opinion hubiesen hecho este exámen detenidamente y apreciado el verdadero estado moral del individuo.



En un hecho de esta naturaleza nunca está demás el detenimiento.

Cuanto mas grave es el hecho, con mas mesura y mas circunspeccion debe procederse.

Hay una diferencia inmensa entre detener la accion de los tribunales y procurar que recaiga sobre hechos fijos, bien determinados y debidamente apreciados.

Comprendiendo esto mismo, y no por un alarde de defensa, no por apelar á recursos gastados, no por decir algo, sino porque la cuestion merece examinarse antes de emitir el fallo, por eso he pedido que se practicasen reconocimientos en una forma solemne, para que el resultado fuese mas autorizado, como debido á personas mas competentes.

Tenga presente el tribunal, que de esta apreciacion nace un fallo; tenga presente el dilema que se va á establecer, si á la vez que se castiga un delito horrendo, se consigna una cosa que nos lastima á todos, porque ofende al carácter español.

Hechas estas observaciones, que he creido que estaba en el caso de presentar en cumplimiento del deber que la suerte me ha impuesto, no precisamente por defender al acusado, porque ya he dicho que no quiere defensa y que le es indiferente morir; que solo quiere purgar su delito porque dice, que *no hay razon que pueda disculparle*; yo ruego al tribunal que al fallar prescinda del acusado.

Un hombre supone poco ante consideraciones mas altas: que juzgue la estension de este fallo lo que la historia dirá de él.

Yo deseo vivamente que conste que solo he venido aquí para hacerme eco de estos sentimientos y de las ideas de indignacion del pueblo, que rebosa en todos los corazones.

Sírvase V. E. tener presente cuanto acabo de decir, y convénzase de que solo he venido á cumplir con un deber á que me ha obligado la honrosa profesion que ejerzo.

Téngase por hecha la defensa y falle V. E. con arreglo á justicia.»

Terminado este discurso, que fué oído con religiosa atencion por la numerosa concurrencia que llenaba los ámbitos de la sala, levantóse el fiscal de S. M., señor Villar, y apoyando la acusacion, pronunció el que trasmitimos tambien, para que nuestros lectores conozcan los dos documentos mas interesantes de este notabilísimo proceso.

El señor Villar se espresó en estos términos :

«El fiscal de S. M. quisiera, en esta ocasion grave y solemne, ser tan breve y al mismo tiempo tan severo como lo exigen la impaciencia pública y la importancia del proceso.

Empezaré examinando éste y dando, en lo que la tiene, la razon al defensor del reo, que ha demostrado : 1.º, que hay motivo para sospechar que el presbítero don Martin Merino está loco; 2.º, para dudar del estado de su razon, y 3.º, para hacer entender á la sala la conveniencia de suspender el fallo, hasta tanto que conste de una manera indudable el estado de razon en que se encuentra.

El fiscal de S. M. está por fortuna de acuerdo en cierto modo y hasta cierto punto con el defensor del reo.

Es verdad que el crimen del dia 2 de febrero, de ese dia de oprobio para la nacion española, que atenta á la primera de sus tradiciones, como dice la Ley de Partida, que ese crimen es imposible pueda perpetrarle un hombre sin que en el momento de cometerle le falte el juicio.

No se concibe que un ministro de Jesucristo, sexage-

nario ya, saliera de su casa á las nueve de la mañana, que celebrase el santo sacrificio de la misa en la parroquia de San Justo, que despues, acompañara la procesion de las candelas y que volviera á su casa, sin que ni el cura, ni su criada, advirtieran alteracion alguna, y que luego marchara á Palacio tranquilo y sereno, se colocara en un sitio á propósito para su objeto, meditándolo con sangre fria, y que allí esperase á que S. M. saliera de la real capilla, á donde habia ido á dar gracias al Todopoderoso por el grande beneficio que acababa de dispensarla.

No se concibe, repito, que fuese á esperarla allí, con sangre fria y corazon sereno, un ministro de Jesucristo, y que al acercarse á S. M., se inclinase hácia ella con humildad fingida y refinada hipocresía, no para pedirle alguna gracia, sino para clavarle un puñal asesino, haciéndole dos heridas de un golpe, y que todavía al caer S. M. sobre el aya de la princesa, intentara secundar el golpe, como lo intentó Merino, aunque no pudo realizarlo, porque dos leales servidores lo impidieron y le arrestaron.

Es cierto que este crimen, que por sus circunstancias puede decirse que es el primero de que han conocido los tribunales españoles, este crimen ¿ha podido cometerse sin que se suponga que ese presbítero, en el momento de consumarlo y llevarlo á cabo, no obraba con su completo juicio?

Para atentar á la vida de una señora, sin motivo de queja ni de resentimiento y en una ocasion tan solemne y en la régia morada, para esto se necesita que ese hombre obre con falta de juicio y en este concepto, el fiscal está conforme con el abogado defensor, en la aceptacion lata, en la aceptacion moral de la palabra *locura*.

El fiscal no tiene reparo en confesarlo, Merino es un loco, pero un loco como lo son todos los criminales; loco por voluntad, loco por perversidad.

¿Es posible, por ventura, cometer un crimen, perpetrar algun delito, obrar mal simplemente, sino con falta de juicio?

Nó; es preciso, para cometer una accion tan infame, olvidarse de la razon, desentenderse de sus consejos, desoir los gritos de la conciencia, obrar, en una palabra, por falta de juicio.

Así obró el presbítero Merino.

En ese concepto fué loco, como lo son todos los criminales; y fué loco, porque, para cometer un crimen tan espantoso, es preciso ser un mónstruo.

¿Loco el presbítero Merino?

Nó, ¿con qué motivo?

¿Qué datos hay en el proceso para suponerlo, ni mucho menos para asegurarlo?

Sus antecedentes, se ha dicho.

¿Cuáles son los antecedentes en que se funda esa suposicion?

Metióse de jóven en una casa de San Francisco, y San Francisco le adoptó por hijo, y le educó, y apenas supo gobernarse por sí, abandonó la casa, y renegó de su padre y de su religion.

Despues, ha dicho que tomó parte en la accion del 7 de julio de 1822: pero no tomó parte en ese acontecimiento como un hombre liberal, nó.

No es un liberal don Martin Merino, que no tiene apego á ninguna forma de gobierno.

Tomó parte en este acontecimiento como un hombre

sanguinario, sediento de sangre y por el gusto de derramarla.

Estos son los antecedentes de don Martin Merino.

La enormidad del crimen, se dice.

La enormidad del crimen prueba una grande maldad; prueba que el procesado es capaz de cometer el mas grave, el mas espantoso de todos los crímenes conocidos.

Ese hombre, se ha dicho, es hombre de malas ideas.

¿Y quién es responsable de que su mente se haya perturbado con esas ideas venenosas que han alimentado su carácter y estragado su alma?

¿Quién?

El hombre que, por satisfacer sus pasiones, ó por lisonjearlas, ha ido á beber en las fuentes mas impuras, esas doctrinas de que están llenos los libros que se le han encontrado.

Si ellas han perturbado su mente á sabiendas, él es único responsable.

No muestra arrepentimiento, y de aquí debe inferirse, dice el defensor, que ese hombre ha perdido la cabeza; no muestra arrepentimiento, porque ha premeditado el crimen muchos años hace; porque ha premeditado su fin y su suerte, porque ha ambicionado la fama del mas alto criminal que ha habido en España.

Que estaba hastiado de la vida.

¿Y qué le habia sucedido?

Que habia sufrido algunas desgracias y le habian ocasionado algunos disgustos; que habia tenido algunos desengaños!...

Eso es todo lo que dice el presbítero Merino.

¡Y qué! ¿un sacerdote, un ministro del crucificado, se hastía de la vida por tan pequeño motivo?

¿Se hástia de la vida por lo que á todos los hombres sucede? ¿Ignora acaso que todos los humanos han venido á este valle de lágrimas para llorar y sufrir?

Que le sucedieron desgracias, que no constan en el proceso; pero dándolas por supuestas, ¿era este un motivo para sublevarse contra todo el género humano?

¿Era una razon para concebir, como dice que concibió, ódio y aversion al linaje humano? Que le robaron, añade, que le estafaron, que no halló proteccion en las autoridades, y sin otra razon, concibió ódio á toda forma de gobierno, á toda autoridad.

Le robaron y le estafaron, perdió algunos bienes de fortuna, y en lugar de decir, ese ministro de un Dios que nació y murió en la pobreza, en lugar de decir con Job, *Deus dedit Deus abstulit*, se revela contra Dios y contra el principio de autoridad, olvidándose de que en este mundo, como Abraham en la tierra de Canaán, no tenia derecho mas que á la sepultura.

¿Dónde están los antecedentes, los motivos, el mas leve indicio de que Martin Merino estuviera loco? ¿Dónde está?

El cura de san Justo, único que al parecer le trataba, ha declarado que es un hombre de razon completa.

Su criada le snpone con juicio cabal; dos facultativos de crédito, designados por el juzgado del inferior, despues de haberle reconocido dos veces y de haber conferenciado con el procesado, no han vacilado un momento en decir que le han hallado en su recto y cabal juicio, que no tiene síntomas de ningun padecimiento que pueda menoscabar sus facultades intelectuales.

¿Dónde están, pues, los fundamentos, los datos, la ra-

zon legal, para suponerle loco y demente, aplicándose el artículo 8.º del código? ¿Dónde están?

Hay grande riesgo, se dice, en llevar al patíbulo á un hombre sin que la sala esté bien segura de su estado moral.

¿Y no lo está?

¿Se suspenderá el procedimiento, se suspenderá la causa, dejará de castigar el crimen indefinidamente, hasta que el abogado defensor, ó uno ó dos médicos digan que no pueden asegurar si está en su cabal juicio, ó no, lo está?

La sala ha procedido con acierto y ha hecho perfectamente en desestimar el nuevo procedimiento que se ha solicitado en este instante, porque no tenia objeto, porque á nada podia conducir, porque no se fundaba mas que en una suposicion, y una suposicion gratuita, destituida de todo linaje de fundamento, que no puede servir para practicar una prueba y exigir un reconocimiento.

No hay pues ningun medio de esculpacion para el procesado; su causa no tiene defensa, y la sala, sin temor ninguno, y sin necesidad de detenerse, puede desde luego dictar su fallo.

Las investigaciones han sido completas, tan acabadas como pueden desearse y como lo exige el interés de la sociedad.

Las formas del procedimiento se han abreviado, es verdad, pero sin perjudicar al reo y acordándole toda la proteccion que la compasion y la humanidad exijan.

El crimen está comprobado perfectamente en los autos; el criminal está identificado; pero infragante delito, con el arma aleve y ensangrentada en la mano, lo ha confesado; por otra parte, está convicto por las declaraciones de diez testigos presenciales, mayores de toda escepcion.

La calificación del delito no puede ofrecer ninguna duda.

Felizmente, el regicidio puede asegurarse ya que no se consumará.

La Divina Próvidencia no ha permitido que se consuma, y puede asegurarse que ya queda frustrado; así como el fiscal tiene la satisfacción de poder anunciar en este momento que S. M. recobrará su buena salud, tan bien y tan cumplidamente como lo desean todos los leales españoles, todos, sin escepcion de opiniones.

Don Martin Merino no es un español, y si es un español, no es un hombre, es un tigre con forma humana, es un tigre con hábitos clericales; es una furia, y una furia enemiga de la España, que se ha escapado del Averno.

El regicidio ha quedado frustrado, pero el artículo 160 del Código impone la pena de muerte á los autores de tentativa de este delito.

Por manera, que si hubiera mayor pena que la impuesta por el juez de primera instancia, debiera sufrir la mayor, y mas aun por la circunstancia atroz con que perpetró el crimen; por las circunstancias del dia, del sitio, de la ocasion; por la debilidad del sexo á que la víctima pertenece; por las consecuencias que hubiera tenido el atentado, si se hubiera consumado, y por todas las condiciones del culpable.

Pero ¿á qué fin ocuparme de las circunstancias que pudieran agravar el atentado?

Seria perder un tiempo precioso, y el fiscal va á concluir.

En cumplimiento de su deber, pide que la sala confirme sin alteracion, la sentencia consultada por el juez de



primera instancia de palacio, y la mande ejecutar inmediatamente.

A la lealtad española ultrajada, al honor del clero español manchado, á la tranquilidad pública interesa é importa que caiga la cabeza de ese sacerdote indigno, que tan alto ha levantado la cátedra de crimen para predicarle con su ejemplo, y que con él desaparezca de la faz de la tierra, esta torre de escándalo y de oprobio.»

Inmediatamente que concluyó de hablar el Sr. Villar, el regente dió por vista la causa y dispuso que los concurrentes despejasen la sala, á fin de que el tribunal pudiera proceder á dictar su fallo.

Serian las doce en aquel momento; el auditorio aguardó en los corredores la publicacion de la sentencia, que tuvo lugar á las tres y cuarto, siendo conforme de toda conformidad con la del inferior, y que se reducía á condenar al presbítero D. Manuel Martin Merino á la pena de muerte, en garrote, con las circunstancias de regicida; esto es, debiéndosele conducir al patíbulo con hopa amarilla y birrete del mismo color, una y otro con manchas encarnadas, segun previene el artículo 81 del Código penal; precediendo la degradacion legal y habiendo de ejecutarse la sentencia en los afueras de la puerta de Santa Bárbara.

A la notificacion de esta sentencia, debia preceder un acto imponente y terrible, el de la degradacion del regicida: veamos de qué manera se llevó á efecto este acto, que sin duda, en sus detalles, será nuevo para nuestros lectores.

Serian las dos y media de la tarde de aquel mismo dia y una inmensa concurrencia ocupaba todas las inmediaciones del Saladero, además de que la sala donde debia ce-

lebrarse aquel acto, estaba atestada por un inmenso gentío; en esta pieza, cuyos balcones dan vista á la subida de Santa Bárbara, se colocó un tablado ó tarima en el que se habia puesto el altar y demas cosas necesarias para el caso, como son: un crucifijo, misal, cáliz y candeleros.

La sentencia de muerte contra el regicida, que aunque publicada mas tarde se habia dictado á la una, se remitió al cardenal arzobispo de Toledo, para que ejecutase la degradacion del reo.

El Ilmo. Sr. obispo de Málaga, comisionado al intento por dicho Emmo. cardenal arzobispo, se trasladó á la cárcel con los asistentes nombrados, que lo fueron, D. Benito Torcelledo, obispo electo de Astorga; D. Telmo Mazeira, que lo era asimismo de Coria; D. Ramon Durán de Corps arcipreste de la Santa Iglesia metropolitana de Toledo; D. Celestino Mier y Alonso, chantre de la misma Iglesia; D. Miguel Sainz Pardo, capellan mayor de los muzárabes de dicha metropolitana y D. Antonio Aguado y Lopez, canónigo de la catedral de Córdoba, capellan de honor y secretario del Emmo. Señor cardenal arzobispo de Toledo.

Además de estos prelados, habian ocupado la parte superior de la sala, separada del público por medio de una barandilla, los gobernadores civil y militar de Madrid; y algunas otras personas de carácter oficial.

Hallándose ya el prelado vestido de medio pontifical, de color encarnado, con mitra puesta y el báculo en la mano sentado de espaldas al altar y de cara al pueblo, que estaba contemplando la terrible ceremonia desde la calle, y desde la sala, los que habian podido penetrar en ella, se presentó el reo acompañado de los ministros de la justicia y de los señores D. Pedro Nolasco Auriolés, y D. Antonio

Sanchez Milla, juez y fiscal de la causa y que debian presenciar la degradacion para hacerse luego entrega de aquel desgraciado.

Aquella misma mañana, habia tenido un fuerte arrebatto el reo al cambiarle el alcaide los grillos por esposas mas ligeras, y temiendo que en el acto de la degradacion pudiese intentar algo, se habian tomado las mas grandes precauciones.

El alcaide llevaba preparada una mordaza: las manos del regicida iban atadas por detrás, y de cada uno de sus piés, pendia una cuerda, que llevaba un granadero.

Así se le vió entrar en la sala y en el momento de hacerlo, firme como siempre, y con una serenidad inconcebible, dirigió una mirada investigadora á todos los circunstancias y al público, que se le presentaba por el balcon.

Todos se sentian afectados en aquel momento, menos él.

—«Tiene V. que vestirse,» le dijeron, señalándole los ornamentos colocados en la mesa de un altar improvisado donde habia un crucifijo con dos velas.

—«¿Y cómo? respondió él, ¿con las manos atadas?...

Entonces se le desataron las muñecas y empezó á vestirse con calma y sin irreverencia, antes bien, murmurando al parecer, las oraciones que al ponerse las sagradas vestiduras rezan los sacerdotes.

Los acólitos le ayudaban y como uno de ellos fuera á ponerle el manípulo en el brazo derecho, le dijo, sin incomodarse:

—*Al brazo izquierdo.*

El amito, la estola, y todo, en fin, fué respetuosamente besado por él, como si fuera á celebrar realmente el santo sacrificio de la misa.

Se acabó de vestir y le mandaron ponerse de rodillas; lo hizo así, pero á bastante distancia del obispo, que se habia colocado en la silla que le estaba preparada, y habiéndole dicho que se acercase mas, lo efectuó, arrastrándose sobre sus rodillas y con tan estraña rapidéz, que puso en alarma al venerable prelado, el cual se levantó instantáneamente, lo mismo que todos los demás que ocupaban la sala; entonces el gobernador de la provincia creyó conveniente colocarse á uno de sus lados, mientras el alcaide lo hacia del otro.

Sin duda no tenia miras hostiles porque se quedó tranquilo; sin cuidarse siquiera de las precauciones que se habian tomado.

Al hincarse de rodillas dirigió de nuevo la vista al público que llenaba la sala, y con la mayor sangre fria, preguntó á los que le rodeaban:

—*¿Es de rúbrica tambien que esos balcones estén abiertos?*

Nadie le respondió, y manifestó su indiferencia encogiéndose de hombros.

Una vez arrodillado, le entregaron el cáliz con vino y agua y la patena con la sagrada hostia.

El prelado le quitó enseguida de las manos ambas cosas, diciendo esta tremenda fórmula, que, con todas las demás que citaremos, están sacadas del pontifical romano.

*Te quitamos, ó mas bien te declaramos privado de la potestad de ofrecer á Dios sacrificio y celebrar misa, tanto por los vivos como por los difuntos.*

El prelado le fué rayando con un cuchillo las yemas de los dedos y diciendo:

*Por medio de esta rasura te arrancamos la potestad de sa-*

*crificar, consagrar y bendecir, que recibiste con la unción de las manos y los dedos.*

Y quitándole la casulla que llevaba puesta, añadió:

*Con harta razon te despojamos de la vestidura sacerdotal, que significa la caridad, ya que tú mismo te despojastes, no solo de la caridad, sino de toda inocencia.*

Al quitarle la estola, dijo tambien:

*Pues cometiste la infamia de echar de tí la señal del Señor, figurada en esta estola, te la quitamos, haciéndote inhábil para ejercer tu oficio sacerdotal.*

Degradado así del sacerdocio, se pasó á la degradacion de las demás órdenes: los asesores le vistieron los distintivos de diácono y le entregaron el libro de los Evangelios: el prelado se lo tomó, diciendo:

*Te quitamos la potestad de leer en la iglesia de Dios el Evangelio, porque esto no corresponde sino á los dignos.*

Al despojarlo de la dalmática:

*Te privamos del orden dalmático, porque en él no cumpliste con tu ministerio.*

Añadiendo al despojarle tambien de la estola:

*Te arrancamos con justicia la cándida estola, que recibiste para llevarla inmaculada en la presencia del Señor, porque no lo hiciste así y te prohibimos todo oficio de diácono.*

En seguida le vistieron las insígnias de subdiácono, y al quitárselas el prelado, le dijo:

*Te quitamos la potestad de leer las epístolas en la Iglesia de Dios, porque te has hecho indigno de semejante ministerio.*

A la dalmática:

*Te desnudamos de la túnica subdiaconal, porque tu corazon ni tu cuerpo están revestidos de aquel casto y santo temor de Dios que permanece eternamente.*

Al manípulo:

*Deja el manípulo, porque no combatiste las asechanzas del enemigo, por medio de las buenas obras que él designa.*

Y al amito:

*Porque no castigaste tu voz, te quitamos el amito.*

Cuando le quitaron la casulla, se le descompusieron un poco los cabellos y él se los arregló enseguida con la mayor calma, así como observó que la sobre-peliz que le ponían no era de primera clase.

Por este orden y con fórmulas parecidas, se le fueron poniendo y quitando todas las demás insignias de los otros cuatro grados menores, para llegar á los de primera tonsura, de que también lo despojaron.

En seguida, el obispo, con unas tijeras, le cortó un poco de pelo, y un peluquero que estaba allí al efecto, continuó la operación para dejarle todo el pelo al igual de la corona, á fin de que esta no se conociera, según previene el ritual; el reo se opuso en un principio, pero habiéndole advertido el prelado que era preciso, se conformó, diciendo sin embargo al peluquero:

*Corte V. poco porque hace frío y no quiero constiparme.*

Mientras tanto, decía el obispo:

*Te arrojamos de la suerte del Señor, como hijo ingrato y borramos de tu cabeza la corona; signo real del sacerdocio, á causa de la maldad de tu conducta.*

En aquellos momentos, viendo el público de la calle que la degradación tocaba á su término, prorumpió en un ¡*viva la Reina!* que llamó la atención del sacerdote degradado, y le inspiró estas palabras, que dijo también con sereno acento:

—Pero ¿por qué no cierran ese balcon?

No lo digo por mí, sino por la solemnidad del acto.

Los sacerdotes que asistían al obispo desnudaron al reo de los demás vestidos clericales que aun tenía puestos, quitándole el alza-cuello, dejándole solo con el pantalon y la chaqueta, en cuyo estado ya, dijo el prelado al juez ordinario y al fiscal:

*Pronunciamos, que al que está presente, despojado y degradado de todo orden y privilegio clerical, lo reciba en su fuero la curia secular; añadiendo enseguida:*

*Señor juez; os ruego con todo el afecto de que somos capaces, que por el amor de Dios, por los sentimientos de piedad y misericordia y por la intercesion de nuestras súplicas, no castiguis á ese con peligro de muerte, ó mutilacion de miembro.*

El reo escuchó estas palabras, que son testuales del ceremonial de la Iglesia, dando muestras de incredulidad: el señor obispo de Málaga, que se hallaba sumamente afectado, notólo y empezó á exhortarle á que no fuera duro de corazon; que tenía los momentos contados; que reconociera sus horrendos crímenes, porque si graves eran los delitos de los hombres, la misericordia de Dios es infinita, y ya que hubiera de recibir el castigo que la justicia le imponía, que hiciera porque el Señor le tocase en el alma, para que, convirtiéndose, se le abrieran las puertas de la celestial morada.

El venerable prelado no pudo continuar y prorumpió en llanto, pero Merino, siempre insensible, contestó:

*—Que me dejen en paz.*

Terminado ya el acto, condujeron al reo á la capilla, y á su entrada se le notificó la sentencia, que oyó arrodillado, sin perder su aire de insultante calma y fria indiferencia.

## CAPITULO XXVI.

La capilla.—El suplicio.

Dos sacerdotes acompañaban á Merino en la capilla y con ellos se puso á conferenciar sobre varias materias, con la mayor regularidad y exactitud.

A las pocas horas de estar en la capilla, manifestó su deseo de hacer testamento, á cuyo efecto se avisó al escribano señor Carbonell, quien se presentó con otros tres de su misma clase, que sirvieran de testigos.

La última voluntad del reo, fué, que se cumplieran las instrucciones que tenia dadas verbalmente al Exmo. Señor D. Lorenzo Arrazola, presidente del tribunal supremo de justicia, y que, segun tenemos entendido, consistian, entre otras, en el encargo de regalar su escogida biblioteca á un catedrático de la Universidad y hacer que se cumpliesen algunas mandas que dejaba á los presos de la cárcel y varios establecimientos, disponiendo por último, que el resto de su caudal, se entregara á la criada, que como saben nuestros lectores, le servia y se llamaba Dominga Castellanos, á la cual instituyó por su única heredera.



Dicho caudal se componia de las setenta onzas de oro que hemos mencionado en otro lugar, y de unos 5000 duros en créditos á su favor, procedentes de préstamos.

Despues que otorgó testamento se puso á hablar el reo con el Exmo. Sr. duque de San Carlos, quien, como individuo de la hermandad de Paz y Caridad, era uno de los encargados de su asistencia.

El regicida sostuvo con el señor duque una larga conversacion en francés, manifestando en sus atinadas respuestas su instruccion especial y serenidad admirable.

Concluida la conversacion y despues que el duque salió de la capilla, rogó á los que le acompañaban que le dejaran descansar un rato: así lo hicieron, y el reo se echó en la cama, quedándose dormido á los pocos instantes.

Así lo dejaremos hasta volverlo á encontrar al siguiente dia, en que, por una circunstancia que puede llamarse providencial, se alcanzó que el regicida, con una sincera contricion, imposible de poner en duda, volviese al grémino de la madre Iglesia.

Tan digno y noble cámbio se efectuó del modo que vamos á referir á nuestros lectores.

Serian las siete de la mañana del dia 6, cuando el presbítero don Francisco Puig y Esteve presentóse en la cárcel del Saladero, y sin ánimo deliberado y tan solo por satisfacer su natural curiosidad, entró en el calabozo donde se hallaba el reo.

El eclesiástico que asistia á éste, se levantó en aquel momento y pidió al señor Puig que se quedase allí, mientras él iba á celebrar el santo sacrificio.

A este incidente casual se debió el que el señor Puig y Esteve pudiera entablar con el preso la conversacion mas

interesante, tal vez, que oyeron las paredes de una cárcel.

Merino estaba tendido en el suelo, sobre los colchones, con el mismo aire indiferente y apático que habia ofrecido desde el instante de su prision.

A su lado colocó una silla el señor Puig y se sentó.

De repente, dijo el reo:

—Todos los que sepan mi situacion, me tendrán hoy lástima, y sin embargo, no me cambiaria por ninguno: soy el mas feliz del universo.

El señor Puig se adheria á estas frases, en el sentido en que la religion podia aceptarlas, pero el regicida le manifestó que interpretaba mal el sentido que él habia querido darles, moviendo la cabeza en ademán negativo.

Comprendió entonces el señor Puig, que la organizacion y el carácter de la persona que le hablaba, exijian un modo muy particular y meditado para hacerle oír la palabra de Dios, si esto habia de ser con algun fruto.

Despues que hubo versado la conversacion sobre temas diferentes, se le ocurrió á Merino decir:

—Segun veo, V. debe ser hombre de carrera.

—V. es el que tiene en Madrid fama de gran latinista, le respondió el señor Puig.

—*He leído mucho, pero no he estudiado nada, por haber digerido mal mis lecturas*, le replicó el reo, haciendo de sí mismo una apreciacion demasiado exacta.

Lanzado ya en su terreno favorito, el diálogo rodó por espacio de media hora sobre la poesía antigua, cuyos principales autores, fueron examinados uno á uno por Merino.

En el curso de su animada critica, el señor Puig se aventuró á hacerle una observacion religiosa, que consistia en hacer ver, que, tan estimada aficion á la literatura del

gentilismo, podia haber sido la causa de todos los males que le ocurrian, pues le habian distraido de sus estudios teológicos.

—¿Quién sabe, replicó él despues de unos momentos de silencio, si la teología será una mitología dentro de dos mil años, y si alguno de nosotros será un semidios?

Sin aparentar irritarse ante un pensamiento tan blasfemo, el señor Puig respondió en tono de la mas amistosa reconvenccion.

—¡Qué idea, señor don Martin! ¡qué idea!

—Tiene V. razon, dijo éste, despues de otro rato de silencio, dejemos eso.

Aquel momento pareció oportuno al señor Puig para avanzar un paso en el ánimo del regicida, y apelando á una diestra transaccion, le propuso al reo variase de conversacion, hablando de los libros religiosos, bajo el punto de vista literario.

Con este aliciente, se avino Merino de buena gana á los deseos de su interlocutor.

Los libros del antiguo testamento que merecieron la predileccion del reo, y que el Sr. Puig se ofreció á adivinar para escitarle á entrar en materia, fueron, en primer lugar el de *Job*, del cual recitó Merino varios trozos de memoria; luego los *salmos*, y con especialidad el primero, *Beatus vir*; y por último, todos los libros de *Salomon*.

Entre los del nuevo testamento, solo tenia aficion al evangelio de San Mateo.

El señor Puig lo habia adivinado así; y el reo le preguntó, estrañándose:

—¿Y por qué?

—Porque San Mateo es el evangelista mas *culto*, repu-

so el sacerdote, y el que mejor se adapta al gusto de los literatos *paganos*.

Merino se sonrió, como quien confiesa haber sido comprendido, y en seguida, quiso á su vez saber cuáles eran los pasages de la Biblia que preferia el señor Puig.

Este lo esperaba en este terreno, pues le contestó resueltamente.

—Lo que á mí me gusta, no lo digo; en tal caso lo leo.

—¿Trae V. la Biblia?

—No señor; pero mandaré por ella.

Conformándose el reo con la propuesta, salió un hermano de la Paz y Caridad en busca de la *Vulgata* en latin, y mientras tanto, apesar de las instancias de Merino, el señor Puig se mantuvo en su negativa.

Cambiando nuevamente de conversacion, recayó esta sobre los santos Padres, y los dos interlocutores disertaron con especialidad sobre las bellezas de San Agustin, lamentándose Merino de que fuesen tan poco apreciadas.

Llevaron la Biblia y el señor Puig la abrió, sin permitir que el reo reconociese el sitio por donde lo hacia.

Merino se acomodó en su lecho para oír, y el sacerdote comenzó su lectura por el capítulo 12 del Evangelio de San Juan.

No habia llegado el señor Puig á la mitad de aquel elocuente y tiernísimo discurso, que Jesucristo dirigió á los apóstoles, durante la última cena, cuando el preso le interrumpió diciendo:

—Veo que no hay entre nosotros tanta analogía como al principio habia creído.

V. tiene por lo visto un carácter inclinado á ternura y el mio, por el contrario, se afecta solo con las cosas fuertes.

No detuvo esta reflexion al señor Puig, que continuó su lectura hasta llegar al final del capítulo y subsiguientes; leyó el XIV y el XV: su oyente le escuchaba sin perder palabra.

Al concluir el XVI, Merino estaba rendido; dejóse caer sobre su cama y al acercársele el señor Puig, murmuró:

—Déjeme V., mi espíritu está demasiado fatigado.

El señor Puig no creyó prudente insistir mas; le dejó allí la Biblia y se despidió para volver despues.

Hasta las cuatro de la tarde, hora en que salió el señor Puig, el reo estuvo hondamente preocupado.

A cuantas personas le visitaron, que fueron el Exmo. señor cardenal arzobispo de Toledo, el señor Arrazola y el teniente cura de la parroquia de Santa Cruz, les habló de su conversacion con el señor Puig.

Cuando volvió éste, pudo ya espresarse con mas franqueza y le escitó á confesarse.

El reo dijo que ya habia pensado en ello, y se confesó, en efecto, con don Manuel Tirado, teniente de la parroquia de San Millan, á quien de antemano habia mandado llamar con este fin.

Terminada que fué la administracion del Sacramento, manifestó Merino al señor Puig que creia que aun le faltaba alguna *cosilla*, y éste, aprovechándose de aquella ocasion, le repuso que la *cosilla* debia ser sin duda, la necesidad de subsanar en cuanto pudiera el escándalo y los grandes daños que habia causado con su inícuca accion; y que para esto, el mejor medio seria pedir perdon á los agraviados.

—Estoy dispuesto á todo, contestó el reo.

Pediré perdon mañana en el patíbulo, si me lo permiten.

Pero como desconfío de poder coordinar mis ideas, ruego á V. que se sirva escribirme en un papel, que yó aprenderé de memoria, las palabras que he de pronunciar, para dejar al mundo satisfecho.

El señor Puig, despues que persuadió al preso á que comulgase aquella misma noche, se obligó á dictarle lo que debia decir, ante el sacerdote que le administrase la Eucaristía.

Retiróse en efecto el señor Puig para redactar aquellas frases de contricion, y, apremiado por la falta de tiempo, no le fué posible interrumpir su trabajo mas que para rogar al señor cardenal arzobispo de Toledo, el cual, por una feliz casualidad y repitiendo la caritativa visita que ya por la mañana habia hecho al reo, llegaba en aquel instante, que se sirviera administrar por sí mismo el sacramento y dar toda la publicidad posible al acto.

En efecto, arrodillado el reo sobre la cama y á su lado el señor Puig; presentes cuatro hermanos de la Paz y Caridad, los familiares del señor arzobispo, y todas las personas que habian acompañado al Viático, un gentil-hombre de S. M., el comandante y un teniente de la guardia de la cárcel, el alcaide de la misma, y muchos de los curiosos que circulaban por los pasillos vecinos, dió el prelado principio á la sagrada ceremonia.

Despues de la protestacion de la fé, y al decir el administrante con la forma en la mano, *Ecce agnus Dei*, el señor Puig hizo un movimiento, pidiendo algunos minutos de silencio, y comenzó á dictar al reo las palabras que expresaban su arrepentimiento.

Merino repetia con ademan contrito, pero en voz mas clara y entera que la del sacerdote, las palabras que le dictaba éste.

Pidió perdon á Dios Todopoderoso, á la Reina, á quien tanto habia ofendido, á los individuos de la real familia, al clero, á los españoles y á los hombres en general, por los daños que con su inícuca accion pudiera haberles inferido.

Declaró, que no habia tenido cómplice, ni instigador alguno en su horrible delito.

Rogó á los circunstantes y á todas las personas, antes designadas, que le ayudasen para obtener gracia de la potestad divina.

Protestó por último, de querer vivir y morir en el seno de la santa Iglesia católica, apostólica, romana; cuyas creencias habia olvidado algunas veces, sin embargo, de que confesó que son las únicas verdaderas.

Terminadas las protestas, su Exma. tomó la sagrada hostia y prosiguió, hasta concluir las ceremonias.

Acabadas estas, el reo cayó de espaldas sobre su lecho, y estrechando las manos del señor Puig, le dijo:

—»V. me ha salvado; ahora creo que tengo el pecho mas ancho que el universo.

El señor Puig rebajó sus demostraciones, diciendo:

—»Señor D. Martin, demos todos gracias á Dios porque me ha escojido por instrumento de su misericordia.

El anciano cardenal de Toledo, mas trémulo por la emocion que por le edad, repetia en tanto á los circunstantes:

—»Este pobre, señores, no ha podido hacer mas de lo que ha hecho: si alguno le hubiere odiado por su espantoso crimen, no nos queda á todos mas que rogar á Dios por él, para que le perdone y reciba en su seno.

Su conmocion le impidió seguir adelante; el concurso todo se hallaba igualmente afectado.

Apenas el señor Gobernador de la Provincia tuvo conocimiento de una transformacion tan inesperada, se apresuró á buscar al señor Puig para que le diera copia de las solemnes protestas y súplicas de perdon que habia hecho Merino, en el acto de recibir el Sagrado Viático; pero no lo encontró, y se fué á la cárcel, donde se redactó una esposicion á S. M. la Reina, que, a consecuencia de los importantes acontecimientos que llevamos espuestos, firmó el reo á la primera indicacion.

Esta esposicion estaba concebida en los siguientes términos:

»Señora: Martín Merino, indigno de contarse entre los súbditos de V. M., no puede menos, para calmar la inquietud de su conciencia, de acudir á suplicar rendidamente á V. M. se digne, como cristiana, perdonarle la atróz injuria que, en un momento de deplorable extravío, ha tenido la desgracia de cometer contra la augusta persona de V. M.

La infinita misericordia del Rey de los Reyes le hace esperar haber obtenido su perdon, y para morir tranquilo, quiere alcanzar, ó cuando menos, si de esto no es digno, implorar el de V. M.

En esta atencion y á presencia de los que le rodean, á quienes ruega firmen con él, declarando no haber tenido cómplices, rendidamente suplica se digne añadir una prueba mas de caridad cristiana, á tantas obras como tiene dadas, echando en perpétuo olvido el horroso atentado del infeliz, Martín Merino.—El gobernador de la provincia, Melchor Ordoñez.—El capellan de los Excmos. señores duques de San Carlos, Carlos Lopez y Cordero.—El curateniente de Chambery, Miguel Martinez y Sanz.—Los mayordomos de la Paz y Caridad, Joaquín Maraci, Alonso



Cipriano Masehori, Antonio Castellanos. —El comandante de la guardia, Faustino de Neila. —El alcaide, Ramon Baños. —Capilla de la cárcel de Villa, á las once de la noche del 6 de febrero de mil ochocientos cincuenta y dos.

Este documento lo redactó el cura de Chamberí y despues de varias observaciones que tendian á que no se interpretara nunca como una peticion de indulto, *que no merecia ni queria*, el reo lo firmó como hemos dicho.

El Sr. D. Melchor Ordoñez partió inmediatamente á ponerlo en manos del presidente del consejo de ministros, al que halló reunido con los demás miembros del gabinete.

En seguida tomó chocolate, elogiando mucho su calidad y dando las gracias á los hermanos de la Caridad que se lo habian dado *bueno, bien hecho y caliente: mucho mejor que el que él tomaba de nueve reales y del que dejaba en su despensa una tarea casi entera.*

Los individuos de la Paz y Caridad le preguntaron despues, segun costumbre de la Hermandad, su nombre, edad, estado, patria, y deudas, á lo que él respondió:

*Pónganlo Vdes. todo, menos las deudas, que no las tengo, ni las he tenido nunca.*

Añadiéronle los hermanos que podia disponer de la cuarta parte de las limosnas recogidas, á lo que contestó agradecido, que, no necesitando de ellas, las cedia para la hermandad.

Espresso sin embargo el deseo de que se le diera dinero para repartirlo entre la gente, al tiempo de ir al suplicio, cosa á que no se accedió porque era imposible y mas que todo inconveniente, como nuestros lectores comprenderán.

Terminado este incidente se puso á hablar de sus des-

gracias, atribuyendo á ellas la causa del desastroso suceso que le habia conducido al estado en que se hallaba.

Tambien se ocupó de su criada y lo hizo con elogio.

A las once y media se marchó el señor cura de Chamberí, reemplazándole el presbítero D. Carlos Cordero, teniente de Santa Cruz.

Mientras tanto el reo, para entretener, segun decia, el tiempo, ya discurría sobre un punto de la Sagrada Escritura, ó ya variaba de medio anunciando alguna cuestion histórica.

Al oír que aun duraba la conversacion, volvieron á entrar algunos hermanos de la Caridad y varios alguaciles, y dirigiéndose á ellos el reo, parece que les preguntó que á qué hora iba á ser la ejecucion.

—A la una le contestaron.

—¿Saben Vdes. como me van á conducir al patíbulo? repuso.

—En una caballería menor: le dijo uno de los hermanos.

—Será en un mal borrico, replicó vivamente el reo: añadiendo en seguida:

—¿Me llevarán con estos grillos?

—Nó, señor; se los quitarán á V. y le atarán los piés, le dijo uno de los alguaciles.

—Hombre, esa es una invencion diabólica.

Cualquiera creerá que me sujetan como á un niño para que no me caiga.

Soy un buen ginete y si lo quieren ver, que me traigan un caballo.

Despues de este diálogo, dirigiéndose al presbítero don Carlos Lopez, le dijo:

—Sr. D. Carlos, creo que va V. á pronunciar un ser-

mon en el tablado despues de mi ejecucion; no seria malo que me lo recitara ahora, por ver si me gusta. &

No me importa nada que diga V. lo que quiera, con tal que manifieste que no he tenido cómplice alguno, y que no he obrado por sujestion de nadie.

El señor D. Cárlos Lopez, sacerdote respetable, mostró cierto disgusto de la locuacidad del reo, cuando tanto necesitaba entregarse á un especial recogimiento: y á pretexto de que tenia que hacer una diligencia, se salió un momento de la capilla.

Como el regicida notara la incomodidad del sacerdote auxiliante, dijo á las personas que le acompañaban:

—El Sr. D. Cárlos se ha ido enfadado: cuando vuelva le he de referir un cuento para que se ria.

Manifestó despues á los circunstantes que queria descansar, y *durmió profundamente desde las cuatro hasta las seis menos cuarto.*

Cuando se despertó, dijo al presbítero López.

—Antes se marchó V. incomodado, y para que se ria voy á referirle un chascarrillo.

En efecto, así lo hizo, y durante su relato se le vió reir tambien á Merino mas de una vez.

Al ser de dia los sacerdotes de la capilla encomendaron el alma del reo á su presencia, quien con la mayor serenidad recitó varias oraciones.

A las siete de la mañana llegó el Sr. Puig y Esteve á la lúgubre estancia y encontró á Merino sentado en la cama, con la Biblia abierta, y sirviéndose de ella á manera de atril para escribir sobre él.

Cuando vió al señor Puig retiró el papel, pero éste le suplicó que se lo entregara, como lo hizo.

Era el borrador de una arenga que el preso se proponia pronunciar sobre el cadalso.

En él se veian trazadas con pulso firme las siguientes palabras:

»*Cor contritum et humiliatum, Deus non despicias.*

»Antes fui soberbio.

»*Quia mitis sum et humilis corde.*

»*Justitia regina virtutum.*

»*Justitia prompta.*

»*Justitia coram ofensis.*

»Por eso no me he defendido, ni deberia aceptar el perdón, porque llevaria conmigo y sobre mí. cual otro Caín, el pecado.

»*Pecatum meum contra me est semper.*

Se le disuadió al reo de su idea de hacer un discurso desde el patíbulo, por el peligro en que esto le ponía de distraerse en sus últimos momentos, y convino en ello «pues, según dijo, su soberbia, que hasta el día anterior había sido mas grande que un gigante, y como la de Luzbel, ya estaba amansada.»

A las diez se reconcilió nuevamente con el señor Tirado, que ya no le volvió á abandonar hasta el último momento.

A las doce menos cuarto pidió un chocolate, que tomó con bollos, bebiéndose en seguida dos vasos de agua.

Poco despues el señor Puig, y antes de retirarse del calabozo, le presentó puesta en limpio la declaracion, súplica y protesta que la noche antes había hecho al recibir el Viático, y le preguntó si se conformaba y ratificaba en ella.

«Si, señor, contestó Merino, con toda mi alma; y Dios

me fué testigo entonces y lo es ahora, de la sinceridad de mis palabras; quisiera firmarla con mi sangre.

Se le acercó el tintero y con segura mano, firmó y rubricó el documento pidiendo á todos que tambien lo hiciesen.

Poco ó nada mas de notable ocurrió despues en la capilla hasta las doce del dia.

A esta hora entraron los hermanos de la Paz y Caridad precedidos del alcaide y un mozo, que con un yunque y martillo, iba á quitarle los pesados grillos.

Un momento antes habia estado allí el señor Ordoñez, á quien el reo hizo un cumplido por lo bien que le sentaba el uniforme.

El reo estaba en la cama, cubiertos los grillos y las piernas con la manta.

Al decirle que iban á quitárselos, se incorporó, y él mismo con sus manos tomó parte en esta operacion pesada y difícil, dirigiendo á los que la ejecutaban y pidiéndoles tuviesen calma para no cometer alguna torpeza.

Terminada la operacion, cogió los formidables grillos en la mano y exclamó: *son una pieza magnífica.*

A poco rato despues entró el verdugo.

Los hermanos de la Paz y Caridad le llevaron la túnica, y al presentársela, le dijo su confesor D. Manuel Tirado.

—Sr. D. Martin, va V. á ponerse esta túnica, que debe traerle á V. á la memoria la de nuestro Señor Jesucristo.

—Bien, contestó; y, al introducir en ella el brazo izquierdo, dijo á los que allí se hallaban, mientras se componia y ajustaba su horrible traje:

—Es feo pero no tanto como yo creia.

Ya verán Vdes. con qué serenidad la visto; con la misma serenidad con que vestiria la túnica de César:

Al fin el mundo es un teatro, donde cada cual representa su papel, y aun que yo no creí nunca tener que revestirme este uniforme, ya que así ha sucedido, pongámonoslo bien.

Y dicho esto, se ató el lazo que unia la hopa al cuello.

A una reflexion cristiana de uno de los sacerdotes, que estaban espantados de ver á aquel hombre y de oírle hablar de teatro, de César, y quejarse de que habiéndole quitado los botones no se podia arreglar el traje, bajó el reo la cabeza, y al oír el nombre de Jesucristo y el recuerdo de su sagrada túnica, que en tales momentos presenta siempre como un consuelo la religion y la caridad, se confesó pecador.

En cuanto al gorro, declaró que se lo habian hecho demasiado ancho, y dijo que se lo colocase otra persona porque él no acertaba á hacerlo.

El verdugo, segun costumbre, le abrazó y pidió perdon por la muerte que le iba á dar, á lo cual le contestó muy sereno:

Nada tengo que perdonar á V.: Usted cumple con su deber, con lo que manda la ley y va V. á ejecutar una sentencia que es justa; lo único que quiero pedir á V. es, que cuando llegue el momento de desempeñar su oficio, lo ejecute lo mas pronto posible; «y llevándose la mano al cuello añadió:

—¡Buen pescuezo! ¿no es verdad?

Vestido ya con la túnica amarilla y puesto el birrete, se levantó aceleradamente.

—Vamos, dijo.

Los sacerdotes le manifestaron que no era hora, puesto que aun no habia avisado la autoridad; y aconsejándole que

se sentara en una silla, se impacientó un tanto, diciendo:  
— «Me hablan Vdes. de mansedumbre y yo quiero tener serenidad sin afectacion y calma, pero se acaba con tanta impertinencia.

En seguida le pusieron las esposas y salió de la capilla, deteniéndose en la pieza de la entrada, delante de la imagen de la Virgen, donde, hincado de rodillas, rezó la Salve en latin.

Despues se volvió hácia los que quedaban en la cárcel, y se despidio, haciendo un saludo respetuoso.

Eran entonces las doce y media y empezó á bajar las escaleras, que son muy largas, sin querer aceptar el apoyo que se le ofrecia, porque dijo no necesitarlo.

Quejóse sin embargo de que las esposas eran algo estrechas y cuando se puso al lado del burro que lo habia de llevar, declaró que para montar necesitaba ausilio.

El verdugo y su criado lo tomaron en brazos para montarlo sobre la bestia, y entonces se irritó mucho, llamando bárbaro al criado del verdugo porque dijo que le lastimaba el brazo con su torpeza.

Colocado sin embargo sobre el burro, dijo, con aire de satisfaccion:

—Ahora sí que estoy cómodo.

¿Pero no podian haber puesto unos estribos para que montara?

Elogió mucho la hermosura del animal, que por su gran alzada lo merecia, y mirando al verdugo y á su criado, con aire muy complacido, dijo:

—Vaya un par de escuderos que me he echado.

Al salir á la calle, el burro no queria andar, y el reo, con una calma atroz, exclamó.

--No quiere andar; si fuera mio ya le haria andar derecho.

La lúgubre comitiva se puso al fin en movimiento.

Abria la marcha un escuadron del regimiento del Rey, con espada en mano; despues marchaban dos filas abiertas de soldados del mismo cuerpo; entre estas filas iba la hermandad de la Paz y Caridad: uno de los hermanos llevaba una cruz grande en la que se veia la imágen de Nuestro Señor Crucificado, é inmediatamente despues, iba el reo rodeado de varios sacerdotes.

Marchaban luego á caballo, el gobernador de la provincia, de uniforme y con la banda de Isabel la Católica; varios oficiales, los ministros del tribunal y otros auxiliares de la justicia y á continuacion, una compañía de infantería que cerraba las dos filas de caballería, formando cuadro.

Despues, marchaba otro escuadron de caballería y un fuerte piquete de guardia civil de la misma arma, que cerraba la comitiva.

El reo, montado sobre el burro, con las manos sujetas por las esposas, llevaba en ellas un papel en que estaba grabada la imágen de la Santísima Virgen.

Su rostro estaba alguntanto pálido y sobre él resaltaba una barba canosa que no se habia afeitado en cinco dias.

De cuando en cuando, fijaba la vista en la sagrada imágen y rezaba.

Despues, miraba á un lado y á otro para ver, sin duda, al inmenso pueblo que se apiñaba en la carrera; pero no habia en su mirada ni ódio, ni temor, ni alardes de valor y tranquilidad, sino la mas completa indiferencia hácia todo lo que sucedia, indiferencia de todo y por todo, que constituia la base de su carácter.



A veces se incorporaba un poco sobre su montura para mirar el cadalso, que se veía á lo léjos por encima de las tropas que formaban otro cuadro al rededor de él y por encima del inmenso pueblo que ocupaba el campo.

Pero no lo miraba con terror, ni repugnancia, y al instante volvía la vista con la mayor naturalidad, para fijarla, ya en la imágen que llevaba en las manos, ya en uno y otro lado del camino.

En todo lo que decía se marcaba también su incomprendible serenidad.

Una vez se quejó de que la comitiva marchase con demasiada lentitud, y manifestó el deseo de que avivase el paso.

Se dirigió una vez al criado del verdugo, que llevaba la caballería del diestro, diciendo: «eres tan bárbaro que ni sabes guiar un burro; si te tuviera aquí cerca te daría tal patada, que te habrías de acordar de mí.

Y como uno de los sacerdotes, que iban dolorosamente afectados, le dijese: «señor D. Martín; ¿son estos momentos oportunos para espresar semejantes sentimientos?» replicó el reo: Ya ve V. que es broma; aunque estuviera cerca de mí, soy incapaz de hacerle daño; todo lo toman Vds. por lo sério.

Su penetrante mirada, la dirigía generalmente á derecha é izquierda, y entre muchas de las observaciones que hizo á los sacerdotes que le asistían, fué, la de que algunos sembrados de los que veía por las orillas del camino, necesitarían pronto de los beneficios de riego.

Cuando pasó por frente á la iglesia de Chamberí, miró á este edificio, y con la mayor sangre fría, dijo á los sacerdotes: *efectivamente está desnivelado.*

Al entrar en el cuadro, dirigió una penetrante mirada al tablado.

Al tiempo de pasar por en medio del gentío, oyó una voz que decía: *lleva túnica amarilla con manchas encarnadas*, y volviendo la cabeza, repuso en el acto, *sí, amarilla y con manchas*.

Cuando la comitiva llegó al patíbulo, hizo alto.

Allí el reo se reconcilió y recibió la sagrada absolucion de uno de los eclesiásticos que le acompañaban.

Luego que terminó este acto, quiso subir la escalera del patíbulo, pero para que fuese la misma hora en que cometió el atentado, aun faltaban algunos minutos.

Preguntó Merino que por qué se detenian y habiéndosele contestado que aun habia algo que hacer, replicó; *si es por Vds. bien: pero yo por mi parte estoy enteramente listo*.

Llegado el fatal instante, subió la escalera sin querer apoyarse en nadie.

Una vez sobre el tablado, púsosele la argolla al cuello, que él se probó, y separándose un poco, manifestó que queria hablar.

—«Señores, prorrumpió con voz entera y sonora, voy á decir la verdad, como la he dicho toda mi vida.

Al llegar aquí le interrumpió un grito general de (viva la Reina.)

No voy, continuó, á decir nada ofensivo á esa señora.

El acto que he perpetrado es un acto exclusivamente de mi voluntad y no tengo cómplices.

Téngase entendido, y sépase que ninguna conspiracion ha tenido connivencia ni conexion conmigo.

He dicho.»

Dichas estas palabras, Merino se dirigió al banquillo,

nable de la ley ha descargado su terrible pero justo golpe sobre la cabeza del regicida.

Este ya no existe.

Miradle, ¡qué horror!

En este patibulo de ignominia ha espiado su inaudito crimen.

Como leales españoles, amantes por naturaleza de la religion, execremos tamaña maldad, como católicos cristianos pidamos á Dios por su alma.

Despues, unámonos todos, señores; unámonos todos sin distincion de matices ni de partidos y, perdonando al criminal, recemos un Padre nuestro por el descanso de su alma.»

El pueblo que habia escuchado este discurso con religioso silencio, se puso á rezar con extraordinario fervor.

Algunos hermanos de la paz y caridad se encargaron segun costumbre de la custodia del cadáver, y la gente y la tropa se retiró, casi simultáneamente, sin que hubiese que lamentar el mayor desórden, á pesar de haber sido inmensa la concurrencia.

Veamos ahora qué se hizo del cadáver de Merino.

Lo que se hizo fué una atrocidad incalificable y que á todo el mundo causó horror, haciéndonos retroceder á los tiempos de Felipe II; á aquella época en que los reyes y sus ministros se convertian en *tostadores de hombres*.

La prensa estrangera lanzó un grito unánime de indignacion, afeándonos y anatematizando un hecho incalificable.

Verificada la ejecucion del reo, creyó el gobierno que las circunstancias del crimen exigian alguna medida especial y, con este objeto, dictó varias providencias y entre

otras la mas importante fué la que trasladamos á continuacion y que dice así:

«Teniendo en consideracion que por mas eficaces que fuesen las medidas que adoptara el gobierno, no podria tal vez evitarse que se sustragese bien en todo ó en parte el cadáver de Martin Merino, ó con objeto de especulacion ó con el pretesto de estudiar su disposicion orgánica; que lo primero debe impedirse como vergonzoso é inmoral y que de lo segundo no puede resultar ningun beneficio á la humanidad; y á fin de que no quede motivo alguno de recuerdo del horrendo crimen cometido contra la real persona de S. M. la Reina, de acuerdo con la autoridad superior eclesiástica, del muy Rdo. Cardenal arzobispo de Toledo, y en cumplimiento de lo resuelto por el Consejo de ministros, prevengo á V. S. disponga lo conveniente para que á presencia de su secretario, del eclesiástico encargado en el cementerio, nombrado al efecto por el muy Rdo. cardenal, y del juez y escribano que han entendido en la causa, se proceda á quemar el cadáver de Merino dentro del mismo cementerio, á la hora que V. E. designe, y á esparcir en seguida sus cenizas dentro de la sepultura comun; y que de ello se levante acta que, firmada por los concurrentes, se remita por V. E. al ministerio de Gracia y Justicia de mi cargo.

De real órden lo digo á V. E. para su inteligencia y cumplimiento.

Dios guarde á V. E. muños años. Madrid 7 de Febrero de 1852.—VENTURA GONZALEZ ROMERO.—Sr. Gobernador de la Provincia.

El acta á que se refiere el documento anterior se estendió de la manera siguiente:

En la villa de Madrid, y su cementerio, extramuros de la puerta de Bilbao, siendo las cinco menos cuarto de la tarde de hoy 7 de Febrero de 1852, hallándose reunidos el Excmo. Sr. Gobernador de la provincia, su secretario, el Sr. D. Antonio Guerola, el Sr. D. Antonio Tiburcio Acevedo, capellan del Excmo. Sr. Cardenal arzobispo de Toledo, comisionado por su eminencia, el Sr. D. Pedro Nolasco Auriolos, como juez de la causa y el infrascrito, como escribano de ella, se procedió á quemar el cadáver de D. Martin Merino, segun lo dispuesto en Real orden de esta fecha, comunicada por el Excmo. Sr. ministro de Gracia y Justicia al espresado Sr. Gobernador; al efecto se hallaba preparada la leña y útiles necesarios, y en el patio de la izquierda, entrando, de dicho Campo Santo, inmediato á la sepultura comun, colocando sobre las llamas el cadáver del repetido Martin Merino, sacándole al efecto de la caja en que se hallaba, y quedando reducido á cenizas, que fueran esparcidas dentro de la indicada sepultura, y quedando finalizada esta diligencia á las siete y veinte minutos, y habiendo concurrido igualmente á este acto el capellan de cementerio D. José Losada, y lo firman todos los señores concurrentes de que doy fé.—Melchor Ordoñez.—Pedro N. Auriolos.—Antonio Guerola.—Antonio Tiburcio Acevedo.—José Losada.—Antonio José Perez Martinez.

¡Esto es horrible, esto fué inicuo, esto no se concibe en el siglo XIX!.....

La descarnada relacion de los criminales hechos que formaban la trabazon de aquel, deja inmenso campo, muerto el asombro del primer instante, á la reflexion y al estudio.

**Fin del tomo primero.**

# INDICE

de los capítulos que contiene el tomo primero.

---

<u>Cap.</u>	<u>Pags.</u>
CUATRO PALABRAS PRELIMINARES AL LÉCTOR. . . . .	V
PRÓLOGO.—El legado de un mason. . . . .	XI
LA ABDICACION DEL REY. . . . .	XXXII
VIAGE DE SS. MM. Á LA FRONTERA DE PORTUGAL. . . . .	XLIX
LA MUERTE DEL JUSTO. . . . .	LX
CAPITULO PRIMERO.—Dos palabras sobre el origen de las sociedades masónicas, sus leyes, sus estatutos, su representacion política y época en que se establecieron en España.. . . .	1
CAP. II.—Una lógica masónica. . . . .	11
CAP. III.—Felipe.—Un recuerdo á la memoria de dos víctimas de la tiranía.—El Noy de la Barraqueta y Carvajal.. . . .	64
CAP. IV.—La libertad. . . . .	101
CAP. V.—Dos palabras sobre los acontecimientos de Barcelona. . . . .	119
CAP. VI.—Triunvirato de pícaros. . . . .	135
CAP. VII.—Dan comienzo las memorias de D. An-	

tonio.—Una necrología.—Froilan Carvajal. . . . .	148
CAP. VIII.—Lo que puede pasar durante ocho días.	181
CAP. IX.—Fernando VII.—Lijera reseña de sus iniquidades.—Historia de dos de las mas ilustres víctimas sacrificadas á su implacable saña.—Suplicio de Riego y la Pineda. . . . .	293
CAP. X.—Continuacion de una velada interrumpida. . . . .	236
CAP. XI.—Consecuencias de la muerte de Riego.—Persecuciones y horribles asesinatos de los liberales.—Dicho célebre del monarca, que hace la verdadera apología de su carácter sanguinario.—Un recuerdo á las ilustres víctimas sacrificadas á su saña. . . . .	294
CAP. XII.—Doña Mariana Pineda. . . . .	308
CAP. XIII.—La bandera liberal. . . . .	327
CAP. XIV.—Un resucitado.—Mas detalles sobre el desgraciado acontecimiento de Berga.—Saballs.—Sus fuerzas y su organizacion.—Breves consideraciones sobre la indisciplina del ejército y fatales consecuencias á que puede dar lugar.—Un honrado veterano. . . . .	372
CAP. XV.—Amor sin esperanza. . . . .	400
CAP. XVI.—Historia de una gran dama.—Delirios de una mente estraviada y de un corazón vírgen. . . . .	427

CAP. XVII.—Sueños de oro. . . . .	437
CAP. XVIII.—Continuacion de las memorias.— Consejos y verdades útiles.—El Parla- mentarismo.—La política del porvenir.	457
CAP. XIX.—El Parlamentarismo y la política del porvenir. . . . .	489
CAP. XX.—Herir por la espalda. . . . .	504
CAP. XXI.—El paraiso.—Un nido de amor. . .	516
CAP. XXII.—Continuacion de la lectura de las memorias de D. Antonio.—Reinado de Felipe II.—Retrato fiel de aquel som- brío y terrible monarca.—Glorias y gran- dezas de España en aquella época.— Origen é historia de la privanza de An- tonio Perez.—Suplicio, homicidios y crueldades del hijo de Cárlos V.—Ase- sinato de Escobedo.—Matanza en el Es- corial.—Autos de fé en Madrid y en Va- lladolid.—Ingratitud del monarca para con su privado.—El príncipe Cárlos, su prision y su muerte.—Muerte del rey en el Escorial. . . . .	534
CAP. XXIII.—Desencantos y perfidias.—Lo que se puede esperar del amor de una gran dama. . . . .	622
CAP. XXIV.—Desilusiones. Del paraiso al infierno.	630
CAP. XXV.—Continuacion de las memorias.— Merino el regicida. . . . .	690
CAP. XXVI.—La capilla.—El suplicio. . . . .	739



# PAUTA

para la colocacion de las láminas del tomo primero.

<u>Láminas</u>	<u>Páginas.</u>
1 Portada.—Despedida de S. M. . . . .	III
2 Abdicacion del rey.. . . .	XXXVI
3 Muerte de Vicente Martí.. . . .	85
4 Fusilamiento de Froilan Carvajal. . . .	178
5 Riego conducido al patíbulo. . . . .	292
6 Se enlazaron de pronto en un estrecho abrazo.. . . .	455
7 Auto de fé en Valladolid en tiempo de Felipe II. . . . .	616
8 Margarita al ver á Felipe exhala un aho- gado grito. . . . .	643
9 Toma! ya tienes bastante. . . . .	697

